NIKO KAZANTZAKIS

Cristo de nuevo crucificado

EDICIONES CARLOS LOHLÉ

Niko Kazantzakis

Cristo de nuevo crucificado

EDITORIAL POMAIRE
EDICIONES CARLOS LOHLÉ

Título del original en griego:
Ο Χριστός Ξανασταυρώνεται

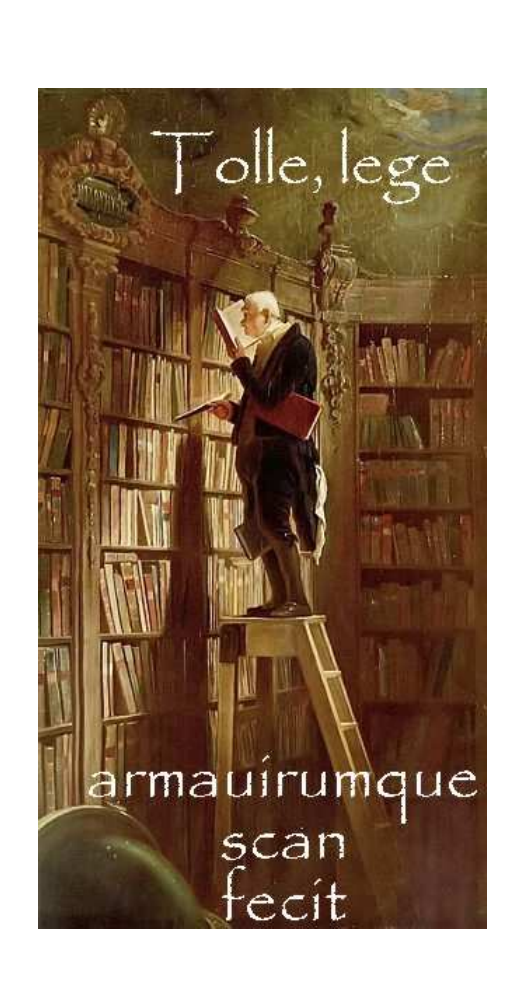
Edición original en castellano:
Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1954

Traducción:
José Luis de Izquierdo Hernández
Duodécima edición: 30-Ix-1963

ISBN: 84-286 -0105-4 (tela)
ISBN: 84-286- 0105-4 (rústica)

Depósito Legal: B.25269-1976

Impreso por GRÁFICAS DIAMANTE
Zamora, 83 / Barcelona – 5 / España



Cristo de nuevo crucificado
Niko Kazantzakis

La crítica ha afirmado que este libro —traducido ya a nueve idiomas con enorme éxito—, es la mejor novela de los últimos veinticinco años.

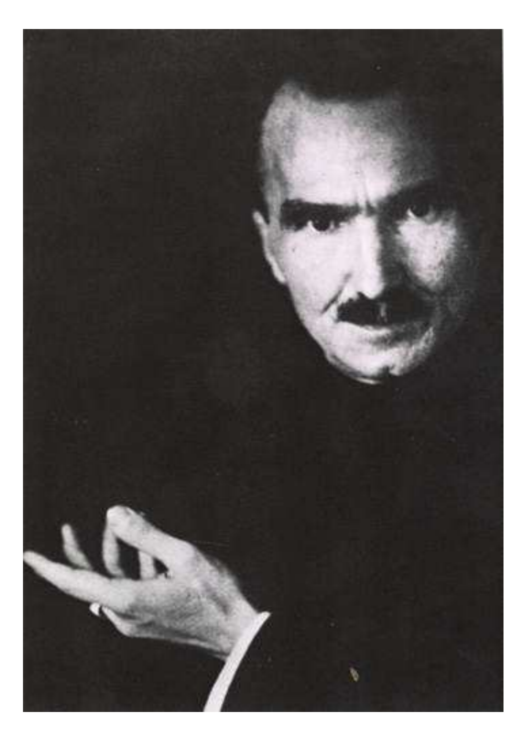
¿Quién es su autor —propuesto al Premio Nobel—, y cuál es el libro que tan de golpe ha despertado semejante interés mundial? Niko Kazantzakis es cretense. Los comienzos de su carrera en el Ministerio de Asuntos Sociales de Grecia nada hacían prever su vena genuina de formidable escritor. Al finalizar la primera guerra mundial, siendo director general del Ministerio, logró salvar del hambre en Rusia a 150.000 griegos expulsados del Asia Menor; este hecho fue, quizás, el propulsor de la epopeya que unas décadas más tarde desarrollaría en *Cristo de nuevo crucificado*, eterna tragedia de la persecución del hombre por el hombre.

La obra no es una lucubración idealista, ni tampoco del tipo de «novela religiosa», salvo la evocación del título y la trama, basada en la identificación de los actores con sus respectivos papeles, en la representación del Misterio de la Pasión en una aldea del Asia Menor, sometida al protectorado turco.

Obra de imaginación humana y real es única en su género por lo cautivante y profunda, por lo generosa y cruel, que ora azota despiadadamente, ora consuela como una madre.

Obra de todos los tiempos y de todos los lugares, que habla la lengua de los ángeles y de los demonios, entreverando todas las virtudes, todos los vicios y todos los anhelos eternos del hombre en una gran epopeya.

Esta novela de Kazantzakis, obra maestra literaria, es el testimonio de un Cristianismo no basado en palabras sino en actos. Es, como se ha dicho, la respuesta a la bomba atómica.



Niko Kazantzakis

Kazantzakis nace en Megalokastro (hoy Heraklion, Creta) en 1883.

En 1902, Kazantzakis se muda a Atenas (Grecia), donde estudia patologia en la Universidad de Atenas y luego, en 1907, emigró a París para estudiar filosofía. Allí fue influido por las enseñanzas de Henri Bergson.

Al regresar a Grecia, comienza a traducir obras de filosofía y en 1914 entra en contacto con Ángelos Sikelianós. Juntos viajan durante dos años por los lugares en los que florece la cultura greco-cristiana, en gran medida influenciado por el nacionalismo entusiasta de Sikelianós.

En 1919, como Director General del Ministerio de Bienestar Social, organiza el traslado de las poblaciones griegas pónticas desde la región del Cáucaso a Grecia luego de la Revolución Rusa de 1917. Para Kazantzakis, éste fue el comienzo de una odisea a través del mundo. Hasta su muerte en 1957, residió temporalmente en París y Berlín (desde 1922 hasta 1924), Italia, Rusia (en 1925), España (en 1932) y luego en Chipre, Egina, Egipto, el Monte Sinaí, Checoslovaquia, Niza, China y Japón.

En 1957 comenzó un nuevo viaje hacia China y Japón. Este fue su último viaje. Kazantzakis, que sufría leucemia, se sintió enfermo y fue trasladado a Friburgo (Alemania), donde murió. Está enterrado sobre una de las murallas que rodean Heraklion, ya que la Iglesia Ortodoxa no permitió que fuera enterrado en un cementerio. Su epitafio reza: «No espero nada. No temo nada. Soy libre» (en griego: Δεν ελπίζω τίποτα. Δε φοβούμαι τίποτα. Είμαι λεύτερος).

Obra

El jardín de las rocas (1936);
Del Monte Sinaí a la Isla de Venus (1937);
La Odisea (1938), es la prolongación del clásico relato griego *Odisea*;
Buda (1941);
Alexis Zorbas (1946), dio base a la película *Zorba el griego*;
Cristo de nuevo crucificado (1948);
Libertad o muerte (1950);
La Última Tentación de Cristo (novela) (1951), adaptada en la película *La última tentación de Cristo*;
El pobrecillo de Dios (1953).

Web para quienes estén interesados en la vida y obra de *Nikos Kazantzakis.*
http://www.kazatzakis.org/detalles/novelas-detalles/cristo-de-nuevo-crucificado.html

CAPÍTULO I

EL AGÁ DE LICOVRISÍ, sentado al balcón que da sobre la plaza del pueblo, fuma su chibuquí y bebe *raki*[1]. Una fina lluvia templada cae suavemente; de sus gruesos bigotes, recién teñidos de negro, penden y centellean unas gotitas; calentado por el *raki*, el agá se relame y se reconforta. De pie a su derecha, con la corneta colgando, se halla Hussein, escudero y guarda de corps, un oriental gigantón, feo como un gorila y bizco. A su izquierda, sentado con las piernas cruzadas en un almohadón de terciopelo, un muchachito gordinflón no cesa de encenderle el chibuquí ni de llenarle el vaso de *raki*.

El agá medio entorna los pesados párpados y saborea el mundo de allí abajo. Todo lo creado por Alá, lo ha hecho a pedir de boca, así lo piensa; realmente el mundo es un éxito. ¿Tienes hambre? Ahí tienes pan, carne bien asada y *pilaf* con canela[2]. ¿Sientes sed? Mira este aguardiente, elixir de juventud, el *raki*. ¿Deseas dormir? Dios te ha creado el sueño; nada mejor para las ganas de dormir. Si te enfureces, te da el látigo y las nalgas de los *raias*[2]. Si te invade la nostalgia ha creado el *amané*[4]. En fin, si quieres olvidarte de todos los disgustos y engorros de este mundo, ha creado a Yusufaki.

—¡Qué portentoso artista es Alá! —masculla enternecido—; a fe mía, es verdaderamente un artista prodigioso y que se conoce a sí mismo y, por eso, ingenioso. ¿Cómo, diablos, le habrá dado la idea de crear el *raki* y a Yusufaki?

Los ojos del agá se empañaron de lágrimas; había bebido tanto que sentía el alma enternecida. Asomado al balcón, contemplaba a sus raias que ganduleaban en la plaza, acabados de afeitar, los brazos recién lavados, vestidos de fiesta, con anchas fajas rojas y altas polainas azules. Unos se cubrían con fez, otros con turbante, algunos con gorro de piel de cordero. Los más presumidos llevaban en la oreja un pimpollo de albahaca o un cigarrillo.

Es Martes de Pascua; acaba de terminar la misa. Día delicioso, fresco; sol y lluvia primaverales; los limoneros en flor embalsaman el ambiente, los árboles echan brotes, el césped revive, Cristo resurge de cada terrón de tierra. Los cristianos van y vienen por la plaza, los amigos se buscan y se abrazan con el saludo pascual: «¡Cristo ha resucitado!» «¡Resucitado en verdad!», luego, van a sentarse al café de Kostandis o en medio de la plaza, bajo el añoso plátano. Piden narguile y café y, a renglón seguido, semejante a la lluvia ligera, se traban en tranquila e interminable charla.

—Así será el Paraíso —manifiesta Charalambis, el macero de la iglesia—, sol suave, lluvia fina cayendo sin ruido, limoneros en flor, narguiles y amena charla por los siglos de los siglos.

Al otro extremo de la plaza, detrás del plátano, se eleva la iglesia del lugar, «La Crucifixión», recién encalada, y encasquetada con su airoso campanario. El pórtico se halla hay adornado con palmas y ramos de laurel. Alrededor, pequeñas tiendas y tallercitos: el del albardero Panayotaros, un palurdo apodado el «tragayeso», porque una vez que llevaron a la aldea una estatuita de yeso que representaba a Napoleón se la había lindamente tragado; después llevaron otra, la de Pachá Kemal, y también se la había tragado, en fin, la de Venizelos, tragada como las otras.

Pared por medio, la peluquería de Antonis, rotulada «Adonis». Encima de la puerta, una inscripción de gruesas letras color sangre de buey advertía: «También se sacan muelas».

Un poco más allá, la carnicería de un tal Dimitros, el cojo. «Cabezas frescas de vaca», «LA HERODIANA». Todos los sábados carnea un buey; pero de antemano le dora los cuernos, le pinta la

---

[1] Bebida aromática preparada con alcohol de cereales en Grecia o con alcohol de vino en Levante.
[2] Arroz salteado con mantequilla y pimienta encarnada, cocinado con caldo blanco. Plato muy apetecido entre los árabes
[2] Nombre que se da en Turquía a los súbditos turcos no musulmanes.
[4] Canción oriental de mucho sentimiento.

frente, le adorna el pescuezo con cintas rojas y, renqueando, lo pasea por la aldea, pregonando sus virtudes.

En fin, el célebre café de Kostandis: una sala larga y estrecha, donde se está fresco en verano, y donde huele siempre a café y a tabaco, y en invierno también a salvia. De las paredes cuelgan tres grandiosos retratos —orgullo del lugar—, en cartulina brillante. A un lado, Santa Genoveva, medio desnuda en una selva tropical; al opuesto, la reina Victoria, de ojos azules, con enorme pecho de ama de cría; en el centro, en el sitio de honor, el rostro duro, mirar gris enfurecido, de Pachá Kemal, cubierta la cabeza con alto gorro de astracán.

Excelente gente son todos estos aldeanos, duros para el trabajo, buenos padres de familia; también el agá es buenazo, amante del *raki*, de los perfumes fuertes —musc y pachulí— y del hermoso muchachito sentado a su izquierda en un almohadón de terciopelo.

El agá contempla entretenido a los cristianos, como un pastor a su rebaño, y se regocija.

«Buenos tipos éstos —piensa—; aun este año han colmado mis bodegas y sótanos con regalos de Pascua: quesos, roscas de pan de sésamo, tortas, bollos, huevos pintados de rojo... Y hasta ha habido uno —¡el cielo lo proteja!— que me ha traído una caja de almáciga de Cío para que mi Yusufaki masque y le huela bien la boquita...»

El agá se siente dichoso. «Mis sótanos —recuerda—, rebosan de cosas buenas, la lluvia cae lentamente, los gallos cantan y, muy cerca de mí, enroscado a mis pies, mi Yusufaki mastica almáciga, chasqueando la lengua». De repente, el agá nota que el corazón se le desborda; alarga el cuello, va a entonar el amané, pero es demasiado esfuerzo para él; se vuelve hacia Hussein y le hace señas de que toque la trompeta para hacer acallar a los raias. Después se vuelve a su izquierda:

—¡Canta, Yusufaki, y que mi bendición descienda sobre ti, cántame el *Dunia tabir, ruya tabir, aman, aman*!, ¡cántamelo o reviento!

El hermoso muchachito sin apresurarse se saca de la boca la almáciga, se la pega en la desnuda rodilla, apoya la mejilla sobre la mano derecha y entona el amán favorito del agá: «¡El mundo y el sueño son una misma cosa, amán, amán!»

Su voz aflautada sube y baja con arrullos de tórtola. El agá hechizado cierra los ojos y, durante todo el canto del muchacho, se olvida de beber.

—Está en uno de sus buenos días —insinuó Kostandis al servir el café—; ¡bendito sea el *raki*!

—¡Bendito sea Yusufaki! —afirmó sonriendo maliciosamente Yannakos, buhonero y correo de la aldea, de tupida barba canosa y ojos de ave de rapiña.

—¡Maldito sea el destino de este pueblo ciego que le ha convertido a él en agá y a nosotros en raias! —gruñó Hadji Nikolis, hermano del pope, maestro de escuela de la aldea; tipo seco, con gafas, cuya nuez subía y bajaba cuando hablaba.

Tomó fuego, se acordó de los antepasados, y suspiró:

—Hubo un tiempo en que fueron los nuestros, los helenos, los dueños de estas tierras. La rueda de la fortuna dio una vuelta y llegaron los bizantinos, que eran también helenos, y los cristianos. Otra vez la rueda de la fortuna cambió, y vinieron los hijos de Agar... Pero Cristo ha resucitado, ¡también los amigos y la patria resucitarán! ¡Vamos, Kostandis, sirve una vuelta para todos!

Terminada la canción, el hermoso muchacho se metió otra vez la almáciga en la boca y volvió a rumiar somnoliento. De nuevo ha sonado la corneta; los raias podrán ahora reír y gritar con libertad.

El capitán Furtunas, uno de los cinco ancianos del lugar, ha llegado a la puerta del café. Se trata de un hombretón buenazo y corpulento, antiguo patrón de barco, quien durante muchos años había surcado las aguas del Mar Negro, transportando trigo ruso y contrabandeando. Barbilampiño, tenía el color aceitunado, la piel apergaminada, surcada de profundas arrugas y ojos pequeños y chispeantes, de un negro azabache. Había ido envejeciendo, y su barco con él. Una noche se estrelló en alta mar, frente a Trebizonda. El capitán Furtunas, náufrago, hastiado, había retornado al pueblo natal, decidido a empinar lo más posible *raki* y, llegada su hora, a volverse cara a la pared, para morir. Había visto demasiado; tenía suficiente; no, no tenía suficiente, estaba fastidiado, pero sentía vergüenza de confesarlo.

Hoy llevaba altas botas de capitán, impermeable amarillento y el gorro de «notable» de verdadero astracán y, en la mano, el largo bastón de «anciano». Dos o tres lugareños se levantaron

con deferencia para invitarlo a tomar un vaso de *raki*.

—No hay tiempo hoy, hijos, ni para eso —dijo—. ¡Cristo ha resucitado! Voy a casa del pope; tenemos reunión. Que no tarden una hora en llegar allá todos los que han sido invitados. ¡Hala! Haced el signo de la cruz y venid pronto; no ignoráis lo que nos toca hacer hoy. ¡Ah!, será necesario que uno de vosotros vaya a buscar a los cuernos de la luna al albardero Panayotaros; lo necesitamos sin falta.

Se calló un momento, y, guiñando un ojo, dijo con malicia:

—Si no está en su casa, se hallará en la de la viuda Katerina.

Todos se echaron a reír; mas Cristofis, el viejo muletero, que desde muy joven había conocido el amor —y lo había pagado rudísimamente y muy caro— les lanzó esta vehemente invectiva:

—¡Qué tenéis que bromear, maricas! Sigue con tu negocio, Panayotaros, tienes razón y no te ocupes de lo que digan. La vida es breve y la muerte larga; ¡sigue yendo, muchacho!

Dimitros el gordote carnicero agachó la cabeza recién pelada y dijo:

—¡Dios proteja a nuestra Katerina, la viuda! ¡El diablo sabe de cuántos cornudos nos ha librado! El capitán Furtunas se echó a reír e intervino:

—Vamos, hijos, no disputéis. Es bueno que en cada lugar haya una tunanta, para que a las mujeres decentes no se les moleste. Es como la fuente en el camino, eso es; así, todos los que tienen sed se detienen para beber. De lo contrario, se pasarían llamando a todas las puertas, una tras otra; y a las mujeres cuando se les pide agua...

Al volverse y ver al maestro le espetó:

—¿Cómo, viejo, todavía aquí? ¿No eres tú también del consejo? ¿Es que aun del café haces escuela? ¡Termina la clase, vamos!

—¿No quieres que vaya yo también? —preguntó el viejo Cristofis guiñando un ojo a sus compañeros—. Puedo desempeñar el papel de Judas.

Pero ya el capitán Furtunas afrontaba la cuesta, apoyándose pesadamente en el bastón. No estaba bien ese día. El reumatismo lo atenazaba, y no había podido pegar ojo en toda la noche. Bien es verdad que muy de mañana se había largado al coleto dos o tres vasos de *raki* a guisa de remedio, pero váyase uno a fiar, el mal no le dejaba un momento de reposo. Ya ni aun el *raki* cumplía con su deber.

—Si no me diera vergüenza me quejaría a gritos; tal vez eso me calmaría un poco los dolores. Pero ¡el caso es que este maldito amor propio me lo impide! Hay que andar con paso firme y aspecto jovial. Y si se me cae el bastón, no permitir que ningún pilluelo me lo alcance, sino que tengo que agacharme y recogerlo yo solo... ¡Vamos, capitán Furtunas, haz de tripas corazón, iza las velas, quiebra las olas, cuidado! ¡No te vayas a cubrir de vergüenza! ¡A fe mía que la vida también es una borrasca y pasará!

Gruñía y blasfemaba en voz baja. Conforme iba trepando la cuesta, cada balanceo lo lanzaba de uno a otro muro. Se detuvo un momento, miró a su alrededor y, al comprobar que no había nadie, suspiró ruidosamente y se sintió un poco más aliviado. Luego, levantando la vista hacia lo más alto de la aldea, reconoció en una mancha blanca, entre los árboles, la casa del pope con postigos color añil.

—¿Qué malhadada idea le vino al tunante de construir en la cumbre? —refunfuñó—. ¡Maldita sea!

Y continuó trepando.

Ya habían llegado dos notables que esperaban en silencio, con las piernas cruzadas en el diván, a que trajeran las bandejas. El pope había ido a la cocina a dar instrucciones a su hija Mariori, quien se hallaba allí preparando café, agua fresca y confituras.

Cerca de la ventana, el primer anciano de Licovrisí, ocupaba el asiento de honor: corpulento, de aspecto señorial, llevaba calzones de fino paño, chaquetilla bordada en oro y, en el índice, una gruesa sortija de oro —su sello con las iniciales entrelazadas J. P. correspondiente a Jorge Patriarqueas. Sus manos eran grasosas y muelles, como las de un obispo. No había trabajado en su

vida, pues contaba con un ejército de servidores y aparceros que laboraban para alimentarlo. Ostentaba también dilatado buche, amplias ancas —verdadero trasero de jumento—, panza colgante y tres pisos de papada que se apoyaban en el pecho carnoso y velludo. Le faltaban dos o tres dientes —éste era su único defecto físico—, lo que le hacía cecear y farfullar algo. Pero, aun este defectillo acrecentaba su distinción, pues obligaba a su interlocutor a inclinarse hacia él para captar lo que le decía.

A la derecha, en un rincón, el segundo notable, el hombre más acaudalado del lugar, el viejo Ladas, flaco, mugriento, de cabeza descarnada, ojos legañosos, manazas encallecidas, guardaba silencio, humilde y eclipsado. Encorvado y pendiente de la tierra desde hacía setenta años, la trabajaba, la sembraba, la cosechaba, laplantaba de olivos y vides, la estrujaba y la chupaba todo el jugo. Ni un instante, desde que fue un mocoso, se había sacudido de ella. Insaciable, la exigía que le produjera el mil por uno. Pese a ello, nunca salía de sus labios un ¡bendito sea Dios!, sino que gruñía siempre descontento. Ahora, en la vejez, la tierra no le satisfacía. A medida que la muerte se acercaba, sentía que se le iba acabando la cuerda, y se daba prisa por devorar el pueblo entero. Se había dedicado a prestar dinero a elevado interés. Los necesitados le hipotecaban viñas y casas y, llegado el vencimiento, sin haberles entregado ni una moneda, veían aquellos subastar sus bienes, y al viejo Ladas tragárselo todo.

No obstante, gimoteaba sin cesar y no se saciaba su avaricia. Su mujer, Penélope, iba descalza, y a la única hija que pudo tener, la dejó morir por no llamar al médico.

—Eso cuesta caro —había confesado—; estamos lejos de los centros urbanos. ¿Cómo traer hasta acá un médico? Y, después de todo, ¿qué saben más que otros? Aquí tenemos al pope que entiende de drogas y a quien no hay que pagarle más que por la Extremaunción. Así que la chica se curará lo mismo, y costará más barato.

Pero los ungüentos del pope no habían servido de nada; los santos óleos tampoco surtieron efecto, y la jovencita de diecisiete años se murió y se liberó de su padre. Éste también se libró de los gastos de la boda. Un día, poco después de muerta su hija, se había puesto a hacer números: de dote, tanto poco más o menos; de ropa, mesas, sillas, tanto. Además no había tenido necesidad de invitar a la boda a todos esos parientes que nunca se hartan de tragar; de donde, tanto de comida, de pan, de vino... Sumó, y el total resultó de consideración. Su hija lo hubiera arruinado. Como todos nos tenemos que morir, no tiene, pues, ninguna importancia el tiempo... Además, se había librado, la pobre, de los engorros de este mundo: maridos, chicos, enfermedades, pérdidas de dinero... En resumidas cuentas, ella había tenido suerte. ¡Dios tenga su alma!

Mariori entró llevando la bandeja; saludó a los notables y, con los ojos bajos, se detuvo primeramente delante del arconte. Pálida, de enormes ojos y cejas como dibujadas con pincel, llevaba recogidas dos gruesas trenzas de cabello castaño en forma de corona. El viejo arconte se sirvió una cucharilla llena de confitura de guindas, miró a la joven y levantando el vaso, dijo:

—Por tus amores, Mariori. Mi hijo está impaciente.

La hija del pope era la novia de su hijo único, Michelis, y el pope se enorgullecía de que tal alianza le regalaría pronto con nietos.

—No llego a comprender por qué está tan impaciente, el muy animal. Dice que no resiste más... —añadió el viejo riéndose y guiñando un ojo a la muchacha.

Ésta enrojeció hasta las orejas; se quedó sobrecogida y sin habla.

—¡Alégrense todos! —exclamó el pope Grigoris trayendo una botella de moscatel. ¡Con la bendición de Dios y de la Virgen! El pope, todavía vigoroso, barrigón, con la barba partida y ya blanca, oliendo a incienso y a sebo, notó la confusión de su hija y para cambiar de conversación, preguntó:

—¿Y tú, cuándo, Dios mediante, vas a casar a tu vez a tu hija adoptiva Lenio?

Lenio era una de las hijas naturales que le había hecho a una criada. Se la había dado de novia a su fiel pastor Manolios y la había generosamente dotado con un rebaño de corderos que Manolios guardaba en la montaña de la Virgen, cercana al lugar.

—Si Dios quiere, uno de estos días —respondió el arconte— Lenio está apurada. ¡Está apurada la muy suertuda! Sospecho que sus pezones se han endurecido y están pidiendo a gritos amamantar

un chiquillo. ¡Ya estamos en mayo, patrón, ya estamos en mayo, hay que apurarse!

De nuevo se echó a reír de todo corazón, dando brincos de gozo su triple papada.

—Solamente los asnos se unen en mayo —aventuró—; pero la chica tiene razón; hay que apurarse. En resumidas cuentas, también ellos son hombres, aunque sean criados.

—Manolios es un buen zagal —aseveró el pope—; serán felices.

—Yo también lo quiero como a un hijo —confirmó el arconte—. Recuerdo que lo vi por primera vez cuando visité el Monasterio de Ai Panteleimón: debía tener quince años. Me ofreció la bandeja de bienvenida en el locutorio. Verdaderamente era un angelito, al que sólo faltaban las alas. Sentí pena por él y me dije: es lástima que un mancebo tan hermoso se marchite en un convento, como un eunuco. Así pues, me dirigí a la celda del superior, el padre Manassé, donde éste, ya paralítico, se había recluido desde hacía varios años. «Padre mío —le manifesté—, voy a pedirte una gracia; si me la concedes, donaré al monasterio una lámpara de plata». «Todo lo que desees, arconte, salvo a Manolios». «A él justamente es a quien deseo, padre mío: quiero tomarlo a mi servicio». El viejo lanzó un suspiro. «Lo amo como a un hijo; no le tengo que reprochar nada de lo que hace. Estoy inválido y solo; no disfruto de otra compañía. Todas las noches le hablo de los ascetas y de los santos; de este modo aprende y a mí me distrae». «Déjalo entrar en el mundo, padre, que tenga hijos y que goce; cuando se hastíe de la vida, entonces puede hacerse monje». En fin, después de mucho forcejear, triunfé y me llevé al muchachito. Ahora, le doy a Lenio. ¡La vida les sea dichosa!

—Y él te dará nietecitos —afirmó el viejo Ladas riéndose burlonamente y con malicia. Cogió una guinda que mascujó, bebió un trago de moscatel y, brindando: —Que el trabajo nos rinda —dijo—, Dios quiera que este invierno no muramos de hambre; pues las viñas y sementeras no van bien este año. ¡Estamos embromados!

—Dios proveerá —respondió el pope con voz bronca—. Ánimo, viejo Ladas. Apriétate el cinturón; no hagas excesos; cena poco de noche. Renuncia a las prodigalidades, no distribuyas todos tus bienes a los pobres, como sueles hacerlo.

El arconte lanzó tales carcajadas que la casa retembló.

—¡Una caridad, cristianos, que el tío Ladas se muere de hambre! —lloriqueaba extendiendo su gorda zarpa.

Se oyeron pasos pesados y crujir la escalera.

—He aquí al capitán Furtunas, nuestro viejo lobo de mar —anunció el pope, levantándose para abrirle la puerta—. Espera, Mariori, no te vayas, hay que ofrecerle de beber... Voy en busca de un vaso grande y del *raki*; el vino le fastidia.

El capitán se detuvo un momento en el umbral para tomar aliento. Entró con la sonrisa en los labios, pero el sudor brillaba en su frente. Pisándole los talones, jadeante, apareció el maestro de escuela, abanicándose con la gorra. En el mismo momento el pope llegaba con el *raki*:

—¡Cristo ha resucitado! ¡Gordotes! —saludó el capitán a los tres viejos. Después, apretando los labios, se sentó lo más ágilmente que pudo en el diván y dirigiéndose a la joven, le pidió:

—Ni confituras ni café para mí, pequeña Mariori; eso es bueno para las damas y para los viejos. Ese vasito que vosotros llamáis para agua, me es suficiente. ¡Por tu boda! —brindó apurando de un trago el vaso.

—Hoy es un gran día —manifestó el maestro, saboreando el café—; nuestra gente no va a tardar en llegar; debemos apresurarnos para tomar una decisión.

Mariori salió con la bandeja y el pope echó el cerrojo a la puerta. Su amplio rostro, bronceado por el sol, tomó repentinamente una grandiosidad profética. Bajo las espesas cejas los ojos centelleaban. Era un pope que comía bien, bebía vino puro, lanzaba palabrotas cuando venía al caso y golpeaba fuertemente cuando se enfadaba. Aun ahora, ya viejo, las mujeres le hacían bullir la sangre. Su cerebro, pecho y riñones estaban pletóricos de pasiones humanas. Pero cuando decía misa, o cuando elevaba la mano parabendecir o lanzar un anatema, el viento salvaje del desierto soplaba sobre él, y el pope Grigoris, el glotón, el bebedor, el viejo verde, se transformaba en profeta.

—Hermanos consejeros —comenzó con voz grave—, este día es solemne, Dios nos ve y nos oye. Tened cuidado; todo lo que vamos a decir en esta habitación Él lo anotará en sus tablillas en el

libro de la vida. ¡Cristo ha resucitado!, pero todavía está crucificado en nuestra propia carne. Ancianos notables, hermanos míos, hagamos que resucite también en nosotros. Viejo arconte, olvida por un momento las cosas terrestres; a ti y a tus descendientes les ha tocado la parte hermosa de este país. Has comido, bebido y gozado más de la cuenta, eleva tu espíritu por encima de todos esos bienes y ayúdanos a tomar una decisión. Y tú, tío Ladas, olvida, en este día solemne, tus olivos, tus viñas y tus libras turcas de oro apiladas en tus arcas. A ti, maestro y hermano mío, no tengo nada que decir te; tu espíritu se mantiene siempre por encima de los placeres de la mesa, de las libras de oro y de las mujeres, para encauzarse a Dios y a la Grecia. En cuanto a ti, capitán, viejo pecador, has colmado el Mar Negro con tus iniquidades; piensa, en fin, en Dios y ayúdanos por tu parte a tomar una resolución justa.

El capitán se cabreó.

—¡Deja lo pasado, pope —gritó—, Dios está para juzgar! Si nosotros tuviéramos también libertad para hablar, tendríamos, según pienso, no poco que decir a cuenta de tu santidad.

—Habla, pope, pero ten cuidado con lo que dices; ¡te diriges a notables! —intervino el arconte arrugando el entrecejo.

—¡Hablo a gusanos! —aulló el pope colérico—; yo también soy un gusano. No me interrumpáis. Nuestros invitados llegarán de un momento a otro y antes hay que tomar una resolución. Escuchad, pues: es costumbre inveterada, transmitida de padres a hijos en nuestro pueblo, el designar cada siete años, cinco o seis conciudadanos para hacer revivir en sus cuerpos, cuandollega la Semana Santa, la pasión de Cristo. Han pasado seis años y entramos en el séptimo. Nosotros, los cabezas del pueblo, debemos hoy escoger los que sean más dignos de encarnar a los tres apóstoles mayores Pedro, Santiago y Juan, además a Judas Iscariote y a María Magdalena la prostituta. Y por encima de todo, perdonadme, Señor, a aquel que podrá, guardando durante todo el año el corazón puro, ¡representar a Cristo crucificado!

El pope se detuvo un momento para tomar aliento. El maestro aprovechó la ocasión y su nuez de Adán se puso a subir y bajar.

—Los antiguos —intervino—, llamaban a esto un Misterio. Comenzaba el Domingo de Ramos en el pórtico de la iglesia y finalizaba en los huertos el Sábado Santo a medianoche, con la Resurrección de Cristo. Los idólatras tenían los teatros y los circos, los cristianos los Misterios...

Pero el pope Grigoris le cortó aquel arranque.

—Así es, así es, ya lo sabemos, maestro, pero déjame terminar. Las palabras se transforman en carne, vemos con nuestros ojos y palpamos la pasión de Cristo. De todos los pueblos vecinos afluyen los peregrinos; colocan sus tiendas alrededor de la iglesia, gimen y se golpean el pecho durante toda la semana santa, y después comienzan los festines y los bailes al grito de «Cristo ha resucitado»... Muchos milagros acaecen esos días; los recordáis, hermanos consejeros; muchos pecadores derraman lágrimas y se arrepienten. Ha habido ricos propietarios que sacan a luz los pecados que han cometido por enriquecerse, y donan a la iglesia una viña o un campo para la salvación de su alma. ¿Oyes, tío Ladas?

—Continúa, continúa, pope, y acaba de echar piedras a mi tejado —replicó el viejo Ladas nervioso—. Conmigo esos trucos no van, tenlo por dicho.

—Estamos, pues, reunidos hoy —continuó el pope—, para escoger, ¡Dios nos ilumine!, a los que hemos de confiar este santo misterio. Hablad con libertad; que cada uno exponga su parecer. Arconte, puesto que eres el primer notable, habla pues el primero. Te escuchamos.

—¡Judas!, ya lo tenemos —interrumpió el capitán—. No se encontrará mejor que a Panayotaros, el «tragayeso»; rechoncho, picado de viruelas, un verdadero gorila como uno que vi en Odesa; y lo que es más importante, que tiene los cabellos y la barba propios del cargo: tan rojos como los del diablo en persona.

—No te ha llegado el turno de hablar, capitán —dijo el pope severamente—, no estés apurado, hay otros que deben pasar antes que tú. ¿Vamos, arconte?

—¿Qué he de decirte, pope? —respondió el arconte—. Yo no deseo más que una cosa: que nombres a mi hijo Michelis para el papel de Cristo.

—Imposible —cortó por lo sano el pope—. Tu hijo es un joven arconte, gordo y graso, que cría

carnes y lleva una vida alegre, en tanto que Cristo era pobre y delgado. Eso no conviene, perdóname. Y además, ¿es que Michelis sería capaz de desempeñar bien papel tan difícil? Ha de ser flagelado, coronado de espinas, alzado en la Cruz; Michelis no resistiría, ¿quieres que caiga enfermo?

—Y lo más importante —cortó el capitán—, es que Cristo era rubio, y Michelis tiene los cabellos y bigotes negros como el betún.

—A María Magdalena —dijo Ladas cloqueando— ya la tenemos: la viuda Katerina. Esta zorra tiene todo lo que hace falta: es una hermosa mujer de cabellos dorados. Un día la vi en su patio cómo se peinaba la cabellera que le llegaba a las rodillas y ¡que la lleve el diablo, pero haría condenarse a un arzobispo!

El capitán abrió ya la boca para recordar alguna historieta, pero el pope le lanzó una mirada irritada que le hizo callarse.

—A los malos se les encuentra fácilmente —aseveró el pope—; Judas, María Magdalena. Pero, ¿y los buenos? ¡Ahí os quiero ver! ¿Dónde encontrar, perdonadme, Señor, dónde encontrar un hombre que se parezca a Cristo? Nos contentaríamos con que se le pareciese un poco físicamente. Yo, hace muchos días incluso semanas, que doy vueltas a esta idea en mi cabeza, y muchas noches he perdido el sueño por esa causa. Pero, según creo, Dios se ha apiadado de mí y lo he encontrado.

—¿Quién? —preguntó picado el viejo arconte—, di y veamos.

—Con tu permiso, arconte, alguien de tu casa, a quien tu señoría ama: tu pastor Manolios. Es manso como un cordero, sabe leer y además ha sido frailecito. Con los ojos azules y la barba corta y rubia como la miel, es la verdadera imagen de Cristo. Y por añadidura es piadoso. Todos los domingos baja de la montaña para oír misa y cada vez que le confieso y comulga no le encuentro el más leve pecadillo que reprenderle.

—Está un poquitillo chiflado —chilló el viejo Ladas—; hasta ve visiones.

—No hay ningún mal en eso —aseveró el pope—; es suficiente que tenga el alma pura.

—Ése sí que puede soportar los azotes, la corona de espinas y el peso de la cruz. Además es pastor; una ventaja más; Cristo también era pastor de rebaños humanos —confirmó sentenciosamente el maestro.

—Lo apruebo —concluyó el arconte después de haber reflexionado un buen rato—. ¿Y entonces mi hijo?

—Hará muy bien el papel de Juan —afirmó el pope entusiasmado—. Tiene todo lo que le hace falta: está bien de carnes, cabellos negros, ojos soñadores y es de buena familia, lo mismo que el discípulo amado.

—Para el papel de Santiago —insinuó el maestro mirando tímidamente a su hermano el pope—, me parece que no se puede encontrar a otro mejor que a Kostandis, el cafetero: demacrado, huraño, testarudo y caprichoso, tal cual se representa al apóstol Santiago.

—Y además tiene una mujer que le maneja como un trompo —intervino ahora el capitán—. ¿Era también casado el apóstol? ¡Eh!, ¿qué piensa de eso tu reverendísima?

—¡Impío!, no te burles de las cosas santas —le gritó el pope irritado—. Esto no es tu barco donde contabas cuentos picantes a tus grumetes; estamos tratando del Misterio.

El maestro enardecido intervino:

—Un Pedro pasable me parece que puede ser el buhonero Yannakos. Frente angosta, cabellos grises y ensortijados, mentón corto. Se enoja y se apacigua, se enciende y se apaga tan fácilmente como la yesca, pero con todo tiene buen corazón. No veo en todo el pueblo mejor Pedro que él.

—Algo ratero —afirmó el arconte sacudiendo su gruesa cabezota—. Pero, ¿qué se puede esperar de un vendedor? No importa.

—Se dice que ha matado a su mujer —insinuó el tío Ladas—; le dio a comer no sé qué y reventó.

—¡Mentiras, todo mentiras! —gritó el pope—; que no me vengas a mí con eso. Su difunta mujer se comió, por gula, una fuente repleta de garbanzos crudos; le entró tal sed que toda el agua le era poca. Se hinchó y reventó. ¡No te atormentes, tío Ladas!

—Le estuvo bien empleado —intervino el capitán—; eso le ocurrió por beber agua; no tenía más

que haber bebido *raki*.

—Nos faltan todavía un Pilatos y un Caifás —continuó el maestro; y nos costará trabajo encontrarlos.

—Mejor Pilatos que tu señoría, no lo encontraremos, mi querido arconte —aventuró el pope dulcificando la voz—. No frunzas la frente; Pilatos era sin duda un gran señor; de aspecto altanero, macizo, con doble papada, bien cuidado, tendría tu buena prestancia. Con todo, un buen hombre; hizo todo lo que pudo por salvar a Cristo y, al fin, declaró: «Me lavo las manos». Con esto evitó el pecado. Acepta, arconte, así prestaremos grandeza al Misterio. ¡Imagínate cuánta gloria para nuestro pueblo, y qué muchedumbre acudirá cuando se sepa que el digno arconte Patriarqueas hará de Poncio Pilatos!

El arconte sonrió con suficiencia, encendió el chibuquí, pero no contestó.

—El tío Ladas va a hacerse famoso representando a Caifás —intervino denuevo el capitán—; no es posible encontrar otro mejor. A tu parecer, pope, y puesto que tú haces los iconos, ¿cómo se representa a Caifás?

—Pues... —empezó el pope a contestar tragando saliva—; poco más o menos como es el tío Ladas: piel y huesos, mugriento, mejillas hundidas, nariz amarillenta...

—Y el bigote, ¿era también ralo? —preguntó el capitán a quien le gustaba zaherir a los demás—. ¿No daba nunca una gota de agua ni aun a su ángel de la guarda? ¿También Caifás llevaba los zapatos bajo el brazo para no gastar las suelas?

—¡Yo me voy! —gritó Ladas levantándose de un salto—. Capitán, y tú, ¿qué esperas para tomar tu papel? ¿Es que no se necesita un barbilampiño?

—Yo constituyo la reserva —afirmó el capitán riéndose y haciendo el gesto de retorcerse los imaginarios bigotes—. Puede suceder que durante el año —somos ya maduros y no jóvenes ¡eh!—, uno de vosotros dos cierre el pico, tú por ejemplo Ladas, o bien su señoría Pilatos... Y entonces yo lo reemplazaré para no desbaratar el Misterio.

—¡Encontrad otro Caifás, es cuanto os digo! —atronó el viejo tacaño—. Por lo demás, me voy, pues me estoy meando.

Y se dirigió hacia la puerta; pero el pope dando una zancada y con los brazos en cruz, le detuvo exclamando:

—¿Adónde vas? Ya llega nuestra gente. No saldrás de aquí, pues no querrás que peligren nuestras cabezas.

Después con dulzura, añadió:

—Es necesario que te sacrifiques, como los demás, señor Ladas. Piensa también en el infierno; te serán perdonados muchos de tus pecados, si nos ayudas en esta obra agradable a Dios; jamás encontraremos un Caifás mejor que tú, no te hagas de rogar; Dios anotará esto en tu cuenta.

—Yo no quiero ser Caifás —gritaba el tío Ladas despavorido—. ¡Buscad otro! Y en cuanto a lo de anotar en mi cuenta...

Pero no tuvo tiempo de acabar su sarta de argumentos, pues los aldeanos subían ya la escalera, y el pope descorrió el cerrojo de la puerta.

—¡Cristo ha resucitado, notables! —Una decena de aldeanos entraron signándose el pecho, los labios y la frente, y se alinearon a lo largo de la pared, quedándose de pie.

—¡En verdad resucitado! —respondieron los notables, arrellanándose mejor en el diván. El viejo arconte hizo que circulase entre la ronda su petaca de tabaco.

—Hijos, ya está decidido —anunció el pope—, llegáis en buen momento, ¡sed bienvenidos!

Dió una palmada y Mariori entró.

—Mariori, sirve de beber a estos jóvenes y ofréceles a cada uno, ¡el huevo rojo de la resurrección de Cristo!

Bebieron, tomaron un huevo rojo cada uno y esperaron.

—Hijos míos —comenzó el pope acariciándose la barba partida—, os he explicado ayer después de la misa lo que esperamos de vosotros. En la próxima Pascua se va a representar un gran Misterio en nuestro pueblo, y es necesario que todos, pequeños y grandes, demos una mano. Recordad todos qué Semana Santa tuvimos hace seis años. ¡Cuántas lágrimas se derramaron en el pórtico, cuántos

gemidos que desgarraban el corazón! Después, el domingo de Resurrección, cuánta alegría, cuántas velas encendidas, cuántos brazos abiertos, con cuánto ardor nos hemos lanzado al baile, cantamos «Cristo ha resucitado hollando la muerte con la muerte»; todos nos convertimos en hermanos. Es necesario que el año que viene tengamos una Pasión tan hermosa, y más todavía que la anterior; ¿estáis de acuerdo, hermanos?

—¡De acuerdo, padre! —respondieron como un solo hombre—. Con tu bendición.

—¡Con la bendición de Dios! —declaró el pope levantándose—. Nosotros los Ancianos hemos elegido a los que encarnarán este año la Pasión de Cristo; a los que harán de apóstoles, así como de Pilatos, Caifás y Cristo. ¡En el nombre del Padre, acércate tú, Kostandis!

El cafetero, metiendo la punta deldelantal bajo el ancho cinturón rojo, avanzó.

—A ti, Kostandis, te hemos elegido los notables para que seas Santiago, el discípulo austero de Jesús. Pesada carga, carga divina; llévala con dignidad ¿lo oyes?, no deshonres al apóstol. De hoy en adelante has de transformarte en un hombre nuevo, Kostandis. Eres bueno, pero debes llegar a ser mejor. Más honrado, más afable; ven más a menudo a la iglesia; pon menos cebada al café, no mezcles los sobrantes de los vasos de vino que despachas, no dividas en dos los *lukums*[1] para venderlos como enteros. Sobre todo, ten sumo cuidado de no volver a apalear a tu mujer, pues a partir de hoy no eres Kostandis, sino ante todo Santiago, el apóstol; ¿has comprendido?

—He comprendido —respondió Kostandis, reculando hacia la pared, avergonzado. Estuvo a punto de decir: «No soy yo quien apalea a mi mujer, sino ella a mí», pero tuvo vergüenza.

—¿Dónde está Michelis? —preguntó el pope—, lo necesitamos.

—Se ha quedado en la cocina charlando con tu hija —respondió Yannakos.

—Que alguien vaya por él. Acércate mientras tanto, señor Yannakos, a ti te toca.

El buhonero avanzó un paso y besó la mano al pope.

—Tú, Yannakos, a ti te ha tocado un papel difícil, harás de Pedro, apóstol. ¡Cuidado! Olvídate del hombre viejo; se trata de un bautismo. Yannakos, yo te bautizo en el nombre del Padre; ¡eres el apóstol Pedro! Sabes leer un poco, toma el Evangelio; ahí verás lo que era Pedro, lo que decía, lo que hacía; tú también eres duro de cabeza como una mula, Yannakos, pero tienes buen corazón. Olvida el pasado, emprende un nuevo camino, entra por la senda de Dios: no robes más en el peso, no vendas un cuco por un ruiseñor; no abras las cartas para enterarte de los secretos de los demás. ¿Comprendes? Di: comprendo y obedeceré.

—Comprendo y obedeceré, padre mío —respondió Yannakos reculando rapidísimamente hacia la pared. Temblaba, no fuera que el diablo del pope se pusiera a desembuchar en público todas sus fechorías.

Pero el pope tuvo compasión de él y se calló. Yannakos entonces se envalentonó:

—Padre mío, te pido una gracia. Creo que en el Evangelio se habla de un borriquillo. Me parece que Cristo cuando entró en Jerusalén el día de Ramos iba montado en un asno. Así pues, necesitamos uno; quisiera que fuese el mío.

—Hágase tu voluntad, Pedro; se acepta tu borrico —respondió el pope.

Todos se echaron a reír.

En aquel instante Michelis entró. Gordo, lozano, sonrosado, con un clavel en la oreja y alianza de oro en el dedo, iba vestido de paño fino y satén. Sus mejillas relucían; acababa justamente de acariciar la mano de Mariori y se hallaba todavía enardecido.

—Bienvenido seas, Michelis, nuestro querido muchacho —dijo el pope acariciando con la mirada a su futuro yerno—. Por aclamación te hemos elegido para encarnar a Juan, el discípulo amado de Cristo. Es un gran honor, Michelis, es una inmensa alegría. Serás tú quien se recostará sobre el pecho de Cristo para reconfortarle. Tú serás quien le seguirá hasta el último instante en la cruz, mientras los otros discípulos se dispersarán. Hasta te confiará Cristo a su madre.

—Con tu bendición, padre mío —dijo Michelis enrojeciendo de placer—. Desde pequeño he admirado a este apóstol en los iconos; era joven, hermoso, lleno de dulzura; me agradaba. Gracias, padre. ¿Tienes que recomendarme algo?

[1] Especie de torta, cuyos trozos se sirven en los cafés griegos.

—Nada, Michelis. Tu alma tiene la inocencia de una paloma, tu corazón desborda amor. No, no deshonrarás al apóstol; recibe mi bendición.

—Ahora necesitamos encontrar un Judas Iscariote —dijo escrutando uno a uno, con su mirada de ave de rapiña, a los aldeanos, que temblaban al sentir aquella mirada dura sobre sí. «¡Ayudadme, Señor, yo no quiero, no, no quiero ser Judas!», se decían para sí.

Su mirada se detuvo en la barba roja del «tragayeso» y su voz clamó:

—Panayotaros, acércate un poco, pues quiero pedirte un favor.

Panayotaros, cual un buey que lucha por desembarazarse del yugo, sacudió sus pesados hombros, por un momento tuvo deseos de gritar: ¡no, no quiero!, pero le faltó el valor delante de los notables.

—A tus órdenes, pope —díjole acercándose pesadamente con andar de oso.

—Es muy penoso el servicio que te vamos a pedir, Panayotaros, pero tú no querrás ser desatento; a pesar de tu aspecto brusco, tienes un corazón sensible. Eres como la almendra: cáscara dura como la piedra, pero bien escondida en el interior, una almendra dulce... ¿Oyes lo que te digo, Panayotaros?

—Oigo, no soy sordo —respondió en tanto se enrojecía su rostro picado de viruelas. Adivinaba lo que se quería de él; pero le repugnaban las palabras melosas y zalameras.

—Sin Judas no hay crucifixión —prosiguió el pope—, y sin crucifixión no hay resurrección. Es pues del todo necesario que uno se sacrifique y haga de Judas.

—¿Judas, yo? ¡Jamás! —declaró rotundamente «tragayeso». Y apretó el puño; el huevo de Pascua rojo se reventó y la yema rezumó entre sus dedos.

El arconte se sobresaltó y amenazó con la pipa.

—¡Esto es el fin del mundo! —gritó—, ahora todo el mundo ordena. Estamos ante el Consejo de los Ancianos, ¡No en el café de Kostandis! Los Ancianos han decidido, y punto final; el pueblo ha de obedecer. ¿Oyes, Panayotaros?

—Yo respeto al Consejo de los Ancianos —respondió Panayotaros—, pero pido que no sea yo quien traicione a Cristo. ¡No lo haré jamás! El arconte resoplaba, temblaba de cólera, se sofocaba. El capitán se aprovechó del zipizape para llenarse de nuevo el vaso.

—Eres duro de entendederas, todo lo ves atravesado, Panayotaros —intervino el pope, esforzándose por suavizar la voz—. No eres tú, idiota, el que traicionará a Cristo, tú parecerás que eres Judas y que traicionas a Cristo, para que podamos crucificarlo y resucitarlo enseguida. Tu sesera es muy dura, pero procura atender y lo comprenderás: para que el mundo se salve, es necesario que Cristo sea crucificado. Para que Cristo sea crucificado, es preciso que alguien lo traicione... Para que el mundo se salve, ves claramente que Judas es indispensable, y más indispensable que ningún otro apóstol. El que falte un apóstol no tiene importancia; pero si falta Judas, nada es posible... Él es el más imprescindible, después de Cristo... ¿Has comprendido?

—Yo, ¿Judas? ¡Jamás! —repitió Panayotaros triturando aún más el huevo roto—. Vosotros queréis que yo sea Judas; yo no quiero, eso es todo.

—Veamos, sé bueno, Panayotaros, haznos el favor de ser Judas —dijo el maestro— tu nombre se inmortalizará.

—Hasta el tío Ladas también te lo suplica —dijo el capitán limpiándose
la boca—, y por las monedas que le debes no te exigirá recibo. ¡Y hasta dice que te perdona los intereses!

—¡No te metas en asuntos ajenos, capitán! —chilló el viejo avariento fuera de sí—. Yo no he dicho nada.

¡Haz lo que Dios te ilumine, Panayotaros, yo nunca perdono los intereses!

Todo el mundo se calló. Se oía la respiración agitada de Panayotaros que resoplaba como si escalase una montaña.

—No nos quedemos aquí remoloneando —dijo el capitán—; dejad al pobre que digiera el asunto, que no es poco tener que hacer de Judas. Esto no se logra de repente; hace falta reflexionar y tomar *raki*, según se dice. ¿Dónde está Manolios, para terminar?

—Le han visto requebrando a su prometida Lenio; ¡no se despega de ella! —respondió

Yannakos.

—Estoy aquí —dijo Manolios enrojeciendo, quien se había deslizado en la habitación a hurtadillas y se había colocado en el rincón más apartado—. A vuestra disposición, arconte y notables.

—Acércate, Manolios —manifestó el pope con voz plena de dulzura y de miel—, acércate y recibe mi bendición.

Manolios se acercó y besó la mano al pope. Era un muchacho rubio, tímido e iba pobremente vestido. Olía a tomillo y a leche, y en sus azules ojos se reflejaba su candor.

—Te ha tocado en suerte el primer puesto, Manolios —manifestó el pope en tono solemne—. Dios te ha elegido a ti para que por tus gestos, tu voz, tus lágrimas, reviva la santa Pasión... Eres tú quien se ceñirá la corona de espinas, quien será flagelado, quien llevará a cuestas la santa cruz, y quien será crucificado. A partir de hoy y hasta la Semana Santa del año próximo, no debes pensar más que en una cosa, Manolios, en una sola: cómo llegaré a ser digno de llevar el peso terrible de la cruz.

—Yo no soy digno... —murmuró Manolios temblando.

—Nadie lo es, y sin embargo a ti Dios te ha elegido.

—No soy digno —murmuró nuevamente Manolios—. Tengo una prometida, he tocado a una mujer, mi alma está en pecado; dentro de algunos días me casaré... ¿Cómo podré llevar entonces el peso terrible de Cristo?

—No resistas a la voluntad de Dios —dijo severo el pope—. No, no eres digno, pero la gracia divina excusa, absuelve, elige. A ti te ha elegido, ¡cállate! Manolios se calló, mas su corazón estallaba de alegría y de temor. Miró por la ventana; a lo lejos la llanura reverdecía, humedecida, serena; se había despejado la bruma. Como de repente Manolios se estremeciese, un arco iris, todo esmeralda, rubí y oro unió el cielo con la tierra.

—Hágase su voluntad —dijo Manolios, descansando su mano grande y abierta sobre el pecho.

—Que se acerquen los tres apóstoles ahora —ordenó el pope—. Ven, útambién Panayotaros, no te escabullas, que nadie te va a comer. Acercaos para recibir la bendición.

Los cuatro se acercaron y se colocaron a derecha e izquierda de Manolios. El pope extendió los brazos encima de sus cabezas.

—¡Que Dios os bendiga! —dijo—, que el Espíritu del Señor sople sobre vosotros. Así como en primavera los árboles se hinchan de savia y brotan las yemas, así vuestros corazones, aunque no sean sino troncos muertos, ¡florezcan a su tiempo! ¡Que se cumpla el milagro que hará decir a los fieles que os vean en el transcurso de la Semana Santa: ¿Es ese Yannakos, Kostandis, Michelis? ¡No, no! Ése es Pedro, Santiago, Juan. Que al verte, Manolios, con la corona de espinas, trepando al Gólgota, el terror se apodere de ellos... Que de nuevo tiemble la tierra, que el sol se oscurezca, que el velo del templo se escinda en dos de arriba abajo, dentro de sus almas! ¡Que los ojos se llenen de lágrimas, que se purifiquen y descubran de repente que somos todos hermanos! Que Cristo resucite no solamente en el atrio de la iglesia sino en nuestros corazones ¡Amén!

Los tres apóstoles y Manolios se sintieron bañados de un sudor frío, se les doblaban las rodillas; el terror se cernió encima de sus cabezas; sus manos se buscaron y se unieron y formaron una cadena, reunidos ante el peligro. Solamente Panayotaros apretó el puño y no quiso unirse a los otros; miraba la puerta, apurado por salir.

—Id, pues —dijo el pope—, con la bendición de Cristo. Un camino nuevo se abre delante de vosotros, y muy áspero, apretaos el cinturón, purificad vuestros corazones, ¡y que Dios os ayude! Se inclinaron uno tras otro ante el pope y se retiraron saludaron a los ancianos y franquearon la puerta en silencio. Por su parte los notables se levantaron, y estiraron brazos y piernas para desentumecerse.

—Gracias al poder de Dios —dijo el arconte— todo se ha arreglado a pedir de boca ¡te has portado bien, pope, has llevado el asunto francamente!!Bendícenos! En el momento en que los notables iban a traspasar la puerta, el capitán Furtunas se echó a reír azotándose los muslos:

—¡Oh! ¡Pero se han olvidado de elegir una Magdalena! —No te hagas mala sangre, capitán —aseveró el viejo arconte, tragando saliva— yo haré que vaya a mi casa y la hablaré... Pienso triunfar

en mi cometido... —añadió sonriendo.

—Si quieres pecar con ella, arconte —dijo el pope poniendo mala cara—, hazlo antes de hablarle de esto; pues desde que se convierta en Magdalena, será un gran pecado, sábetelo.

—Has hecho bien en decírmelo, pope —manifestó el arconte, volviéndole la respiración como si acabase de escapar de un gran peligro.

«¡Que el demonio nos lleve a todos!», murmuró una vez que se quedó solo el capitán Furtunas y, mientras descendía la cuesta, pesadamente apoyado en el bastón, prosiguió: «Para esos trucos, viejo, hay que tener el corazón puro, y aquí esto es Sodoma y Gomorra».

«El pope tragaldabas ha abierto una farmacia, que llama «iglesia», donde despacha a Cristo al peso. Esta especie de charlatán sana todas las enfermedades, según asegura.

—¿Qué enfermedad tienes?

—He mentido.

—Bien, tres gramos de Cristo; tantas piastras.

—He robado.

—Cuatro gramos de Cristo; tanto.

—¿Y tú?

—He matado.

—¡Oh!, eso es enfermedad grave, pobre hombre. Tomarás por la noche antes de acostarte quince gramos de Cristo; eso cuesta caro; tanto.

—¿No puedes rebajarme algo, padre mío?

—No; es la tarifa; paga, pues si no te irás a lo más hondo de los infiernos.

»Y le hace contemplar las imágenes que tiene en su tienda representativas del infierno, con llamas y diablos con tridentes; entonces al cliente se le pone la carne de gallina y vacía la bolsa...

»¿El viejo Patriarqueas? Un cerdo de dos patas; todo él es vientre, desde la cabeza a los pies; hasta el cráneo está lleno de tripas. Si se colocase de un lado todo lo que ha tragado en su vida y de otro lado lo que ha evacuado por arriba y por abajo, se tendrían dos enormes montañas hediondas. Así es como se presentará delante de Dios cuando llegue su día señalado, con esas montañas, una a su derecha y otra a su izquierda.

»¿Y Hadji Nikolis, el maestro de escuela? ¡Un espárrago seco! ¡Pobre tipo! Un cagón, rotoso, un débil y repulsivo miope, y con todo ¡se cree un Alejandro Magno! Se encasqueta un gorro de papel y cubre con él la cabeza de los mozalbetes de su clase. ¡Un maestro de escuela! ¿Qué se puede esperar de eso?

»¿El tío Ladas? Piojoso, avaro, sin un adarme de amor propio. Sentado sobre barricas de vino, odres de aceite y sacos de harina, se muere de hambre. Él fue quien dijo a su mujer una noche que tenía invitados: «Mujer, pon a cocer un huevo, que seremos cuatro a la mesa». Siempre hambriento, siempre sediento, va enseñando el trasero y descalzo. ¿Y para qué? ¡Para reventar en el pellejo de un rico! ¡Puaf! ¡Que le ayude el diablo!

»¿Y yo? ¿Se quiere saber algo de mí? Un tipo de rompe y rasga. Hacen falta pinzas para cogerme sin mancharse. ¡Cuánto he podido tragar, beber, robar, matar y poner los cuernos en mi vida! ¿Cómo he podido tener tiempo de hacer tantas porquerías? ¡A vuestra salud, manos, pies, boca y muslos míos! ¡Habéis trabajado bien, compañeros; yo os bendigo!»

El capitán Furtunas así monologaba mientras golpeaba con el bastón las piedras del camino; se había quitado el gorro, con el que se abanicaba; sentía calor. Miró al sol; era más de mediodía; apretó el paso; aquella misma mañana el agá le había convidado a almorzar; iban una vez más a llenarse la panza y a emborracharse. «¡Vamos de prisa, refunfuñó, la vida es hermosa, aprovechémosla!» Llegado al umbral de la casa del agá, se detuvo en la puerta pintada de rojo, y la escupió. Esto le aliviaba; era como si hubiese escupido sobre toda Turquía, como si hubiese elevado un pequeño, un minúsculo estandarte de la libertad y hubiese sido, por un instante, libre.

Escupió de nuevo y, después, consolado, llamó. Iba a comer bien, beber mejor; el agá era un buen hombre no hurgándolo mucho; una vez más iban a anudarse las servilletas alrededor de la

cabeza para que ésta no estallase, e iban a beber *raki* puro en vasos de agua.

Se oyó en el patio el ruido producido por pasos cortos de zuecos; se abrió la puerta. La vieja esclava del agá, Marta la jorobada, acogió al capitán con aspereza.

—Si crees en Cristo, capitán, no vayáis a emborracharos de nuevo; estoy harta, sí, ¡estoy verdaderamente harta! El capitán se echó a reír. Acarició la joroba de la viejecita.

—No te preocupes, *kira* Martha, buena viejecita mía, no nos emborracharemos. Y si nos emborrachamos, no vomitaremos, y si vomitamos... bueno, trae la jofaina para no ensuciarte el piso. Palabra.

Esto dicho, franqueó el umbral con gran dignidad.

CAPÍTULO II

HACIA LA TARDE, los tres apóstoles y Manolios se internaron por el camino que conduce al laguito de Voidomata, situado no lejos del pueblo, a fin de aligerar un poco sus corazones charlando. Los cuatro sentían un estremecimiento místico, como si hubiesen comulgado.

Disipada la niebla, los árboles y las piedras relucían, la tierra embalsamaba el aire, un cuclillo silbaba alegre y burlón. El sol, como gran señor, acariciaba ya encalmado la tierra. Todo era ternura y serenidad. Algunas gotitas jugaban todavía en la punta de las hojas; el mundo reía y lloraba en el aire húmedo de la tarde.

Durante mucho tiempo, los cuatro compañeros caminaron en silencio. Ahora se metieron por los senderos empapados que dividían los huertos; las flores de los limoneros brillaban entre el follaje umbrío. Como si Cristo no hubiera aún resucitado, la tierra entera, cargada de flores, se deshacía en llanto. Se deslizaba un viento suave, uno de esos que empujan la savia; y todas las plantas, aun las más pequeñitas, resucitaban.

Fue Kostandis, quien primero abrió la boca:

—Qué pesada carga ha echado sobre nuestras espaldas el pope —dijo a media voz—. Dios nos ayude a llevarla debidamente. Os acordaréis que la última vez fue el maestro Charalambis quien hizo de Cristo, hombre de bien, buen padre de familia. Pero tanto se aplicó a seguir las huellas de Cristo, luchó de tal manera durante todo el año para ser digno de llevar la cruz, que al final de cuentas eso le trastornó. El día de Pascua, se colocó la corona de espinas en la cabeza, cargó la cruz sobre los hombros y, abandonándolo todo, tomó el camino del Monasterio de San Jorge de Sumela, allá abajo, del lado de Trebizonda, y se metió monje. Eso fue la ruina para su familia; su mujer por eso murió, sus niños se pusieron a mendigar por el pueblo... Manolios, ¿tú te acuerdas del maestro Charalambis?

Manolios callaba. Oía las palabras de Kostandis sin entenderlas; su espíritu se hallaba sumido en profundas meditaciones; atenazada la garganta, no podía hablar. Aquello a que había aspirado desde su más tierna infancia, aquello que había deseado a través de tantas noches, sentado a los pies de su superior, el padre Manassé, escuchándole la Leyenda Dorada, todo eso ahora Dios se lo concedía. Seguir las huellas de los mártires y de los santos, desollar su carne, hacerse matar por su fe en Jesucristo y entrar al paraíso llevando los instrumentos del martirio: la corona de espinas, la cruz y los cinco clavos...

—¿Crees que nosotros no llegaremos también a ser mártires? —repuso Michelis sonriendo burlonamente, pero en su fuero interno experimentando una vaga inquietud—. ¿No ves que se nos toma para hacer de apóstoles? ¡Dios nos ampare!

—Nunca se sabe —replicó Yannakos meneando la cabezota achicharrada por el sol—. A mi entender el hombre es una máquina delicada, que se descompone fácilmente. Basta que un tornillo se afloje...

Habían llegado al Voidomata y se detuvieron. Agua verdosa, espesas tupidas cañas, patos salvajes. Dos cigüeñas levantaron vuelo y pasaron lenta e indiferentemente sobre sus cabezas. Iba a ponerse el sol.

Alejados del mundo, miraban el lago perdido en la sombra, pero ninguno lo veía: el espíritu estaba ausente presa de insólitas zozobras. Callaban. Al fin, habló Yannakos:

—En verdad, Kostandis, es una tarea difícil, muy dura. He contraído malos hábitos, Dios me perdone, ¿qué he de hacer para perderlos? Por ejemplo, no robes en el peso, no abras las cartas ajenas... El pope se figura que esto es fácil... Si no escamoteas en el peso, ¿cómo quieres ganar dinero, llegar a ser alguien algún día? Si no lees las cartas ajenas, digo leerlas por encima, ¿qué harás para distraerte? Después que mi difunta mujer me dejó, he adquirido esta costumbre. No para

hacer mal ¡líbreme Dios! sino por aburrimiento. No me queda más que esta alegría, excepto mi borriquillo, al que Dios también bendiga. No me queda otra alegría. Al regresar de mis correrías por el pueblo, echó el cerrojo a mi barraca, pongo a hervir agua y, al vapor, despego los sobres... Leo las cartas, me entero de lo que hacen unos u otros, las vuelvo a pegar y las distribuyo al día siguiente por la mañana. Pero ahora mirad lo que el pope acaba de decirme... Sabéis, viejos, que no es fácil que el cuervo se convierta en pichón... Dios me perdone.

Atusándose el bigotito negro Michelis sonríe, contento de sí... Él no roba, no lee las cartas ajenas; el pope no había encontrado nada que reprocharle; por eso estaba orgulloso. Sacó la petaca, la hizo circular entre sus amigos, quienes se pusieron los cuatro a liar gruesos y apretados cigarrillos. Los encendieron, aspiraron el humo y se sintieron calmados.

Michelis no pudo contener su soberbia:

—A mí el pope me ha dicho que no tengo que cambiar ninguna de mis costumbres; que sean cualesquiera no deshonraré al apóstol.

Apenas pronunciadas estas palabras, enrojeció de vergüenza, pero ya no podía recogerlas.

Manolios se volvió hacia él y lo miró con severidad. Primeramente pensó que no debía replicarle; Michelis era el hijo de su patrón, ciertamente; pero se acordó que en adelante él no era solamente Manolios, era algo más profundo, algo más grande; eso le enardeció.

—Sin embargo —dijo— quién sabe, patrón, si tu señora también no debiera cambiar no pocas de tus costumbres. Comer menos —piensa en todos aquellos que tienen hambre en el pueblo—, no desplegar tanto lujo, calzones de paño fino, chaleco bordado, polainas siempre nuevas —piensa en todos los que tiritan en invierno por no tener nada que ponerse—, ...Abrir de vez en cuando las bodegas de tu casa para dar un poco a los pobres... Tú tienes más de lo que te hace falta, Dios sea bendito.

—¿Y si el viejo llegase a husmear que distribuyo limosnas? —aventuró Michelis asustado.

—Tú ya no eres un niño, tienes veinticinco años, eres un hombre hecho —respondió Manolios— . Además, por encima de tu padre, está Cristo, el verdadero padre; Él sólo manda.

Michelis se volvió asombrado hacia su criado. Era la primera vez que le hablaba con ese atrevimiento... «Creo que se le han subido los humos, porque le han hecho Cristo. Yo le diré a mi padre que lo encarrile». Y arrojó nerviosamente el cigarrillo, sin decir nada.

—Será necesario comprar un Evangelio —dijo Kostandis—; eso es lo que pienso. Allí se encontrará el camino que hemos de seguir.

—En casa hay un voluminoso Evangelio, el de mi padre —dijo Michelis—. Está encuadernado en madera y piel de chancho. Las tapas son como las puertas de una fortaleza. Hasta tiene cerradura y gruesa llave. Cuando lo abres, te figuras que entras en una gran ciudad. No habrá más que reunirse todos los domingos en mi casa para leerlo.

—Será necesario que yo también lo tenga en la montaña —añadió Manolios—. Hasta ahora me aburría solo; cogía trozos de madera y tallaba cucharas, bastones, tabaqueras, santos, cabras, todo lo que se me ocurría... Perdía el tiempo, y ¡cómo! Pero ahora...

Se calló y permaneció pensativo.

—Y yo, cuando hago la recorrida con mi borriquillo y me siento bajo un plátano para respirar un poco, no sería malo que tuviera también un Evangelio que leer... Me diréis que pillaría muy poca cosa, pero lo que fuere, ¡siempre saldría ganando!

—Yo soy el que tengo más necesidad —espetó Kostandis—. Cuando mi mujer se pone a gritar y se me van hinchando las narices, lo abriré para calmarme. Y me diré: todo lo que aguanto, pobre mártir, ¿qué es ante la pasión de Cristo? No es que esté resentido con ella, Yannakos, pero, aunque sea tuhermana, es insoportable. En cierta ocasión, se lanzó sobre mí para arrancarme los ojos con un tenedor. Sin ir más lejos, anteayer, agarró la olla donde guisaba el puré de habas y me persiguió para encasquetármela. Yo me preguntaba: me matará ella, o seré yo quien la mate. En adelante leeré el Evangelio, y ella podrá gritar lo que le dé la gana.

Yannakos se echó a reír.

—Pobre Kostandis —replicó pensativo—, Dios sabe cuánto te compadezco. Pero ten paciencia.

El matrimonio es una lotería, aguántate con tu suerte y punto en boca.

—Lo malo es —continuó Kostandis que me cuesta deletrear. Salto de una letra a otra y me rompo la cabeza.

—Eso no es nada —aseveró Manolios—, vale más así. Lees una sílaba y comprendes toda la palabra. Por otra parte, los apóstoles eran gente sencilla, como nosotros, sin instrucción, y la mayor parte pecadores.

—¿Sabía leer el apóstol Pedro? —interrogó ansioso Yannakos.

—No lo sé —respondió Manolios—, no lo sé Yannakos. Se lo preguntaremos al pope.

—Habrá que preguntarle también si vendía los peces que pescaba o los distribuía a los pobres — murmuró Yannakos—. Porque seguramente no escamotearía en el peso, pero ¿los vendería? Éste es el asunto. ¿Los vendía o los regalaba?

—Habría que leer también las vidas de los santos... —propuso Michelis.

—No, eso no —protestó Manolios—. Somos hombres sencillos; nos armaríamos un lío. Yo, cuando estaba en casa de los monjes, las leía y por poco pierdo la chaveta. Desiertos, leones, enfermedades espantosas, lepra, el cuerpo se les cubría de granos y eran comidos por los gusanos o llegaban a ser como el caparazón de las tortugas... Otras veces la tentación venía en forma de hermosa mujer... ¡No, no! Nada más que el Evangelio.

Caminaban lentamente alrededor del lago, entre las sombras que todo lo iban invadiendo. Era la primera vez en sus vidas que tenían propósitos tan chocantes... Daban vueltas y másvueltas en sus cabezas a las extrañas palabras del pope Grigoris: «Que el Espíritu del Señor sople sobre vosotros...» Para soplar, el Espíritu era pues un viento. ¿Un viento que empuja la savia, como el de esta tarde, húmeda y tibia, cuyo hálito hace abotonar las ramas? ¿Sería el Espíritu un viento como éste? ¿Soplaría sobre nuestras almas?

Y los cuatro compañeros reflexionaban, se interrogaban a sí mismos, se esforzaban por comprender. Pero ninguno quería preguntar a su vecino, porque era algo secreta y extrañamente suave, sentirse atenazado por una tal inquietud.

Permanecieron así largo rato sin hablar, mirando en silencio el caer de la noche. El lucero vespertino centelleaba en el horizonte. En las orillas del lago, las ranas comenzaron a croar a cual mejor. A la izquierda se elevaba, ya bañada en sombras, la Montaña de la Virgen, bien cultivada, reverdeciente, donde Manolios tenía su aprisco y donde pastoreaba los corderos de su patrón. A la derecha, el monte silvestre, Sarakina, se tornaba de violeta a azul oscuro, y las numerosas grutas cavadas en sus laderas se abrían negras como bocas de lobo. Pese a ello en la cima, encalada recientemente y apuntalada por enormes rocas, brillaba la capilla del Profeta Elías, toda blanca y minúscula como un huevo...

Abajo, en la blanda tierra, entre las cañas, por acá y por allá, un gusano de luz iluminaba su panza y brillaba sereno, paciente, rebosante de amor y esperanza.

—Se hace de noche —dijo Michelis—, volvamos.

Mas Yannakos que iba delante se detuvo bruscamente, se llevó la mano a la oreja y escuchó: un ruido de pasos como el de una muchedumbre en marcha, un murmullo lejano, pero nutrido, semejante al zumbido de un enjambre; de vez en cuando una voz profunda y potente parecía dar órdenes.

—¡Mirad, vosotros, mirad...! —exclamó Yannakos—. ¿Qué es ese hormiguero que desemboca de la llanura? Parece una procesión.

Abrieron desmesuradamente los ojos para distinguir algo en la semioscuridad y aguzaron el oído.

Un largo cortejo de hombres y mujeres se desplegaba entre los trigales y a través de los viñedos. Parecía que corrían; sin duda vieron el pueblo y aprietan el paso.

—¡Escuchad! —exclamó Michelis—, se diría que entonan salmos.

—Más bien que lloran —replicó Manolios—; yo oigo sollozos.

—No, no, son salmos; contened la respiración, para oír mejor.

Inmóviles, aguzaron más el oído. En medio del calmo anochecer, resonó entonces claro, triunfal,

el antiguo cántico bizantino: «Señor, Señor, salva a tu pueblo...[1]

—¡Son cristianos, hermanos nuestros! —exclamó Manolios—. ¡Vamos a darles la bienvenida!

Los cuatro a una echaron a correr. La cabeza del cortejo había ya llegado a las primeras casas del pueblo. Los perros se lanzaban al camino ladrando como locos; se abrían las puertas; las mujeres salían al umbral, los hombres acudían con la boca llena aún. Era la hora en que la gente de Licovrisí cena, sentados todos con las piernas cruzadas, alrededor de la mesa baja. Al oír los salmos, los llantos y el rumor de los pasos, se habían levantado de un salto. Los tres apóstoles y Manolios llegaron a su vez.

Los últimos rayos del crepúsculo iluminaban todavía las casas de las callejuelas del pueblo. El cortejo se iba acercando. Se distinguía netamente a la cabeza un pope de rostro curtido, flaco, de ojos negros llameantes bajo un matorral de cejas y de barba rala puntiaguda totalmente gris. Estrechaba en sus brazos un gran Evangelio de pesada cubierta de plata cincelada y llevaba estola. A su derecha, un gigante de bigotes negros y caídos, sostenía en alto el estandarte de la iglesia, un San Jorge bordado en oro. Detrás de ellos, cinco o seis viejos demacrados llevaban muy derechos grandes iconos. Después seguía el tropel de mujeres y hombres, acompañados por los niños que gritaban y lloraban. Los hombres iban cargados con líos de ropa y utensilios: palas, layas, picos, hoces; las mujeres, con cunas, cacharros y cubetas.

—Cristianos, ¿quiénes sois, de dónde venís y adónde vais? —gritó Yannakos inclinándose ante el pope en el momento en que el tropel se esparcía por la plaza del pueblo.

—¿Dónde está el pope Grigoris? —replicó el anciano con vez ronca—, ¿dónde están los notables?

Y volviéndose hacia los vecinos que habían acudido, sorprendidos e inquietos, les dijo:

—Somos cristianos, hermanos míos, no temáis nada, somos cristianos griegos perseguidos. Llamad a los jefes del pueblo, tengo que hablarles... ¡Haced que repiquen las campanas!

Agotadas las mujeres se tiraron al suelo; los hombres descargaron los bultos, enjugaron el sudor de los rostros y miraron al pope sin decir palabra.

—¿De dónde vienes, por la gracia de Dios, abuelo? —preguntó Manolios a un anciano encorvado por los años, cargado con un talego muy pesado que no abandonaba de sus hombros.

—No te impacientes, hijo mío, no te impacientes; el pope Fotis va a hablar.

—¿Qué es lo que tienes en esa bolsa, abuelo?

—Nada, hijo mío, nada. Cosas mías... —respondió, colocando con precaución el talego en el suelo.

El pope permanecía de pie, apretando contra sí el Evangelio. Un joven corrió al campanario para tocar la campana. Dos lechuzas espantadas, levantaron el vuelo del plátano y se perdieron en la oscuridad.

El agá apareció en el balcón completamente ebrio. Le parecía que la plaza estaba llena de un rebaño raro que no le pertenecía. Le zumbaban los oídos. Por alguna parte gritaban, lloraban o cantaban: no llegaba a distinguirlo. Y ¿qué era eso que armaba un jaleo de todos los diablos? ¿Acaso no podía ser muy bien la campana?

—Oye, tú, capitán barbilampiño, dime —preguntó volviéndose—, ven un momento y explícame este misterio. ¿Qué significa ese gentío en la plaza? ¿Ese escándalo? ¿Y esas campanas? ¿Es que estoy soñando?

El capitán Furtunas acudió al balcón. Llevaba enrollada una servilleta blanca en la cabeza por temor a que estallase. Era su costumbre cada vez que pasaba la velada bebiendo con el agá, porque se imaginaba que el *raki* podía hacerla explotar en mil pedazos. De vez en cuando desataba la servilleta, la sumergía en una palangana de agua fresca y se la volvía a enrollar en la hirviente cabeza.

El capitán se asomó y abrió desmesuradamente los ojos. Le pareció distinguir abajo, alrededor del plátano, hombres, mujeres, un estandarte...

---

[1] Antiguo cántico guerrero bizantino, por el que se pide a Dios la victoria sobre los turcos, que aún se canta en las iglesias griegas.

—Vamos, ¿qué es eso, capitán barbilampiño? —preguntó de nuevo el agá—. ¿Comprendes algo de lo que pasa ahí abajo, eh?

—Son personas —respondió el capitán—. Eso me parece gente. Y tú, agá, ¿qué es lo que piensas?

—A mí también, eso me parece gente... ¿De dónde ha salido? ¿Qué es lo que quieren? ¿Qué debo hacer? ¿Dejarlos? ¿Echarlos fuera? ¿Bajar con el látigo? Tú, ¿qué dices?

—No hagas caso, agá. A qué gritar, para qué bajar con una fusta y hacerte mala sangre. Déjalos que se distraigan un poco... ¿Bebemos uno más?

—Yusufaki —llamó el agá—, trae acá los almohadones, tesorito, y los vasos con la damajuana. Y también algo para comer. Ven, tú también, a fisgonear, querido... Son «rumis», ¿comprendes?, griegos; no van a tardar mucho en pelearse.

—¿Dónde está el pope Grigoris? —preguntó de nuevo el pope Fotis? ¿dónde están los notables? ¿No hay aquí un solo cristiano que vaya a buscarlos?

—Yo voy —respondió Manolios—. Un poco de paciencia, padre.

Luego, volviéndose hacia Michelis:

—Michelis, tómate el trabajo de ir a llamar a tu padre. Le dirás que hanllegado cristianos, cristianos perseguidos que se echan a sus pies para pedirle los proteja. Él es arconte, es su deber. Yo voy en un salto a casa del pope Grigoris. Tú, Kostandis, corre a casa del tío Ladas. Dile que ha llegado gente de otro pueblo y que venden todo lo que tienen por un pedazo de pan, porque perecen de hambre. Esto es lo que hay que decirle, de lo contrario no vendrá. Y tú, Yannakos, dispara a la casuca del capitán y dile que han llegado unos náufragos del Mar Negro, que se han dirigido acá porque han oído hablar de él... De paso, da un rodeo para llamar al maestro; dile que son helenos y que están necesitados.

Un muchachuelo intervino:

—El capitán está de juerga con el agá. Miren, véanlo allí arriba en el balcón... ¡Vaya, vaya!, tiene la coca liada en una servilleta. ¡Eso significa que está completamente curda!

—¡Y el arconte ronca! —aseveró una voz reidora detrás de ellos—; ¡ni un cañonazo lo despertaría!

Todos se volvieron; Katerina, la viuda, de labios carnosos, opulenta, provocante, llegaba sin aliento. Llevaba puesto un chal nuevo verde con grandes rosas encarnadas, y tenía las mejillas encendidas. Le relucían los dientes acabados de limpiar con hojas de nogal.

—¡Duerme, se halla en el séptimo cielo y ronca! —respondió Katerina lanzando una mirada pícara a Manolios, y añadió riendo: —¡pierdes el tiempo, Manolios, enviándole mensajeros!

Manolios la miró y, de miedo, bajó la vista. «Que felina, se dijo, pero una felina que devora a los hombres... ¡Atrás, Satanás!»

La viuda se le acercó haciendo arrumacos; ella olía al macho, como una verdadera fiera en celo. En eso oyó a sus espaldas un sordo mugido y se volvió. Ceñudo, con la mirada sombría, allí estaba Panayotaros y la miraba. Había debido también correr, pues jadeaba y su rostro picado de viruelas aparecía violáceo.

—Vayamos, vayamos —mandó Manolios con impaciencia.

Los tres echaron por la cuesta y desaparecieron entre las callejuelas sombrías.

Furioso, apretando los dientes, Panayotaros dio un paso, luego otro y se encontró detrás de Katerina; inclinándose sobre sus espaldas la espetó:

—¿Qué buscas, puerca, en casa de ese viejo bicho, del arconte? ¿Qué tienes que hacer allí, di? Zorra, ¡te comeré viva!

—¡Pero si no soy de yeso! —le contestó en burla la viuda, y se deslizó entre la muchedumbre para refugiarse detrás del gigantón que llevaba el estandarte.

—Ánimo, hijos míos —exclamó en esto el pope, yendo y viniendo entre su congregación—. Ánimo; van a llegar los notables, el reverendo pope Grigoris va a venir, van a terminar nuestros tormentos. Hemos salido, con la ayuda de Dios, de las garras de la muerte; ahora vamos a echar nuevas raíces en la tierra; nuestra raza no desaparecerá. ¡No, no desaparecerá, hijos míos, ella es inmortal! Un zumbido semejante al de una colmena se elevó: después se acalló. Algunas mujeres se

desabrocharon las blusas y se pusieron a dar el pecho a sus hijitos para hacerlos callar. El gigantón apoyó el estandarte en el suelo, y el anciano centenario descansó la encallecida mano en su talego.

—¡Alabado sea Dios! —murmuró—. ¡se va a echar de nuevo raíces! —e hizo la señal de la cruz.

Durante todo esto, iban llegando de todas partes los vecinos del lugar sin aliento; los perros, cansados de ladrar, olfateaban a los llegados de otras tierras, y el muchacho, colgado del badajo, seguía tocando la campana, poniendo en alerta al pueblo.

El firmamento infinito se extendía sobre las cabezas, aterciopelado, solamente salpicado por dos o tres grandes estrellas; los refugiados elevaron la mirada y la fijaron allá. Esperaban confiados la llegada de los notables que decidirían acerca de su suerte. Todos se callaron al oír por un momento cantar al ruiseñor entre las piedras.

—Vamos, capitán del diablo, sirve de beber —pidióle el agá al darse cuenta que no pasaba nada—, nosotros sí que vivimos sin cuidados; sirve de beber y a no despertarse. Pero ¡abre bien el ojo! ¡En cuanto los «rumis» se agarren, me avisas y yo bajo con el látigo!

—No te inquietes, agá, soy todo ojos; ya te avisaré, ¡entro de guardia!

—Llama a Hussein y que venga con la corneta. Acaso lo necesite. Yusufaki, enciéndeme el chibuquí.

El hermoso jovencito encendió el largo chibuquí de boquilla de ámbar. El agá cerró los ojos y comenzó a fumar sentado entre almohadones, entre la damajuana y su Yusufaki, y así entró dulcemente en el Paraíso.

Manolios volvía ya jadeante y gritaba extendiendo los brazos:

—¡Sitio, sitio, hermanos míos, llega el pope! Los hombres se enderezaron de un salto, las mujeres levantaron la cabeza y suspiraron. El estandarte se puso en movimiento y se colocó al lado del pope Fotis y los viejos que llevaban los iconos avanzaron hasta la primera fila. El pope se santiguó.

—¡Dios nos asista! —susurró, y esperó sin moverse.

Michelis, que también ha llegado, se acerca a Manolios y le dice al oído:

—Duerme y ronca. Imposible despertarlo. Ha bebido y comido demasiado. Lo he zarandeado y no se ha movido. Lo he llamado y no me ha oído. Entonces me he vuelto.

Casi enseguida llegó Kostandis y le dijo, fuera de sí:

—¡Qué zorro es ese maldito viejo! Ha husmeado una trampa y por eso me quiere hacer creer que tiene que hacer y que le es imposible venir. Si se va a hacer una colecta para los andrajosos que han irrumpido en el pueblo, no tiene ni un sórdido cobre que dar; así me lo ha dicho. ¡Ah! y que no vayan a llamar a su puerta, porque no les abrirá.

En esto, llegó Yannakos y le explicó:

—He encontrado al maestro de escuela ocupado en leer sus libracos. Cuando termine la lectura, vendrá. Entre tanto, todo lo que disponga el pope Grigoris, según me ha dicho, lo dará por bien hecho. Eso es todo.

—¡Y éstos son los jefes del pueblo! —murmuró Manolios suspirando—.

Uno de ellos está roncando, otro se emborracha, aquél se queda leyendo, y el viejo avaro que entierra sus escudos... Pero yo confío en el pope Grigoris que va a venir. Él es la voz de Dios; él hablará.

Una mujer joven macilenta lanzó un grito penetrante y se desvaneció. No había comido desde hacía tres días, y no pudo resistir más, acostumbrada como estaba a una vida cómoda.

—Ánimo, Despinia, ánimo —le decían abanicándola las mujeres que la rodeaban. —Mira que hemos llegado a este pueblo tan rico. Ya han ido a buscar de comer para reanimarnos. ¡Un poco de valor! Pero la mujer meneaba la cabeza; sus ojos giraban y al fin se cerraron.

De repente, resonaron gritos de gozo; la muchedumbre se agitó.

—¡Ya llega, ya llega!

—¡Eh, lampiño!, ¿quién llega? —preguntó el agá entreabriendo los pesados párpados.

—Ya te he dicho, agá, que no te hagas mala sangre... Estás en el paraíso; no salgas de allí. Yo, en la puerta, observaré y haré una seña. Creo que es el pope Grigoris que se divierte.

El agá se echó a reír.

—¿Tiene también su pope la horda de los llegados?

—Sí —respondió el capitán volviéndose a llenar la copa.

—Bueno, entonces verás cómo nos divertimos. Los dos popes van a llegar a las manos. Estos reverendos son como las mujeres. Tienen los cabellos largos y cuando dos se encuentran se arrancan el moño. ¿Dónde está Hussein? Que baje y que les diga que griten más para que yo los oiga.

Mientras tanto, Panayotaros había llegado cerca del estandarte, persiguiendo a la viuda.

—¡Te voy a comer viva, miserable! —gruñó de nuevo inclinándose a su oído—. ¿Qué es lo que buscas aquí en medio de tantos hombres? ¡Hala, largo de aquí, a casa y de prisa!

—Pero, ¿entonces, es que tú no tienes corazón? —le espetó la viuda con aire arisco—. ¿Es que no ves los tormentos de estos cristianos? ¿No sientes compasión por estos seres hambrientos?

Ella se calló por un momento y le volvió la espalda; pero de repente no pudo contenerse; la ahogaba una palabra como una piedra; se volvió y le gritó:

—¡Judas! —y enseguida se coló entre los refugiados y desapareció.

Panayotaros sintió que la tierra se le abría a sus pies. Le dio como un vahído, pues un puñal se le había clavado en el corazón. Se agarró al asta del estandarte para no caerse y permaneció encorvado con la boca abierta, esperando que la tierra cesase de darle vueltas.

—¡Aquí está, ya llega el pope Grigoris! —gritaban de todos los lados.

Los refugiados levantaron la vista y lo vieron. Alto, muy gran señor, con sotana de satén morada, ceñida por ancho cinto negro, ostentando pesada cruz de plata sobre la amplia barriga, el pope Grigoris representante de Dios en Licovrisí se presentó delante de la muchedumbre hambrienta.

Hombres y mujeres se arrodillaron y su pope extenuado abrió los brazos y avanzó un paso para abrazar, a la usanza monástica, al gordo ministro de Dios. Pero éste levantó su carnosa mano, frunció el entrecejo y se detuvo. Echó un vistazo huraño a su alrededor y no pluguiéndole ver a esos andrajosos, hambrientos y moribundos, su voz se endureció:

—¿Quiénes sois, por qué habéis abandonado vuestros hogares? ¿Qué buscáis aquí?

Al oír aquella voz, las mujeres se sobrecogieron; los niños corrieron hacia sus madres y se aferraron a las faldas, y los perros volvieron a ladrar. En el balcón, el capitán alargó el cuello y se puso a escuchar.

—Padre —respondió con calma pero con decisión el pope de los refugiados—, padre mío, soy el pope Fotis, de un lejano pueblo, llamado San Jorge y éstas son las almas que Dios me ha confiado. Los turcos han incendiado nuestro pueblo, nos han echado de nuestras tierras, han matado a todos los que han podido de los nuestros, y nosotros que logramos escapar, partimos afligidos; pero como Cristo marcha a la cabeza, todos le seguimos. Vamos en busca de nuevas tierras donde acampar. Eso es todo.

Se detuvo un momento, pues su boca estaba seca y no le salían ya las palabras.

Poco después continuó:

—Nosotros somos también cristianos, somos helenos, hijos de una gran raza que no conviene que desaparezca.

Asomado al balcón, y zumbándole la cabeza, el capitán escuchaba la voz seca y bravía del irritado pope. Poco a poco los efectos del *raki* se iban esfumando, dejándole más despejada la cabeza.

—¡Diablos de raza! —se decía—, ¡por lo menos qué tenacidad! ¿De dónde sacará tanto coraje? Somos como pulpos; nos cortan uno y otro tentáculo y ¡en seguida surgen otros nuevos!

Desenrolló la servilleta que llevaba alrededor de la cabeza: estaba tan caliente que humeaba. La sumergió en la jofaina que tenía a su alcance; se la enrolló de nuevo y se sintió más refrescado.

El pope Fotis clamó:

—¡No desapareceremos! Hemos conocido días mejores, los volveremos a conocer... ¡Bendita sea la hora, pope Grigoris, en que te encontramos!

«Qué pope espadachín éste», pensaba el capitán Furtunas. ¡Qué fuego, qué entusiasmo, qué valor tiene el animal! ¡Voto al mar! Creo que tiene razón... Nosotros los griegos somos una raza inmortal. Nos podrán arrancar de cuajo, nos podrán abrasar vivos, y estrangular, ¡pero no lograrán que

arriemos la bandera! Arramblamos con los iconos, los utensilios, las cunas, el Evangelio y ¡hala!, andando, hasta que plantamos nuestras tierras más lejos...

Se le saltaron las lágrimas y bruscamente se inclinó fuera del balcón y aulló:

—¡Bravo, pope espadachín, bravo, viejo!

Varias cabezas se levantaron y miraron hacia el balcón, pero la exclamación del capitán se confundió con el clamor suscitado por las palabras del pope. Las mujeres lanzaron estridentes gritos al recordar sus hogares; los niños se echaron a llorar, acordándose del pan.

Luego, cesó en seco el clamor. El pope Grigoris, levantando la mano rolliza, les habló:

—Todo lo que sucede en este mundo, acaece porque Dios lo quiere —dijo con potente voz—. Ve la tierra desde lo alto, toma la balanza y pesa. Permite a Licovrisí gozar de sus bienes y hunde a vuestro pueblo en la desgracia. ¡Dios sabe los pecados que habréis cometido!

Se calló por un momento para que la muchedumbre comprendiera bien las graves palabras que acababa de pronunciar. Levantando de nuevo la mano, clamó con tono lleno de reproche:

—¡Pope, di la verdad! ¡Confiesa lo que habéis hecho para caer así en desgracia de Dios!

—Pope Grigoris —respondió el pope Fotis refrenando la furia que comenzaba a hervir en su pecho—, pope Grigoris, yo también soy ministro del Altísimo, he estudiado también las Escrituras, yo también sostengo en mis manos el cáliz con el cuerpo y la sangre de Cristo. Quieras o no, los dos somos iguales. Puede suceder que tú seas rico y yo pobre. Puede ser que tú tengas espléndidos prados a donde conduzcas a apacentar tus rebaños; mientras que yo, tú lo ves, no tengo donde reposar la cabeza. Sin embargo, delante de Dios, los dos somos iguales. Hasta puede ser que yo esté más cerca de Dios, porque tengo hambre. Baja un poco el tono si quieres que te responda.

El pope Grigoris se sofocaba. Sentía, también él, que la cólera henchía su pecho, pero se contuvo. Vio que no tenía razón, comprendió que todos los aldeanos estaban allí como testigos y que daban la razón a ese pope terco y andrajoso.

—Habla, habla, pope —díjole dulcificando la voz—, Dios nos escucha, el pueblo también; nosotros también somos cristianos y griegos. Haremos todo lo que podamos, y más aún, para salvar a las almas que de ti dependen.

—Pope Grigoris, tu nombre era conocido allá lejos en nuestras aldeas, y ahora te vemos en carne y hueso y escuchamos tus palabras. Me has preguntado cómo la desgracia se ha cernido sobre nuestro pueblo y voy a responderte. Escucha, pope Grigoris; escuchad notables, aun cuando hayáis desdeñado el venir a vernos, escuchad todos, cristianos de Licovrisí...

A Manolios le latía el corazón con fuerza. Se volvió hacia sus compañeros:

—Acerquémonos a él —susurró—, acerquémonos para verlo y oírlo mejor.

—Manolios, de esta manera me represento al apóstol Santiago —dijo Kostandis.

—Y yo al apóstol Pedro —aseveró Yannakos.

El pope comenzó rápidamente, nerviosamente, como si no quisiera acordarse ni reavivar las llagas. Sus palabras trémulas saltaban de recuerdo en recuerdo.

—Cierto día se oyeron voces desde las azoteas de nuestra aldea que gritaban: «¡El ejército griego! ¡El ejército griego!; ¡se distinguen en las crestas las fustanelas!» Inmediatamente ordeno: «¡lanzad a vuelo la campana de Pascua! ¡que el pueblo se reúna, quiero hablarle!» Pero todos los vecinos se habían lanzado al cementerio, socavaban las tumbas y cada cual clamaba a su padre: «¡Padre, están aquí! ¡Padre, están aquí!» Encendían los faroles de aceite en las cruces, y vertían vino para hacer revivir a los muertos. Una vez que hubieron terminado con los muertos, el pueblo se amontonó en la iglesia. Subí al púlpito: «¡Hermanos míos, hijos míos, fieles todos! ¡Los griegos llegan, la tierra y el cielo se unen; hombres y mujeres tomad las armas, rechacemos al turco hasta las puertas de los infiernos!».

—Más bajo, pope, más bajo, Dios te bendiga... —susurró Yannakos al oído del pope—. Más bajo, el agá está ahí arriba en el balcón y oye.

Precisamente en ese momento el agá se sobresaltó. Le había vencido el sueño, pero su oído había cogido algunas palabras que sonaban a rebelión.

—¡Eh, dime, capitán lampiño! Están pasando cosas que no me agradan de ningún modo. Mis orejas han oído...

—Te digo, agá, que no lo tomes tan en serio. Duerme... Duerme, estoy con ojo avizor, no tengas la mosca en la oreja.

—Tú sabes, capitán, que tengo ganas de dormir... Pero si ves a los popes lanzarse palabrotas y agarrarse de los pelos, sacúdeme para que me despierte y pueda bajar con el látigo a restablecer el orden.

Y volviéndose hacia Yusufaki:

—Ven aquí, Yusufaki, y ráscame la planta de los pies para que me venga el sueño —díjole y se le cerraron los pesados párpados.

El pope, advertido por Yannakos, bajó el tono de voz:

—Sacamos las armas de entre las vigas del techo, me ceñí las cartucheras, cojo la cruz y reúno a los aldeanos en la plaza: «Hijos míos, antes de iniciar la marcha, cantemos todos juntos el Himno Nacional. ¡Qué voces! ¡Eso sí que era la resurrección de Cristo! La tierra temblaba, y todos juntos cantamos el Himno...»

Y el pope Fotis, olvidándose nuevamente de la recomendación, se puso a cantar a voz en cuello: «De los huesos sagrados de los helenos, la libertad ha surgido...»

—Más bajo, más bajo, padre mío —le susurró de nuevo al oído Yannakos.

Al mismo tiempo retumbó como un eco en el balcón, continuando las estrofas del Himno Nacional griego, la potente voz ronca del capitán: «Y, valiente como siempre, salud, salud, oh Libertad!»[1].

El agá se agitó un instante, como si le hubiese punzado una pulga; luego siguió durmiendo.

Allá abajo, en la plaza, todos se sobresaltaron. Levantaron la mirada al balcón, pero el capitán se había sentado en el almohadón y de nuevo llenaba la copa de *raki*.

—¡Vamos, a tu salud, sagrada Grecia! —murmuró sollozando—, ¡tú serás quien domine al mundo!

—¡El capitán Furtunas está beodo! —dijo Kostandis—. Le salen chispas por todo el cuerpo. ¡Parece una noche de San Juan! Dios quiera que no atrape la pistola que el agá lleva al cinto y con ella le levante la tapa de los sesos. ¡Nos reventaría a todos!

—¡Que nos reviente! —dijo Michelis enardecido—; ¡este pope me hace bramar como un toro!

—¡Callaos, hermanos, silencio para poder oír!... —dijo Manolios suspenso de los labios del pope Fotis.

El pope Grigoris irritado resoplaba más y mejor. Este pope andrajoso, se decía, trastorna los corazones; es un mal negocio. Es preciso que encuentre el medio de hacerle salir de nuestras tierras...

—Habla, habla, pope —díjole con aire protector—. ¿Por qué te has callado? Te escuchamos.

—No me obligues a decir lo que sucedió inmediatamente, padre mío —suspiró el pope Fotis lanzando un gran gemido—. Tengo corazón y no una piedra, padre, y se va a romper...

La voz se le quebró por el llanto.

El capitán Furtunas se asomó de nuevo al balcón y se enjugó los ojos con la servilleta humedecida.

—Que el diablo me lleve —murmuró—; estoy completamente chocho.

—Es la voluntad de Dios —dijo el pope Grigoris—; si la recriminases eso sería un grave pecado.

—No la recrimino —le espetó el pope Fotis que ya había recobrado la calma—, no tengo miedo, nosotros somos inmortales. Mira, mi corazón ha recobrado la calma y quiero hablar. Los barullones helenos diezmados se batieron en retirada; pero nosotros nos quedamos. Nos quedamos y los turcos volvieron. Los turcos volvieron; esto dice todo. Incendiaron, degollaron, violaron; son turcos después de todo. Reuní a todos los que encontré con vida; helos aquí, son estos cristianos arrodillados ante ti; algunos hombres, un poco más mujeres, muchos niños... Hemos salvado los iconos, el Evangelio, el estandarte de San Jorge, hemos traído todo lo que hemos podido, me puse a la cabeza y el éxodo comenzó. Llevamos ya tres meses caminando, perseguidos, hambrientos, enfermos; muchos de los nuestros se han quedado en el camino, y, después de enterrados, los que

---

[1] Primera estrofa de la canción de la Libertad de Solomos.

quedamos con vida ¡partíamos de nuevo! Cada noche nos acostábamos extenuados. Yo, con el corazón destrozado me levantaba, les leía el Evangelio, les hablaba de Dios y de Grecia; nos reanimábamos, y a la mañana siguiente, la marcha recomenzaba... Oímos que allá lejos, cerca de la montaña de la Virgen, habitaban griegos, que eran buena gente, en una rica aldea: Licovrisí. Y nos dijimos: son cristianos y griegos, sus graneros están repletos, tienen tierras en abundancia, no nos dejarán morir de hambre. Y hemos venido; henos aquí; ¡Dios sea bendito!

El pope Fotis se enjugó el sudor que le bañaba la frente, hizo la señal de la cruz, se inclinó sobre el Evangelio y lo besó.

—¡No tenemos otra esperanza ni otro consuelo que éste! —dijo blandiendo muy en alto el pesado Evangelio.

Todos los ojos se llenaron de lágrimas; el pueblo amilanado se estremecía. Manolios se apoyó en el brazo de Yannakos para no caerse, y Michelis, retorciéndose nerviosamente el bigote, contenía las lágrimas. Aun los ojos de Panayotaros estaban empañados; miraban ahora todo con bondad y ternura... La viuda también lloraba por la cristiandad y Grecia, por los hombres y las mujeres que la rodeaban, por ella misma, por sus infamias y sus vergüenzas... Allá arriba, en el balcón, el capitán Furtunas se tapaba la boca con la mano y ahogaba sus sollozos, no fuera a despertar al agá que roncaba.

Solamente los dos popes no lloraban; uno porque había vencido todas sus desgracias y había sobrepujado las lágrimas, el otro porque no cesaba de rumiar con inquietud lo que podría idear para desembarazarse de esa banda famélica y de su conductor indómito que trastornaba las almas.

—Algunos de los nuestros —prosiguió el pope Fotis con tono menos violento— tuvieron tiempo de acercarse al cementerio. Desenterraron los huesos de sus padres y los transportan consigo, con objeto de que sean los fundamentos de nuestra nueva aldea. Mirad, ese anciano centenario los carga a la espalda desde hace tres meses.

Pero el pope Grigoris comenzó a ponerse nervioso.

—Todo esto es bello y bueno, pope —díjole—; pero ahora ¿qué esperáis de nosotros?

—¡Tierras, —respondió el pope Fotis—, tierras para echar en ellas raíces! Hemos oído que tenéis campos baldíos con los que no sabéis que hacer; dárnoslos, los repartiremos, los sembraremos y cosecharemos, y haremos pan para que todos estos hambrientos coman. ¡Esto es lo que pedimos, padre!

El pope Grigoris gruñó, como perro de ganado. ¡Cómo! ¿Estos andrajosos querían forzar su aprisco? Se acarició lentamente la barba blanca y se puso a recapacitar. Hombres y mujeres esperaban suspensos de sus labios. Se cernía un silencio abrumador.

El agá irritado se sobresaltó.

—¿Por qué se han callado? ¿No se les había ordenado que gritasen?

—Duerme, agá, duerme —dijo el capitán—, el alboroto no ha estallado todavía.

—Y bien, ¿qué te pasa? Tu voz tiembla ¿por qué? ¿Estás borracho?

—¡Uf! El *raki* es *raki*, no es agua. Me ha trastornado, ¡el muy bárbaro! —murmuró el capitán enjugándose los ojos.

Manolios no podía ya contenerse.

—¿De dónde sacar valor, siendo un criado, para lanzarse a hablar delante de toda la aldea?

—¡Pope Grigoris, padre mío, —gritó—, escucha su voz: Cristo tiene hambre; pide una limosna!

El pope Grigoris se volvió hacia él loco de cólera:

—¡Tú, cierra el pico!

Se hizo de nuevo el silencio y más abrumador todavía. Kostandis y Yannakos corrieron a colocarse cerca de Manolios como si quisieran protegerlo; Michelis turbado se acercó.

—Ve a despertar a tu padre —díjole Manolios—, ve de prisa. Tiene buen corazón, puede sentir compasión por éstos. ¿No te conmueven a ti, patrón?

—Me conmueven... me conmueven... pero tengo miedo si le despierto...

—De Dios es de quien debes sentir miedo, Michelis, de Dios y no de los hombres, —díjole Manolios.

Michelis enrojeció. ¿Cómo su sirviente se atrevía a hablarle de esta manera? ¿A quién le hablaba? ¿Quién era el que mandaba? Frunció la frente, pero no rechistó y se fue a despertar a su padre.

No obstante, el pope Grigoris guardaba todavía silencio, devanándose los sesos por encontrar lo que debería decir y qué tendría que hacer para que esos lobos hambrientos saliesen de su redil. Se daba cuenta que todo su rebaño emocionado se le escapaba de entre las manos... ¿Qué hacer? ¿Llamar al agá? ¿Qué dirían los vecinos si entregase a los turcos para que los juzgasen a esas gentes arrancadas de sus hogares por haber luchado contra los mismos turcos? ¿Llamar a los notables? No confiaba más que en el viejo Ladas. El arconte, un viejo mimado se conmovía fácilmente y les diría que sí. Y el otro, ese capitán piojoso, diría seguramente que sí ¿qué perdería con eso? Y aun el mismo maestro de escuela, ese parlanchín con antiparras, siempre con ideas luminosas, que ni aun sabe dividir la avena entre dos burros...

—Dios tarda, tarda en iluminarte, padre mío —dijo el pope Fotis, que comenzaba a perder la paciencia.

—Tarda —replicó el pope Grigoris furioso—, porque yo también tengo almas que penden de mi cuello, y de las que tendré que rendir cuentas a Dios.

—Todas las almas del mundo —contestó el pope Fotis— están suspendidas del cuello de cada hombre. No hagas distinciones entre «lo tuyo» y «lo mío», padre mío.

Si hubieran estado solos los dos, el pope Grigoris se habría lanzado sobre él y le habría agarrado por la nuez para estrangularlo. Pero ahora ¿qué podía hacer? Se contuvo. En todo caso, lo que no era posible era callarse. Todas las miradas estaban fijas en él: abrió la boca:

—Escucha, pope...

—Te escucho —respondió el pope Fotis apretando el pesado Evangelio entre las manos como si quisiese lanzárselo a la cabeza.

El pope Grigoris no había encontrado todavía lo que decir, pero en el momento de más necesidad, se produjo el milagro deseado. Un rugido salvaje retumbó y la pobre Despinia cayó desvanecida. Sus compañeros de camino se precipitaron para levantarla, pero recularon espantados: estaba verde, tenía los pies hinchados, el vientre hecho un tambor de tenso, los labios violetas.

El pope Grigoris levantó los brazos al cielo:

—Hijos míos —gritó no pudiendo casi reprimir su alegría—, Dios, en este momento terrible, ha dado por sí mismo la respuesta. Mirad a esta mujer, inclinaros sobre ella, contempladla bien: vientre, pies hinchados, rostro verde: ¡el cólera!

Todos retrocedieron presa de pavor.

—¡El cólera! —gritó nuevamente el pope Grigoris—. Estos extranjeros traen a nuestro pueblo este pernicioso flagelo, ¡estamos perdidos! ¡Que vuestro corazón se endurezca, pensad en vuestros hijos, en vuestras mujeres, en nuestra aldea! Yo no soy quien ha tomado la decisión, es Dios. El pope quería una respuesta, ¡aquí está! —dijo señalando a la muerta en mitad de la plaza.

El pope Fotis apretó el Evangelio contra el pecho; sus manos temblaban. Dio un salto hacia el pope Grigoris y quiso hablar, pero no pudo; se ahogaba.

Allá arriba, en el balcón, el capitán se levantó tropezando y sumergió de nuevo la servilleta en la jofaina; se le subía la sangre a la cabeza; remojó la servilleta y se mejoró. El agua relucía en sus mejillas ajadas, en el mentón imberbe, en el pecho sin vello, curtido por la sal del mar.

—¡Ese barba de chivo, ese gordote tragaldabas! —gruñó, pues la borrachera le hacía farfullar—. Buena le ha caído al pobre pope de los refugiados. ¡Cólera, así dice...! ¡Puaf! ¡Viejo crápula! Pero esto no puede pasar así, ¡no! voy a bajar, y gritaré: ¡mentiroso! ¡mentiroso! Yo también soy notable, yo también gobierno la aldea, tengo también derecho de decir, y hablaré...

Se levantó titubeante, llegó a la puerta zigzagueando, la dio un puntapié, la abrió. Un minuto se detuvo en el primer escalón; la lámpara de aceite iluminaba los fusiles colgados del muro, a Hussein que dormía acurrucado, los yataganes, los fez rojos remolineaban, toda la casa se derrumbaba. Se cogió del pasamanos, la pierna se extendió hacia adelante, le parecía que tenía alas. Los escalones subían y descendían como olas. Posó el pie en el vacío y rodó por la escalera de cabeza. Al ruido de la caída, el agá se despertó sobresaltado.

—¡Eh!, capitán —chilló— ¿quién se ha roto la cabeza? En medio de la oscuridad extendió las manos, palpó en el balcón; nadie.

Hizo esfuerzos por levantarse, pero volvió a caerse sobre el almohadón,
cerca de Yusufaki que se había dormido con el mastic en la boca. El agá palpó con su gorda pataza el cuerpo caliente y perfumado y sonrió.

—Yusufaki mío, —dijo cariñosamente— ¿duermes, tesoro...?

Apoyó la cabeza sobre el fresco pecho, se olvidó de todo y cerró los ojos.

Se oyó entonces la voz del pope Grigoris, calmada esta vez, llena de dulzura.

—Hermano mío, tú nos has relatado sufrimientos y nuestro corazón se ha desgarrado; tú has visto cómo hemos derramado lágrimas. Hubiéramos abierto los brazos para recibiros, pero en ese instante Dios ha tenido piedad de nosotros y nos ha enviado el terrible aviso. Lleváis con vosotros el mal de la muerte, hermanos míos, ¡id en gracia de Dios, no seáis causa de la perdición de nuestra aldea!

Al oír estas palabras, se elevaron gemidos del tropel de refugiados. Las mujeres empezaron a golpearse el pecho y a llamar. Feroces, los hombres clavaban su vista en el pope. El espanto se apoderó de los habitantes de Licovrisí; miraban despavoridos el tieso cadáver, tapándose las narices.

De todos lados se oyeron voces.

—¡Que se vayan! ¡Que se vayan!

—Traed cal, echadla sobre la colérica, para que no nos infecte —bramó un viejo.

—¡No temáis nada, hermanos! —gritó el pope Fotis—, ¡no es verdad, no hagáis caso! No somos portadores de ningún flagelo; tenemos hambre, ¡eso es todo! Y esta mujer ha muerto de hambre, os lo juro.

Y volviéndose hacia el pope Grigoris:

—Pope de panza repleta —rugió—, pope de doble papada, que Dios que está en lo alto te perdone; ¡yo no puedo hacerlo! ¡Que tu crimen recaiga sobre tu cabeza!

—¡Id, en gracia de Dios! —chilló un viejo licovrisense—, tengo hijos y nietos; ¡no nos perdáis a todos!

El pánico hizo presa en los habitantes, se les petrificó el corazón y agitaban las manos gritando:

—¡Idos, idos!

—¡Voz del pueblo, voz de Dios! —clamó el pope Grigoris cruzándose de brazos—. ¡Idos, Dios os guarde!

—¡Que caiga sobre tu cabeza este crimen —gritó de nuevo el pope Fotis—; ¡ya nos vamos! ¡Ánimo! ¡Levantaos, hijos míos, no nos quieren, nosotros tampoco los queremos. La tierra es grande, ¡vayámonos más lejos!

Las mujeres se levantaron vacilantes, tomaron de nuevo sus bultos. Los hombres se echaron a cuestas sus petates y herramientas, el estandarte se situó de nuevo a la cabeza. Manolios lloraba; se agachó para ayudar al centenario a levantarse y le colocó el saco de huesos sobre las espaldas.

—¡Tenga confianza en Dios, abuelo, —díjole—, no desespere! Tenga confianza en Dios...

El viejo se volvió enfadado:

—¿En quién si no? ¿En los hombres? ¿No acabas de ver lo que han hecho? ¡Qué asco!

En el momento en que iban a ponerse en marcha, el pope Fotis se detuvo bruscamente. Contempló a sus hijos, esqueléticos, sin fuerzas, y se le apretó el corazón.

—Hermanos de Licovrisí, —les clamó— si yo estuviera solo, si no tuviese que rendir cuentas a Dios sino de mi alma, no me dignaría tenderos la mano como un mendigo; habría preferido reventar de hambre. Pero tengo compasión de estas mujeres y de estos niños que ya no pueden más, perecerán de hambre durante el camino. Por ellos, me olvido de mi dignidad y de mi amor propio y os tiendo la mano: dad una limosna. Cristianos, desplegamos las mantas, arrojad en ellas lo que os dicte el corazón, un trozo de pan, una botella de leche para los niños, un puñado de aceitunas... ¡Tenemos hambre!

Dos hombres desplegaron una manta y, llevándola tendida, se pusieron a la cabeza del cortejo.

—En nombre de Jesucristo —dijo el pope santiguándose—, reanudamos nuestro camino.

Adelante, muchachos, valor, venceremos esta dificultad. ¡Bendito sea Dios! Atravesaremos esta aldea, llamaremos a las puertas, ¡ay! ¡a esto hemos llegado!... Y clamaremos: ¡Por caridad! ¡Por caridad! Dadnos de lo que os sobre, ¡lo que arrojaríais a los perros! ¡Apretad los dientes y contened vuestra pena, hijos míos, valor, Cristo vencerá! Luego, dirigiéndose al pope Grigoris:

—¡Hasta que nos volvamos a encontrar, pope Grigoris! Hasta que nos volvamos a encontrar el día del Juicio. Los dos compareceremos delante de Dios ¡y Él pronunciará la sentencia!

La viuda Katerina se abalanzó la primera. Se quitó el chal nuevo, el verde con gruesas rosas rojas, y lo arrojó a la manta desplegada. Buscó algo más sobre sí y encontró un espejito y un frasco de perfume, y también los arrojó en la frazada.

—No tengo otra cosa, hermanas, —díjoles llorando—, no tengo más, perdonadme...

Kostandis vaciló un momento, luego se acordó que asumía la pesada carga de apóstol. Dio un salto, abrió su café, cogió un paquete de azúcar, un bote de café, una botella de coñac, algunas tazas, un jabón y lo colocó todo en la manta.

—Poca cosa —dijo—, pero mucho cariño; ¡Dios sea con vosotros!

Llamaron a todas las puertas, una tras otra. Una mano furtiva echaba de prisa víveres, vestidos; y la puerta volvía a cerrarse de un golpe seco para que no entrase el cólera.

Llegaron a la casa del tío Ladas, llamaron. La puerta permaneció cerrada. La luz que se veía brillar por la ventana, se extinguió. Yannakos, que con los tres apóstoles seguía al cortejo, golpeó más fuertemente y gritó:

—¡Tío Ladas, son cristianos; tienen hambre, todo el mundo les da un pedazo de pan, dáles tú también! Pero se oyó en el interior la voz irritada del viejo Ladas:

—La caridad bien entendida empieza por casa.

—Ya te arreglaré algún día las cuentas a ti, ¡anticristo! —clamó Yannakos apretando los puños.

—¡Vayamos a casa del arconte Patriarqueas, amigos! —exclamó Michelis; luego, volviéndose a los tres compañeros:

—De prisa —díjoles— aprovechemos que el viejo duerme; entraremos en la despensa y arramblaremos con todo lo que podamos.

—¿Y si el viejo se enfada? —se chanceó Manolios.

—¡Que beba vinagre para refrescarse —respondió Michelis—, obremos de prisa! Salieron corriendo, alegres, como si fuesen a tomar una ciudad enemiga.

Mientras tanto, la viuda llegaba a su casa. Sentía frío en la espalda, tiritaba, pero sonreía dichosa. «Esto no es nada —pensaba—; otra mujer será la que se envolverá en mi chal y no sentirá frío».

En ese instante, retumbó a sus espaldas una voz bronca. Sintió en su nuca un cálido aliento y dos gruesas manazas atenazaron su cuello.

—¡Perra, te he comprado ese chal con sudores de sangre y tú, ¿tú lo regalas? ¡Te estrangularía!

El camino estaba desierto; la viuda tuvo miedo. El aliento a vino del hombre le producía náuseas; dos ojos suplicantes la clavaban.

—Panayotaros, —murmuró—, aunque eres una fiera salvaje, tienes buen corazón; ten compasión de mí, no lo volveré a hacer.

—¿Por qué me has llamado Judas, eh? Me has atravesado el corazón con un puñal. Quieres que yo tenga compasión de ti; pero tú ¿no sientes compasión de mí? ¿No quieres que venga contigo esta noche?

Silencio. Después, humilde imploró:

—Déjame venir; ¡tú eres mi único consuelo, Katerina...!

La viuda sintió, humedecido de sudor y lágrimas, que el deseo del hombre, cálido, oprimente, la envolvía; y se estremeció.

—Ven —díjole en voz baja. Y se fue adelante, balanceando las caderas.

Panayotaros, casi sin respirar, deslizándose a lo largo del muro, la siguió en la oscuridad.

El tropel de refugiados llegaba a la residencia del arconte. Cuatro hombres cargados cada uno con un serón atiborrado, los aguardaban delante de la puerta.

—¡Hermanos, —gritó Yannakos—, esto no cabe en las mantas, así que cuatro mozos robustos arrimen el hombro!

—¡Dios os acompañe, —dijo Michelis— y nos perdone a nosotros. Y que perdone también al arconte Patriarqueas!

—¡Estáis perdonados! —respondieron alegres voces de hombres y de mujeres que se habían lanzado a saco contra un serón y daban gusto a las mandíbulas.

—¿Qué es lo que nos hace falta, hijos, para vencer a la muerte? —dijo el coloso que llevaba el estandarte—. ¿Qué es lo que nos hace falta? Un pedazo de pan, ¡helo aquí! —dijo, arrebatando una gruesa hogaza.

—El viejo sigue roncando —dijo Michelis saliendo del patio.

—Ronca y sueña que entra en el Paraíso —dijo Yannakos—. ¡Pero no van cuatro ángeles delante de él para mostrarle el camino, sino estos cuatro serones!

Todos se echaron a reír; sus corazones se aliviaron.

Llegaban ya al término de la aldea; caía la noche de prisa, azulada, embalsamada. Los perros dejaron de seguirlos, aunque continuaron ladrando todavía un rato. Y se volvieron satisfechos de haber cumplido con su deber. De repente surgió delante de los peregrinos, el monte Sarakina, silvestre, abrupto, sembrado de precipicios.

—Vamos a despedirnos del pope —dijo Manolios a sus compañeros—. No es un pope, es Moisés que conduce a su pueblo al desierto.

Apretaron el paso.

Manolios besó la mano al pope.

—Padre —díjole—, creo que nuestra aldea ha pecado. Intercede ante Dios, para que la maldición que pesa sobre nosotros desaparezca.

La descarnada mano del pope se posó con mansedumbre sobre los rubios cabellos:

—¿Cómo te llamas, hijito?

—Manolios.

—No culpo a los aldeanos, Manolios; son gente sencilla, crédula.

Tienen jefes y los obedecen. Eso es lo correcto. Pero, Dios me perdone, el primer jefe, el de la sotana de sacerdote, ése es malo.

Reflexionando un momento:

—Acabo de decir algo grave —se contradijo—. No es malo, es inhumano; la desgracia lo ablandará. Y tú joven, ¿quién eres? —preguntó mirando a Michelis que le había cogido la mano.

—Es Michelis, el hijo del arconte de la aldea —respondió Manolios.

—Di a tu padre, joven, que Dios anotará en las cuentas que lleva para cada viviente estos cuatro serones; un día, en la otra vida, se los pagará con los intereses y todo; de esta manera es como Dios paga, díselo. Los cuatro serones se multiplicarán allá arriba, como los cinco panes.

Yannakos y Kostandis se acercaron a su vez.

—Yo soy Yannakos, revendedor y gran pecador. Éste es Kostandis, el dueño del café. Bendícenos, padre.

El pope Fotis también los bendijo, posando su mano huesuda sobre las cabezas.

—Ahora, hijos —les dijo— ¡quedaos en vuestra aldea!; ¡Dios os bendiga!

Se volvió y miró a su alrededor. La noche era cerrada, serena. Ni una hoja se movía. En el firmamento, un ejército tintileante de estrellas. El monte Sarakina se elevaba inmenso por encima de sus cabezas.

—Allí hay muchas cuevas, padre —dijo Yannakos—. He oído decir que en otros tiempos los primeros cristianos vivían en esas cavernas. Hay una, en que se ve todavía la Virgen y la Crucifixión, pintados en la piedra. En ésa debió haber estado la iglesia.

—Hay también agua —añadió Kostandis—. Tanto en invierno como en verano gotea de las rocas. Cuando hayáis ascendido un poco oiréis su murmullo. Además, hay perdices. Y, en lo más alto, el profeta Elías.

—Esta noche podréis descansar en las grutas —dijo Manolios—. La montaña está llena de retamas y de pimpinelas. Os servirán para encender fuego y poder preparar la comida. Si os encontráis a gusto, podéis instalaros ahí durante algún tiempo y descansar. El profeta Elías, patrón de la montaña, quiere a los perseguidos.

El pope Fotis elevó la mirada hacia la montaña. Durante mucho tiempo permaneció pensativo. Los cuatro compañeros lo miraban en silencio, en su rostro ascético los pensamientos se sucedían como oleadas; sus ojos se hundieron a mirar el abismo.

Bruscamente, como si acabase de tomar una decisión, hizo el signo de la cruz y dijo:

—Dios es quien habla por tu boca, Manolios. Los hombres nos echan de todas partes. Compartamos, pues, estas grutas con las bestias salvajes, ¡Dios nos amparará!

Y elevando en alto el Evangelio bendijo a la montaña.

—¡Oh, piedra, hija del Todopoderoso —murmuró—, y tú, oh agua, que desconoces el sueño y hiendes las rocas para sofocar la sed de las martinetas y de los halcones, y tú, oh fuego, que duermes en la madera y esperas que el hombre te avive para prestarle servicio, bendita sea la hora en que nos volvemos a encontrar! Somos hombres perseguidos por hombres, almas salvajes y doloridas; martinetas y halcones, ¡recibidnos bien! ¡Traemos con nosotros los huesos de nuestros padres, las herramientas de trabajo y la simiente del hombre! ¡En nombre de Dios! ¡Que nuestra raza eche raíces entre estas piedras inhabitadas!

Palpando en la oscuridad, encontró un sendero, se volvió a su rebaño que aguardaba en silencio, y gritó:

—¡Seguidme! Después dirigiéndose a los cuatro compañeros:

—¡Cristo ha resucitado!, hijos míos, ¡salud y alegría!

—¡En verdad ha resucitado! —respondieron ellos y, apoyándose los unos contra los otros, miraron cómo los refugiados trepaban por la montaña. Delante iba el pope, el estandarte, los viejos con los iconos y el centenario que llevaba el saco de huesos. Después, una detrás de otra, las mujeres, llevando los nenes en brazos. Los hombres cerraban la marcha.

En seguida, se perdieron en la oscuridad.

CAPÍTULO III

DURANTE TODA UNA SEMANA, la Pasión de Cristo y su gloriosa Resurrección iluminaron los hogares aldeanos colmándolos de galletas de Pascua y huevos rojos; los jardines, llenándolos de flores, y las cabezotas pueblerinas escondieron, por algún tiempo, los pensamientos tardíos e interesados de todos los días. Durante una semana, la pobre vida se sintió libertada de sus arneses. Hoy sacudía ya su cabeza de naso espumante y volvía al yugo del trabajo y labor cotidiano.

Pasadas las fiestas, Yannakos entró muy de mañana en el establo oscuro donde dormía y soñaba el borriquillo, su mejor amigo. El establo olía a estiércol y a la fétida humedad de las primitivas edades; sin duda que el mundo había olido así en los primeros tiempos de la creación.

El fiel compañero abrió plácidamente los grandes ojos de largas pestañas, se volvió y reconoció a Yannakos, su patrón; a manera de bienvenida movió en seguida la cola y se puso a rebuznar estrepitosamente.

Yannakos se le acercó, le acarició la grupa negra y reluciente, el vientre blanco y velloso, la cola muy caliente. Después con una mano cogió una de las enormes orejas y con la otra el hocico del querido animal, y se puso a hablar con él:

—Yusufaki, querido (ése era el nombre cariñoso que le daba en privado, sin que lo supiese el agá), Yusufaki mío, las fiestas se han terminado. ¡Cristo ha resucitado! Se ha pasado bien, no tendrás de qué quejarte. Te he traído doble ración, he recogido hierba fresca para abrirte el apetito; te he ofrecido como regalo pascual un collar de piedras azules contra los agoreros y te lo he colgado al cuello; y aun he suspendido de tu pescuezo una cabeza de ajo, a modo de amuleto, para más seguridad; ¡eres tú tan hermoso, y la gente es tan mala que esos envidiosos te echarían mal de ojo! ¿Qué haría yo sin ti? No tienes que olvidarte que los dos nos hemos quedado solos; que no tengo a nadie en el mundo sino a ti. No he merecido tener niños; mi mujer reventó por haber comido demasiados garbanzos; no me queda nadie más que tú, Yusufaki mío.

»Y mira que hoy te traigo una novedad que te va a agradar. En las próximas Pascuas se va a representar en la aldea la Pasión de Cristo; tú has debido oír hablar de esto. Se necesita un borriquillo. Entonces, he pedido a los notables que me hicieran el favor que seas tú, Yusufaki mío, ese borrico de la santa Pasión. ¡En tus lomos Cristo entrará en Jerusalén! ¡Qué gloria la tuya! Con los apóstoles y tú, hijito. Abrirás la marcha, llevando a Dios; te harán un tapiz de mirtos y de palmas, y la gracia de Dios descenderá sobre tus lomos, sobre tu vientre, y todo tu pelaje brillará como seda.

»Y cuando yo muera, si Dios quiere hacerme entrar a mí, pobre pecador, en el Paraíso, me detendré en la puerta, besaré la mano del portero y le diré: «Tengo que pedirte un favor, apóstol Pedro, y es que éste entre en el Paraíso, que entremos los dos juntos, si no yo no entro!» Y el apóstol se echará a reír, te acariciará la grupa y dirá: «Bien, quiero complacerte, Yannakos, monta sobre Yusufaki y entra, Dios ama a los borriquillos».

»Entonces, ¡Qué alegría, Yusufaki mío! Una alegría eterna. Tú te pasearás sin estas pesadas cestas, sin carga, sin albardas, por praderas donde hay trébol inmortal, tan alto que llegará hasta tu boca para que no tengas que molestarte en agacharte. En el cielo rebuznarás todas las mañanas, para despertar a los ángeles. Ellos se reirán; ligeros como plumas se montarán sobre tu lomo y tú harás cabriolas en las praderas cargado de angelotes azules, rojos y violetas... Como un asno que vi una vez en un bazar de Esmirna, cargado de rosas y de lilas que embalsamaban el ambiente...

»Ya llegará, ya llegará ese día, Yusufaki mío, no temas. En la espera, hijo, es preciso trabajar para ganarse un mendrugo. Ahora, ven que te ponga la albarda, ven que te sujete al lomo los serones de mercaderías. Vamos a hacer el recorrido de las aldeas, vamos a vender carreteles de hilo, agujas, corchetes, peines, incienso, baratijas y vidas de santos. Ayúdame, Yusufaki, para que nuestros negocios marchen bien. Somos compañeros, mejor dicho, socios, y todo lo que se gane, tú

lo sabes muy bien, se divide honestamente —para mí el trigo, para ti la paja—. Y como te decía, si nuestros negocios van bien, te encargaré en casa de Panayotaros una albarda que no te desollará, y unos arneses nuevos con pompones rojos.

»Vamos, ven. Yo te diría con gusto: haz la señal de la cruz, pero tú no eres cristiano, eres un asno. Entonces, estírate, aparta las patas, aflójate y ven que te cargue. Ha amanecido, es preciso salir, Yusufaki, con la bendición de Dios.

Yannakos cargó su borriquillo, cogió el bastón y una trompetilla de la que se servía para llamar la atención de los compradores, abrió la puerta, se signó y partieron, uno detrás del otro, dispuestos, alegres, en aquella primera recorrida, después de Pascua.

Brillaba la luz que descendía del cielo saltando, se expandía por la llanura y por toda la aldea; las piedras, las puertas, las ventanas, los empedrados tomaban un aspecto riente.

Yannakos sintió apetito; sacó de la mochila un grueso trozo de pan, un puñado de aceitunas, una cebolla y se puso a comer, muy contento.

—¡Con todo, lo que es el mundo! —pensaba—, ¡cuán bueno es, Dios mío; como el pan de bueno! La puerta de su vecina la viuda estaba abierta. Katerina, arremangada la falda, desabrochado el corpiño, echaba agua para lavar el umbral. Sus piernas, desnudas hasta las rodillas brillaban rollizas, firmes y lisas; y, aprisionadas en el corsé, dos bestezuelas vivientes, —sus senos—, saltaban dispuestos a escaparse.

—Mal encuentro tan de mañana —se dijo Yannakos, golpeando al borriquillo en la grupa para que pasase de prisa. Pero la viuda se dio cuenta y animado el rostro, se apoyó en el jambaje de la puerta.

—¡Que ganes mucho, Yannakos! —le gritó riéndose—. Tú sabes, vecino, que te admiro: vives hermosamente solo como un cuclillo; estás siempre mascullando y también de buen humor; ¿qué haces? Yo no puedo, no puedo, pobre vecino; tengo malos sueños...

—¿Tienes que encargarme algo, Katerina? —le preguntó desviando la conversación—. ¿Un espejo, un peine, un frasco de lavanda? ¿Qué necesitas?

La oveja de la viuda apareció en el umbral, balando e inquieta. Llevaba al cuello una cinta roja y sus ubres estaban reventando de leche.

—La pobre quiere que la ordeñe —suspiró la viuda—; sus ubres tan llenas la molestan. Eh, es hembra, ella también, la pobrecita...

Se agachó y la acarició cariñosamente.

—Voy enseguida, tesoro, ten paciencia. Quiero primeramente lavar la entrada para sacar las huellas de las pisadas sucias.

Empujó dulcemente a la oveja hacia el interior y se volvió hacia Yannakos:

—Sí, he tenido malos sueños, vecino, —le repitió suspirando—. Mira, la noche pasada, de madrugada, he visto a Manolios que cortaba la luna en trocitos y me la ofrecía para que me la comiese como si fuese una manzana... Tú, Yannakos has visto otros países, has ido hasta Esmirna, según me han dicho; debes conocer de sueños.

—Basta con esto, Katerina, sé caritativa, no atormentes a la gente —respondió Yannakos—. ¿Te piensas que no te he visto ayer noche cuando le guiñabas un ojo a Manolios? ¿Ahora te vas a dedicar a atrapar a este buen muchacho, bribona? ¿No tienes compasión de él? Tiene novia, pobre muchacho, no quieras suscitarle obstáculos. Y si Panayotaros barrunta la cosa, ¿no comprendes que te matará? Cambia de vida, Katerina, asienta un poco la cabeza. ¿No te ha dicho nada el viejo Patriarqueas? ¿No sabes que los notables han decidido que en el Misterio que se representará en la Pascua del año que viene, tú eres quien será Magdalena?

—Ya lo soy, querido Yannakos, ya soy Magdalena —dijo la viuda abrochándose el corpiño, para que cayese en la cuenta de que estaba abierto—. No tenía por qué darme esa comisión el arconte. Ese viejo disoluto, ¡uf! ¡que se lo lleve el diablo! Y dice que porque tengo cabellos rubios...

—Es por otra cosa, Katerina —dijo Yannakos—, es por otra cosa... Cómo te lo explicaría, si yo mismo no lo comprendo muy bien... Mira, tú no te colgarás en adelante más de Panayotaros, sino de Cristo. Ahora correrás detrás de Él. Le lavarás los pies con perfumes y se los secarás con tus cabellos. ¿Has comprendido?

—Pero si es lo mismo, ¡idiota! Todos los hombres, y hasta Panayotaros, durante un minuto son Dios. Un Dios verdadero, y no sólo de palabra. Después ellos vuelven a caer, vuelven a ser Yannakos, o Panayotaros, o un viejo Patriarqueas mimado. ¿Comprendes?

—Que me lleve el diablo, si te he comprendido, Katerina... Esto es el fin del mundo, como dice el viejo Patriarqueas.

La viuda, despechada, cogió el balde y derramó todo el contenido en el umbral, salpicando los pies de Yannakos. Yusufaki sacudió las orejas pues también se las salpicó.

—¡Uf, no eres más que un hombre, —dijo Katerina molesta—, no eres más que un hombre, pobrete, ¿cómo podrías comprender? Vete, hasta luego, y que ganes mucho con tus negocios. Esto al menos lo comprendes.

Yannakos tocó ligeramente al asno que se estremeció, y salió trotando; su patrón corría detrás de él resoplando, contento de haber escapado de la viuda.

—Primeramente quiero pasar por casa del pope por si quiere algún encargo. Cuando no comienzo por su casa se pone furioso. «Primeramente, a mi casa —así dice—, después a casa de los notables. Yo soy el representante de Dios en Licovrisí». Pasemos, pues, primero por casa del jefe lobo, no haya disgustos.

Se volvió y vio a Katerina todavía ocupada en lavar el umbral, con lafalda recogida, semidesnuda.

—¡Qué puerca! —murmuró— ¡qué piernas le ha fabricado Dios, qué pantorrillas, qué pecho para tentar a los hombres... ¡Desgraciado de ti, Manolios, si algún día caes en sus garras!

En tanto Yannakos monologaba mientras caminaba, el pope Grigoris, puesta la sotana violeta, cruzada por un cinturón de terciopelo negro, descubierto, descalzo, iba y venía por su patio, jugando con el largo rosario de ámbar negro, regalo del obispo; y resoplando como un herrero.

Mariori se adelantó tímidamente y dejó, a la sombra del emparrado, la bandeja del desayuno, —bizcochos y un trozo de queso— que el pope tomaba de mañana para abrir el apetito. Una hora más tarde, comería sus dos huevos escalfados, bebería un gran vaso de añejo vino que conservaba para su «favorita» —de esta manera designaba a su panza—, y después, daría gracias a Dios, todo bondad y todo justicia.

Cumplida su misión, Mariori se puso a regar las flores: basiliscos, geranios, claveles de la India. Aún hoy estaba pálida, demacrada, había dormido mal. Dos ojeras violáceas rodeaban sus ojos nostálgicos; sus labios quemaban. Joven aún, su madre había muerto consumida; Mariori se parecía a su madre. De vez en cuando su padre la miraba y suspiraba: «Que se case —decía— que se case pronto, para que me dé un nieto. Después que suceda lo que Dios quiera. Michelis es un buen mozo, sólido, bien plantado, de buena estirpe, es bueno. Él perpetuará mi casta».

Terminado el riego, Mariori se preparó a irse. El pope tragaba rápidamente su postrer bocado.

—Quédate —le dijo bruscamente ¿adónde vas? Tengo que hablarte.

No podía reprimir su cólera, era preciso que estallase. Mariori se apoyó en la puerta, se cruzó de brazos y esperó. Sabía lo que él le iba a decir, de qué le iba a hablar; ella temblaba. Panayotaros acababa de salir; ella había oído a su padre, cuando acompañaba al «tragayeso» decirle: «Has hecho muy bien en comunicármelo... era tu deber... ¡Voy a sacudirle como se debe!»

—A tus órdenes, padre —dijo Mariori bajando la vista.

—¿Has oído lo que me ha dicho Panayotaros?

—No, estaba en la cocina preparando el café —respondió Mariori.

—Es a propósito del bonito pájaro de tu novio, Michelis.

El pope respiró profundamente, las venas de las sienes se le saltaban; se disponía a hablar, cuando en aquel instante, llamaron a la puerta. Mariori dio un brinco aliviada. Dios se compadecía de ella. Había desaparecido todo peligro de disputa. Corrió a abrir.

—¿Quién está ahí? —preguntó el pope furioso tragando de un sorbo el fondo de la taza.

—Soy yo, Yannakos, padre mío, ¡Cristo ha resucitado! Voy a hacer un recorrido y he venido a recibir tu bendición, y por si tienes algún encargo, una carta...

—Tómate el trabajo de entrar y cierra la puerta —gruñó el pope.

«Está hoy de malas pulgas —se dijo Yannakos—, el diablo es quien me ha traído».

Se inclinó para besar la mano al pope.

—Deja el besar las manos, malvado; hablemos primeramente. Yo seré el que pregunte y tú, tú me contestarás. ¿Qué historias son esas que oigo, eh?, que tu señoría era uno de los de la pandilla. El primero, el mejor. ¿Por qué te quedas con la boca abierta? No querrás hacerte como el que no sabe nada: han venido a contármelo todo C por B. ¡Miserables, sacrílegos, ladrones!

—Padre...

—¡No hay «padre» que valga! Tú me robas mis bienes, tú saqueas mi casa y, una vez hecho eso, te acercas a mi casa y pretendes besarme la mano, como si no hubiera pasado nada ¡Hipócrita! ¡Jesuíta! ¡Lástima el haberte escogido para apóstol San Pedro! ¡Ladrón! ¿Es así como comienzas tu vida de apóstol?

—¿Yo?... ¿Yo?... —murmuró Yannakos estupefacto.

—¡Tú, tú, y los pájaros de cuenta que tienes por amigos, Kostandis y Manolios! Habéis arrastrado al inocente Michelis, ese cordero de Dios. Como sabéis que tiene buen corazón, habéis aprovechado la ocasión y habéis saqueado su casa con serones... ¡Ladrones! He pecado, Dios mío, al haberos elegido apóstoles...

—Pero no era de tu despensa, padre mío... —se abrevió a interrumpir Yannakos.

—¿De la de quién, de la tuya acaso? ¡Piojoso! De la mía, ya que Michelis se casará con Mariori y nuestras dos casas serán una sola. Es de mis despensas de donde habéis cogido quesos, panes, aceite, vino, aceitunas y azúcar a manos llenas ¡a serones! Y ¿para distribuirlos a quién? ¡A los apestados! Con tales amigos sin seso, Michelis no tardará mucho en dar todo su patrimonio a los pobres y a los rebeldes; y ¡dejará a mi hija a pedir limosna!

Se volvió hacia su hija que, inmóvil, aterrada, no se atrevía a levantar la vista.

—¿Oyes, Mariori? —le gritó—. ¿Oyes las desvergüenzas de nuestra casa? Si ése es todo el seso y juicio que tiene tu buen pájaro de novio, ¿qué quieres? Tendremos que tomar nuestras precauciones antes de decidirnos...

Abrasadoras lágrimas llenaron los párpados de la muchacha y rodaron por sus mejillas demacradas; pero su boca permaneció muda.

—Mariori, ¿oyes? —volvió a preguntar el pope.

La joven inclinó aún más la cabeza humildemente, como para decir: oigo y me someto.

El borrico, atado a la argolla de la puerta, se puso a rebuznar.

Yannakos dio un brinco.

—Dispénsame, padre, pero tengo que irme; si es obrar mal tomar del rico para darlo a los pobres, ¡que Dios nos perdone!

—Dios habla por mi boca ¡me habla a mí! —gritó el pope irguiendo la cabeza. Tú, ¡tú no puedes hablar directamente con Él! Por mí pasa su palabra. Yo te digo que sois unos ladrones, tú, Kostandis y Manolios, y voy a reunir a los notables para examinar lo que debemos hacer... Los apestados del cólera apenas han llegado y ya han contaminado nuestra aldea...

—Con tu bendición, pope, —dijo Yannakos alcanzando prestamente la puerta.

Rojo de ira, el pope no respondió y volviéndose a su hija la ordenó:

—Tráeme los zapatos, mi birrete y el bastón; me voy a ver al arconte y a los notables.

Entró en la casa, engulló de prisa los huevos escalfados mientras Mariori corría a alcanzar a Yannakos que estaba desatando su asno. Ella le susurró precipitadamente:

—Yannakos, hazme un favor, cómprame eso que se ponen las mujeres de la ciudad para colorearse las mejillas.

Entrégamelo a escondidas y te pagaré...

—No te preocupes, Mariori —respondió Yannakos—; sé lo que quieres; te lo traeré.

Oyeron gritar al pope con la boca llena:

—¡Volveremos a hablar, malvado!

—¡Qué diablo de pope! —murmuró Yannakos cerrando brutalmente la puerta— ¡y se llama representante de Dios! Bueno, ¡es verdad! Si Dios estuviese hecho a su imagen, desdichados los

pobres, nos tragaría vivitos y coleando.

Se rascó la cabeza y sonrió:

—Hasta ahora sólo nos traga cuando uno se muere. ¡Eso podrá ser peor!

Azotó ligeramente a su asno y le dijo:

—Vamos, Yusufaki, mueve esas patas, hijo; estamos retrasados por esa cabeza de búfalo. No te hagas mala sangre, déjalo que diga. ¡Basta con que te portes bien! Vamos a pasar por el café para recoger los encargos y después nos iremos ¡Y nos llama ladrones...! ¡Vete al diablo, miserable tragaldabas!

El fumadero estaba atestado y zumbaba como un enjambre irritado. Todos los aldeanos estaban reunidos allí comentando los tristes sucesos que sus ojos habían visto la noche anterior—el tropel de refugiados, el pope valiente con su Evangelio, la mujer que cayó muerta y a la que habían cubierto con cal para que el cólera no se difundiera, así como el viejo abuelo con su saco de huesos. Unos alababan al pope Grigoris por haberles salvado del flagelo, otros manifestaban su compasión por las mujeres y niños hambrientos; algunos en fin afirmaban haber visto hacia medianoche fuegos en el monte Sarakina.

Panayotaros entró, miró a su alrededor como un toro acosado y, después, se sentó en un rincón, llamó al cafetero y pidió, ceñudo:

—Café sin azúcar.

—Tienes mala cara, vecino —díjole Kostandis—. ¿Es que has dormido mal también esta noche?

El albardero arqueó las espesas cejas:

—Un café sin azúcar —repitió volviendo la espalda.

El viejo Patriarqueas, tocado con su «kalpak» de gran señor, el alto bastón en la mano izquierda, entró en aquel momento, esbozando con la derecha un protector saludo a los aldeanos que se levantaban para desearle buenos días. A medio despertar, con la voz enronquecida y los ojos hinchados, su lengua espesa no le incitaba a hablar.

Kostandis le trajo una taza de café muy cargado y muy azucarado, un *lukum* y un vaso de agua fresca.

—Que tengas buen despertar, arconte —le deseó.

El arconte no respondió. Mojando el *lukum* en el agua se lo tragó de un solo bocado, se bebió el vaso de agua, sacó un pañuelo enorme en el que enterró su nariz y se sonó tan estrepitosamente que la sala resonó. Sintiéndose más aliviado, comenzó a beber el café sorbiéndolo con gran ruido.

Sus párpados se deshincharon, su cerebro se aclaró un poco, recobró la voz y, habiéndole traído un narguile, se fue despabilando poco a poco.

Al volverse, vio a Hadji Nikolis, el maestro, al que le hizo una seña. Éste, con el narguile en la mano, se acercó a la mesa del arconte y le deseó buenos días.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó el viejo Patriarqueas—. He dormido pesadamente esta noche; pero me pareció oír durante el sueño un gran jaleo, si bien no me desperté. Ahora mismo, viniendo hacia acá he pescado de pasada que se hablaba de gentes extrañas que han llegado, de una mujer que habría muerto, de dos popes que se habrían enzarzado... ¿Qué historias son ésas? ¡El fin del mundo! ¿Puedes tú, viejo, aclararme un poco todo esto?

El maestro carraspeó, satisfecho. Se inclinó y comenzó a hablar en voz baja y accionando mucho, encantado de tener que referir algo terrible, lo que le hacía aparecer a él mismo terrible también; obligándole al viejo arconte a escucharle con la boca abierta.

Panayotaros los miraba mordisqueándose nerviosamente los bigotes. Entornaba los ojos para escrutar mejor el rostro mofletudo del viejo Patriarqueas. Esperaba verlo encolerizarse, subírsele la sangre a la cabeza, agarrar su bastón y salir corriendo hacia su casa.

Pero se engañó. Ningún signo de arrebato se notó en el señorial rostro.

«Este cagueta de maestro de escuela —gruñó el «tragayeso» revolviéndose en su silla como si le pinchasen con alfileres—, este cobarde de maestro de escuela no se atreve a decirle todo por no enfurecerlo. Yo voy a decírselo».

Decidido, se levantó y se acercó a los dos notables.

—Con tu permiso, arconte —díjole—; creo que el sapientísimo aquí presente no te ha dicho

todo; no se ha atrevido. Yo no tengo miedo; te lo referiré, cuando estemos los dos solos.

—Hadji Nikolis —ordenó el arconte— déjanos un momento, haz el favor.

Veamos lo que quiere el albardero.

Y dirigiéndose a Panayotaros:

—Ahora habla. Pero nada de verborrea; el maestro me ha bombardeado las orejas.

—Ni una palabra inútil —replicó picado Panayotaros—. Tú me conoces. He aquí la historia en cuatro palabras: Manolios ha embaucado a tu hijo, han llevado consigo a este Kostandis, al cafetero, y al comisionista Yannakos y han bajado a tu cueva, han atiborrado cuatro serones y se los han entregado a los apestados. Mientras tanto tú roncabas. Esto es todo lo que quería decirte, y ahora me voy.

Ahora, sí que la sangre se le volvió a subir a la cabeza al arconte; de nuevo sus párpados se hincharon, su voz se enronqueció.

—Vete al diablo —gruñó—, ¡me has revuelto la bilis tan de mañana! Arrojó el tubo del narguile y echó una mirada a su alrededor; no distinguía a nadie; la sala le daba vueltas. Se levantó, dio un paso, luego otro, encontró la puerta, salió y, oprimido, tomó la pendiente de su casa.

—¿Qué diablos has ido a soplarle a las orejas para volverle así de loco, eh, Panayotaros? —le gritaron algunos aldeanos entre divertidos y enojados—. ¿No tienes temor de Dios? Está muy gordo y es ya muy viejo, y puede darle un ataque.

Pero Panayotaros había franqueado ya la puerta y desaparecido.

La trompetilla de Yannakos, resonó burlona, rebosando buen humor.

—¡Eh! vecinos —gritó Yannakos que se alzaba en la plaza como un ave engallada—. Comienzo mi recorrido por ciudades y aldeas. Los que tengáis encargos, venid. Los que tengáis cartas, traedlas. Los que tengáis parientes, hijos, amigos o negocios, en las aldeas de alrededor, acercaos. Recibo los encargos, ya me pongo en camino y, si Dios quiere, ¡volveré el domingo con las respuestas!

Muchos aldeanos se levantaron y se acercaron a Yannakos. En voz baja le transmitieron sus encargos. Apoyado en el borrico, Yannakos los anotaba por orden en su mollera.

Se acercó el último de todos Kostandis, para decirle al oído:

—¡Cuidado! desdichado, no pases por casa del viejo Patriarqueas. Ese puerco de Judas le ha dicho algo; eso le ha puesto fuera de sí y se ha ido a su casa venteando su bastón. De seguro que va a vapulear a su hijo.

—¿Por lo de los serones? —preguntó Yannakos en voz baja.

—Por lo de los serones, naturalmente. Yo creo que esto va a traer cola. Y nos va a causar disgustos.

—Ya, ya lo sé, pues yo los he tenido. También el pope está que estalla. ¡Me acaba de dar una jabonada...! Pero no me importa ni un comino; haz tú lo mismo; déjalos que se les pase. Nosotros hemos cumplido con nuestro deber.

—Tranquilízate que yo también tengo mis disgustos —comentó Kostandis suspirando—. Apenas amaneció, tu hermana se lanzó sobre mí y por poco me saca los ojos. ¡Cernícalo, pillo, bandido!, gritaba, lo sé todo; has arruinado nuestra tienda por esos ladrones de iglesias, esos apestados, que han llegado hasta nosotros. Pasamos hambre, tus hijos se debilitan por continuas privaciones y tú, bribón, ¡te vas a distribuirles café, azúcar y pastillas de jabón!

—¿Quién, diablos, habrá ido a contárselo?

—Ese demonio rojo, ¿quién sino él? Recuerda que no se nos ha separado ni un paso en toda la noche. Después se fue el primero a propalar la noticia a todo el mundo: al pope, a mi mujer y ahora al viejo Patriarqueas. ¡Está que revienta de rabia desde que le han elegido para Judas y a nosotros para apóstoles!

—Paciencia, amigo Kostandis —le dijo Yannakos que compadecía al cafetero por todo lo que le hacía pasar su hermana—. Paciencia, hazte el tonto, y el domingo, cuando yo retorne, volveremos a hablar. ¡Salud! Yannakos picó al asno con la punta de su vara y disparó por el pendiente sendero.

—Tú tienes suerte —murmuró Kostandis mirando cómo se alejaba Yannakos—. Tú, sí, tienes suerte, todo te ha salido bien; sin hijos, tu mujer ha fallecido, ahora te hallas tranquilo...

Yannakos acariciaba la grupa reluciente de su compañero, diciéndole:

—Eh, Yusufaki, pasamos buena vida, nos entendemos como dos hermanos. ¿Acaso hemos disputado alguna vez? Nunca, ¡bendito sea Dios! Porque los dos somos buenas personas, o buenos asnos los dos, eso da lo mismo, y no hacemos mal a nadie... Vamos, tuerce a la derecha; cambiamos el itinerario. ¿No has oído lo que nos ha dicho Kostandis? Nada de arconte hoy. Enfila derecho hacia casa del tío Ladas que te admira tanto que se le cae la baba... Vamos, camina que ya terminamos. Después saldremos de la aldea; nos desembarazaremos de popes y de notables, ¡malditos sean! ¡Al fin estaremos solos!

Y torciendo hacia la derecha, se dirigió a la casa del viejo sucio.

—Tendría que ver también —pensó— al pobre Manolios para hablarle de Katerina antes de irme. Bien quisiera decirle que se cuide mucho de sus garras no vaya a ensuciarle. Pues quien va a hacer de Cristo, ¡cuidado con las mujeres!

El tío Ladas se hallaba sentado en el patio en un banco de piedra, andrajoso, descalzo, de buen humor. Su vieja, la tía Penélope, le había traído en una escudilla cascada el café matinal, hecho de garbanzos y cebada. También había dejado sobre el banco una tajada de pan de cebada y un platito de aceitunas. Mientras comía y bebía, el tío Ladas charlaba con su mujer, sentada silenciosa e indiferente frente a él en un escabel, remendando calcetines. Era una mujer endeble, también ella como su marido en harapos y descalza, con una nariz interminable y colgante que la asemejaba a una vieja cigüeña desplumada.

Durante los primeros años de su matrimonio, cuando ella era joven, replicaba a su marido y reñía con él. Era hermosa, amaba el lujo, era de rica familia de notables. Pero poco a poco, el cuchillo cortante se embotó, el espíritu se fatigó y el cuerpo se ajó, y ella se había abandonado sin resistencia y sin lamentaciones, a su desventura. La tía Ladas había comenzado por callarse; escuchaba, recriminaba de vez en cuando a su marido en su fuero interno, pero se callaba. Después que su única hija hubo muerto, ni escuchaba el torrente de palabras del tío Ladas, ni se dejaba llevar por la cólera, ni se oponía a nada. Era una muerta; caminaba aún, comía, dormía y se despertaba, pero ya no vivía. Poseía el desinterés, la beatitud y la dignidad de los muertos.

Mientras el tío Ladas saboreaba el jugo de cebada, contemplaba a su mujer hacer calceta, muda y resignada, y la comunicaba un gran proyecto que, al no poder conciliar el sueño, había concebido durante la noche. Veía llenarse su arca de pendientes, sortijas y collares y de monedas de oro.

—He combinado todo esto como es debido en mi cabeza; el resultado es seguro, pero no veo a quien comunicar mi secreto. Porque no se trata de un negocito; hacen falta dos para lograrlo. Hoy día el mundo, querida, está echado a perder; a la gente no les satisface nada; todos son unos tunos que no tratan sino de engañarte. Así, ¿de quién me fiaré? Hadji Nikolis es un pelele que quiere hacerse pasar por tipo honrado; un maestro de escuela, con eso está dicho todo. ¿Qué puedes esperar de él? Nos contentaríamos con que no se ponga a tirar piedras a los demás como un loco. Si me nombras a su hermano, el pope Grigoris, un bufonazo, acomodado y ladino, pero todo para su bolsillo; no me conviene; porque tú lo sabes, yo también quiero todo para mí... Agachas la cabeza, madre Penélope, ¿es que quieres hablarme del viejo Patriarqueas? ¡Uf! ¡Que lo ahorquen! Es solo una panza, no es un hombre. En su casa son ricos de padres a hijos; jamás ha hecho nada en su vida. No sabe ni lo que significa sudar. He oído decir que existen unas gruesísimas hormigas, a las que se llama hormigas reales, que permanecen acostadas cuan largas son día y noche y que tienen un ejército de esclavas que les llevan la comida. Si no se las mantiene, mueren de hambre... Él, es igual; ojalá le dé un ataque a esa gorda hormiga blanca. No sirve tampoco para mi negocio. En cuanto al otro notable, el capitán Furtunas, ¡hablemos de él! No es un hombre, es una cuba de *raki* siempre a punto de hervir. Tengo, pues, que encontrar otro compadre para mi plan. Y a ti, ¿no se te ocurre alguno, madre Penélope?

Pero la interpelada zurcía, abismada en una beatitud y un entumecimientosupraterrestres; no oía nada; por un momento levantó la mirada, ni triste ni alegre, pero sin brillo. Esa mirada pareció atravesar la piel y los huesos del viejo Ladas y, detrás de éste, el muro de la casa, y después del

muro, el camino, la aldea, la llanura y, más lejos todavía el monte Sarakina, y detrás del Sarakina, lejos, lejísimos, el mar; y más allá del mar, algo infinito, inmóvil, de un negro inquietante, —la Nada. Ella bajó de nuevo los ojos a los calcetines, y volvió a hacer calceta de prisa, cada vez más de prisa, para terminar a tiempo.

De repente la trompeta de Yannakos resonó. De un brinco, el viejo Ladas se puso en pie y los ojillos tunantes le brillaron.

—¡Dios me lo envía! —gritó—. Éste es el que buscaba, éste sirve para mi negocio. ¿No te parece, Penélope? Es todo lo que se necesita. De mandadero, va de pueblo en pueblo, un poco mentiroso, un tanto ladrón, muy diligente para los pequeños hurtos, cerrado para las grandes estafas, un aprovechador, en suma. Éste es el hombre que me hace falta. Él se echará a un lado y al fin, ¡hap!, ¡será para mí todo lo saqueado!

No pudiendo contener su alegría, se frotaba de contento las nudosas manos. El borriquillo se detuvo delante de la puerta; el viejo Ladas corrió a abrir.

—Salud, Yannakos —exclamó—, ¡bienvenido seas! Dios te envía, viejo. Vamos, ven, ata al asno en la argolla, y entra. Tengo que hablarte.

«¡Qué diablos intriga este viejo zorro!», se preguntó Yannakos, «estáte sobre aviso». Y ató el asno a la argolla de la puerta.

—Cierra bien la puerta y echa el cerrojo, para que nadie nos oiga. Tengo un gran secreto que confiarte. Siéntate. Yannakos, tienes una potra enorme. Tú también vas a ser rico. Ya no necesitarás de nadie. Tampoco te hará falta trajinar como un mendigote por esos caminos para vender tus bobinas. Te cubriré de oro, viejo; oyes, Yannakos, de oro, yo te lo digo.

Estupefacto, Yannakos exclamó:

—Vas a hacer que estalle mi mollera, tío Ladas; explícate, ¿qué oro?

—Abre tus entendederas y escucha; esa gente, los apestados que han pasado por aquí, antes tenían un buen pasar. Los turcos se han apoderado allá abajo de todo, y ahora éstos no tienen ni aun que comer. Ahora, escucha: es seguro que ellos, al partir, han escondido sobre sí todas las joyas que tuvieran: los pendientes, pulseras, alianzas, las monedas de oro,.. Esto es así. ¿Has pescado ya el truco, Yannakos?

—Todavía no... todavía no... tengo la cabeza dura. Explícate para ver un poco mejor.

—Te hablo, Yannakos, de una obra meritoria, de una inspiración divina. He visto esta noche fuegos en el Sarakina; seguramente es allá arriba, en las grutas, adonde han ido a enterrarse. Así pues, tú tomas tu borrico y dispara derechito a la montaña. Toca bien tu trompetilla llama a todos, hombres y mujeres, y ya verás cómo se reúnen a tu alrededor. Entonces les hablas y les dices: «Hermanos, os estáis muriendo de hambre; ¿no tenéis compasión de vuestros hijos? Yo, he pensado tanto en vosotros que no he pegado el ojo en toda la noche; me preguntaba qué podía hacer para salvaros, hermanos. Dios me ha iluminado; lo he encontrado. Sacad de vuestros escondrijos las alhajitas que habéis logrado salvar y yo os doy en cambio todo lo que es necesario al hombre para vivir, trigo, cebada, aceite, vino. Dadme todas esas chucherías que no son necesarias para la subsistencia y que vosotros debéis tener... Tanto peor si pierdo. Sois griegos y cristianos, por tanto debéis ser ayudados, en todo caso». Así todo se arregla; ¿comprendes ahora, imbécil?

—Comienzo... comienzo a comprender... —respondió dudando Yannakos porque no acertaba todavía a discernir si era Dios o el diablo quien había soplado a la oreja del viejo Ladas este plan.

—¡Ya te he dicho que es inspiración divina! Pero, ¡silencio! Es preciso que nadie lo huela... Vamos, viejo, ve, para que llegues a ser tú también rico y dichoso. Un hombre como tú me da pena, cuando te veo ir por esos caminos en invierno y en verano, perdiendo la juventud... ¿Cuántos años tienes?

—Cincuenta —respondió Yannakos no ocultando más que dos.

—Lo ves. ¡Estás en la flor de la vida! ¡No la malgastes, Yannakos! Podrás, tú también, poner una buena casa, como cualquiera de la clase alta, casarte con quien quieras de la aldea, tener hijos; sospecho que la hija del pope no te desagradaría... Y después podrás ayudar a tus amigos; llegarás a ser benefactor del lugar y cuando pases, la gente se levantará para saludarte con ceremonia... Yannakos, una nueva vida y señorial, ¡no una vida de pordiosero! ¿Cuántos años nos quedan de

pasar en esta tierra? Vivámoslos por lo menos con *confort*, ¿de acuerdo? Vamos, decídete, te he dicho todo por tu bien. Que no te gane otro de mano. ¡Temo todo del pope!

—Yo temo a Dios —dijo Yannakos indeciso—. Temo a Dios, tío Ladas. ¿Es justo el desplumar a nuestros hermanos perseguidos?

—No se les despluma, especie de sesos de mosquito, no se les despluma, idiota, se los salva de la muerte... Los desgraciados necesitan comer, vivir, son nuestros hermanos; yo también tengo corazón y siento compasión hacia ellos... Se hace un cambio, no se les roba. Ciertamente que, en cuanto sea posible, has de cuidar del interés. Hacemos comercio, no somos idiotas, un pequeño beneficio no desagrada... Toma, acércate, toma un pedazo de pan, aquí tienes aceitunas, ¡come! Vamos a ser ahora asociados y compañeros. Así pues es preciso que compartamos todo. He dejado un poco de café, bébelo.

—No tengo hambre —dijo Yannakos— la cabeza me da vueltas. Voy a sentarme un poco en el banco, para digerir lo que acabas de decirme... Abres ante mí un nuevo camino, tío Ladas, déjame reconcentrarme y examinar el negocio antes de decidirme.

—La desgracia es que no hay tiempo, viejo; el negocio apremia. ¿Para qué habrías de quedarte aquí a examinarlo? Dispara a Sarakina, no remoloneemos. El pope me da miedo, como te he dicho. ¡Ese pope, patizambo!

Yannakos se sentó en el banco, se agarró la cabeza con las manos y permaneció mucho rato sin hablar, con los codos apoyados en las rodillas. Le bullían los sesos como una marmita, le latían las sienes. En su cabeza todo se mezclaba, se enredaba: los pendientes se desprendían de millares de orejas; los collares, de miles de cuellos; las alianzas, de los dedos; las piezas de oro se escapaban... y todo venía a mezclarse en un gran cofre que tenía en su cabaña, lleno de trapos de su difunta mujer... Poco a poco una casa inmensa se elevaba por los aires; mejor dicho, no una casa, sino un palacio, con jardines, patios, balcones, lechos muelles, y una hermosísima y joven mujer atusándose los cabellos... La puerta principal se abría... era un domingo por la mañana. Lucía el sol, la campana de la iglesia llamaba a misa, y Yannakos, con calzones de paño fino, kalpak de notable en la cabeza, apoyado en una alta caña con puño de ébano, se dirigía a la iglesia con paso señorial, en tanto los aldeanos se levantaban a su paso y le saludaban inclinándose profundamente. Después, veía un Yannakos sentado en su patio, y a Kostandis de pie delante de él, en actitud en extremo respetuosa. Sacaba de su faltriquera una bolsita repleta de piezas de oro: «Toma, mi querido Kostandis, coge este dinero para que aparezca una sonrisa en tus labios... Has conocido tiempos malos con mi quisquillosa hermana, ¡mereces bien esto!» Llamaba en seguida a Manolios: «Acércate, tú también, Manolios, te he comprado un rebaño de corderos, acéptalos, son tuyos, así te librarás de servir a ese viejo reblandecido de Patriarqueas...» Los pensamientos de Yannakos le daban vueltas todavía, y ya tornaban a uno, ya a otro; también veía en la torre del campanario de la iglesia de Licovrisí un reloj enorme, como lo había visto en Esmirna. Alrededor del cuadrante y escrito conletras mayúsculas doradas se leía: «Obsequio del notable Yannakos Papadópulos, ¡bienhechor nuestro!». Una vuelta más, y el reloj desaparecía. En la imaginación de Yannakos resplandecía ahora una albarda bien rellena de pelote, cubierta con terciopelo y con lentejuelas de oro; la tomó en sus brazos y entró en la cuadra, gritando: «Yusufaki, te he comprado la albarda que te había prometido. Mira, ni los reyes tienen cosa parecida. ¡Se acabaron las miserias! No harás más que comer y beber, pequeño Yusufaki. Todos los domingos por la mañana después de la misa, te pavonearás tú también por la plaza con tu albarda nueva, hecho el arconte de todos los asnos. Todo el mundo reculará con respeto a tu paso, y te saludarán como si fueses un hombre».

Yannakos se echó a reír, y como si despertase de un sueño, sacudió la cabeza, inflada como una calabaza. Miró a la vieja que no cesaba de tejer, siempre abismada en su beatitud. Vio también al tío Ladas que esperaba, fijos los ojos en él.

—La mitad para cada uno y estamos de acuerdo, tío Ladas —díjole.

El viejo Ladas le tendió su huesuda manaza:

—Dame la mano, Yannakos, de acuerdo. La mitad para cada uno, es lo normal. Por la noche me traerás todo lo que hayas recogido en alhajas, y yo te daré el trigo, aceite, vino, como lo hayas convenido tú con ellos, o cuando se haya terminado todo el negocio se harán las cuentas. Por tu

parte, marca en tu cuaderno lo que te den y lo que te entrego, para que te convenzas que yo no quiero rebajarme a escamotearte nada. Y para que veas cuánto confío en ti, toma, te doy a cuenta tres libras turcas de oro.

Sacó de la faltriquera una bolsa sólidamente atada con una gruesa cuerda, la abrió, metió en ella la mano y retiró lentamente las tres libras que contó una a una, temblando. Yannakos las asió con avidez; sus ojos deslumbrados se le llenaban con el oro.

—Voy a preparar el recibo —díjole el viejo Ladas—, y cuando vuelvas lo firmarás... ¿Así estás contento? ¿Confías ahora en mi palabra? Lo que te he dado no son palabras, es oro. Ve con Dios, no perdamos el tiempo.

Empujó a Yannakos y le abrió la puerta.

—¡Dios te acompañe! ¡Ve a tantear el terreno! —le gritó, cerrando presuroso la puerta, de miedo que el compadre se arrepintiera.

Se volvió hacia su mujer, frotándose las deformadas manos:

—Penélope —dijo llevándose el índice a los labios—, ¡silencio! ¿Has visto cómo he enfilado el negocio? ¿Has visto cuán ladino soy? Te digo que mi cerebro es como una navaja. ¿Has visto cómo con el oro ha tragado el anzuelo? Por tres de pérdida, miles de ganancia... Vamos, ahora hazme el favor de ir a preparar el cofre, vamos, ¡Ve de prisa, querida!

Pero ella permaneció inmóvil sobre el escabel. Seguía haciendo calceta y más calceta; las agujas, sin mirarlas, se cruzaban, se separaban y volvían a cruzarse, en tanto se iban alargando los calcetines que hacía para el viejo Ladas. Y, en el calcetín, lo que ella veía no era la pierna descarnada del viejo, sino el hueso mismo, largo, seco y medio roído por los gusanos.

Mientras tanto el borrico seguía su camino, y detrás de él Yannakos soñando. Sentía a su izquierda un triste peso que le agobiaba el corazón; pero a la derecha, otro peso muy agradable en el bolsillo del chaleco. Titubeaba como un borracho; a veces, saltaba de piedra en piedra, a veces, se detenía bruscamente y reflexionaba. El borriquillo se volvía entonces, lo miraba estupefacto y se paraba en seco a su vez para esperarlo.

«Con tal que yo no vea a nadie, y que nadie me vea —murmuró Yannakos—. Anda, Yusufaki, date prisa, ¿por qué te detienes? Tuerce por aquí. Cambiamos de ruta, pequeño, ¡es un asunto estruendoso!»

El borriquillo perplejo agachó la cabeza; no lo llegaba a comprender. ¿Adónde iban por allá? ¿Qué le había sucedido a su patrón? ¡Qué antojadizos los hombres; no saben ni lo que quieren!

«Con tal que yo no vea a nadie, niaun a Manolios, aunque quisiera advertir a éste lo de Katerina; pero tengo otros negocios que ventilar ahora. Que suceda lo que sea. Vamos, Yusufaki, ¡adelante!»

Pero cuando llegaba a las últimas casas de la aldea, pasadas las cuales ya se entraba en el campo, se topó de narices con Manolios y otros dos mozos que llevaban al capitán Furtunas. Caminaban despacio, la cabeza gacha, precedidos por Hussein con yatagán y fez rojo.

Yannakos desvió al burro para dejarlos pasar. Se acercó y contempló al desdichado capitán, sin conocimiento, rota la cabeza envuelta en una servilleta blanca, manchada de sangre...

—Muchachos, ¿qué le ha sucedido a nuestro capitán? Dímelo, Manolios.

—Ha rodado la escalera del agá, el pobre hombre —respondió Manolios— y se ha fracturado el cráneo... Si ves a mi tía Mandalenia, dile que venga a mudarle las vendas... Ella entiende de esto, pues era comadrona, antes de ser sepulturera.

—¡El desventurado —murmuró Yannakos—, debía estar curda como un cerdo!

Hussein se volvió.

—¡No te atormentes, sucio griego! Se ha roto la cabeza, pero ya se le encolará; los griegos son duros para morir, sobre todo los pelados.

—Manolios —dijo Yannakos—, tengo que hablarte.

—Yo también —respondió Manolios—. Pero, deja que vayamos a dejar al capitán en su cama. Síguenos, y espérame en la puerta; vuelvo en seguida.

Se pusieron en marcha a paso lento, pues a cada sacudida, el capitán gemía. Llegados a la casa,

entraron al capitán. Yannakos ató el asno a la sombra de un olivo, y esperó.

—Verdaderamente que esta noche ha estado preñada de acontecimientos. ¿Qué nuevo parto nos deparará? ¡Que Dios nos proteja!

Sacó la petaca, lió un cigarrillo, se apoyó en el tronco del olivo y se puso a fumar para pasar el tiempo. Sentía haber hablado a Manolios; era una pérdida de tiempo y, para los importantes asuntos que tenía entre manos, pensaba, había que obrar de prisa. Registró su bolsillo, palpó las libras y sonrió.

—¡Alabado sea Dios! —murmuró, no ha sido un sueño. Cuántas veces me he visto en sueños con piezas de oro en las manos... y a la mañana, qué idiota, palpaba bajo la almohada... Pero esta vez, alabado sea Dios, ¡están aquí!

Al palpar de nuevo las monedas, se tranquilizó.

Manolios apareció en el umbral. Se secó el sudor de la frente, vio a Yannakos junto al olivo y se acercó.

—Cómo pesaba el compañero; estamos extenuados.

—Tengo prisa —dijo Yannakos—. Solamente dos palabras, después me voy. Hoy tengo mucho que hacer... Escucha, Manolios; para comenzar, no pongas los pies en casa de tu patrón, en todo el día. Está al corriente de lo de los serones. Le ha dado una crisis de nervios y agarró el bastón para vapulear a su hijo. Escabúllete, pues, en espera de que pase la tormenta.

—Si es así, es preciso que vaya a compartir el castigo. La culpa también es mía.

—Y también mía, pero yo no voy. Es una vergüenza, pero no me importa... no te vayas, espera. Y ahora otra cosa: Katerina la viuda trata de tender sus redes y desea atraparte en ellas. Dice que te ve en sueños; ayer noche en la plaza te guiñaba un ojo, ¡pero tú seguramente no te habrás dado cuenta! Desconfía, Manolios, es una diabla esa Katerina, aun a los obispos les haría perder la cabeza... Piensa un poco en las próximas Pascuas y en tu papel de Cristo... no te ensucies con ella.

Manolios se puso colorado e inclinó la cabeza. También la noche anterior había él mismo soñado con la viuda, y ¿cómo no se había acordado? Pero al despertar tenía los ojos con grandes ojeras.

—Cristo me ayudará —murmuró.

—No puede, el pobre, dar a basto con todo; ¡muévete tú también un poco! Bien, estoy apurado; ahora, creo que tú tenías algo que encomendarme.

Manolios dudó. No sabía cómo enfocar el asunto, para no herir a su amigo.

—Dispénsame por lo que voy a decirte —comenzó al fin—, pero nosotros cuatro desde ahora tenemos un mismo fin, elevado y sagrado, como si fuéramos uno solo... Si uno de nosotros diera un tropezón, tendrían los demás que sostenerlo. El perderse uno solo, será como si nos perdiésemos todos. Por esto tengo valor...

—Habla, habla, Manolios, no te turbes —manifestó Yannakos que empezaba a desatar al asno—. Tengo prisa como ya te he dicho.

—Hoy retomas tu trabajo —prosiguió Manolios con voz dulce, tomando cariñosamente a Yannakos del brazo—. Recomienzas el recorrido... No olvides, y te lo conjuro por Cristo, no olvides las recomendaciones que nos hizo ayer el pope...

—¿Qué es lo que me ha recomendado ayer el pope? —gritó Yannakos, cuya voz se tornó súbitamente bronca.

—Te pido, Yannakos, que no lo tomes a mal... Por ejemplo, que no robes en el peso, que no...

Yannakos sintió que se le iban hinchando las narices; desató bruscamente al borrico y se enrolló nerviosamente la brida alrededor del brazo:

—Bueno... bueno... su beatitud, el pope, se figura que eso es fácil... ¿Qué diría el pope si yo le hubiese recomendado que se apretase el cinturón, que no se atiborrase la panza y que diese a los pobres lo que le sobra? Y además, el muy charlatán, que se librase de mezclar cola con harina y especies, que te endilga en cualquier enfermedad. Aún más, ¿es que el año pasado no dejó tres días sin enterrar al viejo Mantudis, que ya hedía, porque pedía que los herederos le pagasen por adelantado? Y en otra ocasión, ¿no sacó a remate la viña del pobre Yerónimos, el zapatero remendón, porque le debía bien poca cosa? Y aun este año sin ir más lejos, poco antes de Semana Santa, ¿no ha anunciado los precios: tanto por un bautismo, tanto por una boda, tanto por enterrar,

sin lo cual, así dijo, no bautizaré, ni casaré, ni enterraré? Y tiene el tupé, ese panzón, de hacerme recomendaciones a mí que no tengo un cobre...

—¡No digas esas cosas contra él —le interrumpió Manolios—, cada cual rendirá sus cuentas, ocúpate tú de las tuyas, Yannakos! Este año es necesario que nosotros permanezcamos puros y sin tacha, tú harás de apóstol Pedro, no lo olvides... ¿Qué es lo que se hace antes de comulgar? Se ayuna, no se come carne, ni aceite; no se jura, no se encoleriza uno... Nosotros ahora, Yannakos, hemos de hacer lo mismo...

Pero Yannakos estaba acalorado. Veía que Manolios tenía razón y eso lo irritaba aún más. Dejando a un lado al pope, la tomó esta vez con su compañero y le lanzó con voz sibilante:

—Bueno, y tú, Manolios, no olvides que no vas a representar a ningún apóstol, sino al mismo Cristo. Así, ¿se te permitirá tomar mujer? ¡No! ¡Y sin embargo estás por casarte! ¿Sí o no? ¿Por qué te pones colorado? Contesta: ¿sí o no? ¡Que se vayan todos al diablo! Eso es lo que te digo. La santidad no es un negocio pequeño...

Manolios bajó la cabeza y se calló.

—¿Sí o no? —repitió Yannakos cada vez más acalorado—; ¿cuando ves a Lenio no se te hace la boca agua?... Y el diablo te la muestra en sueños, como tú la deseas, desnuda como un gusano. Yo también he sido como tú un mozalbete inexperto, por eso conozco las vueltas del demonio. Te la muestra mientras duermes, tú cometes pecado y por la mañana te levantas con ojeras... Cuando llegues a representar a Cristo estarás recién casado. Se te pondrá en la cruz, pero esto a ti ¡valiente provecho! Sabrás que todo eso es filfa, que es a otro a quien han crucificado, y en el momento en que tengas que gritar en la cruz: «Eli, Eli, lama sabacthani!», tú te dirás que dentro de poco volverás a tu casa, después de la representación de la cruz, donde encontrarás a Lenio que te esperará con agua caliente para lavarte, ropa limpia para mudarte, y que los dos, después de la escena de la cruz, os acostaréis juntos... Por tanto, Manolios, cállate, ¡y no quieras darme lecciones! ¡No te conviene, ya ves que no te conviene!

Manolios escuchaba, con la cabeza gacha, trastornado.

«Tiene razón... tiene razón...—se decía—. Soy un impostor, sí, un impostor».

—¿Por qué permaneces mudo? ¿No es verdad lo que te digo? —gritó Yannakos encantado al ver temblar a Manolios.

—Pero ayer aún, Yannakos... —comenzó Manolios.

Yannakos no le dejó continuar:

—Ayer, Manolios —díjole, tirando del burro para marcharse—, ayer, Manolios, las cosas eran diferentes. Era fiesta, ya lo sabes, la panza estaba llena, el borrico en el establo, el interés por ganar dormía... hoy, en cambio, mira, el borrico viene cargado, el vientre está vacío. La Pascua ha pasado, el comercio resurge... Y comercio, muchacho, quiere decir esto: Atrapa si quieres comer, roba si quieres tener. De lo contrario, en vez de hacerme mercader, hubiera sido mejor ir al Monte Athos y hacerme monje... ¿Comprendes?

Se detuvo por un momento, un tanto aliviado. Tirando del borrico, miró a Manolios, satisfecho de haberle dicho lo que le pesaba en el corazón.

—Que te vaya bien, Manolios, piensa acerca de lo que te he dicho y que Dios te ayude.

Pero en el fondo todavía la cólera le consumía, y volviéndose por última vez a su amigo, le dijo:

—La obligación de un mercader es robar, Manolios. La obligación de un santo es no robar. Así es; no hay que equivocarse... ¡Buena suerte, Manolios! y ¡por tus bodas! ¡En marcha, nosotros, Yusufaki!

Manolios se quedó solo. El sol estaba ya alto. Hombres, bueyes, perros y burros estaban entregados a sus tareas cotidianas. El tío Ladas se había calado sus lentes y redactaba pausada, atentamente y sonriendo satisfecho, el recibo de las tres libras turcas. En el momento en que el pope, fuera de sí, iba en busca del viejo Patriarqueas, vinieron a pedirle que llevase los Santos Sacramentos a un moribundo; tuvo que cambiar de dirección. En cuanto al capitán Furtunas, gemía en su lecho, echando pestes contra la tía Mandalenia que le cambiaba las vendas de la cabeza rota.

Lenio, sentada ante el telar, tejía tarareando las últimas telas de su ajuar. Le brincaba el corazón. Se le subía a la garganta, descendía al vientre, saltaba de un seno a otro haciéndole cosquillas...

Arriba, en la habitación del patrón, Lenio oía un ruido como de disputa; el padre gritaba, el hijo replicaba, iban y venían como si estuviesen batiéndose y el techo temblaba. Pero Lenio inclinada sobre el telar, no se inquietaba por la gresca. Ni aun el vociferar de su patrón la perturbaba... Ella se desentendía de aquella autoridad, pues la cadena estaba próxima a romperse, cuando se fuese con su Manolios a la montaña a vivir entre las ovejas. Ya tenía bastante del viejo Patriarqueas, aunque él la amase como a su propia hija. A ella le disgustaba y no deseaba verlo más.

En ese instante, en la habitación la disputa aumentó. Los gritos del viejo resonaron más distintamente, y Lenio prestó atención.

—¡Mientras yo viva —clamaba el viejo— seré quien mande aquí y no tú! ¡El mundo al revés!

Se sofocaba, tartamudeaba, las palabras se le embrollaban, y Lenio no pudo captar ya nada. Mas, un segundo después, percibió netamente esta frase:

—¡No no quiero que tengas mucha relación con Manolios. No olvides que es un criado, y que tú eres un arconte! ¡Mantén tu jerarquía!

—¡Qué indecente bragazas! —murmuró Lenio—, ¡viejo puerco! ¡Ni aun tiene respeto a sus propias canas! Se trae acá mismo a esa zorra de Katerina, chorreándole ya la baba, y tiene miedo de que el trato con Manolios vaya a echar a perder a su hijito Michelis. ¡Ah!, vivamente deseo irme, sí, vivamente lo deseo para no verte más, ni oírte, ¡viejo asqueroso!Se levantó bruscamente, pues se sentía incapaz de permanecer por más tiempo en aquella habitación, y salió al patio a respirar el aire.

—¡Viejo indecente! —murmuró de nuevo— ¡podrías reventar de una vez!

Fue hasta el centro del patio, sacó agua del pozo, zambulló la cabeza en ella y se refrescó. Pequeña, bien de carnes, poseía unos labios carnosos, ojos despiertos y risueños, nariz aguileña, muy semejante a la del viejo arconte. Era una morena incitante y ardiente; por la noche salía a la puerta, y cuando pasaba un hombre alargaba curiosamente el cuello, y se lo quedaba mirando de hito en hito con una mezcla de envidia y de compasión. Se diría que era un felino, retrayendo las patas, dispuesto a saltar, pero que, repentinamente apiadado de su presa, la dejaba escapar, para enseguida acechar a otra... Esta cacería, implacable pero inmóvil, se repetía todas las noches en el umbral de la casa; luego, fatigada de tanta escaramuza, Lenio, ya bien de noche, se retiraba agotada.

Cuando nuevamente sacó el cubo del pozo y se disponía a chapucear en él la cara ardiente, se abrió la puerta del patio y entró Manolios.

—¡Bienvenido, Manolios! —estalló la muchacha abalanzándose hacia él, siguiendo el primer impulso, pero inmediatamente contentándose con lanzarle una mirada plena de deseo. Después, con mirada rápida, inspeccionó brazos, cuello, pecho, caderas y rodillas... Como si tuviese que luchar con él, medía su robustez, y si le sería difícil vencerlo...

Manolios no pronunció una sola palabra; atravesó el patio a zancadas, apoyó el cayado en un rincón, y se dispuso a subir la escalera de piedra que conducía al aposento del patrón. Desde la calle había oído los gritos, y se apresuraba para ir a compartir con Michelis la peluca del arconte.

Manolios parecía cansado e inquieto. Desde que vio a Lenio de lejos, el corazón comenzó a palpitarle con grandes sacudidas. Precisamente a la única persona que no hubiera deseado ver en aquel momento era a ella; asípues, se apresuró para alcanzar la escalera. Pero Lenio no pensaba de esa manera.

—¡Eh! —le gritó—, ¡monseñor, aquí también hay alguien!

—Buenos días, Lenio —dijo Manolios de labios para afuera—. Dispénsame, pero tengo prisa. Tengo que ver al arconte.

—Déjalo en paz, ¿qué tienes que hacer con ese asqueroso bragazas? —preguntó Lenio con voz sorda—. Está armando una gresca a su retoño, déjalos que se arranquen los ojos. Vamos, ven a ver...

Le cogió de la mano para hacerlo entrar en la casa. Ella lo deseaba, daba vueltas a su alrededor, hasta le rozaba, pero bruscamente se echó hacia atrás enrojeciendo.

—¿Cuándo es la boda, Manolios? El viejo se impacienta.

—Cuando Dios quiera —respondió Manolios, tratando de zafarse de ella.

—¡Me prosterno ante el Todopoderoso —díjole Lenio repentinamente seria—; me prosterno delante del Todopoderoso, pero dile que se dé prisa. Ya llega mayo, y en mayo no hay bodas. Vamos ¿es que tendremos que esperar hasta junio?, ¿o hasta julio? Esto es perder el tiempo.

—O ganar el tiempo, Lenio, no seas impaciente. La edad no nos apremia. Y yo tengo que terminar antes algunos asuntos. Inmediatamente, si Dios lo quiere...

—¿Qué asuntos? —preguntó Lenio sorprendida—. ¿Qué asuntos? Aparte de los del aprisco, ¿acaso tienes otros?

—Sí, tengo otros... —manifestó Manolios, escurriéndose poco a poco hacia la escalera de piedra.

—¿Cuáles? ¿Con quién? ¿Por qué no me lo has dicho? Mañana voy a ser tu mujer y es preciso que lo sepa.

—Primeramente voy a ver al amo, después te lo diré... Necesito hablar primero con él, Lenio. Déjame...

—Manolios, mírame a la cara, no bajes la vista. ¿Qué es lo que tienes? ¿Qué te ha sucedido? En un solo día has variado, Manolios... ¿Qué te han hecho?

Ella lo miraba inquieta y enfadada, y le espetó:

—¡Te han echado mal de ojo! —gritó—. Hay que ir a buscar a tu tía Mandalenia. Quemará los ramos de viernes santo y te recitará la fórmula mágica que conjurará el mal de ojo, Manolios... Ven, tesoro, tengo algo que decirte...

Manolios sintió sobre el cuello el aliento de la muchacha. Un olor acre a sudor ascendía de su cuerpo. Por momentos, el pecho parecía reventársele; fuertemente le rozó la mano; la sangre le hinchaba las venas, prestas a estallar.

—Voy en busca de tía Mandalenia; no puedo verte así enfurruñado. ¡No te vayas! —díjole con tono decidido Lenio y entró, se puso el vestido más hermoso, se sujetó el cabello con una pañoleta, metió en una cesta unos cuantos huevos rojos, un poco de café, azúcar y una botella de vino para retribuir el trabajo de la vieja Mandalenia. Al volver al patio, vio que Manolios ya había subido la escalera y vacilaba ante la puerta del amo.

—¡No te vayas, no te vayas! le gritó—. ¡Ya voy!

La discusión se había calmado. Michelis debía haber salido. Manolios no oía ya, detrás de la puerta, sino los pesados pasos del viejo que iba y venía echando pestes.

Empujó la puerta y entró. En cuanto lo vio el viejo, se lanzó sobre él.

—¡Tú, tienes la culpa! —rugió levantando la mano para abofetearle—. ¡Tú eres quien trastornas a mi hijo, tú eres quien le ha impulsado a distribuir mis bienes que son sangre de mi corazón, vagabundo!

Las venas de las sienes, cuello y manos estaban negras. Tenía la camisa abierta, y el pecho ya viejo se hinchaba y se hundía, pronto a estallar. Se derrumbó sobre el sofá del rincón, se cogió la cabeza con las manos, tosió y empezó a hipar.

Manolios, apoyado en la pared, contemplaba hipar al viejo arconte. «Qué bestia salvaje es el corazón humano, qué bestia salvaje —pensaba—. ¡Ni tú, Cristo mío, has podido amansarlo!»...

El viejo se levantó de repente: había recuperado las fuerzas; agarró a Manolios del cuello.

—¡Tú, tienes la culpa! —le gritó de nuevo rociando de saliva el cuello y mejillas de Manolios—. ¡Tú tienes la culpa! ¡Yo te he hecho bajar de la montaña para casarte con mi Lenio, a quien tengo como a hija, te he permitido que estuvieses aquí durante todas las fiestas, he olvidado que eras mi sirviente y el día de Pascua te he sentado a mi mesa! ¡Y ahora, mira cómo me lo agradeces, ingrato! ¡Has trastornado a mi hijo, habéis entrado en la bodega, mientras yo dormía, y me habéis robado! ¡Ladrón! ¡Ladrón! Y como si esto no fuera bastante, Michelis me hace frente por primera vez. «¡Ahora ya soy un hombre, así me dice, y haré lo que me dé la gana!». ¡Oyes, qué insolente! Y cuando le grito: «¿Ya no temes a tu padre?», se ha atrevido a responderme, enfrentándome: «¡No temo más que a Dios!» ¡No! ¿pero oyes esto, que no teme a nadie más? Estas intrigas son debidas a ti, Manolios. ¡Ojalá te hubieras roto las piernas el día en que bajaste de la montaña para festejar Pascua conmigo! ¿Por qué no dices nada? ¿Por qué desvías la mirada? ¡Habla o reviento!

—Patrón —dijo Manolios con voz calmosa—, he venido a pedirte permiso para volverme a la

montaña.

El viejo arqueó los ojos, le temblaron los labios y tartamudeó:

—¿Qué dices? ¿Volverte a la montaña? ¡Repítelo si tienes tupé!

—He venido, patrón, a pedirte permiso para volverme a la montaña.

—¿Y la boda? —gritó el viejo, hinchándosele de nuevo el cuello—. ¿Y la boda cuándo será, loco? ¿En mayo? En mayo se casan los asnos. Será en abril, y para eso te he mandado venir. ¡Yo soy el que mando!

—Déjame un poco de tiempo, todavía, patrón...

—¿Por qué? ¿Qué te hace falta? ¿Qué te ocurre?

—Bueno, no estoy preparado todavía, patrón.

—¿Que no estás preparado todavía? ¿Qué significa eso?

—Ya no soy el mismo, patrón... Vamos, cómo lo diría, siento que no estoy dispuesto todavía. Mi alma...

—¿De qué alma hablas? Creo que has perdido la chaveta... Escuchen ustedes esto, ¡dice que su alma! ¿Pero tú, tú tienes alma?

—¿Cómo te lo diría, patrón? Siento una voz en mí...

—¡Cierra esa boca!

Manolios extendió el brazo para abrir la puerta. El viejo se lo aferró:

—¿Adonde vas? ¡Quédate aquí!

De nuevo se puso a recorrer la habitación cuan larga era, dio un puñetazo en la mesa, se hizo daño y apretó
los labios.

—Vosotros dos me vais a hacer que reviente hoy. ¡Esto es el fin del mundo! Mi hijo, según dice, no me teme ya; no teme más que a Dios, y éste, este indecente sirviente, me habla de su alma...

Se volvió furioso hacia su pastor:

—¡Lárgate, vete al diablo! ¡Lárgate, y que no te vea más! Si la boda no se celebra este mes, no te quiero más a mi servicio, ¡Vete de mi casa! Encontraré otro marido, y mejor, para mi Lenio! ¡Uf, dispara!

Manolios abrió la puerta, se lanzó escaleras abajo, de cuatro en cuatro escalones, echó un vistazo al patio, en el que Lenio ya no estaba, recogió el cayado y salió corriendo camino de la montaña.

Fuera de la aldea, cerca del pozo de San Basilio, se detuvo para tomar alientos. Aquel era un pozo famoso, rodeado de elevados bambúes, con brocal de mármol pulido, en el que las cuerdas, durante siglos, subían y bajaban profundamente los cubos. Al anochecer, las muchachas venían a aquel pozo para sacar agua fresca, que tenía fama de milagrosa y capaz de curar muchas enfermedades: de estómago, de hígado, de los riñones. Todos los años, por Reyes, el pope se llegaba allá para bendecirla. Se decía que San Basilio de Cesarea, cargado de juguetes para todos los niños del mundo, pasaba cerca del pozo y bebía de esta agua, antes de comenzar el recorrido por la tierra, la víspera deAño Nuevo. Por esto se le llama pozo de San Basilio. Y por esto también el agua es milagrosa.

El sol desde lo más alto del cielo, cual inmóvil catarata, caía a plomo sobre la tierra. En los campos, las espigas de un verde ya amarillento, enderezaban la cabeza para beber la nutricia luminosidad. Los olivos relucían de luz en cada una de sus hojas. A lo lejos, el Sarakina, envuelto por un diáfano velo color de fuego, humeaba. Se distinguían los agujeros negros de las grutas y, en lo más alto, la capilla del Profeta Elías, derritiéndose en luz deslumbrante.

Manolios asió la cuerda, sacó agua, metió la cara en el cubo y bebió. Se abrió la camisa y se lavó el sudor del pecho. Su mirada se fijó en el Sarakina; la imagen del pope Fotis, asceta y valiente, todo llamas y fuego como el propio sol, surgió en su recuerdo. Manolios lo miraba sin pensar en nada, sin preguntarle nada, derretido también él, como la capilla del Profeta Elías en la luminosidad ardiente.

Durante largo rato permaneció así, en éxtasis; de repente sintió que manos, pies y hasta su propio

corazón eran traspasados por atroces dolores, como si fuese crucificado sobre aquella luz; meses más tarde, en un momento supremo y mortal, se le volvería a representar este minuto de éxtasis pasado ante el brocal del pozo y, bruscamente, se dio cuenta entonces que ese minuto había sido la mayor alegría de su vida. No, no era alegría, era algo más profundo, algo más cruel, que sobrepasaba a toda alegría y a todo humano dolor.

Cuando se levantó para subir a la montaña de la Virgen y retornar a su aprisco, se ponía ya el sol.

—Me he debido dormir —murmuró—, pues ya anochece...

Se estiró, se apretó el cinturón, recogió el cayado. Sentía prisa por volverse a hallar entre los amigos de su soledad —corderos, perros ovejeros. Y sobre todo, con el pastorcillo Nikolio, aquel muchachito semisalvaje, tostado por el sol, un efebo de cabellos enrulados.

Iba a ponerse en marcha, cuando, de repente, oyó ruido entre los cañaverales. Por detrás, una voz fresca y penetrante, le imploraba:

—¡Eh! Manolios, ¿tanto miedo sientes que te vas? Espera, tengo que decirte una palabra.

Él se volvió. Katerina, la viuda, con el cántaro al hombro, emergió entre los cañaverales. Su vista recorrió rápidamente aquella garganta resplandeciente, aquellos brazos desnudos bien formados y los labios rojos que le reían.

—¿Qué quieres? —preguntó, bajando la mirada.

—¿Por qué me persigues, Manolios? —díjole la viuda, cuya voz era ahora apasionada y dolorida. Apoyó el cántaro en el brocal, y suspiró—. Todas las noches te veo en sueños; no me dejas dormir. Mira, hoy mismo, de madrugada, soñé que habías alcanzado la luna, que la cortabas en trozos, como una manzana y que me los dabas para que los comiese... ¿Qué es lo que te hace estar cerca de mí, Manolios? ¿Por qué corres detrás de mí? Si te veo en sueños, es señal de que tú piensas en mí.

Manolios permanecía con los ojos bajos. Sentía que el aliento abrasador de la viuda lo envolvía. Las sienes le latían con fuerza. Callaba.

—Enrojeces, Manolio, enrojeces —aseveró la viuda cuya voz era cálida y un poco bronca—, tenía yo razón, tú piensas en mí, Manolios. Yo también pienso en ti, yo también... Y cuando te tengo aquí, en mis pensamientos, siento vergüenza, como si estuviese desnuda delante de ti... Como si estuviese desnuda, siendo tú mi hermano y que tú me vieses.

—Pienso en ti —respondió Manolios todavía sin levantar la mirada—. Pienso en ti, y te compadezco. Durante toda la Semana Santa te he tenido en mi imaginación. ¡Perdóname!

La viuda se sentó en el brocal. Sentía que repentinamente le invadía una dulce pero insoportable fatiga; las piernas no la sostenían. Inclinada sobre el pozo, vio allá en el fondo reflejada su faz entre el agua verde ynegra. Como en un relámpago pasó toda su vida por su cabeza, huérfana, hija del pope de una aldea lejana, había conocido al que fue su marido en la festividad de la Virgen de los Mártires. Era mucho mayor que ella, ya entrecano, pero con dinero. Ella era pobre. La tomó por mujer, o mejor dicho la compró. Después de la boda la había traído a Licovrisí. Él hubiese querido tener hijos, pero no había podido. Cuando murió, los mozalbetes de la aldea, rondaban por la noche delante de la puerta de su casa debajo de las ventanas, en el patio mismo, cantándole coplas de amor y suspirando como becerros, pues no podían dormir. Por su parte, ella en la casa también suspiraba. Ese martirio duró un año, hasta dos años. Una noche, fue un sábado, ella no pudo más. Ese día se había lavado la cabellera y perfumado con aceite de laurel. Contempló su cuerpo y sintió compasión de él. Entonces abrió la puerta y entró un mozo muy joven, el que estaba primero aguardando. Al amanecer, antes de que la aldea despertase, él se marchó. La viuda experimentó una gran dulzura. Tuvo la sensación de que la vida apenas dura y que es pecado y muy grande dejar que se pierda. Desde entonces, a media noche, abría la puerta.

Katerine se puso en pie; su imagen desapareció del agua verde y negra.

—¿Por qué me compadeces, Manolios? —le preguntó.

—No lo sé, Katerina, no me lo preguntes. Pero verdaderamente te compadezco como si fueses hermana mía.

—¿Te avergüenzas de mí?

—No lo sé; no me preguntes eso; te compadezco.

—¿Qué quieres de mí?
—¡Nada! ¡No quiero nada! —gritó Manolios espantado e iniciando la huida.
—¡No te vayas, no te vayas, Manolios! —le apremió la viuda.
Sin volverse, Manolios se detuvo. Los dos se callaron de nuevo. Al cabo de un momento, la viuda continuó:
—Me pareces, Manolios, un arcángel, un arcángel que quisiera llevarse mi alma.
—¡Déjame irme! —respondió Manolios—. ¡No quiero llevarme nada tuyo! ¡Sólo quiero irme!
—Tienes prisa —dijo la viuda ahora ofuscada y con voz de nuevo burlona—. Tienes prisa por llegar a la montaña, por beber leche, comer y acicalarte. ¡Te vas a casar, Manolios, te vas a casar y Lenio lo ha tomado muy en serio!
—¡No me casaré! —gritó Manolios. Lo que acababa de decir le horrorizó. Era la primera vez que pensaba en eso—. ¡Nunca me casaré! ¡Deseo morirme!
Dicho esto, se sintió aliviado. Al volverse esta vez, miró a la viuda cara a cara, como si ya no la temiera. Como si se hubiera descargado de un gran peso.
—¡Hasta pronto! —dijo ya calmado—, me voy.
La viuda lo siguió con la mirada mientras se alejaba, y se le oprimió el corazón.
—¡No pienses en mí, Manolios —le gritó desesperada—, no turbes mi sueño. ¡Escogí el mal camino, déjame!
«Te compadezco, hermana, te compadezco, no quiero que te condenes», pensaba Manolios, pero sin volverse y sin responder. Había tomado ya el sendero de la montaña.

CAPÍTULO IV

EL SOL ACABABA DE APUNTAR por las cumbres del Sarakina y coloreaba de rosa la capilla de San Elías. En las laderas las perdices comenzaron a castañetear. Toda la montaña se aclaró; diseminados entre las rocas aparecieron algunos algarrobos achaparrados, guadaperos de espinosos troncos y carrascas resquebrajadas por el viento.

En otros tiempos aquí habitaron hombres duros —se distingue todavía un muro desplomado, restos de vasijas, árboles frutales que, desaparecido el domador, se convirtieron en silvestres. Las sendas, bajo la hierba bravía y los cascajos, han desaparecido; de las casas sólo ha quedado su esqueleto; de los árboles otrora amansados han brotado espinas; los lobos, zorros y liebres, que ante la presencia del hombre habían huido, han vuelto triunfantes. Tierra, árboles y animales han respirado al recobrar su libertad; ya no conocerán la amenaza del monstruo bípedo efímero, cuya aparición duró un instante, y que, habiendo trocado la ley eterna de las cosas, después desapareció.

Y he aquí que retornaba nuevamente este animal perpetuamente agitado. Para espiarlo, las bestias salvajes se escondieron detrás de las elevadas rocas. Apenas amanecido, hombres, mujeres y niños salieron de las grutas, descubrieron el agua que destilaba de las rocas, se abajaron a ella, dispusieron unas piedras y encendieron fuego. Los hombres se empinaron sobre la punta de los pies y miraron a lo lejos: abajo, en la llanura, se alzaba la aldea próspera de Licovrisí. Alrededor serpenteaban las colinas con sus olivares, higueras y viñas. Más a lo lejos, la apacible montaña de la Virgen, de un verde dorado, con ricos rebaños de ovejas y cabras. Y más lejos aún allá en alto, cortaban el cielo montañas rosas y azules.

El pope Fotis se santiguó:

—Hijos —dijo— mirad la aurora, tenemos mucho trabajo hoy; acercaos en torno de mí, clamemos a Dios todos juntos para que escuche nuestra plegaria.

Los viejos y las viejas se arrastraron alrededor del pope Fotis, erguido sobre una roca; las mujeres acudieron con sus niños; detrás de ellas, andando pesadamente, agachada la cabeza plena de preocupaciones, llegaron los hombres. Andrajosos, de mejillas enjutas por la fatiga y el hambre, descalzas, sin abrigo, en medio de esas piedras inhóspitas y de esos raros árboles sin fruto... Se podría esperar súplicas y lágrimas, manos mendicantes tendidas al cielo; mas por el contrario, de esos pechos se elevaba alegre y pletórico el himno triunfal de la iglesia bizantina que en toda la montaña resonaba:

¡Salva a tu pueblo, Señor, bendice a tus herederos,
concédenos victorias contra los bárbaros!...

Llevando el compás con los brazos, el pope dirigía las voces sobre las que sobresalía la suya profunda y marcial.

Las cabezas inclinadas se alzaron, las mujeres se desabrocharon el corpiño y dieron el pecho a sus nenes, en tanto otras se agrupaban o echaban ramas en las fogatas donde colocaron los calderos.

—Hijos míos —gritó el pope Fotis—, es aquí, en esta montaña escarpada donde, con la ayuda de Dios, vamos a echar raíces. Ya hace tres meses que caminamos; los niños y las mujeres están agotados; los hombres han conocido la vergüenza de mendigar. El hombre es semejante al árbol; necesita tierra. ¡Aquí es donde vamos a echar raíces! He visto en sueños esta noche a San Jorge, nuestro patrón, exactamente tal como está pintado en nuestro estandarte: Un joven rubio, hermoso como la primavera, cabalgando caballo blanco, y en la grupa, detrás del santo, la hermosa princesa que San Jorge salvó del monstruo de la fuente; ella le tendía una jarra de oro que vertía para que

bebiera... ¿Quién es esa bella princesa, hijos míos? Es el alma de Grecia, ¡nuestra propia alma! San Jorge nos ha subido a su grupa y nos ha conducido acá, a esta montaña donde nos encontramos. Esta noche lo he visto en sueños, ha extendido el brazo y ha depositado en mi mano la simiente de una aldea —pequeña, pequeñísima aldehuela en mi palma, con su iglesia, su escuela, sus casas, sus huertos, y me ha dicho: «¡Plántala!»

De la muchedumbre surgió un murmullo, un rumor como el del viento entre las cañas. Y cuando el pope Fotis abrió la mano, muchas mujeres vieron en ella, una minúscula aldea, semejante a un huevo que se hubiese puesto a incubar al sol.

—Aquí —prosiguió el pope Fotis abrazando la montaña con los brazos abiertos—, entre estas piedras y estas grutas, esta escasa agua, bajo estos raquíticos árboles silvestres, aquí es donde vamos a plantar la simiente que me ha confiado San Jorge, el caballero. Ánimo, hijos, levantaos y seguidme. ¡Éste es un gran día, plantamos nuestra nueva aldea! Levántate, padre Panagos, échate a las espaldas la bolsa de tus queridos huesos, ¡en marcha!

El abuelo centenario levantó la cabeza desecada y sus ojillos de acero se iluminaron:

—Hijos míos —díjoles—, yo he visto tres veces plantar y arrancar de cuajo los pueblos. La primera vez fue la peste que los estragó, la segunda, un terremoto, y la tercera, ésta, el turco. Pero tres veces también yo he visto al hombre sembrar esta semilla, ya en el mismo lugar, ya más lejos. Un pope daba la bendición, los albañiles comenzaban a construir, se cavaba la tierra, los hombres tomaban mujer, y en el año, ¡qué alegría reinaba entonces, muchachos! las espigas brotaban de la tierra, el humo se elevaba de las chimeneas, los vagidos de los recién nacidos se oían: ¡la aldea renacía!, y esto acontecerá ahora de nuevo.

—¡Bravo, padre Panagos! —gritaron los hombres con la sonrisa en los labios—. Abuelo, tú has vencido al mismo Caronte. ¿No eres tú el Dragón que ha vencido a la muerte?

—Con seguridad, soy yo —replicó el viejo—, ¡soy yo el Dragón!

Durante ese diálogo, el pope Fotis, una vez puesta la estola y confeccionado un hisopo con ramitas de timo, llenó con agua una calabaza, y llamó y colocó en fila a su alrededor a cinco o seis muchachitos a quienes les había enseñado a salmodiar y a cantar los responsos.

Toda la muchedumbre se levantó y se agrupó detrás del que hacía de jefe; los hombres a la derecha, las mujeres a la izquierda. Por encima de ellos, el sol, atleta infatigable y testarudo, escalaba el firmamento para cumplir una vez más su exploración siempre renovada.

—¡En el nombre de Cristo, hijos míos —gritó el pope Fotis—, en el nombre de Cristo y de la patria! Nuestra aldea ha sido arrasada, nuestra aldea se levanta de nuevo; ¡las raíces de nuestra raza son inmortales! ¿Cómo os lo diría, hermanos? Porque soy hombre, me alegro cuando me acontece alguna felicidad, ¡pero me regocijo aún más cuando llega la hora difícil! Entonces me digo: ahora es, pope Fotis, cuando vas a mostrar si eres un hombre de verdad o un mandria.

Hombres y mujeres se rieron. En ese instante solemne esas palabras viriles, plenas de buen humor, distendieron los pesados corazones. Un duro combatiente surgiendo del arcano de los tiempos se levantó en cada pecho, contempló las piedras, los árboles estériles, las bocas hambrientas y se dispuso para la batalla.

—¡Seguidme todos juntos, hijitos, quiero trazar los límites del pueblo! —gritó el pope hundiendo el hisopo en el agua que había bendecido—. ¡En el nombre de Cristo! ¡En el nombre de Cristo! El coloso elevó el estandarte de San Jorge, los hombres cogieron las herramientas, layas, picos, palas; los viejos llevaban los iconos y el abuelo centenario se puso a la cabeza con el saco de huesos a la espalda. Dos o tres perros que los habían acompañado, los siguieron también ladrando alegremente. Se armó un gran ruido. En aquel momento resonó una trompeta al pie de la montaña, pero nadie la oyó.

El pope mojaba el hisopo en agua bendita, asperjaba con amplio gesto las piedras, los matorrales, los algarrobos, como si trazase así en el aire los confines del pueblo. Era la primera vez que ponía los cimientos de un pueblo, por lo que improvisaba las plegarias con corazón desbordante.

—¡Señor, Señor, trazo con agua bendita los límites de nuestra aldea! ¡Que el turco no penetre en ella, que la peste no entre, que ningún temblor de tierra la derrumbe! La dotaremos de cuatro puertas fortificadas, ¡poned, Vos, Señor, cuatro ángeles que las guarden! Se detuvo, asperjó en cruz

una gran piedra y, volviéndose hacia sus compañeros:

—Aquí, al este —les dijo—, pondremos una de las puertas del pueblo; ¡será la puerta de Cristo!

Levantó los brazos al cielo:

—¡Ésta es tu puerta, Señor! Por aquí es por donde entrarás cuando te dignes oír nuestro clamor y descender a la tierra en la hora del peligro. Porque somos hombres, y ves que tenemos alma y voz ¡gritaremos! Si acontece que decimos alguna palabra de más, no te enfades; somos hombres, criaturas atormentadas y tenemos muchas preocupaciones; hay momentos en que el corazón, al no poder más, estalla, lanza una insolencia y se alivia. La vida es una pesada carga, ¡Señor, si tú no estuvieras aquí, todos, hombres y mujeres, nos tomaríamos de la mano y nos tiraríamos al precipicio para de una vez acabar. Pero tú existes, tú, alegría, consolación, protección de los oprimidos, ¡Dios nuestro! He aquí tu puerta, ¡entra!

Se dirigieron hacia el sur. De nuevo se marcó en los aires los límites. El pope salmodiaba, y en torno de su voz grave gorjeaban, como golondrinas, las voces aflautadas de los niños.

Delante de una concavidad rocosa llena de límpida agua, el pope se detuvo:

—Aquí —dijo—, abriremos la puerta de la Virgen, ¡protectora del género humano! ¡Haced una señal! Y tendiendo los brazos:

—¡Virgen y Madre! —clamó— Rosa que no puede marchitarse, espino florido que enlaza la encina silvestre, a nuestro Dios, nosotros somos gente buena, perseguida, ¡escucha nuestro clamor! Tú estás sentada aquí, en la tierra, cerca de nosotros; tu regazo es un nido muelle donde se acurrucan los mortales. Tú eres Madre, tú sabes lo que eso significa: suspiros, hambre y muerte. Tú eres mujer, tú sabes lo que significa: paciencia y amor. Señora Nuestra, inclínate sobre nuestro pueblo, da a las mujeres paciencia y amor para que resistan en este combate de todos los días y para que soporten sin recriminar a los padres, hermanos y maridos, a sus niños y los tormentos de la casa. Da a los hombres la fuerza para que trabajen y no se desesperen jamás, para que al morir dejen tras si una casa llena de hijos y de nietos. ¡Concédenos, Señora Nuestra, a los ancianos y ancianas un fin dulce y cristiano! He aquí tu puerta, Señora Nuestra y Guardiana, ¡entrad!

En este momento, un borriquillo cargado apareció detrás de la procesión, pero nadie lo advirtió. Se detuvo bruscamente todo sorprendido y volvió sus ojazos aterciopelados hacia su compañero para preguntarle qué debía hacer. Sin aliento, bañado de sudor, maldiciendo al sol y a las piedras, Yannakos apareció detrás del asno.

Se detuvo también él estupefacto como su Yusufaki, había oído los cantos, las palabras del pope y miraba a su alrededor atontado. «He aquí la puerta, dice el pope...» ¿Dónde ves una puerta? ¿Qué aldea es la que van a construir? ¿Con qué? ¿Con el aire? ¿En el aire? Música celestial entonces; ¡están reventando de hambre y mira que hablan de construir aldeas! No pueden sostenerse de pie y nos entonan salmos guerreros, «*Concédenos victorias contra los bárbaros*...». Divina misericordia, ¡pero están locos!

Ató el asno a una encina achaparrada y fue a tomar parte él también en la procesión, en silencio y sin que nadie lo viera. Con los ojos desmesuradamente abiertos y todo oídos, no sabía todavía si debía echarse a reír o a llorar. Seguía a los otros y miraba al pope lanzar golpes de hisopo y trazar límites con una seguridad que causaba estupefacción, o como si viese ya en el aire las futuras calles, las casas, la iglesia, la residencia de los notables.

El anciano centenario se detuvo por tercera vez en un lugar opuesto a la Puerta de Cristo, cara al oeste, y señaló una gran roca que había hendido un peral silvestre cubierto de flores.

—¡Aquí construiremos —dijo— la Puerta de San Jorge el Trabajador! Aquel que, como nosotros obreros, se inclina y cultiva la tierra, que conduce a pastar a las cabras y las ovejas, unce los bueyes, poda e injerta los árboles. Porque San Jorge no es solamente un noble guerrero, sino que es también un trabajador. Nosotros depositamos nuestra confianza en tu poder, ¡santo Patrón de nuestra aldea! Haz que nuestros chivitos y corderos prosperen, que nos proporcionen leche para nuestros niños; que nos den carne para nuestros cuerpos, que ayuden a sostener nuestra alma; que nos den lana ¡para que la nieve no dé cuenta de nosotros! Bendice, San Jorge, a todas las criaturas que aman y sirven al hombre: a los bueyes, burros, perros, gallinas, conejos... Inclínate sobre la tierra y bendícela también. Nosotros arrojaremos la semilla en su seno, tú, en cambio, harás que caiga la

lluvia cuando sea necesario, para que esta semilla germine... Tierra, hombres, santos, todos juntos formaremos un solo ejército con Dios a la cabeza ¡mostrándonos el camino! San Jorge, ésta es tu aldea y he aquí tu puerta. La queremos alta para que puedas pasar con tu caballo. ¡Entrad!

Yannakos escuchaba con la boca abierta. Se frotaba los ojos y miraba a su alrededor. Solamente rocas y zarzas, retamas y tomillo... Dos cuervos temerosos se elevaron de un algarrobo a todo vuelo graznando lúgubremente.

«¿Qué seres son éstos? —se preguntaba con terror— ¿hombres, bestias salvajes o santos?» Contemplaba a los hombres de bigotes caídos, a las mujeres de pesadas trenzas y anchas caderas. «Pero si son locos rematados, ¡Señor!»

Al norte, frente a la puerta de la Virgen, el pope se detuvo otra vez, delante de un muro en ruinas invadido por hierbas. Blandió el hisopo, bendijo tres veces las piedras, suspiró y se volvió hacia sus compañeros:

—Aquí —dijo con voz temblorosa aquí construiremos, hermanos míos, la puerta de nuestro último rey bizantino, ¡Constantino el Paleólogo! Por aquí es por donde un día, seguramente, entrará, bañado en sudor, el mensajero que nos anunciará: «¡Hermanos, nuevamente Constantino está con nosotros!»

Los asistentes quedaron trastornados; lanzaron gritos salvajes; se volvieron todos hacia el norte extasiados, con la mirada en lontananza hacia la ciudad santa, Constantinopla: veían ya avanzar al mensajero transportado por el aire.

—¡Padre Panagos —le llamó el pope—, acércate, deposita el saco en la puerta del rey Paleólogo!

Después, dirigiéndose a los hombres de las herramientas:

—¡Cavad!

Aquellos, a grandes paladas, abrieron una fosa ancha, bastante profunda como para que cupiera un hombre de pie. El abuelo descendió a ella. Uno a uno sacó de la bolsa los huesos, cráneos, tibias, costillas que apiló en la fosa religiosamente y en silencio. El pope Fotis asperjó los huesos con el resto de agua bendita, después arrojó el hisopo en la fosa y exclamó:

—Padres, un poco de paciencia todavía; no os hagáis polvo; ¡ved al mensajero que llega!

Yannakos se enjugó los ojos. Algo le apretaba la garganta.

—Sal, ahora, padre Panagos —le ordenó el pope—, sal, vamos a llenar la fosa.

Dos jóvenes acudieron para encaramarlo arriba.

—Dejadme, mozos —imploró el anciano—, estoy bien aquí. ¿Por qué queréis que coma el pan al que no tengo derecho? Ya no puedo trabajar, ya no puedo engendrar hijos, no sirvo para nada, ¡dejadme! —Padre Panagos —díjole el pope severamente—, no te ha llegado la hora todavía, no tengas prisa.

—Padre mío —respondió el abuelo suplicante—, déjame aquí. Estoy bien. He oído decir que si los cimientos de un nuevo pueblo no se marcan con un ser humano, ¡la aldea se derrumba! ¿Dónde encontrar una muerte más hermosa? Rellenad la fosa.

—Eso no es posible —protestó el pope—. Dios te ha dado la vida, sólo Él te la tomará, nosotros no tenemos ese derecho padre Panagos… ¡Alzadle, hijos míos! Los dos muchachotes se inclinaron, tendieron las manos para remontarlo; pero el viejo se había ya acostado boca abajo encima de los huesos y gritaba:

—Dejadme, muchachos, dejadme, estoy bien aquí.

Yannakos ya no pudo contenerse, se inclinó hacia la fosa y vio al viejo: Se había vuelto y permanecía ahora inmóvil cara a la luz. Sonreía dichoso:

—Estoy bien aquí... estoy bien aquí... —murmuraba, con los brazos cruzados sobre el pecho.

La apretada garganta de Yannakos se desató y se oyó un sollozo.

El pope se volvió, vio a Yannakos y lo reconoció.

—Haced sitio, hijos míos —les gritó—, ved a un valiente de Licovrisí que ha venido para vernos e infundirnos valor en nuestra desdicha, ¡saludadle, hermanos! ¡Es uno de aquellos cuatro bienhechores nuestros de los serones de la primera noche! Se acordó de su nombre:

—¡Bienvenido seas, Yannakos! —díjole dándole la mano con emoción—. Por amor hacia ti y a tus camaradas Dios no lanzará sus rayos contra Licovrisí.

Yannakos no pudo contenerse más tiempo; estalló en sollozos.

—¿Por qué lloras, hijo mío? —preguntó el pope estrechándolo entre susbrazos.

—¡He pecado, padre, he pecado!

—¡Ven conmigo! Le tomó del brazo y se alejaron un poco.

—¿Por qué lloras? ¿Qué te preocupa? Dime tu pena, hijo mío. ¡Tú eres uno de los fundadores de nuestra aldea! —díjole designando con los brazos extendidos la aldea futura.

A Yannakos se le doblaron las piernas y se desplomó sobre una piedra; el pope de pie, le miraba inquieto.

—¿Quieres algo? —le preguntó—. ¿Has hecho algo? ¡No llores!

—¡He pecado, padre mío, quiero confesarlo todo!

Y se puso a contar, con palabras precipitadas, casi sin resuello, por qué había ascendido al Sarakina, el compromiso que había contraído con el tío Ladas y la historia de las tres monedas de oro que había recibido a cuenta...

El pope le escuchaba atentamente sin decir nada; Yannakos lo miraba espantado.

—¿En qué piensas, padre mío? —le preguntó al fin con voz temblorosa.

—Pienso, hijo mío, en que el hombre es una bestia, una bestia feroz... No llores; pienso también en que Dios es grande.

—Peor que una bestia... —murmuró Yannakos escupiendo de repente como si le hubiesen venido náuseas—; un gusano pegajoso, ¿qué es el hombre? un sucio gusano de porquería, innoble... No me toques, padre, ¿no estás asqueado? El pope callaba; retiró la mano, bajó la vista y suspiró.

Yannakos de un salto se levantó de la piedra en que se había dejado caer, metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó las tres piezas de oro.

—Padre mío, tengo que pedirte una gracia; toma estas tres libras, compra algunos corderos para la aldea; para los niños que tienen necesidad de leche... Y, si puedes, impón tu mano sobre mi cabeza y perdóname.

El pope permaneció inmóvil.

—Si no las coges mi alma no tendrá punto de reposo.

Y al cabo de un momento:

—Has dicho que el hombre es una bestia feroz; amánsala, padre mío; una buena palabra, basta. En este momento mi rescate está pendiente de tus labios.

El pope se echó en los brazos de Yannakos y se puso él también a llorar.

—¿Lloras por mí —gritó Yannakos—, por mí lloras?

—Por ti y por mí y por el mundo entero, hijo mío —murmuró el pope enjugándose las lágrimas.

Y besó a Yannakos en los ojos y posó su mano en aquellos cabellos grisáceos y crespos.

—¡Perdonado seas, Yannakos! Pedro también por tres veces negó a Cristo, y tres veces las lágrimas le salvaron. Es espléndido el bautismo de las lágrimas, hijo mío... Yo cojo este oro del pecado que tú me das; tu crimen se trocará en leche para mis hijitos hambrientos. ¡Te bendigo, Yannakos!

Yannakos cayó de hinojos delante del pope y quiso besarle los pies; pero éste se inclinó apresuradamente y lo alzó.

—¡No, no, que nos ven —díjole— ya vienen! —Padre, padre —clamaban voces espantadas.

—¿Qué pasa, hijos míos? —preguntó el pope inquieto.

—El viejo Panagos ha entregado su alma al Señor, padre; cuando le hemos querido sacar de la fosa, ¡estaba muerto!

El pope se santiguó.

—Que Dios le perdone —dijo—. Ha muerto dichoso, vedle entrar en los cimientos de nuestra aldea... Dios quiera que nosotros también, hijos míos, tengamos un fin semejante... Voy a darle mi bendición —añadió dirigiéndose a Yannakos:

—Vamos, hijo mío, ve, nada temas, ¡Cristo está contigo!

Yannakos se inclinó, besó la mano al pope y partió a encontrarse con su burro.

Volaba de gozo, saltando de piedra en piedra como un mozo de veinte años. Sentía agitarse sus espaldas como si le empujasen alas.

—Al diablo el viejo Ladas —murmuró—, al diablo su oro; yo me siento ligero como un pájaro.

Acarició al borrico que le esperaba pacientemente a la sombra de una encina y lo desató tarareando.

—Vámonos de aquí, Yusufaki —le dijo—, nuestros asuntos han tenido éxito, ¡bendito sea Dios! Al volverse, vio las rocas salvajes, las grutas sombrías, los hombres enjutos que rodeaban la fosa del abuelo, bajo la futura puerta del rey Paleólogo y escuchaban el oficio de difuntos signándose.

—¡Dios ha concedido un cuerpo como cimiento a nuestra aldea! —murmuró—; en cuanto a mí he puesto tres libras en los cimientos.

Y empezó el descenso cantando.

—Has dicho, y es verdad, que el hombre es una bestia salvaje —decíase—. Sí, pero hace lo que quiere. Toma el camino que quiere. La puerta del infierno y la del paraíso se tocan, y el hombre entra por la que quiere. El diablo, en cambio, no puede entrar sino al infierno y el ángel al paraíso; mientras que el hombre, ¡adonde quiere!

Y se echó a reír. Luego, entonó una antigua canción que había olvidado desde Dios sabe cuando, y ahora se le escapaba de los labios:

Yo hoy hijo del rayo y nieto del trueno
¡A mi placer hago fulgurar el relámpago, resonar el trueno,
Caer la nieve!

Al pie de la montaña se detuvo:

—Tengo hambre, voy a comer un poco. Yusufaki tiene también hambre. Voy a recoger hierba fresca, para que no sienta envidia cuando me vea comer. Tomaremos un bocado juntos, uno junto al otro, como hermanos.

Dio algunos pasos, recogió algunos cardos, saltó por encima de un seto y cortó algunas hojas de col, hizo con todo una brazada y se lo llevó a su compañero.

—Hala, come, Yusufaki, mío, yo voy a hacer otro tanto. ¡Buen provecho!

Abrió el morral y sacó de él pan, aceitunas y una cebolla y se puso a masticar lenta y plácidamente, como un conejo.

—Aunque rústico es bueno este pan, este sagrado pan, —murmuró—. Es como si comiese pan por primera vez. Pero no es pan, es el cantero; esto penetra derechamente en los huesos y los fortifica.

Sacó del morral la calabaza en la que había grabado con una navaja un águila de dos cabezas. Se la llevó a la boca y se oyó un alegre glu-glu.

—Se diría que es la primera vez que bebo vino —dijo—. ¡Cómo baja, el animal, en línea recta al corazón para alegrarlo! Valiente idea ha tenido el buen Dios, cuando hizo las viñas y los racimos y bendito sea el hombre que ha encontrado la vuelta para prensar los racimos y sacar el vino... Vamos, ¡un trago más!

Ajustó de nuevo la calabaza a su boca y cerró los ojos.

—¡Buen provecho te haga, Yannakos! —exclamó en ese momento una voz fresca.

Yannakos abrió los ojos y vio delante de sí a Katerina transportando un grueso bulto en sus espaldas; detrás de ella, venía su cordera, con una cinta roja en el cuello.

—¡Cómo, Katerina! —exclamó Yannakos— ¿qué se te ha perdido por aquí? ¿Adónde conduces tu cordera? ¿Vas a venderla?

—Sí —respondió la viuda riéndose.

—Ven, siéntate un poco para comer un bocado y beber un trago. Justamente el pope Fotis buscaba ahora mismo quien le vendiese una oveja para dar leche a sus pequeñuelos... ¡Dios te envía!

La viuda se sentó en la tierra; con su pañolón negro se enjugó el sudor del rostro y cuello. Sus ojos centelleaban de alegría.

—¡Qué calor! —dijo—, Ya llega el verano, Yannakos.

—Come un trozo —insistió Yannakos, cortando una tajada de pan y ofreciéndole aceitunas—.

¿Quieres una cebolla?

—No, no como cebollas —respondió la viuda, tomando el pan y las aceitunas.

—Para que no huela mal la boca, ¡eh, bribona! —díjole Yannakos riendo.

—Sí —confirmó ella con voz repentinamente alterada—. Ya ves, vecino, nosotras tenemos que oler siempre a jabón y a lavanda...

Y ya no quiso el pan ni las aceitunas.

—Ya no siento apetito; dispénsame...

Yannakos avergonzado tragó saliva.

—Tú eres quien ha de perdonarme, Katerina —balbuceó—, soy un burro.

La viuda arrancó una mata de hierba y se la llevó a los labios sin proferir palabra.

Permanecieron por un momento silenciosos, Yannakos tampoco ya sentía deseos de comer; cerró el morral.

—¿Qué tienes en el talego, Katerina? —preguntó Yannakos—, para romper el silencio embarazoso.

—Algunos vestidos para los niños.

—¿Se los vas a regalar?

—Sí.

—¿Y la cordera?

—También la cordera; para que tengan leche.

Yannakos confundido agachó la cabeza. Como si ella quisiera justificarse, al cabo de un momento, añadió:

—Tú lo comprendes, vecino, yo no he tenido hijos y me parece que todos los niños del mundo son míos.

Yannakos sintió que se le anudaba la garganta.

—Katerina —díjole con voz entrecortada—, siento deseos de tirarme a tus pies y besártelos.

—Patriarqueas, ese viejo verde —le atajó la viuda—, me hizo ir anteayer y me dijo que el Consejo de Notables había decidido que yo haría de María Magdalena, el año próximo. He oído hablar de quién era María Magdalena. Mira cómo he llegado a ser la María Magdalena del pueblo. Cuando él me lo dijo sentí vergüenza, pero ahora, Yannakos, ni pizca. Si encontrase a Cristo y si yo tuviese un frasco de agua de lavanda, lo vaciaría para lavarle los pies, luego, los secaría con mis cabellos... Creo que es lo que haría; permanecería al lado de la Santísima Virgen sin sentir vergüenza. Ella tampoco tendría vergüenza de verme a su lado.. ¿Has comprendido algo de lo que te acabo de decir, Yannakos?

—He comprendido, Katerina, he comprendido... —respondió Yannakos, con lágrimas en los ojos—. Desde esta mañana he comenzado a comprender, Katerina.

Y añadió:

—Yo soy mayor pecador que tú, Katerina, por eso te comprendo. Antes robaba un poco, mentía otro poco, cosas de nada, pequeñas minucias... Esta mañana he sido un malvado... Pero ahora...

Se calló. Su corazón tenía alas; asió la calabaza:

—A tu salud, Katerina —dijo—; te he entristecido, perdóname. Un burro no puede hacer más que burradas.

Después de haber bebido, limpió con esmero el borde de la calabaza.

—Bebe tú también, Katerina, para estar seguro de que me has perdonado.

—A tu salud, Yannakos —dijo la viuda, echándose al coleto un trago.

Después de limpiarse la boca, se levantó.

—Me voy —dijo—; la cordera se impacienta, bala, parece que se queja. No la he ordeñado, pobrecilla, para que ellos lo hagan allá.

—¿No la echarás de menos, Katerina? Yo sé que tú la quieres.

—Si tú dieras tu burro, ¿no lo echarías de menos? Yannakos tembló:

—No me digas eso, vecina, destrozas mi corazón.

—A mí también se me parte el corazón, Yannakos. Hasta luego, que sigas bien.

Ella dudó por un momento:

—¿Verás a Manolios? —aventuró al fin.

—Voy a hacer el recorrido de las aldeas. Cuando vuelva pienso hacer un rodeo para verlo... ¿Quieres que le diga algo? La viuda se había echado el talego a la espalda y tiraba con fuerza de la cordera que se resistía.

—No —respondió— nada.

Y comenzó a subir hacia el Sarakina.

Entre tanto Manolios había llegado a lo alto de la montaña. Los perros que lo olfatearon de lejos acudieron moviendo la cola, seguidos de Nikolio, el pastorcillo de orejas puntiagudas, completamente quemado por el sol; saltaba como un cabrito de roca en roca para llegar pronto a su encuentro. Había crecido en la montaña entre cabras y corderos. Era un salvaje moreno, poco hablador, pero en cambio balaba con las ovejas y los carneros. Sus cabellos rizados, empastados por la resina y la grasa, se ensortijaban formándole dos cuernitos puntiagudos. Tenía sus buenos quince años y miraba a las ovejas con ojos torvos de carnero.

Cuando llegaron al aprisco, Nikolio puso sobre el banco pan, queso y carne asada.

—Come —le dijo.

—No tengo hambre, viejo, come tú, Nikolio.

—¿Por qué no tienes hambre?

—¡Qué sé yo!

—Te ha hecho daño la gente de abajo.

—Sí.

—¿Por qué has ido?

Manolios no respondió. Se echó en su lecho de paja y cerró los ojos. Es verdad, ¿por qué había ido? Hasta ahora bajaba a la aldea todos los domingos muy de mañana; oía misa, tomaba el pan bendito y volvía de prisa a la montaña; se ahogaba abajo en la llanura. Cuando miraba a las mujeres se convertía en un salvaje; al pasar delante del café donde los hombres bebían y jugaban a las cartas, el tufo de tabaco y de los narguiles se le agarraba a la garganta; por eso cruzaba lo más de prisa para respirar aire puro. Y ahora...

Se acordaba de Lenio, de sus ojos traviesos, de su risa, de su voz hechicera, y sobre todo de sus senos que aprisionaba el corpiño rosa hasta casi reventarlo. Se sentó en el jergón; tenía mucho calor, se quitó la camisa que estaba bañada en sudor.

—Es preciso que tenga paciencia —se decía—, que permanezca puro, sin tocar a ninguna mujer. Tendré que rendir cuentas; este cuerpo ya no es mío, ahora es de Cristo.

La imagen de Cristo surgió en su espíritu, tal como la había contemplado cuando llegó al monasterio en un cuadro de la capilla; larga túnica azul, descalzo, pisando tan suavemente la tierra que las briznas de hierba ni aun se curvaban. Delgado, diáfano, imponderable como una niebla. De sus manos, pies y pecho descubierto manaba un tenue hilo de sangre rosa... Una joven de cabellos dorados flotantes sobre la espalda se abalanzó para tocarle; mas Él austero elevaba la mano para impedirlo. De su boca se escapaba, desplegándose, una guirnalda de palabras; Manolios las leía, pero no atinaba a descifrar el sentido. Preguntó a su superior: «¿Qué es lo que dice Cristo, padre mío?» Aquél le respondió: «Mujer, no me toques». «¿Quién es esa mujer, padre?» «María Magdalena».

«No me toques, mujer», Manolios cerró los ojos. Bruscamente vio a Katerina, la viuda, a quien al sacudir la cabellera se le caía la pañoleta negra; sus rubios cabellos se deslizaron hasta sus rodillas, cubriendo su desnudez. Después un golpe de viento removió los cabellos y aparecieron dos senos redondos y duros.

—¡Socorro! —gritó Manolios incorporándose en el lecho.

El pastorcillo estaba comiendo sin conseguir saciarse. Con la boca llena, se volvió, impasible:

—¿Sueñas, patrón? ¿Te perseguían? A mí también, en mis sueños, me persiguen. ¡Vamos! Los sueños son mentiras, no seas idiota, ¡duerme!

—Enciende fuego, Nikolio, tengo frío...

—¡Pero si hace un calor que aplana! —protestó el pastorcillo que no podía apartarse del pan ni de la carne.

—Siento frío... —replicó Manolios castañeteando los dientes.

El joven pastor se levantó sin dejar de masticar; renegando, fue y cogió leña de un rincón, la colocó con algunas ramas en el hogar y prendió el fuego; habiéndose acercado a Manolios le miró atentamente y agachó la cabeza:

—Te han echado mal de ojo, patrón —díjole y volvió a comer glotonamente.

Manolios se arrastró hasta un rincón de la cabaña, se envolvió en una manta y se acurrucó. Miraba cómo el fuego devoraba la madera —Lenio, María Magdalena, Cristo pasaban danzando entre las llamas, se acercaban entre sí, se separaban, se volvían a encontrar... De repente, las llamas desaparecieron, se dispersaron entre la humarada, y Manolios no veía más que a Cristo crucificado en medio de la hoguera. Lo veía distintamente: el rostro pálido inclinado sobre el pecho, dos manos clavadas en trozos de madera incandescente. La llama danzaba un poco y Cristo se animaba; surgía de las cenizas, se achicaba, se crispaba, se elevaba, y por último desaparecía entre el humo.

Manolios fatigado dejó caer la cabeza entre las rodillas, y el sueño se apoderó de él. Sueño pesado, pegajoso; y así durante toda la noche se debatió para rechazarlo. Se veía atrapado en medio de algas viscosas y de serpientes de agua, y a la aurora, una cascada de cabellos rubios caía saltarina y lo envolvía. «¡Socorro!» gritaba, ahogándose. Siempre durmiendo, sin poder zafarse del sueño, se veía ahora nadando de espaldas a merced de un río, y gimiendo.

Dos o tres veces, los gritos desgarradores de Manolios habían despertado al joven pastorcillo.

—Sueña ahora que lo persiguen, pobrecillo... —murmuró, y volviéndose del otro lado tornó a dormirse.

Al amanecer, Manolios abrió los ojos y vio por el tragaluz el cielo lechoso; en seguida se signó ampliamente.

—Dios sea bendito —murmuró a media voz—, se acabó la noche; ¡por fin me he salvado!

Le dolían las articulaciones, los ojos enrojecidos le quemaban, y tiritaba. El fuego se había apagado. Tenía sed. Sintió deseos de leche caliente, pero Nikolio se había ya ido a apacentar los corderos, y no tenía ganas de levantarse. Miró a su alrededor, como si viese por vez primera los instrumentos de trabajo: calderos, cubos para ordeñar, cucharas de madera colgadas en la pared, labradas y esculpidas por sus propias manos con arte delicado. Aun siendo muchachito, en cuanto encontraba un pedazo de madera, cogía la navaja y se ejercitaba en grabar en ella cipreses y pájaros; luego, había comenzado a grabar mujeres; seguidamente fueron hombres a caballo; en fin, cuando fue al monasterio grabó santos y crucifijos...

—Tú, pequeño —le había dicho un día un monje al pasar por el aprisco—, tú no debieras ser pastor. Hubieras debido ser monje, nosotros te habríamos dado madera y tallarías iconos...

El sol atravesaba ya el tragaluz. Manolios fue a sentarse donde caían los rayos para despabilarse. A medida que se iba calentando al sol, revivía los sueños de la noche, sobre todo aquel río de cabellos dorados, y se estremeció.

—Señor, Jesús mío —murmuró—, ¡No me dejes caer en la tentación!

Un poco calmado, se levantó, encendió fuego, puso en un cacharro un poco de leche, la calentó y se la bebió. Esto le dio fuerzas. Salió y se sentó en el banco de piedra del cerco. El sol estaba ya bastante alto en el cielo; el mundo se despertaba; la montaña toda resplandecía, En lontananza, oía a Nikolio arrear las ovejas.

—Ahora estoy bien —murmuró—. La noche trae la tentación, ya el sol ha salido, ¡bendito sea Dios! Paseando la mirada a su alrededor, distinguió cerca del umbral un leño cortado a un tronco de boj. Su corazón le saltó de alegría. Se inclinó, lo recogió, lo colocó entre las rodillas y lo acarició. Era grueso y redondo como una cabeza. Las venas se veían sinuosas, ramificadas, parecidas a las de una cabeza humana.

Manolios sentía comezones que le hacían cosquillas en la punta de los dedos. Se levantó bruscamente, entró en la cabaña, cogió una pequeña sierra, un formón y una lima. Habiendo bosquejado el signo de la cruz, besó la madera y comenzó a trabajar.

El sol había ya llegado a su cenit, y Manolios seguía manipulando, encorvado, teniendo el

pedazo de madera asido contra el pecho. Se había olvidado completamente de la fatiga, el ventarrón había barrido con todo, tanto en el cielo como en la tierra, y también todas las tentaciones se habían esparcido a los cuatro vientos.

Reconcentrado en la madera que tallaba, Manolios la miraba en el interior de sí mismo. Toda su alma se convertía en un ojo que contemplaba en el fondo de su corazón un rostro tranquilo, todo bondad, silencio y aflicción. Manolios luchaba por reproducir, fielmente como lo veía en sí mismo, las mejillas hundidas, los ojos dolorosos, la ancha frente, de la que manaban gruesas gotas de sangre... Una llaga en el entrecejo, que no tenía ninguno de los iconos vistos por Manolios.

El sudor le bañaba la frente. Se hirió los dedos con el formón, y la sangre tiñó la madera; pero Manolios no interrumpió su labor. Antes que se desvaneciese la santa faz en su interior, se activaba por copiarla y trasladarla a la madera.

Mientras que tallaba febrilmente, dos mujeres aparecieron por el sendero; una joven a la que seguía una vieja con el rostro envuelto en una pañoleta. La joven al ver a Manolios se volvió hacia su compañera y se llevó el índice a los labios: las dos se acercaron en silencio, picadas por la curiosidad de lo que podría estar haciendo Manolios. En ese momento, la vieja tropezó con una piedra que rodó; pero Manolios, tan absorbido estaba, que nada oyó.

La joven no pudiéndose contener apretó el paso y tocó a Manolios en la espalda.

—¡Hola, Manolios! —le gritó.

Manolios se sobresaltó; la santa faz inmediatamente desapareció en su interior; trastornado, se apoyó en el
muro, con la cabeza echada hacia atrás.

—¿Qué tienes, Manolios, por qué me miras huraño y asustado como si vieras a un fantasma? Soy yo, Lenio, tu novia y aquí está también tu tía Mandalenia, que ha venido para deshechizarte.

Manolios la miró espantado.

—¿Qué queréis? —preguntó al fin, volviendo al revés la madera que estaba tallando.

La vieja se disponía ya a responder, pero Lenio la rechazó.

—Déjanos, tía Mandalenia, ve a recoger las hierbas que necesitas; déjanos solos, pues tengo que hablarle.

La vieja se fue rezongando a recoger las plantas. Lenio se deslizó sobre el banco de piedra hasta ponerse al lado de su novio.

—Manolios —díjole dulcemente, cogiéndole la mano—, vuelve la vista, mírame. ¿No quieres saber nada de mí, ya no me amas?

—Te amo —respondió tranquilamente Manolios.

—¿Cuándo vamos a casarnos?

Manolios se calló, ¡Dios mío, cuán lejos de sus pensamientos en ese momento estaba el casamiento!

—¿Por qué no contestas? El patrón me ha contado todo.

—No habría deseado que vinieras —dijo Manolios levantándose.

—¿Es que era necesario, pequeño, pedirte permiso? —gritó Lenio con el rostro encendido—. Todavía no eres mi marido; soy libre.

Ella se levantó y se plantó delante de él extendiendo el brazo y ordenándole:

—¡No, te vas!

Manolios se apoyó en la pared y esperó. Lenio lo miraba. En su agitado pecho luchaban el amor y el odio.

—Mi madre no era sino una sirvienta —dijo con voz entrecortada—, mi madre no era sino una sirvienta, pero mi padre es noble, sé lo que digo. Tengo dote, soy joven, encontraré otro mejor que tú.

Manolios apretó tan fuerte la madera tallada contra el pecho que se hizo daño.

—Como tú quieras, Lenio —dijo con calma, pero el corazón le latía hasta estallar. Apenas pronunciadas estas duras palabras, se arrepintió y desfalleció su valor.

—Lenio —continuó, bajando la vista—, déjame aquí algunos días completamente solo, para decidirme. Si me amas, concédeme este favor.

—¿Amas a otra, dime? ¿A quien? Dilo claramente y yo desapareceré.

—¡No! ¡no! Lenio. ¡Te lo juro!

—Bien, cuando te hayas decidido, avísame. Esperaré... Pero es preciso que sepas, que puedo amarte toda la vida, como puedo detestarte también toda la vida; eso depende de una sola palabra tuya, de un sí o de un no, ¡escoge! Y dirigiéndose a la vieja:

—¡Eh, tía Mandalenia, nos vamos! Las dos se pusieron en camino; Lenio marchaba delante, furiosa; ni una sola vez volvió la cabeza. La orgullosa sangre de su padre bullía en su ser.

Manolios se dejó caer en el banco; miró el leño que tenía en las manos; ya no sentía el más mínimo deseo de tallar. La llama se había extinguido; la forma santa que moraba en él, había desaparecido. Entró en la cabaña, envolvió la madera en un paño, lentamente, como se recubre con cenizas la brasa para que no se extinga. No podía quedarse solo, se sofocaba. Cogió el cayado y salió en busca de Nikolio.

El sol caía verticalmente sobre la montaña. No se movía una hoja. Las sombras se habían recogido al pie de los árboles, amedrentadas. Los pájaros, sin voz, acurrucados en los nidos, esperaban que pasara la hora sofocante.

Nikolio de repente sintió que sus fuerzas se le desbordaban. Miró a su alrededor buscando con quién o en qué prodigar ese vigor plenamente acumulado. Nada, ni nadie. Ni hombre con quien luchar, ni mujer que revolcar en la hierba. Los corderos, maltratados por el calor, estaban acostados a la sombra, bajo las carrascas. Hubiera sido vergonzoso tomarla con ellos. Pero he aquí que llegaba el jefe, el gran carnero padre Dassos, de largos y retorcidos cuernos en espiral, espeso vellón grasiento y, al cuello, la esquila de carnero guía. Miró éste con ojos tiernos a sus ovejas engordadas, acostadas a la sombra, baló contento y después se fue a pasear, midiendo sus pasos, pleno su caminar de gravedad regia. Un olor acre a macho infestó el aire. Nikolio se le echó encima, como si hubiera perdido la cabeza; le golpeó furiosamente con el cayado los cuernos, el lomo, el vientre.

El macho impasible y altivo se volvió. El adversario le pareció un chisgarabís —sin cuernos, sin vellón, con dos patas solamente para caminar; de un débil cabezazo lo podría echar a rodar. Así pues, desdeñoso, siguió el paseo entre las ovejas.

Nikolio lo siguió; dando un brinco le aferró los cuernos y se lanzó sobre su lomo. Entonces Dassos se enfadó; sacudió la testa y derribó al pastorcillo.

—¡Puerco!, ¡yo te enseñaré! —le gritó Nikolio, levantándose con los codos sangrando.

Atenazó el cogote entre los hombros, bajó la cabeza y tomó carrera para topetear; por su parte, Dassos tomó también carrera. El choque aturdió a Nikolio. Todo, él mismo, y aun la montaña, le daba vueltas. No obstante, consiguió mantener el equilibrio, recogió el cayado, se precipitó rabioso sobre la bestia y le apaleó los cuernos con deseos de rompérselos.

Justamente en ese momento apareció Manolios. Éste se metió dos dedos en la boca y lanzó un silbido. Nikolio, volviéndose lo vio, pero como estaba lanzado, no pudo detenerse, y se arrojó de nuevo contra el carnero. Manolios cogió una piedra y se la tiró.

—¡Eh! Nikolio —le gritó—, ¿mides tus fuerzas con el carnero padre? ¡Ven acá!

Gruñendo, jurando y todo sudado, Nikolio se acercó. Se arrimaron los dos a un peñasco; el pastorcillo, desbordante de ira, apestaba a carnero. De vez en cuando, silbaba, lanzaba piedras, esforzándose por ocultar su furia. Pero, en el fondo de su corazón, le bullía la rabia: Dassos le había ganado, lo había humillado.

Manolios tenía la mirada perdida en el vacío. Se esforzaba por recobrarse y volver a encontrar en su corazón la forma santa que tallaba en la madera. ¡Qué mañana aquella tan encantadora! Olvidadas sus torturas, esfumado el mundo, entre el cielo y la tierra, solos habían quedado él y un trozo de madera. Y entonces, repentinamente, unos labios carnosos...

—Oye, Nikolio, saca la flauta del cinto y toca algo... Muchacho, no me siento bien; tengo un vacío en el alma. Toca un poco, ¡eso me aliviará!

El pastorcito se echó a reír.

—Yo estoy igual, Manolios —díjole—. También siento un vacío en el alma. Hay momentos en

que creo que voy a estallar. Toco la flauta, pero como si nada; no me consuela en absoluto, por eso he luchado con el carnero padre.

—¿Qué es lo que puede hacerte sentir vacío en el alma, a ti que todavía no tienes un pelo de barba?

—Que el diablo me lleve si lo sé. Mira, Manolios, cuando estoy solo, ¡siento pena! —respondió el muchacho enardecido.

Sacó del cinto la flauta y colocó los dedos bronceados en los agujeros de la caña.

—¿Tienes alguna melodía en la cabeza, Nikolio?

—¿Yo? Ninguna. Toco lo que me viene.

Y se puso a tocar.

Las laderas se cubrieron de cabras y corderos; tintineaban las campanillas, la montaña toda se trasladaba para apacentar. El campo todo se puso en movimiento, y las aguas saltaban entre las piedras gorgojeando. Poco a poco, esquilas, campanillas y montaña se callaron; no, no se callaron, sino que trocaron su ruido en risas frescas, gozosas, provocativas... Eran como un mar melodioso el que se extendía, una playa sembrada de conchas, y de mujeres rientes bañándose... Abiertos brazos y piernas, se tiraban al agua; trasveseaban las olas que las devolvían al mismo lugar, lanzaban algunos gritos; y toda la orilla con agrado las acompañaba en la risa.

Recogido en sí mismo y anhelante, Manolios escuchaba. Las risas mujeriles resonaban alocadamente a lo largo de toda la playa; brotaban, se apaciguaban, y después volvían mezcladas con las olas. En fin, todo enmudeció, y Katerina surgió del mar, silenciosa y desnuda.

—¡Para! ¡Basta ya! —gritó Manolios levantándose.

Nikolio volvió la cabeza para mirarlo, pero continuó tocando, arrebatado también él por la música y teniendo la flauta fuertemente apretada contra los labios.

—¡Para! ¡Basta ya! —repitió Manolios.

—Me has cortado el hilo en el momento más delicioso —replicó Nikolio irritado y dejando la flauta sobre las rodillas.

De los ojos de Manolios brotaron lágrimas.

—¿Qué tienes, Manolios? ¿Lloras? —exclamó el pastorcillo aturdido—. Vamos, no te entristezcas; no era sino una flauta, nada de esto es verdad, ¡es solamente viento! Manolios quiso dar algunos pasos, pero se le doblaban las rodillas.

—No me siento bien —murmuró—, no me siento bien...

—¿Has oído las olas? —preguntó el pastorcillo riéndose.

—¿Qué olas?

—Mientras tocaba pensaba en el agua, en mucha agua, por que tenía sed... —dijo y de un salto llegó a la carrasca de donde había colgado la calabaza. Era un regalo de Manolios, y además le había grabado en ella un macho cabrío.

«Quiero irme a acostar, se dijo Manolios, siento escalofríos...»

—Vigila bien los corderos —le gritó a Nikolio—, vuelvo al cercado para hacer el queso.

—Ya he preparado la lumbre —respondió Nikolio, limpiándose la boca y el pecho del agua que le chorreaba—. Pon a hervir la leche, voy enseguida.

Lo miró como se alejaba, tropezando contra las piedras, y lo compadeció.

—Si no te sientes bien —le volvió a gritar—, deja el queso, yo lo haré; ¡acuéstate!

—¿Por qué lo dices?

—Porque te trastabillan las piernas y estás amarillo.

«¡Pobre viejo! —murmuró compasivo, mirando titubear a Manolios y desaparecer tras las carrascas—. De lejos he visto llegar a Lenio, ¡maldita sea! ¡Ésa te va a chupar los tuétanos, viejo!»

Cogió una piedra y la lanzó a lo lejos con rabia.

—¡Malditas hembras! —gritó con todas sus fuerzas.

En esto vio venir hacia él, provocador, a Dassos. Lo agarró por los cuernos, le dobló fuera de sí la alargada cabeza puntiaguda y se abalanzó sobre él.

En cuanto llegó al cercado, Manolios reavivó el fuego para hacer el queso, pero le faltaron las fuerzas. Se sentó al sol, en el banco, para calentarse. Tiritaba. El sol se inclinaba ya en el horizonte,

y algunos minutos más tarde se oyeron los cencerros y esquilas y los gritos de Nikolio quien, entre voces y silbidos, arreaba los animales al cercado tirándole piedras.

El pensamiento de Manolios volaba y aterrizó en la aldea, recorrió las hileras de casas, el café, la plaza, ascendió por el sendero empinado, entró en casa del pope, contempló a los notables distribuyendo los papeles, al que haría de Pedro, de Judas, de Cristo... Volvió a ver al pope Fotis y a los cristianos desterrados de sus hogares, el duelo habido entre los dos popes, la mujer que lanzó un grito y murió... Nuevamente resonaron dentro de sí las palabras duras, burlonas, de Yannakos «Tú vas a ser Cristo, tú que te preparas al mismo tiempo para casarse y ensuciarte... ¡Impostor!» Subió a la habitación del patrón y vio al arconte, y, en el patio, a Lenio pegada a él, con los senos apoyados en su pecho y preguntándole con voz zalamera, apremiante: «Manolios, ¿cuándo nos casamos? ¿cuándo? ¿cuándo?» Y en seguida... en seguida, cuando retornaba a la montaña, se había detenido un instante para tomar aliento cerca del pozo...

Su corazón se le deshizo.

—La tengo lástima —murmuró—, la tengo lástima; ha tomado el peor camino, va a condenarse...

Y ella surgió en su recuerdo, con pañoleta negra, el cuello muy blanco, los labios carnosos, oliendo a hojas de nogal... Y de nuevo volvió a oír su llamado desesperado:

—¡No te vayas, no te vayas, Manolios! —Como si ella no esperase la salvación sino solamente de él.

En un relámpago recordó el sueño que había concebido, y vio clara y evidentemente su significado. Sí, sí, ella tenía razón, pobre mujer, él sólo podía salvarla... Dios mismo se lo había mostrado durante el sueño.

Manolios tenía entre sus manos la luna; luego la cortaba en rajas y se la daba a comer, como una manzana... Súbitamente comprendió el sentido oculto del sueño y se estremeció; la luna es la luz purísima, la palabra de Dios, que ilumina la noche... Es la voluntad de Dios y el mandato de Dios que Manolios sea quien se la haga participar. Es él quien salvará a María Magdalena, la pecadora.

—Es preciso que la vea —murmuró—, sí, es preciso, y de prisa. Cada mi nuto que pasa puede hacerla sucumbir más en el pecado... Es preciso... Es preciso... Es mi deber.

Vio la estrecha callejuela de su morada, la puerta de medio punto pintada de verde, con la aldaba redonda de hierro... Vio la losa del umbral deslumbrante de limpia... Nunca había franqueado aquel umbral, pero recuerda que un domingo la puerta estaba abierta y había echado un vistazo furtivamente al interior: había entrevisto un patiecito enlosado con gruesos guijarros recién lavados, tiestos de flores, albahaca alrededor de la tapia y dos espesas matas de claveles rojos cerca de un pozo...

El pensamiento de Manolios descendía por el sendero de la montaña, llegaba a la aldea, penetraba en la estrecha callejuela, pisaba el umbral y entraba...

—Es preciso que la vea, es preciso que la vea... —no cesaba de repetirse—, es mi deber...

Y experimentaba una extraña alegría. Ahora que comprendía que era del todo necesario verla, que no era él sino Dios quien se lo ordenaba, se sentía aliviado. Ahora comprendía por qué había estado obsesionado noche y día por el deseo de ir a verla... En tanto creyó que era el demonio quien le inducía, tuvo vergüenza y resistió; pero ahora...

Se levantó de un salto. Ya no sentía frío, las rodillas no se le doblaban. Avivó el fuego, colocó el caldero encima para hervir la leche.

«¡Qué caminos los de Dios, se decía, para iluminar las almas! Sí, ahora su voluntad se me ha manifestado a mí en un sueño, y ha descendido a los oídos de la viuda...»

Llegaba Nikolio; el aire estaba preñado de balidos; los corderos entraban en el redil. Se ponía el sol tranquila y pausadamente y, terminada su jornada, volvía a casa de su madre para cenar.

—¡Salud, Nikolio! —le gritó Manolios desde la puerta, serena ya la voz—; ve a ordeñar las ovejas y luego a poner la mesa; ¡tengo hambre!

No había probado bocado en todo el día, pues no le pasaba nada por la garganta atenazada; pero ahora que se había distendido, sintió apetito.

Nikolio lo miró desconcertado y se echó a reír.

—¡Has revivido, patrón! ¿Buenas noticias?

—Tengo hambre, ¡muévete! Voy a ayudarte.

Llevaron los calderos de cobre, se arrodillaron uno al lado del otro y se pusieron a ordeñar a todas las ovejas. Éstas permanecían tranquilas, contentas al ser aliviadas de la dulce carga. Los dedos hábiles les parecían ser las queridas tencas que mamaban.

Una vez terminado, se lavaron. Nikolio puso los cubiertos afuera, sobre el banco. Después de hecha la señal de la cruz, se lanzaron hambrientos sobre el pan, la carne y el blanco queso. Nicolio seguía pensando continuamente y con gusto en el potente carnero guía y en Lenio. Esos dos pensamientos eran inseparables, unidos en su rencor, el guía del rebaño y la joven gordezuela. No formaban más que uno, y unas veces veía a Lenio encima a horcajadas, otras debajo y siempre riendo...

—Maldita sea... maldita sea... —gruñía, y cogía una piedra y la lanzaba al aire.

—Bueno, Nikolio, ¿qué estás refunfuñando? —le interrogó Manolios riéndose—. ¿A quién arrojas chinas?

—¡Es al diablo que me asedia! —contestó también riendo el pastorcillo—. Y le apedreo.

—Y ¿lo has visto, Nikolio?

—Lo he visto, figúrate.

—¿Cómo es?

—¡Ah! ¡eso queda para mí! —replicó el pastorzuelo hundiendo la cara enrojecida en un cubo de agua.

Terminada la comida, Manolios se signó y se levantó.

—Nikolio —le dijo—, voy a bajar a la aldea esta noche. Pórtate bien.

—¿Otra vez a la aldea? —gritó Nikolio con cólera—. ¿Qué vas a hacer nuevamente? Creo, patrón, que a ti también el diablo te anda dando vueltas.

—No es el demonio, amigo Nikolio, Dios nos libre de él, es el mismo Dios.

Se humedeció el cabello, sacó del bolsillo un espejito y se peinó. Después se puso la ropa más hermosa, la de los domingos.

Guardó el espejito, el peine y el pañuelo en el bolsillo. ¿Por qué? ¿Qué necesidad tenía de todo eso? ¿lo sabía él mismo? Los cogió sin motivo, pero se los guardó.

—Es el diablo, te digo que es el diablo —repitió el muchacho enfadado, al ver a Manolios acicalarse.

—Es el mismo Dios, es Dios —repetía Manolios, y se fue, después de santiguarse otra vez.

—Seguramente va al encuentro de Lenio, ¡el diablo se los lleve a los dos! —murmuró Nikolio escupiendo de asco.

CAPÍTULO V

CAÍA LA NOCHE; las aves nocturnas, enceladas o hambrientas, lanzaban chillidos. En el firmamento las primeras estrellas, las más gruesas, brillaban.

«Será mejor esperar a que esté más oscuro, para que no me vean en la aldea», se decía Manolios, mientras descendía lentamente por el tortuoso sendero. Al mismo tiempo iba tramando en su cabeza las palabras que diría para que la palabra de Dios pudiese llegar al corazón de la viuda. «Llamaré a la puerta —calculaba— y ella vendrá a abrirme... Se sorprenderá de verme, cerrará con cerrojo y entraremos...» El patio, como ya lo había visto, no le extrañaba, los claveles, la albahaca, el pozo... Pero, ¿adentro? Manolios tuvo miedo. Se detuvo para tomar alientos. «Allí, adentro, estará la cama...» —se dijo temblando.

Todo era confusión en su mente. Ya no sabía lo que debía decir, ni aun por qué había bajado de la montaña a semejante hora, en plena noche, para llamar a aquella puerta. Ella lo vería enrojecer y perder la serenidad, y se reiría. «Así que, Manolios —le diría—, ¿estás aquí y no sabes tú mismo por qué has venido? ¿No habrás tú también tenido un sueño? ¿No ha venido el demonio a buscarte en sueños, Manolios, o la Virgen María? O bien los dos —esto pasa también, Manolios—, así que has venido; y al principio vas a hablarme de Dios y del Paraíso, después, lentamente, sin que nos apercibamos ni tú, Manolios, ni yo, nos encontraremos los dos estrechados el uno contra el otro en la cama... Tú eres hombre, ¿no es verdad?; yo soy mujer, así nos ha hecho Dios. Entonces, ¿es culpa nuestra que, al estar uno cerca del otro, se apodere el vértigo de nosotros, perdamos la cabeza, se abran los brazos y las piernas y no seamos más que uno...?»

Manolios sintió que la sangre se le subía a la cabeza. Estas impúdicas palabras resonaban en su cerebro, oía con nitidez perfecta cómo las pronunciaba la viuda riéndose y al acercarse a él... Respiraba su aliento perfumado con mastic y clavo de olor. De la blusa abierta emanaba el cálido olor de su cuerpo, mezcla fétida de sudor y nuez moscada...

Bruscamente se sintió fatigado, se le doblaron las rodillas y se dejó caer en una piedra.

«¿Quién ha hablado dentro de mí? —se preguntó aterrado...— ¿Quién se ha reído? ¿De quién era esa rodilla que me ha tocado y me ha hecho retirar las mías?». Verdaderamente había oído aquellas palabras y las risas de la viuda, y sus propias narices estaban todavía impregnadas de su olor.

—¡Dios mío, ayudadme! —clamó, levantando los ojos al cielo.

Pero, esa noche, el cielo le parecía que estaba altísimo, lejísimos del hombre; que permanecía mudo e indiferente; ni amigo ni enemigo. Estaba espantado. Los astros le miraban, y el corazón de Manolios se heló. Algunas veces, durante las crudas noches de invierno, él había visto alrededor del redil, entre las ramas nevadas, los ojos del lobo, inmóviles, amarillentos, huraños; así ahora, como los ojos del lobo le parecieron esa noche las estrellas.

El recuerdo de la viuda se infiltró de nuevo en su sangre, como si fuera miel. Ante la frialdad y la hostilidad del mundo, aquello era un gran consuelo. Ahora, ella ya no reía ni lloraba. Echada en la enorme cama, le animaba y prodigaba tiernas caricias como una tórtola agradecida.

Manolios se tapó las orejas para no oír; la cabeza le zumbaba; las venas del cuello se le hinchaban. Sentía al mismo tiempo que le subía un fuego en la sangre. Las sienes le latían violentamente, los párpados le pesaban y un picoteo le recorría toda la cara.

Como si miles de hormigas le punzasen las mejillas, el mentón, la frente, y le picoteasen y devorasen la carne.

Un sudor frío chorreaba por todo su cuerpo; se pasó la mano por la cara y se levantó.

—¡Dios mío! —quiso gritar, pero no pudo. Nuevamente su mano recorrió las mejillas, los labios, la barbilla; todo lo sentía hinchado. Los labios estaban tan distendidos que no podía abrir la boca.

«¿Qué tengo? ¿Por qué me he hinchado?», se preguntaba desesperado, palpándose el rostro de

arriba abajo hasta el cuello. Toda la cara estaba como un tambor, pero no le producía dolor alguno. Los ojos solamente le abrasaban y comenzó a derramar lágrimas.

«¡Preciso verme, quiero verme para saber!», suspiró. Sacó del bolsillo del cinturón el espejito, se agachó, prendió unas ramitas y se miró... A
la luz danzante de aquel fuego vislumbró su rostro y lanzó un grito: estaba completamente abotagado, los ojos no eran sino unos puntitos, la nariz había desaparecido entre las mejillas tumefactas, la boca era un minúsculo agujero.

No era una figura humana, sino una máscara de carne bestial, repugnante. No, aquél ya no era su rostro; una faz extraña le había sido aplicada sobre su propia cara.

Repentinamente le vino una idea:

«¡Dios mío! ¿será lepra?» Se desplomó. Tomando de nuevo el espejo, volvió la cabeza horrorizado. ¿Eso, un hombre? No, un demonio. Se levantó. «No puedo ir. ¿Cómo ella me miraría...? ¿Cómo podría yo hablarle? Estoy repugnante. Me vuelvo».

Volvió sobre sus pasos y remontó el sendero corriendo como si le persiguieran.

Al llegar al cercado, se detuvo, entró furtivamente pensando que si hacía ruido, Nikolio se despertaría, encendería el farol y lo vería... «Mañana por la mañana, Dios mediante, puede ser que ya esté bien...» Este pensamiento lo calmó un poco.

Se sentó en el jergón, se santiguó y rogó a Dios tuviera piedad de él. «Dios mío, mejor es que me mates —decía—, pero no me humilles así delante de los hombres... ¿Por qué has adherido esta carne sobre mi rostro? Quítamela, Señor, lánzala lejos de mí. ¡Haz que mi cara, mañana por la mañana, esté lisa, humana, como antes!»

Habiendo depositado su confianza en Dios, se sintió un poco consolado. Cerró los ojos y soñó que una mujer ataviada de negro —debería ser la Santísima Virgen— se inclinaba sobre él, le acariciaba lenta y dulcemente el rostro. Al punto se sintió más fresco, más aliviado, más ligero y, extendiendo los brazos, Manolios asió la mano milagrosa para besarla. Pero una risa joven y burlona resonó, la túnica negra se cayó y Manolios, lanzando un grito, se despertó. No era la Virgen, sino la viuda...

Desde el rincón opuesto Nikolio oyó el grito, y se despertó. Se incorporó en la cama y vio a su amo vuelto el rostro contra la pared. Despechado se echó a reír.

—¡Cómo! ¿Has vuelto ya, Manolios? ¿Has despachado ya tus asuntos?

Pero Manolios, con la cara contra la pared, palpaba su rostro, sin responder; estaba desesperado. La hinchazón no había disminuido lo más mínimo, y las llagas debían haber reventado, porque notaba que las yemas de los dedos se humedecían y destilaban un líquido viscoso y espeso.

«Estoy perdido... perdido... —pensaba—. ¡Esto debe ser lepra!» Se acostó boca abajo y metió la cabeza debajo de la almohada.

—¿Has tenido buen tiempo, patrón? —preguntó Nikolio, zahiriéndolo—. ¿Han marchado bien tus asuntos? Estás fatigado, pobre viejo, duerme...

«Estoy perdido... perdido... —murmuraba Manolios, desesperado—. ¡Debe ser la lepra!»

Amanecía. Nikolio se levantó rápidamente para llevar a apacentar los corderos. El pastorcillo ya iba a franquear la puerta, cuando se volvió.

Los primeros rayos del sol entraban por el tragaluz, iluminando totalmente la cabaña.

—Manolios, ¡hasta la noche!

Y Manolios, olvidándose completamente de su estado, volvió la cabeza para responderle. Nikolio lo vio y de un bote se encontró en el corral.

—¡Virgen Santísima! —clamó, retornando.

Un humor manaba por el rostro de Manolios; la cara agrietada, aparecía surcada de pus. Se esforzó por hablar a fin de tranquilizar al pastorcillo, pero no pudo pronunciar ni una sílaba. Agitó solamente la mano para animarlo.

Nikolio apoyó la mejilla en el montante de la puerta, con el cuerpo hacia afuera, para vomitar. No podía borrar de sus ojos desorbitados, aquel rostro. Poco a poco se repuso y se reanimó:

—¡En el nombre del cielo! ¿Eres tú, Manolios? —preguntó—. Haz la señal de la cruz para asegurarme.

Manolios hizo la señal de la cruz.

Nikolio cobró ánimos, cruzó el umbral, y entró sin acercarse mucho.

—¿Qué te ha ocurrido, desgraciado —le preguntó lleno de compasión—. El demonio ha debido atraparte y encasquetarte esa máscara. ¡Dios nos proteja! Ya te decía yo que era el demonio, ¡estoy seguro! Lo mismo le sucedió a mi abuelo.

Manolios bajó la cabeza y se volvió contra la pared, para no asustar a su joven compañero, y le hizo señas de que se fuera.

—¡Hasta la noche! —repitió tímidamente Nikolio, precipitándose afuera como si alguien le siguiese las pisadas.

Una vez solo, Manolios suspiró y se enderezó. Se sentía fuerte y sin ningún dolor en parte alguna. Ya no tiritaba y, cosa rara, experimentaba una alegría inexplicable... Cogió de nuevo el espejillo, se acercó al tragaluz y se miró: la piel tumefacta se había reventado, un licor seroso, amarillento y opaco manaba y se coagulaba en el bigote y barba. Todo el rostro estaba rojo como en carne viva.

Se santiguó:

—Si esto me viene de Satán —díjose a sí mismo—, exorcízame, Jesús. Y si me viene de Dios, sea bienvenido.

Sé muy bien que Él no quiere mi mal.

Esta desgracia debe tener un sentido oculto. ¡Tendré paciencia hasta que Él quiera posar su mano sobre mi rostro!

Desde que aceptó este sentido a su desgracia, se notó apaciguado. Prendió lumbre, colocó encima el caldero, lo llenó de leche, de la que habían ordeñado la noche anterior. Como tenía hambre, llenó hasta los bordes una escudilla; pero le fue imposible abrir la boca. Entonces, buscó una paja, la metió en la leche y la succionó glotonamente.

Después, salió y fue a sentarse en el banco de piedra.

El sol había despertado a los pájaros y colmado sus gargantas de canciones. Habiendo traspasado la cumbre de la montaña, se expendió dulce, lentamente, por toda la ladera, alcanzó la llanura, abrió las puertas de la aldea y se coló por ella. Encontró a la viuda todavía en la cama, después de una noche de insomnio: estaba pálida; y el sol se deslizó furtivamente entre sus cabellos. Encontró a Mariori en el patio, regando las flores, y se suspendió de su cuello. Y fue en busca de todas las mujeres de la aldea acariciándolas como amo.

Por fin se sentó en el banco de piedra delante del cerco; Manolios le dio la bienvenida tendiéndole las manos.

«¿De dónde procede esta alegría que experimento —se preguntaba— de dónde este alivio? no comprendo nada...»

Se secó con el pañuelo el rostro hinchado que rezumaba al sol.

«No comprendo nada, no comprendo nada» —no cesaba de repetir, extendiendo a cada rato el pañuelo al sol para secarlo.

Cuando estaba en el Monasterio, el superior, el padre Manassé, le había hablado un día de cierto asceta cuya piel se había resquebrajado y de donde salían gusanos. Cuando un gusano se caía al suelo, el asceta se agachaba, lo recogía con todo cuidado y lo volvía a colocar en su lugar. «Come —le decía—, come mi carne, hermano mío, para que mi alma se aligere...» Durante años, Manolios no se había vuelto a acordar de esos gusanillos; pero hoy, ¡qué consuelo y qué lección de fortaleza y esperanza!

Se levantó, entró nuevamente en la cabaña, buscó la esterilla en que ha1bía envuelto el leño que estaba tallando, cogió la lima y el formón, volvió a salir y se sentó al sol. De repente había sentido que la imagen santa resurgía llenándole el corazón. La distinguía claramente con sus más mínimos trazos. Fija la mirada en ella, conmovido y con pasión, se dio nuevamente a la tarea de grabarla en la madera.

Las horas pasaron con rapidez, el sol, por un momento, alcanzó la cúspide del cielo, después, poco a poco, comenzó a descender... Conforme se cubría el suelo de virutas y se aligeraba el trozo

de leño, se veía aparecer la imagen de Cristo, serena, dolorosa, llena de resignación y de bondad. Durante mucho tiempo, Manolios se esforzó por lograr copiar la boca estremecida de Cristo, mas no lo conseguía; a veces aparecía sonriente, otras surcada de arrugas y llorosa, otras, en fin, con los labios contraídos como para no gritar de dolor.

Hacia el anochecer Nikolio volvió con el rebaño; encontró a Manolios sentado en el banco, teniendo sobre las rodillas, grabado en el leño, el rostro entero de Cristo. Faltaba todavía por ahuecar el interior del cráneo, para poder aplicarse aquella faz sobre la suya, pues sería la careta que llevaría el día de la Pasión...

Nikolio se detuvo, echó un vistazo rápidamente a su patrón y al punto desvió la mirada. No podía ni reconocerlo. El líquido viscoso que surcaba las mejillas de Manolios, se había ya coagulado sobre toda su cara y barba, formando costra. Se hubiera dicho que quien había sentado en el banco era un demonio que tenía sobre las rodillas, el rostro de Cristo.

—No vengas a ayudarme, ordeñaré yo solo —le gritó amedrentado.

Manolios volvió la cabeza y cerró los ojos. Estaba agotado pero consolado. Apretaba con las palmas de sus manos el leño tallado, y se sentía dichoso de haber logrado trasladar fielmente a la madera, la imagen que había surgido en su alma. Ya nunca se desvanecería, como fantasma vaporoso en el aire. Había apresado toda su alma en la madera. Manolios hacía girar lentamente entre sus manos la santa faz y admiraba la boca del Señor. Vista de frente, sonreía; de perfil y del lado derecho, lloraba; volviéndola ligeramente del lado izquierdo, se crispaba con resignación y coraje... Con los ojos cerrados, Manolios ahora acariciaba con las yemas de los dedos, lenta y cariñosamente, el rostro de Cristo, como María hubiera acariciado al divino Niño.

Con miles de precauciones, envolvió y guardó en el paño la madera tallada, como se faja a un recién nacido y se lo toma en brazos.

Nikolio, por su parte, había terminado de ordeñar; entró en la cabaña sin mirar a Manolios y se puso a preparar la cena. «¿Pobre desgraciado —pensaba con cierta secreta alegría—, un flamante novio y con semejante carota! Pues si Lenio lo ve, echa a correr como alma que lleva el diablo».

Se volvió y desde la puerta preguntó:

—¿Vienes a cenar, Manolios? ¿Podrás abrir la boca para comer?

Manolios se levantó. Tenía hambre; a mediodía se había olvidado de comer. Llenó de leche una gran escudilla, cogió la paja, se puso de rodillas, y bebió la leche a sorbos; por segunda vez llenó la escudilla.

Ya era oscuro; pero no encendieron la lámpara de aceite. En la semipenumbra, Nikolio no distinguía ya la cara hinchada de Manolios y dejó de tener miedo. Estaba de excelente humor y sin saber por qué; una vez que hubo terminado de cenar, se sentó cerca de la chimenea y removió el fuego con el cayado.

—Te dije que mi abuelo —comenzó muy contento a referirle—, se metió monje, después de haber matado, robado y hecho mil fechorías. ¿No has oído decir también tú, que el diablo harto de carne se metió fraile? Bien, mi abuelo. ¡Dios lo haya perdonado!, se retiró cerca del Monasterio de San Pandeleimón, donde tú también estuviste de monje, por espacio de una luna... Pero hete aquí que cerca del convento había una aldea y en la aldea mujeres... ¡Para esto, las zorras no faltan en ningún lugar! —añadió escupiendo sobre las cenizas.

»—¿Me escuchas? —preguntó, volviéndose para adivinar al resplandor de las llamas el rostro de Manolios. Éste movió la cabeza afirmativamente, como queriendo decir: Escucho.

»—Entonces, un día, como te decía, el diablo se le metió en el cuerpo a mi abuelo. «Necesito una mujer», así pensaba, «necesito una mujer; voy a ir hasta la aldea donde con seguridad la encontraré. ¡No hay más remedio! ¡No me importa que sea casada, soltera, vieja, joven, tuerta o jorobada, con tal que sea mujer!» Entonces, una noche mientras los monjes dormían, nuestro mozo salta la tapia del Monasterio y sale disparado. Tenía la intención de hacer su asunto y volver en menos de dos horas, y así nadie, como ves, se habría dado cuenta de nada... Corría, corría, recogido el hábito, balando lo mismo que el carnero padre en verano cuando olfatea las ovejas... Pero Dios lo había visto, y se compadeció de él. Y en el instante en que entraba en la aldea, le envió una asquerosa enfermedad, la lepra, de la que tú ya habrás oído hablar. Sintió que el cuerpo se le llenaba

instantáneamente de ronchas gruesas como nueces. ¿Digo nueces? No, como albaricoques podridos... Y después se le reventaron y le chorreaban que apestaban... ¡Pobre viejo, sintió miedo, Dios lo haya perdonado! ¿Adónde quiero ir ahora?, se dijo, qué mujer querrá acercarse a mí? Es mejor que me vuelva...»

Manolios escuchaba con cien oídos. Extendió el brazo y palpó la rodilla a Nikolio, como queriéndole decir: ¡Continúa!

—¡Antiguas historias! —dijo Nikolio riéndose—. ¡Fue mi pobre madre, quien me las contó, Dios la tenga en su gloria! Ella misma se reía. ¡Te das cuenta qué tunante; háblame después de los monjes! Se volvió al Monasterio, escaló la tapia y se ocultó en su celda... A la mañana, los monjes lo encontraron con la cara como una bota de vino.

Manolios volvió a tocar al pastorcillo haciéndole señas.

—¿Quieres que te cuente cómo terminó todo esto? ¿Acaso lo sé yo? Era muy pequeño y no presté atención... Ahora ya hace mucho que el pobre viejo espichó, ¡y mírale ya desembarazado de mujeres! —dijo echándose a reír. Después se amohinó.

—Tengo ganas de dormir —manifestó—, me voy a acostar en el corral. Estallo de calor.

No sentía ningún calor, pero le molestaba quedarse en la cabaña en compañía de Manolios. Se levantó, y añadió:

—He arreglado tu jergón, vete a dormir, mañana estarás mejor.

Nikolio cogió su manta, la extendió en el corral y colocó una piedra a modo de almohada. Recordó a Lenio, su imaginación se iluminó, pero como estaba muy fatigado, se volvió del otro lado y se durmió.

Manolios echó leña en el fuego, temiendo quedarse solo en la oscuridad, y miraba a las llamas bailar y siflar. Su oído, prestando atención a la puerta abierta, percibía los ruidos de la noche —las lechuzas ululaban, minúsculos animalejos registraban la tierra, los ratones arriba de su cabeza corrían sobre las vigas del techo lanzando agudos gritos... Y, dentro de sí, con insistencia, una débil voz que no se dejaba oír a no ser cuando reinaba el más completo silencio y cuando estaba solo.

Se levantó, salió al umbral de la puerta y contempló las estrellas. La Vía Láctea se deslizaba sosegadamente; Júpiter brillaba; el firmamento insensible y lejano estaba acribillado de estrellas titilantes. De repente las palabras del pastorcillo surgieron de nuevo en el espíritu de Manolios y su corazón comenzó a latir con fuerza.

«Jesús, Señor mío —pensó—. ¿Acaso no será esto un milagro? ¿No será que tú has extendido tu mano en el momento en que iba corriendo a lanzarme al precipicio, como ese viejo monje?

Se llevó la mano a la cara esta vez sin repulsión y sin temor. Palpó las mejillas infladas y la carne resquebrajada con reconocimiento...

—Quién sabe... quién sabe... —soñaba acariciando su mal— puede ser que sea a ti a quien deba mi salvación.

Calmado, entró en la cabaña. Un calor acogedor emanaba de la chimenea. Tuvo deseos de dormir. A veces, cuando su alma se debatía en las tinieblas, un sueño le mostraba el camino.

«Puede ser, pensaba, que Dios venga esta noche a visitarme en sueños para iluminarme».

Cerró los ojos y enseguida se quedó profundamente dormido.

El fuego se extinguió y la noche pasó. Los gallos empezaban a cantar, cuando Manolios, transido por el relente de la madrugada, abrió los ojos. No se acordó de haber soñado nada, pero su corazón estaba en paz. Se persignó y movió los labios; esto le dolió como si una llaga cerrada se abriese de nuevo; sin embargo pudo pronunciar claramente: «¡Gloria a Dios!» Se levantó y fue a sentarse afuera en el banco.

El sol ascendía a ras del horizonte, rojizo, hecho una bola, alegre. Volvía a encontrar sus exuberantes dominios; todo estaba como lo había dejado la noche anterior —la llanura fértil, la montaña verde de la Virgen, los escarpados del Sarakina, el espejo circular y brillante del lago Voidomata, y la aldea amada sobre todas las demás, Licovrisí, con aquellas hormigas que se afanaban en las callejuelas estrechas y que se llaman hombres.

El rostro de Manolios al recalentarse empezó de nuevo a destilar.

—Gloria a Dios —murmuró otra vez Manolios limpiándose con el pañuelo la cara agrietada.

Allá arriba en la montaña, Manolios luchaba ya con el leño para darle forma, ya con Dios, ya con el demonio, ya también con Lenio y con la viuda... Mientras tanto, en el Sarakina, el pope Fotis ponía en orden las cosas. Designó una tarea a cada uno —unos prepararían la poca tierra que se veía entre los peñascos y la sembrarían, otros construirían viviendas, otros irían a cazar liebres, perdices o conejos salvajes para la diaria alimentación de todos. Además de la cordera de la viuda... compró otras tres con las tres libras de Yannakos; los niños en adelante tendrían su provisión de leche... Planeaba también, fuera de esto, recorrer las aldeas y monasterios vecinos, llevando consigo el viejo icono milagroso de San Jorge, en demanda de socorros. Somos griegos —repetía— y cristianos, una raza inmortal; ¡no desapareceremos!

Allá abajo, en Licovrisí, el capitán Furtunas seguía gimiendo en el lecho, pues la fractura del cráneo tardaba en soldarse. El agá, movido a compasión, enviaba a cada instante a su guarda mandándole nuevas pomadas y deseándole se restableciese pronto para correr una buena francachela... El viejo Patriarqueas no iba tampoco del todo bien. Tosía, respiraba con dificultad, se ahogaba. Después de esos ataques, se sentaba en la cama, balaba como un cerdo, vomitaba, y volvía a engullir... Enviaba continuamente por Katerina para que lo friccionase; pero la viuda, con mucha prudencia, le mandaba decir que ella también estaba enferma y que también necesitaba fricciones.

El mismo pope Grigoris tenía graves preocupaciones por su hija única Mariori. Día tras día la veía consumirse como una candela; sentía premura por lanzarla en brazos de Michelis para que le diera lo antes posible un nieto. Esto había llegado a ser el deseo más ardiente de su vida. El viejo pope Grigoris encontraba en eso la única manera de derrocar a la Muerte.

Panayotaros, el «tragayeso», se había abandonado, por su parte, a una sombría tristeza. Desde hacía tres noches la viuda no le abría la puerta; ella ya no quería saber nada con él; sin duda que ella pensaba en otras cosas. A cada instante iba a la iglesia, esta santa María Magdalena, y hacía encender velas... Panayotaros se había entregado a la bebida para olvidarla. Todas las noches retornaba a su hogar completamente beodo, apaleaba a su mujer y a sus dos hijas y después iba a echarse cuan largo era en el patio que a poco retemblaba por sus ronquidos. Los pilluelos de la aldea, cuando lo veían borracho, se precipitaban sobre él y le seguían, coreándole: «¡Judas! ¡Judas!». Él se volvía para atraparlos, pero titubeaba, tropezaba y por fin se desplomaba en tierra.

Todas las mañanas, el tío Ladas sermoneaba a su mujer sentada frente a él haciendo calceta. Ella no respondía nada, ni aun lo oía...

—No se apresura a venir, Penélope, no se apresura a venir ese Yannakos, ¡ese maldito! Todavía no se ha firmado ningún recibo de las tres libras, y no ha venido aún a traerme ni un puñado de pendientes... ¿Qué piensas de esto, Penélope, es que puede haber una mujer por muy pobre que sea que no tenga por lo menos una alhajita? ¡No, no, esto no es posible! Ni Dios lo aguantaría. Vas a ver, Yannakos va a venirse con las alhajas; no te hagas mala sangre, vieja.

Al viejo Ladas le repiqueteaban
los oídos y por eso a cada momento le parecía que habían llamado a la puerta, pues creía también haber oído rebuznar a un asno. Descalzo corría a abrir, miraba hacia el camino de arriba abajo, pero ni sombra de Yannakos.

Éste recorría las aldeas cambiando peines, carretes de hilo, espejitos de bolsillo, vidas de santos por trigo, lana y gallinas. Continuaba comerciando, pero ahora le surgían otras preocupaciones. Era, cuando tenía que pesar exactamente y medir honradamente... «¿Cuándo un hombre se salva?» —le preguntaron en cierta ocasión a un santo musulmán «Cuando su espíritu —respondió el santo— está en la luna, en el momento en que compra o vende...» Ahora, el espíritu de Yannakos, cuando compraba o vendía, estaba en la luna...

De vez en cuando, recordaba al tío Ladas y se imaginaba los gritos y lamentaciones que daría a su vuelta. Recordaba también a su hermana, esa furia que martirizaba al infortunado Kostandis. O a Manolios a quien debía allá en la montaña costarle mucho poner de acuerdo a Cristo y a Lenio —

como el que juega con dos barajas... Pero todo esto resbalaba por su cabeza; los pensamientos de Yannakos se centraban en el pope Fotis, en la montaña árida e inhóspita, en aquellas almas petrificadas en las rocas, de donde ni el mismo Caronte podría desarraigarlas.

Sería como mediodía. Yannakos se acercaba a Licovrisí, una vez terminados sus negocios en las aldeas. El borrico trotaba alegremente, se sentía contento de olfatear de nuevo su cálido establo, el pesebre bien abastecido, el pilón rebosante de agua fresca. Su corazón latía como un corazón humano, y ya alzaba la cola para rebuznar mejor...

Pero su amo se la agarró y se la bajó:

—Te apresuras demasiado, Yusufaki, toma el camino de la montaña, pues vamos primeramente a ver a Manolios.

Yannakos lo había tratado con aspereza el otro día, le había lanzado palabras duras, se había conducido mal a su juicio y le pesaba. Deseaba ahora ardorosamente pedirle perdón.

«Yo tenía razón, pero con todo... —murmuraba—. Es un muchachillo tan sensible este Manolios, que con una pluma puede herírsele, y yo, que soy un asno, ¡le he dado de garrotazos!» Por su turno, el pope Grigoris, el viejo Ladas, Michelis y la viuda desfilaban por su imaginación; y hasta toda la aldea; pero la idea fija era Manolios.

«No he obrado bien, de ningún modo he obrado bien —se repetía—. He olvidado que los cuatro tenemos un negocio común durante todo el año. Se diría que somos socios, no para ganar dinero, sino para ganar ¡el paraíso!»

Dicho esto, aguijoneó al borrico y lo encaminó a la montaña. Manolios que estaba de pie vio a Yannakos subir tirando al asno de la brida; entonces sacando fuerzas de flaqueza se levantó y se dijo: «Manolios, comienza tu martirio. ¡Prepárate!» Por un momento pensó entrar en la cabaña y esperar a Yannakos en el rincón más sombrío, avergonzado de mostrarse a plena luz. Esta misma mañana había examinado su rostro en el espejo. «¡Solamente un demonio podría ser tan horrible, sólo un demonio!» Únicamente la boca se le había deshinchado un poco; pero al fin podía hablar.

Yannakos subía la pendiente canturreando; estaba contento de ir a ver a Manolios y reconciliarse con él. Era un peso que quería quitarse de encima; luego se sentiría aliviado...

Manolios lo esperaba de pie, con el corazón temblando, en medio de la luminosidad dorada de ese comienzo de la tarde. Se acordaba de los labios de Cristo apretados para no dejar escapar su dolor, y apretó los suyos cuanto pudo. «Ya me iré acostumbrando, se dijo; es difícil al principio, pero poco a poco... ¡Cristo! ¡Ayúdame!»

El canto de Yannakos se iba oyendo cada vez más claramente. De repente la trompeta retumbó triunfante, alegre. Era Yannakos que se había detenido en una roca y resoplaba en su instrumento para anunciar al amigo su llegada.

«Va a aparecer, pensó Manolios, me verá. ¡Ánimo, corazón!»

—¡Eh! Manolios —gritó una alegre voz—, ¿dónde estás?

—Aquí estoy —respondió Manolios tan fuerte como pudo y avanzando.

Yannakos levantó la cabeza y abrió los brazos; pero apenas lo hubo visto se quedó petrificado con la boca abierta. No pudiendo creer lo que sus ojos veían, se los frotaba, se acercó, se fijó bien y lanzó un grito:

—¡Manolios, Manolios!, ¿que te ha sucedido?

Se adelantó como para abrazarlo, pero temió y se echó hacia atrás temblando.

—Yannakos, si no puedes soportar esto, vuélvete.

Y se dirigió hacia el cercado para que Yannakos no le viese más el rostro. Yannakos ató al asno a una rama de chaparra y lo siguió. Manolios oyó que su amigo se acercaba.

—Yannakos —le repitió sin volverse—, si no lo puedes aguantar, vuélvete.

—Tengo miedo... tengo miedo... —respondió Yannakos—, tengo miedo, ¡pero no te vayas!

Manolios traspasó el umbral, entró en la cabaña, cerró el tragaluz y se acurrucó en el rincón más sombrío. «He soportado el golpe —pensó— ¡Bendito sea Dios!» Yannakos entró, se sentó a la entrada, se quitó la gorra y se secó el sudor de la frente. Se hizo un prolongado silencio.

—¿Qué te ha sucedido, Manolios? —preguntó al fin Yannakos, sin levantar la vista del suelo.

—Nada —respondió Manolios.

—¿Cómo nada? —exclamó Yannakos—. Un demonio es el que se ha estampado en tu cara, Manolios. ¡Un demonio, éste no eres tú!

—Sí, soy yo —aseveró tranquilamente Manolios—. Jamás en la vida he sido yo tan verdadero.

Se calló un instante.

—¡Jamás en mi vida! ¡Jamás en mi vida! —repetía limpiándose con el pañuelo el rostro que supuraba.

—¡Te digo que es un demonio el que se ha plantado en tu cara! —gritó otra vez Yannakos, luchando con el pánico—. Te miro y me causas miedo... Levántate, móntate en el borrico y bajemos a la aldea.

—¿Para qué ir a la aldea? Estoy bien aquí.

—Para ver al pope Grigoris y pedirle diga una misa a fin de exorcizar al demonio.

—No, no; solamente te pido un favor; que no digas ni una palabra a nadie.

—Se lo diré solamente al pope Grigoris. Si te da vergüenza bajar a la aldea, él subirá y aquí dirá la misa.

—¡No, no! —chilló Manolios irguiéndose irritado—. Es necesario que soporte esta enfermedad en mi rostro, Yannakos, es necesario...

—No lo comprendo —chilló a su vez Yannakos levantándose—. ¿Por qué es necesario?

—Para mi salvación, Yannakos. De otro modo no puedo salvarme... No me mires así; no puedo explicártelo.

—¿Es un secreto?

—Sólo Dios lo conoce —respondió Manolios volviéndose a acurrucar en el rincón, un poco más calmado—. Sólo Dios y yo... y lo acepto.

—¿Y si es el demonio? —aventuró Yannakos.

—¡Es el demonio, Yannakos, lo has adivinado, es el demonio que se ha lanzado sobre mí, ¡bendito sea Dios!, de lo contrario hubiera sido mi perdición...

—¡No lo comprendo, no lo comprendo! —repetía Yannakos desesperado.

—Yo tampoco lo comprendía al principio, Yannakos... Pero después lo he comprendido. Entonces estaba desesperado, ahora estoy tranquilo. Y no solamente tranquilo, sino que glorifico a Dios.

—Eres un santo... —afirmó Yannakos sobrecogido por el respeto.

—Soy un pecador, un gran pecador —protestó Manolios—. Pero Dios es misericordiosísimo.

Se callaron. Se oían en lontananza las esquilas de los rebaños, el ladrido de los perros. El sol al ponerse dejaba todo en sombras azuladas que invadieron la cabaña. El borriquillo despechado al no poder ver a su patrón comenzó a rebuznar tristemente.

—¿Puedes comer? —preguntó Yannakos.

—Solamente leche con una paja.

—¿Te duele algo?

—No, nada... El cielo te proteja, Yannakos, vete, ya es hora, pero prométeme que no dirás nada a nadie. Óyeme es necesario que me quede aquí solo a luchar.

—¿Contra el demonio?

—Contra el demonio.

—¿Y si él gana?

—No ganará, no temas. Dios está conmigo.

—Eres un santo... —confirmó Yannakos otra vez—. Tú no necesitas a nadie. ¡Salud! Sábete que yo vendré a verte.

—¿Puedes soportar esto, Yannakos?

—Puedo... puedo... ¡Hasta pronto! Por un instante tuvo la peregrina idea de cogerle la mano a Manolios y besársela; pero se contuvo. Salió de la cabaña, desató el asno, cuya cola golpeaba de gozo, y, sin mirar hacia atrás comenzó a descender pensativo.

—¡Qué misterio el de este mundo! —comentaba consigo mismo mientras descendía la cuesta—. ¡Qué misterio tan enorme...! No puedes distinguir a Dios del demonio... ¡Hay muchas veces, Dios me perdone, que tienen la misma facha!

Al día siguiente Manolios tocó con el pie a Nikolio que dormía beatíficamente de espaldas en el redil.

—Nikolio, ¡levántate! vas a hacerme un encargo.

La cabeza demacrada del pastorcillo se irguió, encandilada la vista. Abrió los párpados y el blanco de los ojos le brillaba; aparecía como espantado al amanecer.

—¿Qué quieres? —gruñó bostezando.

—Levántate y lávate para despabilarte bien; después te lo diré— ¡Vamos! ¡Muévete! El muchacho se levantó refunfuñando y al estirarse descubrió su vientre de bronce. Los brazos, muslos y pantorrillas estaban cubiertos de vello negro y brillante. Olía a tomillo y a macho cabrío.

—Haz la señal de la cruz —díjole Manolios—. Aun cuando, nunca lo hagas, hoy sí es preciso.

—Dejemos eso tranquilo, patrón... —dijo Nikolio volviéndose a estirar y haciendo crujir las articulaciones—, ¿para que sirve eso?

En la montaña donde había crecido en medio de los machos cabríos, jamás le había acometido el deseo de hacer la señal de la cruz y mucho menos de ir a la iglesia. ¿Qué necesidad tenía ahora Nikolio de todo eso? Lo que él deseaba era tener buena salud, casarse cuando llegara el momento, tener hijos, tener corderos propios y envejecer fuerte y prolífico como la encina... y las chaparras. Las señales de la cruz y las Santas Vírgenes eran cosa buena para los de allá abajo.

Manolios se sentó; en el umbral en espera de que Nikolio se lavase y se despabilase totalmente. En la oscuridad había tomado una resolución terrible. No había pegado ojo en toda la noche, pues Dios y el demonio habían estado luchando con él. Al amanecer, después que Dios venció, Manolios se levantó y había ido a llamar con el pie al pastorcillo.

—Ya estoy —dijo Nikolio arreglándose con entrambas manos la cabellera—. Ya estoy despierto. Dime ahora lo que quieras que haga.

—Nikolio —díjole en voz baja Manolios—, escúchame bien; si tienes miedo, no me mires, mira a lo lejos, pero escucha bien lo que voy a decirte.

—Te escucho —aseveró Nikolio volviéndose a un lado.

—Vas a bajar a la aldea; irás a casa del gran patrón. Como es de día la puerta estará abierta, entra. Encontrarás primero el patio, dirígete a la derecha, al entrepiso, donde tienen el taller de hilar y tejer. Allí hallarás a Lenio mi novia.

—¿Lenio? —exclamó Nikolio volviéndose bruscamente, brillantes los ojos.

—Encontrarás allí a Lenio y la dirás... escucha bien mis palabras, Nikolio, grábalas en tu mollera:

«Manolios te envía saludos y te ruega que te tomes el trabajo de subir a la montaña. Tiene que hablarte». Eso es todo. Dicho esto te irás enseguida... ¿Has comprendido?

—Comprendido; es fácil. Me voy.

Se iba ya, impaciente por bajar a la aldea, cuando Manolios le agarró del brazo y le recomendó:

—¡Espera!, ¡cabrito montés! Si te pregunta cómo estoy, respondes que bien. Sobre todo, desgraciado, ¡no vayas a descubrir que estoy enfermo!

—No te preocupes, patrón, no te preocupes. Le diré: está bien y pondré pies en polvorosa.

—¡Lárgate! Nikolio salió disparado y desapareció.

Lenio, luego de levantarse, había preparado una tisana muy fuerte de ron y se dirigía ya, escaleras arriba, a llevársela a su patrón, el viejo Patriarqueas. Llenita de carnes, cabellos enmarañados, subía los escalones pavoneándose como una gallina.

El viejo arconte, sentado sobre un muelle colchón, miraba hacia abajo por la ventana los tejados de la aldea. Su imaginación pasaba revista a todos los aldeanos, llamaba a todas las puertas, entraba, les decía unas palabritas amables y se iba a otra casa. Escalaba la montaña, pasaba rápidamente por entre los corderos, llegaba hasta Manolios y se enfurecía. ¡Habráse visto este asqueroso criadillo, hacerme frente! Su alma... su alma, según dice, no está preparada... ¡Eh, desgraciado, si hasta fines de abril no te casas con Lenio, te pongo de patitas en la calle, y te embalo de nuevo al monasterio como un castrado! ¡Pisoteas el pan que te doy, sinvergüenza! Tú eres el que ha trastornado a mi

hijo, sí, eres tú, pobrete, quien se compadece de los miserables, porque son también seres humanos, según dices, ¡son también hermanos nuestros! Todo eso está muy bien para ser dicho y oído en la iglesia, cuando el pope habla los domingos desde el púlpito. Pero, brutote y medio, preciso es que seas cerrado del todo para querer poner en práctica todo eso.

Se abrió la puerta y entró Lenio con la tisana. Los pensamientos del viejo Patriarqueas saltaron inmediatamente de su hijo y del pastor, para detenerse en la hija complaciente, incitante, que le traía la infusión pavoneándose. Entornó los párpados y la miró acercarse, admirando aquellos senos insolentes, la cintura bien ajustada, los músculos fuertes. ¿Qué quieres que haga, intangible hembra para mí, puesto que —así pensaba—, yo creo que eres mi hija... Tu madre también era como tú bulliciosa cuando joven, ¡Dios la tenga en su gloria! y una noche sucedió... El arconte se acarició el bigote y suspiró.

—¿Cómo te sientes hoy, patrón? —le preguntó Lenio con engatusadora voz—. ¿Por qué suspiras?

—¿No te parece poco motivo para suspirar? Mi lindo hijo y Manolios, los dos a una me están matando... Según me han dicho, tú has ido ayer a la montaña a verlo; ¿qué te ha dicho ese bobo?

—¿Qué quieres que te diga, patrón? —contestó Lenio suspirando a su vez y sentándose en el borde de la cama, a los pies del viejo—. Es como si una hechicera le hubiera echado mal de ojo... Decía cosas que no tenían ni pies ni cabeza... En vez de mirarme como los hombres, bajaba la vista o bien la levantaba al cielo y giraba los ojos... ¿Qué quieres que te diga, patrón? ¿Y si le mandases ir a casa del pope Grigoris, para que lo exorcizase? No es cosa de risa; pues Manolios no está en sus cabales, patrón.

El viejo cuco miraba a Lenio agitarse azorada. Lanzó un suspiro y le preguntó al tiempo que comenzaba a beber con ruidosos sorbos la tisana:

—¿Tú lo amas, eh?

—¿Qué quieres, patrón? Tú me lo has dado y por eso a él me entregaré. Si me hubieses dado otro a ése me entregaría. Tú sabes que para mí todos los hombres son iguales.

—¿También los viejos, Lenio? —le preguntó el viejo guiñando un ojo.

—¡Eso no! —respondió rotundamente la muchacha enfadándose—: solamente los jóvenes.

—¿Hasta qué edad? —insinuó el viejo.

—Hasta que puedan engendrar hijos —replicó sin titubear Lenio. Parecía que la muchacha conocía a fondo esos problemas y había formado acerca de ellos un juicio definitivo.

—Bien, tienes agudo el entendimiento como una navaja de afeitar, Lenio. Acuérdate de lo que te digo: sabes lo que quieres; irás lejos.

La hija reventaba de risa y se levantó; tomó la taza vacía y llegó hasta la puerta; pero el viejo la detuvo, preguntándole:

—¿A qué día estamos de abril? Lenio echó cuentas con los dedos: domingo, lunes, martes...

—A veintisiete, patrón.

—Bueno, tenemos que esperar todavía tres días a que su Excelencia Manolios se digne contestar. Si pierde la chaveta y rebasa semejante *boccatto di cardinali*, no te importe, Lenio, yo te encontraré un marido mejor, verdadero hombre, que no piense en almas y en sonseras semejantes, y que te llene la casa y el patio de niños. Vamos, vete. Pienso levantarme hoy para visitar la iglesia; después daré una vuelta por la aldea... Tráeme una muda para cambiarme.

—¡Este viejo de porquería! —susurró Lenio bajando por la escalera, estremeciéndose como si le hiciesen cosquillas—; me devoraba con los ojos... Por Dios que si no fuese mi padre, lo incitaría a casarse conmigo; y peor para él si no pudiera engendrar hijos. Magnífico negocio. ¿Acaso no hay otros muchos que sí pueden? Pero el diablo ha metido la pata. Bah, tanto peor, después de todo ¡Manolios no está tan mal!

En aquel preciso momento llegaba Nikolio a la puerta; sentía calor y todo su cuerpo sudaba exhalando un olor a carnero que se extendió por el patio. Algo así como un macho cabrío empinado en las patas traseras, o un arcángel encolerizado.

Al verlo, Lenio se detuvo presa de temor.

—¿Quién es éste? ¡Qué bien huele! —susurró—. Y después gritó:

—¿Qué deseas, Nikolio? ¿Eres tú?

—Sí, soy Nikolio —dijo como en eco la voz de Nikolio un tanto cambiada.

—¡Pero no es posible! ¡Si estás hecho un hombre de cuerpo entero! ¡Hasta te ha salido ya bigote! ¿Qué es lo que te trae por acá?

—Manolios me ha encargado esta mañana muy temprano que te diga algo de su parte ¡y aquí me tienes!

—¿Manolios? —preguntó Lenio palpitándole el corazón y acercándose a Nikolio—. No grites tanto, no estás en la montaña. Habla más bajo aquí. ¿Qué te ha encargado que me digas?

—Esto es lo que me ha dicho que te diga: Saludos de Manolios; tómate el trabajo de subir a la montaña pues él quiere hablarte.

—¿Eso es todo? Bien, no tienes que responderle más que yo voy a ir...

Espera, no te vayas. ¿Y cómo se encuentra?

—¡Está bien, bien! —gritó Nikolio poniendo pies en polvorosa y dejando tras sí un olor acre.

Michelis salía en aquel momento al patio, acabado de afeitar, perfectamente peinado, engalanado con ropas domingueras; se disponía a ir a la iglesia para oír el Evangelio y ver a Mariori. De pie, en medio del patio, aparecía como un ángel. Lenio se quedó un momento inmóvil admirándolo. «Así es como habrá sido mi padre de joven, un San Jorge», pensó.

—Buenos días, Lenio —díjole Michelis cubriéndose con el kalpak que llevaba en la mano—. Voy a la iglesia.

—Que Dios te ayude —respondió Lenio inquieta—. Ve derechito a la iglesia, amo, no equivoques el camino.

—Tú sí que lo equivocarás. Te irás derechita a ver a Manolios, según pienso —afirmó Michelis que había llegado a ver al mensajero en el momento en que disparaba—. No te lamentes.

—No me quejo, ¿quién te ha dicho lo contrario? —replicó la joven picada en lo más vivo—. Somos humanos también nosotros los criados, ¡eh! Dios no nos da tiempo para lamentaciones. Y si Manolios se vistiese como tú, patrón, sería también un hermoso arconte.

—Tienes razón, Lenio —respondió Michelis franqueando el umbral—. Sí, tienes razón; la vestimenta es la única cosa que nos diferencia.

En aquel momento la campana tocó a misa.

—Bueno, me voy, Lenio, que traigas buenas noticias de la montaña.

—Y tú de la hija del pope —respondió Lenio pagándole con la misma moneda.

La iglesia olía a cera e incienso. Sobre el iconostasio resplandecían los iconos suavemente; los muros desde el suelo a la cúpula estaban cubiertos de santos y de alas de ángeles multicolores. Al entrar en esta antiquísima iglesia bizantina, diríase que penetrábamos en un paraíso lleno de aves fantásticas y de flores tan altas como nosotros; los ángeles parecidos a gigantescas abejas, volaban de flor en flor libándolas. En lo más elevado de la bóveda, adusto y amenazador, el Todopoderoso dominaba por encima de los humanos seres.

Abajo, sobre las losas se hallaban los fieles, los hombres delante, las mujeres detrás, y todos ellos zumbando también como abejas. Venían, se inclinaban ante los iconos, los tocaban levemente, después se extasiaban escuchando los cánticos. Detrás del banco, estaban las sillas reservadas a los notables con bandeja y cirios. Nadie ponía en duda que el viejo Patriarqueas asistiría. En cuanto al capitán Furtunas, precisamente a esa hora gemía, virando a babor y estribor, en el lecho. Hoy habían ya llegado solamente el maestro, limpios los lentes y el cuello blanco, y el tío Ladas mohíno, que se puso a su lado. La noche anterior Yannakos le había traído malas noticias; aquellos haraposos desterrados, en su peregrinación durante tres meses por caminos y aldeas, habían vendido hasta la última alhaja; no les quedaban más que los dedos vacíos. ¿Qué podía hacer el tío Ladas con tantos dedos? Ni más ni menos que con tantas orejas sin pendientes. Echaba pestes contra su mala suerte. No estoy de vena, rezongaba de pie, detrás del sillón. Hubiera hecho falta que esa aldea hubiera sido vecina de Licovrisí para ser yo el primero... y llegar a tiempo. ¿De qué sirve que haya sido incendiada? ¡Que se la lleve el diablo!

Los que entraban, depositaban una moneda en la bandeja, cogían un cirio, se santiguaban y avanzaban hacia el iconostasio. El espíritu del viejo Ladas estaba muy lejos de allí... «Felizmente que me ha firmado el recibo de las tres libras, este idiota. Si hubiera sido yo...»

Pero no pudo llegar al término de sus pensamientos. Una pesada masa penetró y se sentó a su lado, haciendo crujir el sillón. Se volvió molesto y vio al viejo Patriarqueas de mejillas pálidas y flácidas, ojos mortecinos, labios amarillentos y duros. «No acabará de reventar este puerco todo gordura y tocino», pensó. Al mismo tiempo se volvió y lo saludó.

—Salud óptima, te deseo arconte —susurró de dientes para afuera; después se volvió a hundir en sus preocupaciones.

Cuando entró Michelis, la iglesia estaba resplandeciente. Llegaba atrasado, pues había ido a ver a Mariori que lo aguardaba en la casa, donde sólo se hallaba la vieja ama de cría, sorda y afectuosa.

—Cómo has tardado... —comentó Mariori apostada detrás de la puerta.

Ella también se había preparado con sus más hermosas galas. Un collar de monedas de oro, recuerdo de su madre, brillaba en su garganta; se había maquillado ligeramente las pálidas mejillas con el *rouge* traído la víspera por Yannakos. Pero los ojos aparecían sin vida, como si hubiera llorado, y circundados de moradas ojeras.

De vez en cuando se llevaba a la boca el pañuelo que tenía en la mano.

—¿Por qué me has llamado? —comenzó inquieto Michelis—. ¿Por qué estás triste, Mariori?

—Padre está apurado —respondió Mariori bajando los ojos—. Está apurado, quiere que la boda sea pronto.

—Pero ¿no habíamos elegido como fecha Navidad, Mariori? No hace todavía un año que mi madre ha muerto, y no sería correcto...

—Está apurado —repitió la joven a media voz—. Todos los días me hace una escena; se levanta de noche, se pasea por la habitación y no puede dormir.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué es lo que lo apremia tanto?

—No sé, Michelis, no lo sé... —susurró Mariori temblándole la voz.

Ella sabía perfectamente por qué el viejo se impacientaba tanto, pero no se atrevió a confesarlo. Sabía, al sentir su cuerpo minado por la enfermedad, que su padre tenía razón y que había que darse prisa.

—Mi padre no quería a mi madre —manifestó Michelis—. Era mayor que él, había envejecido ya; ella lo zahería... Mi padre estaba harto; por tanto no ha sentido la muerte de mi madre. No obstante, no quiere obrar contra la costumbre, y no ha pasado un año. Como es el arconte de la aldea, tiene que dar ejemplo... ¿Lo comprendes, Mariori?

—Lo comprendo... lo comprendo... Mas mi padre se impacienta, como te digo, y la toma conmigo... ¡Ya no doy más!

Sintió que le venía un golpe de tos; se contuvo y se tapó la boca con el pañuelo, mientras su húmeda mano temblaba, apoyada en la palma de Michelis. Éste la miró, de repente, espantado. Vio que había adelgazado de manera sorprendente, que los huesos se le asomaban bajo la piel, y que el rostro presagiaba una calavera...

—Mariori... —balbuceó apretando la mano de Mariori contra su pecho—, Mariori...

Le parecía como si se alejase sin que pudiera el detenerla, como si no fuera más que un puñado de tierra que le dijese adiós.

—Michelis mío —dijo la joven, esforzándose por contener las lágrimas—, Michelis mío, tenemos que irnos. Ve a la iglesia... Yo iré dentro de un instante... Llegamos atrasados... ¡Vete, que Dios extienda su mano sobre nosotros! Ella le abrazó la cabeza y la retuvo largo rato contra su pecho.

—¡Que Dios nos tenga de su mano! —susurró otra vez y apresuradamente entró en la casa donde se echó, casi desvanecida, en brazos de su nodriza.

Michelis abrió suavemente la puerta y, con el corazón y garganta oprimidos, se dirigió a la iglesia.

Permaneció de pie, cerca del sillón de su padre. Éste volvió la cabeza y lo miró con admiración. «Así era yo, pensó, así era yo a tu edad... ¡Pícara vida, que te esfumas como un cuento de hadas!»

Mientras tanto, Lenio se había peinado. Se había echado agua de flor de naranjo en los cabellos y en el pecho; atado en la cabeza un lazo amarillo con rayas rojas que su amo le había regalado por Pascua, y después se había ido por las callejuelas de la aldea hacia el sendero que la conduciría a la montaña de la Virgen.

Terminada la misa, los aldeanos con ropas domingueras se habían dispersado por la plaza; unos, paseando por ella; otros, bebiendo y riendo, en el café de Kostandis.

El agá, sentado al balcón, fumaba el narguile. A su derecha estaba Hussein con la trompeta; a la izquierda, Yusufaki, que le servía de beber, saboreando mastic. Entornando los legañosos ojos, el agá miraba a los aldeanos, abajo en la plaza, como el pastor vigila desde lo alto al rebaño, con condescendencia y solicitud. Sabía que él era todo un hombre; los demás, corderos. Que él comía carne; los otros, pasto. El agá los dejaba pacer tranquilamente para que le proveyesen de lana, leche y carne.

Lenio subía por la montaña con el corazón ligero. Se imaginaba para qué la llamaba Manolios. Se casarían esta semana, y, terminada esta espera, la verdadera vida comenzaría entonces —durante el día, los cuidados de la casa y de la cocina; por la noche los abrazos, y a los nueve meses... ro... ro... ro..., el hijito, el rorro... Dejaré de ser sirvienta, seré esposa y madre.

Manolios le agradaba; muchacho plácido, trabajador, buen mozo, de barba rubia, ojos azules, rostro cariñoso, un verdadero Cristo. El corazón de Lenio tenía alas; escalaba la montaña más ligeramente que ella misma; así llegaba antes al redil, revoloteaba alrededor y se posaba en los hombros de Manolios, como una perdiz amaestrada, gordita, de patas rojas, y mimosa le picoteaba la nuez y el cuello.

«En este momento ha de estar sentado en la piedra saliente del cerco, esperándome; y su corazón, como el mío, pensaba, también debe estar volando hacia mí».

Y era verdad; Manolios se hallaba sentado en el poyo de piedra del cerco, no cesando de limpiarse la cara tumefacta, cuyas grietas se habían recubierto y supuraban.

—Tengo compasión de ella, pobrecita, lo siento por ella, —decíase—, pero es preciso... Es preciso que me libre de toda tentación, que mi alma se purifique, que mi carne también se purifique, que llegue a ser digno...

Aguzó el oído, oyó el paso rápido y ligero de Lenio, husmeó en el aire el perfume de azahar; las sienes y las ventanas de la nariz le palpitaron.

«Ya llega, ya llega, pensó. ¡Ya está aquí, ya está!» El lazo amarillo apareció. Lenio se detuvo un momento poniéndose la mano como visera encima de los ojos. Lenio fingió no verlo para que él se arrancase, como era su costumbre y la abrazase por el talle para ayudarla a subir... Pero hoy Manolios permanecía quieto.

—¡Manolios! —le gritó no pudiéndose contener por más tiempo.

Manolios no respondió. Estaba en la roca, mudo, sin moverse.

Lenio echó a correr, se acercó, levantó la cabeza, lo vio, lanzó un grito:

—¡Virgen Santísima! —Y se desplomó.

Manolios descendió; la levantó. Ella se cubrió los ojos con el brazo izquierdo, en tanto la mano derecha detenía a Manolios para que no la tocase.

—¡Vete! ¡Vete! —gritaba Lenio con voz estridente—, ¡Vete! —Mírame otra vez, Lenio —dijo dulcemente Manolios—, mírame otra vez, para que te sea para siempre asqueroso, y puedas desembarazarte de mí...

—¡No, no! —chilló la desgraciada—, ¡vete!

Manolios retrocedió y fue a sentarse de nuevo en la piedra. Los dos permanecieron un buen rato sin hablar. Lenio fue quien primero rompió el silencio.

—¿Qué tienes? —le gritó—. En el nombre del cielo, habla ¿qué tienes?

—La lepra... —respondió tranquilamente Manolios.

Lenio se estremeció y volvió la cabeza hacia la aldea.

—Me voy —dijo—. ¿Para esto me has hecho venir?

—Sí, era para esto —respondió Manolios siempre tranquilo—. ¿Puedes ahora casarte conmigo? Claro que no puedes. ¿Quieres tener de mí hijos leprosos? Claro que no. Aléjate, pues.

Otra vez permanecieron sin decirse nada. De repente la joven empezó a sollozar y a estremecerse.

—Que te vaya bien, Lenio —díjole Manolios volviéndole la espalda para tornar al redil—; ¡adiós!

Lenio no respondió. Se enjugó los ojos con el hermoso lazo amarillo y miró a su alrededor atontada, no sabiendo qué camino tomar. Manolios había desaparecido. A su alrededor todo quedaba desierto.

El sol se hallaba a la mitad de su carrera. No se oía sino las esquilas del ganado que iba a echarse a la sombra de las chaparras y carrascos. Una flauta tocó por un momento en medio de la soledad, pero casi enseguida enmudeció en una nota plañidera.

—¡La lepra... la lepra...! —no cesaba de repetirse Lenio horrorizada. Y, en el calor sofocante del mediodía, tiritaba.

Cuánto tiempo permaneció así, acurrucada entre las piedras, ni ella hubiera sabido decirlo... Le parecieron siglos, pero no fueron sino unos pocos momentos, porque el sol se hallaba todavía inmóvil en lo más alto del firmamento.

La flauta moduló de nuevo, plañidera, alegre, insinuante, como alma que no pudiera soportar la soledad.

Lenio, fascinada e inconsciente, dirigió sus pasos hacia la flauta que la llamaba. Se diría que ella oía su nombre, que alguien la llamaba. Lenio iba tropezando, respirando entrecortadamente. Dio algunos pasos y aguzó el oído. La flauta se oía más cerca, más acariciadora, más suplicante; la llamaba, la atraía... Lenio no pudo resistir más.

De repente, bajo la sombra de una majestuosa encina, perdida en una concavidad de la montaña, Lenio vio un rebaño tendido a la sombra, en busca de un poco de frescor. Dos animales solamente había de pie, al parecer persiguiéndose y embistiéndose. Cerca de ellos, de pie y medio desnudo, el pastorcillo daba brincos y bailaba al son de los animales, apretando entre los labios una larga flauta... De vez en cuando, se quitaba la flauta de la boca y lanzaba gritos salvajes, palmoteaba, profería balidos y volvía a tocar la flauta más fuerte, cada vez más fuerte...

Hechizada, Lenio avanzaba vacilante. El pastorcillo estaba de espaldas; no podía verla. Lenio ahora sí que distinguió bien: era un macho, el carnero padre, el morueco, de pesado vellón negro, cuernos en espiral, que perseguía a una blanca cordera, esforzándose por montarla, pero ella lo huía. El macho se alzó otra vez sobre las patas traseras, la atenazó con las de adelante y se dejó caer sobre la cordera gimiendo débilmente, como si la suplicase... El pastorcillo seguía el combate amoroso; saltaba también, danzaba y lanzaba gritos cariñosos y suplicaba juntamente con el morueco.

—¡Abrázala, Dassos... móntate encima, Dassos! —clamaba y lo incitaba con las notas de la flauta.

Lenio, sin aliento, llegó hasta muy cerca del pastorcillo. Como la cordera, ella también con la lengua colgando y jadeante. Le dolían las sienes.

Extenuada, como si tampoco pudiese dominar su deseo, la cordera de repente se detuvo. Dassos de un salto la montó y la cubrió plenamente. Le colgaba la lengua y se puso a lamerle la nuca y a mordisquear a la cordera. Toda la lana apareció bañada de sudor y por el aire sofocante se expandió un olor acre a macho.

Nikolio tiró la flauta, se quitó las pocas prendas que le quedaban, y se puso completamente desnudo y cubierto de sudor a danzar y a balancearse como el carnero.

A Lenio las venas del cuello se le reventaban, los ojos se le nublaron. De súbito, Nikolio al danzar se volvió; la vio; se lanzó sobre ella; y la revolcó en el suelo, justamente contra el carnero y la cordera.

CAPÍTULO VI

—EL POBRE CAPITÁN FURTUNAS no va nada bien, agá. Los huesos del cráneo no quieren soldarse. ¡Y qué no se le habrá hecho! ¡Cuántos ungüentos, pomadas! Hasta el pope Grigoris ha corrido a recitarle oraciones. También una gitana le ha echado las cartas. Se han puesto velas a San Pandeleimón, el patrono de los enfermos; se le ha hecho comer las entrañas de un gato, pues dicen que tienen siete vidas, ¡y todo como si nada! Ni Dios ni el diablo quieren que el difunto capitán sane.

La palabra difunto se le escapó a la tía Mandalenia. Se mordió la lengua.

—Que no lo haya oído el diablo —susurró y volvió a hablar zalameramente—. Hoy ha enviado un recado a Michelis, el hijo del arconte, para que se acerque, pues quiere hacer testamento. Ahora, agá, voy en busca del pope Grigoris para que le administre el Santo Sacramento. Nuestro capitán ha levado anclas, se prepara a zarpar. Hace un momento me llamó para decirme: «Tía Mandalenia, hazme el favor de ir a casa del agá y dile: Muchos saludos de parte del capitán Furtunas barbilampiño, dice que alza las velas y que se va; ¡hasta que vuelva a veros!» Y aquí he venido, agá. Yo soy la tía Mandalenia.

El agá soñoliento, hinchados los ojos, colgándole los mofletes, descalzo, sin lavar, se hallaba sentado tomando café para despabilarse. Escuchaba a la vieja Mandalenia como quien oye llover. Cuando ella se calló, el agá abrió perezosamente la boca, preguntando desvalidamente:

—¿Y su cabeza?

—Perfectamente, agá, como un reloj.

El agá se calló otra vez.

—¿Tiene miedo? —volvió a preguntar quedándose con la boca abierta.

—Absolutamente, agá; el buen hombre, no siente miedo en absoluto. Le hablas de Dios, se ríe; le hablas del demonio también se ríe. Que Dios me perdone, pero creo que no daría él ni una moneda a uno ni a otro.

—¿Bebe?

—Sí, pero poco.

—Cuando me despabile bien, iré a decirle adiós. Dile que llevaré conmigo al guarda de corps Hussein para que toque la trompeta; también irá conmigo mi Yusufaki para que le cante su amané preferido; él sabe cuál es. Ahora tomo café, después tomaré el chibuquí y el *raki* y vendrá Yusufaki a friccionarme los pies y me despabilaré bien. Entonces bajaré... Escucha una palabra: sobre todo que no vaya a emborracharse antes de que yo llegue, ¡díselo! ¡Es menester que me espere! Ahora, ¡vete!

Amarillo, delgado como un espárrago, asomándole los huesos por la piel, y seca ya la sangre de una larga herida en la cabeza, el capitán yacía en el lecho, dando la espalda a la pared, tranquilo, sin miedo, sin arrepentirse. Le chispeaban los ojos, tan pequeños y maliciosos, como los del mono que en cierta ocasión viera en Odesa.

Cerca de la cama, en una mesita estaba el *raki*, el chibuquí y una estatuilla de escayola comprada hacía mucho en un lejano puerto, y que representaba a la reina Victoria de Inglaterra. «Es un marimacho, se había dicho, gorda, abundante "escaparate", me agrada...» La compró y desde entonces siempre la había conservado cerca de sí. «Es mi mujer, afirmaba echándose a reír, tiene más bigote que yo, pero ¿qué se le va a hacer? Me agrada».

Volvió la vista; recorrió con la mirada su pobre chiribitil: las paredes sucias, cacharros cubiertos de telas de araña, estantes vacíos, un alargado cofre repleto de trapos, de zapatos viejos, de chalecos de franela y de hierros mohosos. En un nicho un cántaro de agua y en un rincón una damajuana de *raki*. Dejó que la mirada se detuviera por un buen rato sobre cada objeto para despedirse de ellos. Pero, sobre una vieja fotografía clavada en la pared frente al lecho, sus ojos se detuvieron más

tiempo. Representaba su «difunto» barco: todas las velas desplegadas, bandera griega a popa y una sirena con los senos desnudos en proa. Él, como capitán del barco, a los treinta años, empuñaba el timón.

Con el pensamiento se volvió a embarcar; el barco levó anclas de la fotografía cubierta de motas de moscas, y se dirigió a alta mar. Pero una espesa niebla se había extendido. El capitán Furtunas casi no distinguía, sino muy vagamente, las islas, la costa, los turcos de turbantes en el muelle, ni a las mujeres muy escotadas casi tanto como la sirena de proa...; ni en el puerto casi distinguía las tabernas donde los marinos se sofocaban entre humo de cigarrillos, de chibuquís y de pescado frito...

Todo era nebuloso, tanto las alegrías como las penas, y hasta las heridas recibidas, cuando había partido en su barco a la guerra del 97 transportando a Grecia municiones y víveres de contrabando... En cierta ocasión se enamoró y casi pierde la cabeza por una turca, cuyo nombre ya no recordaba; tampoco sabía si fue en... Constantinopla, en Esmirna, en Aivali, en Alejandría. Se llamaba Giulda, Fátima, Eminé; no se acordaba. Una bruma espesa caía sobre el mundo de aquí abajo; y de toda su vida sólo un acontecimiento emergía bañado de luminosidad, en medio de la compacta niebla: el día en que, durante un mes de abril, en Batún, por San Jorge, había ido con otros tres amigos a pasear a un jardín colmado de flores de un rojo oscuro. Se habían sentado en unas piedras y se habían puesto a comer y beber y a canturrear. Llevaban turbantes a franjas; el sol caía con fuerza; el olor a mar embalsamaba el aire; las mujeres brillaban por su ausencia. Solos los tres, todos buenos mocetones, de cabellos negros o rubios. Uno se llamaba Jorge y celebraba su santo. Y he aquí que mientras comían, bebían y cantaban, una lluvia fina empezó a caer, fina y lenta, lustrando las gruesas hojas de los árboles y moteando los guijarros y piedras del jardín. Por su parte, la tierra, con olor a tierra mojada, también embalsamaba el ambiente. Tres armenios se presentaron con mandolinas, oboes y tamboriles, se acomodaron en el suelo entre las sombrías flores y lanzaron al aire amanés...

¡Qué alegría! ¡qué dulzura! La vida chispeaba y picoteaba en la epidermis del hombre, como un pajarillo en celo... El capitán Furtunas estrujó la memoria, pero no se acordaba de más. De nada más. Decididamente toda su vida se había esfumado como humo. Ese minúsculo placer y el caer de la lluvia fina en Batún, eran lo único que habían sobrevivido...

—Pero ¿dime? ¿Nada más que esto? —rezongó—, ¿toda mi vida se reduce a eso? A una lluvia fina, a tres amigos, a unas cuantas flores rojas... ¡Es para perder la chaveta, nada más me ha ocurrido! Y yo que creía haber conquistado el mundo...

Extendió el brazo para coger de la mesita el vaso de *raki*, pero, en aquel momento se abrió la puerta y el agá entró. Llevaba uniforme de gala, pantalón rojo, pistolas de plata, hermosas polainas nuevas; del sobaco le pendía un pañuelo de seda, como si fuese a un casamiento. Inmediatamente detrás lo seguía Yusufaki, masticando, medio adormilado, pero blanco y fresco como el pan reciente. Después, Hussein, con aire adusto, altivo, sin abandonar la trompeta.

—¡Buena mar y buen viento, capitán Furtunas! —gritóle el agá animadamente—. Te has embarcado y, según me dicen, ¡te vas!

—¡A la vela, agá, viento de popa, adiós!

—Y ¿adónde diablos vas, canalla barbilampiño? —le preguntó el agá riéndose y dejándose caer en la vieja arca—. ¿Qué idea te ha venido de abandonar este mundo? Quédate un poco más. Hace pocos días me han traído un *raki* exquisito, viejo, verdadero alcohol con negras moras en maceración. No te pido más que esto. Quédate para beberlo conmigo, y después te largas.

—Adiós, agá; te digo que esto se acabó. He levado anclas, estoy al timón; estoy dispuesto. Bébelo tú solo.

—Y ¿adónde vas, pobre viejo? ¿Por lo menos, sabes adónde vas?

—El diablo sólo lo sabe. Voy adonde me lleve el viento, ¡eso es todo!

—¿Y qué dice tu religión? ¿Acaso no eres cristiano?

—¡Bah! ¡bah! ¡bah! —se rió burlonamente el capitán agitando la mano—, si hago caso a mi religión me voy de patitas derecho al infierno.

El agá se echó a reír.

—Y si yo creo en la mía, iré derechito al paraíso... ¡Atestado de pilaf, de mujeres y de

Yusufakis! Pero dime, capitán, y ¿si por casualidad nuestras religiones nos refieren tonterías? Este mundo de aquí abajo es un sueño; la vida no es más que *raki*; beber y emborracharse. Nuestra cabeza da vueltas según el viento que sopla; tú haces de «rumi», yo de agá turco... Dejemos esto. Barbilampiño, si he de serte franco, ¡estoy aburrido! Se volvió hacia el hermoso muchacho:

—Levántate, Yusufaki, mi vista ha descubierto una damajuana en aquel rincón; levántate y sírvenos de beber.

La vieja Mandalenia entró, se inclinó sobre el capitán y le dijo al oído:

—Capitán, el pope va a venir de un momento a otro con el Santo Sacramento; no bebas *raki*.

—¿Qué pope, vieja hechicera? ¡Deja eso! Toma la damajuana y sírvenos.

La vieja gruñó. Temblándole las manos les llenó los vasos de *raki*.

El agá se levantó, se acercó al lecho, y apuró el vaso con el capitán:

—¡Buen viaje, barbilampiño!

—¡Buen viaje, cuando te toque, agá querido! Se rieron los dos ya de buen humor.

—Capitán —dijo el agá limpiándose los bigotes—, si nuestro Mahoma y vuestro Cristo hubiesen bebido *raki* apurándolo como nosotros dos juntos, habrían llegado a ser buenos amigos y no habrían sentido necesidad de arrancarse los ojos... Como no han bebido, han echado a rodar el mundo en un charco de sangre... Mira, ¿no ves cómo hemos llegado a ser amigos nosotros dos, capitán? ¿No hemos pasado buena vida?

—Ahora viene el pope para hacerme comulgar, agá —dijo el capitán, cuya cabeza le comenzaba a dar vueltas—. Adiós.

—Espera, viejo, no estés tan apurado. No te vayas todavía. Te he traído a Yusufaki para que de despedida te cante el emané que te gusta. No es bueno que partas sin canciones, viejo querido... ¡Vamos, Yusufaki, pequeño mío, entona tu amané!

Yusufaki se sacó la bola de mastic de la boca, la pegó en la rodilla y apoyó lánguidamente la mano derecha en la mejilla. Iba a abrir ya la boca cuando el agá extendiendo el brazo, le ordenó:

—Espera, tesoro, mejor es que se toque primero la trompeta. Y volviéndose hacia el guarda de corps le mandó:

—¡Abre la puerta, ponte en el umbral y trompetea! Hussein, abrió la puerta, embocó la trompeta y se puso a tocar a todo pulmón.

—¡Basta! —gritó el agá—. Ahora, Yusufaki, ¡nuestro amané!

Otra vez se elevó la vocecita clara y apasionada. El capitán fue todo oídos y su corazón desbordó de pena y de dulzura «*Dunia tabir, ruya tabir...*» «¡El mundo y el sueño no son más que una misma cosa, amán, amán!»

Nunca el capitán había sentido tan profundamente que el mundo y los sueños no son más que una misma cosa. .. Había debido adormilarse y soñar que era capitán y que había encallado en los puertos del Mar Blanco y del Mar Negro, que había estado en la guerra, que era griego y cristiano y que ahora, por las trazas, fallecía... Pero no, no se moría, se despertaba, la pesadilla había desaparecido; ¡amanecía! Tendió pesadamente la mano y susurró:

—Gracias, agá, amigo mío, sólo tú has comprendido mis tormentos. Adiós también a ti, Yusufaki; que tu boquita no se malogre, que se transforme en rubís cuando mueras.

El agá se enjugó los ojos.

—Vamos, viejo y querido capitán. Perdóname si alguna vez te he llamado barbilampiño, solamente fue por afecto. Bueno, ¡buen viaje! Se inclinó, lo abrazó. Los dos tenían los ojos empañados en lágrimas.

—Bueno, yo no sabía hasta qué punto te quería, querido agá —dijo con voz doliente el moribundo—. ¡Consérvate bien!

Se separaron. Una vez fuera, el agá se volvió hacia su guarda:

—Toca otra vez atención para que el capitán se anime. Deseo que el pueblo todo se entere que nos reuniremos para el entierro. Uno de los pilares de la aldea se derrumba.

El cielo se había cubierto de ligeros nubarrones de verano y empezaron a caer algunas gotas.

—¡Apretemos el paso, hijos! Llevo ropa nueva.

Y los tres echaron a correr.

Michelis, con papel y recado de escribir, se cruzó con ellos.

—Agá, ¿cómo está nuestro capitán?

—Bien, joven. Está aún mejor que los vivos. ¡Ve de prisa! La vieja Mandalenia abrió la puerta de par en par, pues esperaba al pope con el Santísimo Sacramento. Pero en vez del pope, el que apareció fue Michelis echando el bofe.

—No te apresures, hijo mío —le indicó la vieja—. Todavía resiste: le cuesta morir; el difunto...

Michelis entró; la vieja cerró la puerta.

El capitán agotado, había cerrado los ojos. La sangre le goteaba por las mejillas y sobre las sábanas. La vieja se acercó, le limpió y le dijo al oído:

—Capitán, Michelis ha venido con el recado de escribir; haz un esfuerzo.

El capitán levantó un poco la cabeza herida y abrió los ojos y dijo:

—Bienvenido, joven señor.

Pero volvió a entornar los ojos y se adormiló.

—Un buen hombre era ciertamente el pobre —empezó la vieja en voz baja, limpiándose los ojos y nariz que le chorreaban—. Con todo, un buen hombre, a pesar de su aspecto hosco. Mi difunto marido era igual... Y comenzó a relatar en voz baja sus infortunios. Al parecer eso la aliviaba. Michelis lió un cigarrillo y se puso a fumar. Él también tenía sus propios sufrimientos, pero no se los confiaba a nadie... Oía a la vieja, pero su espíritu estaba muy lejos de allí...

Un perro ladró lastimeramente en la vecindad. La vieja se levantó exasperada.

—¡Maldita bestia! ¡Ha debido haber visto al mismo Caronte para ladrar de esa manera! Abrió la puerta, cogió una piedra, la lanzó y volvió a entrar.

El capitán abrió los ojos y preguntó:

—Michelis, ¿dónde estás? Acércate. No puedo ya hablar fuerte. Toma un papel y escribe:

—No te fatigues, capitán, no tengo prisa.

—Escribe, te digo, y deja los consuelos a un lado. De siete almas que tenía, ya seis han partido. No me queda más que una y está en mis labios, dispuesta también a escaparse. Apresúrate y escribe mientras me queda un poco de vida.

Michelis se acercó a la almohada, preparó el papel, mojó la pluma en el tintero.

—Escucho, capitán.

—Para comenzar, escribe que me hallo con mis cinco sentidos y que soy cristiano ortodoxo. Mi padre se llamaba Teodoro Kapandais. No tengo hijos, ni sobrinos, ni perros; no me he casado: pude zafarme, ¡bendito sea Dios! Tenía algún dinerillo, me lo he comido. Tenía algunos campos, los he vendido y me los he tragado también. No, no me los he comido, me los he bebido; para el caso es lo mismo. También poseía un barco, ése que está ahí en la fotografía, naufragó frente a Trebizonda y se fue a pique; los bienes que por junto me han quedado, ¡helos aquí! —dijo designando los enseres que lo rodeaban.

»Quiero distribuirlos entre los pobres y los amigos para que se acuerden de mí. Tía Mandalenia, ponte a mi lado y repíteme uno a uno los objetos para que me acuerde. Todo lo que me olvide será para ti. Vamos, escribe, Michelis, ¿estás listo?

—Estoy listo, capitán.

—La damajuana de *raki* que está aquí en el rincón se la dejo al agá para que la vacíe a mi salud. Mi dentadura de oro que me la arranquen y se la entreguen a la viuda Katerina para que se haga unos pendientes. El chibuquí de ámbar se lo regalo al café de Kostandis, para que cuando llegue algún extranjero de alcurnia fume en él y se olvide de su aldea. La decena de kilos de cebada que me queda, se las dejo al borrico de Yannakos. Que se los coma la noche en que entre en Jerusalén llevando a Cristo en el lomo... Las monedas que encuentren en la bolsa que las coja el pope Grigoris, porque sin eso no querrá enterrarme ese barba de chivo, e iré a apestar, no os digo más. En el cofre hay algunos harapos, viejos bonetes, franelas, botas de capitán, una linterna sorda, una brújula y varios hierros viejos. Dad todo eso a los desgraciados que viven en las grutas del Sarakina. Dadles también las marmitas, la cocinilla, la vajilla y el abrigo que tengo puesto. Y además también el café, el azúcar, las cebollas, la botella de aceite, el queso y el pote de aceitunas... Todo. Todo; ¡me da lástima esa pobre gente! ¿Has escrito todo, Michelis?

—Espera un poco a que escriba. No te apures tanto, mi capitán.

—Me apuro, joven, por miedo a no terminar a tiempo... Escribe de prisa. Conservo todavía un libro «Las Mil y Una Noches» en que leía algunos cuentos los domingos, mientras los demás iban a misa. Con eso pasaba el tiempo. Kostandis el cafetero puede llevárselo y los domingos después del Evangelio, cuando la gente acuda al café, que ponga uno a leer en alta voz para que a los aldeanos se les abran los ojos, pobres muchachos... No es que diga que el Evangelio no sea algo serio, sino que «Las Mil y Una Noches» también les vendrá bien... ¿Lo has escrito ya, Michelis?

—Sí, ya está escrito, capitán. Continúa, pero no te fatigues.

—Mira, tía Mandalenia; echa un vistazo por la habitación no vaya a haber olvidado alguna preciosa joya...

—Las pantuflas, capitán...

—¡Puf! están destrozadas, sólo sirven para la basura. Pero, mira, voy a dejárselas al viejo Ladas, el pobrete. Todas las veces que iba a su casa le encontraba descalzo. ¡Que se las lleve ese viejo usurero, para que no atrape frío y reviente esta joya de nuestra aldea! Mira todavía, Mandalenia.

—La fotografía.

—¡Ah! ésta me la llevo conmigo. Ponedla sobre mi tumba tal como está con el marco. También quiero llevarme el vaso de *raki* que tanto me ha servido; no quiero dejarlo. ¡Ah! Todavía queda esa estatuilla de escayola. Dádsela a «tragayeso» para que también se trague a la reina de Inglaterra.

—Queda lo más importante —dijo Michelis—, la casa.

—La casa se la dejo a esta vieja aquí presente, a la tía Mandalenia que se ha portado conmigo como una verdadera hermana. La he molestado tanto a la pobre mujer, me ha soportado tantas pestes como he echado contra ella, y hasta creo que ha recibido algún golpe perdido de mi bastón. No quiero me guardes rencor, tía Mandalenia; no llores. ¡A menos que llores de alegría! Quiso reírse pero no pudo; sufría, y la sangre volvía a manar de la herida.

—Ésta es toda mi fortuna —dijo—. Escribe todo y pásame el papel para que ponga debajo mi nombre.

Michelis le presentó el papel, la vieja sostuvo al capitán y Michelis le condujo la mano. Firmó: Capitán Yakumis Kapandais, hijo de Teodoro.

Se oyeron cánticos religiosos.

—Ya llega el pope con el Santísimo Sacramento —dijo la vieja yendo a abrir las puertas de par en par.

—Otra clase de fastidio... —murmuró el capitán—. Vamos, terminemos de una vez.

El viejo macero entró el primero con el farol encendido; detrás, el pope Grigoris con estola y sosteniendo en alto el santo cáliz recubierto de terciopelo rojo bordado de oro.

—He aquí al Señor que entra —dijo con voz solemne—. Dejadnos solos.

Michelis y la tía Mandalenia se santiguaron, besaron la mano al pope y se retiraron. El macero permaneció fuera con el farol.

—Capitán Furtunas —dijo el pope acercándose al moribundo—, ha llegado el terrible momento en que te vas a presentar delante del Señor. Confiesa tus pecados, purifica tu alma, ¡habla! —Cómo te los podré decir, pope —respondió el capitán abrumado de fatiga—. ¿Te figuras que me acuerdo de ellos? Dios que es bueno tiene un registro donde están escritos. No tiene más que borrar todo lo allí escrito, si le place. Solamente una cosa me hubiese gustado llevarle como regalo de este mundo. Una sola. Dudo que en el cielo se encuentre algo parecido a eso.

El pope escuchaba molesto. El tono del capitán le crispaba los nervios.

—Solamente una cosa —insistió el capitán—, le llevaría a Dios como regalo.

—¿Qué? —preguntó el pope frunciendo las cejas.

—Una esponja.

—¿No te da vergüenza? ¡Impío! ¿No tiemblas por lo menos en este minuto terrible?

—No somos sino hormigas —replicó el capitán imperturbable—, comemos un grano de trigo de más o una mosca. ¡Qué buen negocio! Borra todo eso. ¿Tú no tienes vergüenza de atreverte con nosotros, las hormigas, tú que eres el enorme elefante?

—Capitán —dijo seriamente el pope—, respeta a Dios. Desgraciado, te hallas delante de su

puerta que pronto se abrirá y lo verás. ¿No sientes que el pánico te invade?

—Pope —dijo el capitán tapándose las orejas—, estoy fatigado. Primero ha venido el agá y me ha dado la lata. Después vino Michelis para redactar el testamento... Y ahora que me acuerdo, te dejo lo que me quedaba en metálico para que me entierres y no me dejes pudrirme como un perro... Y ahora llegas tú con tus cantinelas... No puedo más, estoy agotado; te deseo que lo pases muy bien.

Y se volvió cara a la pared y cerró los ojos. Comenzó a respirar con dificultad, después se oyó un estertor ronco y precipitado.

—¡Buenas noches! —alcanzó a decir.

El pope volvió a cubrir con los terciopelos rojos el santo cáliz y dijo:

—No te puedo administrar el cuerpo y la sangre de Cristo. ¡Dios te perdone!

—¡Buenas noches! —susurró nuevamente el capitán agonizando.

Tuvo dos o tres estremecimientos, gimió suavemente como si se ahogase, abrió la boca y la sangre inundó la almohada y las sábanas.

El pope hizo sobre él la señal de la cruz.

—Que Dios te perdone —dijo—, yo creo que no tengo derecho a hacerlo.

Y abrió la puerta y llamó a la vieja Mandalenia para amortajarlo.

Cuando lo enterraron al día si guiente, una lluvia fina caía lo mismo que aquel día de San Jorge en Batún, en que se entretenía con sus amigos, sentados en las losas del jardín. Transparentes nubes deambulaban por el cielo, la campana de la iglesia repicaba a muerto, del pequeño cementerio llegaba un dulcísimo aroma a manzanilla. Todos los aldeanos asistieron a los funerales. Abría la marcha, lamentándose y arrancándose los cabellos, la tía Mandalenia. Yannakos quiso llevar el borriquillo para que siguiese al cortejo, pues había sabido por Michelis que el capitán le dejaba como herencia la cebada; pero el pope Grigoris se enfadó.

—¿Acaso no es mi burro también una criatura de Dios? —protestó Yannakos.

—Pero no tiene alma inmortal —respondió indignado el pope.

—Yo, si fuese Dios —replicó Yannakos—, haría que los borricos entrasen también en el paraíso.

—El paraíso no es un establo; es la casa de Dios —gritó el pope echando a Yannakos.

—Yo los haría entrar en el paraíso —rezongaba el testarudo de Yannakos, siguiendo al cortejo—; yo haría entrar a mi Yusufaki con una condición, eso sí, que no lanzase más bosta, para no ensuciar el cielo.

Cuando todo se hubo concluido y cada uno de los presentes arrojó un puñado de tierra en la fosa, Yannakos llamó aparte a Michelis y a Kostandis, no pudiendo por más tiempo guardar el secreto para sí solo.

—Tengo algo que deciros, hermanos, pero tenemos que guardar el secreto, pues nadie lo sabe todavía...

Manolios ha atrapado una asquerosa enfermedad en la cara, algo así como una máscara sanguinolenta, como un pulpo que le chupara la sangre, como un demonio que se le hubiese pegado en el rostro... No se qué deciros, muchachos... O ¿será Manolios un santo y ahora se descubre? Porque enfermedades de esta naturaleza, según dicen, sólo las atrapan los santos o los ascetas.

—Seguro que eso debe ser por santidad... —aseveró Kostandis—. Es un santo, sí, un santo, y no sospechábamos nada durante tantos años...

—No te engatuses tan pronto, Kostandis, —dijo Michelis a quien esta noticia afligía—. Espera, es preciso primeramente estudiar bien el asunto y que lo vea un médico...

—Yo soy de parecer —propuso Yannakos—, que el domingo después del mediodía vayamos a ver a Manolios los tres... Tengo además que llevarle un regalo...

Diciendo esto sacó del bolsillo del chaleco un librito con los cantos de las hojas dorados.

—Es el Evangelio. El pope Fotis me lo ha hecho llegar ayer noche, diciendo que lo leamos nosotros cuatro, los portadores de los serones; que es un pequeñísimo obsequio, muestra de su amistad, y que nos envía su bendición con el Evangelio.

A zancadas pasaban por encima de las tumbas cubiertas de manzanillas donde yacían los

antepasados. La tierra reblandecida por la lluvia olía bien. Se detuvieron un momento, aspiraron aquel húmedo y caliente olor y hasta los tuétanos se sintieron impregnados por el aroma de la manzanilla mojada.

Michelis suspiró. De repente acudió a su pensamiento la imagen de Mariori, su novia, con el rostro pálido y escuálida, las ojeras acentuadas de sus enormes ojos, con el pañuelito blanco apretado contra su boca...

Recordaba que siendo muy pequeño había ido un día con su padre al cementerio; estaban desenterrando a una muchacha que él había visto no hacía mucho en su casa; una chica bonita, bien formada, de ojos azules, con bucles, alegre, risueña... Se había quedado al lado de su padre al borde de la tumba abierta viendo cómo el sepulturero lanzaba la tierra a grandes palotadas y la amontonaba alrededor de la sepultura. Buscaban los restos de esa muchacha, y el padre estaba allí de pie con una caja de madera donde los conservaría. De pronto, el sepulturero metió las dos manos entre la tierra y extrajo un cráneo. El pequeño Michelis estalló en sollozos. ¿Era aquélla la linda cabecita de la muchachita de bucles? ¿Qué había sido de sus ojos? ¿Dónde habían ido a parar los labios, aquellas mejillas sonrosadas?

Desde aquel día, veinte años hacía, nunca pudo entrar en el cementerio sin acordarse de la hermosa muchacha y de su cráneo...

—¿Por qué has suspirado, Michelis? —preguntó Yannakos.

Sin responderle, Michelis empujó la puerta, coronada por una cruz de hierro, y sombrío dijo:

—Vámonos.

En silencio se dirigieron a la aldea. Pesados pasos retumbaron a sus espaldas. Se volvieron.

—¡Es Panayotaros! —dijo Kostandis—. Hasta este oso ha venido al entierro.

—Habrá sabido —dijo Yannakos—, que el capitán le dejaba también algo a él. Va de prisa a casa del difunto a llevarse a la reina de Inglaterra para tragársela.

—Esperémoslo para ir con él —propuso Michelis—. Vamos a embromarlo un poco.

Se detuvieron. Panayotaros sin saludar aceleró el paso para pasarlos.

Desde el día en que el Consejo de los Ancianos le había elegido para desempeñar el papel de Judas, porque según decían ellos, tenía la barba roja, no podía soportar más la vista de aquellos que habían sido designados para ser los fieles y santos apóstoles.

—¡Habráse visto en qué niñerías se fijan para nombrar a los apóstoles! —se decía—. Yo soy mejor que todos ellos, aunque sea muy cerril. Porque yo sufro más que ellos, en casa, fuera de casa y conmigo mismo... Yo lloro cuando estoy completamente solo: ellos, cuando están delante de todo el mundo. Yo sólo sé lo que es amar y por eso ser el hazmerreír de toda la aldea: ellos, cuando aman, son dichosos, se alegran... ¡Me asquean! ¡Que la peste los mate! Uno tiene un burro, otro un café, el de más allá un padre acaudalado y además a Mariori. Yo no tengo nada. Algunas veces siento deseos de prender fuego a mi tienducha, de poner de patitas en la calle a mi mujer y a mis hijas y de matar a la mujer que adoro. Entonces ¿quién es Judas? ¿Ellos que tienen todo lo que necesitan, ellos los satisfechos, o yo?

—¡Eh, Panayotaros! —le gritó Yannakos—, ¿no te dignas ni mirarnos?

—¡Salud a los apóstoles! —gruñó el «tragayeso»—. ¿Dónde se mete el seudo Cristo?

—¿Todavía no has digerido eso? —preguntó Yannakos—. Pero si es como un juego, viejo, ¿no te has dado cuenta todavía?

—Juego o no —respondió el albardero—, a mi vosotros me habéis clavado un puñal en el corazón. Mi mujer me llama Judas, los chicuelos en la calle me hacen burla; las mujeres, cuando paso, atrancan la puerta. ¡La peste os mate! ¡Me vais a hacer que me convierta en Judas de verdad!

—Todo el mundo te quiere bien —dijo Michelis—; no tengas la mosca en la oreja. Mira, hasta el capitán antes de morir se ha acordado de ti y te ha dejado un legado.

—¡Yeso para tragar! para que me trague también a la reina de Inglaterra, ¿eh? ¡Que se pudran sus huesos!

—No blasfemes —protestó Michelis—, su cadáver está aún caliente. Retira esas palabras.

—¡Que se pudran sus huesos! —gritó otra vez Panayotaros cuyo rostro pálido se enrojeció—. ¿Y queréis que os diga una cosa?: ¡Dejadme en paz! Dicho esto, se alejó a grandes zancadas echando

pestes.

—¿Por dónde atrapar un erizo sin pincharse? —dijo Yannakos—. Será mejor no hablarle.

—Le ha dolido en lo más vivo —aseveró Michelis entristecido.

—Además está de por medio la viuda —explicó Kostandis—. Y también la botellita... Ahora se va a su casa a dar una tunda a su mujer y a sus hijas. Siempre les está amenazando con echarlas de casa.

—Judas se le ha metido en el cuerpo y le trabaja dentro —manifestó Yannakos—. Vamos a tener disgustos. Yo tengo miedo por Manolios, ¡Dios quiera que me equivoque!

—¿Por Manolios? —preguntó ansiosamente Michelis.

—La viuda lo persigue al pobre Manolios, de eso estoy seguro —respondió Yannakos—. La han visto el otro día hablándole al lado del pozo. Panayotaros se ha enterado y está que echa chispas. «Lo mataré», grita cuando se emborracha, «¡lo mataré a ese asqueroso!» y afila el cuchillo en las piedras.

—¿Y si fuéramos esta noche a ver a Manolios? —propuso Michelis—. Lo que dices me angustia, Yannakos.

—¡Vayamos en seguida! —subrayó Yannakos—. Me temo que Panayotaros llegue antes que nosotros. Me pareció que tomaba el camino de la montaña de la Virgen.

—No tenemos más que torcer por aquí y tomar el sendero lo más rápidamente posible, será lo mejor —dijo Kostandis.

Se decidieron y echaron por el sendero. No charlaban; se apresuraban como si presintieran una desgracia.

En esto divisaron a Panayotaros sentado en una piedra con la cabeza entre las manos, meditando. Él no los vio y ellos pasaron sin dirigirle la palabra.

La lluvia había cesado; las nubes se desgarraban y por acá y por allá apareció el cielo de un azul límpido. El sol, todavía alto, brillaba.

Tintinearon las esquilas, resonó una flauta alegre, gozosa. Los amigos pasaron cerca de los corderos.

Nikolio se sacó la flauta de la boca y los miró.

—¡Eh, Nikolio! —le gritó Michelis—, ¿tu patrón está en el aprisco?

—No está; por lo menos yo no lo he visto; id vosotros mismos a ver.

—¿Cómo está Manolios?

—¡Como un cangrejo entre brasa! —respondió el pastorcillo echándose a reír—; ¡abrasándose y canta!

—¡Tiene buen humor este cabra montés! —dijo Yannakos—. Dejémoslo.

—Yo también quiero deciros un secreto —dijo Michelis riéndose—. Ayer noche Lenio fue a ver a mi padre. Tiene un oído finísimo y ha debido pescar algo acerca de la enfermedad de Manolios.

—No quiero a Manolios —le espetó al viejo a boca de jarro.

—¿Por qué? ¿Quieres a otro?

—Sí.

—¿A quién?

—A Nikolio.

—¿A ese pastorcillo?

—A ése. —Pero ése es un barbilampiño que ni tiene todavía bigote ¿qué puede hacerte? ¿Puede ya darte hijos?

—Puede, ¡sí que puede! —es lo que dijo—. ¡Me conviene, te digo que puede; me conviene!

—Y empezó a rozarse con el viejo y a engatusarlo.

—Sea —dijo el viejo—, tómalo y buen provecho te haga.

—Lo que es ésa lo mismo hubiera aceptado un macho cabrío, ¡Dios me perdone! —soltó Yannakos.

—¡De buena se libra Manolios, bendito sea Dios! —afirmó Kostandis acordándose de su mujer.

Llegados al aprisco, entraron. Nadie. Dieron la vuelta al cercado, se subieron a la piedra más alta, vocearon. Nada.

—¡Dios nos ampare! —masculló Yannakos—. ¿Se habrá suicidado?

—¿Qué es lo que rezongas? —preguntó Michelis inquieto.

El mismo Yannakos quedó espantado de sus propias palabras.

—Nada —contestó.

Se volvieron al sendero con la cabeza baja. Se estaba poniendo el sol, y la montaña se cubría de sombras. Se desviaron para pasar cerca de la capillita edificada sobre las rocas. Estaba abandonada y solamente era visitada un día al año, por San Miguel. Ese día se celebraba allí una fiestecita en honor del patrono, encendiendo los asistentes los cirios que con su luz mostraban los frescos medio borrados. Entonces las alas del arcángel Miguel se reanimaban y aparecían negras con líneas rojas. Al anochecer los peregrinos se retiraban. Una vez apagados los cirios, también las alas se apagaban y esperaban al año venidero para esclarecerse.

Entraron. Allí olía a tierra húmeda. Como en una tumba. Delante del icono de Cristo medio borroso, ardía un cirio muy grande... Penetraron en el santuario, inspeccionaron; nadie.

—Ha pasado seguramente por aquí —dijo Yannakos—, él debe de haber prendido el cirio... Pero después, después...

—Dios lo tenga de su mano —susurró Michelis y se santiguó.

Manolios había estado en efecto en la capilla. Prendió el cirio, se arrodilló en la semipenumbra, y pasó todo el día contemplando a Cristo, haciendo su renuncia en su corazón, pero sin atreverse a hablarle. No sabía cómo traducir lo que quería decir... Cristo, por su parte, lo miraba, pero se callaba por miedo a espantarlo.

Cristo y él pasaron así todo el día, uno en faz del otro, sin hablarse, como dos grandes amigos cuyos corazones se desbordan, pero cuyas bocas permanecen cerradas por la emoción. Como anochecía, Manolios se levantó, besó la mano de Cristo. Se habían confiado todo; no tenían ya más que decirse, por lo que Manolios abrió la puerta, salió y se encaminó a la aldea.

Se enrolló un pañuelo muy grande por la cara, no dejando al descubierto más que los ojos. Era ya de noche cuando entró en la aldea. Tomó por las callejuelas más desiertas, con paso muy rápido, y resueltamente extendió la mano y llamó a la puerta de Katerina. Inmediatamente los zuecos de la viuda cloquearon en el patio.

—¿Quién es?

—Yo, soy yo, Manolios.

De golpe la puerta se abrió. La viuda le extendió los brazos exclamando gozosa:

—¿Eres tú, Manolios mío. ¿A qué se debe tanto honor. Entra.

Entró y ella cerró la puerta tras él. Entonces Manolios sintió miedo. Se detuvo, miró las dos macetas de claveles en la penumbra y las losas blancas del patio. El corazón le latía con fuerza.

—¿Por que tienes el rostro tapado? —preguntó la viuda— ¿Temías te viesen? ¿Te da vergüenza? Entra, Manolios, no temas, no voy a comerte.

Manolios permanecía inmóvil, sin decir una palabra, en medio del patio. Vislumbraba vagamente la cara de la viuda, los blancos brazos, el pecho medio desnudo.

—Noche y día pienso en ti, Manolios —decíale la viuda—; no puedo dormir. Y cuando me rinde el cansancio, te veo en mis sueños... Noche y día te grito: ¡Ven! ¡ven! y mira ¡has venido! Sé bienvenido, Manolios.

—He venido para que de una vez por todas y para siempre te desembaraces de mí —manifestó Manolios con calma—. Para que no vuelvas a pensar en mí ni me vuelvas a llamar. Vengo para que te asquees de mí, Katerina, hermana mía.

—¿Yo? ¿Que me asquee yo de ti? —gritó la viuda—. Pero si no tengo otra esperanza en el mundo sino tú. Tú, sin que tú lo sepas, sin que lo quieras, y sin que yo tampoco lo pueda evitar, eres mi salvación... Pero no temas, Manolios. No es mi cuerpo el que habla, es mi alma. Porque yo, yo también tengo alma, Manolios.

—¿Has encendido la lámpara de aceite? Entremos porque es preciso que me veas.

—Entremos —confirmó la viuda—, cogiendo a Manolios cariñosamente de la mano.

La cama de la viuda, amplia, muy limpia, ocupaba casi toda la habitación. A la cabecera, el icono de la Santísima Virgen, iluminado por una lamparilla; a la derecha, en un rincón, la lámpara de aceite estaba prendida.

—Valor, Katerina —dijo Manolios yendo a colocarse bajo la llama de la lámpara—. Acércate, mírame.

Dicho esto, desenrolló lentamente el pañuelo.

Primero aparecieron los labios hinchadísimos; luego, las mejillas agrietadas, de las que manaba un líquido espeso y amarillento: en fin, la frente deforme, reventada, como un trozo de carne viva.

La viuda, con los ojos desmesuradamente abiertos, lo miraba pasmada. De pronto, cerró los ojos y se echó sobre Manolios hecha un mar de lágrimas, gritando:

—¡Manolios! ¡Manolios, amor mío!

Manolios la rechazó suavemente.

—¡Abre los ojos, mírame bien! —la imploraba—. No llores, no me abraces.

¡Mírame a la cara, hermana mía!

—¡Amor mío! ¡Amor mío! —clamaba la viuda sin poder separarse de él.

—¿No te repugno?

—¿Cómo es posible que tú me repugnes, hijito?

—Es necesario, es necesario, Katerina, hermana mía. Para que tú te desembaraces de mí... para que yo me libre también de ti.

—Yo no quiero desembarazarme. Si me separase de ti, estaría perdida.

Desesperado, Manolios se dejó caer sobre un taburete, cerca de la cama.

—¡Ayúdame Katerina! —suplicaba—, ¡ayúdame a encontrar mi salvación! Yo también pienso en ti, y no quiero. Ayúdame, para que mi alma no se ensucie.

La viuda, lívida, se apoyó en la pared. Miraba a Manolios y su corazón se le desgarraba, como si su hijito en peligro, la llamase de noche...

—¿Qué puedo hacer por ti, pequeño —susurró al fin—. ¿Que quieres que haga? Manolios seguía callado.

—¿Quieres que me mate? —dijo la viuda—, ¿quieres que me mate para que te sientas libre?

—¡No! ¡no! —gritó Manolios aterrado—. ¡De este modo, tu alma iría al infierno y yo no lo quiero! De nuevo los dos se callaron. Luego, al cabo de un instante, Manolios
dijo:

—Yo quiero salvarte. Salvándote, es como me salvaré yo mismo, hermana mía. Sábete que me he encargado de tu alma.

—¿Que tú te has encargado de mi alma? —exclamó la viuda estremeciéndose—. Tómala, condúcela adonde quieras; es tuya. Piensa en Cristo. Así era como Él también tomó a su cargo el alma de María Magdalena.

—¡En Él pienso! —gritó Manolios que se sintió de repente más tranquilo—. En Él pienso, noche y día, hermana mía.

—Sigue el mismo camino de Cristo, Manolios. ¿Cómo salvó Él a María Magdalena, la prostituta? ¿Tú lo sabes? Yo no lo sé. Haz de mí lo que quieras.

Manolios se levantó.

—Me voy. Has pronunciado la palabra que me ha desatado.

—Tú también, Manolios, has dicho la palabra que me ha libertado. Me has llamado: «hermana mía...» Manolios se enrolló de nuevo el pañuelo en la cara. No se veían ya más que los ojos.

—Que lo pases bien, hermana —díjole—. Volveré.

La viuda le tomó del brazo para atravesar el patio. En la oscuridad, avanzó la mano y cortó una mata de claveles:

—¡Tómalos —díjole—; Cristo sea contigo, Manolios! Colocó los claveles en sus manos, y en medio de la noche abrió la puerta y miró hacia afuera; no había nadie en la calle.

—No volveré a abrir la puerta a nadie —dijo la viuda—. Esperaré tu vuelta...

Manolios franqueó el umbral y se perdió en la noche.

CAPÍTULO VII

DÍA UNO DE MAYO. Prenuncio de verano. En la llanura aún verde, el trigo ya amarillea, las aceitunas cuajan y engordan, las vides se adornan con minúsculos racimos ácidos, una leche amarga corre por los higos verdes que dentro de poco serán como miel. Los aldeanos de Licovrisí comen ajos para mantenerse sanos; toda la aldea apesta a ajos. El viejo Patriarqueas vuelve a recobrar sus carnes; está demasiado ventrudo y la sangre se le ha espesado. La otra mañana, Antonis el barbero le colocó unas ventosas para librarle de una congestión. El viejo Ladas masca concienzudamente un gruesísimo ajo, mientras su espíritu vaga del debe al haber: qué cantidad de aceite, de vino, de trigo, cosechará este año; quién le debe, cuánto se le debe, y cómo podrán saldarse esas deudas. Piensa también en las tres libras de Yannakos; tiene la intención de subastarle los bienes y apropiarse del borrico.

Los novios languidecen. En mayo no se celebran casamientos; en junio se trabaja en los campos tanto que ¿de dónde sacar tiempo para bodas? Luego, en el siguiente mes viene la trilla; en el otro, la vendimia. Hay que esperar a la fiesta de la Santa Cruz, en setiembre, en que hay menos que hacer; en que se echan cuentas de las cosechas. El pope vendrá entonces a bendecir a los nuevos matrimonios que, libres ya de muchas preocupaciones, tendrán para comer abundante pan, aceite, y vino para beber. Eso les proporcionará bríos suficientes para engendrar y alumbrar hijos fuertes.

El pope Grigoris está sumido en un mar de confusiones. Mariori no se ha casado todavía y Michelis ha emprendido un nuevo camino. Nunca había sido muy avispado, pero Manolios y sus amigos han terminado por sorberle el poco seso que tenía; han encontrado en él una fruta madura, a punto, y he aquí que no cesa a escondidas del padre de distribuir a los pobres harina y aceite, y periódicamente el maldito borrico de Yannakos —¡que reviente de mala peste!—, lleva a los refugiados en el Sarakina nuevos serones de vituallas... Con esos sesos de mosquitos, gruñía el pope, pronto se habrá comido su hacienda ese idiota, y entonces ¿qué le sucederá a mi hija?

Pero lo peor de todo es que el pope del Sarakina, ese barba de chivo, dice misa todos los domingos en una gruta de la montaña y se deshace en sermones. Hay ya aldeanos de Licovrisí que faltan a la misa de la aldea, la suya, la del pope Grigoris, para oír hablar a ese vagabundo, medio loco... Toda aldea es una colmena, repetía insistentemente el pope Grigoris, y en cada colmena no hay lugar para dos reinas; que se largue y enjambre en otra parte. ¡El Sarakina es colmena mía!

También en el Sarakina el mes de mayo ha hecho su entrada, pero hambriento y en harapos. Desperdigadas aparecen algunas flores silvestres entre los pedruscos: eglantinas, majuelos y miles de lagartos verdes y grises han salido para calentarse al sol... Aquí no hay olivos, ni vides, ni huertas... Nada más que rocas hostiles e inhóspitas. De trecho en trecho, un árbol torcido por el viento, retorcido, atormentado, de fruto áspero sin madurar —olivos silvestres, perales silvestres, algarrobos silvestres— lleno de espinas no teniendo para el hambre más que odio.

Es domingo. La gruta con los frescos medio borrosos estaba iluminada del todo. Los ascetas se habían despertado; algunos con el mentón y barba roídos por la humedad y el tiempo; otras sin busto o sin pies, aparecían mutilados. De la Crucifixión de gran tamaño, no quedaba sino el rostro de Cristo, verdoso, enmohecido, y un trozo de cruz, con dos pies lívidos de los que manaban sangre...

Desde muy temprano, hombres y mujeres se habían apiñado en la gruta y cantaban a coro. Al final, salieron a sentarse al sol, y el pope Fotis fue a sentarse en medio, pues todos los domingos tenía por costumbre dirigirse a su grey para reanimar su ánimo. Primeramente los saludaba, les dirigía una palabra amable a cada uno y por último les predicaba la palabra de Dios y la suya propia. Al principio, su decir era sosegado, pero poco a poco se enardecía y las palabras parecían precipitarse desde gran altura, para mejor penetrar en las almas de los hombres.

—Todavía estamos en este mundo, todavía vivimos, no renunciamos a nuestra misión, ¡salud

hermanos! —les decía alegremente aun este día para reconfortarlos.

Les refería ya parábolas, ya su propia vida, todo lo que había visto y sufrido; algunas veces tomaba el Evangelio, lo abría al azar y leía dos o tres versículos para animarse. Y ante las miradas subyugadas de sus ovejas se abría un cielo estrellado y los peñascos se transformaban en alas. Y hasta los vientres achicados olvidaban su hambre.

—A la verdad, la llamamos leyenda —comenzó así el pope Fotis este día—. Voy a referiros una leyenda; acercaos más, hijos míos, ¡eh, mujeres que lloráis, a vosotras me refiero, acercaos! Las mujeres con sus hijitos se sentaron cerrando más el círculo alrededor del pope. Detrás, los hombres permanecían de pie. Los viejos apoyados en sus báculos eran todo oídos.

—Una vez hubo —así comenzó el pope Fotis— dos cazadores de pájaros que subieron a la montaña y tendieron sus redes. Al día siguiente volvieron y ¿qué diréis que vieron? Las redes estaban llenas de pichoncitos. Los pobres animalitos se lanzaban desesperados contra la red para huir, pero las mallas eran tan finas que no podían pasar. Entonces, se apretaron unos contra otros espantados y esperaron. ¡Qué porquería de animales, sólo plumas y hueso —dijo uno de los cazadores—, ¿cómo venderlos en el mercado? —No tenemos más que darles de comer bien durante unos días, y engordarán —dijo el otro. Les echaron, pues, cebo en abundancia, les pusieron agua y los pichones se pusieron a comer y beber a cada cual mejor. Uno sólo no quiso saber nada y permaneció sin comer. Todos los siguientes días les pusieron nueva comida. Los pichones día tras día se hacían más grandes y gordos. Solamente aquel que no quiso comer permanecía en su obstinación y luchaba denodadamente por escaparse entre las mallas. Esto duró hasta cierto día en que los cazadores se los llevaron al mercado. El pichón que permaneció sin comer había adelgazado de tal manera que, en un último esfuerzo, logró pasar a través de las mallas y echó a volar; estaba libre.

Ésta es la historia. ¿Por qué os la he contado? ¿Quién puede desentrañar su sentido? Vosotros los viejos, ¿qué decís? Estrujaros un poco la sesera.

Todos los viejos se callaron. De pronto, el portaestandarte que era un gigante se levantó.

—A mi parecer, padre mío, quieres hablar de nuestra hambre y que ella nos ayudará a conseguir la libertad... Quieres decir que también nosotros somos como el pichón que no quiso comer... Pero después, me pierdo... no comprendo más... Mi talento no alcanza a mis... Dispensa...

—Has dado en la tecla, has dicho lo esencial, Lucas, yo te bendigo —dijo el pope—. Voy a explicaros lo que resta, hijos míos. Nosotros gozábamos en nuestro pueblo de prosperidad, se comenzaba a tener demasiado de comer, recargábamos nuestra alma de vituallas. Paz, seguridad, vida fácil; la carne se enardecía, oprimía nuestras almas. Decíamos: todo va bien, la justicia reina en el mundo, nadie pasa hambre, nadie tiene frío, no hay mejor pueblo que el nuestro.

»Dios tuvo compasión de nosotros, nos envió al turco que nos ha arrojado de nuestras tierras y nos ha lanzado por esos caminos de Dios. Se nos ha perseguido, y hemos aprendido que el mundo está colmado de injusticias. Hemos pasado hambre, frío, y hemos sabido que el hambre y el frío existen. Aún más, justamente al lado de hombres que pasan hambre y frío, hemos visto también que hay otros que pasan su vida en francachelas, que pueden prender siempre fuego en sus chimeneas y a quienes la vida de la gente harapienta y hambrienta los hace reír.

»La desgracia nos ha abierto los ojos. Ahora hemos comprendido. El hambre ha abierto nuestras alas y nos hemos podido escapar de las redes de la injusticia y de la vida fácil. ¡Mirad, somos libres! Podemos comenzar ahora una nueva vida, más noble, ¡bendito sea Dios!

Nadie dijo una palabra. Los viejos agacharon la cabeza, las mujeres continuaban gimiendo sordamente; sólo los hombres miraban al pope cara a cara, en los ojos, sintiendo dentro de ellos mismos la valentía y la terquedad inquebrantables.

Otra vez, alzó la voz el portaestandarte:

—Padre mío, has hablado como es debido, Dios ha tenido piedad de nosotros y nos ha enviado la desgracia. Así es también como el jinete fustea al caballo perezoso... La desgracia nos ha removido la sangre, ha abierto nuestros corazones, nos ha liberado.

»Pero ahora, ¿cómo poner término a la desgracia? Esto es lo que necesitamos nos digas. Porque si nosotros no acabamos con ella, ella sí terminará con nosotros. Ella nos destruirá, ¡padre mío! —

exclamó arrasados los ojos de lágrimas al recordar que su hijito Jorge había perecido en el camino.

—No temas nada, Lucas; ya le pondremos también su yugo a la desgracia —le respondió el pope—. Entrará a nuestro servicio, ya verás. Trabajo, paciencia y amor; esas son nuestras armas. Ten confianza. Yo, cuando cierro los ojos, veo casas de piedra que me rodean, una iglesia con su campanario, una escuela de dos pisos, con un gran patio lleno de niños, circundando a la aldea, veo huertas, viñas, campos de trigo... Ya hemos comenzado. Hemos encontrado un pedazo de tierra entre las piedras, en la que hemos sembrado algo. El agua rebelde la hemos encauzado en acequias, hemos injertado los árboles silvestres. Hasta hemos empezado a construir... Quedan todavía dos o tres hombres corajudos, de buen corazón en esa orgullosa Licovrisí, la Fuente del Lobo, que piensan en nosotros. Un día, es uno que nos trae toda su fortuna, tres libras de oro; otro día, es otro quien nos envía cestos colmados de víveres, o una pecadora que nos ofrece su única cordera... Otro pecador, muerto anteayer, ¡Dios le haya perdonado sus pecados!, pensó en nosotros y nos ha dejado como herencia un arca llena. Estamos echando raíces, hijitos míos, nos atamos de nuevo a la tierra, otra vez germinamos, echamos troncos y ramas, ¡tened confianza!

—¿Y va todo a ser lo mismo, padre mío? —le gritó un hombre joven bronco, pálido por las privaciones, que se cubría con un taparrabos—. ¿Siempre lo mismo, padre mío? ¿Es preciso que todo vuelva a ser igual? Tú te acordarás muy bien que en nuestra aldea no había solamente ricos sino también pobres. Y mi madre murió de hambre en una época en que el pueblo nadaba en aceite y vino y en que de todos los hornos de nuestros vecinos sacaban hornadas de pan; mi madre se desvanecía solamente del olor... Así que ¿siempre la misma historia, padre? ¿Siempre pobres y ricos?

El pope Fotis bajó la cabeza y permaneció pensativo un buen rato.

—Petros —dijo al fin— tú eres franco, no te andas por las ramas, me agradas. Lo que tú me preguntas a mí, yo se lo pregunto noche y día a Dios y le pido que me ilumine. Le clamo: Señor, nuevas bases, queremos nuevas bases para nuestro nuevo pueblo. No más injusticias; que todo el mundo pase hambre y frío, o bien que todo el mundo coma y pueda vestirse y calentarse. ¿No podemos, Señor, implantar la justicia en la tierra?

—¿Y qué te ha respondido nuestro buen Dios? —preguntó el joven con voz ruda.

—Poco a poco, a la medida de nuestras fuerzas, mi pobre entendimiento es iluminado por la luz divina. La desgracia, hay que rendirle justicia, nos ha hecho a todos al fin iguales, nos hemos convertido todos en pobres; nadie tiene horno para hacer su pan y ya no puede caer en el pecado de no darlo a quien tenga hambre. Lo que era antes dificilísimo, he aquí que ha llegado el momento de consagrarse a practicarlo, hijitos míos. El alma se ha liberado de barrigas llenas; ahora puede ya volar.

Se dirigió entonces a un anciano que con las manos cruzadas en su báculo, lo escuchaba moviendo la cabeza.

—Tío Carilaos, ¿si te hubiesen pedido, hace tres meses, tus viñas y tus olivares para distribuirlos entre los pobres, los habrías cedido?

—¡Nunca! Dios me perdone —respondió el viejo—. ¿Es que tú te habrías cortado los brazos, piernas y pulmones para dárselos a los vecinos? Para mí, las viñas y los olivares eran algo parecido.

—Y tu señoría, tío Paulis, nunca habría abierto el arca para repartir las piezas de oro entre los pobres.

Un viejo, con cara de pope, frunció las cejas, sin responder. Lanzó solamente un profundo suspiro al acordarse de las arcas.

—El que posee tierras —gritó entonces el pope Fotis irritado de repente— el que posee tierras y árboles, se convierte él mismo en tierra y árbol y su alma pierde su apariencia divina. El que posee arcas se convierte en arca. Tú, pobre Paulis, no eras sino un arca; ¡tú, infeliz Carilaos, no eras sino tierra aun antes de tu muerte! Vosotros, ricos propietarios, habéis visto por vosotros mismos lo que significa estar desnudo y tener hambre; habéis ya comprendido lo que es el sufrimiento del pobre.

—Sí —suspiró el viejo Paulis—, lo he comprendido.

—Ahora vamos a hacer tabla rasa de todo lo pasado —prosiguió el pope Fotis—, ya no hay tuyo ni mío, no más rejas, ni cerraduras, ni arcas. Aquí trabajaremos todos y comeremos todos. Cada uno

trabajará según lo que pueda hacer y mientras pueda. Uno irá a pescar, otro a cazar, éste trabajará la tierra, aquél apacentará los animales que Dios nos envíe. ¿No es verdad que somos hermanos? Todos formamos una sola familia, y todos tenemos un mismo padre, Dios.

»Coloquemos nuevos cimientos en nuestra nueva aldea, nuevos fundamentos en nuestra alma —gritaba el pope abriendo los brazos para todos—, las nuevas bases, es cosa difícil; ayudadme, hermanos míos. ¡Trabajo, paciencia y amor y fe en Dios!

»¿Qué hacían los primeros cristianos? Se reunían en las catacumbas, bajo tierra, poniendo nuevas bases al mundo. Estas grutas, en las entrañas de la tierra, son nuestras catacumbas, nosotros también tenemos a Cristo con nosotros; como hemos conocido la injusticia, ¡estableceremos el orden! No tengas miedo, Petros, hijo mío, olvida el pasado, ¡anatematizado sea! Y todos juntos, ¡ayudémonos para establecer un mundo nuevo!

Todos se levantaron, y con los puños en alto rodearon al pope.

—¡Todos juntos! —gritó de nuevo el pope—. ¡Todos juntos! Ésta es la nueva palabra ¡ella nos salvará!

—¡Todos juntos! —gritaron los hombres y las mujeres levantando la mano como si prestasen juramento.

El viejo Carilaos se santiguó.

—La miseria me ha ensanchado el corazón —dijo con los ojos húmedos—. ¡No me deis riquezas, Dios mío, me volvería malo!

—No temas —le gritó riéndose Petros—, no temas, tío Carilaos, ¡no te dejaremos enriquecerte!

El pope se quitó la estola, la dobló y se la entregó a una viejecita que había sido sacristana.

—Hijos míos —les dijo—, hoy es domingo, descansad; mañana volveremos a trabajar. Los jóvenes que jueguen a los bolos, los hombres que se reúnan y se aconsejen entre sí y que las mujeres charlen y se consuelen unas a otras. Yo tengo que ir a la montaña de enfrente donde nuestros buenos amigos los que nos trajeron los serones me esperan; hijos míos, ¡quedad con Dios!

Esto dicho, cogió el báculo y se alejó.

Alrededor de Manolios, los tres apóstoles, Pedro, Santiago y Juan, habían abierto el pequeño Evangelio que Yannakos había llevado aquella mañana, y se preparaban a comenzar la lectura.

Los tres se habían acostumbrado al rostro tumefacto de Manolios. Desaparecido el pánico primero, se atrevían ya a mirarlo cara a cara, sin asco y sin temor.

A instancias de Manolios, Yannakos había ido a rogar al pope Fotis que acudiera a examinar la enfermedad de su amigo y darles su parecer. El pope había visto mucho en su vida, muchos sufrimientos, conocía todas las enfermedades de la carne y del alma y quién sabe si podría hallar el remedio... Acaso Manolios no tenía necesidad de pomadas ni de drogas. Acaso esa enfermedad repentina tenía raíces en otra parte, acaso fuera obra del demonio y el pope podría echar al espíritu impuro.

Así, pues, habían subido los tres amigos a la montaña, portador cada uno de un obsequio para el enfermo. Yannakos el pequeño Evangelio, Kostandis una caja de *lukums*, Michelis un pequeño icono muy antiguo, recuerdo de su madre que representaba la Crucifixión. Se veía a Cristo en la cruz y a su alrededor había muchísimas golondrinas y ningún ángel. Las golondrinas se posaban en los brazos y en el pináculo de la cruz con los picos abiertos como si cantaran... Toda la cruz había florecido; de abajo arriba estaba enlazada por florecillas rosas que le hacían aparecer como el almendro en flor. En medio de flores y aves, Cristo crucificado sonreía. A los pies de la cruz, María Magdalena, la prostituta, ella sola enjugaba con sus cabellos sueltos la sangre que manaba de los pies de Cristo.

Manolios sentado en el banco los esperaba delante del aprisco. Se había lavado la cabeza y puesto sus ropas domingueras. Tenía en sus manos la máscara de Cristo que había tallado en el leño y la miraba ya de frente ya del lado derecho ya del izquierdo, para contemplar los ojos llorosos, la boca dolorida, la sonrisa melancólica.

Manolios cogió los regalos, besó el Evangelio y examinó largo rato la Crucifixión.

—No es una Crucifixión, es la Primavera —susurró.

Miró a la mujer que estaba a los pies de la cruz con los cabellos dorados esparcidos, y suspiró.

Apoyó la boca en los pies de Cristo, pero inmediatamente retrocedió espantado. Le parecía que había besado los cabellos rubios y el cuello desnudo de la prostituta.

Yannakos tomó el icono de manos de Manolios.

—Vamos, Manolios, abre el Evangelio y lee.

—¿Qué vamos a leer, Yannakos?

—Abre al azar. Y todo lo que no entendamos lo discutiremos juntos hasta que encontremos una solución...

Manolios tomó el Evangelio, lo besó y lo abrió:

—En el nombre de Cristo —y se puso a leer silabeando las palabras: «En aquel tiempo, Jesús, viendo a la muchedumbre, subió a una montaña, donde se sentó, y sus discípulos se le acercaron. Y abriendo la boca, les instruyó diciéndoles: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos».

—Es fácil —dijo Yannakos satisfecho—. Bendito sea Dios. Todo lo he comprendido. ¿Y tú, Kostandis? Kostandis tenía una duda, y preguntó:

—¿Qué quiere decir «pobres de espíritu»?

—Todos los que no tienen instrucción —explicó Yannakos—. Todos los que no han ido a las escuelas superiores para ventilar el caletre.

—No, no es eso, no se trata de los no instruidos —corrigió Manolios—. Puedes estar instruido como el pope Fotis y entrar en el reino de los cielos. Puedes carecer de instrucción y no entrar, como el tío Ladas. Eso debe querer decir otra cosa Yannakos. ¿Que piensas acerca de esto, Michelis?

—Pobres de espíritu son aquellos que no tienen malicia —propuso Michelis—. Todos los que tienen un espíritu simple, puro, que no cortan un cabello en el aire, sino que creen con entera inocencia y confianza... Así es como yo lo veo. Se lo preguntaremos al pope Fotis.

—¡Sigue leyendo! —dijo Yannakos impaciente—, vamos, ¡adelante! Manolios volvió a la lectura.

—«Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra».

—¡Esto es agua clara! —exclamó Yannakos triunfante—. Gloria a los mansos, esto es, a los buenos, los tranquilos, los pacíficos. Éstos son los que vencerán al fin, y toda la tierra será de ellos. Es decir, que no es con la guerra, sino con amor como se ganará al mundo. ¡Abajo la guerra! ¡Abajo la guerra! ¡Todos somos hermanos!

—¿Y los turcos? —preguntó Kostandis dudando admitirlo.

—También los turcos —respondió Yannakos entusiasmado—, y ¡también el agá, Yusufaki y Hussein y todos!

—¿Y los que han arrasado la aldea del pope Fotis? —volvió a preguntar Kostandis obstinadamente.

Yannakos se rascó la cabeza de nuevo, y dijo:

—De eso no sé nada. Se lo preguntaremos al pope Fotis... Vamos, sigue.

—«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos».

—¡Ah! —exclamaron todos a una—, ¡Dios lo quiere! ¡Que sean hartos de justicia! Yannakos, lleno de entusiasmo, se levantó gritando, a su vez:

—¡Bienaventurados los que han hambre y sed justicia, porque ellos serán hartos! Esos somos nosotros, muchachos, a nosotros es a quien se dirige Cristo, a nosotros cuatro que tenemos hambre y sed de justicia... Yo siento alas en mi corazón, hermanos. Es como si Cristo hubiera vuelto su rostro hacia mí y me hubiera hablado... ¡Ánimo, muchachos! ¡Sigue, Manolios!

—«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia».

—¡Escucha esto, tío Patriarqueas! —gritó Yannakos volviéndose a poner en pie—. ¡Escucha esto, tragaldabas, tú que ya no nos saludas en la calle, porque hemos sido misericordiosos y hemos dado a los pobres cuatro serones de víveres! ¡Escucha esto, pope Grigoris, tragón innoble, que arrojas a los hambrientos de tu mesa repleta de comida! ¡Te atiborras la panza al extremo que si reventaras apestarías a toda la aldea! ¡Escucha esto, tío Ladas, viejo avariento, incapaz de dar ni un vaso de agua a tu ángel de la guarda! ¡Bravo, Michelis, por no parecerte a tu padre! ¡Tú sí que

entrarás en el reino de los cielos, y con los cuatro serones! ¡Porque los víveres eran tuyos, no nuestros!

—¿Dónde has aprendido a escudriñar todo esto? —preguntó Kostandis asombrado—. ¿Dinos, Yannakos, el rey Salomón reencarnó en ti?

—Viejo, yo no explico esto con mi inteligencia —respondió Yannakos—, sino con el corazón; él es el rey Salomón! ¡Vamos, sigue, Manolios! —«Bienaventurados seréis, cuando aborreciéndoos los hombres, os excomulguen, y maldigan y proscriban vuestro nombre por amor del Hijo del Hombre, alegraos en aquel día y regocijaos, pues vuestra recompensa será grande en el cielo. Así hicieron sus padres con los profetas».

—Repítelo otra vez, Manolios —dijo Yannakos—. Y, por favor, más despacio. Esto me parece, Dios me perdone, que está un poco embarullado.

Manolios releyó el pasaje.

—Esto me parece a mí clarísimo —dijo Manolios—. En la aldea, todos los notables, los ricachos, los mentirosos y los truhanes nos perseguirán a nosotros cuatro algún día, y nos echarán por decir la verdad. Buscarán comparsas para que testimonien contra nosotros. Acaso nos apedrearán, y hasta puede ser que nos maten. ¿Acaso no hicieron lo mismo con los profetas? Pero a nosotros nos es necesario, hermanos, estar muy alegres, porque daremos la vida por amor a Cristo. ¿Es que no la dio Él de modo semejante por amor hacia nosotros? He aquí lo que esto significa.

—Tienes razón, Manolios —dijo Yannakos cuyos ojos lanzaban llamas—. Me parece estar viendo al pope Grigoris que abre la marcha como Caifás y a Ladas detrás de él, gritándole: «¡Mátalos! ¡Mátalos! ¡Quieren abrir nuestras arcas y repartirse nuestras monedas de oro!» Y veo también al viejo Patriarqueas, no te molestes por eso Michelis, que hace de Pilatos y dice: «Yo me lavo las manos, no me mezclo en nada, ¡matadlos!» Pero en el fondo de su corazón estaba muy contento, porque le hacían criar mala sangre. No le dejaban tragar tranquilamente los lechones lechales, regodearse con las sirvientas ni llamar a la viuda Katerina para que le friccionara, pues se había resfriado, según decía... ¡Eh!, impíos, avaros, lujuriosos, llegará la justicia, mejor dicho, ¡ya está aquí!

Se embriagaba hablando, e inclinándose hacia la aldea la amenazaba con el brazo extendido, pero de pronto al volverse vio delante de sí al pope Fotis y se quedó de una pieza:

—Dispensa, padre mío —confesó embarazado—; pero leíamos el Evangelio y mi corazón se ha enardecido.

El pope Fotis se había acercado de puntillas y, por eso, los cuatro amigos, absortos ante las palabras del Evangelio, no se habían dado cuenta de su llegada. Llevaba allí unos momentos y los escuchaba sonriendo.

—Os deseo un buen día, hijos míos, ¡que Dios sea con vosotros!

Alegres, todos se levantaron y le hicieron lugar en el banco, pero el pope, al ver a Manolios, exclamó:

—¿Qué tienes, hijo mío? ¿Qué te ha sucedido?

—Dios me ha castigado, padre mío —respondió Manolios bajando la cabeza—. No me mires, padre. Vuelve los ojos al Evangelio y explícanoslo. Esperábamos a tu santidad para que nos iluminara. No somos instruidos, por tanto ¿qué podemos comprender?

—Nuestro entendimiento —añadió Kostandis— es un tronco sin desbastar. Ven a desbastarlo, padre mío.

—¿Yo, ayudaros? —dijo el pope Fotis—. Pero si haría falta que todos los sabios del mundo vinieran aquí a escucharos para que comprendieran al fin, los desgraciados, las palabras de Cristo. Tienes razón, Yannakos, el Evangelio no se lee con la cabeza; nuestro pobre entendimiento comprende bien poca cosa; se lee con el corazón. Éste sí que lo comprende todo. Yannakos, un domingo has de venir a nuestra capillita, en nuestras catacumbas, para que nos expliques la palabra de Dios. No te rías, hablo en serio.

Y volviéndose a Manolios:

—Todas las enfermedades, hijito, provienen del alma; ella es la que gobierna el cuerpo. Manolios, tu alma está enferma; ¡debemos curarla! Y el cuerpo, de buena o mala gana, la seguirá...

Pero, hablemos primeramente. ¿Para qué me habéis llamado? ¿En qué puedo ayudaros? Decid... En seguida hablaremos los dos a solas, Manolios.

—Padre mío —respondió Michelis—, precisamente te hemos hecho venir a causa de Manolios. Nos hemos dicho: puede ser que sea un demonio que se ha pegado en su rostro, y que tu santidad conozca algún exorcismo para echarlo...

—También hay muchas cosas que no comprendo, padre mío —añadió Yannakos—. ¿No viene todo de Dios? ¿Por qué a Manolios le ha ocurrido esto y no, por ejemplo, al agá o al pope Grigoris, o al viejo Ladas? ¿Es esto justicia? Yo no lo comprendo.

Se volvió a Manolios:

—¿Por qué no protestas tú conmigo? ¿Por qué no alzas la voz a Dios, para preguntarle las razones? Te contentas con quedarte ahí cruzado de brazos, agachada la cabeza y diciendo: «Dios me ha castigado». ¿Pero qué has hecho? ¿Por qué te ha castigado? Rebélate, tú no eres un cordero, eres un hombre, ¡pregúntaselo! Esto es lo que quiere decir ser hombre, una cosa viviente que se rebela y pregunta.

El pope Fotis se levantó, avanzó la mano y le tapó la boca a Yannakos, diciéndole:

—Preguntas demasiado, alzas la voz demasiado, Yannakos, apuras a Dios que baje a rendirte cuentas. ¿Quién eres tú para pretender que Dios descienda a la tierra?

—Yo quiero comprender —susurró Yannakos intimidado.

—¿Comprender a Dios, Yannakos? —preguntó el pope con terror—. Pero el hombre, gusanillo ciego a los pies de Dios, ¿qué podrá comprender de una grandeza inconmensurable? Yo también, cuando era joven, protestaba y preguntaba como tú. No comprendía tampoco. Un día, mi superior, en el Monte Athos, me refirió una parábola. A menudo se expresaba en forma de parábolas, ¡Dios lo tenga en su gloria!

»Una vez hubo, me dijo, una aldehuela perdida en el desierto. Todos sus habitantes eran ciegos. Un gran rey llegó a pasar por allí, seguido de su ejército. Iba montado en un enorme elefante. Los ciegos lo supieron y, como habían oído hablar mucho acerca de los elefantes, los impulsó el deseo de ir a tocar al animal fabuloso, para así formarse una idea de cómo era. Una docena de ellos, supongamos que fueran los notables, se pusieron en camino. Suplicaron al rey les diera el permiso de tocar al elefante. «Os doy el permiso, ¡tocadlo!», consintió el rey. Uno le palpó la trompa, otro la pata, éste el lomo, a aquél lo alzaron un poco para que pudiera tocar las orejas, y a otro lo montaron en el elefante y lo hicieron dar una vuelta. Los ciegos volvieron encantados a su aldehuela. Los demás ciegos los rodearon, preguntándoles ávidamente qué clase de ser era esa fantástica bestia que llamamos elefante. El primero dijo: «Es un enorme tubo que se alza con fuerza, se enrosca y ¡desgraciado de ti si te coge!» Otro afirmó: «Es una columna con pelos». Un tercero: «Es un muro como una fortaleza y también con pelos». Aquel que había tocado la oreja: «De ningún modo es un muro, sino un grueso tapiz, groseramente tejido, que se mueve cuando se lo toca». Y el último exclamó: «¿Qué, estáis chocheando? Es una montaña colosal que se pasea».

Los cuatro amigos se echaron a reír.

—Nosotros somos los ciegos —dijo Yannakos—, tienes razón, padre mío. Dispénsame. No vemos más allá de nuestras narices y decimos: «Dios es duro como una roca». ¿Por qué? Porque no vemos más lejos.

—No tenemos derecho a preguntar —dijo Michelis—. Dios debe tener alguna razón para castigar a Manolios. Y no la vemos por ser ciegos.

—Padre mío —dijo Manolios levantando la cabeza—, nosotros cuatro somos inseparables, pues estamos ligados uno al otro este año. Creo, pues, que es justo me confiese delante de todos, que busquemos juntos por qué Dios me castiga y cómo encontrar el remedio... Creo que mientras este demonio ocupe mi rostro, será señal de que no estoy arrepentido y que Dios no quiere saber nada conmigo...

—Tienes razón, hijo mío —confirmó el pope—, así obraban los primeros cristianos; confesaban los pecados delante de sus hermanos reunidos. Todos juntos buscaban el camino del rescate... En nombre de Cristo, te escuchamos, Manolios. No olvides que todos somos pecadores y que en este instante Dios está por encima de nosotros y nos escucha.

Manolios se concentró durante un gran rato. Toda su vida desfiló ante sus ojos —la miseria de su casa, después la orfandad y cómo su tía Mandalenia lo había recogido gruñendo; más tarde, tranquilidad y paz en el Monasterio, su superior, el padre Manassé, de voz grave y cariñosa, le refería las vidas de los santos y ascetas en la Tebaida, le hablaba de los apóstoles a orillas del lago de Tiberíades, en fin de Cristo crucificado... ¡Qué gozo era el Reino de los Cielos sobre la tierra! Una mañana, el arconte Patriarqueas llegó con su séquito, llenando el patio del Monasterio de mulas enjaezadas, con mantas multicolores, y de gritos...

Manolios levantó la cabeza:

—No sé por dónde comenzar, padre mío. Toda mi vida desfila por mi cabeza... Ayúdame, padre, pregúntame. Hermanos, preguntadme vosotros también.

—No busques por dónde empezar, Manolios —respondió el pope—. No tienes más que comenzar por donde sea, sin buscar el fin. Habla, di lo que te venga a la memoria. Cierra los ojos, Manolios. ¿Qué ves? No reflexiones, responde, ¿dónde te encuentras?

—En casa del pope Grigoris. Todos los notables reunidos en magna asamblea han tomado una decisión. Han distribuido a cada uno su cargo para la Semana Santa del año próximo... para el terrible Misterio que se representará en el pórtico de la Iglesia... El pope Grigoris se me acerca, me pone las manos sobre mis cabellos y me bendice: «A ti, Manolios, te ha elegido Dios; eres el que me hace falta. A ti Dios te ha elegido para llevar la carga de la Cruz». Mi corazón se quebró en mil pedazos.

Manolios abrió los ojos, los párpados le titilaban, su pensamiento se volvió a sus compañeros.

—Es verdad, mi corazón en ese momento estalló en mil pedazos —repitió—. Como el frasco de perfume que tenía María Magdalena la prostituta y que ella quebró en los pies de Cristo... De jovencito, yo tenía mucha imaginación, leía vidas de santos y mi espíritu se inflamaba... Quería ser santo... Cuando entré en el Monasterio no tenía más que una idea en mi cabeza: los ascetas. Quería irme yo también a la Tebaida, no comer, ni beber, hacer milagros... Como veis, hermanos, desde muy niño Satanás me ha atormentado, Satanás ha atizado el fuego en mi corazón... me quemaba. ¡Tenía la pretensión de querer hacer milagros yo también! ¡Perdóname, Señor!

»Cuando salí de casa del pope Grigoris, mi cabeza bullía. Me parecía que la aldea ya era pequeñísima para mí, que yo no era Manolios, el despreciable pastor del viejo Patriarqueas, el ignorante y miserable, sino, como si dijera, un elegido de Dios para una gran misión: seguir las huellas de Cristo, ¡asemejarme a él!

—¡Terrible pretensión! —murmuró Kostandis—. Tú, Manolios, que eres tan manso, tan humilde...

—Kostandis, hijo mío —dijo el pope—, el corazón de Manolios se está desbordando. Déjalo que se desahogue; después emitirás tu juicio.

—Disculparme, hermanos —continuó Manolios—, pero el espíritu de la soberbia hizo presa en mí... Siento vergüenza de decir todo esto, pero me confieso y saco a la vergüenza pública mi pecado. Dios me escucha.

—Habla, habla, Manolios —dijo el pope—, no tengas vergüenza. El corazón del hombre es un abismo de víboras, de sapos y de cerdos. ¡Vacía tu corazón para que se aligere! Manolios cobró ánimos.

—Me hinchaba como un pavo real, iba y venía diciéndome y repitiéndome muy ufano: «¡A ti Dios te ha elegido, Manolios, a ti!» Ahora bien, un día, y te doy las gracias por ello, Yannakos...

Tomó la mano de su amigo e intentó besársela, pero Yannakos la retiró desconcertado.

—¿Qué pretendes Manolios? ¿Besarme la mano, tú a mí?

—A ti, Yannakos —dijo Manolios porque tú me has abierto los ojos... Y vi que era un hipócrita y un mentiroso. Te acordarás, Yannakos, cuando me encontraste delante de la casa del capitán y que me dijiste, ¡bendito seas!: «¡Mentiroso! ¡mentiroso! Quieres asemejarte a Cristo y te preparas para casarte... después de la escena de la cruz, Lenio te llevará agua tibia para lavarte, te preparará ropa limpia para cambiarte y te acostarás con ella en la cama ¡después de la escena de la cruz!»

—¡Perdóname, Manolios! —gritó Yannakos echándose en brazos de su amigo—. No sabes qué demonio me impulsaba ese día... También yo me confesaré algún día y os causaré repugnancia... El

pope lo sabe.

—Dejad que saque a pública vergüenza sus faltas para que se alivie —dijo nuevamente el pope Fotis obligando a Yannakos a sentarse—. Habla, Manolios, te debes sentir ya un poco más consolado.

—A medida que hablo, padre mío, conforme hablo me siento mejor... La confesión es un misterio, un gran misterio. Ahora tengo valor, ¡desembucharé todo, todo!

—Te escuchamos, hijo mío —dijo el pope, poniendo la mano en el hombro de Manolios, como si quisiera transmitirle ánimo— ¡Habla, hijito!

—Desde el instante en que Yannakos puso mi corazón al desnudo, me sobresalté. Vi el precipicio, y me contuve. «¿No tienes vergüenza, Manolios, me decía, piensas que es un juego la escena de la cruz? ¿Te figuras que así vas a embaucar a Dios y a los hombres? Amas a Lenio, deseas acostarte con ella ¿y quieres hacerme creer que amas a Cristo? ¡Vergüenza debería darte, impostor! ¡Decídete, hipócrita!», desde ese momento me resolví: ¡No me casaría, no tocaría a ninguna mujer! ¡Permanecería casto!

Una vez más Yannakos no pudo contenerse:

—Bien decía yo, Manolios, ¡tú eres un santo!

—Espera, espera —continuó Manolios—, vas a ver y se te pondrán los pelos de punta. No he llegado al colmo de mis pecados... Había tomado esa decisión en cuanto a Lenio; tuve un altercado con el amo; me retiré a la montaña, a la soledad, lejos de tentaciones. Allá arriba, me decía, donde sopla el aire puro, me reconcentraré en Cristo... Ahora bien, en el momento en que iba a tomar por el sendero que me conduciría a mi salvación, he aquí que en el pozo de San Basilio, precisamente a la salida de la aldea, el Maligno me esperaba...

Manolios suspiró. Con el pañuelo se limpió el rostro que volvía a destilar. Permaneció largo rato en silencio; las manos aparecían febriles.

—Valor, Manolios —dijo el pope—, yo soy mayor pecador que tú. Algún día me confesaré íntegramente ante vosotros y os estremeceréis de horror; ahora sólo os diré que aquí donde me veis he manchado mis manos con la sangre de un hombre. El diablo me cogió por su cuenta un día; yo era joven y tenía la sangre caliente. Era pastor y había bajado al pueblo para festejar Pascua con los amigos. Llevaba a cuestas un cordero para asarlo. Era mediodía, los árboles estaban en flor, la tierra olía bien. Nos instalamos, toda la gente del lugar, sobre la hierba; se había prendido un gran fuego donde se pusieron los corderos al asador. Se había cocido en las brasas las entrañas para adobarlos; se bebía bien y nuestros corazones se templaban. Una vez asado el cordero, se lo colocó sobre la hierba, cogí un cuchillo que acababa de afilar y me dispuse a trinchar al animal. En ese preciso momento el demonio me impulsó para que gritara riéndome: «¡Mirad, si tuviese ahora un pope a mano lo degollaría!» Os digo que era el demonio quien me impulsó, pues yo era hijo de pope y los respetaba. Cuando me encontraba con uno a mi paso, corría hacia él y le besaba la mano. Pero aquello lo dije porque sí, en broma. Habíamos bebido y estaba excitado. Pero a mi lado un lugareño, tan borracho como yo, me oyó y me gritó riéndose: «Tienes un pope detrás de ti, ¡cumple tu palabra, si eres hombre!» Me vuelvo, veo a un pope, me echó sobre él, ¡y lo degollé!

El pope Fotis se santiguó y se calló. Todos se quedaron espantados en silencio. Cada cual descendió a lo más profundo de sí, contempló su propia alma y se estremeció. ¡Cuántas muertes, cuántas infamias, cuántas vergüenzas bullen en lo más profundo de nuestro ser! Nos conservamos honrados porque tenemos miedo. Nuestros infames deseos permanecen durante toda nuestra vida ocultos, insatisfechos, furiosos, emponzoñándonos la sangre. Pero nos contenemos, engañamos a la gente y morimos honrados y virtuosos. Para el público no hemos obrado nunca mal en toda nuestra vida. Pero a Dios. a Él, no se lo engaña.

—Yo —dijo al fin Michelis con voz ahogada, desconocida—, yo soy peor que tú, padre mío. Yo, cuando mi padre cae enfermo, experimento una alegría satánica. Un demonio se alza en mí y baila, porque estoy harto de mi padre; éste se levanta ante mí como un obstáculo, tengo prisa porque muera. ¡Que muera el hombre que me ha traído al mundo y a quien amo! ¡No sé cómo será el alma de un criminal, pero el alma del hombre honrado, del hombre bueno, es un infierno! Un infierno que contiene todos los demonios. Y nosotros llamamos buena gente y buenos cristianos a todos éstos

que ocultan los demonios en sí mismos y no los dejan saltar afuera para cometer infamias, robar, matar... Pero todos, en lo íntimo y profundo del corazón ¡Dios me perdone! somos infames, asesinos, ladrones.

Yannakos estalló en sollozos. También él había mirado al fondo de sí y se había espantado. El pope extendió la mano:

—Hijos míos —dijo—, después nos llegará el turno de confesarnos también nosotros... En este momento, es Manolios quien lo hace. Cerrad vuestros corazones, él ha abierto el suyo. Dejémoslo terminar... Habla, Manolios. ¿Has visto? ¿Has oído? Nosotros somos peores que tú. ¡Yo, el pope, y Michelis, el hombre bueno y caritativo, orgullo de vuestra aldea!

Manolios se secó los ojos que destilaban lágrimas, cobró ánimo y continuó:

—El Maligno estaba sentado, hermanos míos, en el brocal del pozo y me sonreía: Katerina la viuda, la prostituta de nuestra aldea. Allí estaba con los labios pintados y el corpiño ligeramente abierto. Le había visto el comienzo de los senos, la sangre se me subió a la cabeza y me dio vértigo. Ella me hablaba, me suplicaba; yo no sentía más que un deseo, el de echarme sobre ella. Solamente tenía miedo de los hombres, tenía miedo de Dios y huí... Me fui de allí, pero la llevaba conmigo, en mi pensamiento, en mi sangre; noche y día no pensaba más que en ella. Hacía como si pensase en Cristo, ¡mentiras! Solamente en ella pensaba...

»Una noche no pude más, me lavé, me peiné y, tomando el sendero, me dirigí a casa de la viuda. Yo me decía entre mí: Voy a salvar su alma. Voy a hablarle y volverla al buen camino, al camino de Dios... ¡Mentiras, mentiras! Corría a acostarme con ella... Entonces...

Manolios se detuvo otra vez. Respiraba con dificultad. Todos se volvieron hacia él y lo miraron con compasión. Manolios se transfiguraba a sus ojos. De la carne tumefacta de su rostro manaba un líquido turbio que se coagulaba gota a gota en los bigotes y barba.

—Entonces, la salvación llegó... —terminó el pope, cogiendo la mano de Manolios entre las suyas y acariciándola—. Lo he comprendido, Manolios. He descubierto el sendero oculto que Dios ha tomado para salvarte... ¡Hermano, mío, un gran milagro! Quién puede nunca adivinar los extraños, e imprevistos caminos que toma la salvación para llegar a las almas... Entonces, de repente, Manolios, déjame terminar, tú estás fatigado. Entonces, de repente, sentiste que el rostro se te hinchaba, que se cubría de carne y costra repugnante y te convertiste en una plaga hedionda... No es el demonio, Manolios, quien se ha colado en tu cara. Es Dios quien te ha aplicado una máscara para salvarte. Dios se ha compadecido de ti, Manolios.

—No lo comprendo —murmuró Kostandis—, no lo comprendo...

—Yo tampoco... yo tampoco... —murmuraron los otros dos amigos—. Solamente se callaba Manolios suspirando.

El pope Fotis acariciaba la mano de Manolios como si quisiera compartir su pena.

—Caminabas hacia el abismo, Manolios, estabas al borde del precipicio y Dios te pegó esta carne en tu rostro para que te detuvieras. Ibas a cometer un pecado, meterte en la cama con la viuda; pero ya con semejante figura ¿cómo la mirarías? ¿Cómo te miraría ella? Tuviste vergüenza y te volviste. Al volverte te salvaste.

El rostro de Manolios, medio oculto por el gran pañuelo, se callaba, pero el pecho estallaba en sollozos. Entonces susurró: «¡Alabado sea Dios!» después, volvió a callarse.

Los tres amigos también agacharon la cabeza, presa de terror. Sentían espantados que Dios se cernía sobre cada uno como un león. Por momentos sentían su aliento, su rugido y veían sus ojos atravesar la oscuridad.

El pope pareció adivinar aquellos pensamientos.

—Hijos míos —les dijo—, un ojo abierto nos mira día y noche. Una oreja, en el fondo de nuestro corazón, escucha: es Dios.

Michelis exclamó:

—¿Cómo puede Dios dejarnos vivir en la tierra? ¿Por qué no nos mata para purificar la creación?

—Porque Dios, Michelis, es un alfarero y trabaja con barro.

Pero Yannakos se impacientaba:

—Todo lo que nos dices, padre, es hermoso y bueno, pero aquí tenemos un enfermo. ¿No puedes imponerle las manos y recitar una oración? ¿Podríamos todos juntos rogar a Dios que le conceda esa gracia?

—Manolios no tiene necesidad de oraciones —respondió el pope Fotis—, ni de exorcismos ni de escapularios. Las oraciones de otras personas no lo sanarán. Dentro de él mismo, día y noche lentamente, continuamente, trabaja la salud. ¿No habéis visto, hijos míos, cómo el gusano se acurruca y se encierra en una mortaja bien cerrada? Su cabeza se transforma, se convierte en feroz, y espera inmóvil. Con calma, en sus entrañas, en medio de las tinieblas, opera la liberación. Detrás de esa fealdad, teje una lanilla suave, ojos brillantes y alas. Una hermosa mañana de primavera, agujerea la mortaja y sale convertido en mariposa. Del mismo modo en nosotros, a través de las tinieblas se opera la liberación... Valor, Manolios, prosigue por ese camino. Detrás de ese rostro tumefacto, la salud va gestándose. ¡Ten confianza!

—¿Hasta cuándo hay que esperar, padre mío? —preguntó Manolios levantando la mirada suplicante al pope.

—¿Estás apurado, Manolios?

—No, no —respondió Manolios avergonzado—; cuando Dios quiera.

—Dios nunca tiene prisa —aseveró el pope—. Es la inmovilidad, ve el futuro como si hubiese pasado ya, trabaja en la eternidad. Solamente las efímeras criaturas, como no saben lo que sucederá, se apresuran por miedo. Deja a Dios trabajar en silencio, como le gusta hacerlo. No vuelvas la cabeza ni preguntes nada. Cualquier pregunta es un pecado.

El sol se hallaba a mitad de su carrera; caía de plano, gota a gota, sobre las cabezas de estas cinco personas reunidas y que se habían acercado unas a otras movidas por un silencioso afecto.

En la otra ladera de la montaña, la flauta de Nikolio cantó de golpe, alegre, estridente, apasionada.

—Nikolio... —manifestó Michelis sonriendo—. También él tiene sus penas y se consuela de ese modo.

Aguzaron el oído y escucharon. La canción del pastor platicaba, reía, bailaba en el aire abrasador. Una mariposa blanca salpicada de naranja revoloteó un instante por encima de las cinco cabezas y se posó sobre los cabellos del pope Fotis. Batió las alas y hundió la trompa en los cabellos grises, tomándolos por zarzas floridas. Luego echó a volar, ascendió muy alto, se perdió en el sol.

Al cabo de un momento, la voz de Manolios se dejó oír:

—Padre mío, hermanos míos, ¡perdonadme y que Dios también os perdone! Me he aliviado como si me hubiera sacado del corazón un peso enorme. Te doy las gracias, padre mío, porque he visto, he comprendido y acepto. Ahora la enfermedad me parece como una cruz que tomo sobre mis espaldas. Sé que más allá de la crucifixión se halla la resurrección. Aunaré mis fuerzas para llevar mi cruz. ¡Ayudadme, camaradas, para que no caiga!

—¡Todos juntos! —gritó el pope levantándose—. Esta mañana yo hablaba a los míos en la montaña. Porque nosotros también subimos, también llevamos nuestra pesada cruz, y tropezamos, nos recriminamos, nos impacientamos... Yo les hablaba y les gritaba: ¡Todos juntos y seremos salvos!

—Pero, en ese caso —manifestó Yannakos—, el dolor, la enfermedad, el pecado...

—Son otros tantos gusanos —le atajó el pope—, que pueden transformarse en mariposas.

Y se acordó de lo que estaban leyendo los cuatro amigos a su llegada y les dijo:

—Bienaventurados los que sufren porque ellos sentirán cuán grande es la misericordia de Dios. Mientras que los que no sufren no experimentarán nunca este gozo celestial. Mirad qué bienhechor divino es el dolor... ¿lo oyes, Manolios?

Pero Manolios, agotado, se había reclinado sobre el hombro de Michelis, había cerrado los ojos y ya tranquilo se había entregado a apacible sueño.

Sus compañeros lo alzaron suavemente y lo acostaron en el jergón; después salieron de puntillas.

—La gracia de Dios, hecha sueño, ha descendido sobre Manolios —dijo el pope—. Dejémoslo solo, hijos míos, al cuidado de Dios.

En fila y en silencio, echaron por el sendero abajo. El pope iba delante, con la cabeza descubierta

y los cabellos grises flotando sobre los hombros.

Hacia el final de aquella tarde, cuando Manolios abrió los ojos vio a Panayotaros sentado con las piernas cruzadas mirándolo en la penumbra.

Los ojos inyectados de sangre y de mirada feroz contemplaban a Manolios con extraña fijeza, y su boca exhalaba fuerte olor a vino.

—Sé bienvenido, hermano Panayotaros —dijo Manolios sonriéndole.

Panayotaros no respondió. La pesada cabezota de pelo rojo, inclinada hacia Manolios, lo miraba fijamente, y por la boca entreabierta, con el labio superior colgante, dejaba ver unos anchos dientes puntiagudos todos amarillentos.

—¿Quieres algo? —preguntó Manolios estremeciéndose al creerse víctima de una mala pesadilla.

Panayotaros abrió la boca con dificultad y dijo con voz pastosa y tartamudeando:

—Hace una hora que estoy arriba de ti mirándote.

—¿Es que quieres algo, hermano? —volvió a preguntar Manolios—. ¿Por qué me miras así?

—No puedo mirarte de otra manera —gruñó colérico Panayotaros—. ¡No puedo! Y en seguida, añadió:

—¡Acabarás conmigo Manolios!

—¿Yo? —dijo Manolios sentándose en el jergón—. ¿Yo? ¿Qué te he hecho?

—Todo el mal que un hombre es capaz de hacer, eso me has hecho, ¡maldito! Toda la alegría que tenía en este mundo ¡infeliz de mí!, tú me la has matado. No puedo más. He venido a hacerte un regalo. Esperaba que te despertaras para entregártelo, ¡tómalo!

Introdujo la mano en el pecho y sacó un enorme cuchillo que dejó sobre las rodillas de Manolios.

—¡Tómalo! —farfulló—, ¡tómalo, maldito, y mátame! Acaba el trabajo que has comenzado. ¡Mátame y harás una buena acción!

—Panayotaros, hermano mío —exclamó Manolios—, ¿qué te he hecho? ¿Por qué me hablas de esta manera? ¿Yo, matarte?

Quiso cogerle la mano, pero Panayotaros furioso rechazó el brazo de Manolios.

—¡No me toques! —rugió—, nada de zalamerías, me asquean. Mátame. Acaba, como te digo, el trabajo que has empezado. ¿Qué me importa ahora la vida? ¡Mátame! Manolios estalló en sollozos.

—¿Qué te he hecho, Panayotaros, qué te he hecho?

—Tengo hombres fieles que siguen a Katerina —respondió Panayotaros— por donde va. También tengo una vieja vecina suya a quien pago. Día y noche la vigila escondida detrás de la puerta. La otra noche me dijo la vieja que te vio entrar en casa de la viuda a escondidas. Has permanecido con ella hora y media. Desde esa noche Katerina no abre la puerta a nadie, no quiere verme, se ha encerrado en su casa y no hace más que llorar, me ha dicho la vecina... ¿Por causa de quién llora? ¿Por qué no quiere ni comer y se debilita? ¿Por qué no abre la puerta a nadie? ¡Por ti, por tu causa, por un desfigurado, que solamente de mirarlo provoca náuseas! Me dijeron el estado en que te encontrabas; me puse muy contento. Y me dije: por fin me desembarazaré de ese bribón que se hace pasar por santo. Cuando lo vea Katerina, se asqueará y se desentenderá de él. Como yo también me desembarazaré.

»No obstante, no has sentido vergüenza de ir a su casa en tal estado, y permanecer allí hora y media. ¿Qué maleficios le has echado, dime? En vez de asquearse, no te puede olvidar y se golpea gritando tu nombre, ¡puerco leproso! Vapuleo de lo lindo a mi mujer todos los días, pero no puedo consolarme. Propino garrotazos a mis hijas, tampoco me alivia. He cerrado el taller, me emborracho, ando errante por las calles, la chiquillería me persigue y me lanza una palabra que me hiere en pleno corazón como un cuchillo... Tú sabes qué palabra... ¡Tú la sabes! Maldita sea la hora en que ese pope de barba de chivo me llamó a su asquerosa pocilga. ¡Desde ese día estoy perdido!

»Estoy perdido, no puedo soportarlo más y esta tarde te he traído mi cuchillo. Levántate, Manolios y si eres hombre, ¡mátame! Te beso la mano, pero ¡mátame para que descanse de una vez!

Manolios apoyó la cabeza en sus rodillas, incapaz de contener los sollozos, y preguntóse entre sí: «¿Qué puedo hacer para salvar esta alma? ¿qué puedo hacer para salvar esta alma salvaje, empedernida en el amor? ».

—¡Basta de lágrimas, comediante! —gritó Panayotaros, loco furioso—. Toma el cuchillo como te digo, no tengas miedo, lo he afilado muy bien; aquí tienes mi cuello, degüéllame.

Y tendió su pesada nuca.

—¿Por qué no me matas tú a mí? —preguntó Manolios.

—¿Qué ganaría con eso? —respondió Panayotaros desesperado—. No haría sino aumentar mi desgracia; entonces sí que perdería para siempre a Katerina. Solamente matándome tú me salvaré. Y te llevo conmigo al infierno.

Al decir esto, estalló en sollozos.

Lloraba a lágrima viva, mugiendo como un buey, pero todavía con la nuca preparada y extendida.

Manolios, deshecho en llanto, lo tomó en sus brazos y comenzó a hablarle:

—Perdóname, hermano Panayotaros, perdóname, no volveré a verla, no pasaré más por su puerta, yo soy quien va a morir y tú quedarás libre y desembarazado. Yo, yo soy, te lo juro. Soy yo quien va a morir. ¿No ves en qué estado estoy? Estoy podrido. Soy yo quien morirá, hermano mío, no llores.

Pero el otro seguía bramando. Se libró con fuerza de los brazos de Manolios y se puso en pie de un salto. Dio dos pasos hacia la puerta trastabillando; quiso franquear el umbral, pero tropezó y se desplomó cuan largo era.

Manolios se precipitó para levantarlo, pero ya el otro se había levantado y haciendo eses, borracho perdido, huyó por el sendero bramando.

En aquel mismo momento, Nikolio apareció con el rebaño. Panayotaros empezó a apedrear a los corderos que se salvaron a la desbandada, espantados.

—¡Eh! ¡eh! —gritó Nikolio furioso—, ¡deja a mis corderos tranquilos!

Pero Panayotaros arrancaba piedras de la tierra y las lanzaba jurando.

—¡Muérdelo, mordedlo! —gritó entonces el pastorcillo a los dos perros que acudieron con la lengua afuera.

Los perros se echaron sobre Panayotaros quien, apoyado en una roca, recogía gruesas piedras y se las tiraba. Los perros se lanzaron sobre él ladrando; entonces el borracho se puso también a ladrarlos y se lanzó sobre ellos, pero las rodillas le fallaban; se caía y se levantaba de nuevo. Los perros ya furiosos saltaron sobre él; uno se aferró a una nalga y no la soltaba, otro le saltó a la garganta y le mordió el mentón; la sangre enrojeció aún más la barba de Panayotaros.

—¡A él! ¡A él! —los azuzaba Nikolio excitado.

Manolios oyó los gritos y los ladridos y corrió a socorrerlo. El pastorcillo contemplaba el espectáculo, riendo y gritando.

—¡Déjalos, patrón, déjalos que se lo traguen!

Manolios lanzó una orden a los perros, agarró un palo y los ahuyentó; después, volviéndose a Panayotaros para ayudarle, se encontró que éste iba huyendo y echando pestes para desahogarse.

Nikolio brincó a una piedra, se puso la mano como altavoz en la boca y le gritó:

—¡Judas! ¡Judas! Toda la montaña contestó el eco.

—¡Cállate, tú! —le gritó Manolios—, ¿no te mueve a compasión?

—¡Judas! —volvió a gritar Nikolio lanzando una gran piedra con todas sus fuerzas.

La noche ascendía. Había ya invadido el llano e iba ganando altura por la falda de la montaña. El mundo se cubría de sombras. Los perros, jadeantes, se habían echado a los pies de Nikolio y se lamían las heridas. El carnero padre, el gran Dassos, hacía sonar el cencerro paternalmente y esperaba que el rebaño se reagrupase detrás de él para volver al redil.

Manolios había regresado a la cabaña. Escondió el cuchillo debajo de la almohada, luego colgó el icono de la Crucifixión en el muro, a la cabecera del lecho y susurró:

—¡Dios mío! ¡tócale el corazón y concédele la salvación! ¡Él también sufre; tú eres Todopoderoso, quítale esa pena, consuélalo!

CAPÍTULO VIII

MUCHOS DÍAS HABÍAN PASADO desde aquel domingo de la confesión, como llamaron más tarde a aquel día en que Manolios abrió y aligeró el corazón ante sus amigos.

Durante todo ese tiempo la tierra por debajo y el sol por encima trabajaron de común acuerdo y sin descanso para hacer madurar el grano. Las espigas hinchadas de savia se endurecieron. La llanura estaba roja de amapolas. Los pájaros cantores, reunido crin, paja y limo, habían construido el nido donde la hembra con las alas desplegadas ya incubaba. Frente a ella, posado en una rama, el macho cantaba para animarla. De tiempo en tiempo, esparcidas y tardías lluvias prestaban algún frescor, más rápidamente el sol reaparecía, poniendo en fuga a las nubes, y proseguía su vieja tarea, tan vieja como el mundo, de ayudar a los pájaros y a los hombres.

El viejo Patriarqueas comía, bebía y disputaba, ora con Lenio por su negligencia en los trabajos caseros, o por pasar la mayor parte del tiempo en la montaña ardiendo en deseos de casarse, ora con su hijo quien se había entregado a la lectura como un viejo hombre de bien o un vil monje.

—La lectura —le gruñía— es para la plebe o para los maestros de escuela; un hijo de arconte debe entregarse a la buena mesa, al buen vino y a las mujeres del prójimo. Tú, Michelis, eres la deshonra de nuestra raza. Lo veía encaminarse de vez en cuando a casa de Mariori, su novia, pero de allí volvía cada vez más triste y taciturno. El viejo agachaba la cabeza de desprecio. «Mi padre, recordaba, ajaezaba la mula y recorría las aldeas donde tenía buenos amigos. Ataba la mula a la aldaba de una puerta. Al verla, el marido tomaba otro camino y esperaba a que mi padre se fuera para volver a su casa. Yo mismo, he tenido buenas amigas a quienes iba a ver por la noche a escondidas, como un ladrón, y con las que gozaba. Este hijo mío tiene novia y, Dios me perdone, ni la toca la punta de los dedos. ¿Cómo no va la infeliz a secarse y a enfermar del pecho? La mujer es como las plantas; si no se las riega, se ajan. La raza de los Patriarqueas ha degenerado mucho, está destruida, mejor dicho, ¡está perdida!»

El viejo Ladas detenía a cada instante a Yannakos y le decía:

—Yannakos, tráeme las tres libras, tráemelas con los intereses, de lo contrario, desgraciado —y es preciso que lo sepas—, haré que te vendan el asno; soy un hombre pobre; no trates de arruinarme.

En casa del pope Grigoris las cosas iban mal. Desde hacía meses no había en la aldea ni casamientos ni bautismos, ni tampoco ninguno de los licovrisenses se quería morir. El sepulturero se pasaba el día oteando la aldea, con la mano extendida sobre los ojos a modo de visera. Nadie a la vista. Aguzaba el oído: ningún toque a muerto.

—Que se decida el diablo a coger a alguno —gruñía— si no mis hijitos se van a morir de hambre.

La viuda, encerrada en su casa, no abría ya la puerta a nadie. Panayotaros erraba por las callejuelas borracho como un cerdo, profiriendo amenazas, y los muchachotes se quemaban de deseos sofrenados, y, no sabiendo cómo desahogar su vigor físico, comenzaron a rondar las casas decentes.

—¡Maldita sea la viuda! —bramaban todos los que tenían mujeres bonitas—. Ahora la muy tunanta quiere hacerse pasar por decente; no hay modo de alejar de nuestras casas y de nuestras ventanas esas serenatas. ¡El honor de la aldea peligra!

Todos los días, al caer la tarde, los lugareños se reunían en el café de Kostandis, fatigados de luchar con la tierra, de sacar agua, de regar las huertas y quintas para que no se sequen, fumaban sus narguiles, cambiaban entre sí dos o tres palabras y volvían a caer en un pesado silencio. La suerte no había querido que la aldea tuviera su tonto, que los hubiera excitado a reír un poco con sus

historias. Ni aun una urraca o un mirlo que silbase como un hombre, para ayudarles a pasar el tiempo.

Panayotaros a veces pasaba completamente borracho; pero ni ése les proporcionaba ningún desahogo, porque estaba siempre de malísimo humor y si se le molestaba, arrojaba piedras a la cabeza. ¿Acaso, y sin ir más lejos que el día anterior, no había roto las gafas al maestro, que se encontraba por casualidad en el café?

De vez en cuando el agá organizaba un baile bajo el plátano, es decir, cuando él sentía melancolía o tristeza. Pero aun eso carecía de animación. Los aldeanos en seguida se hastiaban, abandonaban el baile y volvían al narguile, y el café se convertía en un zumbar taciturno. Si alguien se emborrachaba, se rompía una pierna, o encontraba un ladrón en su quinta, se alborotaba por un momento la aldea comentando el acontecimiento, mas en seguida todo se apaciguaba y la aldea recaía en un silencio abrumador.

Pero he aquí que una mañana, voló de boca en boca y de puerta en puerta, una terrible noticia: ¡Yusufaki había sido encontrado al amanecer muerto en el lecho!

La vieja esclava del agá, Marta, se había escurrido de la casa del agá, al amanecer, y había ido temblando en busca de su amiga de siempre, la tía Mandalenia, para decírselo.

—¡La aldea está perdida! —le gritó, una vez que hubieron cerrado la puerta con llave—, ¡perdida, mi querida Mandalenia! ¡Se ha encontrado a Yusufaki asesinado!

—¿Quién lo ha matado, Marta? La noticia que traes es un incendio y nos quemará a todos. ¿Quién es, querida?

—Nadie estaba anoche en casa. Sólo el agá, Yusufaki, Hussein y yo, ¡nadie más! ¡Corre, advierte a los cristianos que estén con ojo avizor y que todos los que puedan marcharse se vayan! Yo tengo una sospecha, pero como no estoy segura, entonces ¡chitón!

Esto dicho, se escabulló de nuevo; agachada y pegada a las paredes, entró en casa del agá y echó el cerrojo a la puerta.

La vieja Mandalenia se puso el pañuelo negro a la cabeza y corrió de puerta en puerta sembrando el terror, pero con cierta alegría secreta e inconfesable. Los hombres abandonaron el trabajo y se reunieron en el café para ver lo que podría acaecer, atreviéndose a echar una mirada a escondidas al balcón del agá. Puertas y ventanas permanecían cerradas. De vez en cuando, se oían gritos salvajes en el interior, un tiro de pistola o el ruido de algún objeto roto. Después, nuevamente el silencio.

Los notables y los ancianos trastornados se reunieron en casa del pope Grigoris. El corazón del viejo Patriarqueas estaba a punto de estallar de terror.

—Si no se encuentra al matador —decía ceceando más que de costumbre—, si no se encuentra al matador, estamos embromados. Nos va a echar al calabozo. Y si está borracho, pudiera ser que aun nos haga ir al patíbulo.

—Nos va a exigir a todos un rescate en pago del crimen —suspiró el viejo Ladas.

—Cerrará la iglesia y la escuela y proclamará la persecución de nuestra raza —aseveró el maestro.

El pope Grigoris iba y venía recorriendo el patio, en tanto pasaba nerviosamente las cuentas del rosario. Sentía que toda la aldea estaba como suspendida de su cuello.

«Soy el responsable, pensaba; Dios me ha confiado las almas de esta aldea; toma mis ovejas y guárdalas, así me ha ordenado. Hay que encontrar absolutamente al asesino».

Pasaba lista en su cabeza a todos los lugareños, para ver quién habría podido matar a aquel maldito muchacho, pero no encontraba a nadie. No obstante, el matador debía seguramente ser un cristiano. En la aldea no había más que tres turcos: el agá, su guarda y Yusufaki. Los demás todos eran cristianos. Qué desgracia, si el criminal es un cristiano, «¡toda la aldea va a ser pasada a sangre y fuego!»

Kostandis llegó jadeante.

—El agá, pistola en mano, dispara, no le importa sobre qué, y destroza toda la casa, taburetes, damajuanas, marmitas. Luego se echa sobre el cuerpo de Yusufaki y lanza gemidos. Me lo ha dicho

Marta, la vieja jorobada.

La puerta se abrió de nuevo y entró Yannakos.

—Hussein desde el balcón toca a atención.

Llegó otro y dijo:

—¡El pregonero del pueblo está en la plaza en este momento y a gritos habla!

—¿Qué grita?

—Tengo la cabeza trastornada, padre mío, he cogido al vuelo algunas palabras pero no las recuerdo.

—¡Vete a paseo! —gruñó el viejo Patriarqueas, y las venas del cuello parecían que se le iban a estallar.

—Vaya uno de vosotros por noticias —ordenó el pope—, ve tú, Yannakos.

Precisamente en este momento oyeron acercarse la voz del pregonero. Todos corrieron a la puerta y la entreabrieron. El pregonero se había detenido en la esquina, tosió, se rascó la garganta, golpeó el pavimento con el bastón, alargó el cuello, y su voz ondulante, salmódica, monótona se oyó, al par que todas las puertas de los vecinos se entreabrían.

—¡Eh, lugareños, eh, raias! ¡Abrid vuestros oídos, escuchad! ¡Orden del agá! El pope Grigoris, los notables, señores Patriarqueas y Ladas y el maestro Hadji Nikolis y con ellos el albardero Panayotaros, conocido por «tragayeso», llamado también Judas, ¡que se presenten inmediatamente en la residencia del agá! Todos los demás raias permanecerán en sus casas; que nadie vaya al café, nadie ande por las calles, nadie vaya al campo; ¡todos en sus casas y allí esperad! ¡Eh, raias, eh, aldeanos, he dicho! ¡Tened cuidado! Kostandis sostuvo al viejo Patriarqueas que iba a desmayarse; y lo hizo sentarse en el banco de piedra. Mariori acudió a abanicarle. El tío Ladas se apoyó en la pared, amarillo y con la boca abierta Yannakos se compadeció de él y se acercó:

—Valor, señor notable. ¿Tienes algún encargo que hacerme?

El viejo Ladas lo miró atontado.

—¿Eres tú, Yannakos? ¿eres tú?

—Seguro, el buhonero. Te pregunto si tienes alguna comisión.

Los ojos del viejo Ladas cobraron vida:

—¡Desgraciado! ¡Tráeme las tres libras, si no, me las pagarás!

Durante ese tiempo, el pope había entrado en su casa; se colgó del cuello la cruz de plata, en la que de un lado aparecía grabada la Crucifixión y del otro la Resurrección, empuñó la alta vara de puño de marfil y se santiguó devotamente ante el icono de Cristo.

—¡Cristo! —susurró—, es un momento difícil, ayúdame, ¡ayuda a los cristianos! Extiende tu mano sobre nuestro pueblo, no permitas que me degraden.

Se prosternó delante del icono y miró el rostro tranquilo y suavísimo de la imagen.

—¡Cristo! —repitió—, ¡no permitas que me degraden! De nuevo se santiguó y salió al patio.

—Vamos, hermanos —dijo con voz serena y solemne—. Abre la marcha, tío Patriarqueas, no olvides que eres el arconte. Arconte no es solamente el que come y bebe más que los otros, sino quien, en la hora del peligro, se pone a la cabeza del pueblo para protegerlo. Éste es el momento de mostrar la altura de tu cargo. Ve delante. Tú, tío Ladas, no deshonres a nuestra aldea, ten valor. No empieces a llorar delante del agá, permanece valiente. Somos inocentes, pero si hemos de morir por salvar al pueblo, que nuestra muerte sea ejemplar y hermosa. Yo también amo la vida de este mundo, pero mucho más la del cielo. Estamos en el umbral: detrás, está la tierra, delante el cielo. Que suceda lo que el Todopoderoso decida. En cuanto a ti, Hadji Nikolis, no tengo nada que decirte. Lo que has venido enseñando desde hace tanto tiempo a los niños acerca de los héroes de la antigua Grecia y de los mártires de la cristiandad, ha llegado el momento de recordarlo y ponerlo por obra. Que tus discípulos no te vean palidecer. ¡Compórtate ante la muerte como héroe y como mártir! ¿Estamos listos, hermanos míos?

—Listos —respondió el viejo Patriarqueas levantándose con trabajo. No te apresures, padre mío. El cuerpo teme, pero el alma no. ¡No deshonraré mi nombre!

El pope Grigoris pasó revista a sus compañeros:

—El cinturón del tío Ladas está desatado —dijo— y se le van a caer los calzones. Mira,

Yannakos, apriétale el cinturón y sujétale bien los calzones no nos haga pasar vergüenza...

Yannakos se acercó; apretó el cinturón del viejo Ladas quien con los brazos en alto se dejaba arreglar como un niño...

—Y además límpiale la boca, Yannakos, pues babea —le pidió aún el pope—. ¡Cuídate, Mariori!

—Vamos —dijo Hadji Nikolis—, somos las cabezas del lugar; todo el mundo tiene la mirada fija en nosotros. ¡En el nombre de Cristo y de Alejandro el Grande!

Se santiguaron y franquearon el umbral. A la cabeza, el pope, detrás los tres notables; por último Yannakos y Kostandis.

—Dime, Kostandis, ¿por qué el agá llama también al infeliz Panayotaros? ¿Qué tiene que ver él con los notables?

—Dicen que se le ha visto ayer a medianoche rondando la casa del agá, vociferando amenazas...

—¿Pero qué tiene que ver él con Yusufaki? Es a la viuda a la que corre.

—¿Qué quieres que te diga, Yannakos? El agá está loco de atar; no sabe lo que hace. La esclava Marta me ha dicho que amenaza con montar en la yegua e ir cortando cabezas a todos los infieles que encuentre a su paso. ¡Dios nos ampare!

Las puertas se abrían a hurtadillas y todos miraban a los ancianos avanzar lentamente, y todos se santiguaban como al paso de un entierro.

Avanzaban sin prisa, solemnemente, como si fuesen despidiéndose. A veces, el pope Grigoris se volvía hacia las puertas entreabiertas o miraba a las ventanas para decir:

—No temáis nada, cristianos, grande es nuestro Dios.

El desgraciado tío Ladas iba colgado del brazo del viejo Patriarqueas, y le lloriqueaba:

—Arconte, quédate a mi lado, sosténme.

—¿Tienes miedo? —le preguntó el viejo arconte movido a compasión.

—Sí, tengo miedo —respondió el tío Ladas con voz apagada.

—Yo también siento miedo —manifestó el arconte— pero obro como si no lo sintiera; ése es mi deber.

El viejo avaro bajó la cabeza, pero se calló.

Pasaban ahora por delante de la casa de la viuda. Katerina abrió la puerta y quiso gritar: «¡Valor, señores míos, valor!» pero no se atrevió.

Ninguno de ellos volvió la cabeza; y apretaron el paso como si pasasen por una callejuela infecta. Fue un milagro que no se tapasen las narices.

Solamente Kostandis y Yannakos se detuvieron:

—Buenos días, Katerina —dijo Kostandis—; ¿has oído al pregonero? Métete en tu casa.

—¿Has visto a Panayotaros? —le preguntó Yannakos en voz baja—. El agá pregunta por él.

—Hace mucho que no lo veo, vecino —respondió la viuda—. Pero debe estar rodando por ahí, porque acabo de oír sus gritos. Se disputaba con Hussein que corría persiguiéndolo.

—Métete en tu casa —repitió Kostandis—, y enciérrate.

Y prosiguieron su camino. Al llegar a la plaza, Michelis llegó corriendo y se acercó a su padre.

—Michelis —díjole el anciano—, ¡adiós!

—¡Valor, padre! —exclamó el hijo besándole la mano.

El pope Grigoris se volvió y dijo al joven:

—Michelis, y vosotros dos también, permaneced en vuestras casas. Nosotros vamos a entrar en el cubil del león. Pero Dios entra con nosotros, no temáis nada.

El portón del agá estaba abierto,

—En el nombre de Cristo —dijo el pope al atravesar con el pie derecho el umbral—. Los demás le siguieron. El tío Ladas tropezó, pero el anciano arconte lo sostuvo.

El gran patio de losas y césped estaba desierto. A la izquierda, por la corredera del establo, la yegua del agá sacó la cabeza relinchando. Un perro de pelo largo, echado en el estiércol, alargó el pescuezo, gruñó, pero no tuvo ánimos para levantarse.

Hussein, el guarda de corps, apareció en la puerta, amarillo como la cera, bizqueándole el ojo derecho y temblándole el mentón. No había tenido tiempo de teñirse el bigote, por lo que se veían

gruesos pelos blancos. Llevaba el uniforme de gala, como si fuera un día de fiesta solemne, con el yatagán colgado del ancho cinto rojo.

Al verlos, frunció las cejas y gruñó:

—Quitaros el calzado, infieles. El agá os espera.

Sosteniéndose unos a otros subieron por una estrecha escalera de madera y llegaron a una habitación en que se detuvieron. Todas las ventanas estaban herméticamente cerradas. Al principio no se distinguía nada, pero todos presintieron que una bestia feroz, presta a abalanzarse, los acechaba desde algún rincón del fondo, fijos los ojos en ellos.

El viejo Ladas se apretó al brazo del arconte, temblando. El pope Grigoris avanzó un paso, y después otro, escudriñando dónde podría cobijarse el agá. La habitación olía a *raki*, a tabaco y a un pesado hedor a podrido.

De pronto, una voz terriblemente enronquecida rugió desde el fondo de un rincón:

—¡Infieles! Todos se volvieron y descubrieron al agá sentado en un gran almohadón.

Se apoyaba en la pared y de su cinto colgaban grandes pistolas de plata.

Delante de él había una gran botella de *raki*.

—A tus órdenes, agá —respondió tranquilamente el pope.

—¡Infieles! —rugió nuevamente la voz—. Ven aquí, Hussein.

El guarda de corps avanzó desde la puerta donde aguardaba y se inclinó ante el agá.

—¡Prepara el yatagán y espera!

—Agá... —empezó a decir el pope. Pero el agá no le dejó continuar.

—Infieles, uno de vosotros ha atravesado mi corazón con un puñal. Mi Yusufaki...

Pero su voz se quebró. Un sollozo ahogado le obstruyó la garganta.

Se enjugó los ojos con cólera, volvió a llenar el vaso con *raki* y se lo bebió de un trago. Suspiró, arrojó el vaso contra la pared donde se hizo mil pedazos, y les gritó:

—¿Quién me lo ha matado, decid? Aquí no hay más que infieles, así que es un infiel quien me lo ha matado. ¿Tú, Panayotaros, el borracho?

Del rincón opuesto detrás de ellos, se oyó un bramido sofocado. Todos se volvieron y vieron en la penumbra, sujeto a una argolla suspendida de la pared, a Panayotaros. Le debían de haber roto la cabeza, pues el maestro que se hallaba más atrás, vio correr la sangre de la frente y del cuello del infeliz.

El agá se dirigió nuevamente a los notables:

—Voy a echaros al calabozo —aulló—, y después, uno tras otro, cada mañana uno, os colgaré del plátano, hasta que me encontréis al asesino.

Primeramente os ahorcaré a vosotros, los jefes, después a otros y a otros... En seguida ahorcaré a las mujeres y aniquilaré la aldea. Hasta que me encontréis al asesino. ¿Oyes, barba de chivo? ¿Oís, raias? ¿Qué os había hecho mi Yusufaki? ¿Es que molestó a nadie? ¿Tuvo alguna vez ni una palabra ofensiva para vosotros? Se pasaba la vida en el balcón mascando mastic y cantando. ¿Acaso hizo algo malo, infieles? ¿Por qué me lo habéis matado?

—Agá —protestó otra vez el pope Grigoris—, te juro por el Todopoderoso...

—¡Cierra esa boca! Voy a arrancarte uno a uno los pelos de tu barba; a ti no te colgaré, te espetaré y te asaré, ¡papazas! ¿Qué os ha hecho mi Yusufaki eh? Y se echó a llorar.

—Agá —dijo el viejo Patriarqueas que sentía vergüenza de dejar que el pope aguantara solo la tormenta—, agá, tú sabes que siempre he sido leal...

—¡Cállate, cerdo! —aulló el agá—. A ti la soga no podrá sostenerte, barrigón; pero con un cuchillo mellado te degollaré tardando una semana, para que mis manos se enrojezcan de tu sangre. Sé muy bien, especie de infiel, que no eres tú quien lo ha matado, pero me consumo de rabia, viéndoos vivos a vosotros, en tanto que mi Yusufaki está ahí tendido en la habitación de al lado, muerto... Me voy a levantar y a prender fuego a la aldea por los cuatro costados y os abrasaré a todos, ¡malditos! El agá se levantó furioso.

—¿Quién está allí en el fondo? ¡que se acerque!

—Soy yo, agá —balbuceó el tío Ladas doblándosele las rodillas.

—¡Ah! ¡ah! ¡Voy a hacer funerales regios a mi Yusufaki! Voy a hacer venir de Constantinopla

imans que canten por él, encargaré cirios a Esmirna y un ataúd de madera de ciprés para que huela bien... Para esto necesito dinero, mucho dinero... Abriré tus arcas, viejo avaro, y arramblaré con todas las piezas de oro. ¿Para quién crees tú que has amasado tanto dinero durante tanto tiempo? ¡Para mi Yusufaki!

El viejo Ladas se derrumbó lloriqueando:

—¡Piedad, agá, prefiero la muerte antes que ver esa desgracia!

Pero el agá se dirigía ya a Hadji Nikolis.

—Y a ti, maestro, que reunías a los niños, a los pequeños griegos y les abrías los ojos, a ti te cortaré la lengua y la arrojaré a mi perro. ¿Por qué estáis vivos, por qué? ¿Y mi Yusufaki muerto? Mi corazón no puede soportarlo. ¡Voy a reventar! Hussein, ¡tráeme el látigo! El guarda de corps corrió a descolgar el látigo y se lo tendió al agá.

—¡Abre una ventana para que vea sus jetas!

El agá levantó con rabia el látigo. A la luz del día, su rostro apareció arrugado, envejecido, lívido. El dolor en pocas horas lo había roído. Los bigotes encanecidos le caían tapándole la boca. Él se los mordía y bramaba. Entonces se puso a azotarles el rostro, las manos, el pecho a los cuatro raias. El viejo Ladas se desplomó en seguida y el agá lo pisoteó, se subió encima de él, ya llorando, ya riendo, y lo azotaba sin compasión a derecha y a izquierda, lanzando gritos salvajes. Las lágrimas se deslizaban por el rostro del anciano arconte, pero apretaba los labios y no profirió un grito. El maestro apoyado contra el muro, la cabeza alta, tenía las sienes y el mentón ensangrentados. El pope, en medio, con los brazos en cruz recibía los latigazos, susurrando:

—¡Cristo, Cristo, no permitas que desfallezca!

El agá, echando espumarajos por la boca, caía sobre ellos, golpeando como un loco. En fin, doliéndole los brazos arrojó el látigo y exclamó:

—¡Al calabozo!, las ejecuciones empezarán mañana. —Y acercándose a Panayotaros le escupió al rostro—. ¡Primeramente, por ti, «tragayeso»!

Y volviéndose a Hussein, ordenó con voz estrangulada:

—Tráeme a mi Yusufaki...

El guarda de corps abrió la puerta y poco después se le oyó arrastrar el pequeño lecho de hierro en que de madrugada habían encontrado al muchachito bañado en sangre.

El agá se echó sobre él, lo abrazó y gimió.

Hussein desató a Panayotaros de la argolla, recogió el látigo, lo hizo restallar en el aire y gritó:

—¡Al calabozo, infieles! —y les hizo rodar a los cinco por la escalera.

El terror había caído sobre la aldea. Las calles permanecían desiertas, las tiendas cerradas. Los raias, sin hablarse, se enterraron en las casas y escuchaban temblando el silencio. De vez en cuando, una sombra se deslizaba de puerta en puerta y repetía las noticias: Los notables no han salido todavía... Al cabo de un momento, otro divulgaba: han metido en el calabozo a los notables... Hussein ha bajado a la plaza con una soga y jabón que ha dejado bajo el plátano... Un poco más tarde: el agá amenaza que, si no se descubre al asesino, prenderá fuego a la aldea por los cuatro costados ¡y que todos pereceremos!

—¡Estamos perdidos! ¡Estamos perdidos! —gritaban las mujeres, apretando a sus hijitos contra el pecho.

Los hombres, anonadados, maldecían el día en que se habían convertido en raias. Solamente la tía Penélope, sentada bajo el emparrado del patio seguía haciendo calceta, tranquila, indiferente. Había oído decir que habían detenido a su marido, que, según decían, el agá iba a ahorcarlo y a arrasar la aldea... Ella había agachado un poco la cabeza y pensado sin emoción: «Se acabó, esto se acabó...», después, había vuelto a hacer calceta.

Yannakos, sentado en el establo, hablaba con su borriquillo:

—¿Y a ti, qué te han dicho, Yusufaki. Nos vemos en apuros y según pienso esto va a terminar mal... Se dice que el agá quiere incendiar la aldea y con ella a ti, Yusufaki mío. Así, pues, ¿qué piensas tú? ¿Y si nos escapásemos de noche los dos? Nadie nos tiene en cuenta, ni los chicos, ni los perros. ¿Pero no sería una vergüenza abandonar ahora a la gente cuando está en peligro? ¿Qué piensas por tu parte, Yusufaki? No tengo a nadie con quien hablar sino contigo, a ti te confío lo que

maquino, ¿qué me dices, Yusufaki mío?

El borrico había hundido la cabeza hasta las orejas en el pesebre y daba rienda suelta a las mandíbulas con deleite; la voz de su amo le llegaba como el murmullo de un manantial...

Creyendo que seguía prodigándole palabras zalameras, movía alegremente la cola.

Hacia el anochecer las puertas comenzaron a abrirse discretamente. Michelis fue el primero que abrió su casa y se dirigió a casa del pope a fin de consolar a su novia. Kostandis salió también para abrir el café. Pero en el momento en que metía la llave en la cerradura, vio bajo el plátano un escabel y varios objetos encima, que de lejos no llegaba a distinguir. Se acercó y al punto retrocedió aterrado: ¡una cuerda y jabón! Se guardó otra vez la llave en el cinto y se volvió a su casa, rasando las paredes.

A esa tranquila hora del final del día, el agá tenía la costumbre de sentarse, cruzadas las piernas, en el balcón, con Yusufaki a su lado para que le sirviese *raki* o le encendiese el chibuquí. Este anochecer, puertas y ventanas permanecían cerradas, el balcón estaba desierto, el agá gemía. Cuán amarga y mentirosa era su canción preferida: «El mundo y los sueños no son más que una misma cosa...». Tenía en sus brazos aquel cuerpecito sin vida. Es un sueño, se decía, no, no es un sueño... y estallaba en sollozos...

Hussein se enjugaba también los ojos penetrantes y bizcos, e iba y venía por la casa lamentándose en voz baja: «Yusufaki mío...» y temblaba no lo fuera a oír su amo. A cada instante se enfurecía, cogía el látigo, descendía al calabozo, que se hallaba en el sótano de la casa, y comenzaba a latigazos furioso, bramando también como su agá.

Volvía a subir un poco más aliviado y daba vueltas alrededor del pequeño lecho de hierro. A veces, cuando veía que el agá se adormilaba por el dolor y por el *raki*, él se inclinaba sobre el cuerpo de Yusufaki, lo besaba con ardor en la boca, le mordía con rabia los labios carnosos y pálidos que todavía sabían a mastic y luego se dejaba caer también él en el suelo...

El pope Grigoris en el calabozo se levantaba y sacudía a Panayotaros, diciéndole:

—¡Maldito Judas!, ¿será posible que seas tú el matador de Yusufaki? Confiésalo y nos salvaremos así como la aldea... Confiésalo y te daré mi bendición para que todos tus pecados te sean perdonados.

—¡Idos todos y que os cuelguen! —bramaba «tragayeso», limpiándose la sangre que le manaba de la cabeza abierta—. ¡Que la aldea se vaya al diablo y que vosotros os queméis conmigo para solazarme!

—Tú eres quien lo ha matado, maldito —susurraba a su vez, apoyándose en el muro, Patriarqueas, casi sin resuello—. Eres tú, tú, ¡Judas!

—¡Cerdo! —bramó otra vez el albardero—, ¿que tenía yo que hacer con él?

Se calló un momento, pero ardiendo de ira gritó de nuevo:

—Vosotros tenéis la culpa, ¡malditos seáis! ¡Todos vosotros, éste, barba de chivo, vosotros los notables, tú también, maestro! ¡Vosotros y la viuda, la zorra, que ya no me abría la puerta! ¡Vosotros, todos vosotros!

Al cabo de un momento, volvió a estallar:

—Vosotros habéis querido que sea Judas, y bien: ¡me he convertido en Judas! —Confiesa que lo has matado y Cristo te perdonará, Panayotaros —repitió el pope dulcificando la voz—. Hasta ahora era yo el responsable de todas las almas del lugar; ahora lo eres tú; Panayotaros, ¡levántate y sálvalas!

Entonces «tragayeso» se echó a reír satánicamente:

—Bien, ahora que me habéis metido esto en la cabeza, hubiese querido ser yo el asesino, porque os hubiese arrastrado a todos vosotros en mi caída al infierno. Pero ha sido otro, ¡benditas sean sus manos!, ha sido otro que se me ha adelantado. Con todo ¡ya es algo! ¡Arcontes, popes, maestros, todos conmigo al diablo! El viejo Ladas levantó la cabeza ensangrentada por los latigazos y balbuceó:

—Vamos, Panayotaros, confiesa y te daré tres libras de oro. Venderé el borrico de Yannakos que me las debe; lo venderé y te las daré... ¿Oyes?

Panayotaros le hizo un gesto de burla con la mano, poniendo los cinco dedos bien separados, el

pulgar en la nariz.

—¡Toma! —dijo—, viejo usurero, toma cinco para ti!

En aquel momento la puerta se abrió y entró el agá.

—¡Infieles! —les gritó—, las horcas empezarán mañana. Ya he preparado la cuerda, el jabón y el escabel bajo el plátano. Mañana es miércoles. Comenzaré por el más roñoso de vosotros, por Panayotaros, el «tragayeso». El jueves te tocará a ti, asqueroso viejo miserable... El viernes, a ti, sapientísimo maestro. El sábado a tu honorabilidad, burro Patriarqueas, y el domingo, a la hora de vuestra misa, a ti, ¡barba de chivo! ¡Cinco gaznates! He preparado cinco nudos corredizos en el plátano. Ésa será la primera hornada. En seguida, ahorcaré a otros cinco, a los primeros que me tope; y después a otros y a otros... hasta que encuentre al asesino. ¡Y colocaré bajo el plátano a mi Yusufaki, y no lo enterraré ni le cerraré los ojos, para que él os contemple y su alma se regocije.

Dicho esto, dio un portazo con furia detrás de sí. Viendo a Hussein que lo esperaba con el látigo, le dijo:

—Hussein, tú también lloras, pobre viejo... Enjuga tus lágrimas, es vergonzoso que los infieles nos vean llorar. Ve en busca del buhonero Yannakos y dile que vaya de un salto a la ciudad y me compre benjuí del más caro, cirios, terciopelo negro y mostacillas y que me lo traiga mañana a primera hora... Y también una gruesa soga, porque el barbudo pope pesa mucho y todavía más el viejo cabrón de Patriarqueas... ¡Vamos, ve!

Pero Yannakos se había ya largado, y Hussein aporreaba en vano la puerta. Yannakos no estaba en su casa, pues había tomado el camino de la montaña para prevenir a Manolios que no bajara a la aldea por miedo a que lo arrestaran.

Manolios acababa de ordeñar las ovejas y estaba colocando al fuego el caldero de leche. Cerca de él, Nikolio, armado con un gran cucharón de madera, removía la leche tarareando.

—¿Qué tienes, Nikolio, que te pasas el día cantando y brincando como un carnero, parecería que la montaña no es bastante grande para ti? —le preguntaba frecuentemente Manolios, siempre que le veía así, pero admirando el buen humor y la agilidad de su ayudante.

—Manolios —le solía responder el pastorcillo—, ¿te olvidas que tengo quince años? Entonces, ¿cómo no quieres que el mundo me parezca demasiado pequeño para mí?

Y sin embargo, Lenio, ella sí que no le parecía demasiado pequeña. Cuando venía a hurtadillas a encontrarse con él en la montaña, Nikolio se incrustaba contra la muchacha y no quería desprenderse de sus brazos.

La leche estaba ya hervida y Manolios se hallaba ahora sentado cerca de la chimenea hojeando y estudiando el librito del Evangelio al resplandor de las llamas... No tenía ya otra alegría. A menudo no descubría el significado de las palabras, pero el corazón se lo explicaba todo. El sentido brotaba claro y seguro, y se ramificaba por todo su ser, refrescando sus entrañas, como agua de manantial.

¡Qué fuerza, cómo su alma se sentía rejuvenecida! ¡Como si fuera la primera vez que encontrara a Cristo, y la primera vez que oyera su voz! Porque realmente era la primera vez que veía a Cristo alzar los ojos y ponerlos en él y que le decía en tono tranquilo y fascinador: «¡Sígueme!». Desde entonces, Manolios, silencioso, dichoso, seguía las huellas de Cristo, ya por la hierba fresca de Galilea, ya por los caminos pedregosos de Judea... Por la noche, se echaba a los pies de Cristo, bajo un olivo, y miraba el moverse de los árboles a través del plateado follaje. ¿Cómo en compañía de Cristo, el firmamento le parecía más azul y más profundo! ¡Cómo el aire se sentía ligero —cual puro espíritu— y cómo la tierra olía bien!

Cierto día, fueron juntos los dos a una aldehuela, a Caná, y asistieron a unas bodas. Cristo había entrado en la casa como un novio y todas las almas se habían regocijado al verlo, y hasta habían enrojecido como desposadas. Los novios se levantaron, prestaron juramento, y después los invitados se reclinaron a lo largo de los lechos y empezaron a comer y beber. Cristo levantó su copa, brindó por los nuevos esposos, pronunció algunas palabras muy sencillas, pero los jóvenes esposos sintieron de pronto que el matrimonio es un misterio formidable, que el marido y la mujer son las dos columnas que sostienen la tierra y le impiden que se derrumbe. La fiesta estaba en todo su apogeo; pero el vino se acabó; la madre de Cristo se volvió hacia su hijo y le dijo: «Hijo mío, no tienen vino»... El poder virgen de Cristo se conmovió en su pecho. Por primera vez, iba a extender

la mano y ordenar a la naturaleza que cambiara su rumbo. Como el aguilucho que se lanza por primera vez a volar y agita temerosamente las alas noveles, Cristo se levantó lentamente, salió al patio, se inclinó sobre los seis cántaros de agua y se miró en ella. Y el agua, en cuanto hubo reflejado su imagen, se transformó en vino. Entonces Cristo se volvió hacia Manolios que lo había seguido al patio, y le sonrió...

Otra vez —Manolios se acuerda muy bien—, hacía mucho calor. Miles de personas se habían reunido a orillas del lago. Cristo subió a una barca. Manolios subió detrás. Manolios recogía en su pecho la buena palabra como si fuera trigo... Sentía que su corazón se convertía en tierra fértil donde el grano germinaría, apuntaría como hierba, para a su vez convertirse en espiga y la espiga en pan en el que aparecía grabado, con profundos trazos, una gran cruz...

En otra ocasión, caminaban a campo traviesa, entre los sembrados. Era mediodía y tuvieron hambre. Cristo alargó la mano y tomó una espiga. Los discípulos hicieron lo mismo Manolios como ellos, y comenzaron a comer los granos de trigo que iban desgranando. ¡Cuán suave era aquel trigo verde, lleno de savia, cómo tonificaba el cuerpo y el alma! Por arriba, las golondrinas piaban siguiendo a Cristo, también ellas como los discípulos, y por abajo, a sus pies, las florecillas más humildes de los campos resplandecían más que el rey Salomón ataviado con sus más ricas vestiduras.

Un fariseo los invitó a su casa. Manolios se quedó en el alféizar de la puerta y miró hacia adentro. ¡Con qué despreciable condescendencia el fariseo recibió a Cristo en su morada! Ni le lavó los pies, ni derramó perfume en sus cabellos, ni aun le dio el beso de paz... Y he aquí que mientras estaban comiendo en silencio, de repente el aire se embalsamó de perfume y una mujer con el pecho descubierto entró. Sus cabellos eran rubios y sostenía en sus manos un vaso de alabastro lleno de mirra. Desde el primer instante, Manolios se estremeció... ¡Él había visto a aquella mujer en alguna parte, pero no se acordaba dónde! La mujer se arrodilló a los pies de Cristo, rompió el vaso, derramó la mirra sobre los pies santos, luego se soltó la cabellera y con sus cabellos los secó llorando... Cristo se inclinó, posó la mano sobre la cabeza rubia, y dejóse oír su voz melodiosa: «Perdonados te sean todos tus pecados, hermana mía, porque has amado mucho».

Manolios cerró el Evangelio; el corazón se le desbordaba. Miró a su alrededor. El fuego llameaba aún, la cabaña estaba cuajada de sombras azules, Nikolio iba y venía, tarareando, ocupándose de la cena.

El corazón de Manolios rebosaba de amor, de ternura, de felicidad. No aguantaba más; necesitaba compartir toda esa dicha con otros. Sentía que brotaba de su seno impaciente un pujante deseo de ir a llevar la buena nueva a las piedras, a los corderos, a los hombres.

—¡Eh, Nikolio! —gritó—, déjate de cenar y vente a sentar a mi lado para oír, también tú, la palabra de Dios para que a tu vez te conviertas en hombre. Porque hasta ahora no eres más que un salvajote.

El pastorcillo se volvió para mirar a Manolios y se echó a reír.

—Pero, si no quiero, querido Manolios, ¡déjame tranquilo! Estoy bien así... ¿Acaso quieres que pierda mi buen humor?

—Quiero leerte un pasaje del Evangelio, verás qué suavidad.

—Ya me lo leerás cuando caiga enfermo. Ahora estoy sano como ves... He preparado la mesa, siéntate que vamos a cenar.

—No tengo hambre... Come tú.

Dicho esto, Manolios se acercó a la llama, abrió de nuevo el Evangelio y se puso a leer:

«Aquel que no acepta su cruz y no me siga, no es digno de mí».

«Aquel que conserva la vida, la perderá, pero aquel que hubiere perdido su vida por amor mío, la encontrará».

«¿Porque de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?».

«¿O qué dará el hombre a cambio de su alma?».

Manolios comprendió el sentido perfectamente. Cerró el Evangelio, cerró también los ojos

—¿Por qué temer a la muerte, por qué inclinarse ante los poderosos de la tierra? ¿Por qué temblar ante la idea de perder la vida terrenal? Poseemos un alma inmortal, ¿de qué temer?

Desde hacía un buen rato, Yannakos desde el escalón de la puerta, los miraba. Ninguno lo había visto. Nikolio, de espaldas, entregado a la comida, cenaba con alegría para reparar fuerzas. Quizás iba a venir Lenio aquella noche, ¿quién lo sabe? Necesitaba estar fortísimo para luchar con ella. Manolios tenía los ojos cerrados, abismado en una indecible felicidad...

«Éste se halla en medio del paraíso, pensó Yannakos. Si no lo llamo no saldrá nunca de allá. Voy a hablarle».

—¡Eh, Manolios! —le gritó cruzando el umbral—, ¡eh, Manolios!, ¡encantado de verte! Manolios pegó un brinco al oír una voz humana.

—¿Quién está ahí? —preguntó abriendo desmesuradamente los ojos.

—¿Te has olvidado ya de mi voz, Manolios? Soy Yannakos.

—Dispénsame, Yannakos. Me encontraba muy lejos, no me di cuenta que eras tú. ¿Qué vientos te traen por aquí a semejante hora?

—Malos vientos, Manolios. Tú estas en el paraíso, yo en cambio, y perdóname, te traigo noticias del infierno.

—¿Acerca de la aldea?

—Acerca de la aldea. Se ha encontrado a Yusufaki asesinado. El agá se ha vuelto loco furioso; ha arrestado al pope Grigoris, a los notables y a Panayotaros. Los ha echado al calabozo y mañana comienza a ahorcarlos. Ya han atado las cuerdas en el plátano; mañana comenzará por el desgraciado Panayotaros... Según dice, después prenderá a otros, seguirá con otros y así siempre... irá sembrando la muerte hasta que se encuentre al asesino. La aldea está desolada. Las puertas están atrancadas. Estamos perdidos. Y he venido a decirte, Manolios, que no bajes a la aldea, no vaya a ser que te arresten. ¡Aquí estás bien seguro!

A Manolios le relampagueó la mirada: «¡Éste es el momento, se dijo, éste es el momento de mostrar que tienes un alma inmortal!». Pero, se guardó muy bien de demostrar su alegría. Escuchaba a su amigo que le hablaba jadeante, en tanto él se decía y se repetía: «Éste es el momento, ésta es la ocasión. ¡Si lo dejas escapar, estás perdido!».

—¿Has comido, Yannakos? —le preguntó.

—No, no tengo hambre.

—Yo tampoco tenía hambre, pero el apetito viene comiendo. Vamos a cenar mientras charlamos, te quedas a dormir esta noche aquí, y mañana, cuando Dios nos conceda un nuevo día, veremos que hacemos.

Yannakos miró sorprendido a su amigo.

—¿Cómo puedes hablar con esa tranquilidad, Manolios? ¿Pero has comprendido lo que te he dicho? Nuestra aldea peligra.

—Conozco al matador —respondió Manolios—. No temas. La aldea no perecerá.

—¿Que tú conoces al matador? —preguntó Yannakos, anonadado—. ¿Cómo es que lo conoces? ¿Quién es? ¿Quién?

—No te apresures tanto —dijo Manolios sonriendo—. ¿Por qué estás tan apurado? Mañana lo sabrás todo. Ten un poco de paciencia. Ahora, a comer, a hablar y después a dormir. ¡Todo saldrá bien, gracias al poder de Dios!

—¡Eh, Nikolio!, haznos lugar, que nosotros también tenemos hambre! Se acomodaron, recogidas las piernas, se santiguaron y se pusieron a comer. De vez en cuando, Yannakos levantaba la vista y miraba a Manolios. En medio de la carne tumefacta y destrozada de su rostro, distinguía unos ojos hundidos que brillaban tranquilos, venturosos.

«No comprendo nada..., no comprendo nada...», pensaba Yannakos.

Y no pudiendo soportar por más tiempo ese silencio, preguntó:

—¿Cómo pasas el tiempo en esta soledad, Manolios?

—Pero si no estoy solo —respondió Manolios, mostrándole el Evangelio—; Cristo está conmigo.

—¿Y tu enfermedad? Manolios se estremeció sorprendido: se había olvidado de eso.

—¿Qué enfermedad? Ah, sí, continúo siendo pecador, Yannakos. No se va. Hay que creer que el mal se cobija aún en mis pensamientos. ¡Que Dios se apiade de mí!

—Yo os dejo —dijo Nikolio limpiándose la boca—. Hay luna nueva, no quiero dormir, voy a dar una vuelta.

Cogió el cayado y se marchó silbando.

—Yannakos —dijo Manolios—, vamos a dormir; mañana hemos de levantarnos temprano. La noche es buena consejera; lo he aprendido en mi soledad. Dios habla más frecuentemente a los que duermen que a los que velan.

Extendieron en el corral una gran manta, pues estaba más fresco, y se acostaron. El aire olía a tomillo. La noche, avanzaba, acentuando su silencio. La luna, en cuarto creciente, escalaba el firmamento.

—Estoy pensando en el pobre Panayotaros —dijo Yannakos que no tenía sueño.

—Yo también —aseveró con cariño Manolios—. En él más que en los otros.

—Yo lo mismo. En él más que en los otros. ¿Y por qué?

—Porque el amar demasiado, ha sido su perdición, Yannakos. Es un alma grande, pero condenada. Se ha dejado dominar por las pasiones y se ha empecinado. Eso le ha puesto furioso. Se ha lanzado y quiere huir. Pero, desgraciadamente, no hace más que hundirse más y más. Apalea, se emborracha, jura para aliviarse; pero se va hundiendo más... Si amase menos...

—No, menos no —se corrigió Manolios en seguida—; si amase más, acaso podría salvarse.

—Apuesto la cabeza a que no es él quien ha matado a Yusufaki —dijo Yannakos, que quería prolongar la charla—. Dímelo, te lo ruego, Manolios, para que me quede tranquilo. ¿Es Panayotaros?

—Vamos, Yannakos, duerme. No, no es él.

—¡Bendito sea Dios! —dijo Yannakos cerrando los ojos, ya serenado.

Manolios hizo otro tanto, deseoso de hallarse solo. Estos últimos tiempos, le gustaba, aun de día, estar con los ojos cerrados. Le parecía que así veía más nítidamente su alma.

Desde hacía algún tiempo, le venía constantemente a la memoria una frase punzante del padre Manassé. Cierto día, un asceta había venido a verlo para pasar la jornada juntos. Abrió un momento los ojos e inmediatamente los volvió a cerrar. «Abre los ojos, padre mío, le insistió el padre Manassé, ábrelos para ver las admirables obras de Dios». «Yo, le respondió el asceta, los cierro para ver, pues veo a Aquel que las ha creado». Así Manolios cerraba los ojos para ver a Cristo y oír su voz. Leía una frase del Evangelio, bajaba los párpados en seguida, y proseguía su camino. En medio de una fresca oscuridad veía entonces claramente a Cristo vestido de blanco, caminando delante de sus discípulos. Manolios se unía a ellos a hurtadillas y le daba escolta en último lugar y en silencio.

—Mañana tendremos mucho trabajo —susurró cerrando los ojos—; trabajo difícil; ¡Cristo, ayudadnos! ¡Ayudadnos, Cristo! —suspiró de nuevo, como si quisiese atraer a Cristo en la noche.

Cristo llegó. Cuando al amanecer, Manolios se despertó y se santiguó, su pesadilla titilaba en su mente, brillante como el lucero de la mañana: le parecía que caminaba por el borde de un lago de color celeste. Impaciente, separaba las cañas y los sauces y avanzaba a toda prisa. A medida que avanzaba, los sauces y las cañas se convertían en hombres y mujeres que le seguían por millares. Soplaba viento y todos empezaron a gritar: «¡Mátalo, mátalo!».

Quiso huir. Una mano le tocó en la espalda y se oyó una voz:

—¿Tú, crees?

—¡Creo, Señor! —respondió Manolios.

Inmediatamente el viento cesó; los hombres y las mujeres volvieron a ser sauces y cañas. Un plátano plagado de golondrinas se alzaba delante de él, melodioso. En una de sus ramas, un cuerpo ahorcado se balanceaba. Manolios se detuvo aterrado; pero una voz retumbó de nuevo: ¡No te detengas, adelante!

Manolios lanzó un grito y se despertó. «No te detengas, adelante»; es la voz de Dios: ¡partamos! De un salto se puso en pie, se la vó, se peinó y se vistió la ropa de los días de fiesta, se metió el Evangelio en el bolsillo del chaleco y sacudió a Yannakos.

—¡Eh, Yannakos —le gritó alegremente—, ¡despiértate, perezoso!

Yannakos abrió los ojos y se admiró de ver a su amigo.

—Te has vestido como si fueses un novio, Manolios —le dijo—, y te brillan los ojos. ¿Qué, has

soñado algo hermoso?

—Vamos, —dijo Manolios—, no perdamos tiempo. ¡Piensa en el pavor de Panayotaros! ¡Piensa en el espanto de la aldea, vamos!

CAPÍTULO IX

¡QUÉ HERMOSO ES LEVANTARSE una mañana habiendo tomado una decisión grave! Manolios descendía de la montaña, ligero, como un ángel. No tocaba la tierra; le parecía de repente que los arcángeles desplegaban sus alas y le ayudaban a volar de roca en roca. Era como una nube; un viento veloz le empujaba.

Detrás de él corría Yannakos resoplando.

—Dime, Manolios, yo creo que tienes alas. Aminora un poco la marcha para que te alcance.

Pero Manolios sentía que sus pies tenían alas: no podía detenerse. ¿Cómo hubiera podido decir a las alas: deteneos que hay que esperar a Yannakos?

—Bien quisiera, pero no puedo, Yannakos —le gritó—; no te detengas tú tampoco, ¡anda!

Eran las mismas alas que le habían sostenido cuando, con los ojos cerrados, había seguido a Cristo mientras sembraba la buena nueva en la tierra fértil o entre piedras. Así como él volaba cuando seguía a Cristo desde Genesaret a Judea, atravesando en alegre vuelo los pueblecitos queridos, seguido de sus amigos fieles: Cafarnaún, Caná, Magdala, Nazaret, traspasando de un salto Samaria y ganando sus etapas preferidas en los alrededores de Jerusalén: Betania, Betavara, Jericó, Emaús..., así volaba Manolios, como si siguiese de nuevo las huellas de Cristo, descendiendo a Licovrisí. Y a medida que su cuerpo se tornaba más ligero, sentía también cierto hormigueo en el rostro: las postemas caían una a una de mejillas y boca. Le parecía que su carne se liberaba y que se hacía tan tierna como el corazón del bambú.

Con el corazón agitado Manolios, estupefacto, se detuvo; vio con sus propios ojos una mano que se posaba sobre su rostro y le acariciaba sin apresuramientos, mano fresca como brisa matinal...

Estaba seguro, pero no se atrevía a tocarse con la mano el rostro para cerciorarse.

«¡El milagro! ¡El milagro!», pensó temblando.

Yannakos llegó con la lengua afuera. Levantó la mirada, miró a Manolios y lanzó un grito:

—¡Manolios, Manolios! —y se echó en sus brazos.

La carne exsudada se había fundido como la cera. La piel tumefacta se había vuelto a cerrar y aparecía lisa.

—Dios sea bendito... —murmuró Manolios, santiguándose—. Dios sea bendito: me ha perdonado mis pecados.

—Manolios mío —exclamó Yannakos con los ojos llenos de lágrimas—, deja que te bese la mano. Has vencido al tentador; tu alma se ha purificado; tu rostro se ha desembarazado de Satán.

Yannakos tendió su mano ruda y acarició el rostro de su amigo durante mucho rato, en silencio.

—¡En marcha! —dijo Manolios—, no perdamos tiempo.

Había amanecido, se oía cantar los gallos y ladrar los perros del pueblo, allá abajo en la llanura; y a través de una ligera bruma, apareció la opulenta aldea.

Manolios se volvió hacia su compañero:

—Yannakos —le dijo—, todo lo que haga y todo lo que diga desde ahora al descender al pueblo, lo aceptarás sin recriminarme. Es necesario que sepas que no soy yo quien habla, sino Cristo que me lo ordena. No hago más que ejecutar sus órdenes. ¿Lo comprendes, Yannakos?

—¿Qué es lo que vas a hacer? ¿Qué es lo que vas a decir? —preguntó Yannakos con ansia; pues de repente comprendió que su amigo se despedía de él.

—Ya te he dicho que lo que ordene Cristo. Y nada más. Aun yo mismo no lo sé bien todavía. Pero estoy seguro de ello. Es necesario que tú también lo estés. Yannakos, diles a Michelis y a Kostandis que no empiecen a gritar...

—Pero, ¿qué es lo que vas a hacer? ¿Qué es lo que vas a decir? —volvió a preguntar Yannakos, deteniéndose atemorizado.

—¡No te detengas! ¡Vamos! Escucha lo que Cristo me ha gritado esta noche mientras dormía:

«¡No te detengas, ten confianza, adelante!». Yannakos, ¿no acabas de ver que la máscara de Satanás ya no me cubre? ¿Sabes por qué? Porque he escuchado el llamado de Cristo y me he puesto en marcha, desde la aurora. Y no de mala gana, sino con alegría. Y tú me gritas: ¡Detente! ¿Cómo detenerme, Yannakos? Cristo va delante a grandes pasos.

Pero Yannakos, bajando la cabeza, le dijo:

—Tengo confianza en ti, Manolios. He palpado en ti, con mis propias manos, el milagro. Pero en quien no tengo confianza es en mí. Si haces algo que sobrepase las fuerzas humanas, ¡gritaré! Yo gritaré, Manolios. Soy hombre, y si veo que te va a suceder algo, no te abandonaré, ¡me opondré!

—¿Y si Dios lo ordena?

—¡Me opondré! —gritó Yannakos—. ¡Dios me perdonará!

—¿No te da vergüenza? ¿No tienes miedo? ¡Cállate! —le ordenó Manolios.

Apresuraron el paso. No estaban muy lejos de la aldea, cuando llegó corriendo Kostandis.

—¡Hermanos! —les gritó al verlos—, ¿adónde vais? Volveos en seguida. Iba justamente a deciros que no descendiéseis de la montaña.

—¿Panayotaros? —preguntó Manolios.

—Han preparado la soga en el plátano. Al rayar el día el guarda de corps ha tocado la trompeta y ha ordenado a todos los habitantes que se reúnan en la plaza, hombres como mujeres, alrededor del plátano para que viéndolo se espanten.

—¡Volvamos atrás! —exclamó Yannakos como loco, y dando media vuelta, hacia la montaña—: Ven, tú también, Kostandis.

—Yo tengo mujer e hijos; no puedo abandonarlos. Pero vosotros, en nombre de Cristo, ¡largaros!

—No —dijo Manolios continuando su camino—, debemos avanzar en nombre de Cristo, ¡y avanzaremos! Ven, Yannakos, no tengas miedo. Hay alguien delante de nosotros que nos hace señas. ¿No lo ves? Es Cristo, sigámoslo.

Entonces por primera vez Kostandis se fijó en el rostro de Manolios liso y sano.

—¡Manolios! —le gritó—: ¿cómo sucedió el milagro?

—Como suceden los milagros —respondió Manolios sonriendo—. Muy sencillamente, de la manera más natural, cuando menos se esperan... Pero no nos retrasemos, hermanos, ¡vamos de prisa!

Tomó a Kostandis del brazo, y se dirigieron a grandes zancadas hacia la aldea. Yannakos les seguía renegando.

—Kostandis —le decía Manolios—, no tengas miedo. La aldea no perecerá. Yo conozco al asesino. Por eso tengo prisa.

—¿Quién es? ¿Quién? —exclamó Kostandis deteniéndose curioso—. ¿Dios te lo ha mostrado en sueños? ¿Quién es?

—No preguntes nada; no te detengas, ¡anda! —respondió Manolios con voz plena de autoridad y de amor.

Y echaron a correr los tres, y poco después llegaron al pueblo como caballos al trote.

La trompeta de Hussein resonaba rabiosa, apremiante. Las puertas se abrían, los habitantes, hombres y mujeres, salían de sus casas. Se santiguaban y, llenos de angustia, alcanzaban la plaza corriendo.

—Valor, hermanos —les gritaba Yannakos—. Dios es grande.

—¡El diablo te lleve, loco! —gruñó mientras corría un viejo que llevaba a su nieto de la mano—. Si Dios es grande, éste es el momento de mostrarlo. ¡Que señale al asesino!

El tío Cristofis pasó gritando:

—Traen a Yusufaki bajo el plátano, con cirios, esencias aromáticas y mostacillas. El agá, viudo, ha perdido la chaveta.

En grupos, los cristianos acudían precipitadamente.

Michelis desde lejos vio a sus amigos y se juntó a ellos. Estaba pálido y desesperado. Pero, en cuanto vio el rostro de Manolios, lanzó un grito de alegría y estrechó a su amigo.

—¡Manolios, estás curado, estás curado! ¡Bendito sea Dios!

—¿Y Panayotaros? —preguntó Manolios.

—Ahora lo traerán. Al pobre lo han molido a garrotazos.

Se acercaron a la plaza. El sol estaba alto en el cielo; una suave brisa soplaba deliciosa; la aldea irradiaba luminosidad bañada de frescor. El tierno follaje del añoso plátano murmuraba alegre por la tenue brisa. Los ancianos, levantando la vista, lo miraban con espanto. ¡Cuántas veces al despertarse por la mañana, habían visto balancearse en aquellas ramas a cristianos que habían osado alzar la cabeza y reclamar libertad!

La voz ronca del guarda de corps se dejó oír:

—¡Sitio, sitio, infieles!

Caminaba a la cabeza abriendo camino con pasos de gigante. Detrás de él, dos hombres llevaban el pequeño lecho de hierro, sobre el cual yacía extendido el joven asesinado. El agá lo había recubierto de pies a cabeza de rosas y jazmines. Solamente aparecía descubierta la cabeza exangüe, con los bucles, y los labios marcados con mordiscos. El agá había mandado colocar cerca del cuerpo un puñado de almáciga de cio para que pudiese deleitarse en los infiernos.

Con las manos atadas a la espalda, la cabeza cubierta de llagas, la carne amoratada por los latigazos, Panayotaros los seguía arrastrándose. Solamente sus ojos permanecían vivaces. Lanzaba a diestro y siniestro sobre los aldeanos miradas colmadas de odio.

—¿No tienes compasión de las mujeres y de los niños, di? —le gritaban—, ¡confiesa! Panayotaros se detuvo furioso.

—¿Quién tiene compasión de mí? —rugió.

Llegó cerca del plátano y se apoyó sin fuerzas en el viejo tronco, esforzándose por enjugar con el hombro el sudor que manaba de su frente.

Mientras tanto los que llevaban el cuerpo de Yusufaki lo habían dejado a la sombra del plátano; encendieron dos gruesos cirios a los pies del cadáver y echaron un puñado de benjuí sobre los carbones encendidos.

Manolios y sus compañeros se abrieron paso entre la muchedumbre y se colocaron en primera fila, cerca del joven muerto. Al volverse Panayotaros en un instante los vio. Sus ojos se inyectaron de sangre. Sacudió las manos como procurando zafarse de las ligaduras, dio un paso y de repente aulló:

—¡Maldito seas, Manolios! —Después, se apoyó de nuevo en el plátano, sin fuerzas.

—¡Valor, hermano! —le respondió Manolios—. Ten confianza en Dios.

Panayotaros volvió a abrir la boca pero un grito de terror salió por la puerta de la casa del agá y, creciendo de boca en boca, retumbó en el aire con clamor espantoso:

—¡El agá!

Vestido con pantalón de paño bordado en plata, ceñido con el ancho cinto rojo del que pendían pistolas de plata y sable con empuñadura negra, la cabeza descubierta con los ojos hinchados de haber llorado, el agá avanzaba solo, torpemente, calculando la pisada, luchando por no dar un traspié y ponerse en ridículo. Todos los *rumis* tenían la mirada clavada en él. Hubiera sido vergonzoso parecer que estaba borracho o que sufría al punto de no poder caminar. Su bigote y cejas estaban untadas con una gruesa capa de tintura negra. De vez en cuando se arrancaba con la mano derecha un pelo del bigote y lo arrojaba. Con los ojos enrojecidos y el entrecejo arrugado, miraba a su alrededor como un toro presto a embestir. Se había perfumado con mastic el cabello y las axilas; el penetrante olor de una fiera encelada embriagaba el aire a su paso como una estela.

No se volvió para contemplar a Yusufaki, temiendo no poder contener las lágrimas, y se dirigió a colocarse bajo el plátano. El guarda de corps empujó a Panayotaros, y lo arrojó brutalmente a puñetazos a los pies del agá y allí lo mantuvo inmóvil con el pie.

El agá levantó la mano y se le oyó anunciar con voz ronca:

—¡Infieles! Todos los días prenderé a uno de vosotros, hasta que denunciéis al asesino. Toda la aldea pasará bajo el plátano. En un platillo de la balanza está mi Yusufaki, en el otro, el resto del mundo. Prenderé a todo el mundo. ¡Infieles!

A medida que iba hablando, crecía su irritación y coceaba con el pie como los caballos. Su mirada se fijaba en los hombres, en las mujeres, expresando su premura por liquidarlos a todos. Un vapor ascendía de su boca, de sus cabellos y de sus axilas. Entonces se inclinó y comenzó a dar

patadas a Panayotaros y a pisotearlo. Un líquido amarillento asomó a sus labios.

—¡Cochino infiel! —le gritaba— ¿eres tú quien ha matado a mi Yusufaki? ¿Eres tú, quien lo ha matado? ¡Confiésalo! Panayotaros nada decía, solamente mugía.

El agá, cubierto de sudor, no pudiéndose contener, se volvió hacia Hussein:

—¡Ahórcalo! —clamó.

—¡Detente! ¡Detente! yo conozco al asesino, ¡sí, yo!

El guarda de corps soltó el cuello de Panayotaros, la muchedumbre atropellándose lanzaba gritos de alegría, en tanto que el agá se volvía.

—¿Quién ha hablado? —gritó—; ¡Que se presente!

Manolios avanzó con mucha calma y se detuvo delante del agá. El guarda de corps dio un brinco y aguzó el oído. Su mentón temblaba. Se había puesto todo él amarillo y negro.

—¿Eres tú quien conoce al asesino? —preguntó el agá asiéndolo por el brazo y haciéndole avanzar con rabia.

—Sí, yo conozco al asesino.

—¿Quién es?

—Yo.

Se produjo una corriente de alivio; las mujeres se santiguaron, los rostros se distendieron. La aldea respiró, estaba salvada.

—¡Silencio, infieles! —gritó el agá levantando el látigo.

Yannakos agitaba los brazos gritando: «¡No es verdad! ¡No es verdad!». Kostandis y Michelis chillaban esforzándose por acercarse al agá, pero la muchedumbre se lanzó sobre ellos y ahogó sus clamores.

—¡Callaros! ¡Callaros! ¡Es él, es él! ¡No digáis nada! ¡Así nos salvamos!

A Hussein le sacudió una risotada y se precipitó a prender a Manolios y pasarle la cuerda por el cuello; pero el agá lo rechazó, se acercó y miró a los ojos a Manolios.

—¿Tú, infiel? —rugió.

—Yo.

—¿Eres tú el que lo ha matado?

—Te he dicho que yo soy. Préndeme. Suelta a Panayotaros, es inocente.

Panayotaros, con los ojos desmesuradamente abiertos, miraba a Manolios. Abría y cerraba la boca sin que le saliera la voz, no sabía lo que le pasaba. ¿Era verdaderamente Manolios el asesino? No, le gritaba una voz en el fondo de su ser. ¡Es imposible! ¡Si eso lo hace para salvarme, mala peste se lo lleve! No quiero vivir. Se puso a gritar y a patalear; y al fin el guarda de corps cogió el látigo.

—¡Basta, esto es demasiado, infiel! —le gritó.

El agá completamente desilusionado miraba a Manolios, tratando de comprender.

—Di, ¿por qué? ¿Qué te había hecho?

—No me había hecho nada, agá, me impulsó el diablo y lo maté. Durante la noche, durmiendo, oí una voz que me decía: «¡Mátalo!» y entonces bajé al amanecer al pueblo y lo maté. No me preguntes más. ¡Préndeme!

Hussein se abalanzó con la cuerda en la mano. Agarró a Manolios por el brazo. En el mismo instante, del grupo de las mujeres, se elevó una voz desgarradora.

—¡Es inocente, agá, no le hagas caso! ¡Es inocente, inocente, inocente!

—Calla, ramera —se oyó alrededor de Katerina, mientras las mujeres se lanzaban sobre ella para estrangularla.

—¡Lo hace para salvar a nuestra aldea! —gritaba la viuda—, ¿no tendréis compasión de él?

Pero las mujeres la habían ya echado a tierra y la pataleaban.

—¡Manolios, Manolios mío! —clamaba la viuda debatiéndose por zafarse.

—¡Es inocente, es inocente! —gritaron al mismo tiempo los tres amigos que habían logrado abrirse camino y llegar hasta el agá.

—Agá mío —dijo Michelis— si este hombre es un asesino, quiero que me cortes la cabeza. ¡Es nuestro pastor, un verdadero santo, no le hagas daño!

El agá exasperado miraba a Manolios, oía los gritos, venía a su Yusufaki, sentía que la cólera crecía en él, perdía los estribos. Todo se enredaba, la cabeza le daba vueltas. «Éste, ¿un asesino?, se interrogaba mirando a Manolios, ¿o bien un loco, o más bien un santo? Que me lleven los demonios; no llego a ver claro».

Insistía, se enfadaba, y volviéndose hacia Hussein le designó a Manolios:

—¡Al calabozo! —ordenó—. Mañana haré saber mi decisión.

Después, dirigiéndose a la muchedumbre:

—¡Idos al demonio, infieles! ¡Desapareced de mi vista!

El pueblo se dispersó asustado, pero aliviado. Vecinos y vecinas se recogieron para cambiar impresiones, alabando al Señor de que se hubiese encontrado al asesino.

—¿Crees que es Manolios? —se preguntaban unos a otros—. Pero si es un verdadero santo...

—No busques pelos al huevo, vecino, que sea él o no lo sea, qué puede importarte. Basta que haya confesado. A él se le colgará y nosotros nos salvaremos, lo demás es música celestial. Que Dios ampare su alma.

—Pero, ¿por qué hace eso? No lo comprendo. Porque con seguridad y certeza que él no es el asesino. Aunque lo diga...

—Ah, ¿tú no conoces a Manolios? El pobre hombre tiene a veces visiones. Lo hace, según dice, para salvar al pueblo... No, pero, ¿tú lo comprendes? Perderse, para salvar a los demás... Si tuviese un gramo de seso, ¿crees que lo haría? ¡Nunca! Entonces, déjale, pues, si eso le gusta.

Los tres amigos se habían reunido en casa de Michelis. Yannakos se golpeaba la cabeza con los puños.

—¡Es por mi culpa! ¡Es por mi culpa! ¡Imbécil de mí! ¡Idiota! No debía haberle dejado bajar de la montaña... No debía de haberle dicho nada. Pero, ¡cómo podía imaginarme esto!

—Es un santo... —murmuró Michelis—. Da su vida por salvar a la aldea.

—¡Hay que salvarlo! —gritó Kostandis con ardor—. Es necesario... ¡Es necesario!

—Yo, si tuviese el valor de hacer lo que Manolios, no querría que se me salvase... —dijo Michelis—. ¿Habéis visto cómo le brillaban los ojos? ¿Cómo todo su rostro resplandecía? Él ya se encontraba en el paraíso. ¿Para qué hacerlo descender de nuevo a la tierra? ¡Si al menos se pudiese partir con él!

—¡Se puede! —exclamó Yannakos con entusiasmo—. No hay más que ir los tres en seguida y decir al agá que los tres hemos entrado en su casa durante la noche y hemos matado a su Yusufaki. Que nos cuelgue del plátano en fila. Entraremos los tres juntos, uno detrás del otro en el paraíso.

Michelis bajó la cabeza:

—No tengo fuerzas para eso, Yannakos —le confesó—. ¿Cómo podré dejar a Mariori?

—Yo tampoco —dijo Kostandis—. Tengo mujer e hijos.

«Ni yo tampoco —reflexionó por su parte Yannakos—. No podría abandonar a mi borriquillo».

Pero él no dijo nada.

Entretanto, los cuatro jefes, apoyados en la pared, esperaban en el calabozo. En el subsuelo donde estaban amontonados no se oía el rumor y los gritos de la muchedumbre. Por un elevado tragaluz no entraba más que un rayo de fúnebre claridad.

—Tengo hambre... —suspiró el viejo Patriarqueas.

—Todos tenemos hambre y sed —dijo el pope Grigoris—, pero soportamos nuestra desgracia con paciencia. Tened confianza en Dios que está con nosotros en esta cueva de leona.

—En este momento deben estar colgando al desgraciado Panayotaros —aventuró el maestro—. Mañana nos llegará el turno a nosotros. Mostrémonos como hombres; sobrellevemos el hambre, la sed, el temor.

Después, volviéndose a su vecino:

—Valor, tío Ladas —díjole—. ¿Ahora te convences de que tenía yo razón? Cuántas veces no te he dicho: —¿Para que amontonar? Ninguna de tus arcas de dinero te seguirá a la tumba. Haz una buena acción. Ella sola te seguirá hasta el tribunal de Dios y ella abogará por ti. ¿Que es lo que dices ahora? ¿No echas de menos nada?

El tío Ladas suspiró. Volviendo la cabeza alargada, completamente pelada, miró con rencor al

maestro, pero nada replicó.

—Mañana te tocará a ti, tío Ladas —dijo entonces el pope Grigoris—, vas a presentarte delante de Dios y es preciso que te confieses. Inclínate, recuerda lo que has hecho de malo, y pide perdón a Dios. Todavía tienes tiempo.

—No he hecho mal a nadie —murmuró el viejo Ladas a la fuerza—, tampoco he hecho bien a nadie; no he matado, soy inocente.

—¿Que no has hecho mal a nadie, tío Ladas? —gritó el viejo Patriarqueas—. En esta hora en que estás con un pie en la sepultura, quiero decirte cuatro verdades, viejo mal educado. No quiero quedarme con eso dentro. ¿Que no has hecho mal a nadie? Y la casa de la viuda Anezina, ¿quién la vendió? Y las viñas del viejo Anesti, ¿quién se las robó subastándolas? Y los huérfanos que mendigan por el pueblo, ¿quien los lanzó a la calle? Tú, has sido tú, ¡por tu rapacidad! Te llegó el día de rendir cuentas a Dios. ¡Lárgate!

El tío Ladas se enfureció, de pronto se animó y se separó bruscamente del muro, rechinando, más que hablando:

—La sartén dijo al cazo: ¡Apártate, que me tiznas! Es muy propio de tu señoría el acusar a los demás. Pero si yo me pusiera a sacar a pública subasta tu ropa sucia, ¡desgraciado de ti! ¿Qué has venido a hacer a esta tierra, tú también, noble puerco? Has tragado todo lo que has podido, has bebido como un tonel, has violado mujeres, colmado de bastardos nuestra aldea y las de los contornos... Has pasado tu perezosa vida, arrastrando la pata y adulando al turco; inclinaciones por aquí, reverencias por allá... Notables, popes, y aun los obispos, os pasábais la vida metidos en casa del turco... Tu mujer, que era una santa, vivió tiranizada. ¿Quién fue el causante de su muerte? ¡La pobre, no pudiendo soportar el verte hecho un zascandil, reventó!

El viejo Patriarqueas dio un salto para estrangularlo, pero los otros intervinieron y lo evitaron. El tío Ladas estaba fuera de sí. Toda la vida había dejado decir a los demás, se había callado, había hecho como si no supiera nada y, también él se había humillado y hecho grandes reverencias y mentido, para mantenerse bien con los poderosos. Mas hoy, ante la muerte, estalló. Quería decir todo, vomitar todo lo que había tragado y librarse así de toda la bilis, para que esos que tenía delante no se creyesen mejor que él. Pero ahora que todo estaba perdido, ¿qué necesidad tenía ya de todos ellos?

Y después con voz sibilante se lanzó contra el pope:

—Y tú, moneda falsa, que quieres confesarnos, siento curiosidad por saber con qué cara te presentarás delante de Dios. Vas y vienes por la aldea regodeándote como un pavo, tu santidad consiste en tener la panza llena, y cuando un pobre se atreve a llamar a la puerta de tu casa a la hora en que te estás atracando, empleas la voz más melosa para decirle: «Dios te ampare, hermano. ¡Yo también tengo hambre!» ¡Y dices esto, mientras la grasa resbala por tu barba de cabrón! ¡Desgraciado el pobre que muera y que no tenga las monedas para el entierro! ¡Lo dejas pudrirse! Tienes siempre la mano presta para vender a Cristo a buen precio. A tanto la bendición, a tanto el bautizo, a tanto el casamiento, a tanto los santos óleos... y hasta has hecho con la tarifa un aviso, vampiro, raia, paga, pues sin ella ¡no entras! ¡Y este cara dura tiene la pretensión de confesar al tío Ladas, al hombre santo que toda su vida ha padecido hambre, que se abstenía de beber un vaso de vino cuando sentía deseos de ello, que iba cubierto de harapos, descalzo, con el estómago vacío, como un verdadero apóstol... ¡Soy yo quien te va a confesar, gordo panzón!

El pope Grigoris escuchaba con la cabeza baja, con disimulada resignación cristiana; pero por dentro, reventaba de rabia. Hubiera deseado retorcer aquella descarnada garganta. ¿Dónde había esa carroña almacenado tanto veneno? ¿Era eso lo que guardaba, en tantos años, ese viejo usurero? ¡Ahora, vomitaba su alma toda, y desembalaba todo en público!

—Continúa, continúa, querido Ladas, —dijo suspirando fingidamente—. Cristo ha sufrido mucho más que yo pecador. Fue insultado, calumniado, azotado, crucificado, y no abrió la boca... ¿Y voy a hablar yo? Continúa, continúa, mi querido Ladas.

El viejo Ladas iba a abrir de nuevo el hocico para despacharse a su gusto, pero el maestro intervino:

—¡Qué vergüenza! —gritó—. No nos quedan más que unas horas de vida y, en vez de elevar

nuestra alma a Dios, la arrastramos por entre pasiones terrenales... Cállate, tío Ladas, has dicho bastante, has volcado el corazón. Vosotros, hermanos, callaos. Los pecados de los hombres no tienen límite.

El viejo Ladas se rió burlonamente:

—¡Pobre maestro!, y a ti ¿qué te diré? Limpio o sucio, lo mismo te da. Tu talento no es mucho; no has podido hacer sino poco, ya sea de bueno ya de malo. Hubieras querido hacer mucho bien, pobre viejo, pero no podías. Solamente y nada más que chascos. Tu alma es una tienducha. Vendías a precios razonables pizarras, lápices, calcamonías, gomas, cuadernos... Pero, ¿maestro de escuela de qué? Vendías también ampulosas frases que nos hacías tragar como ruedas de molino, y en las que tú creías. Te las regalo.

Se apresuró a continuar hablando, para aliviarse y así, volviéndose en seguida hacia los otros dos:

—¿Por qué vosotros me ladráis? —chilló con irritación en los ojos—. A fuerza de rascarse la gallina se arranca los ojos... eso es, vosotros habéis ido demasiado lejos, os habéis roto las patas, ¡buen provecho os haga!

El pope Grigoris levantó la mirada e hizo una señal a Patriarqueas:

—«¡No le hables!» —El viejo arconte se tragó la cólera y se calló.

El maestro se sobresaltó al oír pasos que se acercaban.

—Ya están aquí... —murmuró, y la sangre se le paralizó en las venas.

El pope Grigoris se volvió hacia el tío Ladas con la mano extendida para bendecirlo.

—Quedas perdonado, hermano —díjole con voz solemne—, quedas perdonado por todo lo que has dicho. Has lanzado de tu alma todas tus vilezas, así queda ya desembarazada. Desgraciado, sin querer te has confesado. Dios te perdone todo el mal que has hecho en tu vida. ¡Levántate, tío Ladas, te ha llegado el turno!

Pero el viejo Ladas se hundía más agitado cada vez por convulsiones.

Se oyeron insultos, gritos, imploraciones. La puerta se abrió empujada por la espalda del guardián y, Panayotaros y Manolios, lanzados al interior, fueron a dar contra la pared. La puerta volvió a cerrarse.

—Manolios —gritó Patriarqueas ¿que buscas aquí? ¿Por qué te han traído?

—Panayotaros —preguntó el maestro—, ¿vives todavía? ¿No te han colgado? Bendito sea Dios.

—Yo vivo, ¡maldito sea el causante!, —rugió Panayotaros dirigiéndose a un rincón.

El tío Ladas alzó la cabeza, miró fijamente a Panayotaros y extendió la mano para tocarle.

—¿Vives todavía, di? ¿Por qué no te han colgado? ¿Siente remordimientos el agá? ¿Ha cambiado de parecer, di? —Mientras lo ametrallaba con estas preguntas, su corazón latía a punto de estallar; nadie respondió.

—Serénate, Manolios —dijo el pope—, toma aliento.

—Háblanos, Manolios —le ordenó el arconte—. No aguantamos más ¿se ha encontrado al asesino?

—Se ha encontrado —respondió Manolios.

—¿Quién? ¿Quién es? —gritaron los cuatro a la vez precipitándose sobre él.

—Yo —respondió Manolios.

—¿Tú?

Retrocedieron con la boca abierta, mirando a Manolios. Por mucho tiempo ninguno profirió palabra.

—¡Es imposible! —chilló al fin el viejo arconte una vez que hubo repasado en su espíritu toda la vida de Manolios—. ¡Es imposible! ¡No, no, esto sería el fin del mundo!

—Yo tampoco puedo admitirlo —dijo el maestro—. ¿Por qué lo ibas tú a matar? ¿Acaso tú, Manolios, puedes matar a alguien? No, no puedes.

El pope Grigoris solamente miraba a Manolios, sin decir nada.

—¿Por qué no respondes, Manolios? —preguntó Patriarqueas.

—¿Para qué, arconte? —dijo Manolios secándose el sudor que inundaba su rostro—. Yo soy el asesino, no tengo más que decir. ¿No es suficiente?

—¡Sí! —gritó el tío Ladas—, ¡es suficiente, muchacho! ¡Se ha encontrado al asesino, nos hemos salvado, hay un Dios!

Manolios se colocó bajo el rayo de luz que caía del tragaluz, sacó del bolsillo del chaleco el librito del Evangelio, lo abrió al azar y se enfrascó en la lectura, olvidándose de los que le rodeaban... Entraba en la barca con Cristo, se mezclaba con los apóstoles, navegaban por el lago de Genesaret; por la tarde se desencadenó un viento muy fuerte... Cristo, fatigado de haber hablado a los hombres durante el día, había ido a instalarse a popa sobre las redes, y se había dormido... Y el viento del norte soplaba cada vez más fuerte, descendía de los montes de Galaad, agitaba el lago, y las olas azotaban la barquilla con furor. Los discípulos estaban pálidos de miedo.

—¡Estamos perdidos! —susurraban—, ¡estamos perdidos! ¡Si el Maestro se despertase!

Pero ninguno se atrevía a interrumpir el sagrado sueño. Pedro se acercó, se inclinó y vio al resplandor de un relámpago que Cristo sonreía.

—¡Despiértalo! ¡Despiértalo! —instaban los discípulos apurados detrás de Pedro. Éste se atrevió, avanzó la mano y tocó ligeramente a Cristo en el hombro.

—¡Maestro! —díjole—, ¡despiértate que perecemos! Cristo abrió los ojos, miró a los apóstoles temblorosos, bajó la cabeza y criticó con amargura:

—¡Después de tanto como llevo entre vosotros y no creéis aún en mí!

Suspiró, se levantó, se fue a popa y allí de pie, extendiendo la mano, ordenó al viento:

—¡Enmudece!

Y bajando el brazo, dijo dirigiéndose al furioso lago:

—¡Cálmate!

Inmediatamente el viento se calló, las olas se calmaron, las estrellas nuevamente brillaron y el mundo volvió a presentar su aspecto risueño.

Manolios sacudió la cabeza y miró a sus cinco compañeros. Sus ojos azules brillaban dichosos y tranquilos, como las aguas del lago de Genesaret.

El tío Ladas resucitaba; ahora, erguido, iba y venía frotándose las manos.

—Se ha encontrado al asesino. ¡Bendito sea Dios! ¡nos hemos salvado! ¡Pobre Manolios! Te compadezco, pero después de todo no está tan mal. Tú eras pobre, nada más que un criado y joven aún. No habías saboreado las dulzuras de la vida. No tiene pues importancia que tú mueras. Aun estoy contento de que hayas confesado y que me haya yo salvado.

Se detuvo. Lanzó una mirada oblicua a sus compañeros y apretó los labios, discurriendo interiormente:

«¿Cómo diablos me arreglaré, cómo diablos me arreglaré ahora que me he salvado con esta barba de chivo y con este condenado de Patriarqueas a quien he tratado de noble puerco? Del maestro no me importa. ¿Pero de los otros? He ido demasiado de prisa, pero ya está hecho., ¡se acabó! ¡Demasiado feliz estoy con haberme salvado!» El viejo Patriarqueas miraba a Manolios enfrascado en la lectura del Evangelio. Estaba trastornado, e inclinándose hacia el pope, le dijo en voz baja:

—Padre mío, se me ocurre...

El pope Grigoris, comprendiendo, lo atajó:

—No busques soluciones, arconte, deja y que la voluntad de Dios...

—Pero ¿si él es inocente? ¿si lo hace por salvar a la aldea? ¿Se le va a dejar así? ¿No es esto un pecado? ¿Te haces tú responsable?

—Dios es misericordioso —dijo el pope—, me perdonará.

—Dios te perdonará, padre mío, pero ¿y los hombres?

—Cuando estoy bien con Dios —dijo el pope pavoneándose—, no temo a los hombres.

—Entonces...

El maestro que se había acercado y escuchaba, echó también su paletada:

—No ahondemos mucho, dejemos obrar a Dios... Él sabe lo que hace... Además, no olvidemos que Manolios de un solo tiro mata dos pájaros, pues salva también su alma. Esto significa bastante.

—¡Es enorme! —confirmó el pope—. Pierde la vida temporal, pero gana la vida eterna... Es como si entregase una moneda de cobre y se le devolviese un millón de libras de oro... No os

atormentéis, Manolios sabe lo que hace...

—Con todo es listillo... —afirmó el maestro que contemplaba sonriente a Manolios cuyos ojos y rostro aparecían radiantes.

Hussein entró, se lanzó hacia Manolios y lo agarró del cuello.

—Vamos, tú, infiel —le gritó—, el agá quiere verte.

—En el nombre de Cristo —contestó Manolios.

El agá se hallaba en su habitación sentado con las piernas replegadas, fumando el largo chibuquí y teniendo cerca de sí el cadáver de Yusufaki. Era mediodía, hacía un calor tórrido; Yusufaki comenzaba a descomponerse. Marta la esclava entró sin hacer ruido, de puntillas. Traía un ramo de rosas frescas, jazmines y ramas de encina que colocó sobre el cuerpo medio putrefacto; después se fue corriendo, pues no pudo soportar semejante hediondez.

El agá, abismado en su dolor, no sentía nada. Fumaba el chibuquí, abstraído en amargas reflexiones. Parecía fatigado, pero se encontraba más tranquilo. «Estaba escrito», se había dicho aquella mañana, «estaba escrito...» y desde ese momento su corazón se había sosegado. Refería los pecados de los hombres a Dios y eso lo tranquilizaba. ¿Quien puede atreverse con Dios? Él lo quería así, lo había escrito... Todo lo que acaece, acaece por su voluntad; inclina la cabeza y cállate... ¿No era Dios quien había escrito que el agá de Licovrisí encontrara a Yusufaki en Esmirna? ¿No era Dios quien había también escrito que Yusufaki sería muerto? ¿No era quien había escrito que se encontraría al asesino?... Todo estaba escrito...

Vio entrar a Manolios, depositó el chibuquí sobre la esterilla en que estaba acurrucado y cruzó los brazos.

—Escucha lo que voy a decirte, Manolios —comenzó con calma, y después volviéndose al guarda de corps:

—No te necesito, quédate detrás de la puerta.

Miró a Manolios:

—He soñado que no has sido tú quien ha matado a mi Yusufaki... ¡Cállate, infiel, déjame hablar! Tú haces esto por salvar a la aldea. Debes estar loco o ser un santo, eso allá tú... Quédate tranquilo, se hará según tus deseos, te colgaré. Pero deseo saber una cosa, Manolios: ¿es verdad que tú has matado a Yusufaki?

Manolios se compadeció del agá. Nunca había visto semejante dolor. Ya no era una fiera desencadenada; el sufrimiento lo había convertido en un ser humano. Manolios dudó un momento, pero se repuso, levantó la cabeza y dijo:

—Agá, el demonio me impulsó; estaba escrito, estaba escrito que yo lo mataría.

El agá se apoyó en la pared y cerrando los ojos, susurró: «Alá, Alá, el mundo es una pesadilla...».

Abrió los ojos, palmoteó, y Hussein entró:

—¡Llévatelo! —ordenó—. A la puesta del sol, lo colgarás del plátano.

Mientras tanto, los tres camaradas, Michelis, Kostandis y Yannakos recorrían la aldea, llamando a todas las puertas y suplicando a los aldeanos que no permitiesen morir a un inocente.

—¡Manolios, es inocente, inocente! Hace esto para salvar nuestra aldea... —gritaba Yannakos.

—Entonces, ¿qué queréis que hagamos? —objetó un anciano—, ¿que vayamos a decir al agá que Manolios no es el asesino? ¿Y luego? El agá comenzará a colgar en serie a todos y exterminará la aldea, y en vez de un inocente, morirán de ese modo centenares de inocentes... ¿Eso os parece justo? ¿Hay algún interés en ello? ¿No vale más que muera uno solo, en vez de centenares? Además, él mismo lo desea. Dejadle morir para salvarnos, después le levantaremos un icono, se le prenderán velas y se lo reverenciará como a santo. Mas ahora que muera.

El padre de una numerosa familia dirigiéndose a Michelis le preguntó agresivo:

—Joven señor, ¿tú no tienes hijos?

—No.

—Bien, entonces no puedes hablar.

Déjanos pues tranquilos.

Una vieja que hacía saltar a su nietecito sobre sus rodillas, se volvió a Yannakos y le dijo:

—¿Para qué vienes aquí, Yannakos, con lloriqueos? Que mueran mil Manolios y que viva mi nieto.

—Son bestias salvajes, lobos, zorros —gemía Yannakos enjugándose los ojos.

—No son bestias, Yannakos —le respondió Michelis—, son solamente hombres... No perdamos el tiempo. Dios hará lo que quiera.

—Tú piensas en tu padre —dijo Yannakos despechado—. ¡Líbrenos Dios de un viejo como ése!

Michelis lo miró con lágrimas en los ojos.

—Perdón, Michelis —clamó Yannakos—, ya no sé lo que digo.

Precisamente cuando llegaban cerca de la plaza, vieron a Katerina, vestida con sus mejores galas, el cabello recién lavado. Venía derechamente hacia ellos, a velas desplegadas, como una fragata real.

—¿Adónde vas, Katerina? —preguntó Yannakos.

—Banda de poltronazos, ¿permitiréis que Manolios perezca? —aulló la viuda, cuyos ojazos se le llenaron de lágrimas—. Yo no lo permitiré. Voy a ver al agá.

—El dolor te hace perder la cabeza, Katerina, a ti también —replicó Yannakos.

—El agá furioso te matará, pobre mujer —dijo Michelis compadecido.

—¿Qué me importa ya la vida? —contestó la viuda, y con la cabeza muy alta desapareció por el patio del agá.

Olor sofocante, penetrante, de rosas y de carne en descomposición... El agá se había adormecido, con la cabeza apoyada en la camita de hierro. Sonreía entre sueños. Debía soñar que esa desgracia no era sino una pesadilla, y que al despertarse iba a encontrarse de nuevo en el balcón, y a su lado a Yusufaki, llenándole el vaso de *raki*...

Dos palomas iban y venían por el balcón, picoteándose y reculando. Abajo, en el patio, la fuente cantaba. El perro, acostado bajo las dalias, con la lengua fuera, jadeaba. Un gato negro, gordo y pringoso, se había refugiado a la sombra desde donde sus ojos verdes brillaban, inquietantes, fascinadores.

Katerina atravesó muy de prisa el patio temerosa de que el guarda de corps la viese o que el perro le ladrase. Pero ni Hussein apareció, ni el perro ladró, sino que al olfatearla y reconocerla, movió gozoso la cola. La viuda contuvo la respiración. Conocía muy bien los recovecos de la casa; muchas veces Marta le había abierto la puerta en secreto y ella se había deslizado durante la noche por la casa en los tiempos en que el agá estaba solo... Era cuando todavía no había ido a Esmirna ni encontrado a Yusufaki. Después que volvió, más de una vez Hussein le había mencionado a la viuda. El agá se reía. «Viejo —le había dicho—, se cuenta que una vez el pachá invitó a uno de sus amigos a beber *raki*. Como acompañamiento había un plato con aceitunas y otro de caviar negro. El amigo no hizo honores más que al caviar. —Come también aceitunas —díjole el pachá—. —Me gusta también el caviar —le respondió el amigo—. ¿Comprendes Hussein? Mi Yusufaki es el caviar...» El guarda cerró el pico y desde aquel día nunca le volvió a hablar de la viuda.

Atravesado el patio, Katerina entró en la casa y se sobrecogió —el enorme espejo, los divanes, los taburetes, los pesados braseros de bronce, el sofá habían servido de blanco al agá en su furia; se hallaban revueltos y hechos añicos. «Panayotaros habría hecho por mí lo mismo...», se dijo para sí la viuda estremeciéndose.

Al oír pasos se escondió detrás del diván roto. El guarda apareció en el umbral. Verdaderamente era un fantasma; se le veían las mejillas arrugadas, los ojos encendidos, la saliva chorreándole por la barba; por un instante se detuvo, miró a su alrededor sin ver, suspiró y después salió vacilante al patio; allí se tiró cuan largo era al lado del perro y se echó a llorar.

La viuda se santiguó. «Jesús, Nuestro Señor —susurró—, tú sólo comprendes a la mujer y la perdonas cuanto haga. Estoy preparada a presentarme delante de ti.» Se había lavado los cabellos, se había puesto ropa limpia, el vestido más hermoso y había rociado la cabeza con agua de azahar... «Jesús, Señor mío —susurró de nuevo—, estoy dispuesta...»

—Katerina, querida, ¿qué haces aquí? Vuélvete a tu casucha, ¡desgraciada!

La viuda se volvió y vio a Marta, pálida y despeinada, que llevaba un ramo de flores y se

disponía a subir a la habitación...

—Marta, quiero ver al agá... —dijo la viuda.

—Todavía está caliente el cadáver de Yusufaki y tú tienes el tupé de venir, miserable, te va a hacer picadillo.

—Marta, quiero ver al agá... —repitió la viuda—. Tengo que comunicarle un secreto muy grande. Conozco al asesino.

La vieja se burló:

—¿Manolios?

—No, otro... Verás...

La esclava depositó las flores en un escalón, se acercó a la viuda y se empinó preguntando insinuante y brillándole los ojos:

—¿Quien? ¿Quién? ¿Tú también sospechas de él? ¡Yo también, yo también!

—¿De quien? —preguntó la viuda estupefacta.

La vieja la miró atentamente, bajó la cabeza, se inclinó y recogiendo el ramo de flores, se excusó:

—Nada, nada... Voy a poner estas flores sobre ese maldito; comienza a oler mal, ¡que el diablo se lo lleve!

Escupió atacada de náuseas, de repente su maldad estalló:

—Por muy llena de gusanos que estés tú, querida, yo también lo estoy.

Muy bien puedes pavonearte, somos todos lo mismo.

En aquel momento, un golpe violento resonó en la habitación y una voz irritada chilló:

—¿Quién está abajo? ¿Con quién hablas, vieja jorobada? ¡Cierra el pico! La viejecita se sobrecogió, pero la viuda avanzó valerosamente hacia la escalera.

—Soy yo, Katerina, agá mío.

—Dispara a tu casa, perra —aulló el agá.

La viuda se encogió de hombros y continuó avanzando. De repente el agá la tuvo delante.

—Agá, perdóname —exclamó la viuda echándose a sus pies.

El agá furioso la pateó, le hizo dar media vuelta y se precipitó para tirarla por la escalera. Pero la viuda se había aferrado a la baranda y con la cara pegada al suelo, gritaba:

—Agá, escúchame, no he podido guardar más el secreto y he venido a echarme a tus pies. Agá, soy yo quien lo ha matado.

—¿Tú, putona? —rugió el agá recorriendo con la vista la pared en busca del yatagán.

—Yo, agá, la condenada, yo he sido quien lo ha matado por amor... por envidia... Sentía envidia. Desde que él puso los pies en tu palacio, tú no me has vuelto a mirar. No volviste a llamarme por Marta. Yo lloraba... Me abatía. Noche y día estaba detrás de la puerta esperando... Nada... nada... Tenías a Yusufaki, a mí me habías olvidado... Me fui en busca de hechiceras y una noche eché un hechizo en tu puerta y esperé. Pero tú tenías a Yusufaki, me habías olvidado... Yo te amaba demasiado, sentía una envidia atroz y eso me ha hecho perder la cabeza... Ayer a media noche, cogí un cuchillo...

Katerina se arrastró a los pies del agá y se los abrazó, aullando:

—Agá, agá, ¡mátame! ¿Qué es para mí la vida? ¡Mátame! El agá seguía mirando las paredes en busca del yatagán, pero la casa le daba vueltas, los ojos se le nublaban, no veía nada. La viuda entonces extrajo del corsé un cuchillo.

—Toma, con este cuchillo lo he matado... —se puso de rodillas, tendió el cuchillo al agá—. Toma, con este cuchillo —repitió, ofreciéndole el cuello.

Los ojos del agá se inyectaron de sangre. Se volvió, vio a Yusufaki yacente, lívido, con los ojazos y la boca abiertos, y por cuyos labios y nariz se paseaban gruesas moscas azules y negras...

Tornó de nuevo la vista, y vio a la viuda. Se lanzó sobre ella, asió el cuchillo que ella le tendía, lo blandió en el aire y de un solo golpe lo hundió en pleno corazón hasta el mango. Después, a puntapiés, la echó; a rodar escaleras abajo.

CAPÍTULO X

LA SANGRE DE LA VIUDA reavivó el furor del agá. Todo lo veía rojo; no soltaba el cuchillo de la mano. El brazo hasta el codo aparecía lleno de sangre fresca. Llamó a Hussein:

—Baja al calabozo, coge a Manolios y condúcelo bajo el plátano.

Toca la trompeta para que los infieles vengan a contemplarlo. Lleva allí también a mi Yusufaki, a fin de que él lo vea también. Sea o no el asesino, cuelga a ese miserable; tráeme el látigo, deseo bajar solo y romperle los huesos. ¡Eso me aliviará! ¡Sean o no culpables, los ahorcaré a todos! ¡A todos! ¿Por qué han de vivir esos hijos de mala madre, cuando mi Yusufaki yace aquí? ¡Corre! Los ojos se le llenaron nuevamente de lágrimas. Volvióse y dejó entre las rosas y encima del cuerpo de Yusufaki el cuchillo ensangrentado, diciendo:

—Tómalo, Yusufaki mío.

Se arrodilló, se reclinó en la camita de hierro y comenzó a fumar. Cerró los ojos. Por su espíritu desfilaron los campos, las montañas, las aldeas. Resurgió el camino emprendido de Licovrisí a Esmirna. Ya en carreta, ya a lomo de mula, ya también en ese mecanismo del infierno, importado por las gentes de Occidente, ¡malditos sean! Una mañana, ¡el milagro! Palacios, mezquitas, bazares, ríos humanos, músicos, jardines, ¡el mar! Luego, todo desapareció. Sólo un café a orillas del mar. Las puertas estaban abiertas. Hacía calor.

Anochecía. Sentados en círculo sobre esterillas, varios agás pulcros y atildados, vestidos impecablemente y recién teñidos de negro los bigotes, fumaban narguiles. ¿Que descubre el agá de Licrovrisí, en el centro, dominando con aires de superioridad, sobre un elevado taburete? A Yusufaki cantando: ¡*Dunia tabir, ruya tabir, aman, aman*! A su alrededor el café desapareció, con los agás, las esterillas y los narguiles. De toda Esmirna solamente quedaban él y su Yusufaki. Uno de rodillas suplicando, el otro haciendo guiños y zarandeándose, al tiempo que saboreaba mastic...

Hussein entró trayendo el látigo que dejó sobre las rodillas de su amo. El agá bajó la cabeza y miró; los párpados le pesaban, pero no pestañeaba. ¿Adónde ir? ¿Por qué dejar aquel lugar en que estaba con su Yusufaki a orillas del mar? Cerró los ojos y se volvió a Esmirna.

Afuera, la trompeta del guarda resonaba marcialmente. El sol estaba ya muy bajo, pero el calor persistía. Ni una hoja se movía. La aldea ardía, inmóvil, sin defensa, acurrucada al sol.

Una o dos puertas se abrieron. Al oír la trompeta los aldeanos se congregaron alrededor del plátano. Unos gruñían, pero no hablaban. Otros, excitadísimos, iban y venían disputando.

¿Manolios, lo ha matado o no? ¿Es un criminal o no?

—¡Desconfiad del agua mansa! —decía uno meneando la cabeza—. Yo siempre he sospechado de Manolios. Unas veces con la viuda, otras con Yusufaki... ¡Puf! ¡el asqueroso! ¡Que se vaya al diablo!

El viejo macero llegó con la lengua fuera, trayendo una terrible noticia que le llenaba de alegría:

—Pasaba por delante de la puerta del agá; me acerqué y ¿qué diréis que vi en el patio? Pues a Marta, la vieja jorobada, que se golpeaba el pecho gimiendo.

—¿Qué tienes, tía, qué te han hecho?

—¡Han matado a la viuda!

—¿Quiénes han sido?

—¡El agá!, la ha degollado como a una cordera y después la ha precipitado por la escalera. Vamos y enterrémosla, pobrecilla; después de todo era cristiana y tenía también un alma.

—¿Piensas enterrarla, macero? —dijo brutalmente un viejo amarillento.— ¡Que se tueste en los infiernos!

Iba a ponerse el sol. Los pájaros revoloteaban alrededor del plátano buscando cobijo para pasar la noche, pero al ver aquella muchedumbre allí congregada, de la que ascendía un rumor

inquietante, tuvieron miedo; comenzaron a volar de aquí para allá indecisos, esperando para volver a los nidos, el momento en que desapareciese esa barahúnda humana.

Se oyó que la puerta del agá se abría. Todas las cabezas se volvieron. En calma y sonriente, Manolios apareció en el umbral con las manos atadas a la espalda. De la cara y brazos le chorreaba sangre. Se detuvo un instante en la puerta; pero el guarda que lo seguía, le asestó, furioso, un violento latigazo. Manolios franqueó impasible el umbral. Lo seguían dos servidores que llevaban la camita de hierro en que yacía Yusufaki bajo ramos de flores. Manolios avanzaba con paso seguro, posando la mirada de despedida en las cabezas que lo rodeaban, en las casas, en los árboles y, allá a lo lejos, en las mieses, cuyas espigas maduras y encorvadas brillaban como oro a los rayos rojizos del sol poniente. «Bendito sea Dios», se decía, «tendremos buena cosecha este año; los pobres aplacarán el hambre».

De repente vio bajo el plátano a sus tres amigos que lo miraban llorando. Manolios les sonrió e hizo un gesto con la cabeza para saludarlos.

Después se detuvo un momento, miró al pueblo y gritó:

—¡Adiós, amigos, me voy! Volviendo otra vez la mirada hacia sus amigos, les dijo:

—Hermanos, Michelis, Kostandis y Yannakos, ¡que os vaya bien!

—¡Es inocente, inocente! —gritaron los tres con voz ahogada.

—¿No os queda un adarme de amor propio? —les espetó Yannakos a los aldeanos que miraban sin decir palabra—. ¿No caéis de rodillas ante él, puercos? Por vosotros va a morir, por salvar nuestra aldea. ¿No lo comprendéis? Toma sobre sí los pecados de todos, como Cristo. Hermanos míos...

No pudo terminar. El guarda se precipitó contra él, zurriagándole con tal fuerza que el látigo quedó enroscado dos vueltas en el cuello.

El agá franqueó el umbral de su casa y todos se volvieron. La muchedumbre se abrió para dejarle paso. Sombrío y pesado el agá avanzó, clavada la vista en el suelo. Llegado al plátano, se detuvo, y sin volverse para ver a Manolios, extendió el brazo hacia el guarda y le ordenó:

—Ahórcalo.

El coloso Hussein se lanzó sobre Manolios y le atenazó la garganta, pero en ese instante una voz retumbó:

—¡Agá, agá! Era la vieja Marta que venía corriendo, jadeante y llevando un lío de ropa. Hussein palideció, dejó caer la cuerda que estaba anudando y se apoyó en el plátano tembloroso. La vieja jorobada se echó a los pies del agá:

—Agá —gimoteaba—, ¡mira, mira! Desplegó el lío a los pies del agá y alineó en el suelo, manchados de sangre, una chaqueta, calzones, polainas y unas babuchas. El agá se agachó:

—¿De quién es todo eso? —clamó.

—De Hussein —respondió la vieja—. De tu guarda.

El agá se volvió y clavó la mirada en Hussein que se había derrumbado al pie del árbol. Los aldeanos ni respiraban.

De un salto el agá cayó sobre él y lo sacudió aullando:

—¡Hussein Mukhtar!

El guarda, hecho una pelota en el suelo ocultó el rostro entre las gruesas y velludas manos, berreando como un buey:

—¡Piedad! Los tres compañeros se acercaron, latiéndoles el corazón a punto de estallar.

La muchedumbre cual marea humana circundaba al agá, al guarda y a la vieja Marta. Yannakos se acercó furtivamente a Manolios, le desató y le besó la mano.

El agá levantó la cabeza, miró a los aldeanos, vio sus caras iluminadas por la alegría, y blandió el látigo, gritando:

—¡Infieles, largaros! ¡Afuera de aquí o me las pagaréis! Se abalanzó sobre la multitud y comenzó a latigazos contra mujeres y hombres, echando espumarajos por la boca.

En un abrir y cerrar de ojos la plaza quedó desierta. Todos se desbandaron hacia sus casas. Los más audaces se escondieron por las esquinas con objeto de ver lo que iba a suceder. Los tres amigos se llevaron a Manolios hacia un muro de enfrente.

—¿Pero eres tú, di? ¿Eres tú, di? —bramaba el agá pateando al guarda en el bajo vientre y escupiéndole. Desenvainó el yatagán, lo volvió a envainar. Se agachó, cogió unas piedras y con ellas golpeó el cráneo del infeliz; había perdido la cabeza y no atinaba qué muerte darle.

Entre tanto la vieja Marta iba alrededor del agá, dando saltitos ágilmente, como poseída por el demonio; sacaba, mostraba y agitaba en el aire las ropas del paquete, las exponía en el suelo, mostrando los grandes manchones de sangre, y repetía sin cesar, con voz jadeante, las mismas palabras, como quien recita una lección:

—Yo lo oí muy bien, agá mío, subir la escalera a media noche... Claramente oí también un agudo y débil grito, como el de un pajarillo al que se ahoga... Pero, agá, ¿cómo me hubiera atrevido a abrir la boca, yo, pobre mujer? Solamente cuando encontré esto: la ropa manchada de sangre, me atreví...

Y de nuevo volvía a desplegar y exhibir en el suelo las prendas tintas en sangre...

Muy pronto el agá se hartó de esta retahíla y la despachó con un puntapié en los riñones. La viejecita lanzó un grito agudo como de gato al que estrangulan y renqueando trotó hasta casa de su amo. Se pelotonó en el umbral y se quedó fijos los ojos en el agá y en el guarda como un murciélago.

—¡Arrancaos los ojos ahora, asquerosos turcos! —susurró—. He logrado y encontrado lo que buscaba; lo que pase ahora no me importa.

El agá se había puesto de rodillas en el suelo y de un puñetazo había obligado a arrodillarse también al guarda frente a él. Sus narices se tocaban, y durante mucho rato permanecieron los dos así impasibles. Se había puesto el sol; los pájaros, al ver que la muchedumbre se dispersaba, se atrevieron nuevamente a volver a los nidos en el añoso plátano.

Los cuatro compañeros, apoyados en el muro, esperaban, sin respirar.

Presentían que algo terrible iba a suceder.

—Me compadezco del pobre Hussein —dijo Manolios.

—Cállate, Dios no tiene compasión de él —respondió Yannakos.

De repente el agá se incorporó y rugió como un león:

—¡De pie, perro!

El guarda se levantó de un salto. El agá sacó el yatagán y por tres veces lo hizo caer sobre la nariz y las orejas cuyos pedazos lanzó lejos de sí. El guarda ni se movió, ni lanzó un grito. Se mantenía de pie como un árbol al que podan las ramas; solamente la reluciente sangre formaba un mar de barro en la tierra.

El agá blandió el látigo y ordenó:

—¡Da vueltas alrededor del plátano!

El guarda se puso a correr, titubeando, alrededor del árbol.

—¡Para! —rugió de nuevo el agá.

El guarda se detuvo. El agá se abalanzó sobre él, le rasgó los calzones, le agarró sus partes, se las separó de un tajo y las arrojó sobre el cadáver de Yusufaki, en medio del ramo de jazmines.

Entonces el bruto mugió de modo formidable y se desplomó. El agá lo levantó por la piel del cogote y lo puso sobre el escabel; le pasó el nudo corredizo por el cuello, dio una patada al escabel, y el guarda, cubierto de sangre y horriblemente mutilado, se balanceó en el aire.

El agá se limpió el sudor de la frente con la mano ensangrentada y toda la cara se embadurnó de sangre. Se dejó caer de rodillas en tierra y, durante mucho rato, miró jadeante a su guarda que se había quedado con la bocaza abierta. Luego, como si su alma se hubiera recobrado, se levantó y, sin echar una mirada al ahorcado ni a Yusufaki, trastabillando, con paso nervioso, retornó a su casa. De un puntapié empujó la puerta, pero se resbaló y fue a caer cuan largo era sobre los guijarros.

—¿Qué puede haber sucedido allá arriba? —preguntaba en aquel momento el arconte Patriarqueas a sus compañeros, quienes aguardaban sentados en el suelo, teniendo por respaldo el muro, y con la cabeza vuelta hacia la puerta baja.

—Te lo voy a decir, arconte —respondió el tío Ladas que había ya comenzado a hacer las paces

con los poderosos y a adularlos. Manolios, ¡Dios lo tenga en su gloria!, estará balanceándose por los aires. Con razón o sin ella, ¿qué puede esto importarnos? Lo principal es que nos hemos salvado. De un momento a otro veremos aparecer al guarda gritando: ¡Hala! infieles, ¡largaros de aquí! Nos dará un puntapié y volveremos a ver la luz del sol, ¡y a nuestros negocios! En cuanto a lo que pude decir, arconte, y tú también pope Grigoris, olvidadlo.

«¡Te arrancaría los ojos, asqueroso!», pensó el pope Grigoris, pero acordándose que era cristiano y sacerdote, dulcificó el rostro y la voz y dijo:

—Salvarnos es lo principal, viejo Ladas, con la ayuda de Dios, y todo lo demás se olvidará. Somos hombres; hemos pasado momentos difíciles, se nos han escapado palabras de más. Eso es todo. Por mi parte, todo lo he olvidado.

—Yo jamás olvidaré que me has llamado noble puerco —expresó el viejo Patriarqueas, pues ese mote que le sentaba como un guante, le había herido en lo más vivo.

—¿He dicho yo eso, arconte? —manifestó el tío Ladas con aire asombrado—. Retiro lo dicho. El miedo me hizo perder la cabeza, pobre de mí, tartajeaba, no encontraba palabras.

Quise decir noble señor y me salió noble puerco.

Panayotaros levantó la cabeza enmarañada y les gritó:

—¡Idos al diablo! ¡banda de cobardes! Os teméis unos a otros y os dais asco, pero no os atrevéis a confesarlo. ¡Preferís vivir acordes holgazaneando para espoliar al pobre mundo! Pero a mí, al pillo, no me dais miedo. Popes, obispos, arcontes, notables, maestros de escuela, ¡os escupo en la cara!

El maestro abrió la boca para tratar de arreglar la situación, cuando la puerta se abrió, dando paso a la vieja Marta, cuyos ojos penetrantes brillaban en la penumbra.

—Y bien, Marta, ¿qué novedades nos traes del mundo de allá arriba? —gritó el arconte levantándose.

La vieja esclava chanceándose extendió la mano como quien pide una limosna, y respondió:

—¡Si no me la llenáis de piezas de oro, no digo ni oxte ni moxte!

—¡Puerca harpía! —lloriqueó el viejo tío Ladas—, ¿no tienes compasión de nosotros? Somos pobres, ¿deseas chupar nuestra sangre?

—¿Son buenas o malas las noticias que traes? —preguntó el pope Grigoris—. Primeramente hay que saberlo.

—Te repito que no diré oxte, pope. ¿No es así como tu santidad extiende la mano antes de entonar el Kyrie eleison? ¿Por qué debería yo ser mejor que tú? ¡Abrid las bolsas, señores míos, por la dicha que yo os de seo!

El primero en hacerlo fue el arconte Patriarqueas, y sacó de su bolsa una libra de oro; después, dirigiéndose al pope, le dijo:

—Padre mío, se te llama noble pope, no tacañees. Tú también, tío Ladas, afloja tu escarcela, tú que me tratabas de noble puerco. El que te quiten un poco de sangre, te hará mucho bien, pues, de lo contrario, desgraciado, podría darte un ataque. Vamos, maestro, da tú también. No eres rico; da lo que puedas y acabemos de una vez. La vieja nos trae buenas noticias, ¿no lo leéis en sus ojillos brillantes?

El pope y el maestro registraron sus bolsillos del chaleco. El tío Ladas suspirando, preguntó:

—¿No sería suficiente decirte, buena Marta, que te lo debo? Te firmaría un recibo.

—¿Es que tu vida, miserable avaro, no vale una mezquina moneda de oro? Ten valor, afloja los cordones de la bolsa...

Ella se volvió entonces hacia Panayotaros, burlándose:

—Pobre «tragayeso», de ti no quiero ni un cobre. La viuda tiene que haberte dejado seco.

—¡Deslenguada, vieja burra! —aulló Panayotaros—. Espera un poco que voy a tomarte las medidas de la chepa para hacerte una albarda que no te moleste, ¡puerca gibosa!

—No seas cascarrabias, pobre «tragayeso», para ti también tengo novedades: ¡te has salvado! ¡te has salvado, amante maldito! La viuda Katerina ha sucumbido.

Panayotaros abrió desmesuradamente los ojos; quiso hablar, pero no pudo; empezó a aullar.

—El agá acaba justamente de matarla. Le ha hundido el cuchillo en el corazón, y se la ha

enviado como regalo al diablo.

Panayotaros se desplomó, dándose con la cabeza contra el muro. Rugía como bestia feroz llamando a la viuda.

La vieja jorobada, desde el umbral, agachándose, lo incitaba:

—¿Quién le metió en la cabeza que era hermosa? ¿Quién le ha mandado ser una puerca? ¿Quién la incitó a buscar al agá? ¡Bien se lo ha merecido! El agá le ha plantado el cuchillo en el corazón y la echó a rodar escaleras abajo.

Mas Panayotaros no la oía; se retorcía, mordía la tierra, llamaba a la viuda.

Mientras tanto, el viejo Patriarqueas había recogido el dinero que puso en manos de la vieja jorobada. Enseguida se le desató a ésta la lengua, y se puso a contar lo sucedido. Hablaba, se reía, brincaba, gesticulaba, señalaba al agá, al guarda, gritaba, se chanceaba...

El pope Grigoris se santiguó.

—¡Vamos!, ¡bendito sea el nombre del Señor! ¡Hemos entrado aquí como simples hombres, y salimos transformados en héroes y mártires de Cristo!

—Palabra de honor —dijo a su vez el viejo arconte—. Nos hemos apuntado una hazaña.

—Pero esta hazaña me ha costado una libra —gruñó el tío Ladas—. ¡Ah!, cuando salga me las pagarán, pues me desquitaré, empezando por el puerco de Yannakos. Me quedaré con su borrico.

El pope Grigoris franqueó la puerta, diciéndoles:

—Mañana tendremos que cantar un Tedeum en privado. Nos hemos portado como héroes y como cristianos. Hemos salido vencedores de la terrible prueba. ¡Sea glorificado el nombre del Señor!

—Yo —aseguró el maestro—, haré que los chicos hagan una composición acerca de los sufrimientos y heroísmo de la Raza Griega.

El pope Grigoris salió el primero con la cabeza alta, pavoneándose como el carnero padre encabeza su ganado. Lo seguía el viejo Patriarqueas, grasoso y hambriento. Después venía el maestro, enorgulleciéndose de haber demostrado tanto valor y no haber desmerecido de sus antepasados. En fin, cerrando el cortejo, el tío Ladas, sosteniéndose los calzones, pues el cinto se le había roto de nuevo.

—¡Eh! «tragayeso» —le gritó la vieja jorobada, que con la llave en la mano esperaba en el umbral—, ¡lárgate! Ahora quedaste viudo, pobrecito; el agá también queda viudo, ve a hacerle compañía.

—Deja que partan primero los grandes asnos —gruñó el albardero—. Yo me iré solo.

Apretó los puños y se levantó gritándoles:

—Popes, obispos, arcontes, notables, maestros de escuela, ¡os escupo en la cara!

—¡Judas! —le vomitó el pope, incapaz de contenerse más. Dicho esto huyó esquivándolo.

Panayotaros se lanzó en su persecución para arrancarle las barbas, pero el pope le llevaba ventaja; estaba fuera y atravesaba el patio; sus tres compañeros lo seguían jadeantes.

Era de noche. Las calles estaban desiertas. Los aldeanos se habían encerrado en sus casas para festejar esa jornada memorable bebiendo unas copas de más. En todos los hogares zumbaban los nombres de Manolios, Hussein, la viuda, el agá, Yusufaki, la vieja Marta... El viejo Patriarqueas se hallaba sentado ya ante la mesa bien abastecida. Se había lavado, cambiado, acicalado. Lenio, rozagante, había puesto a hervir una gallina y preparado una sopa con huevo y limón para reanimar a su amo. Michelis, sentado frente a su padre, lo miraba como tragaba con hambre canina, sudoroso, apurado por reparar sus fuerzas puestas a ruda prueba. Lo escuchaba hablar, reír, masticar, y lo miraba estupefacto:

«¿Éste es mi padre?», pensaba, «¿éste es mi padre?»...

—Nos hemos apuntado una hazaña —decía con la boca llena—. Ahora que he visto cara a cara a Caronte, Michelis, comprendo lo que es la vida... No hay que perder el tiempo, hijo mío, hay que comer, beber, juerguearse, antes que sea demasiado tarde. Imagínate que yo no hubiera podido capear el temporal, ¡esta gallina no me hubiera servido de nada!

Michelis no podía separar los ojos de su padre.

«¿Éste es mi padre... éste es mi padre?» —pensaba asombrado.

Por su parte, el pope Grigoris se hallaba instalado en el patio bajo el emparrado de gruesos racimos; comía y comía, y no lograba calmar el hambre. Soplaba una suave brisa. Los basiliscos y los jazmines embalsamaban el ambiente y el gato se frotaba contra las pantorrillas de su amo. Mariori, de pie, con el cántaro de vino en la mano le servía de beber, mientras lágrimas de alegría se resbalaban por sus pálidas mejillas.

El pope ricachón bebía, comía; se atiborraba.

—Ni por un instante el corazón me ha desfallecido. Me he conducido como jefe, como digno representante de Dios en Licovrisí. He hablado al agá con valor; he defendido a la cristiandad; en la prisión, me he mantenido firme para enfrentar a la muerte... Mariori, puedes estar orgullosa de tu padre...

El viejo Ladas estaba sentado en el banco del patio, descalzo y sin cinturón. Mascaba el pan de cebada, mordisqueaba con cuidado una aceituna y charlaba volublemente a Penélope —había obrado de esta manera, le habían hecho esto otro; había dicho aquello, le habían dicho aquello otro; el negocio, la hazaña, le había costado tanto...

Suspiró, se enojó, se fue a su habitación, abrió el arca, sacó sus cuadernos y se acercó al cabo de vela. Mojó el dedo en la lengua y hojeó los cuadernos para ver quien le debía y cuánto, cuándo vencía el plazo para cada uno y a cuánto ascendía el interés. Satisfecho, sonrió.

—Mañana por la mañana, mi querida Penélope, me desquitaré. He escapado de las garras de la muerte; ahora que estoy vivo, que me he salvado, nada de favores. Te debo, trágame; me debes, yo te tragaré. Y de prisita, mientras nos dure la vida. ¿Qué piensas de todo esto, vieja?

La tía Penélope clavaba los ojos vacíos plácidamente en las agujas y seguía haciendo calceta. Como si ya viese frente a sí a Caronte y se diese prisa por acabar su labor de acabar el calcetín. Ni aun se había inquietado por la desaparición de su marido, ni tampoco había experimentado alegría cuando lo volvió a ver entrar por el patio, sujetándose los calzones, rascándose y hablando sin cesar.

Esta noche las conversaciones se prolongaron mucho rato; las lámparas brillaron hasta media noche. Luego, la aldea fue apagando una a una sus candelas, cerró los ojos y comenzó a roncar.

Michelis se había separado temprano de sus amigos, ansioso por ir a ver a su padre.

—¿Si fuéramos todos juntos a comer a mi casa? —propuso Kostandis a los dos compañeros—. ¡Festejaríamos tu resurrección, Manolios!

Esa noche, la señora Kostandis estaba en uno de sus buenos días. No puso, al verlos, cara de pocos amigos como de costumbre. Prendió, por el contrario, el fuego y se dispuso a preparar la cena. Después puso la mesa, trajo el vino, colocó el cántaro de agua a refrescar en el pozo.

—Tu hermana, no hay otra como ella —susurró Kostandis a Yannakos—, no hay otra como ella para los trabajos domésticos, cuando no está alunada. Pero tampoco hay otra como ella, cuando está alunada. Bendito sea Dios, hemos caído bien esta noche. ¡Sed bienvenidos, hermanos! —díjoles en alta voz.

—¡Salud y felicidad para tu casa, para tu mujer e hijos Kostandis! —respondieron los invitados, y hambrientos se pusieron los tres a comer y a beber. De pie detrás de ellos, la dueña de la casa los servía.

Yannakos y Kostandis chocaron los vasos con el de Manolios.

—¡Cristo ha resucitado! —gritaron mirándolo cariñosamente.

Manolios no decía nada, ni se reía. Sí, ciertamente que se regocijaba de hallarse todavía con vida, de comer y beber con sus amigos... de sentir la brisa nocturna pasar por su frente bañada de sudor... No obstante, había pensado estar en otra parte esta noche, y una aflicción sobrenatural empañó su rostro.

—No te entristezcas, Manolios —díjole Yannakos—, el paraíso es cosa buena, pero la tierra

tiene también sus bondades... En el paraíso no encontrarás a un Kostandis o a un Yannakos —añadió, riéndose—. Porque nosotros dos, Kostandis, como van las cosas somos buenos para el infierno.

Claro es que no para el fondo, sino precisamente para cerca de la entrada.

Los tres se echaron a reír y volvieron a llenar los vasos.

—De quien me compadezco es de la viuda, la pobre —dijo en voz baja Kostandis para que su mujer no lo oyese—. ¡Lástima de mujer!, semejante bocado de reyes.

—Quien sabe —dijo Yannakos—, si precisamente a esta hora en que nosotros hablamos, Katerina la viuda no esté en el paraíso con María Magdalena, paseándose las dos del brazo por el césped inmortal y mirando hacia abajo, a la tierra, chanceándose...

—Puede ser que suspirando, querido Yannakos, pues ellas han amado demasiado a este mundo... —dijo Kostandis—. ¿Qué piensas de esto, Manolios?

—Envidio a la viuda —respondió Manolios—, sinceramente la envidio, no le tengo lástima. ¿Por qué compadecerse de ella? Es seguro que en este momento se pasea por el paraíso con los ángeles y que ni suspira ni se sonríe por la tierra. La ha olvidado completamente. Mirad, este mundo ha desaparecido para ella, tan exactamente, como la lepra de mi rostro.

La mujer de Kostandis oyó estas últimas palabras. Por primera vez miró a Manolios y vio que su cara de la que se decía hinchada y cubierta de lepra, brillaba ahora, perfectamente lisa. Estuvo a punto de preguntarle cómo se había producido el milagro, pero como hablaban los hombres y, como ella se hallaba en uno de sus buenos días, no quiso mezclarse en la conversación. Se contentó con aguzar el oído para enterarse mejor. Cuando salió a relucir la viuda, ella gruñó sordamente dispuesta a morder; pero apretó los dientes y no mordió.

—¿Y del pobre Hussein, que dices, Manolios? —preguntó Kostandis—. Era un perro ladrador, pero con todo...

—Si hubiera sido cristiano y se hubiera arrepentido —respondió Manolios—, quién sabe, Kostandis, si Dios hubiera podido poner la mano encima de su cabeza y decirle: estás perdonado, porque has amado mucho.

—Pero si fuera así —exclamó Yannakos—, si fuera como tú dices, al final de cuentas todos entrarían en el paraíso, pecadores, ladrones, asesinos...

—El paraíso ha sido creado para los pecadores... —aseveró Manolios.

—¡Entonces bebamos a la salud de Hussein! —dijo Kostandis que comenzaba a alegrarse. Bebamos a la salud del agá, de la pobre viuda, porque también ella amó mucho. ¡Bebamos por Yusufaki, muerto injustamente! El desgraciado, ¿se puede decir que era culpable? Masticaba almáciga y cantaba amanés... ¿Qué más hacía?

—Y si hacía otras cosas —dijo Yannakos echándose a reír—, ¡que buen provecho le hayan hecho!

Kostandis hizo señas con la mano y guiñó un ojo, advirtiéndoles de la presencia de su mujer, que fingía contemplar las estrellas por la ventana abierta. Yannakos lo comprendió y se calló.

—¡Solamente no nos pidas que bebamos a la salud del tío Ladas, ni a la del pope Grigoris! —declaró Kostandis—, ¡Ah!, ¡eso no!

—Tu vino es magnífico, Kostandis —exclamó Yannakos ya achispado—, ¡yo bebería también a la salud de ellos! Y llenó de nuevo el vaso:

—¡A la salud del tío Ladas, que se vaya al diablo! —y lo vació de un trago, y lo volvió a llenar:

—¡A la salud del pope Grigoris, que se vaya al diablo! —y lo empinó lo mismo.

—¿Aún queda algún pecador por celebrar?

Con el abundante vino y los corazones desbordantes, los pechos se habían dilatado y estaban a punto de estallar de amor.

«Cristo es como el vino, pensaba Manolios. Como él abre el corazón del hombre y el mundo entero y entra.

Así es como abrirá el paraíso para que todos los pecadores tengan allí lugar...»

Contemplaba a sus amigos que estaban unos en brazos de los otros, y se reían.

—¿Y Panayotaros? —exclamó Yannakos—. Hemos olvidado a Judas.

—¡A su salud, «pater» Santiago!

—¡A su salud, apóstol Pedro! —respondió Kostandis, y vaciaron los vasos.

La tía Kostandis se volvió. La exasperaba el que fueran a beberse todo su vino, y así dijo a Kostandis con severidad:

—Bebes mucho, Kostandis.

Kostandis se achicó.

—Ya se acabó; no te enfades, mujer. Trae el cántaro de agua para que nos refresquemos.

La mujer se fue al pozo, y Kostandis llevándose el índice a los labios, díjoles en voz baja:

—Atención, desgraciados, tened cuidado, va a cabrearse.

—Vamos a irnos —manifestó Yannakos—, vamos a irnos, no queremos que tengas contratiempos...

—Pero no, muchachos, solamente quedémosnos tranquilos. Vamos a beber agua a su salud. Puede ser que así se dulcificará. Tú no conoces para nada a las mujeres.

La tía Kostandis volvió con el cántaro. Tomó los vasos, los enjuagó y los llenó de agua fresca. Los hombres los levantaron y le ofrecieron los siguientes brindis, por boca de Yannakos primeramente:

—A tu salud, hermanita. Dios en su bondad quiera refrescar tu alma, como tú nos has refrescado el gaznate esta noche. No se encontrará nunca una esposa ni una hermana mejor que tú. ¡No importa adónde vaya Kostandis; no tendrá allí más que alabanzas para ti!

—A tu salud, mujer —dijo tímidamente Kostandis—. ¡Preferiría, a fe mía, irme, contigo al infierno que solo al paraíso! —y al decir esto guiñó un ojo a los compañeros.

—A tu salud, tía —dijo Manolios—. Dispénsanos, porque es un gran día para nuestra aldea que se ha salvado. Dios te pague el mal rato que te hemos dado.

Bebieron y se sintieron refrescados. La llama se extinguía poco a poco. Kostandis sacó la petaca y la pasó a sus compañeros, después de haber liado un cigarrillo. Se levantaron, salieron al patio y se sentaron en el banco de piedra. La mujer se dedicó a quitar la mesa renegando.

Alguien se detuvo delante de la puerta y llamó. Kostandis sorprendido se levantó.

—Yo soy, Kostandis, abre, soy Michelis.

Contentísimo Kostandis abrió y Michelis se delineó en la oscuridad.

—He dejado al viejo —dijo—. Ha comido y bebido y le ha dado sueño. Entonces me he venido.

Se sentó tranquilamente entre ellos en el banco. Sentía cernirse en su torno un silencio suavísimo que no quiso turbar; se quedó, pues, en silencio.

Manolios echó la cabeza hacia atrás, la apoyó en el muro y miró a las estrellas; su alma se transformó en un cielo estrellado. En medio de la noche, lentísimamente se elevó la voz de Manolios.

—El hombre propone y Dios dispone. No me ha dejado morir esta noche y abandonaros, hermanos. Quién sabe. Dios ha tenido seguramente sus razones; no se ha terminado aún nuestra estada en la tierra, es necesario que trabajemos duramente para salvar nuestra alma; precisamente esta tarde, hermanos, he tomado una resolución.

Dicho esto, levantó la mirada de nuevo hacia la Vía Láctea.

Yannakos y Kostandis comenzaban a estar otra vez en sus cabales. El vapor del vino que se les había subido a la cabeza, se expandía ahora por todo su cuerpo, bañándolos como un buen pensamiento. Michelis tocó la rodilla de Manolios como queriéndole decir: ¡estoy contigo!

Estaban absolutamente solos en la oscuridad. El viento que corría era suavísimo. Las estrellas iluminaban vagamente los cuatro rostros. Lo justo para distinguirse los unos a los otros.

Manolios se esforzó y rompió el silencio:

—Cuando fui novicio en el Monasterio, antes que el arconte Patriarqueas viniera a buscarme para lanzarme al mundo, mi superior, el padre Manassé, Dios le conceda felicidad si vive, Dios le tenga en su gloria como santo si ha muerto, me contó un día una aventura acaecida a un monje amigo suyo. Nunca había vuelto a pensar en ella durante estos años, pero esta noche, Dios sabrá por qué, me ha venido a la memoria y me obsesiona pertinazmente... ¿Tenéis ganas de dormir? —se interrumpió, porque sus amigos ni se movían y en la oscuridad no podía distinguir bien sus rostros.

—¡Dios nos libre! —gritó Kostandis como ofendido—. ¿Por qué nos preguntas esto, Manolios?

—Nunca hemos tenido el espíritu más despabilado —dijo Yannakos a su vez—. ¡No nos des este disgusto, habla!

—Pues, ese monje, el amigo de mi superior, deseaba poder realizar el gran sueño de toda su vida que era el ir a prosternarse ante el Sepulcro del Señor, y así se lo pedía a Dios. De aldea en aldea, recorriendo la región, iba recogiendo limosnas y al cabo de muchos años, ya siendo viejo, logró reunir treinta libras, justo lo que necesitaba para el viaje. Hizo penitencia, obtuvo el permiso de su superior y partió.

»Apenas había salido del Monasterio, vio un hombre harapiento, escuálido, triste, inclinado hacia la tierra como recogiendo hierbas. El hombre, al oír el resonar del cayado del peregrino sobre las piedras, levantó la cabeza.

»—¿Adónde vas, padre mío? —le preguntó.

»—Al Santo Sepulcro, hermano a Jerusalén. Daré tres vueltas alrededor del Santo Sepulcro y me prosternaré allí a hacer oración.

»—¿Cuánto dinero tienes para eso?

»—Treinta libras.

»—Dame a mí esas treinta libras; tengo mujer, niños, y tienen hambre.

Dámelas a mí, da tres vueltas alrededor de mí, arrodíllate y prostérnate ante mí y después vuélvete a tu Monasterio.

»El monje sacó de la bolsa las treinta libras, dióselas todas al pobre, dio tres vueltas a su alrededor, cayó de rodillas, se prosternó ante él, y en seguida se volvió al Monasterio.

Manolios inclinó la cabeza y se calló. Los tres compañeros seguían oyendo dentro de sí aquellas palabras; y se callaron. Sentían el corazón, turbado. Manolios levantó la cabeza y continuó:

—Más tarde me enteré que el monje que quería partir para ver el Santo Sepulcro era mi superior, el mismo padre Manassé; por humildad no quiso confesármelo. Esta noche, después de tantos años, he comprendido quién era el pobre que encontró al salir del Monasterio.

Manolios se calló. La voz le comenzaba a temblar. Sus amigos se acercaron a él aún más en el banco, preguntándole ansiosos:

—¿Quién era?

Manolios vaciló un momento. Al fin, tranquilamente, como cae una fruta madura en el jardín durante la noche, su palabra cayó:

—Cristo.

Los tres se sobresaltaron. Cual si de improviso hubiera aparecido entre ellos, en la oscuridad, triste, pobremente vestido, perseguido por los hombres, sangrándole los pies de caminar, un refugiado, Cristo.

Con terror y alegría, sentían en medio de ellos la invisible presencia. Durante largo rato no pudieron pronunciar palabra. ¿Qué hubieran dicho? ¿Hacia quién dirigirse? ¿A quién hablar? No veían a nadie. No obstante, nunca ningún cuerpo les había parecido tan real, tan palpable, como esta presencia invisible, la cual, revestida de humilde apariencia humana, estaba allí en medio de ellos.

Fue Yannakos quien primero abrió la boca, gritando y con los ojos fijos en la oscuridad:

—¿Quién está ahí? —como si alguien hubiese llamado a la puerta—. ¿Quién está ahí? —repitió avanzando la mano.

Las hojas de la higuera se movieron. De nuevo la noche se colmó de perfumes —cereales, madreselva, higos maduros—. Al aspirar profundamente este aroma, los cuatro sintieron que descendía y se infiltraba en ellos de la cabeza a los pies la presencia invisible. Recordaron que siendo niños y conservando todavía el corazón puro, este mismo ser invisible entraba en sus almas y tomaba posesión de ellas, el Jueves Santo al comulgar.

—Manolios —dijo Michelis que sintió deseos de abrazar a su amigo, pero se contuvo—, Manolios, desde hoy, desde el momento en que te vi salir por la puerta del agá, atadas las manos a la espalda, y dirigirte tranquilo y sereno a la horca para salvar al pueblo, he sentido flotar a tu alrededor un aire nuevo, una nueva claridad; es como si hubieses crecido, como si hubieses adelgazado, como si te hubieses convertido en llama. Desde ese instante he decidido: Adonde

quiera vayas tú, yo te seguiré. Por donde quieras conducirme, yo iré. Todo lo que ordenares, lo haré.

Se detuvo un momento, pareciendo que vacilaba, pero enseguida, resuelto, añadió a media voz:

—Ahora que he visto a mi padre comer, beber y dormir, he comprendido
que estoy más ligado a ti, que a él, Manolios. Ya no le debo obedecer más a él sino a ti.

Yannakos y Kostandis quisieron también hablar, pero no pudieron y se echaron a llorar.

La mujer de Kostandis apareció en el umbral. Oyó los sollozos, agachó la cabeza y se volvió adentro. Manolios le cogió la mano a Michelis y la retuvo apretada entre las suyas.

—Hermano mío —díjole—, tú eres mejor, más puro y estás más cerca de Cristo que yo. No hay voces diabólicas que te turben; encuentras más simplemente y con más seguridad el camino. Lo que durante años me cuesta mucho alcanzar, y no lo alcanzo, tú lo logras yendo con paso igual y sin esforzarte. Este sacrificio vale en ti mucho. Porque tú procedes de una casa señorial, tu padre es arconte, posees riquezas, un nombre. Yo no tengo nada que sacrificar a Dios y, sin embargo, me atormento todavía por sacrificar esta nada.

Lo mismo que mi superior el padre Manassé, yo también tenía —tan soberbio era—, grandes proyectos. El aprisco era demasiado pequeño para mí; la aldea también; deseaba ir en un gran barco de un extremo al otro del mundo, en busca de mi salvación. Me figuraba que el Santo Sepulcro estaba muy lejos, al confín del mundo, y despreciaba este rincón de la tierra adonde Dios me echó. Ahora he comprendido. Cristo está en todas partes, ronda alrededor de nuestra aldea, llama a nuestras puertas, se detiene delante de nuestro corazón pidiendo una limosna. Está pobre, hambriento, sin techo, delante de esta rica villa donde viven y medran los agás, los Ladas, los popes Grigoris. Es pobre y tiene hijos que tienen hambre. Mendiga y llama a las puertas, llama a los corazones y se le echa puerta tras puerta y corazón, tras corazón.

Manolios se levantó, en la oscuridad su rostro deslumbraba.

—Hermanos —exclamó—, nosotros seremos quienes lo recogeremos, nosotros quienes le abriremos las puertas y los corazones. Antes, yo no lo veía ni lo oía. Ahora, lo veo y lo oigo. La otra noche, cuando Yannakos subió para buscarme en mi soledad, yo le he oído claramente cómo me llamaba por mi nombre. Y bajé a la aldea. Creí que me llamaba para morir. Pero no es para eso para lo que me ha llamado. Ahora ya sé por qué me ha llamado. Y he tomado una resolución.

Una voz, que debía ser la de Kostandis, se elevó en medio de la noche.

—¿Qué resolución, Manolios?

—¿Qué resolución? —repitió Manolios permaneciendo pensativo un instante—. ¿Cómo expresarla por palabras? Yo soy incapaz. Me parece que solamente por actos, si Dios quiere, podré hacerlo. Hermanos: he resuelto cambiar totalmente de vida, renegar de mi pasado, reunirme con Cristo en el camino. Yo iré delante de él con la trompeta, como si fuera su guarda más fiel y clamaré; no sé lo que clamaré, pero poco me importa. Cuando abra la boca, Cristo pondrá en mis labios las palabras precisas. Hermanos, ésta es la resolución que he tomado.

Y se calló. Durante largo rato no se oía en el patio más que el moverse de las hojas de la higuera. Pero nuevamente se elevaron voces y preguntas.

—¿Y yo qué haré con mi borrico, con mis mercaderías, con los pequeños negocios de ganapán? —preguntó Yannakos.

—¿Y yo, con mi mujer, mis chicos, con el café? —proseguía Kostandis.

—Yo no pregunto nada —dijo Michelis—. Mi decisión está tomada. Esta noche antes de venir a vuestro lado, esto es lo que acabo de decidir: dejar la casa de mi padre.

Manolios nada decía. A la claridad de las estrellas distinguía los rostros de Yannakos y de Kostandis inclinados hacia él, interrogándole todavía y mendigando una respuesta. Pero ¿qué podía responderles? ¿Cómo podía responder por ellos, trastornándoles la vida? Cada cual tiene su hora decisiva. Cada uno solo puede juzgar y decidir cómo y cuándo encontrará la salvación.

—Hermanos —dijo al fin—, cada resolución del hombre es parecida al fruto del árbol. Lenta, pacientemente, gracias al sol, a la lluvia, al viento, el fruto madura y cae. Tened paciencia, hermanos, no preguntéis a nadie. La hora bendita llegará también para vosotros: entonces no tendréis ya que preguntar. Tranquilos, sin que esto os cause ningún daño, dejaréis mujer, hijos y negocios. Os desembarazaréis de todas esas perlitas y encontraréis la Gran Perla: Cristo.

—Tú eres quien nos abre el camino, Manolios —dijo Yannakos—. Yo quiero ir contigo.

—No te apresures, Yannakos —contestó Manolios apretando la mano de su fogoso amigo—. Déjame luchar y sufrir solo, primeramente.

—¿No te irás? —preguntó Kostandis extendiendo la mano, como para detener a Manolios—. ¿No nos abandonarás?

—¿Para ir adónde, Kostandis? ¿Has olvidado dónde mi superior encontró el Santo Sepulcro? Aquel que lucha y sufre sobre un terrón de tierra, sufre y lucha sobre toda la tierra. ¡Estaré con vosotros siempre! Aquí, en Licovrisí y en la montaña, en nuestras tierras. Es aquí donde Dios en su bondad me ha colocado, es aquí donde me ha ordenado combatir. Cada terrón de tierra es también un Santo Sepulcro.

Otra vez, la mujer de Kostandis salió al umbral y gruñó algo.

Manolios se levantó y miró a las estrellas.

—Hermanos —díjoles—, debe ser media noche tengo que volver a la montaña. Cristo quede con vosotros. Me voy.

—Nosotros también nos retiramos —dijo Yannakos—. Estoy seguro que mi hermana tiene ganas de dormir.

—Es más de medianoche —manifestó ésta.

Se despidieron de la dueña de casa, esforzándose por calmarla a fuerza de palabras amables. Se compadecían de Kostandis a quien dejaban solo entre sus garras.

—Hasta pronto, muchachos —les dijo Kostandis acompañándolos hasta la puerta.

—¡Pobre Kostandis! No quisiera estar en su pellejo —manifestó Yannakos, no bien se cerró la puerta.

Calma, suavidad primaverales. La aldea dormía profundamente. A lo lejos el ladrido de un perro. Las estrellas brillaban arriba de los tres, como espadas. Caminaron toda la distancia sin pronunciar palabra. ¿Qué se hubieran dicho? Todo ya se lo habían dicho.

Solo, con paso rápido y ligero, cual si otra vez las alas de un ángel lo sostuvieran, Manolios se metió por el pendiente sendero.

CAPÍTULO XI

MIENTRAS QUE UNOS HOMBRES, ciegos por las pasiones, gemían en los infiernos, y que otros, esforzándose por vencer a la naturaleza, pretendían escalar el cielo, las espigas, tranquilas y dóciles, maduraban, inclinaban a la tierra sus cabezas cuajadas de granos y esperaban la hoz.

Desde el amanecer, las muchachas, con pañuelo blanco anudado a la cabeza, para protegerse del sol, habían elegido las hoces y se habían desparramado por la llanura. Habían olvidado ya el peligro que sacudió a la aldea, y charlaban a media voz entre carcajadas; ora se acordaban de la viuda y se ponían coloradas, ora de Hussein a quien habían visto ahorcado en el plátano, medio desnudo y vergonzosamente mutilado. Soplaba el viento y la horrible carroña se balanceaba rechinando los dientes y mordiéndose la lengua que colgaba ya violeta.

Pero sus rostros se iluminaban cuando pensaban en Manolios. Aquel día, sus madres, cuando el agá las despidió, habían vuelto corriendo de la plaza y no dejaron de contar cómo Manolios había aparecido en la puerta del agá, valiente, esbelto y rubio como un arcángel. «Malas lenguas pretendían hacernos creer que su rostro estaba deformado por la lepra; mentiras, querida, mentiras todo eso, afirmaban, su rostro está resplandeciente como el sol».

Las muchachas entraron en los campos y se dieron prisa a manejar la hoz; agarraban las espigas a puñadas, hacían brazadas y las iban atando en gavillas y dejando atrás. No cesaban de charlar ni de referirse cuentos mordaces acerca de los muchachos de la aldea, burlándose de sus defectos —éste era chepudo, aquél patizambo, este otro tartamudeaba... Y se reían a mandíbula batiente...

La mujer y las dos hijas de Panayotaros, Pelagia y Crisula habían ido también a segar su misérrimo campo. Desgalichada de gesto amargo, envejecida antes de tiempo, la infeliz madre llevaba un pañuelo negro anudado a la cabeza, como era costumbre entre las viudas. Caminaba delante, acabada, silenciosa. ¿Por qué había nacido? ¿Qué mal había hecho para que Dios la castigara así? ¿Y qué mal había hecho su marido para caer tan bajo, hacerse borracho perdido y ser el hazmereír del pueblo? ¡Aquel muchachote, todo buenas cualidades, poco hablador y muy trabajador, que no se atrevía ni aun a levantar la vista cuando pasaba delante de su puerta! Ella era la hija única de una familia desahogada, y él, un pobre diablo. Un día, su difunto padre lo había llamado y le había dicho: «Panayotaros, tú me agradas; eres pobre, pero trabajador y honrado. Sé que quieres a mi hija, tómala con mi bendición». Y él se casó con ella. Todo había ido bien hasta el maldito día en que la viuda se cruzó en su camino.

—¡Maldita sea esa perra! Ella es la causa de todo... Oh, Dios mío, ¿puedes escuchar a las mujeres honestas? ¡Sí, sí, escúchame: arrójala a los infiernos, que se achicharre con Judas!

Mas apenas se le hubo escapado ese nombre, se estremeció. Era como si hubiera pedido a Dios que hasta en el infierno, y por toda la eternidad, su marido, a quien todo el mundo llamaba Judas, no se separase de la viuda. Y se quedó helada.

Detrás sus dos hijas morenas y punzantes, asomándoles un tupido bozo negro por el labio superior y mejillas, cubiertas de sudor, charlaban y se reían burlonas.

—La vieja ya ha pensado en algo malo; ¡mira cómo se ha detenido pálida! —dijo Crisula la más joven.

—¡Apostaría a que se ha acordado otra vez de la viuda! —dijo reventando de risa.

El tío Ladas, descalzo, encorvado, pensativo, pasó sin verlas. Se volvió y entonces las vio que ya habían entrado en el pobre campo y se disponían a segar.

—¿Es este vuestro campo, no tenéis otro? —preguntó a la vieja madre.

—Esto es todo, tío Ladas. Los otros se han vendido. Ya se terminó... —respondió la vieja suspirando.

El tío Ladas echó un vistazo a la parcela, la midió a ojo, calculó lo que podría rendir, agachó la

cabeza descarnada y prosiguió su camino sin añadir palabra. Las injurias de Panayotaros resonaban todavía en sus oídos como víboras. Todos los días le acudían a la memoria y todos los días se juraba que se apoderaría del campo que le quedaba, y de la viña. «¡Yo te enseñaré lo que es honradez, a ti, asqueroso; yo te enseñaré quién es tío Ladas!»

Se iba deteniendo delante de cada parcela de campo y la calculaba.

Todos los años, durante la cosecha, salía a hacer una visita de inspección. Volvía en tiempo de vendimia y para la recogida de la aceituna. Su cabeza era un verdadero fichero en que anotaba la cantidad de trigo, de vino y de aceite que cosechaba cada vecino, para darse cuenta de si tendría bastante para todo el año con lo suyo, o si tendría que pedir prestado. El tío Ladas ponderaba muy bien si podría prestar, qué cantidad y a qué interés.

Y así todos los años. En esta ocasión el tío Ladas había salido a la recorrida con la pata más tullida que nunca. Desde el día que había escapado por un pelo de las garras de la muerte, le había acometido un deseo rabioso de apoderarse del mayor número posible de campos, viñas, olivares, de apilar en sus arcas la mayor cantidad de piezas de oro mientras fuera todavía tiempo. Más que nunca se apretaba el cinturón —la víspera justamente había suprimido ya el entremés en la comida, las aceitunas—, ya no bebía más que agua pura. «No nos queda tiempo, mi buena Penélope — repetía a su compañera impasible—, puedo morirme, tengo que darme prisa. ¿Qué piensas de esto, querida Penélope?»

—Hola, tío Ladas, ¿quieres tragártelo todo? —retumbó detrás de él una voz burlona—. ¿Con qué fin? ¿Qué te llevarás al hoyo? Una vara de tela, y nada más. Entonces, ¡deja pues a los pobres que puedan comer!

El viejo tacaño se quedó de una pieza. El arconte Patriarqueas se alzaba delante de él, el rostro sanguíneo, ventrudo, llevando un ancho sombrero de paja, con gasa blanca para protegerse la nuca de una insolación. Él también salía a vigilar sus tierras y a los segadores. Su presencia impediría que descansaran las hoces; al mismo tiempo contemplaría a las mujeres encorvadas, saliente el trasero y descubriendo por las blusas abiertas, los pechos sudorosos. Iría por aquí y por allá soltando alguna frase picante para excitarlas y excitarse mutuamente.

Atontado, el tío Ladas lo miraba, sin responder. El arconte Patriarqueas se reía a carcajadas al ver el hocico largo del viejo roñoso y los guiñapos de sus calzones.

—A fe mía que ese oso de «tragayeso» te ha dicho en el calabozo lo que te merecías —añadió para picarle en lo vivo.

—¿Y a tu señoría no lo arreglé yo bien, eh? —sifló el tío Ladas—. ¿Acaso lo has olvidado?

—¿Te refieres a lo de «noble puerco»? Qué quieres que te diga, viejo, cuanto más lo pienso más tengo la impresión de que diste en el blanco, ¡vieja víbora!... Si quieres, no me creas, pero desde que salí del calabozo, tengo un apetito del diablo, de un verdadero noble puerco; como y como y apenas Lenio tiene tiempo para retorcer el cuello a mis gallinas, Nikolio de traerme los corderos lechales y quesos, el hortelano las frutas y las legumbres... Nunca llego a hartarme, viejo Ladas. Por lo demás, no me importa; cuando acontece que estoy atiborrado, tomo un vomitivo que me ha proporcionado el pope Grigoris, devuelvo, y eso me limpia, y otra vez a hartarme. ¿Comprendes?

—Lo comprendo —respondió el tío Ladas escupiendo—. Lo que te digo es que hay gusanillos que están sacando la cabeza de sus agujeros y que alegremente ven cómo te atracas y vas criando tocino y grasa y se dicen: ¡está hablando de una comilona que nos prepara! Tú te apiporras, yo me consumo, pero al fin de cuentas, ¡el diablo nos cogerá a los dos! Esto dicho, escupió otra vez y prosiguió su camino.

En tanto que los raias segaban dispersos por la llanura, el agá, encerrado en su casa, recorría la habitación de arriba abajo, trastabillaba y se caía cuan largo era, borracho perdido; o bien no quería comer ni beber, sentado en un gran almohadón con las piernas cruzadas. Fumaba el chibuquí, meditaba sobre la vanidad de este mundo y seguía pensativo las bocanadas de humo que se elevaban en espiral y se desvanecían en el aire. Pero bruscamente una mañana, se levantó, se vistió y llamó a la vieja jorobada:

—Mira, vieja, vas a ensillar mi yegua, pondrás en el talego, pan y carne, sin olvidar la botella de *raki*; quiero ir a la ciudad, donde subiré a esa máquina infernal para llegar hasta Esmirna. Vigila la casa, no dejes entrar a nadie, y sobre todo que ni el gato se entere de mi partida. De lo contrario, infeliz, cuando vuelva te cortaré a ti también las narices, las orejas y la chepa, ¿oyes?

—Lo oigo, agá, ¡puedes irte tranquilo con la bendición de Dios! —respondió la vieja Marta, aunque interiormente rezongó: «Va a traerme el maldito otro Yusufaki esmirneño».

Una vez bien de noche, para no ser visto por nadie, el agá montó en la yegua y salió de la aldea a escondidas.

«¡Y pensar que han pasado tantos días sin que a mi mollerita se le ocurriese esta idea! ¡Toma, por tonta!», susurró dándose un trompis.

Algunos días más tarde, la siega se terminó. Los campesinos levantaban los haces de paja por los aires, los comenzaban a golpear, aventaban la paja, separaban el grano y entrojaban la cosecha. Panayotaros llevó toda la suya al molino, mandó moler el trigo, se llevó la harina a su casa y ordenó a su mujer y a sus hijas amasasen y horneasen la masa. Se armó inmediatamente con una pistola, se puso en medio del patio y empezó a tirar al aire. Había oído decir que no estaba el agá, y por tanto ya no temía a nadie. En medio de los tiros gritaba a su mujer y a las hijas:

—¡Afuera! ¡A la calle! ¡Hala! ¡Al diablo! ¡Quiero estar solo!

Los vecinos intervinieron, se echaron suplicantes a sus pies, en tanto su mujer y sus hijas lloraban. Pero su furia iba en aumento: «¡Afuera, a la calle!» —repetía rabioso. Entonces las asió por los cabellos y las echó fuera de la casa, cerró la puerta con dos vueltas de llave, sacó de la bodega una damajuana de *raki*, chorizos y queso, alineó los panes calientes a su alrededor y se echó a la sombra del olivo que había en medio del patio.

Bebía, comía y empuñando de tanto en tanto la pistola lanzaba unos cuantos tiros al aire; después volvía a echarse de espaldas, medio desnudo y blasfemaba contra el cielo: «¡Toma, asqueroso! —le gritaba— ¡toma, asqueroso!» —disparaba y volvía a beber y a comer.

Durante varios días y sus noches, los vecinos le oyeron mugir y tirar; de vez en cuando se ponía a cantar. Pero la voz era cada vez más bronca, los disparos se ralearon más. Un día los vecinos se atrevieron a mirar por el ojo de la cerradura y lo vieron completamente desnudo echado de espaldas entre vomitonas y porquería, todo él manchado, desafiando al cielo y aullando con voz pastosa: «¡Toma, asqueroso, toma asqueroso!»

A la mañana siguiente no oyeron ya nada, salvo un disparo seguido de un gemido sordo, y suspiros. Después todo fue silencio. Miraron por la cerradura. Panayotaros se hallaba tendido boca abajo entre restos de comida, vomitonas y desperdicios.

—Forcemos la puerta —propuso Antonis el barbero—; si está muerto va a heder y la peste infectará la aldea.

—Avisemos primeramente al pope Grigoris —objetó el macero que acababa de llegar corriendo.

—Forzad la puerta; debe de haber entregado su alma al diablo; enterradlo; ¡yo no me mezclo en eso! —cortó por lo sano el pope que siempre seguía rumiando las injurias que le había lanzado «tragayeso» el día que pasaron en el calabozo.

La mujer y las hijas de Panayotaros forzaron la puerta, lo alzaron y lo metieron dentro de la casa y lo acostaron en el sofá. Su palidez era la de un cadáver y se había reducido a la mitad; además debía haber rodado sobre vidrios rotos pues tenía el cuerpo lleno de heridas. Sin embargo, seguía viviendo. Su mujer lo lavó como quien cura a un caballo.

Las hijas sacaban agua del pozo y a baldazos lo limpiaban. Poco a poco fue volviendo en sí; abrió los ojos, mas cuando vio a su mujer y a sus hijas que lo rodeaban, se encolerizó.

—¡Afuera, salid! —les gritó y se quiso precipitar sobre ellas, pero al agacharse para recoger la pistola, se derrumbó sin fuerzas.

Antonis el barbero propuso aplicarle ventosas, pero los vecinos se lo impidieron.

—¿Qué sangre quieres sacarle, Antonis? Si está amarillo como un limón. Llamemos a la tía Mandalenia; ella le echará el demonio que tiene metido en el cuerpo.

Un muchachuelo puso pies en polvorosa en busca de la vieja curandera.

Mientras llegaba, una vecina recomendó administrarle una limonada sin azúcar, otra, ponerle un

ascua encendida sobre el vientre. Una vieja aseguró que si cada uno de los presentes escupía tres veces sobre él, el demonio, presa de temor, huiría.

Todavía no habían decidido qué hacer, cuando acudió tía Mandalenia, animadísima, con los remedios de curandera: tres saquitos, uno blanco, colmado de toda clase de plantas aromáticas, otro negro, con polvos y botellitas, el tercero azul, que contenía habas negras, pedazos de vidrio glauco, brea, un minúsculo trozo de la Santa Cruz, flores del Oficio de Viernes Santo y un hueso de murciélago. La curandera se inclinó sobre Panayotaros, lo miró atentamente, bajó la cabeza y se llevó a la mujer a un rincón.

—Eres muy desgraciada, tía Panayotaros —le dijo en voz baja—, te compadezco de todo corazón... Eso no es un hombre, hija mía, es un demonio; en este momento está casi sin respiración, ahora está achicado, pero cuando se reponga y se levante, comenzará a hacer de las suyas. Mi difunto marido estaba igual, solamente que, bendito sea Dios, el diablo se lo llevó en seguida... Voy a decirte una cosa, pero me has de jurar antes que me guardarás el secreto. ¡Ni Dios ha de oírlo!

—Te lo juro —dijo la infeliz, temblando de antemano.

—Mira esto —díjole la vieja mostrándole el saquito negro—. Aquí tienes unos polvos milagrosos. Si se le da un polvito durante unos días, liará su petate, sin dar tres cuartos al pregonero... ¿Qué dices a esto? De esta manera, pobrecita, te desembarazarás de una vez.

—¡No me hables de eso, en nombre del cielo! —gritó la infortunada.

—Como quieras —dijo la vieja alzándose de hombros—. Yo procuro hacer algo por ti, pero puesto que no lo aceptas, ¡tanto peor!

Despechada, deslizó el saquito en el pecho, sacó el blanco que contenía las plantas y comenzó a preparar los remedios. Hizo una infusión, se la dio a beber al enfermo, tomó aceite de la lamparilla de la Virgen, lo mezcló con pimienta y con ello le dio una fricción; después le colocó un ascua encendida en el vientre. Sacó de la bolsita azul un trozo de brea, la fundió e hizo con ella una cruz en el umbral. Después de esto, hizo salir a todos afuera, cerró la puerta, se acercó al moribundo y escupió tres veces sobre él.

—¡Que te lleve el diablo, Judas! —gritó tres veces y salió precipitadamente.

—No le molestéis —dijo— le he recitado el exorcismo; dentro de tres días estará en pie vivito y coleando.

En pago se llevó los trozos de pan abandonados en el patio y una sarta de chorizos que todavía colgaba del olivo. Luego, habiéndose santiguado, salió vivaracha.

«Todos los hombres son fieras, ¡malditos sean! —refunfuñaba al caminar—. ¡Ah!, si me dejasen obrar, yo les daría a todos, uno tras otro, los polvos que yo me sé, y ¡que se fuesen al diablo!»

Estando metiendo la llave en la cerradura para entrar en su casa, pasó Yannakos por la calle, ceñudo el rostro, llevando al borrico de la brida.

—¡Eh! ¡Párate un poco, querido Yannakos! —le gritó—. ¿Qué le sucede al avivado de mi sobrino? Pero dime, ¿es que no os compadecéis de él? Vosotros le habéis trastornado la mollera. Ahora le da por quedarse solo como un narciso en la montaña leyendo el Evangelio, en vez de dedicarse a hacerle hijos a Lenio... ¡Habráse visto algo igual! Leyendo el Evangelio...

—¿Y esto dices como agradecimiento al que ha querido dar su vida por salvar al pueblo? —replicó Yannakos furioso—. Y tener que confesar que no ha habido quien se echara a sus pies para besárselos. ¡Hala! ¡Iros a escardar cebollinos, viejos y viejas asquerosas, banda de marranos!

La vieja ya había traspasado la puerta de su casa, pero de un brinco estuvo otra vez fuera y le gritó:

—Oye tú, algún día caerás enfermo y entonces te tendré entre mis garras. ¡Ese día será el de mi venganza!

Y riéndose a carcajadas dio un portazo.

Pero Yannakos no estaba para buscar camorra, su espíritu se había quedado en el monte Sarakina, de donde venía y donde había sentido agarrotársele el corazón de pena. Habían construido algunas cabañas, pero a los refugiados les faltaba madera de carpintería para recubrirlas. Los niños, escuálidos, lívidos, permanecían sentados a la entrada de las grutas, sin ánimos ni de jugar; allí estaban serios, la mirada vaga, como si fueran viejos. Algunas madres recogían hierbas de los

alrededores; otras encendían fuego, pero carecían de aceite, aceitunas, de todo; comían las hierbas hervidas. Los hombres se habían ido en busca de trabajo a las aldeas vecinas. El pope Fotis, pertrechado del Evangelio y una bolsa, recorría, como un mendigo, las aldeas, pidiendo limosna para su gente.

—¿Cómo os va, tío? —preguntó Yannakos a un viejecito que sacaba agua del hueco de una roca para regar unas legumbres plantadas en una pequeñísima parcela—. ¿Cómo os va en vuestra nueva aldea?

—¡Alabado sea Dios! —respondió el viejecito—. Vamos tirando.

—A los niños los encuentro más endebles; ahora tienen las piernas como palillos de tambor.

—Ya se fortificarán, no te apenes.

Habrá algunos que morirán, qué se va a hacer; pero los hombres, benditos sean, ¡engendrarán otros! ¡Créeme, la simiente del hombre es inmortal! ¿Tú no tienes niños?

—No.

—¿No? Y, ¿a qué aguardas? Ve a hacerlos, porque, a Dios gracias, mujeres no faltan; ve a engendrar hijos, ¡arroja a tu vez leña al fuego!

Yannakos siguió avanzando. Algunos lo reconocieron y acudieron a su encuentro. Las mujeres rodearon al borriquillo, mirando con envidia los serones llenos... Una muchachita tendió la mano, desdobló una cinta roja, la contempló, la acarició con las yemas de los dedos, suspiró... Una mujer joven, morena, de abultado vientre, sacó del cesto un peine de hueso que miró sin poder apartar los ojos, sin tener el ánimo de separarse de él. Sus ojos ávidos iban del peine a Yannakos. Por un instante su cabeza vaciló; le pareció que había cogido el peine, había echado a correr sin que nadie se diera cuenta, y que ahora estaba sentada delante de su gruta, al sol, contenta y dichosa, peinándose.

Yannakos conversaba con los hombres. De vez en cuando echaba una mirada a las mujeres que rodeaban al asno; las manos femeninas rebuscaban codiciosas por los cestillos, después caían vacías y laxas. Yannakos se sobrecogió; le brillaron los ojos. De pronto, descolgó la trompeta del cinto y lanzó una llamada. Después, con las manos a manera de portavoz, empezó a gritar:

—¡Peines, cintas, espejos, hilos, agujas, ganchos, telas!... Escoged y lleváoslo todo, amigas mías... ¡No quiero dinero: me pagaréis en el otro mundo!

Las mujeres no creían lo que oían. El primer impulso fue precipitarse sobre los serones; pero se detuvieron.

—Se chancea —dijo una—; nos vamos a poner en ridículo. Mucho ojo.

—¡Os digo que no se burla! —aseveró la mujer encinta y se largó con el peine, apretándolo contra el pecho.

La muchachita avanzó otra vez la mano y cogió la cinta roja.

—¡Yo también me pongo en salvo! —chilló, brincando de piedra en piedra.

Yannakos se reía al verlas. Para animarlas, se subió a una roca:

—Asaltad los serones, los cestos, ánimo, buenas mujeres, es verdad lo que os digo: no quiero dinero, ya me pagaréis en el otro mundo. ¡En eso confío! Entonces las mujeres se abalanzaron sobre las baratijas. Ya no escogían, arrebataban lo primero que hallaban, lanzando gritos de alegría, y huían a todo correr. En un abrir y cerrar de ojos saquearon todo.

—¿Tú estás chiflado o eres un santo? ¿Qué, hermano Yannakos? —exclamó un viejecillo.

—Soy un usurero —replicó Yannakos riéndose—. Dios en su bondad me pagará con intereses y todo.

—He oído decir, hijo, que cuando ellos prestaban, nuestros abuelos ¿sabes?, hacían algunas veces firmar un testimonio para que les pagasen en el otro mundo. Pero ellos tenían fe.

—Yo también tengo fe —respondió Yannakos, y tirando de la brida al asno, añadió—: ¡Pasadlo bien!, —y se alejó gozoso.

Al pie del Sarakina, precisamente antes de que lo viera la tía Mandalenia se encontró con Nikolio que llevaba a cuestas un cordero.

—¡Eh! Nikolio —le gritó Yannakos—, ¿cómo está Manolios? Nikolio se volvió risueño.

—Lee —respondió—, el pobre lee y medita... Yo llevo este cordero al amo y voy a casarme.

Dio una vuelta sobre sí mismo levantando una nube de polvo y se puso a bailar con el cordero alrededor del cuello. Su rostro brillaba como de bronce, sus dientes deslumbraban.

—¡Me caso, viejo, me caso con Lenio! ¿No has oído nunca hablar de Lenio?

Se rió a mandíbula batiente y echó a correr hacia la aldea.

Era cierto; día y noche se las pasaba Manolios leyendo el Evangelio y permanecía sumido en interminables meditaciones. Leía encorvado sobre el sagrado texto; al principio, bañado en sudor, había pasado trabajos al deletrear laboriosamente cada palabra para descifrar el sentido. ¡Qué duro era aquello! Cada palabra le parecía como una dura cáscara que hubiera que romper para encontrar la almendra. Mas poco a poco, con la ayuda del tiempo y del amor sobre todo, las cáscaras de las palabras eran menos duras y se iban abriendo lentamente al calor de su ardiente deseo. De súbito, todo le pareció claro; Cristo se le presentaba con cuerpo cálido y humano y descendía a la tierra para los hombres simples de corazón; en adelante Manolios siguió, sin esfuerzo alguno, paso a paso a Cristo, detrás de él, desde su nacimiento y durante toda su vida. Le parecía que había estado cantando el Hosanna, alrededor del pesebre de Belén, con los pastores; que había seguido las huellas de Cristo hasta la sangrante Cruz, hasta el glorioso día de la Resurrección en que Cristo, surgiendo del sepulcro, entró en su corazón.

De vez en cuando cogía el leño en que había tallado el rostro de Cristo y se ponía a horadar la parte interior, para poderlo ajustar a su cara. Una vez, estando horadando el madero, se acordó de un sabio teólogo que había ido, cuando él estaba todavía de novicio, a celebrar la Pascua en el convento. El Sábado Santo por la mañana había subido al púlpito con una pila de gruesos librotes. Durante dos largas horas, había hablado a los ingenuos monjes, empleando palabras sabias, para explicarles el misterio de la Resurrección. Hasta entonces los monjes consideraron la resurrección de Cristo como cosa simplísima, naturalísima; jamás se habían preguntado acerca del cómo ni del por qué... La Resurrección de Cristo les parecía tan simple como la salida diaria del sol y ahora este teólogo erudito con todos sus libracos y toda su ciencia embrollaba todas las cosas...

Cuando se hubieron recogido en las celdas, el viejo Manassé dijo a Manolios:

—Que Dios me perdone, hijo, pero este año es la primera vez que no he sentido a Cristo resucitar.

A cada momento, Manolios se colocaba la madera tallada sobre el rostro para ver si le ajustaba. Un día Nikolio lo sorprendió de esta manera, con la máscara en la cara y se echó a reír:

—Viejo, me parece que te vuelves a la infancia al jugar así con caretas a las mascaritas. Ciertamente te falta aplomo.

Manolios se contentó con sonreír.

—No, no es un juego —replicó en voz baja—; no juego, Nikolio...

Hacía días que Nikolio daba vueltas alrededor de Manolios como queriendo decirle algo, pero las palabras se le anudaban en la garganta ahogándolo. Hoy se había decidido. Se aproximó, se sentó cerca de su patrón, se inclinó como mirando la talla, pero pensaba en otra cosa. Al fin, con la rodilla golpeó bruscamente la de Manolios, al par que le gritaba a bocajarro como si le hablase de un cerro a otro:

—¡Manolios, eh, Manolios!

—Habla, Nikolio, pero no grites así, habla suavemente; no soy sordo.

—Tengo que decirte unas palabras, pero no te enfadarás, ¿eh?

—No me enfadaré, Nikolio, habla. Y no me golpees la rodilla, pues me has hecho daño.

—¡Me caso con Lenio! —gritó Nikolio, agarrando con fuerza su pesado cayado, dispuesto a pegar si Manolios se le abalanzaba.

Manolios se sonrió y le dijo:

—Ya lo sabía.

Nikolio abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Lo sabes, lo sabes y no te lanzas sobre mí? Yo, te lo juro por el pan que como, te habría matado.

—Yo os bendigo a los dos. ¡Salud y alegría! Que viváis muchos años, que lleguéis a muy viejos, y que tengáis muchos hijos y que lleguen a ser buenas personas.

—Esto me vence —susurró Nikolio después de un largo rato de reflexión—. Conque, ¿no me matas?

Manolios extendió el brazo y abrazó a su pastorcillo.

—Dime, ¿no me matas? —gritó de nuevo Nikolio que se sentía inquieto.

—No, no, Nikolio, no te mato —díjole riendo.

Nikolio se levantó de pronto asustado y echó una mirada postrera a Manolios que se había puesto otra vez a horadar la madera.

«Pobre muchacho, no está bien, ha perdido la chaveta; mejor es que me vaya» —se dijo— y brincando de roca en roca, se metió los dedos en la boca y lanzó varios silbidos. Los perros acudieron, los corderos se le juntaron. Nikolio, en medio de esos animales que conocía y que lo conocían, recobró la calma.

Por el pensamiento de Manolios, Lenio pasó un instante, rolliza, lozana, apetitosa... Dejó en las rodillas la madera que horadaba y se quedó pensativo largo rato.

«Yo los bendigo, mascculló al fin; ellos han tomado el camino que Dios ha trazado al hombre en la tierra. Yo me debato por seguir otro camino —ni mujer, ni hijos, ni goces—, renuncio al mundo y hasta sacudo el polvo de mis pies... ¿Soy razonable? Cristo tenía razón, era Dios. ¿Pero el hombre? ¿Será gran atrevimiento de su parte el seguir las huellas de Dios?» No podía hallar respuesta. En las ocasiones graves, no se interrogaba; avanzaba, seguro. Nunca había experimentado semejante certeza, dicha más pura, desde aquel día en que atadas las manos a la espalda, había avanzado a la muerte. Pero cuando su alma no se hallaba ya abrasada enteramente por el amor, entonces se preguntaba, ponderaba, vacilaba.

Días antes había ido a ver al pope Fotis al Sarakina, para pedirle ayuda. Puede ser que a él le haya pasado también esto antes, que haya experimentado las mismas angustias y podrá así tenderme una mano salvadora. El pope no estaba, había ido a recorrer las aldeas vecinas en demanda de limosna. Manolios se había vuelto a su soledad y a su Evangelio; él le respondería.

Abrió el librito, como en un día calurosísimo se abre una gran ventana que da al mar. Se enfrascó en el texto sagrado y se sintió refrescado; olvidó las preguntas que le punzaban. Su espíritu ya no se preguntaba nada; su corazón era el que desbordaba de respuestas.

Se levantó, dio los últimos toques a la máscara de Cristo, ahondó donde todavía hacía falta, la ajustó a su rostro y vio que encajaba perfectamente.

—Bendito sea Dios —dijo—; terminé. Habiéndola besado, entró en la cabaña y la colgó en el muro, cerca del viejo icono de la Crucifixión de las golondrinas.

Este año, Katerina, la gallarda viuda, no estaría en la fiesta del profeta Elías. Todos los años, ese día, ella se peinaba cuidadosamente los cabellos, perfumados desde la víspera con aceite de laurel, limpios los dientes con hojas de nogal, se adornaba el cuello con un collar de piedras azules contra el mal de ojo y se dirigía al sendero que subía a la montaña del profeta Elías. Iba sola, pues nadie en público se le acercaba, y se prosternaba como cualquiera delante del icono. El terrible Elías la miraba irritado, pero no podía desprenderse de las pinturas ni de los exvotos de plata bajo los cuales sus adoradores lo habían enterrado. La viuda, como lo sabía, podía sin temor estampar en él sus labios pintados.

Ahora ella yacía bajo tierra y todos sus encantos habían desaparecido: cabellos perfumados, labios pintados, mejillas maquilladas, garganta incitante. Solamente sus dientes se destacaban relucientes, como los guijarros de un río.

Tampoco este año, Panayotaros podía ponerse en camino para la fiesta; seguía tendido y rabioso en el lecho. Sus dos hijas solamente habían salido sin hacer el más mínimo ruido y ascendían ahora por la montaña, hermosas, bronceadas, rollizas, sombreados los labios por un leve bozo y

despidiendo un penetrante olor a almizcle de las axilas sudorosas. Se asemejaban a dos lobas jóvenes a quienes el celo atormentara; iban lanzando a derecha e izquierda miradas sostenidas y penetrantes en busca de un macho. Como terneras hubiesen mugido, como leonas hubiesen rugido durante la noche en la selva, como gatas se hubiesen hecho rodar por tierra y hubiesen maullado en celo por los tejados. Pero como eran mujeres, tenían que bajar disimuladamente la vista al cruzarse con muchachos, si bien se sintieran sacudidas inmediatamente por risitas contenidas y se burlasen del infeliz.

—Míralo, el pobre, tiene los hombros chepudos, fíjate en sus patas, ¿son las de un lindo muchacho? —Y le guardaban rencor por haber pasado de largo sin que se arrojara sobre ellas.

Antonis el barbero se había igualmente puesto en camino. No había podido ni afeitarse de tantos clientes como había tenido. Él quería mucho al profeta Elías: todos los aldeanos antes de ir a la fiesta, pasaban por la barbería para afeitarse; muchos a la vuelta, habiendo cogido frío, lo llamaban urgentemente para que les aplicara unas ventosas. Era el día en que tenía entradas más seguras. ¿Cómo no iba a querer al profeta Elías? También él sabía arrancar bien las muelas como cada uno sabe, pero todos esos cochinos las tenían tan fuertes y sanas que podían partir avellanas. Si alguna vez les llegaba a doler alguna muela, habían aprendido —¡quién diablos les había enseñado el truco!— a atarse un bramante y arrancársela de un golpe seco; bebían luego un vaso de *raki*, y a las pocas horas volvían a partir las avellanas por entretenimiento.

Los tres amigos, Michelis, Kostandis y Yannakos caminaban despacio, platicando tranquilamente detrás del cortejo. A la salida, Michelis y Yannakos habían marchado en compañía del pope Grigoris; Yannakos con el fin de vigilar su asno que montaba Mariori y animarlo de vez en cuando con una palabra cariñosa; Michelis por estar cerca de Mariori y cambiar con ella miradas preñadas de deseos. Michelis admiraba el candor y la gracia de su novia; ella, el rostro bueno y tranquilo de su prometido, los cabellos negros ondulados, su prestancia viril. Así, a la luminosidad acariciadora y cómplice de ese comienzo de tarde, en medio de aquella muchedumbre ruidosa que ascendía por la montaña, los dos novios saboreaban silenciosamente entre sí los futuros abrazos.

Los ojos lánguidos de Mariori, impregnados de desconsuelo, vislumbraban ya otra Mariori, apretando contra su pecho un hijito y dándole el suyo.

—Profeta Elías —susurró la muchacha al divisar la cumbre abrupta de la montaña—, me pongo bajo tu protección; ¡haced que me sea concedido el que yo tenga también un hijo!

Kostandis iba un poco atrás con su familia. Le precedía su mujer, montada en una mula y llevando en la grupa a las dos muchachas; él caminaba de trás. Los tres guardaban silencio. ¿Qué se hubieran dicho?; todo se lo habían dicho y redicho, lo mismo afectuosamente como en las discusiones. Ella, por su parte, acababa de estallar provocando una escena violenta; él, por la suya, hacía ya mucho tiempo que había depuesto las armas; se había cobijado —según decía— en el silencio del reino de los cielos.

Insensiblemente los tres amigos se encontraron, separados de los demás, a la cola del cortejo.

—¿Dónde está Manolios? ¿No está con vosotros? —preguntó Kostandis—. ¿Vendrá a la fiesta?

—Ayer después del mediodía subí al aprisco, y no lo encontré –respondió Michelis—. Llamé entonces a Nikolio. Esta mañana se fue para el profeta Elías, me dijo; con un cántaro de aceite y una brazada de laurel, y no ha vuelto todavía. Está un poco fastidiado, ya lo sabes y acuérdate, patrón, de lo que te dije: acabará por perder la chaveta... Ya la ha perdido. Le he dicho que le he birlado a Lenio y no me ha matado. Por ahora, lee y canta; mañana, lanzará piedras.

Los tres amigos se echaron a reír.

—Es verdad —dijo Yannakos— que Manolios ya no es el mismo. Podéis creerme o no, hermanos; puede ser también que yo haya tenido telarañas en los ojos... pero una noche que fui a verlo y que lo encontré sentado en el banco de piedra, con la cabeza apoyada en el muro, vi un resplandor alrededor de su cabeza. Parecía un aro de luz, como la de los santos en los iconos... ¿Me creéis?

—Sí, yo si te creo —dijo Michelis.

—Yo también —dijo Kostandis; luego los tres se callaron.

La pequeña iglesia aparecía ahora, blanqueada de nuevo, toda blanca, empotrada entre dos enormes rocas. De esta manera se representaba en los iconos al arisco profeta, entre dos peñascos semejantes a dos águilas, una a la derecha, otra a la izquierda. En verdad que esos peñascos habían llegado a ser como águilas, escarpados en su elevada soledad, y que los transportaban hasta el cielo.

Pegada a la iglesia veíase todavía, amenazando ruina, la ermita donde, en tiempos antiguos, hacía penitencia un asceta. Se encontraba aún todo apolillado el escabel en que se sentaba, y pendiente de un clavo en la pared su rosario, todo grasiento, terminado por una crucecita de tela negra. Afuera, la tumba coronada por una cruz de hierro en cuya placa había escrito un nombre borroso.

El viejo macero había subido desde las primeras horas del día a arreglar la iglesita, prender las luces, decorarla con ramas de laurel. Lo mismo fue abrir la puerta baja que lanzó un grito y se detuvo estupefacto: «¡Kyrie eleison! ¡Kyrie eleison!», murmuró santiguándose.

La pequeña iglesia resplandecía de limpieza, habían fregado el piso, sacado el polvo, los candelabros estaban bruñidos, las mariposas llenas de aceite, los iconos adornados con laurel. Además habían encendido carbón y quemado incienso que embalsamaba la capillita.

El macero se enjugó la frente no atreviéndose a entrar. Creía que el ángel estaría todavía escondido detrás del altar. Una vez había visto en la iglesia de la aldea, cierta mañana que había ido a arreglarla, al arcángel San Miguel a la izquierda del iconostasio, desplegar lentamente las alas y desvanecerse. Desde entonces, no quería ver más ángeles y los milagros lo espantaban.

Se sentó en el umbral, y se volvía de rato en rato para echar una mirada hacia dentro. Pero las horas pasaban y al comprobar que no aparecía ningún ángel se sintió un poco más valeroso. Tuvo hambre. Abrió el talego, sacó una rebanada de pan y queso y quiso comer, pero no podía pasar ni un bocado, era como si tuviese un nudo en la garganta. Cogió la cantimplora de vino y se echó algunos tragos; con esto se repuso un poco, la garganta se le aflojó y pudo comer. Terminado el almuerzo, el viejo macero se sintió más brioso; se santiguó y, armándose de valor, franqueó la puerta, se prosternó delante del profeta Elías, descorrió con temor la cortina del coro, lanzó una mirada al interior; ¡ni un alma!

—¡Bendito sea Dios! —díjose—, ha venido, ha arreglado todo y se ha retirado. ¡De buena me he escapado!

Para matar el tiempo se puso a lavar de nuevo el piso, limpiar el polvo, bruñir los candelabros y arreglar las bandejas del banco de fábrica. El viejo macero quería mucho a esta iglesita, pues estaba íntimamente ligada a su vida. No era sino una ruina cuando su difunto padre prometió al profeta Elías restaurarla, si su queridísimo niñito acabado de nacer, se sanaba; ese niño y que hoy se encontraba allí, era el viejo macero. El niño se curó y su padre cumplió su palabra.

El viejo macero, al evocar el pasado, suspiró.

Señales extraordinarias habían rodeado su nacimiento. Hacia setenta y cinco años, aquel Viernes Santo a mediodía, a la hora justa en que Cristo fue crucificado, el macero había nacido. La comadrona inmediatamente declaró que el niño algún día sería obispo. Desde entonces su padre, buen cristiano y buen padre de familia, se había propuesto como meta de su vida el que su hijo único estudiara para que se cumpliera el destino. Todo iba como sobre ruedas. El futuro obispo aprovechaba bien en la escuela, era inteligente y piadoso.

Acababa de terminar el Liceo con la mención «muy bien» y se preparaba para entrar al gran Seminario de Constantinopla... cuando precisamente una espléndida noche, en una callejuela desierta, el diablo se le presentó delante: se llamaba Kiriakula. Pequeñita, trigueña, pecho abultado de senos pronunciados y con tres lunares en las aletas de la nariz y en el labio superior; tenía doce años. El futuro obispo perdió la cabeza. Turbado el juicio, la siguió. Los tres lunares sobre todo lo habían hechizado. En vano su pobre padre lloró, conjurándole a no desviarse del camino que Dios le había señalado. El infeliz declaró que solamente a esa muchacha tomaría por esposa, que se mataría si no se casaba con ella... Y se casó.

—Gracias a Dios —decíase a menudo para consolarse—, gracias a Dios, soy macero; no he abandonado del todo el camino.

Comenzaba a declinar el sol, y el macero vino a sentarse sobre el umbral, contemplando con gozo a los peregrinos que subían por el sendero. Él permanecía allí, como si se tratase de su propia fiesta y que sus amigos viniesen a su morada para desearle larga vida.

Sentía ya netamente rebuznar a los asnos. Entonces se levantó, empuñó la cuerda del badajo y la no muy grande campana desgranó una música de fiesta.

El primero que apareció fue el pope Grigoris, trotando en una mula. El macero acudió a su encuentro para ofrecerle el escabel y ayudarle a bajar.

—¿Has fregado, limpiado, sacado brillo a los candeleros? —preguntó el pope aún antes de echar pie a tierra.

—Todo está en orden, padre mío —respondió humildemente el frustrado obispo. No se abrevió a contar el milagro, queriendo que toda la gloria recayese sobre él.

—¿Has puesto las bandejas sobre el banco de fábrica como te había recomendado? Recordarás que te dije pusieras tres bandejas: una para el pope, otra para el santo, otra para los cirios...

—Todo está hecho, padre mío —manifestó otra vez con voz sumisa.

Mientras tanto la muchedumbre de peregrinos llegó. Entraban en la iglesia, arrojaban al banco de fábrica algunas espigas y racimos de uvas, luego, abriendo las bolsas, sacaban monedas que como ofrendas depositaban en las bandejas, compraban cirios e iban a prosternarse ante el terrible profeta. Éste estaba representado al borde de un precipicio, en un carro de fuego arrastrado por cuatro caballos de color púrpura. El profeta vestía un manto igualmente púrpura y de su cabeza se elevaban llamas. El carro en su carrera aparecía suspendido en los aires por encima de las montañas. Un asceta caído entre las piedras, resguardándose los ojos con la mano, lo miraba espantado.

—¡Es el sol! —murmuró una mujer joven, admirando al profeta—, ¡es como el sol, querida!

—Es san Elías, no digas impiedades, querida Mariori —contestó otra.

—Es lo mismo —confirmó una tercera—, prosternémonos, y acabad.

Se había puesto el sol; las estrellas no habían aparecido todavía. La luz seguía luchando desesperadamente; se había lanzado por el sendero arriba para ganar las alturas, pero la noche ascendía de la tierra y la perseguía paso a paso, piedra tras piedra, hasta su último refugio, la minúscula iglesia blanca del profeta Elías en lo más alto de la montaña. Al fin, no pudiendo resistir más, se lanzó de un salto hacia el cielo y desapareció.

En ese momento, los refugiados del Sarakina llegaban a su vez a la fiesta. Miserables, andrajosos, macilentos los rostros. Los precedía el pope Fotis llevando en la mano la pequeña alcancía de hierro para las limosnas. Entraron los últimos en la iglesia. No teniendo nada que dejar en las bandejas, continuaron con las manos vacías avanzando hasta prosternarse delante del santo.

—Dispénsanos, terrible profeta —susurró el pope Fotis, mirando al santo; tú también eras pobre; como nosotros te cubrías con harapos. No poseías sino esa gran llama. Nosotros, los refugiados en el Sarakina, conservamos una chispa de esa llama. Nos sentimos felices de poderte saludar, ¡camarada!

Habiéndose hincado, salieron y se dispersaron entre las rocas más allá de la gente griega de Licovrisí.

—Dispensadnos, lugareños —dijo Michelis avergonzado—, traen éstos los morrales llenos.

—Dios les perdonará —respondió el valiente pope Fotis—, Dios, no yo.

Se calló pero sus ojos despedían llamas. Esa misma mañana había vuelto del recorrido con el saco de las limosnas vacío. Al contemplar encolerizado, desde lo alto de los peñascos, la llanura segada, se parecía verdaderamente al profeta Elías arrastrado por las llamas.

—La tierra es de ellos —dijo el pope Fotis—, que la gocen; Dios haga que el lote nuestro sea el cielo.

Y se calló.

Los peregrinos extendieron mantas multicolores alrededor de la pequeña iglesia, abrieron los morrales abarrotados de viandas, y las mandíbulas entraron en acción. Las cantimploras se vaciaron; las gargantas se aclararon. Se oía el característico glú-glú del vino al escanciarse, y la austera soledad del profeta se colmó de carcajadas y de tumulto incoherente.

Se encendieron algunas lámparas de aceite entre las piedras, proyectando su luz sobre los rostros

encarnados de las mujeres, las flexibles gargantas de las muchachas y los atusados bigotes de los jóvenes. Colgada del muro de la iglesia, una gran lámpara de tres mechas acentuaba la cara gordota y la triple papada del arconte Patriarqueas, y cerca de él una blanca barba hendida seguía el movimiento de las mandíbulas dedicadas a masticar. Los dos jefes del lugar, el arconte y el pope, se hallaban sentados al lado uno del otro y, por momentos, un rayo de luz caía sobre las manos endebles pero hábiles de Mariori que trinchaba el asado y servía a los dos insaciables notables.

Luego, una tras otra, las lámparas se apagaron. Las sombras se colaban arrastrándose a gatas alrededor de los peñascos sagrados, que pronto ya no se distinguían. Se oían solamente risas de muchachas requebradas; al poco rato, reinó el silencio. Entre las piedras, semejantes a escorpiones, los hombres, se acoplaban, celebrando a su manera al profeta de fuego.

Dios llamó al día, y el sol apareció en un carro de fuego, lo mismo que el del profeta. Los hombres se pusieron en pie, bostezaron, se estiraron, tosieron, se frotaron los ojos, tomaron café para despabilarse. La campanilla argentina tintineó de nuevo, alerta y alegre. Su débil sonido repercutía por aquí y por allá en las laderas de la montaña, como una cascada de agua viva antes de desparramarse por la llanura.

Apoyado en el cayado de pastor, Manolios apareció en medio de los bloques de piedra, tranquilo, sonriente. Paseó la mirada por alrededor y descubrió de pie en una roca a sus compañeros que lo buscaban inquietos, por aquel lado de la montaña. Gozoso, saltando entre los peregrinos, se dirigió a su encuentro, les abrió los brazos y los estrechó contra su corazón. Ellos lanzaron un grito.

—Te hemos esperado toda la noche —dijo Yannakos—. ¿Por qué no has venido? Nos habías dicho...

—¿Todo está preparado? —preguntó Manolios.

Los tres compañeros no creyendo lo que oían, le interrogaron:

—¿Qué había por preparar?

—Las almas a despertarse —replicó Manolios sonriendo—, las espaldas a recibir los golpes, las bocas para gritar.

—¿Qué idea te traes dentro de la cabeza? —preguntó Yannakos asiéndole el brazo a su amigo—. ¡Estoy contigo, en la vida y en la muerte!

—No oculto ninguna idea en mi cabeza —respondió Manolios—, pero puede ser que Dios tenga alguna cosa en la suya. Es preciso estar listos.

Y después de echar una mirada circular, dijo:

—Amo esta montaña, y a este profeta que por montura tiene un incendio y que, de un brinco, se eleva de la tierra y desaparece... No se parece en nada a estos lugareños que no me agradan, aun cuando hoy se han engalanado con sus mejores atavíos. Unos parecen dispuestos a incendiar, los otros a pegar; ¿estamos nosotros también preparados?

En este preciso momento, elevábase del santuario la voz dura del pope Grigoris. La misa comenzaba; los amigos se callaron. Todos los que pudieron encontrar lugar entraron en la iglesita. Los menos favorecidos se quedaron fuera entre los peñascos. La melopea se escapaba por la puerta del frente y por la ventana de detrás, patética, eco de aquellas almas ancestrales que habían concebido y creado esos cantos para su Dios.

Terminada la misa, todo el mundo salió. El maestro se subió a una piedra; estaba un poco pálido. Tomó la palabra con voz enronquecida para cantar las alabanzas del profeta y, sin transición alguna, de un salto prodigioso, pasó al elogio de la raza griega, comparando al profeta Elías a Apolo, después a la luz y en fin al espíritu eterno de los griegos que pusieron en fuga las tinieblas de los bárbaros. Pasó sin transición, demasiado directamente, a la ocupación turca. Al principio midió un tanto sus palabras, pero de pronto perdió los estribos y dio rienda suelta a su verbo y se puso a cantar el Himno Nacional.

Al principio, los asistentes, estupefactos, sintieron que la sangre les bullía en el cuerpo, y atónitos se pusieron a cantar con heroicas disonancias: «Libertad, te reconozco en los tajos de tu

terrible espada...» El profeta Elías se había convertido de repente para ellos en armatolo[1] y klefto de las montañas, hasta con botas y carabina.

Manolios se inclinó hacia sus amigos:

—¿Estáis dispuestos? —les preguntó otra vez.

—¡Dispuestos! —respondieron como un solo hombre—. ¡En nombre de Cristo en marcha adelante!

No sabían muy bien lo que les quería decir Manolios ni para qué debían estar preparados, pero en el fondo de sus corazones sintieron que sus almas estaban en pie y dispuestas.

El maestro se había callado al fin y descendido del peñasco, ardiendo todavía por su discurso. El viejo Patriarqueas tenía los ojos empañados, y el pope Grigoris levantaba la mano para bendecir a su grey. Ahora que ya se había cumplido con Dios, podían entregarse a festejar.

En ese mismo instante, Manolios avanzó, se inclinó delante del pope, le besó la mano y después le pidió licencia para hablar.

A la vista de Manolios, los aldeanos que aquel día tenían el espíritu de los domingos, se acordaron con emoción de aquel joven rubio que resolvió en ocasión solemne dar su vida por salvar al pueblo. Un rumor alegre salió de todos los labios para desearle la bienvenida.

El pope Grigoris frunció las cejas y se inclinó hacia Manolios:

—¿Qué vas a decir? —le preguntó—. ¿Tú puedes hablar? ¿De qué?

—De Cristo —respondió Manolios.

—¿De Cristo? —dijo el pope asombrado—; ¡pero eso me incumbe a mí! —Cristo me ha mandado que hable —insistió Manolios.

—¿Y no te ha explicado lo que debes decir? —preguntó con tono sarcástico el pope.

—No, pero me lo explicará en cuanto abra la boca.

Michelis avanzó un paso:

—Padre mío —dijo—, Manolios desea hablar a los aldeanos. Todos nosotros te pedimos que le concedas permiso.

Cuando toda la aldea estuvo en peligro, Manolios se adelantó y ofreció su vida para salvarnos a todos. Tiene pues derecho a hablarnos.

—Dale permiso, padre mío —dijo a su vez el viejo Patriarqueas—. Es un buen muchacho.

—Va a hablar de cosas que no conoce —replicó el pope.

—Eso no importa —espetó Yannakos—, tu santidad las conoce y lo iluminará.

—¡Que hable, que hable! —gritó Kostandis.

Los lugareños se enardecieron. Dimitros el carnicero se levantó, Antonis el barbero y el tío Cristofis se pusieron a aplaudir gritando: ¡Que hable, que hable! El pope Grigoris irritado se encogió de hombros.

—Bueno, bueno, ¡terminad ese barullo! De mala gana impuso las manos sobre la cabeza de Manolios, diciendo:

—¡Dios te ilumine, habla! —después se cruzó de brazos para escuchar.

Manolios dio un paso hacia adelante y se colocó en medio de la multitud. Yannakos y Kostandis llevaron rodando una gran piedra para que se subiese en ella. Los aldeanos, hombres y mujeres, lo rodearon. El pope Fotis se acercó también con los suyos, e hizo una inclinación de cabeza para saludar al pope Grigoris, quien hizo como si no lo viera.

Manolios, volviéndose hacia Oriente, se santiguó y comenzó a hablar:

—Hermanos, quiero hablaros de Cristo; tenéis que dispensarme, yo no soy instruido y no sé decir hermosas frases. Pero el otro día, yo estaba sentado en el redil, al ponerse el sol, y Cristo vino a sentarse a mi lado en el banco, tranquila y apaciblemente como lo haría un convecino. Llevaba una alforja vacía y lanzó un suspiro, al dejarla caer a tierra. Tenía los pies cubiertos de polvo. Las cuatro llagas que le hicieron los clavos se habían abierto; manaban sangre.

—¿Tú me amas? —me preguntó con voz entristecida.

---

[1] Armatolos y Kleftos: tribus guerreras del norte de Grecia, que desempeñaron un papel notable durante la guerra de la independencia.

—¡Oh, maestro mío! —yo le respondí—, mándame morir por ti.

Él inclinó la cabeza sonriendo, pero no dijo nada. Nos quedamos así un buen rato. Yo estaba intimidado y no me atrevía a hablar. No obstante, poco después le dije:

—¿Estás fatigado, maestro? Tienes los pies cubiertos de polvo y de sangre, ¿de dónde vienes?

—He recorrido las aldeas —me respondió—, he pasado también por Licovrisí. Mis hijitos tienen hambre. Había llevado este talego para recoger las limosnas. Mira, vuelvo con el talego vacío. Estoy cansado...

Se calló otra vez; los dos miramos ponerse el sol. De pronto, su voz se elevó pesada y censuradora:

—¿Por que te quedas aquí, tú que dices me amas, por qué permaneces aquí tranquilamente con los brazos cruzados descansando? Comes, bebes, lees a tu placer las palabras que he pronunciado, lloras con el relato de la crucifixión, y después de todo esto te acuestas y duermes. ¿No te da vergüenza? ¿De este modo me amas? ¿A esto llamas amor? ¡Levántate! Me levanté de un salto y me eché a sus pies gritando:

—Señor, he pecado. Díctame tus órdenes.

—Toma el cayado de pastor y ve en busca de los hombres, no te intimides, y háblales.

—¿Qué les diré, Señor? No tengo instrucción, soy pobre, tímido, cuando veo una reunión, tengo miedo y me escabullo. Y sin embargo, tú me envías a hablarles. ¿Qué les diré?

—Ve y diles que tengo hambre, que llamo a sus puertas, que extiendo la mano gritándoles: ¡Haced una caridad, cristianos!

El pope Grigoris se ponía nervioso. El viejo Patriarqueas bostezaba y buscaba por donde escurrirse. Sentía hambre. El viejo Ladas se acercó al pope y le susurró:

—Estas tonterías van a terminar mal; dile que se calle.

Pero los campesinos escuchaban con la boca abierta. La emoción los embargaba, poco a poco un temor extraño se apoderó de ellos. Veían realmente a Cristo errar por las aldeas, descalzo, llamando a sus puertas y pidiendo limosna, mientras del interior de las casas, ellos le gritaban: «!Vete, que Dios te ampare!» ¿El día anterior no habían echado de esa manera al pope Fotis, descalzo, con un talego vacío al hombro?

Manolios retomó alientos. Gotas de sudor relucían en su frente. Paseó la mirada por todas partes, miró largo rato a los aldeanos uno a uno, y había en su rostro tanto reproche, tanta amargura y al mismo tiempo tanta nobleza que todos quedaron estupefactos. Una vieja se santiguó:

—Señor, ten piedad de nosotros —susurró, y dirigiéndose a su vecina—: ¿Será este verdaderamente Manolios, el pastor del viejo Patriarqueas, el sobrino de la tía Mandalenia? ¿No será, Dios mío perdonadme si es pecado, el mismo Cristo que haya descendido otra vez a la tierra a causa de nuestros pecados? ¿Qué piensas de esto, vecina?

—Cállate, tía Perséfone, cállate, mira ya vuelve a hablar.

Manolios extendió ambos brazos abiertos y clamó:

—¡Hermanos míos, hermanas mías, hombres y mujeres de Licovrisí! No vengo movido por mi propio impulso, ¿cómo podría yo, el humilde criado, el que no vale nada, hablar y dar una lección a los ricos y a los padres de familia, a los notables eminentes, y a los mayores? No he venido movido por mí mismo: ¡es Cristo el que me envía! No hago sino repetir las palabras que me ha ordenado que os diga; Él clama: «¡Tengo hambre! ¡Dadme una limosna, cristianos!» Quien da al pobre, presta a Dios. El otro día, uno de los nuestros fue a ver a nuestros hermanos, los refugiados en el Sarakina. Tenían hambre, no tenían con qué cubrirse ni dónde dormir. Nuestro hermano había llevado todos sus bienes y llamó a los refugiados: «Venid, hermanos, tomad, repartiros todo lo que poseo. No quiero dinero, pero no os lo regalo. Se lo presto a Dios para que me lo devuelva en la otra vida».

El tío Ladas no pudo contenerse más. Se ahogaba. Hacía señas al pope Grigoris para que lo mandase callar, pero en vano. Entonces intervino por sí mismo:

—¿Así para —chilló el viejo—, tu señoría pretende que se debe distribuir todo lo que se ha ganado con el sudor honesto de nuestra frente y que las deudas se paguen en la otra vida? ¡Qué talento! ¡El propio para escardar cebollinos! Quiero decirte una cosa, muchacho, y no lo tomes a mal, tú no has comprendido bien lo que te ha dicho Cristo. Esto es lo que yo pienso: Más vale

pájaro en mano que ciento volando, es decir, más vale una libra en esta vida que diez en la otra.

—Déjalo hablar, tío Ladas —espetó Yannakos—. Ya has oído quién lo envía, es Cristo quien habla por su boca.

—¿Eres tú, Yannakos, el que alzas la voz? —le lanzó el viejo Ladas furioso—. No te incomodes, espera, ¡Que ya arreglaremos cuentas!

El maestro puso su granito de arena, amigo de arreglar las cosas:

—Todo lo que has dicho, Manolios, es bueno y hermoso, pero no se puede lograr; edificas en el aire, pobre muchacho. Nosotros no somos dioses, somos hombres. Debes, pues, juzgar al hombre como hombre.

—Con ese juicio juzgo al hombre, con su medida lo mido —respondió Manolios—. ¿Quién es verdaderamente cristiano entre todos vosotros que os habéis tomado el trabajo de venir a esta fiesta? Escuchad bien, todos los cristianos creen en el otro mundo. ¿Qué quiere decir creer en el otro mundo? Que todas nuestras acciones de nuestra vida de aquí abajo serán pesadas en la otra, en el otro mundo, que los malos serán castigados y los buenos recompensados. El que es caritativo con sus hermanos en esta vida pasajera tendrá por recompensa la vida eterna. Entonces, tío Ladas, mejor es diez libras en la otra vida que una en esta.

—Discurres con los pies —gruñó el viejo raposo.

—¿Qué hay que hacer entonces? —gritaron algunas almas piadosas. ¿Qué te ha ordenado Cristo? Habla claramente, Manolios, para que comprendamos y veamos si eso se puede hacer.

—¡No digas que hay que distribuir todo! —exclamó un viejo todavía no maduro—. ¡Hay que ver las cosas como son!

—La siega, hermanos, se ha terminado —respondió Manolios—. A Dios gracias, ha sido buena. Dentro de unos días se vendimiará a su vez, y en seguida seguirá la recogida de la aceituna. Ahora, escuchad la voz de Cristo que desgarra mi corazón: Habitantes de Licovrisí, aquí mismo, a nuestras tierras, han llegado hermanos perseguidos, el invierno se aproxima, van a morir de hambre, de frío, de inanición... El Padre Eterno abre sus registros, mira a los licovrisenses, escribe el nombre de cada uno, la fecha, cuánto poseía y cuánto ha dado a los pobres. Por ejemplo, escribe que Anastasios Ladas, hijo de Mikael, poseía en tal fecha tanto y ha dado tanto. Se le pagará con un interés de tanto, el día del Juicio Final.

El tío Ladas se rió burlona y sarcásticamente:

—¡Sí, sí, con el tiempo maduran las uvas!

—Y ahora —prosiguió Manolios—, mira, maestro de escuela, la medida humana que pedías: que todo propietario, después de cada cosecha, tome la décima parte y se la preste a Dios, así Cristo se lo ordena. Ayudemos a nuestros hermanos del Sarakina un año o dos años hasta que ellos se repongan. Todavía hay algo más: existen campos baldíos entre nuestras tierras, tantas landas y tantas tierras que no se tiene tiempo de sembrar y que se dejan incultas. ¿No es esto un pecado ante Dios? Démoslas en cultivo a medias; esto será una ganancia, un provecho para nuestra aldea y además los que tienen hambre tendrán qué comer. ¡Desgraciados los licovrisenses que comen hasta hartarse sin pensar en los niños del Sarakina! Toda persona que muere de hambre en este mundo se nos cuelga de nuestro cuello y nos arrastra al infierno. ¿Cuántos somos en Licovrisí? ¿Dos mil? Todos los que mueran en Sarakina se convertirán en dos mil cadáveres y se suspenderán como collares de vuestros cuellos. Y con este collar de cadáveres os presentaréis un día delante del Señor.

Los aldeanos se espantaron. Algunos se llevaron sin darse cuenta la mano al cuello y lo palparon. Los más exaltados vieron con sus propios ojos por los aires a dos mil licovrisenses desfilando para el Juicio Final, llevando cada uno suspendidos de su cuello, como un rosario, diez, quince o veinte cadáveres, y a los ángeles rodeándolos y tapándose las narices a causa de la hediondez.

Antonis el barbero que no tenía más que algunas cepas y una parcela pequeña de campo, exclamó:

—¡De acuerdo! Toma un papel y lleva un registro tú también Manolios, y escribe: Yo, Antonis Yannidis, hijo de Trasivulos, barbero de Licovrisí, me comprometo a dar la décima parte de la cosecha a mis hermanos del Sarakina. Presto a Dios, escribe, Manolios, Dios también escribe. ¡Confío en Él!

Se oyeron algunas voces y algunas manos se levantaron:

—¡Yo también! ¡Yo también! ¡Escribe, Manolios!

Algunos ojos estaban llenos de lágrimas, otros, plenos de inquietud y otros miraban con odio a Manolios. El viejo Patriarqueas había logrado escabullirse, y ahora estaba sentado detrás de la iglesita, dispuesto a comerse el lechoncito lechal, sobre unas hojas de limonero, que había sobrado de la noche anterior.

—Está loco este Manolios —se decía al mismo tiempo que comía a mandíbula batiente—. No pasará mucho tiempo sin que le arrojen tomates.

En ese instante, el pope Grigoris levantó la mano para hablar. Se le movían nerviosamente las cejas, y si se le hubiera tocado, su piel habría despedido chispas:

—¡Eh, hijos míos de Licovrisí —gritó—, escuchadme: no deis nada a este engatusador, tened cuidado! Sabed que el mundo descansa sobre cuatro pilares: son la fe, la patria y el honor; el cuarto pilar es la propiedad; no alarguéis, pues, la mano. Dios ha repartido los bienes según leyes ocultas que sólo Él conoce. La justicia de Dios es una cosa, la de los hombres es otra. Dios ha creado a los ricos y los pobres. ¡Desgraciado aquel que intente perturbar el orden; se enfrenta contra la voluntad de Dios! Impertinente Manolios, me arrepiento de haberte otorgado licencia para hablar. ¡Desciende de ahí! Vete a cuidar el rebaño. Ése es el sitio que Dios te ha designado: no intentes escalar más alto. No trates de aquello para lo que no has sido concebido. Todo lo que nos has dicho es contrario a la voluntad de Dios. Él es quien decide, y todo lo que acaece en el mundo, sucede porque Dios lo quiere.

Estaba encolerizado y, volviéndose hacia el pope Fotis, que durante todo el tiempo había escuchado con la cabeza baja, le gritó:

—Pope Fotis, hasta ahora se vivía bien en nuestra aldea, donde reinaban el orden y la concordia; pero has venido tú con tu banda, y desde ese día hemos perdido nuestra tranquilidad. No hay más que dolencias, escándalos, hurtos. Los pobres se han enardecido y quieren levantar cabeza, los ricos no pueden conciliar el sueño. Pero, tranquilízate, el agá va a volver y el Consejo de Ancianos se echará a sus pies para que os arroje de ahí y vuelva a reinar la paz entre nosotros. ¡Idos con Dios a otra parte, y que sea lejos! He dicho.

El pope Fotis levantó la cabeza.

—Padre mío —empezó con voz serena—, tienes razón. Todo lo que acaece en el mundo, sucede por voluntad de Dios. Manolios ha hablado, ha pronunciado las palabras que tenía en el corazón, porque Dios lo ha querido. Los corazones de los licovrisenses se han angustiado al oír nuestros sufrimientos; los ojos de estos lugareños se han llenado de lágrimas, los graneros se han abierto, también porque Dios lo ha querido. Y si hemos llegado acá, como dice tu santidad, a traer turbación a vuestra aldea tranquila, es también porque Dios lo ha querido. Porque el agua estancada durante mucho tiempo se corrompe, y el alma adormilada también se corrompe. ¡Dios quiera que nosotros seamos el viento que levanta la tempestad y agite las aguas y reavive las almas!

Y volviéndose hacia los licovrisenses, continuó:

—Hermanos míos, en otros tiempos, nosotros también hemos sido propietarios, pero ahora nos vemos reducidos a mendigar. He recorrido los pueblos vecinos y llamado a todas las puertas, una tras otra, mas he vuelto adonde estaban los míos con las manos vacías. Para mí me es igual, no me importa morir. Para los viejos, también les es igual, pueden morir pues ya han cumplido su misión en la vida. Pero siento compasión de los niños; todos los días muere uno de hambre, y los que sobreviven apenas pueden sostenerse en pie. ¿Qué les falta? Una corteza de pan, una gota de aceite, un trapo con que abrigarse. Si tuviesen solamente estas cosas que no valen nada y que vosotros echáis a los perros y a la basura, vivirían. Por esos niños es por quienes mendigo. Por ellos tiendo yo también la mano, clamando: ¡Haced una caridad, cristianos!

El pope Fotis bajó la cabeza y volvió a guardar silencio. Su rostro estaba amarillo como la cera, los ojos se le habían agrandado, y las manos cruzadas sobre el pecho relucían diáfanas, pudiéndose distinguir a través de la piel todos los huesos.

Esta vez se oyeron sollozos por todas partes. Mariori lloraba a escondidas y una recién casada se quitó el collar de oro que llevaba al cuello y se lo guardó, tan avergonzada como si lo hubiese

robado Dios se hizo oír en el corazón: del gordo carnicero Dimitros.

—Tengo un buey bien cebado —gritóque pensaba carnearlo el domingo próximo para nuestra aldea, ahora iré a distribuirlo a los del Sarakina; tienes razón Manolios; me da vergüenza que nosotros comamos, en tanto nuestros hermanos desfallecen de hambre.

Antonis, el barbero, inflamado, añadió:

—Yo también iré el sábado por la tarde al Sarakina y afeitaré a todos gratis. ¡También sacaré gratis las muelas dañadas!

El maestro, venciendo su temor, dijo conmovido:

—Y yo tengo algunos abecedarios y libros de lectura para niños; también pizarras, lápices y un mapa de la Gran Grecia, todo lo pongo a disposición de la comunidad del Sarakina.

El pope Grigoris lanzó una mirada feroz a su hermano, pero no dijo esta boca es mía.

Manolios se acercó al pope Fotis y le besó la mano.

—Ya ves, no hay que desesperar, padre mío. Cristo todavía vive, camina todavía por la tierra, hay corazones que se han abierto y lo han acogido; ¡ánimo! Los tres amigos se aproximaron, seguidos tímidamente por el *Kyr* Dimitros, el carnicero, y por Antonis, el barbero; otros aldeanos vinieron a su vez dudando un poco, y, al fin, hasta el maestro, medio tímido, medio resuelto.

El pope Fotis al volverse los vio y se santiguó.

—Mirad, hijos míos, nosotros también tenemos nuestra capillita, en una antigua gruta que antes fue iglesia. Vamos allá todos juntos a glorificar a Dios. Hoy es un gran día; el corazón del hombre se ha estremecido.

Y volviéndose hacia la gente que ya empezaba a dispersarse y a abrir los colmados morrales:

—¡Salud, licovrisenses, buen provecho! ¡Pope Grigoris, te pedimos tu bendición!

—¡Mi maldición, rebeldes! —rugió el pope airado—, ¡malditos sean todos los que te siguen, asesino!

—¡Que Dios que separa los corderos de los carneros —replicó con voz tranquila el pope Fotis—, sea nuestro juez. ¡En Él colocamos nuestra confianza!

Diciendo esto, señaló, con el índice descarnado, el cielo.

CAPÍTULO XII

EL POPE FOTIS y los cuatro amigos estaban sentados delante de la gruta transformada en capilla, en los bancos de piedra, tallados por los antiguos cristianos, que, perseguidos por los idólatras, se habían refugiado en esas cavernas.

La montaña exhalaba olor a menta y a tomillo, la noche se deslizaba azul y transparente. Muy de tarde en tarde se oía el ulular de algún ave nocturna y el atrapar orugas, ratones o escarabajos. Las estrellas esa noche se veían tan bajas que parecían suspendidas entre cielo y tierra.

Durante largo rato, los cinco compañeros permanecieron en silencio; extasiados, contemplaban la noche. Vibraban ese día con extraña emoción; como si, perseguidos por todos y echados de todas partes, se hubieran refugiado allí, delante de la gruta, y conspiraran. ¿Qué conspiraban? Ni ellos mismos lo sabían: ¿qué podrían hacer esas cinco almas sencillas, qué serían capaz de trastocar? ¿Qué mundo nuevo hubieran podido levantar? Sin embargo el ambiente que los rodeaba aparecía inflamado; todos sentían, en medio de ellos, una excelsa e invisible presencia.

—¡Hermosa noche! —se aventuró a decir Yannakos para ocultar su emoción.

Todos se estremecieron al oír el sonido de una voz humana; las almas volvieron precipitadamente a ocupar cada una el corazón que habitaran; el encanto se había roto.

Enardecido, Kostandis habló:

—Padre mío, ya va para cuatro meses que el Consejo de Notables nos convocó a fin de distribuirnos los papeles en la representación del Misterio ante el pórtico de la iglesia; hasta ahora los cuidados y preocupaciones diarias nos han desviado del camino; hemos olvidado nuestra meta. Ya es tiempo de volver en sí. Pero ¿qué hacer y cómo? Tu santidad ha de saberlo; ayúdanos.

El pope Fotis sonrió:

—¿Lo que debéis hacer, Kostandis? Continuad lo que estáis haciendo, eso es y no otra cosa. Habéis emprendido, hijos míos, el camino recto que conduce a la pasión y a la crucifixión de Cristo.

—Pero ¿qué hacemos nosotros? ¡No hacemos nada, padre mío!... —protestó humildemente Manolios—.

—¡Nada, nada, nada! —suspiró Michelis.

—Te olvidas, Michelis, de los serones —replicó el pope apretando afectuosamente la mano del joven arconte—, tú, Yannakos, te olvidas que aun el otro día llamaste alegremente a los pobres para que te saquearan las mercaderías. Y tú, Kostandis, el hombre sencillo, que hasta ayer fue solamente humilde cafetero ¿no has dejado abandonado acaso tu trabajo y te has levantado para hacer frente a la injusticia? ¿Y Manolios no ha cargado sobre sí con todos los pecados del pueblo y no ha marchado a la muerte por salvarlo? Panayotaros, aun ese desgraciado, ¿hace algo que no sea prepararse para la terrible carga de Judas? Os estáis preparando, hijos míos, os estáis preparando sin saberlo; ése es el buen camino.

Siguió un largo silencio. Manolios suspiró fijando la vista en una estrella que reía y danzaba en el firmamento. El pastor conocía a esta estrella muy bien: muchas veces cuando era jovenzuelo ¡no se había ella burlado de él haciéndole creer que era el lucero de la mañana y él se apresuraba a sacar los corderos a apacentar!

Kostandis bajó la cabeza. Una gran tristeza le invadía. Era el único que no había hecho nada; sufría por verse el último pues aun Judas lo había adelantado.

Yannakos por su parte sacudió la cabeza abrumado. «No he hecho nada», se decía. Dar dinero, regalar mercaderías, todo eso no vale nada. Dar a mi buen Yusufaki, ¡eso sí sería un sacrificio! ¡Ahí te aguardo, Yannakos! ¿Eres capaz de hacerlo? ¡Todo lo demás, viento!

De nuevo el espíritu del pope Fotis estaba muy lejos de allí. Recorría lugares conocidos, después volvió sobre sus pasos, hasta una montaña solitaria llamada Sarakina. Era de noche, apenas distinguía a la pálida claridad de las estrellas cuatro rostros queridos recortándose entre las rocas.

La voz del pope se alzó grave, preñada de cariño:

—Hijos míos, a veces el alma humana me parece como esa flor que llaman Dondiego de noche. Durante el día permanece cerrada y solamente se abre en favor de la oscuridad. Así esta noche, en medio de la oscuridad, siento que mi alma también se abre. Un día en la montaña donde vive Manolios, os prometí ¿os acordáis todavía? contaros mi vida. Esta noche tengo vergüenza de que os inclinéis a besarme la mano, al no saber quién soy aún ni qué mano besáis.

—Nuestras almas, padre mío, están abiertas esta noche —dijo Manolios conmovido—; te escuchamos.

El pope Fotis comenzó con voz lenta, propia de los narradores:

—Hay cerca del mar de Mármara, frente a Constantinopla, una deliciosa aldeíta que se extiende a lo largo del mar, rodeada de jardines. Se llama Artaki. Allí he nacido yo. Mi padre era pope; hombre severo, adusto, tenía el rostro de los ascetas que se ven en los iconos de los muros de las viejas iglesias. Mi abuelo era también pope; los dos querían que yo llegase a ser pope como ellos. A mí me repugnaba; no soñaba más que con viajes y con comerciar y con llenar de oro mis cofres para adquirir fusiles, armar muchos hombres y liberar Artaki de los turcos. Había nacido revoltoso; como veis mi cabeza estaba llena de viento.

»En mi vida no he temido a nadie, excepto a mi padre. Lo temía y si iba regularmente a la escuela y era el mejor alumno, eso no era por amor, sino por miedo. Terminada la escuela primaria, mi difunta madre, una santa mujer, me preparó la maleta; colocó en ella mi ropa, un icono que representaba el Bautismo de Cristo, algunas galletas, nueces, pasas de uva, higos secos espolvoreados de sésamo y me enviaron a Constantinopla al gran Seminario.

»Pero, por desgracia, no tuve paciencia ni amor de Dios para darme a la teología. Era un revoltoso incorregible; recorría Constantinopla en todas direcciones, como un poseso, deslumbrados los ojos por su belleza. No tenía más que una idea fija en mi cabeza: librar de los turcos estas tierras y mares sagrados... Un día estalló la maldita guerra del 97. Un fuego interior me devoraba y empecé a gritar: «Ha llegado el momento de aplastar a los turcos y echarlos hasta el infierno». Logré embarcarme clandestinamente en un navío, desembarqué en una costa griega, me atavié como los rebeldes, me armé con un fusil, me ceñí una cartuchera, me calcé las botas y ¡me fui a luchar contra Turquía!

El pope suspiró; su voz se tornó amarga y sarcástica:

—¡Puf! ¡Y salimos siete ladronzuelos de cabras a derribar un Imperio! ¡Maldito sea el Estado, hijos míos, maldito sea; él será la causa de la ruina de nuestra raza!

Se calló por un momento; luego, haciendo un gesto con la mano como queriendo echar detrás de sí esa vergüenza nacional, continuó repuesto:

—Volvamos a mis propias aventuras. Grecia es inmortal, y como tal puede arriesgarse en aventuras; tiene ante sí el tiempo necesario para reparar los desgastes y pérdidas. Pero ¿yo, efímero mosquito? Y para deciros las cosas en cuatro palabras, sucedió que un día en que deambulaba por los muelles del Pireo en busca de un barco que me llevase de nuevo a Artaki, mal anudado el calzado, vacía la panza, y floja como una tripa desinflada, veo desembarcar de un caique unos refugiados judíos. Hijo y nieto de popes, no podía ver a los judíos sin acordarme que ellos habían crucificado a Cristo, y se me subió la sangre a la cabeza. Sin embargo, ese día me quedé en el muelle agradándome el espectáculo de los judíos de nariz aguileña, barbas rojas y ralas, ojos hurones y brillantes y de levita verdosa según su costumbre. Gritaban todos a la vez, se empujaban, se atropellaban para ver quién salía primero. De pronto, un grito desgarrador; una muchacha judía resbaló y se cayó al mar hundiéndose. Nadie se movió para salvarla; entonces no pude más. Me dije: es un ser humano, por muy judía que sea también tiene alma, y me tiré al agua tal como estaba, la así por los cabellos y la saqué al muelle. Inmediatamente las mujeres se precipitaron y la friccionaron para hacerla revivir. Estándome secando al sol, volví la vista hacia ella. Era rojiza y tenía la nariz muy aguileña y el cutis pecoso; abrió los ojazos de un verde azulado y me miró al saber que fui yo quien la había salvado; vi sus ojos y quedé aterrado, a la vez que me hundí en un mar azulado verdoso y me ahogué en él.

La voz del pope se quebró y agachó la cabeza, para, al cabo de un momento, continuar:

—El mundo es un misterio. Los designios de Dios parecen complicados para la mente angosta del hombre; la salvación o la perdición vienen por caminos tan insospechados que nunca podemos saber aún qué camino conduce al infierno o cuál al paraíso. Me parecía que había hecho una buena acción; había salvado a una criatura humana; y, sin embargo, desde aquel mismo momento, tomé en línea recta el camino del infierno.

»Hasta entonces no me había mancillado con mujer alguna. Vosotros sois más jóvenes que yo y siento vergüenza de hablar ante vosotros de los pecados de la carne; os confesaré solamente esto: pequé con esa joven. Desde entonces, todo para mí cambió de gusto: el agua, el vino, el pan, el día, la noche tuvieron para mí un nuevo sabor. Dios desapareció, y con Dios desaparecieron mi padre, mi madre, la virtud y la esperanza. Un paisano mío, viendo adonde había caído, fue a hablar a mi padre; y el viejo pope me envió una carta que quemaba por los cuatro costados: «Si te unes a esa judía, caiga mi maldición sobre ti, y sábete que no volveré a verte más en la vida». Leí la carta junto con la judía, y los dos reventamos de risa.

»Un día —ya os he referido lo que sigue—, habíamos ido a una aldehuela a festejar Pascua, pues allí teníamos amigos. La judía estaba conmigo. Comimos y bebimos en las huertas. Al asir el cuchillo para degollar el cordero, grité en broma: «Si tuviese un pope delante de mí, lo degollaría». «Hay uno detrás de ti» me gritó uno del grupo vecino. Me volví, vi a un pope, me lancé sobre él y lo degollé. ¿Por qué? Porque la judía me acompañaba y tenía vergüenza de aparecer como un fanfarrón ante sus ojos.

»Me encarcelaron. La judía iba a verme todos los días, me lavaba la ropa, me llevaba alimentos y cigarrillos. Por entre las rejas, me acariciaba llorando el rostro y el cabello. Adelgazaba, se consumía a ojos vista... Un día no vino, ni al siguiente, ni al otro... Tuve entonces un sueño en que vi a la Santísima Virgen de luto. Me parecía divisarla muy lejos y muy pequeña, pero a medida que se acercaba iba creciendo. Movía los labios, susurraba algo, pero yo no la oía pues estaba todavía muy lejos; agucé el oído. Iba aumentando de volumen su voz al par que la misma Virgen crecía, hasta que al fin llegó ante mí y la oía claramente: «Ella va a morir... va a morir... va a morir... ¡ya está muerta!» Me desperté sobresaltado. Había comprendido.

»Era noche cerrada. Llovía. Me deslicé al patio de la prisión, sin saber lo que hacía. Para mí, en aquel momento, los límites de las fuerzas humanas no regían. Estaba seguro que de un salto podría franquear la tapia de la prisión, escaparme y pasar delante del centinela sin ser visto, y si me veía y tiraba contra mí, no me daría... El amor y el dolor me habían hecho perder la cabeza. Hacía varios días que yo había estudiado y marcado la disposición de la prisión y elegido la parte de la tapia por donde un loco o un desesperado tal como yo lo estaba podría intentar escalarla. Encontré esa parte del muro en medio de la oscuridad y, aferrándome a las piedras, empecé a trepar como un gato montés. A plena luz hubiera sentido un miedo espantoso, pero como os he dicho había olvidado enteramente el límite de las fuerzas humanas. Habiendo logrado escalarlo, me dejé caer del otro lado. Llovía a cántaros. Nadie en los contornos; y me salvé poniendo pies en polvorosa.

»Amanecía cuando llegué a casa de la judía. Llamé, pero ¿cómo me iban a oír en medio de ese diluvio? Salté la pequeña tapia, atravesé el patio, subí furtivamente la escalera, abrí la puerta de su habitación. La llamé suavemente. ¡Silencio! Encendí un fósforo. Pálida, con la boca torcida, los ojos vueltos hacia arriba y abiertos de par en par, la judía yació en el lecho... Aquella misma noche se había tomado un veneno, y se había matado, incapaz de soportar por más tiempo la separación...

El pope Fotis se levantó y miró por todas partes como tratando de huir. Se volvió a sentar, agotado, como si llegase de muy lejos, del otro extremo del mundo. Permaneció mucho rato sin hablar.

—¿Y entonces, padre mío? —preguntaron los cuatro amigos anhelantes.

—He terminado —respondió el pope.

—¿Qué te ocurrió luego? —le preguntó Manolios—. ¿Cómo encontraste otra vez el camino de Dios?

—¡El alma humana es un misterio! El amor me había separado de Dios; el dolor, ¡bendito sea! me llevó a Él. Me dirigí al Monte Athos. Al principio la soledad me hizo bien. Mi alma se apaciguó un poco. Pero poco a poco mi soledad se fue poblando de judías, de gritos alegres y de llantos. No

resistiendo más, fui a anunciar a mi superior que me había equivocado al tomar esa decisión y que me volvía al mundo; me dio su bendición y salí. Anduve largo tiempo, llegué al fin a una aldeíta. Una voz interior me decía: «¡Quédate aquí!» y me quedé. Me casé, y me ordené de pope. Había decidido enfrascarme en las tormentas del mundo para olvidar mi pasado, y me enfrasqué. Llegaron las enfermedades, murió mi mujer, murieron mis hijos, y me encontré nuevamente solo, en pie, herido, enfrente del Señor.

»Después vinieron los griegos, luego los turcos... lo demás ya lo sabéis, ¡Bendito sea Dios por todo el mal y por todo el bien que me ha dado!

Los cuatro amigos se inclinaron para besar aquella mano de mártir.

—Estoy fatigado —susurró el pope Fotis suspirando—, estoy fatigado.

He revivido toda mi vida. ¡Qué suplicio, qué desolación, cuán amarga es la miel de la tierra! Muchas veces me he dicho: Dios mío, ¡qué infierno sería esta vida si no se tuviera la gran Esperanza, el reino de los Cielos!

Ninguno de ellos volvió a hablar. El pope Fotis se levantó, miró hacia Oriente, se santiguó; amanecía.

Durante aquella noche, el viejo Patriarqueas, sentado en la cama, estuvo acechando el ruido de la puerta de entrada y los pasos de su hijo en el patio... Escuchaba y, cuando resonaban en la calle ruidos de pisadas, se levantaba y se apoyaba en la ventana. Nadie. Fumaba un cigarrillo, luego otro y se dejaba caer nuevamente en el lecho. A la aurora le venció el sueño —vio a un halcón planear sobre el patio y abalanzarse sobre el gallo blanco, el preferido, el que guardaba para reproductor. El halcón lo agarró entre sus garras y se lo llevó por los cielos, en tanto que el gallo cantaba alegremente como si amaneciese...

Aterrado se sobresaltó y un escalofrío le zigzagueó la espalda...

—¡Que no se cumpla ese mal presagio! —susurró santiguándose.

Dio unas palmadas y llamó a Lenio. Ésta llegó medio despierta, sin acabar de vestirse, despeinada, brillantes los ojos, saltarines los senos, como si quisieran brincar fuera de la camisilla blanca.

—Dime, Lenio, ¿volvió Michelis? ¿Dónde habrá pasado la noche? ¿Dónde habrá dormido?

—No ha vuelto, amo. Al pasar, he entrado en su habitación y no lo he visto. La cama no está deshecha.

Al cabo de un momento, añadió con risa sobreentendida.

—Muerta la viuda, Dios sabe adónde van ahora los mozos que pasan la noche fuera de sus casas.

—En cuanto llegue, dile que quiero verlo... ¡No te vayas! ¿Qué te ocurrió ayer en la fiesta? te perdí de vista.

Lenio se puso colorada, resopló, pero no respondió.

—¡Desvergonzada! ¿No puedes aguantarte unos días? Hemos decidido que te cases el domingo próximo, para que terminemos de una vez. Con esto tú quedarás tranquila, pobre hijita; por el contrario, Nikolio no volverá a estarlo... ¿Oyes lo que te digo? Tus ojos miran al vacío. ¿Por dónde se pasea tu pensamiento, eh, aturdida? Lenio se echó a reír, hizo ademán de restregarse mimosamente contra alguno, y respondió:

—Por las montañas.

En realidad su pensamiento estaba en la montaña, bajo aquella chaparra... Sin ir más lejos, ayer mismo Nikolio había balado como Dassos el carnero padre, cuando, al volverse, la había visto llegar sudorosa, arrobadas las mejillas. Silencioso, brutal, la había asido de la nuca y derribado a tierra. Dassos en aquel momento se había acercado, lo había olfateado y reconocido. Baló como su amo, y se había quedado allí, cerca de ellos, relamiéndose... De repente, Lenio oyó la voz ruda del viejo amo. Se sobresaltó.

—¿En qué piensas, maldita hembra en celo? Te hablo y no me oyes. ¿Tu espíritu vaga todavía por las montañas?

—A tus órdenes, amo —respondió Lenio de vuelta de la montaña—. Dispénsame, no te oía.

—Te decía que me preparases un café fuerte y muy azucarado. La cabeza me da vueltas, no me siento bien... Acaso tenga hambre...

Pero Lenio había ya franqueado la puerta y volaba por la escalera haciendo resonar los tacones.

El viejo cerró los ojos y recordó el sueño... ¿Qué quiere decir el halcón? —susurró—. No lo comprendo. ¡Dios bueno, proteged mi casa!

Había salido ya el sol; en las callejas de la aldea retumbaban gritos de hombre, balidos, bramidos de animales. Hombres y bestias salían para el trabajo, dando la bienvenida a su manera al nuevo día.

Lenio llegó con la taza de café muy azucarado. El viejo arconte se sentó cerca de la ventana y sorbió gota a gota el mágico brevaje. Se le despejó la cabeza. Clavada la vista en la puerta de entrada, se puso a fumar. A cada instante se retorcía los bigotes y suspiraba lamentablemente. La víspera el pope lo había zarandeado diciéndole que mientras él se deleitaba tranquilamente engullendo el lechón lechal Manolios soliviantaba a los paisanos, proclamando que Cristo nos manda a cada uno el dar el diezmo de sus ingresos a los menesterosos del Sarakina; y lo que es peor, algunas mentalidades exaltadas le habían creído. Ese astuto pope Fotis, ese piojoso que juega a los ascetas es el que ha intervenido, sembrando la discordia... Espera, espera, hay algo más fuerte todavía: ¡tu hijo Michelis es el primero que se ha puesto de parte de ellos, amenazando con su actitud a la aldea! Y ahora ese maldito Manolios, ese fariseo alza el estandarte de la revuelta, ¿lo oyes, viejo arconte? ¡Quiera Dios tenernos de su mano, pues si no estamos perdidos!

—Viejo, si yo no os tengo de mi mano —dijo el arconte PatriarqueasDios no se romperá la cabeza por eso. Por otra parte, ¿es que Dios tiene tiempo para ocuparse de todo el mundo? Soy yo el que tengo que poner orden aquí, en Licovrisí. Y voy a comenzar por dar un tirón de orejas al avivado de mi chico. Después le llegará el turno a ese idiota de Manolios.

En ese instante la puerta de la calle se abrió y Michelis entró de puntillas. El viejo se estremeció, e inclinándose por la ventana, le gritó:

—¡Que tengas buen despertar, buen mozo; concédenos el placer de subir para que nosotros también te veamos un poco!

«Cuidado, Michelis, sujeta la lengua, se dijo el joven, es tu padre, no lo olvides».

—Ya subo, padre —respondió.

Subió la escalera de piedra y dio los buenos días a su padre, que no le dirigió ni aun la vista. El viejo se esforzaba por encolerizarse; hasta ese momento había estado internamente vituperando a su hijo, pero ahora que acababa de verlo entrar furtivamente y deslizarse como él mismo lo había hecho a su edad, en esa misma casa paterna, cuando volvía de casa de sus amiguitas, el viejo sintió derretírsele el corazón. «Yo era igual, pensaba. Pero yo pasaba la noche fuera, porque estaba de francachelas, pero éste es para entretenerse con sus chalados compañeros hablando de Dios... Quién sabe, si esto no es también una calaverada, a fe mía; el muchacho es joven, esto se le pasará...». Pensando todo esto, de espaldas a su hijo, se esforzaba por aumentar su cólera, pero viendo que ésta tardaba en venir, se volvió bruscamente, despechado de no poderse irritar y gritó:

—¿Qué es lo que me dices ahora?, ¡contesta! ¿No es una vergüenza? ¿No sientes respeto por tu posición, ¿Olvidas que eres hijo y nieto de arconte?

Se sintió dichoso al comprobar que, a medida que iba hablando, se enardecía; alzó entonces todavía más el to no:

—¡Te prohíbo que vuelvas a ver a Manolios!

Michelis tardaba en responder: «Es tu padre, se decía, ten paciencia; él siendo fuerte no estalla, se contiene. ¡Contente tú!».

—¿Por qué no respondes? ¿Por dónde has andado de picos pardos aun esta noche? ¿Por el Sarakina? ¿Con tu haraposo pope y ese iluminado de Manolios, el criado? ¿A eso llamas compañías? ¿Tan hondo has caído, desgraciado?

—Padre —respondió tranquilamente Michelis—, no insultes a hombres que son superiores a nosotros...

Esta vez el viejo arconte se levantó bruscamente y se enfureció de verdad:

—¿Qué has dicho? ¿Pero has perdido completamente la chaveta? ¿Superiores a nosotros?, ¡el pope andrajoso y nuestro sirviente!

—Ese pope andrajoso, como tú lo llamas, es un santo. ¡Nosotros no somos dignos, todos nosotros, los arcontes Patriarqueas, ni de desatarle los cordones de los zapatos!

El anciano tiró el cigarillo; la sangre se le subía a la cabeza.

—En cuanto a Manolios, si quieres te lo recuerdo —continuó Michelis tranquila e imperturbablemente—, sabes muy bien que cuando todos los notables, arcontes, popes, maestros, temblábais acurrucados en el calabozo, pensando solamente, no en salvar a la aldea, sino vuestro pellejo, Manolios, el criado, se ofreció para salvar al pueblo. ¿Quién se ha mostrado como verdadero arconte de la aldea? ¿Tú, arconte Patriarqueas, o bien su santidad el pope Grigoris? ¡No, no! Fue Manolios; ¡desde ese momento nosotros somos los criados y él el arconte!

El anciano cayó boca arriba en la cama con los brazos abiertos; abrió y cerró dos o tres veces la boca; se le cortó la respiración; se ahogaba.

Michelis se calló, avergonzado de haberse olvidado de los propósitos que había concebido y de haber, a su pesar, maltratado a su padre. Se acercó a él, le colocó bien las almohadas y le preguntó:

—¿Quieres algo, padre? ¿Deseas que Lenio te haga una limonada?

—Eres igual que tu madre —gruñó el anciano, mirando a su hijo estupefacto—, eres como tu madre. Miel por fuera, hiel por dentro.

A Michelis le fulguró la mirada. Entre su padre y él, el aire se espesaba y de pronto su madre se le apareció pálida dolorosa, llena de nobleza y de humildad. «¡Madre mía!» balbuceó Michelis, devorando con los ojos aquella aparición repentina.

Sopló el viento, la luz se estremeció y la forma santa se desvaneció.

—¿En qué piensas? —le preguntó el anciano.

—En mi madre —respondió el hijo—. En mi madre, a quien tú has tiranizado mucho, padre.

—Yo soy un hombre —replicó el viejo irritado—, y por eso tiranizo a las hembras. Eso es lo que ellas quieren. ¿Qué puedes tú saber de esto? Todavía tienes la leche de tu madre en los labios.

—Dios quiera que conserve siempre en mis labios, esa leche de que me hablas.

De nuevo la madre se alzaba entre ellos, pero soberbia y valiente esta vez... Ella meneó la cabeza al mirar a su hijo, extendió hacia él la mano para bendecirle, y una voz, la voz de la madre, surgió de lo más profundo de Michelis: «Alza la cabeza, hijo mío, tú eres hombre, no le temas como yo le he temido. Lo que yo no me he atrevido a decirle, díselo tú, ¡venga a tu madre, Michelis!».

Resuelto, el hijo se apoyó en la ventana y esperó. El anciano se levantó suspirando y se acercó a su vez a la ventana:

—Escucha —le dijo.

—Escucho —respondió el hijo mirando a su padre en los ojos.

—Yo he decidido ya, decide tú también: o yo o Manolios, escoge. O dejas a Manolios y a su banda, o te vas de mi casa.

—Me iré de tu casa —respondió Michelis.

El viejo estupefacto se tragó a su hijo con los ojos, y le gritó:

—¿Quieres más al criado que a mí, a tu padre?

—No quiero más a Manolios, no; pero ¿qué tiene que ver Manolios en este asunto? A quien he elegido es a Cristo. Eso es lo que me has preguntado sin darte cuenta. Y ahí tienes mi respuesta.

El anciano se calló; a grandes pasos recorrió la habitación y, deteniéndose otra vez ante su hijo, le preguntó con voz pesada y cuajada de reproches:

—¿Qué tienes contra mí?

—Nada, pero tú me has obligado a escoger, y he escogido. No puedo hacer otra cosa.

El anciano se dejó caer pesadamente sobre la cama y se cogió nerviosamente la cabeza entre las manos; sentía que sus entrañas se le rasgaban. Al fin pudo decir:

—Vete, vete, que no te vea más.

El hijo se volvió; contempló al viejo derrumbado y tuvo piedad; mas una voz imperiosa le gritaba dentro de sí: ¡Vete! Se acercó al padre y, cayendo de rodillas, le pidió:

—Padre, me voy. ¿Puedes darme tu bendición?

—No —respondió el anciano—, no; no puedo.

Michelis se levantó y se dirigió a la puerta. Su padre estuvo a punto de gritarle: «¡Hijito mío!»

pero tuvo vergüenza de humillarse y se contuvo.

El hijo abrió la puerta. Se volvió una vez más:

—Padre —díjole—, ¡adiós! —luego, traspasó el umbral.

Largo rato después, Lenio, al no oír más disputas subió de puntillas, aplicó la oreja al ojo de la cerradura, y oyó ronquidos profundos, entrecortados por suspiros. La cama se quejaba.

—El viejo duerme y tiene pesadilla —susurró—, terminó la pelea. Al mediodía se levantará, hambriento como un lobo; voy a torcer el pescuezo a una gallina... ¿Y dices que tienes una sola panza? Pues no alcanzo nunca a llenártela... Jamás quedas satisfecho. ¡Qué olla!

Bajó de nuevo y entró en el gallinero para elegir la gallina que iba a matar. El gallo blanco, de cresta escarlata, se engallaba fanfarrón; a su alrededor, las gallinas picoteaban y cloqueaban. Lenio se detuvo un instante, ardiendo en deseos de ver a una gallina acurrucarse y al gallo saltar encima; desde hacía años se deleitaba con este espectáculo, anhelándolo; ella se sentía a su vez acurrucada y también llegaba a sentir un peso, muy agradable, como el de un hombre. Pero ¿de qué hombre? Al principio, siendo muy jovencita, ese macho invisible no tenía rostro; luego, había tomado el de Manolios; después el de Nikolio y, desde hacía meses, no había ya cambiado.

De una mirada eligió una vieja gallina, la moteada; mas, en el preciso momento en que alargaba la mano para atraparla, la moteada se acurrucó y el gallo blanco, desplegadas las alas, la cubrió; Lenio tuvo compasión de la gallina, y eligió otra.

Cerca del mediodía, puso la mesa, escalfó un huevo en la sopa y aguardó a que el patrón la llamase; pero tardaba.

—Cuánto tiempo emplea, este viejo glotón —rezongó Lenio—, ¡sólo faltaría que ahora fuera a liar el petate! Y sobrecogida de inquietud:

—Con tal que tire hasta el lunes por la mañana. De otro modo ¿cuándo me casaría? Ya no puedo aguantar más.

Volvió a subir, abrió suavemente la puerta y echó una mirada a la habitación. El arconte yacía tendido en la cama, con los ojos fijos en el techo. No se movía ni tampoco suspiraba. Lenio entró alocada; ¿estaría muerto? Pero el viejo movió los párpados.

—Patrón —dijo Lenio tranquilizada—, he puesto el huevo en la sopa; tienes que bajar.

—No tengo hambre —gimió— no me siento bien ¿sabes, Lenio? Llama al pope Grigoris.

El viejo se incorporó; tenía el rostro azulado, surcado con estrías violáceas. Lenio lanzó un chillido.

—No temas, todavía no me he muerto. Quiero simplemente hablar al pope. ¿Michelis está abajo?

—No, fue a mudarse de ropa a su habitación; se puso la de diario y se ha ido cargado con un lío.

—¿No ha dicho nada?

—Nada.

—Envía alguien a la montaña a buscar a Manolios, ¡que el diablo se lo lleve! Que venga a verme inmediatamente, antes de ponerse el sol... ¿Oyes? Vamos, ¡Vete!

—¿No ha dicho nada? El viejo reflexionó un instante.

—¿Qué has preparado?

—La cazuela de gallina que tanto te gusta.

—Pon mucho limón en el caldo, ahora bajo.

Lenio brincó por las escaleras contentísima: «Resistirá seguramente hasta el lunes por la mañana. Su rostro me da mala espina. Voy a ir a pedir a Antonis que le ponga ventosas; es menester que no reviente tan pronto».

Entre tanto, Michelis había llegado a la montaña, con el lío bajo el brazo. No encontró en el aprisco a Manolios, y se sentó en el banco de la entrada. Las sombras se recogían: faltaba poco para mediodía. En la montaña de enfrente, la iglesita del profeta Elías parecía disolverse en la luminosidad vertical.

Michelis cerró los ojos. Estaba extenuado; el corazón le desbordaba de amargura: «Todo se ha terminado —susurró— y todo comienza. Cristo, tú eres quien ha trazado el camino, ayúdame para que llegue hasta el fin. Tú estás allá, al final del camino, y me esperas».

Abrió el petate, sacó el evangeliario recuerdo de su madre, encuadernado en grueso cuero de cerdo y cerrado con una cerradura y cadena. En una de las páginas había una hoja de laurel como señal. Con la cabeza inclinada sobre el libro sagrado, Michelis leyó: «Si alguno viene a mí y no aborrece al padre, a la madre, a la mujer, a los hijos, a los hermanos, a las hermanas y aun su propia vida, no puede ser mi discípulo. El que no toma su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo...»

Desde hacía ya muchos días leía y releía estas palabras de Cristo y se esforzaba por comprenderlas. Al principio, le habían parecido duras, inhumanas. ¿No habría, se preguntaba, un camino más conforme al corazón humano? ¿Habría que pagar con tanta sangre la salvación? ¿Por qué el padre y la madre son un obstáculo? ¿No podemos amarlos al par que nos elevamos hacia Dios? Michelis multiplicaba las preguntas, pero era incapaz de encontrar las respuestas. Pero he aquí que poco a poco sintió que su corazón se aligeraba del peso de esta tierra, y que ascendía lentamente... Y ya, desde la otra noche, se sintió suspendido entre cielo y tierra...

Poco después del mediodía, Manolios volvió del pastoreo. Se sorprendió de ver a semejante hora a su amigo en la montaña.

—He abandonado la casa de mi padre, Manolios. El viejo me ha dado a elegir. Y yo he elegido el camino de Cristo.

—Es un camino difícil, Michelis —dijo Manolios pensativo—. Difícil sobre todo para los ricos. ¡Bienvenido seas!

Sirvió la comida en la mesa baja.

Michelis le contó lo que había pasado con su padre y la decisión tomada.

—No podía más, Manolios, mi vida era demasiado fácil. He sentido vergüenza.

—Bienvenido seas —repitió Manolios—. El camino es rocoso, la ascensión es ruda, al comenzar se hieren los pies. Michelis, pero poco a poco parece como que te empujan unas alas, que los ángeles te alzan por los sobacos y te suben alegres, cantando, por la montaña escarpada de Dios.

Dicho esto se levantó y tomando el cayado, se despidió:

—Tu padre me ha enviado a decir que me presente inmediatamente. Adivino lo que me va a decir. ¡Hasta la noche!

—Dios te acompañe.

Lenio, de rodillas en el patio, arremangada la blusa, arrebolada, fregaba la batería de cobre que el viejo amo le había generosamente regalado en dote. Lenio le sacaba brillo a fuerza de puños, cantando. Su voz se elevaba a la montaña, y Nikolio, de pie a la sombra de la chaparra, aguzaba las puntiagudas orejas, tomaba la larga flauta y le respondía.

Manolios apareció a la vuelta del camino, oyó los gorjeos de Lenio y sonrió. «Esta Lenio es una yegua salvaje, pensó, verdaderamente una yegua salvaje; solamente la domará un crío».

Lenio levantó la cara hecha un fuego y vio a Manolios que franqueaba el umbral.

—¡Salud y alegría! —díjole a su antigua novia—. Veo que te preparas, Lenio. ¡Que seas muy feliz! —¡Te deseo otro tanto! —respondió Lenio risueña—; ¡que te atrape una buena novia! Vamos, date prisa, infeliz, que el patrón te espera.

Dicho esto, la muchacha volvió a sus cantos, ahora con más energía, deseosa de demostrar a su antiguo adorador que se burlaba de él y que no le importaba ya, desde que había encontrado un novio mejor —¡eso le hará reventar de despecho!

El viejo Patriarqueas liaba cigarrillo tras cigarrillo, fumaba y digería la gallina aguardando a Manolios; se había puesto la larga prenda de arconte, pero estaba descalzo, pues tenía calor. Su cara estaba amoratada y las venas del cuello próximas a reventar. Iba y venía por el cuarto, resoplando de cólera y de vez en cuando se tumbaba en la cama, agotado.

—Tengo yo la culpa... tengo yo la culpa... —se repetía sin descanso—. Tengo yo la culpa por

haberme compadecido de él y haberle sacado del Monasterio, donde se consumía como un eunuco, para que llegase a ser un hombre de verdad. ¡Bien merecido me está! Tiene razón ese avariento de Ladas. Cuántas veces no me ha dicho: «Haces el mal, todos te temen y respetan; obras bien, no tienes más que disgustos y engorros». Yo no le hice ni pizca de caso, ¡Y ahora surgen los disgustos!

Los gorjeos de Lenio acabaron por exasperarlo.

—¡Al diablo con esta maldita hembra, deseo vivamente que se case, eso la tranquilizará, de lo contrario va a trastornar a toda la aldea!

Y se precipitó a la ventana para de un grito mandarla callar, cuando la puerta se abrió: el viejo se volvió. Manolios apareció en el umbral. Aquél se sobresaltó, y la ira brilló en sus ojos:

—Entra... —le gritó y cerró violentamente la puerta tras Manolios a quien lo empujó contra la pared.

—¿Ése es tu agradecimiento, eh? ¡Te he traído a mi casa y tú no me has proporcionado más que desgracias! Antes de que tú vinieras, estábamos bien, se vivía tranquilamente en esta casa y también en la aldea. Y has venido tú, especie de asqueroso profeta, para turbar el orden... ¿Por qué? ¿Con qué derecho saliste el otro día a salvar al pueblo? Ése era menester mío. ¿Por qué has de poner tu granito de arena y mezclarte en lo que no te incumbe? Yo te lo voy a decir: para hacerte pasar por santo, para que los imbéciles te crean y poder proclamar la revolución en la festividad del profeta Elías.

—¿La revolución? —exclamó Manolios asombrado.

—¿Qué otra cosa eran las palabras imprudentes que anteayer nos espetaste en la montaña? Hay que entregar un décimo de las rentas a los andrajosos, para que todos seamos iguales, todos hermanos, todos andrajosos. ¡Qué! ¿Es eso lo que quieres? ¿Que se les den también nuestros campos, a medias en los frutos?, y ¿con qué derecho? Pero ¡si son nuestros, si son nuestro patrimonio, nuestra sangre! ¿También tendremos que partir con ellos nuestra comida, nuestra carne? ¡Esto sería el fin del mundo!

Y sacudió a Manolios por el cuello, como un loco furioso.

—¿Quieres hacer de esto una segunda Rusia? ¿Ese país donde unos se tragan a los otros, donde cada uno manda a su vecino, donde no existe diferencia alguna entre señores y sirvientes, donde ¡Señor, ten piedad de nosotros! el piojo se ha hecho tan grande como una tortuga. ¿Y ese piojo, eres tú que vienes a metérmelo en mi cama para devorarme?

Presa de terror ante la imagen de ese piojo, miró a Manolios horrorizado.

—Nunca habrás oído contar esto, sesera hueca. Un día el vientre enarboló la bandera de la revolución y subió hasta la cabeza para gobernar el cuerpo. Entonces, los excrementos del hombre le empezaron a salir por la nariz, por la boca, por los ojos, hasta que reventó. No perturbes, pues, el orden de Dios. El vientre que se quede en su sitio, y la cabeza en el suyo para gobernar. ¡Y yo soy aquí la cabeza!

Daba vueltas por la habitación como una fiera enjaulada, golpeaba las paredes con los puños, escupía en el suelo.

—¡Y dices que será necesario que no haya más ricos! Pero entonces ¿quién dará limosna a los pobres? ¿No has pensado en esto? ¿Dónde trabajaría tu tía Mandalenia? ¿Y dónde tu señoría podrá servir? Al llegar aquí explotó:

—Sarnosos, piojosos, bribones —le gritó—, no poseéis siquiera una pulga

da de tierra y gritáis: «¡Somos hermanos!» ¿Para qué?, para que se reparta todo fraternalmente, como dices, y os traguéis la mitad de nuestros bienes... ¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza, eh, atolondrado?

—Cristo —respondió Manolios.

—¡El diablo te lleve! ¿Qué Cristo, eh? El vuestro, pero no el mío. Habéis fabricado un Cristo que es vuestro retrato, lleno de salivazos, piojoso, famélico, revolucionario; un bolchevique. Le habéis hecho decir lo que os agrada y después lo habéis enarbolado como estandarte de la iglesia aullando: «Todos tenemos el mismo padre, así pues, abajo el patrimonio, distribuyámoslo». Como somos todos hermanos, ¡traed el asado y comamos todos! Pues bien, ¡vosotros no lo comeréis!

Arrojó el cigarrillo por la ventana, escupió al patio y luego, volviéndose a Manolios le agarró la

esclavina y a gritos le ordenó:

—Te vas inmediatamente. No quiero tus servicios. ¡Y esta misma noche! Vete a juntarte con los tuyos, los andrajosos. ¡Distribuiros vuestra sarna, vuestros piojos, vuestro reino de los Cielos!

Dichas estas palabras, la puerta se abrió y apareció el pope Grigoris, majestuoso como un obispo.

—Arconte, dispénsame por llegar tarde —dijo—; pero mi hija Mariori no está bien.

Al volverse y ver a Manolios, frunció el entrecejo.

—Muy reverendo —dijo el viejo Patriarqueas—, no tenemos ya nada que hacer aquí; esto es el mundo al revés; el arconte Manolios ha proclamado la revolución, va a prender fuego al mundo. Y el buen pájaro de mi hijo también ha alzado el estandarte revolucionario, y esta mañana me ha declarado: «Dejo la casa, te abandono, viejo Patriarqueas, he elegido el camino de Cristo». ¡Como si este camino, el mío fuese el del Anticristo! ¡Esto es el fin del mundo! Felizmente que has venido, padre mío, y pondremos las cosas en orden.

El pope extendió el brazo y señalando a Manolios, dijo:

—¡Éste es el Anticristo! Éste es el que siembra la discordia en nuestro pueblo. Éste es quien llena la cabeza de la gente de ideas peregrinas. ¿Qué paparruchas eran ésas con que saliste en la fiesta? ¡Palabra de honor que lo que tiendes es a poner las cosas patas arriba!

—Eran palabras de Cristo —respondió Manolios—. Sed caritativos con los pobres, el que posea dos camisas dé una; todos somos hermanos. Nada más.

Al pope se le hincharon las narices, y desdeñando discutir con un sirviente, se dirigió al viejo arconte:

—Este hombre es peligroso. ¡Es absolutamente necesario que lo eches, que lo eches de la aldea, para que no nos contamine! Éste es quien ha trastornado a tu hijo. Con sus tretas, logra darse importancia y nos derribará a todos. ¡Que se vaya! No es un pastor, ni un cordero, ¡es un lobo! Manolios se separó de la pared y llevándose la mano derecha al pecho, les dijo:

—Adiós arcontes y reverendos, me voy.

—¡Vete, con la maldición de Dios! —rugió el pope elevando la mano.

—La maldición de notables y de popes —replicó Manolios—. Vosotros los popes sois los que habéis crucificado a Cristo. Si descendiese nuevamente a la tierra lo volveríais a crucificar. ¡Adiós!

Se dirigió tranquilamente a la puerta, la abrió, se volvió y repitió con voz tranquila:

—¡Adiós!

Bajó la escalera y se sintió ligero y alegre como transportado por ángeles.

CAPÍTULO XIII

Cuando Manolios se puso en camino hacia la montaña ya anochecía. En el cielo se habían amontonado nubes, soplaba un tibio viento del este y empezaron a caer algunas gotas en las manos, en el rostro del caminante y en la tierra reseca; la carne de Manolios tan alterada como la tierra, se deleitaba con la lluvia.

—¡Qué milagro es este mundo! —monologaba mientras subía la pendiente—. Si tengo los ojos abiertos veo las montañas, las nubes y el caer de la lluvia; si cierro los ojos, veo a Dios creador de las montañas, de las nubes y de la lluvia. Por todas partes, ya sea a la luz del día, ya en medio de las tinieblas, ¡la gracia de Dios nos rodea!

Se había olvidado ya de arcontes y popes, se había desembarazado de vanos cuidados, estaba por encima de las minúsculas alegrías y de las pequeñas penas; había alcanzado la máxima alegría y la mayor pena, la que está por encima de toda alegría y de toda pena: se encontraba cara a cara ante su Dios.

Echado por el patrón a quien había servido tan fielmente, mañana, al amanecer, diría adiós a la montaña que tanto amaba. Se echaría al hombro el petate, cogería el cayado y solo, sin amparo, se iría por un camino solitario y siempre cuesta arriba.

Arreciaba la lluvia, a lo lejos los truenos rodando se acercaban sordamente; Manolios apretó el paso. El viento que soplaba a sus espaldas, lo empujaba hacia adelante, y le pareció que el viento tenía alas y hasta un hálito humano.

Distinguió en lontananza una débil lucecilla, y reconoció el tragaluz del aprisco. Pensó que a esa hora, Nikolio que ya había ordeñado y cenado estaría acostado. Esa luz debe ser Michelis que lo espera, y el corazón le latió fuertemente al recuerdo del amigo.

«No podrá resistir —se dijo—; sus costumbres son de arconte, se ha habituado a comer bien, a dormir en cama muelle, a vivir al calor y al resguardo de una casa; mejor es que vuelva a su hogar. Que tenga paciencia; no le ha llegado su hora todavía. Quiéralo o no, la riqueza entorpece el alma, le impide que marche libremente. También está Mariori que le sujeta a la tierra, a pesar suyo...»

Se acordó entonces de las duras y netas palabras de Cristo: «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos».

Encontró a Michelis sentado delante de la chimenea, mirando el fuego.

—¡Salud al joven arconte de la montaña! —díjole alegremente, secándose los cabellos y la cara relucientes por la lluvia—. Mañana por la mañana me despediré de esta querida cabaña y me iré; tu padre me ha echado.

Se sentó en el suelo frente al fuego y le contó sin inmutarse que había encontrado al viejo arconte hecho una furia; que le había hablado duramente y que le había echado, y que el pope le había lanzado su maldición.

—Todo ha pasado —dijo en conclusión—, como yo lo esperaba; como debía suceder, no siento pena. Tu padre tenía que echarme, el pope había de maldecirme, yo debía irme.

—¿Adónde te vas ahora? —preguntó Michelis apretando la mano de su amigo con amorosa inquietud.

—La noche es buena consejera. A menudo Dios desciende cuando dormimos en forma de sueño y nos muestra el camino. Todavía no lo he decidido. Él lo decidirá. Ya veremos; no te inquietes.

—¿Te acuerdas de aquella noche en el patio de Kostandis? —le preguntó Michelis—. Te dije que adonde tú vayas, no me importa adónde, allá iré yo contigo; pues ahora te lo repito.

—No te apresures demasiado. Michelis, no te apresures demasiado, mañana veremos.

Como los dos estaban fatigados, se acostaron. La lluvia arreció, violenta y alegre; las hierbas secas de la montaña, refrescadas ahora, embalsamaban el ambiente; el viento traía de lejos, en

suaves bocanadas, la fragancia resinosa de los pinos; la tierra exhalaba también su perfume. El cerebro de Manolios semejante a un terrón de tierra, acogía agradecido la lluvia y se aclaraba refrescándose.

¿Sería ésa la respuesta de Dios? ¿Descendería esta noche en forma de lluvia bienhechora? Manolios acogió a Dios y se encontró dichoso de los pies a la cabeza. Las aves nocturnas, acurrucadas en las rocas o en los huecos de los árboles también sentían que Dios descendía sobre sus alas mojadas.

Michelis oía el caer de la lluvia, husmeaba el olor a tierra mojada y no podía dormir. Mariori surgió en su imaginación y el corazón se le puso a

revolotear inquietísimo al ras de la tierra húmeda. La última vez que la había visto, la había encontrado sin acicalar, muy pálida y agotada. Tosía constantemente tapándose la boca con el pañuelo; pero ya no usaba pañuelos blancos, sino rojos, para que no se notase la sangre... «Michelis, le había dicho, me voy a la ciudad, mi padre me lleva para consultar a los médicos; no estoy bien».

Esta noche, al aspirar ese aroma de la tierra mojada, Michelis sentía estremecérsele el corazón. «Todavía estoy atado a la tierra —susurró—, todavía...».

Y al fin, suavísimamente, el sueño acunó a Manolios y a Michelis, y a la mañana, cuando abrieron los ojos, la montaña recién lavada, reía saludando a los primeros rayos del sol; nubecillas como vellones ascendían por el cielo, e infinidad de gotitas suspendidas de las ramas, temblorosas, brillaban.

Manolios descolgó de la pared el icono la Crucifixión de las golondrinas, regalo de Michelis; después, la máscara de Cristo, tallada por él; escogió algunas ropas, hizo con todo un lío y lo colocó en el banco de piedra.

Michelis lo miraba sin decir nada. Se sentaron y tomaron la leche en silencio, después Manolios se levantó. Su mirada se detuvo en la cabaña, en el banco, en las rocas de los alrededores, en la montaña, como en un mudo adiós. Por último, buscó en un rincón el cayado. Michelis se había ya levantado de la mesa.

—¿Estás decidido, Manolios? ¿Te vas? ¿Adónde?

—Que lo pases bien, Michelis.

—Dime, ¿adónde vas?

—Al Sarakina. Quiero compartir con ellos el hambre.

—¿No quieres que vaya contigo?

—Todavía no. Paciencia. Tú tienes padre, novia. Yo, nada. Es más fácil.

—Sí, pero está escrito: Aquel que no odie a su padre, a su mujer y a sus hijos, no es digno de llamarse discípulo mío.

—Lo sé, Michelis. Mas tu corazón ¿ha extirpado ya todas las raíces que lo sujetan a la tierra, al padre, a la mujer? Todavía no. Entonces, ten paciencia, te llegará tu hora, no estés apurado. Esa hora llegará como la perdiz, caminando sin hacer ruido.

—No quiero volver a casa de mi padre.

—Bien, no vuelvas. Quédate aquí, entre el Sarakina y Licovrisí; espera a la perdiz, a la hora tuya. ¡Hasta pronto! Tendió la mano a Michelis y se la apretó con efusión.

—Manolios —le dijo—, no tardaré en ir a reunirme contigo, te lo juro. ¡Hasta pronto!

Manolios se colocó el lío bajo el brazo izquierdo, se santiguó y se puso en camino. De nuevo acudieron las alas de ángel, y Manolios volaba de piedra en piedra. La iglesita del profeta Elías se le iba acercando cada vez más, relumbrante entre los peñascos en la cima del monte. A su vista, Manolios levantó el cayado y lanzó un grito salvaje.

El viejo Patriarqueas esperó a su hijo todo el día. Dos y tres más pasaron en vano, desesperado el viejo arconte le envió parientes que le hablasen, también comisionó al maestro; en fin, acabó por llamar a Yannakos.

—Hazme el favor, Yannakos, ve a ver a mi hijo, háblale tú también. Vosotros sois de la misma banda, puede ser que a ti te escuche.

Yannakos agachó la cabeza.

—Creo sinceramente que como van las cosas, no tardaré yo mismo mucho en irme a la montaña, arconte. Envía, pues, a otro.

Panayotaros vino a ver al arconte para informarle:

—Arconte, tengo datos precisos. Manolios tiene su guarida en el Sarakina; allí reúne a los refugiados, los discursea, los excita. Afirma que los hambrientos tienen derecho a desvalijar a todos los que tienen con qué comer. Acuérdate de lo que te digo: el día en que los impulse el hambre, descenderán a la aldea como lobos.

Se detuvo un momento, pareció dudar, suspiró, miró a su alrededor e, inclinándose a la oreja del anciano, le insinuó:

—Tengo una sospecha, arconte.

—Habla, Panayotaros. Te escucho. Como no amas a nadie, tú ves claro. Habla, pues.

—¡Manolios es bolchevique!

—¿Bolchevique? —repitió el arconte en son de pregunta y rascándose la cabeza—; y ¿qué quiere decir eso?

—Eso quiere decir: si tú quieres comer, tú te sirves, si quieres algo, ¡lo birlas! Es una gavilla de bandidos que desde hace algún tiempo entrecruzan el mundo...

—¿Y tú crees?...

—Segura y ciertamente. Ellos tienen hombres en todos los países, en la más pequeña aldea y hasta en el fin del mundo. Vas al desierto, allí los encontrarás; en cada familia, los encontrarás; alza una piedra al azar, allí los encontrarás. Ahora bien, a Licovrisí han enviado a Manolios.

—¡Qué fábulas me cuentas, amigo Panayotaros! Me pones la mosca en la oreja; así voy a reventar. ¡Habla claro!

—Ciertamente hay motivo para reventar. ¡Y con qué destreza hacen su juego, esos hijos del diablo! Manolios, ¿has visto? se hace pasar por santo. No le agrada la carne, según comentan, ni dice nunca una mentira, no corre tras las mujeres y hasta, en estos últimos tiempos, no se separa de un pequeño Evangelio. Cada vez que ve llegar a alguno, allí se lo ve, hojeando su libraco y haciendo creer que lee. ¡Son pamemas! Sin ir más lejos, el otro día cuando iba a ser colgado, ¿sabes lo que me han dicho? Escucha esto y se te pondrá la carne de gallina: se había puesto de acuerdo con la vieja Marta quien ya había encontrado la ropa de Hussein manchada de sangre, para que la mostrara a último momento. ¿Para qué? Para que la gente creyese que Manolios estaba dispuesto a dar su vida a fin de salvar al pueblo, manera de crearse un nombre, de tener al pueblo a su favor, y, llegado el momento, siguiendo órdenes de Moscú, lanzarlo a degollar a arcontes y notables...

El viejo Patriarqueas se derrumbó en una silla y se cogió la cabeza con las manos.

—¡Misericordia divina! —murmuró—, misericordia divina, ¡esto es el fin del mundo!

Y, levantándose de un salto casi inmediatamente, abriendo desmesuradamente los ojos hinchados, tartamudeó con la boca crispada:

—Pero entonces, ¿mi hijo?...

—Manolios lo ha embaucado, arconte; se le ha subido a la cabeza, y él mismo, sin darse cuenta, se ha convertido en bolchevique. ¿No ves que ha dejado tu casa para ir a reunirse con él en la montaña? Ya verás cómo no estará muy lejos el día en que Yannakos también se vaya, y detrás de ellos Kostandis abandonará su casa e irá a unírseles... Es como las enfermedades contagiosas, arconte. Se transmiten de unos a otros. Y Antonis, el barbero, no está muy lejos de atraparla. Y hasta el gordo Dimitros, el carnicero. Y quieres que te lo diga, hasta el maestro de escuela...

—Pero ¿qué me cuentas, Panayotaros? ¡Esto es el fin del mundo...! Quiero ir a ver al pope Grigoris, a fin de poner orden en todo esto...

—En cuanto se refiere al pope Fotis y a los andrajosos que trae a sus ancas, si quieres saberlo, a éstos son los moscovitas quienes los han expedido directamente a Licovrisí. Dicen ellos que los turcos los han echado... que se han sacrificado por la patria... ¡Todo es pamplina! Son los moscovitas quienes los han enviado; te lo digo yo. Manolios les había enviado un mensaje diciéndoles: aquí, en Licovrisí, no falta el pan, hay de todo en abundancia, venid y asaltaremos la

aldea. Aquí tenemos un arconte completamente chocho, que no opondrá ninguna resistencia. Y por eso, tú has visto cómo Manolios y el pope Fotis se han entendido inmediatamente como ladrones de feria. De una mirada, se han comprendido. Por eso también, el otro día cuando tú lo echaste, ¿adónde se fue?: ¡derechito al Sarakina! ¡Está claro, arconte!

El viejo Patriarqueas recorría a paso largo la habitación de un extremo a otro. Bruscamente se paró y con decisión le ordenó:

—Vete a decir al pope Grigoris que es absolutamente necesario que lo vea. ¡Esta misma noche!

—El pope Grigoris se va esta noche con su hija a la ciudad. Mañana estará de vuelta. Va a que la vean los médicos; la muchacha tose, esputa sangre, en fin, tiene una mala enfermedad.

—¡El diablo se la lleve! —fulminó el anciano furibundo—. ¿No tienes más que calamidades para contarme desde por la mañana?

—Arconte, te digo lo que sé. Si quieres, puedes creerlo o no, eso es cuenta tuya. Dispénsame, pues ya bastante te he hinchado la cabeza. Me voy.

«¡Vete al diablo, Judas Iscariote!» —maldijo el anciano en su fuero interno. Luego, en voz alta:

—Hasta luego, Panayotaros. Y todo lo que sepas...

—Ni una palabra más. Estoy para eso...

Y salió con pesados pasos de oso. En su cara picada de viruelas afloraba una satánica sonrisa.

El viejo Patriarqueas se dejó caer cuan largo era en la cama, rumiando con todas sus fuerzas lo que le había dicho Panayotaros. Pero, por más que lo hacía, no podía digerirlo.

—¡Caramba, pensar que hemos estado a punto de meternos en un lío! Dios permitió que estuviéramos ciegos, palabra; nadie había quitado la hojaldre al pastel, ni el pope, ese viejo zorro, ni el maestro con todos sus libracos, ni aun yo mismo... ¡Pensar que tenía un espía a mi servicio! Viejo, para ser arconte, ¡eres un infeliz! ¡Ha sido necesario que este oso, este bruto, nos abriera los ojos! Será preciso echar a ese asqueroso de Manolios de entre nosotros y hacer que se vayan del Sarakina esos piojosos, esos dichosos bolcheviques; ¡habrá que limpiar estos parajes para que el honor y la justicia reinen nuevamente en la aldea! Mañana, cuando vuelva el pope pondremos orden en todo esto.

Este pensamiento lo tranquilizó; cerró los ojos e intentó dormir. Pero el sueño no venía. Abajo, Lenio cantaba con arrullos de tórtola; incapaz de estarse quieta, iba de un lado a otro, atendiendo a los amigos a fin de que admiraran su ajuar que había diseminado por todas las habitaciones de la larga galería para que aparentara mucho; allí las coronas de boda, entretejidas con flores de limonero, yacían entre confites y gruesos cirios blancos.

Esta noche, Nikolio bajará de la montaña, ataviado con traje nuevo, el regalo de bodas del patrón, y sobre sus cabellos negros, el pañuelo rojo que Lenio le había ofrecido. Mañana domingo, se celebrará el casamiento y, cabalgando una mula con gualdrapa roja, la recién casada, señora Nikolina, llegará a sus futuros dominios, la montaña y el aprisco.

Tendido en la cama, el anciano oía los cantos de Lenio, las alegres exclamaciones de los amigos que llegaban, las risas de las jovencitas... Todo esto le recordó su propio casamiento, cuando, siendo un muchacho de veintidós años, esbelto y guapo como San Jorge, se lanzó montado en un caballo blanco en busca de su novia. La volvía a ver en el umbral de la casa paterna, cubierta con velo blanco, como lo exigía la costumbre, a fin de que no pudiese vérsele el rostro. Él, el novio, se impacientó y gritó a sus suegros: «¡Quitadle esa nube, para que el sol resplandezca». La vieja mamá con los ojos húmedos, se empinó y le quitó el velo. Inmediatamente el cortejo —prometidos, padres, amigos, caballos, mulas, albardas multicolores— todo resplandeció como si realmente el sol hubiese salido en aquel momento.

Luego, en un vuelo rápido, el pensamiento del viejo Patriarqueas, recorrió su vida.

Los años habían pasado, el sol se había oscurecido, San Jorge había engordado, y mucho. Mas la sangre le seguía bullendo... Siendo ya arconte, había en su casa una sirvienta, una robusta muchacha, llamada Garufalia. Recordaba como si los estuviera viendo aquellos senos derechos y firmes, aquellas caderas capaces de contener al mundo entero, aquellas pantorrillas como rojas manzanas. Una noche, el arconte bajó la escalera sin hacer ruido, evitando que los escalones chirriasen a fin de que no lo oyese la señora Patriarqueas, envejecida antes de tiempo. Se deslizó en

la piecita donde dormía Garufalia, se acostó en su cama, y le hizo a Lenio.

Hoy Lenio se casaba.

El viejo arconte sonríe. Ya había echado en olvido los engorros de Panayotaros, el que su hijo había abandonado la casa; los años muertos, resucitados ahora en su mente, revivieron antiguas alegrías, francachelas y banquetes en que se sucedían sin cesar liebres, perdices, salmonetes, pollos, lechoncillos lechales, corderos asados, pilafs, patés, croquetas de carne, ostras, tartas, pastelitos, confituras, sorbetes helados, vinos generosos, caviar, todo lo que en su vida había devorado con buen apetito...

—Bendito sea Dios —susurró—, se han pasado buenos días.

Engordada la mente con tanto recuerdo, cerró los ojos y se durmió.

Mientras tanto, el pope Grigoris, cabalgando la mula gris, y su hija Mariori, montada en el borriquillo de Yannakos, se dirigía a la montaña adonde Michelis se había retirado. La muchacha había pedido a su padre le concediera ese favor.

—Necesito verlo, padre, lo necesito; no sé si volveré de allí adonde voy...

—No digas esas cosas, hijita —exclamó el padre con voz entrecortada por los sollozos. Dios es grande; sanarás; para Navidad celebraremos tus bodas. Y ese día bailaré para complacerte.

—Pasemos por la montaña, para verlo una vez más... —suplicó la muchacha.

—Sea, hijita. ¿Por ventura alguna vez te he negado algo? Dicho esto, torció la brida de la mula y se dirigieron a la montaña.

Michelis se hallaba sentado en el banco completamente solo. Nikolio, preparado para la boda, bien peinado y limpios los cabellos, cuidadosamente sujetos con el pañuelo de seda rojo, llevando el cayado colgado de la nuca entre los hombros, se arrancó de la montaña y se puso en camino, al par que gritaba a Michelis, que lo admiraba en silencio:

—Buenas tardes, patrón; me voy a casar ¡Mis saludos a las lechuzas! —y su risa retumbó por toda la montaña.

Pasó cerca del rebaño, se llevó dos dedos a la boca y silbó despidiéndose de los corderos. Mas al ver a Dassos, el morueco de cuernos retorcidos, que se levantaba a mirarlo, no pudo contenerse de asirle por los cuernos y luchar con él.

—Vete, cornudo —le gritó una vez satisfecho su deseo—, vete a juntarte con las ovejas, ¡yo voy en busca de Lenio! Hasta el lunes por la mañana. ¡Dame tu bendición, mi viejo Dassos!

No bien dicho esto, echó a correr cuesta abajo a todo lo que le daban las piernas.

Al oír voces que se acercaban, Michelis se levantó. Por entre los peñascos vio venir al pope Grigoris y detrás a Mariori, su querida novia. Su corazón le latió inquieto.

«¿Adónde van? ¿Por qué vienen acá? Ha debido suceder una desgracia» —susurró echando a correr a su encuentro.

—Querido Michelis —dijo el pope—, nos alegramos de verte en tu soledad. Vamos a la ciudad, y Mariori no ha querido que fuésemos sin venir a decirte adiós. No está muy bien y vamos a ver qué tiene.

—Buenas tardes, Michelis —dijo suavemente la jovencita poniéndose colorada al contemplar a su novio queridísimo.

Michelis los ayudó a echar pie a tierra y se sentaron los tres en el banco. El sol estaba todavía alto, mas a lo lejos se empezaba a extender una bruma por la llanura, hasta ese momento bañada por el sol. Dos cuervos pasaron por encima haciendo mucho ruido. Al verlos, el pope frunció las cejas, pero no dijo nada. Los dos jóvenes ni se dieron cuenta. Michelis tenía entre sus manos los dedos escuálidos de su novia en uno de los cuales lucía ya la alianza de oro.

—Voy a echar un vistazo a tu palacio —dijo el pope, y entró en la cabaña, a fin de dejar solos a los novios.

—Mi querida Mariori —preguntó Michelis—, ¿no te sientes bien? Dios es grande, querida, ten

confianza, eso no es nada, sé valiente; los meses pasan con rapidez; se acerca Navidad.

—Sí —silabeó suavemente Mariori—, Navidad se acerca.

Y después:

—¿Has reñido con tu padre?

—Deja a mi padre, es una persona muy penosa para mí; no hablemos de él, Mariori. Yo te amo, no quiero perderte. Tú solamente me atas todavía a la tierra; nadie más que tú. Sábelo bien, únicamente tú.

—Si yo no estuviese ya aquí, ¿qué harías? Michelis le tapó la boca con la mano:

—¡Cállate! Mariori tuvo tiempo de dar un beso a Michelis en la mejilla.

—¡Amor mío! —y las lágrimas brotaron de sus ojos desesperados.

El pope Grigoris apareció en el umbral y dijo:

—Mariori, no nos retrasemos. Vamos, ¡Que Dios sea con nosotros! Y dirigiéndose a Michelis:

—Hubiera querido conversar contigo, Michelis; pero será a nuestro regreso. ¿Cuándo vas a volver a casa de tu padre?

—Cuando Dios lo quiera, padre —respondió Michelis inclinándose para besarle la mano.

—Dios algunas veces espera que el corazón del hombre le ayude, Michelis —díjole el pope mirándole severamente.

Hubiera querido decir algo más, pero se contuvo.

—¡Hasta pronto! —les gritó Michelis—, ¡que Dios os acompañe!

Volvió el rostro para que la joven no le viese llorar, se subió a una escarpada roca y los contempló descender. «Sí, mi corazón todavía está atado a la tierra...».

Dio una vuelta por la montaña y después bajó a la llanura. Había comenzado la vendimia y se oía claramente los cantos de las vendimiadoras embriagadas por el aroma de los racimos. Elegían los más maduros y los echaban en los cestos, destilándoles las manos con la sangre de la viña. Mirando a los muchachos que transportaban los canastos, unos suspirando, otros animándose, todos solazándose con francachelas, Michelis se detuvo; el corazón le pesaba, colmado de una tristeza insuperable; no, ésas no eran canciones de vendimia, sino lamentaciones funerarias.

De pie, inmóvil, sentía cómo la vida daba vueltas, inexorable, sin detenerse nunca. La rueda de la vida seguía rodando. Ahora le tocaba a la vendimia... Le llegará luego el turno a los olivos; después el del nacimiento de Cristo... Los almendros florecerán nuevamente, otra vez se volverá a sembrar el trigo, volverá la cosecha... Todo eso sucedía, como si Michelis atado a esa rueda de la vida, subiese y bajase bajo el sol, bajo la lluvia... Y atados con él subían y descendían también los días y las noches, y con ellos Cristo recién nacido crecía llegaba a ser hombre, salía resueltamente a expandir la palabra de Dios, era crucificado, resucitaba, volvía a descender a la tierra al año siguiente y era de nuevo crucificado...

A Michelis se le saltaban las sienes y sintió que la cabeza le daba vértigos. Se aferró a una roca, como si quisiese detener la marcha de la rueda e impedirle que diese vueltas. De pronto se derrumbó por tierra y sin razón aparente se echó a llorar.

Al día siguiente, domingo, el viejo Patriarqueas ya no se levantó. No había podido pegar el ojo en toda la noche. Y cuando el sueño le vencía un instante, le asaltaban pesadillas, se le subía la sangre a la cabeza y se ahogaba. Había enviado a decir a su hijo que viniera para asistir al casamiento de Lenio, pero la respuesta fue: «Si se tratara de una muerte habría ido; pero para una boda, no». El anciano había recibido esta respuesta como una puñalada asestada en pleno corazón.

—¿Qué le he hecho?, pero ¿que le he hecho? —susurraba el desgraciado con los ojos arrasados en lágrimas—; no amo a nadie en el mundo más que a él, ¿por qué se niega a volver? ¿Qué he podido hacerle?

Recordó toda su vida y le vino a la memoria su padre, quien en sus últimos días decidió, en un acceso de cólera, no volver a abrir la boca. No separaba los dientes, pero el látigo tampoco se separaba de su mano; azotaba a los criados y a las sirvientas, o bien arrojaba piedras a las muchachas que iban por agua a la fuente y les rompía los cántaros. Comía como un ogro, bebía

como una cuba y nunca estaba enfermo. Todo el mundo se quedó estupefacto cuando se supo que le habían vuelto a salir los dientes. Un buen día, se cayó en la montaña y se mató. Todavía hoy al recordarlo el viejo Patriarqueas sentía un estremecimiento de terror. Cuando fueron a anunciarle esta noticia: «Tu padre se ha matado», le entró una risa nerviosa, y toda la aldea se horrorizó de tamaña crueldad filial. Pero él, con haberse reído, se encontró aliviado. Le pareció que hasta entonces había vivido aplastado por una roca, que de pronto había rodado dejándole libre. Ahora el hijo respiraba con libertad. ¡Qué felicidad! no podía reprimir su alegría...

Al recordar aquella risa, el viejo arconte se estremeció.

—Michelis, ¿no se sentirá también él aplastado por una roca que le impide aun respirar? ¿Será verdad que todo se paga en este mundo? y Michelis a su vez ¿también se echará a reír? Y espantado, los ojos le dieron vueltas.

—Sin embargo, yo amaba a mi padre... Michelis sin duda también me ama… ¿Entonces? ¡No lo comprendo! ¿Estará escrito que todos los hijos llegan, a fin de cuentas, a sentir asco hacia el hombre que los ha traído al mundo, hasta odiarlos? ¿Por qué? ¿Por qué? No lo comprendo.

El viejo Patriarqueas reflexionaba acerca de todo esto y suspiraba, dando vueltas en la cama, haciendo retemblar el piso con su peso. Al anochecer se abrieron las puertas de la mansión para que entraran los invitados. Llegó el pope Grigoris, y comenzó la ceremonia del casamiento. Hasta entonces no se levantó el arconte; se arregló, se vistió, se puso en pie resoplando como un buey, costándole mucho; se tiñó el bigote y las cejas, se echó agua de flores de naranjo en los cabellos y bajó para asistir a la boda de su hija.

Los novios estaban espléndidos, limpísimos, ricamente ataviados. Los dos, sudorosos, exhalaban ese olor característico de los caballos al salir del mar. Se adivinaba que si esos dos cuerpos se quedasen solos en el mundo, éste se repoblaría rápidamente con una humanidad nueva.

El viejo arconte fue a colocarse al lado de la pareja. Era el padrino y había de proceder al intercambio de las coronas. El pope Grigoris había ya comenzado a salmodiar, el macero balanceaba cadenciosamente el incensario de plata y los invitados se habían colocado alrededor de las paredes de la sala, orgullosos de encontrarse en tal ceremonia.

Dos jovencitas atendían a los invitados, ofreciéndoles confituras en unas bandejas.

El pope Grigoris se apuraba hasta comerse las palabras. No estaba en eso; su mente volaba hacia su hija a quien los médicos habían examinado aquella misma mañana, agachando la cabeza. Apresuraba los cánticos, se comía la mitad de las sílabas, en su prisa por terminar. Los nuevos esposos, por su parte, estaban impacientes por hallarse a solas, no comprendiendo qué utilidad podría tener todo aquello para lo que era asunto propiamente suyo. En cuanto al viejo Patriarqueas, le parecía que nunca se acababa la ceremonia, pues se le doblaban las rodillas; pero su amor propio le obligaba a apretar la boca y estar muy tiesecito.

—Amigos míos —les dijo cuando se hubo terminado la ceremonia religiosa—, esta noche Lenio y Nikolio celebran sus bobas, ¡sed bienvenidos a esta casa! Comed y bebed con alegre corazón; se ha degollado una buena cantidad de corderos y, ¡bendito sea Dios!, vino no falta. Además, como la vendimia ha comenzado, se volverán a llenar en seguida los toneles hasta los bordes; bebed, pues, y aflojaos el cinturón.

Y volviéndose a la pareja:

—Os deseo, hijos míos, larga vida; que lleguéis a viejos juntos, tened hijos, poblad la tierra, para que el género humano se multiplique, no dejéis que se extinga el fuego del hogar. No hay que arriar la bandera ante Caronte. Nosotros sembramos, él siega, ya se verá quién ganará la partida. ¿Lo oyes, querido Nikolio? ¡Manos a la obra! ¡Siembra cuanto puedas!

»Ahora amigos míos, dispensadme, pero me voy a acostar. No me siento muy bien. En cuanto a vosotros, ¡a vuestro negocio! ¡Comed y bebed, hoy es fiesta, divertíos hasta el amanecer!

»¡Vosotras jovencitas y vosotros mozos a quienes todavía no se os asoma el bozo, os deseo que pronto os llegue vuestro turno y que para celebrar vuestras bodas, me convierta yo en un San Jorge que os escancie el vino de enormes damajuanas!

Se oyó una carcajada general. El arconte levantó la mano derecha para saludar, una muchachita corrió a abrirle la puerta, y ya en el umbral, se volvió hacia el pope Grigoris que estaba doblando en

silencio la estola:

—Padre mío —le dijo—, cuando hayas tomado algo, sube, pues quiero charlar un poco.

El pope inmediatamente le siguió diciendo:

—Te acompaño, arconte. ¡Quedaos con Dios, amigos míos! Y dirigiéndose hacia los recién casados: ¡Conservad las coronas honestas y fecundas!

Los viejos notables se fueron; los asistentes respiraron con libertad y se pusieron a la mesa.

Los dos principales de la aldea se encerraron con llave en la habitación. Abajo, la fiesta estaba en todo su apogeo; la carne y el vino se convirtieron en canciones y bailes, carcajadas y suspiros anhelantes de deseos. Arriba, dos ancianos no oían nada de esto, sumidos en graves preocupaciones.

Echado en la cama, el viejo Patriarqueas discurría ampliamente. Se dejaba llevar, y hablaba de los bolcheviques a quienes imaginaba me diohombres, mediobestias, irrumpiendo del norte con botas claveteadas. A su paso, las piedras lanzaban chispas y las aldeas se incendiaban. A la cabeza, corría Manolios convertido, también él, en un semimonstruo. ¡Le brotaban llamas de la boca y con el brazo extendido señalaba a Licovrisí!

—El pope Fotis está excomulgado lo mismo que ellos —dijo el pope Grigoris—; él es el jefe.

—El pope Fotis también, padre mío, con toda su banda de haraposos del Sarakina. Todo el Sarakina se ha puesto en marcha con el fin de quebrantar nuestra aldea. Has hecho bien al decir: «Los pies se han sublevado contra la cabeza»... Para esto quería verte, padre. Vamos a examinar ahora los dos qué será lo mejor que podamos hacer a fin de restablecer el orden.

El pope Grigoris le oía. De vez en cuando le brotaba un ramalazo de cólera, pero en seguida su pensamiento tornaba a su Mariori, la mirada se le nublaba, se le taponaban los oídos, y ya no oían nada.

Estuvieron discurriendo hasta medianoche. Al fin, la fatiga los rindió a los dos; se hastiaron uno del otro y se contemplaron con odio. «¿No podrá coserse la lengua?», se preguntaba el pope. ¿No se irá de una vez?; «¡me asquea este enorme tocinazo!», se decía Patriarqueas.

El pope Grigoris pensó nuevamente en Mariori que se había quedado sola en la clínica, en una habitacioncita que daba sobre un patio estrecho. Allí el calor debía ser sofocante. Tenía que quedarse algún tiempo en observación, habían declarado los médicos; ellos avisarían.

—¿Corre algún peligro? —Existe peligro, pero hay esperanzas, padre. Hay que esperar. En este momento, dos bestias están trabadas en lucha en la sangre de tu hija, veremos cuál vence. —Decidme toda la verdad —imploró el pope—. —Ya te la hemos dicho, padre. Vuelve dentro de un mes. —Rogaré a Dios —dijo el pope—. —Haz lo que puedas de tu parte; nosotros haremos lo que podamos de la nuestra. Vamos, hasta pronto. ¡Dios nos ayude! Y tenían prisa porque se fuera, por tener muchos enfermos que visitar.

El pope se levantó vivamente y tendiendo la mano a Patriarqueas, le dijo suspirando:

—¡Buenas noches, arconte! Mañana volveremos a tratar de todo esto.

—¿No te quedas un poco más, padre? ¿Por qué estás tan apurado? Dispénsame, me he olvidado preguntarte qué novedades hay de Mariori. ¿Qué han dicho los médicos?

—No tiene nada, según parece. Es una muchacha, y se consume. Después de esto, es preciso que se case en seguida.

Y, cambiando de conversación, preguntó:

—¿Y a Michelis, qué le pasa? Estoy inquieto por él, arconte.

—No tienes por qué inquietarte —respondió el anciano irritado—. Es joven y le dan sus ventoleras. Eso pasará. En cuanto nos desembaracemos de Manolios, inmediatamente todo cambiará.. Buenas noches, padre.

Dicho esto, se volvió hacia la pared y escuchó cómo el pope bajaba pesadamente la escalera.

—¡Qué barba de chivo! —mascculló—; dice que está inquieto por Michelis. ¡A mí, viejo, es tu Mariori quien me inquieta! ¡Si mi hijo ha de casarse con una tísica y contaminar a mi raza, valdría más que tu hija se muriera, y quedaremos tranquilos! Me da pena, la pobre, sí, me da pena, Dios es testigo, ¡pero valdría más que se muriera!

Precisamente a la hora en que los eminentes de Licovrisí decidían desembarazarse de Manolios,

éste buscaba con el pope Fotis el medio para que los refugiados del Sarakina pasaran el invierno sin morir de hambre y de frío.

—Solamente el trabajo nos puede salvar —aseveró el pope Fotis—; el trabajo y el amor.

Escogieron a los hombres y a las mujeres capaces de trabajar; los separaron por grupos en equipos, en cofradías, y designaron para cada cofradía a un dirigente responsable, un hermano mayor o una tía. Después, los enviaron a buscar trabajo en las aldeas vecinas. Todos se dispersaron, cada grupo por su lado, y solamente quedaron en el Sarakina los viejos y las ancianas para atender a los niños.

—Idos con Dios, hijitos míos —les deseó el pope Fotis que los acompañó hasta el final del camino—; trabajad, separad todo lo que podáis, frutas, aceite, vino, vestidos; tened siempre ante vuestros ojos nuestra nueva patria. Cuando las abejas salen de la colmena y se diseminan por las montañas y las llanuras para libar, no vuelven sino cargadas de miel a sus minúsculas celdas, del precioso alimento que habían salido a buscar. Haced vosotros como ellas, hijos míos. Vamos, idos en gracia de Dios.

A menudo Manolios los acompañaba. De camino, los animaba, les indicaba las aldeas de los alrededores, les señalaba aquellas en que necesitaban trabajadores, a qué puertas debían llamar. También les procuraba trabajo y luego, se volvía al Sarakina. El pope Fotis y él reunían a los niños y les enseñaban a leer, con las cartillas y abecedarios dados por Hadji Nikolis, el maestro.

Llegada la noche, los dos se entretenían hasta muy tarde hablando en el banco de piedra de la iglesita.

—Aun en el más ínfimo guijarro —dijo una noche el pope Fotis—, aun en el más humilde animalejo, en el alma más ruda, Dios se encuentra enteramente, Manolios. Hagamos lo más que podamos a fin de que nuestra aldehuela, nuestro panal, resplandezca por la presencia divina y por que sea laboriosa, próspera y unida; exactamente como deseamos que lo sea el mundo por entero. Porque, fíjate bien en esto, una buena acción, aun la hecha en el más recóndito desierto, repercute en todo el universo.

Manolios alzó la vista y miró al pope Fotis y le pareció ver como su rostro, demacrado e intrépido, resplandecía en la oscuridad; y aquellas manos tendidas hacia el cielo y agitándose, se le antojaron llamas.

—Sí, todo hombre —repetía Manolios con fuego—, puede él solo salvar todo el mundo. A menudo he pensado en esto, padre mío, y me he echado a temblar. ¿Tendremos nosotros esa tan grande responsabilidad? ¿Qué debemos hacer antes de morir? ¿Qué camino hemos de seguir?

Se calló. Era noche cerrada. Las viejecitas ya habían prendido fogatas y preparaban la colación, en tanto los hambrientos chiquillos, esperaban, agrupados en torno a aquéllas.

Manolios colocó su mano sobre la rodilla del pope Fotis mas éste, absorto en sus meditaciones, no dijo nada más. Entonces Manolios le preguntó en voz baja:

—¿Cómo se debe amar a Dios, padre mío?

—Amando a los hombres, hijo mío.

—¿Y cómo se debe amar a los hombres?

—Esforzándose en guiarlos por el buen camino.

—¿Y cuál es el buen camino?

—El que sube.

CAPÍTULO XIV

AL DÍA SIGUIENTE, alrededor del mediodía, retornó de Esmirna el agá. Pero no solo; detrás de él avanzaba, cabalgando un potro alazán, un nuevo muchacho turco, con cara de ratero y el aspecto hosco de un joven macho salvaje. Éste no mascaba mastic, ni cantaba que el mundo era un sueño, sino que gritaba, echaba pestes, tenía caprichos y daba órdenes. Su pobre adorador, el agá, bebía por sus ojos y le pasaba todos sus antojos. Se llamaba Brahimaki. Tenía quince años y los carnosos labios estaban sombreados por espeso bozo.

El agá lo había descubierto en una callejuela estrecha y de mala fama de Esmirna, donde cada casa estaba señalada por una linterna roja. Vendía, revuelto todo, semillas de girasol tostadas, vainas de caucho, cangrejos asados y flores de jazmín. Todas las noches, desde el crepúsculo, se veía en esa calleja una procesión de hombres, jóvenes y viejos, judíos, musulmanes y cristianos, llegados de todos los rincones de la ciudad, en busca de un momento de goce para olvidar los sinsabores del día. Mujeres medio desnudas esperaban, cada una delante de la puerta de su casa, ofreciendo una sonrisa bestial en unos labios desastrosamente maquillados.

Desde que el agá divisó a Brahimaki, le agradó. Se le acercó, trataron el negocio durante un buen rato y al fin llegaron a un acuerdo. Le compró un potrillo alazán, un vestido nuevo de paño fino, un reloj de plata con su cadena, un frasco de almizcle y una bolsita de clavos de especia y de flores de canela. Lo llevó en seguida al baño turco, donde se lavó dejando el
agua cubierta de una espesa capa de aceite. Desde allí, le condujo al peluquero, quien le cortó el cabello y le perfumó con agua de lavanda; en fin, fueron a casa de un *hodja* turco, antiguo amigo suyo, un tipo de rompe y rasga, para que le enseñase algunas habilidades escogidas.

Fue así como el agá tomó posesión de un Brahimaki limpio, perfumado, experto. Marta acogió al nuevo favorito entre gruñidos, mas después de haberlo bien calado, se sonrió guasonamente y satisfecha. «Con este bastardo, pensó, ¡te ha caído la lotería, agá mío!».

—¿Qué hay de nuevo, mi querida Marta? —preguntó el agá echando pie a tierra en el patio. ¿Ha muerto alguien, se han casado? ¿La cosecha y la vendimia han sido buenas? ¿El tío Patriarqueas y el pope Grigoris, ese barba de chivo, están todavía en este mundo? Los rumis ¿no se han engrescado? ¿No se han arrancado los ojos? Me parece como si hubiese estado ausente varios años.

Y volviéndose hacia Brahimaki, le dijo:

—Ésta es la tía Marta, nuestra fiel esclava. Una buena mujer, buena cocinera, nada disputadora, honrada... Un poco jorobada, es verdad, pero se llega uno a acostumbrar... Haz de ella lo que quieras, apaléala, mátala, acuéstate con ella, si quieres es tuya.

Brahimaki hizo ascos, le pasó la mano por la joroba a la vieja y se echó a reír, diciendo:

—¿Que qué haré con ella? ¡Es una camella, te la cedo! —y entró a tomar posesión de la casa.

—No le hagas caso, Marta —dijo el agá— es un potro sin domar; cocea y muerde; pero silencio. Yo también me callo. Paciencia, mi vieja Marta, paciencia, ya se habituará.

Brahimaki salió de nuevo al patio.

—¿Hay buenas pollas en tu corral? —preguntó al agá—. Un día las harás bailar para que yo las vea y pueda escoger la que quiera.

El agá se sobresaltó:

—Escúchame; ni lo pienses, ¿eh? Aquí todos son griegos y no quiero historias; quédate sentado en el diván, que ése es tu sitio.

—¡Pero el diván también es sitio apropiado para las chicas! —contestó el potrillo desvergonzado echándose a reír—. ¡Vamos, vieja chepuda, pon la mesa que tengo hambre!

El agá suspiró. Se acordaba de su Yusufaki. También tenía boca, pero no rechistaba. Le decías:

«Canta», y cantaba «Enciéndeme el chibuquí», lo encendía. «Vamos a acostarnos» y venía... Éste es el demonio en persona, pero ¿qué hacer? ¡tiene tanto atractivo, el muy animal!

—Está bien, Brahimaki mío —díjole—. Todo requiere su tiempo. Ten paciencia. Anda, pobre Marta, retuerce el pescuezo a una gallina.

Una hora después el agá y su potrillo, habiendo comido abundantemente, se encerraron con llave en la habitación. Nadie supo lo que allí pasó, pero hacia el anochecer, cuando el agá salió extenuado y con los ojos
hinchados, llamó a Marta:

—Anda, vete a casa de Patriarqueas y dile que venga; tengo que hablarle. Brahimaki quiere a toda costa ver bailar a las muchachas ¿acaso puedo negarle nada? ¡Vamos, ponte el chal, y dispara!

Todo estaba patas arriba en casa de Patriarqueas, cuando llegó Marta. Los perros entraban en el patio como en su propia casa, dos o tres sirvientas recogían los restos del festín, lavaban los platos, enjuagaban las mesas, limpiaban la casa... Lenio y el flamante marido ya se habían ido a tomar posesión del aprisco de Manolios. Hoy la tía Mandalenia gobernaba la casa, vigilaba a las mujeres, daba órdenes. Se había provisto de un talego donde metía todo lo que encontraba, a veces a hurtadillas, a veces a la vista de todos, y, de vez en cuando, subía por la escalera de piedra a ver cómo se encontraba su amo.

No iba nada bien el viejo Patriarqueas. Se había despertado medio paralítico, imposibilitado de mover la pierna y el brazo derechos, y la boca torcida de ese lado.

—Eso no es nada —le decía la tía Mandalenia—, eso no es nada. No te hagas mala sangre; voy a darte una fricción y se te pasará. Es un frío.

Pero el viejo arconte tenía fijos los ojos, embrutecidos, en la pared y la saliva le chorreaba por la barbilla.

En cuanto la tía Mandalenia vio entrar a la vieja Marta, corrió a detenerla; no podía ver ni en pintura a la jorobada:

—¿Qué quieres, Marta? ¿Otra nueva desgracia ha caído sobre la aldea? ¿Ha vuelto el agá? Habla, pues, si no ¡reviento!

—Espera, me vas a ahogar, puerca hechicera. Necesito ver al arconte.

—No le verás, no le verás, eso te lo digo yo. Está gravemente enfermo.

Se ha quedado paralítico. Ha enviado en busca de su hijo. Ha tenido un derrame de sangre. No puede hablar, farfulla y babea. Te digo que no lo verás.

—Déjame que lo vea con mis propios ojos, ¡vete! El agá es quien me envía.

—No te dejo.

—Sí, me dejarás.

Se enzarzaron. Las criadas acudieron a separarlas. La jorobada logró ganar la escalera y corriendo como una araña llegó a la puerta de la habitación que abrió, y se coló. El viejo arconte abrió los ojos, la vio, pero no pudo hacer ni un solo movimiento.

—Arconte —díjole—, soy yo, Marta.

El agá te envía sus saludos y te pide que te acerques a su casa: tiene que hablarte.

El anciano esta vez torció lentamente la cabeza, se movieron los labios, pero no se le oyó nada. Marta se acercó más a él y cuando la tía Mandalenia entró, fuera de sí, la rechazó y se inclinó más hacia el arconte, para preguntarle:

—¿Qué dices, arconte? El viejo volvió a mover los labios y farfulló algo. La tía Mandalenia, volviéndose a la jorobada, le dijo:

—Vete al diablo, eso es lo que te dijo.

—¿Qué diré al agá, arconte? —insistió la viejecita.

El anciano movió los labios de nuevo, y la tía Mandalenia se volvió por segunda vez a la chepuda:

—Ha dicho que él también se vaya al diablo.

La viejecita bajó la cabeza, luego, acercándose más al lecho se inclinó y le explicó en voz baja:

—Arconte, el agá tiene malas intenciones, ¿oyes? Ha traído consigo de Esmirna un nuevo Yusufaki, que nos va a causar turbaciones. Ese granuja quiere que todas las muchachas de la aldea bailen un día en la plaza, bajo el plátano, para elegir la que le agrade... Has escogido un mal momento para caer enfermo, arconte.

El anciano abrió desmesuradamente los ojos y la sangre se le subió al rostro; pero recogiendo todas sus fuerzas, gritó:

—¡Jamás! —después volvió a caerse agotado sobre la almohada.

—¡Vas a matarle, maldita chepuda, vete con todos los diablos! —gruñó la tía Mandalenia, y agarrándola por la joroba, la echó afuera.

Se acercó luego a la cama y empezó a friccionar al anciano con aceite y alcanfor. Un poco más aliviado, el arconte abrió los ojos y con gran dificultad logró balbucir:

—Envía a alguien a decir al pope que venga. —Después cerró los ojos.

En ese mismo momento la puerta se abrió y entró Michelis.

—Vete —dijo a la vieja acercándose a la cama. La tía Mandalenia recogió los remedios y se fue.

Inmóvil y con los ojos preñados de lágrimas, Michelis miraba a su padre. El rostro del anciano estaba congestionado y brillante. El triple mentón se había desinflado y caía fofo sobre el cuello. La boca torcida del lado derecho, le colgaba. El anciano abrió los ojos y sonrió al ver a su hijo.

—¡Bienvenido! —susurró tendiéndole la gruesa mano.

Michelis se inclinó y le besó. El anciano fijó en su hijo los ojos, con una mirada profunda y desesperada, como si quisiera decirle adiós.

—Adiós, me voy —volvió a susurrar avanzando la mano hacia él.

Aunando fuerzas le habló lo mejor que pudo:

—Hijo mío, me voy. Dejo la mesa, doblo la servilleta, esto se acabó... Si alguna vez te he dicho alguna palabra desagradable, perdóname. Soy padre y amo. A menudo el amor no sabe lo que dice. Quiero pedirte una sola cosa...

—Habla, padre.

—Mariori...

Se calló. El sudor le inundaba la frente, y su hijo con su propio pañuelo le limpió el rostro.

—Mariori, escúchame, tiene una enfermedad muy mala, no te cases con ella. Nuestra sangre quedaría contaminada... ¿oyes?

—Te oigo, padre.

—¿Harás lo que te digo? Michelis callaba.

—Es lo único que te pido. ¿Lo harás? Dime que sí y moriré tranquilo.

Pasaron algunos segundos. El anciano miraba a su hijo angustiosamente.

—Sí... —susurró al fin Michelis.

El anciano cerró los ojos.

—Eso es todo —dijo como en un soplo—, ¡todo!

Michelis se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Anochecía. Los paisanos volvían de las viñas, quebrantados de fatiga. Dos muchachas pasaron charlando, con el cántaro al hombro. El viejo Ladas atravesó la calle, encorvado descalzo y con las manos rezumantes de jugo de uvas... Él también vendimiaba.

El anciano se movió un poco y suspiró. Michelis se volvió. Su padre le hizo una seña.

—No te vayas, espera.

—No me voy, padre. Duerme...

A lo lejos, cerca del pozo de San Basilio, se oía la voz de una joven. Su canto era una endecha de amor. Era algo penetrante; como si nunca ningún hombre ni ninguna mujer se hubiesen unido, como si jamás hubiesen conocido el apaciguador abrazo. La muchacha continuaba cantando inconsolable. Michelis pensó en su novia y tuvo deseos él también de lanzar un grito que se uniese a la lamentación de aquella muchacha.

De pronto, vio allá abajo en el patio la barba blanca y hendida del pope Grigoris. Andando de puntillas abrió suavemente la puerta para que su padre no se despertase y esperó al pope en el primer escalón.

—¿Qué dicen los médicos, padre mío? —le preguntó Michelis angustiado cuando al fin el pope con paso lento y solemne llegó al último escalón.

—No tiene nada, hijo mío, dentro de un mes estará hecha una rosa. —Y miró por la puerta abierta.

—Parece que el arconte no está bien, pues me ha hecho venir.

—No esta nada bien, padre... Entra... Suavemente para no despertarlo.

El viejo arconte no dormía, y al oír cuchichear abrió los ojos.

—Bienvenido seas, padre mío —susurró.

—¿Qué te ocurre, arconte? Eso no es nada, ¡ánimo!

—No es nada, padre mío, es la muerte. Siéntate, tengo que hablarte. Acércate, Michelis.

Farfullando, balbuceando y comiéndose las sílabas y las palabras, empezó a contarles que el agá le había mandado decir que fuera a verlo; el nuevo Yusufaki, quería, según decían, que todas las muchachas solteras de la aldea fuesen a bailar un día ante él para elegir una.

—¡Jamás! —gritó el pope Grigoris levantándose bruscamente—. ¡Preferible es que se mueran todas!

—¡Preferible sería que todos nos muriésemos! —le corrigió Michelis, también indignado.

—Cumplid con vuestro deber —dijo el moribundo—. Yo no estaré ya aquí entre vosotros. Michelis ocupará mi lugar.

Cerró los ojos agotado, luego tendió la mano al pope Grigoris y le dijo:

—Ven esta noche a darme la Comunión.

El pope Grigoris se dirigió hacia la puerta y Michelis le siguió:

—No te alejes de él, Michelis.

Tu padre se nos va rápidamente, ¡que Dios lo ampare!

Y reflexionando un instante, añadió:

—Voy a ver al agá inmediatamente; le hablaré claro. Dios nos libre de semejante vergüenza.

Michelis volvió al lado de su padre y se sentó a la cabecera. Veló toda la noche, fija la mirada en aquel pobre rostro de labios torcidos, de carrillos fofos, de cabellos sudorosos...

«Éste era mi padre... pensaba, era mi padre... Era el gran arconte Patriarqueas, esbelto y gallardo como un San Jorge en su juventud; que aun de pie parecía montado a caballo. Ha comido los manjares más finos y bebido los mejores vinos, ha gozado con damas y con sirvientas, hasta con dos monjas y una abadesa, y ha poblado las casas de los demás de hijos e hijas...».

Pasaban las horas; la aldea dormía. Volvió el pope, confesó al viejo arconte, le dio la absolución, le administró la Comunión y, de nuevo, Michelis se quedó solo ante aquel cuerpo pesado y ya inmóvil que había sido su padre... Al amanecer, un perro de la vecindad empezó a ladrar; Michelis se levantó y se acercó a la ventana. Ya el cielo se teñía de rosa, pero los árboles, los pájaros y los hombres todavía dormían. La tranquilidad era absoluta, solamente el perro ladraba, alarmado.

El viejo Patriarqueas lo oyó y abrió los ojos; el Arcángel de negras alas apareció encima de su lecho; lanzó un grito y expiró.

La puerta se abrió; el pope Grigoris apareció en el umbral, se acercó a la cama, puso la mano sobre el corazón del arconte, pero ya no latía. Se volvió hacia Michelis y, huraño, le gritó con voz entrecortada:

—Eres tú quien lo ha matado, ¡tú! Michelis se sobresaltó aterrado; miró al pope en los ojos; quiso abrir la boca, pero no pudo.

Una de las columnas que sostenían Licovrisí se acababa de derrumbar. Toda la aldea se estremeció cuando la noticia voló de puerta en puerta: «Ha muerto el viejo arconte». Aun el agá que acababa de despertarse y se había sentado al balcón, recordando con los ojos medio cerrados todo lo que había visto y hecho en sueños esa noche, se volvió estupefacto hacia la vieja Marta que le espetó la noticia:

—¿Ha muerto, verdaderamente ha muerto, se ha derrumbado esa torre? Ahora la aldea está coja y manca. Verdaderamente que he debido dormir profundamente para no oír el estrépito.

—Todos los perros de la aldea ladraron esta noche, agá —aseguró la viejecilla—. Yo lo comprendí en seguida. Y me dije, el Arcángel debe haber penetrado en la aldea para elegir un alma. Los perros lo han visto y sienten miedo.

—Era un buen hombre —dijo el agá, saboreando el café— un buen hombre, de esos que van al paraíso; le gustaba la buena carne joven, andar de jarana, ¡el disoluto!... Lástima que no fuera musulmán, hubiese ido a nuestro paraíso a regodearse con pilaf, muchachitos y mujeres. ¡Ahí es donde debías haber tenido tu sitio, pobre Patriarqueas!; ¡ahora es demasiado tarde!

Brahimaki se presentó, desordenados los cabellos, los ojos hinchados, la camisa abierta; se le veía un lunar al comienzo del cuello. El agá avanzó glotonamente la mano y acarició los negros bucles, la caliente nuca y se detuvo sobre el lunar, sintiéndose entrar en el paraíso.

—¿Van a bailar las mujeres? —preguntó el muchacho hoscamente cogiendo la mano del agá y rechazándola con cólera.

—No tengas tanta prisa, por favor. Haré lo que me pides, pero no quiero amotinar todo el pueblo... Anoche vino a verme el pope: «No nos impongas esta afrenta, agá —me dijo—, vas a desencadenar una tempestad. Ten paciencia, ya encontraremos un medio...». Así que paciencia, Brahimaki mío, ya habrá una fiesta en que ellas sin que se lo mandemos, bailarán, y entonces las verás.

Pero a medida que hablaba, se iba enardeciendo:

—Y, además, después de todo —le gritó—, ¡no te he traído aquí para que te cases!

Mientras tanto habían abierto la puerta principal de la casa de Patriarqueas, habían colocado al muerto en el centro del patio y todo el pueblo desfilaba ante él para despedirlo. Se habían olvidado sus defectos para no acordarse más que de sus bondades, no cesando la gente de proclamar las virtudes del difunto. Aun el mismo Panayotaros, cuando llegó a darle el beso de despedida, no pudo retener las lágrimas: «Perdóname y que Dios te perdone», susurró, posando los gruesos labios en la frente helada del muerto.

El tío Ladas llegó, y también lo besó; después recorrió con la mirada la mansión del arconte, y por su mente desfilaron, cual rico cortejo fúnebre, las viñas, los campos, los olivares y las huertas del difunto. Al contemplar todo esto, suspiró y pensó: «¡Lástima de bienes! Michelis no los podrá dilapidar; preciso es que yo abra bien el ojo... ¡Al que temo es al pope!» La tía Mandalenia quería entonar una endecha, para lo cual ya se había quitado el pañuelo de la cabeza y soltado la cabellera; pero Michelis se lo impidió, rechazándola y ordenándole:

—Nada de gritos, ¡cállate!

Ante la fosa abierta, el maestro pronunció un discurso. Se remontó hasta la Grecia antigua, nombró a Milcíades, a Temístocles, enumeró las guerras persas, para llegar a Alejandro Magno y a la época de Cristo. Pasó revista al Imperio Bizantino para arribar, trastornado, sudoroso, a la toma de Constantinopla por los turcos. Al llegar aquí, no pudo retener las lamentaciones... Y toda la concurrencia enloquecida le oyó gritar, trasportado: —«¡Ánimo, hermanos, Constantinopla volverá a ser nuestra; nuevamente celebraremos la misa en Santa Sofía!». Tomó aliento, se limpió el sudor de la cara y, recorriendo de prisa los años de esclavitud, llegó a 1821, de donde con un salto mortal vino a caer ante la tumba abierta aquel día. Y ante ella vio al arconte Patriarqueas.

Se detuvo un momento para respirar de nuevo y limpiar las gafas empañadas; luego, recobrando sus fuerzas, comenzó el elogio del muerto:

—Jorge Patriarqueas, cuya memoria conservaremos por siempre, era un auténtico descendiente de los antiguos griegos, un auténtico nieto del gran Imperio Bizantino, un hijo auténtico de los héroes de 1821. Este gran arconte ha proseguido indomable la misión de la raza helena: ¡la lucha del hombre por la libertad! En la hora del peligro, era el primero en ofrecer el pecho, siempre presto a sacrificar su vida. Igual que Alejandro Magno, Jorge Patriarqueas, en esta aldea, en lo más hondo del Asia, mantenía encendida la llama del espíritu, no permitiendo a los bárbaros que ahogaran la luminaria griega.

«La muerte de Jorge Patriarqueas sería una desgracia nacional irreparable, si no dejara tras sí un

hijo digno de él, Michelis, quien continuará a su vez la heroica tradición de su glorioso padre».

En aquel momento, todos creyeron en las palabras del maestro. Vieron por primera vez cuán notable héroe habían perdido, y se echaron a llorar... Yannakos y Kostandis se llevaron a Michelis que, inmóvil ante la tumba miraba el féretro descender a la fosa. Una idea fija en la cabeza le obsesionaba; las palabras del pope: «Eres tú quien lo ha matado...» Se lo llevaron y emprendieron el regreso en silencio.

Una vez que hubieron llegado a la casona, de aquí en adelante vacía, y que hubieron atrancado la puerta, Michelis se dirigió al medio del patio y se dejó caer en el mismo sitio en donde, desde la mañana, había yacido el cadáver de su padre. Se inclinó, besó la tierra y de repente de un salto se puso en pie; había sentido en lo más íntimo y profundo de su ser, en los repliegues más oscuros de su conciencia, una alegría inhumana, inconfesable. Era cierto que su corazón humano amaba a su padre y se dolía de su muerte; era cierto que sus ojos estaban preñados de lágrimas; pero allá en el fondo de su ser, experimentaba un placer inhumano.

Llamó a Mandalenia.

—Haznos café, tráenos vino; mata al gallo blanco y prepáralo para que comamos, ¡de prisa! Los amigos lo miraban asombrados; veían sus ojos llenos de lágrimas, pero la voz les sonaba gozosa y clara.

Michelis recorrió la casa de punta a punta, como si fuese la primera vez que la viese; entró en los sótanos, destapaba las jarras, golpeaba los toneles para ver si estaban llenos, abría los cofres y las arcas... Después vino a sentarse a la mesa que ya estaba servida, invitó a su derecha a Yannakos y a su izquierda a Kostandis, sirvió vino y, levantando su copa, dijo:

—Todo lo que el maestro ha charlado en el cementerio acerca de mi padre, han sido tonterías. Mi padre no era un héroe, nunca expuso su pecho al peligro, jamás tomó una decisión viril. No era más que un buen hombre a quien le gustaba vivir y al que horrorizaba la muerte; eso es todo. Dios lo tenga en su gloria.

»En cambio, todo lo que el maestro ha manifestado acerca de nuestra raza griega, es verdad. En este mundo, cada griego, aun el más humilde e ignorante, es sin saberlo un gran arconte. Lleva una pesada responsabilidad. Y todo griego que no toma una decisión heroica, si bien sea una sola vez en su vida, traiciona su raza... Mientras estaba hablando ese pobre pedante, vi con terror que yo corría el peligro de tomar el mismo camino de mi padre, el más liso, el más cómodo; mas de pronto sentí vergüenza, y delante de la fosa de mi padre me juré tomar el noble camino escarpado seguido por mi raza hace miles de años.

—¿Qué camino? —preguntó Yannakos que escuchaba atónito las palabras de su amigo—. ¿Qué camino, Michelis?

—El que sube. Por esto os pido un favor, camaradas y amigos míos. Cuando llegue la noche, subiremos al Sarakina a ver a Manolios y al pope Fotis. Durante la velada que pasé viendo morir a mi padre, y hace poco, en el cementerio, he tomado una resolución. Esta noche, estando reunidos los cinco, os la diré. Hermanos, os pido me ayudéis.

—Contigo hasta la muerte, Michelis —declararon los dos amigos.

Bebieron y se entregaron con buen apetito a despachar la gallina.

Al declinar el día, el pope Fotis y Manolios, sentados delante de su gruta, departían amablemente. Acababan de llegar de las aldeas vecinas adonde habían ido a ayudar a sus compañeros a buscar trabajo. Habían hecho el camino a pie, y el calor y el polvo los habían agotado. Al volver, se habían encontrado con el viejo Cristofis y se habían enterado por él que el viejo Patriarqueas había muerto y acababan de enterrarlo.

—¡Lástima que esa verdadera máquina de excremento y de bastardos haya dejado de girar! —dijo el muletero, hombre grosero y mal hablado—. Quedan muchas viudas en las aldeas vecinas. ¡A vosotros os deseo larga vida!

—¿Cuándo y cómo murió?

—Bien; según dicen, se había tragado dos lechoncillos lechales la víspera por la noche, durante

el casamiento de su hija. Parece ser que también quiso hincarle el diente a un pavo trufado, pero se le paralizó el brazo derecho y lo llevaron a la cama. Por la mañana lo encontraron tieso. El maestro pronunció un discurso en el que le dijo cuatro verdades, pero que el diablo me lleve si he comprendido una jota. Sin embargo me eché a llorar, para no ser menos que los otros. Después cogí un puñado de tierra y se la eché sobre el vientre. Este ha sido el último bocado de lechón lechal que engulló. ¡Dios todopoderoso se haya apiadado de su panza!

Dicho esto, siguió su camino. Pero un poco más lejos, mudó de parecer y la gritó, echándose a reír:

—He oído decir, pope Fotis, que la puerta del paraíso es muy estrecha, y a lo que parece los gordos no podrán pasar. Mas nosotros tres cabremos con facilidad. ¡Viva la pobreza! —Las palabras son mucho más crudas, tío Cristofis —contestó el pope Fotis—, crudas pero justas. Sí, es muy difícil que el rico se salve. No es suficiente que sea un buen hombre, sabiendo que existen personas hambrientas sin hacerlas partícipes de sus bienes. Hace como si no viera nada, pues sus malos hábitos le sofocan toda decisión... Ahora, nos falta saber lo que va a hacer Michelis; ¡en esta ocasión lo espero!

—Confío en él —dijo Manolios.

—Dios te oiga; pero he visto tanto en esta vida...

No había terminado de pronunciar esa frase, cuando los tres amigos llegaron a la gruta del pope; éste y Manolios se levantaron.

—Dios haya acogido su alma y a ti te conceda larga vida, Michelis, —le dijeron, y se sentaron los cinco, permaneciendo largo rato en silencio.

Michelis, al fin, comenzó a hablar:

—Padre mío y hermanos míos; he llorado a mi anciano padre, soy un pedazo de su misma carne; he sentido mucho su muerte. Sin embargo, también he sentido, Dios me perdone, que me encontraba ya libre, algo así como si me hubiese quitado un gran peso de encima. A partir de hoy, sé a ciencia cierta que soy yo solo quien ha de rendir cuentas de cada uno de mis actos. Dos caminos se abren delante de mí: aquel por donde me conducía mi padre, y este otro, mucho más difícil, por donde me conduce Cristo... ¿Cuál escoger? Esta mañana en el cementerio me he decidido. Y esta noche, he venido a comunicaros mi resolución y a pediros, a ti, padre mío, y a vosotros mis camaradas, que me ayudéis a cumplirla.

Se calló y colocó la mano sobre la rodilla del pope Fotis, como diciéndole: ¡Ayúdame! El pope tomó la mano de Michelis y la apretó entre sus descarnadas palmas, animándole:

—Hijo mío, estamos contigo en esta difícil hora. ¡Habla, ten confianza en nosotros!

—Mi padre había heredado del suyo y éste de sus antepasados, mucha tierra y muchas plantas. Todos han gozado ampliamente de sus bienes; de vez en cuando echaban una migaja a los pobres y se morían contentos de haber cumplido con su deber. Por lo menos, ellos así lo creían. Yo también entonces lo creía... Hasta el momento en que, gracias a Manolios y gracias a ti, pope Fotis, Dios me ha abierto los ojos. Entonces he visto, y Dios me ha abierto también el corazón. Ésta es la decisión que he tomado: todo lo que poseo, lo distribuiré a los pobres. No me quedaré ni aun con la migaja que mis abuelos echaban a los hambrientos. Daré todo a la comunidad del Sarakina; ¡acéptalo, padre mío!

Todos, con la cabeza gacha, escuchaban, y cuando Michelis hubo terminado, ninguno la alzó. Solamente se oían en el silencio de la noche los sollozos del pope Fotis.

No pudiéndose contener más, Yannakos se abalanzó a Michelis, lo estrechó entre sus brazos y lo apretó contra su corazón; quiso hablar, mas las palabras no le acudían; se ahogaba; entonces se puso a reír y a bailar.

—¡Yo dono mi borriquillo a la comunidad del Sarakina! —por fin pudo decir—. Es lo que más aprecio en el mundo; ¡tómalo, padre!

El pope Fotis se levantó y colocó las dos manos sobre la cabeza inclinada de Michelis:

—Hijo mío —le dijo—, mi vida ha estado saturada de amarguras; pero tú me las has hecho olvidar; ¡gracias te sean dadas, Michelis, en este mundo y en el otro! Acabas de salvar de la vergüenza y de la muerte a miles de almas a estos refugiados, a sus hijos, y a los hijos de sus hijos.

¡Bendito seas!

Manolios con la cabeza baja lloraba. Nunca había sentido alegría mayor y más honda. Ni aun cuando traspasó la puerta de la mansión del agá y vio el plátano del que iba a ser colgado... Porque veía al fin que la palabra de Cristo era todopoderosa y más fuerte que todos los bienes de la tierra. Cuando no se posee nada, sacrificar a Dios esa nada, es cosa fácil; mas cuando se tiene todo, es un sacrificio durísimo, y Michelis sacrificaba todo. Manolios, trastornado, no acertaba ni aun a alzar la cabeza para hablar... Se levantó al fin, estrechó a Michelis y se echó a llorar.

Kostandis miraba y oía con el corazón en un puño: «Yo no he dado nada, pensaba, no he hecho nada; nada he dejado por amor de Cristo. Ni a mis hijos, ni a mi mujer, nada, nada...».

La luna, en aquella hermosa noche, subía lentamente por el firmamento, vertiendo sobre el Sarakina su miel embriagadora. Michelis, silencioso, miraba cómo la luna endulzaba la montaña. También él tenía el corazón atenazado: «No valgo nada, absolutamente nada», pensaba. Todo lo que he hecho, no lo hice por bondad, sino por miedo. Por miedo de haber matado a mi padre. Llevo sobre mí el peso de un terrible pecado. Dono todo para aliviarme, para olvidar, para poder dormir tranquilo, para no volver a oír esas terribles palabras: «¡Eres tú quien lo ha matado!».

Al día siguiente, la noticia estalló como una bomba en la aldea: Michelis dejaba toda su fortuna a los andrajosos del Sarakina. El pope Grigoris se lanzó a la calle en chancletas destalonadas, sin cinto, sin bonete y con el cabello alborotado, y corrió a casa de Michelis.

La puerta se hallaba abierta. Subió precipitadamente las escaleras y encontró al joven arconte dedicado a escribir cerca de la ventana. Escribía a Mariori; hacía ya un buen rato que no le salía una frase, en la que hubiese querido expresarle cuánto la amaba, pero también cuán necesario era que la dejase. Varias veces había recomenzado esa parte, pero las palabras que le brotaban de la pluma eran demasiado crueles. La misma frase no podía expresar al mismo tiempo la suavidad de su amor y la amargura de la separación. «Siempre» y «jamás» eran dos palabras contrarias y, precisamente, lo que deseaba Michelis era encontrar la palabra única que contuviese esos dos terribles abismos de nuestro corazón.

En ese momento, el pope Grigoris tempestuosamente hizo irrupción en el cuarto.

—¿Qué nueva calamidad acaban de comunicarme, Michelis? —le gritó sin aliento—. Se comenta que haces donación de todo tu patrimonio a los harapientos del Sarakina. ¡Eso es un crimen! Un crimen, óyeme bien, ¡una vergüenza! Michelis escondió la carta que estaba escribiendo, y miró al pope sin aliento, pero no respondió.

—¿No respetas ni aun la memoria de tu padre? ¡No te basta el haberlo matado, sino que quieres despedazarlo y distribuirlo pedazo a pedazo a esos descamisados, a esos réprobos! ¿Ya no temes a Dios?

—Porque temo a Dios, he hecho eso, padre. Cristo dice: ¿De qué te sirve observar todos los mandamientos? Eso no es bastante. Vende todos tus bienes y distribúyelos entre los pobres, si quieres entrar en el reino de los cielos. Pues bien, he hecho lo que Cristo ordena, padre. ¿Por qué te escandalizas de ese modo?

El pope Grigoris, fuera de sí, iba y venía mostrando las chancletas destalonadas y mordiéndose los puños de rabia.

—¿Por qué no me respondes, padre? ¿He hecho lo que Cristo ordena, sí o no? ¿Sí o no? ¡Responde!

—Lo que sé es que estás conmoviendo los cimientos de la sociedad. Te devuelvo el anillo de compromiso de mi hija, ésta es mi respuesta; no quiero saber nada de ese casamiento. ¡Dentro de poco, te veré arrastrándote por las callejuelas de la aldea y mendigando con un talego a la espalda!

—¿Qué puede eso importarme, si ganaré el reino de los Cielos? —replicó tranquilamente Michelis—. ¿Qué vale esta vida, padre mío?

—Eres un loco, y no sabes lo que dices.

—No, no soy loco; simplemente un cristiano, padre.

—¡Te excomulgaré desde el púlpito, a ti y a tu amo Manolios! ¡Sois unos traidores, sí, traidores, vosotros dos, y aun los tres contando a ese barba de chivo, el pope Fotis! ¡Sí, sí, no vuelvas la mirada, conozco vuestro secreto!

—¿Nuestro secreto? —preguntó Michelis asombrado—. ¿Qué secreto?

—¡Sois bolcheviques! Vosotros recibís órdenes de Moscú para echar abajo la religión, la patria, la familia y la propiedad, ¡esos cuatro grandes pilares del mundo! Ese maldito Manolios es vuestro jefe; y el pope Fotis ha venido del fin del mundo a traer, so capa de nuevo Evangelio, ¡las órdenes de Moscú!

—¿Pretendes que Cristo es bolchevique? —protestó Michelis.

—¿Qué Cristo? El que vosotros, bandidos, habéis confeccionado a vuestra imagen. ¡Ése no es Cristo, es el Anticristo! No pudiéndose contener más Michelis se levantó de un brinco.

—¡Sois vosotros, los que lo habéis arreglado a vuestra imagen, vosotros los popes, los obispos, los notables! Habéis hecho de Cristo un tío Ladas hipócrita, solapado, mentiroso, cobarde, un usurero con las arcas rebosantes de libras turcas e inglesas... ¡A vuestro Cristo, le habéis hecho cómplice de todos los poderosos de la tierra para salvarles el pellejo y la bolsa!

—¿Nos declaras la guerra, señor Michelis? —rugió el pope lanzando un escupitinajo a la pared.

—Yo no declaro la guerra, sino que proclamo la justicia. Mas, ten cuidado; si os lanzáis contra nosotros, nos defenderemos. El verdadero Cristo está con nosotros, es nuestro jefe y llegará un día, y tú lo has de ver, que ese harapo del Sarakina pondrá las peras al cuarto a vuestro rico Licovrisí.

El pope se sobresaltó, y dándose una palmada violentamente en la frente, como si comprendiese de repente todo el misterio, exclamó:

—Entonces, ya comprendo; por eso has dado tus campos y tus casas a la gente del Sarakina, para que se introduzcan en Licovrisí y puedan algún día dar cuenta de nosotros. No, no, nunca penetrarán en nuestra aldea, jamás. No pasarán. Si llegan, los echaremos. Y durante este tiempo, tus olivares, tus campos y tus huertas no serán cavados ni regados. Todo quedará baldío. ¡Lo juro, elevando la diestra: el domingo subiré al púlpito y lanzaré anatema contra todos vosotros, renegados!

Dichas estas palabras, salió dando un portazo. Michelis lo miró cómo arrastraba las destrozadas chancletas por el patio y cómo la flotante sotana obstruía la puerta. Después, el joven no oyó más que el ladrido de los perros, espantados por tamaña visión.

Michelis se volvió al lado de la ventana y reanudó la carta a Mariori, brotándole esta vez las palabras como de un manantial. Le refería que su padre acababa de salir furioso al saber que él, Michelis, siguiendo en esto las palabras de Cristo, había distribuido sus bienes entre los pobres, y que entonces el pope le había devuelto el anillo de compromiso.

Se puso entonces a decirle con efusión cuánto la amaba, cómo ella, día y noche, ocupaba sus pensamientos y llenaba su corazón y que la vida sin ella sería para él un peregrinar rudo y triste. A medida que iba escribiendo,
ese amor iba también creciendo y caldeando su corazón con un calor insospechado. Se diría que cada una de las expresiones amorosas que encontraba para consolar a Mariori, creaba ese mismo sentimiento que no existía antes de ser volcado al papel... Finalmente, la vida sin Mariori le parecía un martirio insoportable... Y se deshizo en lágrimas.

—¡No sabía hasta qué punto la amaba —murmuró—, no lo sabía!...

Entre tanto, el pope Grigoris había ido en busca de su hermano el maestro, del tío Ladas y también de los más conspicuos del lugar. Una vez que les hubo explicado el asunto, todos estuvieron de acuerdo con él y reconocieron que el peligro era grande, que toda la gente honrada debía unirse para aplastar al Anticristo, en su cabeza visible, y que se debía proceder de prisa, antes de que el mal cundiese y contaminase a toda la aldea. Solamente el maestro aventuró algunas tímidas objeciones, mas su hermano lanzó tales clamores que aquél se apresuró a meterse en su caparazón.

Se convino en que, cuando los sarakineses llegaran a tomar posesión de las propiedades de Patriarqueas, se emplearía la fuerza para echarlos y que el domingo, después de la misa, el pope Grigoris lanzaría la excomunión. Para comenzar, la excomunión sólo alcanzaría a Manolios, el jefe del movimiento. Más tarde, si los pordioseros no se convertían, sería el caso de proceder contra sus cómplices, Michelis, Yannakos y los demás que los siguiesen. Era preciso, clamaba el pope,

arrancar la cizaña de la aldea y no dejar más que el buen grano. Y se fue apurado a escribir a su hija con objeto de ponerla al corriente de los graves sucesos de su lindo novio y que ella le escribiese que lo arrojaba de su corazón. Se comprometía a encontrarle un marido con un poco más de seso en la mollera y también más bondad, para cuando ella, Dios mediante, volviera curada a la aldea.

Y tenía que dar gracias a Dios de que Michelis se hubiera desenmascarado antes del matrimonio, pues así se demostró cuán pobre diablo era.

Inmediatamente llamó a Panayotaros:

—Abre el ojo, Panayotaros. Anda de vez en cuando a ver qué pasa en el Sarakina. Date maña para enterarte de lo que hacen y dicen y después comunicárnoslo. Nuestros enemigos son comunes y tú, siendo fuerte, puedes sernos de gran utilidad.

—Todos vosotros me asqueáis —replicó Panayotaros—, pero por encima de todos, ese puerco de Manolios y sus acólitos que quisieran hacerse pasar por Cristo y sus apóstoles. Por esto entro a vuestro servicio, aunque todos me repugnéis.

El pope le extendió la mano para que se la besara, pero Panayotaros le volvió la espalda y se fue diciendo:

—Nunca he besado manos ni sotanas meadas.

Al día siguiente, que era domingo, desde hora muy temprana toda la aldea se hallaba reunida en la iglesia, tanto hombres como mujeres, unos angustiados, otros contentísimos. Aun habían obligado a ir a los enfermos y a los niños. De esta manera, presenciando con sus propios ojos el espectáculo, se acordarían toda la vida de la suerte que espera a los que reniegan de Cristo.

La iglesia zumbaba como una colmena en la que hubiese entrado un abejón. El tío Ladas se pavoneaba en el banco de fábrica, y para demostrar la solemnidad del día se había puesto, como lujo inaudito, los zapatos que comprara cuando se comprometió y que no llevaba más que una vez al año, por Pascua; pero, como con el correr del tiempo se le habían quedado estrechos tenía que andar a saltitos como un cuervo. Por eso, salía con ellos en la mano de su casa y no se los ponía sino cuando llegaba a la iglesia, y una vez terminada la misa, se los quitaba, se los colocaba debajo del brazo y se los llevaba como objeto precioso a su casa.

Llegó también Panayotaros, quien no había puesto los pies en la iglesia desde hacía meses. Su cara picada de viruelas aparecía radiante y llevaba en la oreja un cigarrillo que pensaba fumárselo, lanzada la excomunión, para demostrar su alegría.

La tía Mandalenia, de luto, nerviosa, llegó también para asistir a la reprobación de su sobrino, el Anticristo, que era la vergüenza de su honorable familia. Ya ella había predicho que aquel bribonzuelo se condenaría por demasiado sabiondo y hoy ella estaba satisfecha al ver que no se había equivocado y que su sobrino era un predestinado al infierno.

Michelis llegó, pálido, triste, de luto riguroso. Ni una sola noche había podido pegar un ojo y todas las veces que al amanecer le rendía al fin el sueño, veía a su padre fijos los ojos en él y meneando la cabeza como para maldecirlo. Al mismo tiempo habían llegado Kostandis y Yannakos, seguidos por Antonis el barbero y el gordo carnicero Dimitros.

—Quiero degollar un cordero —le confió al barbero—, para llevarlo al Sarakina a fin de festejar la excomunión. Ven conmigo, y comeremos un trozo.

—Acepto; también yo pensaba subir para hacer la barba a Manolios y perfumarlo con buena agua de lavanda. Ya llevo en el bolsillo las navajas y el frasco.

El maestro fue a colocarse cerca del lugar del primer chantre para entonar los responsos. El adusto ceño denunciaba que estaba en uno de sus peores días. Esas ceremonias inhumanas no le agradaban en absoluto. Opinaba que era injusto, que era una cuestión de animosidad personal, de intereses mezquinos, pero no osaba levantar su voz en contra. Desde pequeño tenía miedo al pope Grigoris, su hermano mayor, que le vapuleaba sin compasión siendo niños. Nunca había podido zafarse de ese temor, no obstante ser hoy un solterón de sesenta años.

Apareció el pope Grigoris, huraño, con la barba hendida de profeta. Despachó la misa al galope, pues tanto él como los aldeanos estaban apurados. Inmediatamente subió al púlpito y toda la aldea

con la cabeza levantada tenía los ojos fijos en él, angustiada. La campana tocaba a muerto.

Desde lo alto el pope paseó la mirada sobre sus ovejas y, con aspecto colérico y voz tonante, comenzó, haciendo retumbar la bóveda de la iglesia.

—¡Hermanos! ¡Cristianos! La iglesia es un aprisco donde los corderos son los fieles y Cristo el pastor; el sacerdote es el representante de Cristo en la tierra. Cuando un cordero cae con una enfermedad contagiosa, el pastor lo saca del aprisco para que los otros no se contaminen, y lo arroja por los precipicios, lo más lejos posible. Penoso es para el sacerdote ver que un alma se condena, pero su deber es ser inexorable, en bien de la salvación de las almas sanas.

»En nuestro aprisco cristiano existe una oveja sarnosa, es Manolios. Se ha rebelado contra Cristo, nosotros tenemos el deber de castigarlo severamente. Se ha rebelado contra la patria, la familia y la propiedad. Enarbola la bandera de la revolución, un estandarte rojo que nos bañará en sangre. Recibe consignas de Moscú. La fe, la patria y el honor se hallan en peligro. ¡Es un bolchevique! Tenemos el deber de excomulgarlo; es decir, separarlo de las ovejas sanas y echarlo a los precipicios de Satanás, a fin de que él perezca y nosotros nos salvemos. ¡Ahora bajo del púlpito para lanzarlo de nuestra grey! Bajó y el macero se le acercó presuroso con agua bendita. El pope mojó el hisopo y asperjando el aire, pronunció con voz tonante:

—¡Fuera de aquí, fuera de aquí, excomulgado!

Avanzó un paso, volvió a asperjar y clamó por segunda vez:

—¡Fuera de aquí, fuera de aquí, excomulgado!

Hubiérase dicho que Manolios, invisible, se encontraba flotando en el ambiente, y que el ministro de Dios avanzaba hacia él para arrojarlo. Asperjando sin cesar el pope llegó a la puerta de la iglesia. Los lugareños se echaban para atrás a su paso, espantados como si temiesen que les tocase esa sombra maldita, que les parecía iba reculando, reculando más y más, para ser arrojada de la iglesia.

Ya en el umbral el pope lanzó un enérgico hisopazo y, volviéndose a los aldeanos:

—Gritad tres veces, cristianos hermanos, gritad todos juntos: ¡Manolios está excomulgado!

Un enorme clamor se elevó; la iglesia se estremeció. Todos los asistentes con las manos en alto gritaron por tres veces: «¡Manolios está excomulgado!»

El pope blandió el hisopo para la postrera aspersión y volvió a gritar: «¡Fuera de aquí, fuera de aquí, excomulgado!», cerrando con fuerza la puerta. Todo el mundo respiró como si el demonio hubiese desaparecido y el ambiente se purificase.

De vuelta al medio de la iglesia, el pope se detuvo:

—Hermanos cristianos, de hoy en adelante nadie se le acercará, ni le tenderá la mano para darle un pedazo de pan o un vaso de agua. Nadie lo saludará, y quien se lo encuentre, escupirá tres veces al suelo y le volverá la espalda. ¡Ha renegado de Cristo; Cristo reniega de él! ¡Ha renegado de la religión, la propiedad, la familia; ellas a su vez reniegan de él! Que se consuma en el fuego eterno. ¡Amén!

—¡Amén! —gritó con odio la multitud aliviada.

—¡Amén! —tronó más fuerte que los demás la voz de bajo de Panayotaros.

Y en ese mismo instante, una voz tranquila, retumbó desde el medio de la iglesia:

—Padre, Manolios no está solo; yo estoy con él. Quiero que me excomulgues también a mí, a Michelis Patriarqueas.

Inmediatamente una voz valerosa, subrayó:

—Y a mí, a Yannakos el buhonero y correo; ¡yo también estoy con él!

—Y a mí, a Kostandis el cafetero; ¡también yo estoy con él! Se oyó un sordo murmullo. Los lugareños les hicieron el vacío, y los tres amigos quedáronse solos en medio de la nave.

El pope con voz gruñona respondió:

—Ya os llegará el turno, emisarios de Satanás, ¡tened paciencia! Pero la Iglesia de Cristo, toda mansedumbre y misericordia, os da tiempo de arrepentiros. El rayo de Cristo, suspenso y sereno, aguarda por encima de vuestras cabezas. Os confío a la gracia de Dios.

—Dios nos juzgará, padre mío —dijo Yannakos—. Dios nos juzgará y no tú.

—¡Dios os ha juzgado por mi voz! —rugió el pope, inyectados los ojos de sangre—. Aquí en

Livovrisí, yo soy la voz de Dios.

—¡Solamente el corazón puro es la voz y la boca de Dios! —replicó Michelis—; y nuestro corazón, padre, permanece puro.

Y dirigiéndose a sus dos compañeros:

—Vámonos, hermanos; sacudamos de nuestro calzado el polvo de Licovrisí. ¡Adiós a todos!

Nadie respondió. Las mujeres se santiguaron horrorizadas, y murmuraron: ¡Kyrie eleison, Kyrie eleison! —Adiós a todos —repitió Michelis—. Nuestro Cristo es pobre, está perseguido, llama a las puertas y nadie le abre. Vuestro Cristo es un rico notable que se tutea con el agá. Atranca su puerta para comer sin dar una migaja a nadie. Vuestro Cristo tiene el vientre lleno y proclama complacido: «Este mundo es justo, honesto, compasivo, a mí me agrada. Quienquiera haga un gesto para invertir el orden, será excomulgado». Nuestro Cristo, en cambio, es un desharrapado que, al contemplar los cuerpos hambrientos y las almas angustiadas, exclama: «Este mundo es injusto, deshonesto, cruel; ¡preciso es que perezca!».

El pope Grigoris, recogiéndose la sotana, se abalanzó contra ellos, rugiendo:

—¡Bolcheviques!, ¡desapareced de la casa de Dios! La muchedumbre se agitó, el tío Ladas saltó del banco, Panayotaros les mostró los puños, y furiosos gritos colmaron la iglesia:

—¡Afuera!, ¡afuera!, ¡afuera!

Yannakos dio un brinco, dispuesto a pegar, pero Michelis le atenazó el brazo, diciéndole:

—Vámonos, Dios juzgará.

Y franqueó el umbral de la iglesia. Detrás de él, Yannakos y Kostandis se deslizaron furtivamente entre la muchedumbre y, de lejos, Antonis el barbero, y Dimitros el carnicero les seguían los pasos.

—¿Así que tú nos abandonas, Kostandis? —exclamó de repente una voz estridente detrás de ellos—, ¿abandonas a tu mujer y a tus hijos, excomulgado?

Kostandis se volvió y vio a su mujer que venía corriendo hacia él, desmelenada. Kostandis se detuvo un momento, pero Yannakos lo arrastró a la fuerza:

—¡Ven, no te vuelvas!

CAPÍTULO XV

EL POPE GRIGORIS llegó a su casa echando chispas de pies a cabeza, loco de rabia, como si sus manos acabasen de lanzar un rayo.

«Sería menester que la palabra del sacerdote tuviera el poder de matar», pensaba; «y cuando dice: ¡maldito seas! sería necesario que el maldito cayese muerto en el acto. De esa manera el mundo se quedaría limpio de todos los enemigos de Dios, y la paz y la justicia reinarían».

Por su espíritu desfilaron los hombres que habría matado si hubiese podido: en primer lugar a Manolios. Era el más peligroso, dado que era imposible hallarle un defecto: no se emborrachaba, no robaba, nunca se le había oído jurar o mentir; no era un vagabundo... Por eso, él, el primero. Inmediatamente después, o mejor al mismo tiempo, ese malvado de pope Fotis. Tanto odiaba a éste que hubiese tenido un placer enorme en arrancarle los ojos. Todo en ese pope lo exasperaba: su rostro de asceta, sus ojos llameantes, su voz profunda. Fuera de esto, casi no comía, nunca se embriagaba, no tenía ningún otro defecto, y todos los suyos lo adoraban. ¡Ah! ¡si pudiera humillarlo, arrancarle la barba, cortarle la nariz! Hasta tal punto los odiaba a los dos que no sabía a cuál de ellos exterminaría primero, si al pope Fotis, o a Manolios.

En seguida mataría a Yannakos y a Kostandis. Los dos habían emprendido el mal camino, daban mal ejemplo; era mejor suprimirlos. ¡En cuanto a Michelis! Reflexionó por un momento. «Esperemos todavía un poco...» murmuró. Pero en cuanto al tío Ladas, ni por un momento dudó. Lo mataría; y no por ser avaro, o por haber lanzado a la calle a una multitud de huérfanos, sino por haberle tratado de barba de chivo en el calabozo.

Esos cinco constituirían la primera hornada; luego, haría desaparecer día tras día a todo aquel que intentara levantar la cresta. También tenía que arreglar cuentas antiguas en el obispado de la ciudad con archimandritas, arciprestes y aun con el mismo obispo... A todos los exterminaría. Y hasta a ciertos tunantuelos que durante los estudios le habían jugado malas pasadas, si todavía vivían, les llegaría su venganza, como a los otros...

El pope Grigoris suspiró:

—Sí, sería menester que el sacerdote tuviera ese poder, sería necesario —se decía.

Algunos licovrisenses se habían desparramado por el centro de la aldea; unos por el patio de la iglesia, otros por la plaza y daban rienda suelta a la lengua. Estaban excitadísimos, y animadísimos. Al presente, la vida tomaba un nuevo sentido: habían visto gente ahorcada, morir a notables célebres, a un muchachito turco asesinado, a una viuda degollada y ¡hasta hoy habían asistido a una excomunión! Panayotaros, entre tanto, con el cigarrillo prendido y sentado a la sombra del plátano, fumaba beatífica mente. «Esto marcha, pensaba, el plan da resultado; todos caerán en mis manos, sí, todos, Cristo y sus apóstoles; ¡que el diablo se los lleve!» Aspiraba con delectación las postreras bocanadas, echaba el humo por las narices; escupió y se levantó para ir a espiar al Sarakina y ver un poco de lo que pasaba por allá.

Tomó un sendero conocido sólo por él, y llegó hasta dar con un anciano sarakinense ocupado en recoger leña.

—Buenos días, viejo —saludóle Panayotaros—, ¿qué hay de nuevo?

—Vamos tirando, vamos tirando, hijo mío, ¿no te has enterado? Según parece nos han dado campos y viñas para que no muramos de hambre, a nosotros que somos tan pobres... ¡Bendito sea Dios! Mañana bajarán a Licovrisí a vendimiar.

—¿Y tenéis gente que pueda venir a vendimiar, abuelo?

—Seguramente, hay entre nosotros mozos y muchachas capaces; ya los veréis mañana.

Panayotaros continuó su camino. «Felizmente me he enterado de lo que quería; voy a decírselo a ese barba de chivo...»

Se volvió al peñasco que le había servido de atalaya y desde donde podía distinguir lo que pasaba en las grutas. Se tumbó panza abajo, apoyó el mentón entre las dos manos y se puso a mirar con fijeza.

El pope Fotis debía haber terminado la misa, pues un montón de viejos, ancianas y niños se hallaban reunidos delante de la gruta iglesia, oyendo al pope y a Manolios. Panayotaros aguzó el oído para lograr entender. Las palabras aisladas que captaba, entrecortadas, no le permitían comprender bien; pero uniendo unas y adivinando otras, consiguió comprender que Manolios les decía: «No es Dios quien me ha excomulgado, sino el pope Grigoris, que no es lo mismo».

Un poco más lejos se veía una fogata y, de rodillas, al gordo carnicero Dimitros, asando un cordero, en tanto que Yannakos, de pie cerca de él, con un cuchillo en la mano, pinchaba la carne de vez en cuando, para cerciorarse de si estaba a punto; se les veía reír a causa seguramente de los chistes que se decían. Cerca de ellos, Antonis enjabonaba y afeitaba a un anciano, mientras los chicos, que esperaban turno para que les cortase el pelo, se entretenían brincando y saltando; y Kostandis con dos o tres viejecitas eran los encargados de llevar el agua caliente.

—¡Palabra! éstos andan de jarana —gruñó; al parecer no les importa mucho la... Dime, pope Grigoris, ¿dónde está el rayo de que hablabas? ¿Y el fuego del infierno, dónde? ¡Vete al diablo! Se arrastró un poco más allá a fin de oír mejor, asomando la cabeza por el borde de la roca.

—Cómo, y Michelis ¿dónde está? —se preguntó—; no lo veo. Debe hallarse apartado en cualquier parte, ese chiflado, llorando su triste suerte. Todo le ha salido mal: ha perdido a su padre, ese noble puerco, ha distribuido su fortuna, este idiota, y el pope le ha arrojado a la cara el anillo de compromiso; ¡se ha quedado huérfano, pobre y viudo!

Se oyeron gritos, risas. Uno de los refugiados debió haber llevado una mandolina y se había puesto a templarla. Yannakos y el gordo Dimitros retiraron el cordero del fuego y lo colocaron sobre las piedras. Los famélicos sarakineses acudieron e hicieron un círculo alrededor del asado. Algunos se pusieron a golpear cacerolas viejas a guisa de tambor y esbozaron una danza. El pope se acercó a su vez, se santiguó, bendijo el cordero y empezó a repartirlo en pedacitos como si fuera pan bendito. Todo el mundo se sentó por tierra, las risas se generalizaron y la mandolina desgranó sus notas. De pronto, Manolios se levantó y miró a su alrededor con inquietud.

—¡Michelis, Michelis! —llamó, pero en vano; no obtuvo respuesta.

El pope Fotis, de buenísimo humor, accionaba mucho, y ahora empezó a hablar en voz muy alta, por lo que Panayotaros lo oyó claramente:

—¡Hijos míos —les dijo— éste es un día bendito; todo lo que Cristo había profetizado a sus discípulos, cae sobre nosotros hoy día como una bendición! Cristo dijo: «¡Bienaventurados seréis, cuando los hombres os aborrezcan y cuando os excomulguen por mi amor! En ese día regocijaos y danzad. Grande será vuestra recompensa en el cielo ¡Lo que hacen con vosotros, lo han hecho a vuestros padres y a los profetas!». Éstas son las palabras de Cristo; ahora, juzgad: los hombres nos injurian, nos calumnian y nos persiguen porque amamos a Cristo. A nuestro camarada Manolios lo ha excomulgado esta mañana el pope arisco. Bendito sea Dios, vamos por buen camino, Cristo marcha delante y lo seguimos. Regocijaos y bailad, hijos míos. ¡Cristo ha resucitado!

Dicho esto, llenó de agua una taza de barro y se la bebió de un trago.

—¡Verdaderamente, esa gente no son hombres, son bestias feroces! —gruñó Panayotaros—. La campana de la iglesia ha anunciado a los cuatro vientos la excomunión, y ellos se divierten en grande... y se hacen los majos... ¿Cómo pueden estar tan alegres? A fe mía tienen el diablo en el cuerpo. ¡Maldito sea yo, si comprendo algo de esto!

Alargó el cuello para oír mejor, pero de repente sintió que una mano le atenazaba la nuca. Furioso se sacudió: allí estaba Michelis, inclinado sobre él y mirándolo sonriente:

—¿Qué haces aquí, al acecho, Panayotaros? —le preguntó con dulzura— ¿Por qué no bajas a comer un trozo de cordero con nosotros? Vamos, ven conmigo... —y lo asió del brazo.

Pero Panayotaros se apelotonó como un erizo y le gritó:

—No, no voy, no quiero compartir vuestra comida, ni vuestra compañía, ¡renegados! ¡Déjame

tranquilo aquí, completamente solo!

—¿No te da vergüenza, Panayotaros, un buen hombre como tú, franco y honrado, unirte a esa banda de indecentes?

—No me uno con nadie, estoy completamente solo, Michelis, solo dentro de mi pellejo y de mi caparazón, como un lobo, ¿no lo has comprendido todavía? Todo el mundo me asquea, vosotros y aquellos. ¡Cállate, no me hables, que muerdo!

—¿Qué te ha sucedido, mi pobre Panayotaros? —díjole Michelis, sentándose cerca de él—; desde hace algunos meses no eres el mismo. Siempre has sido un poco brusco, pero no eras malo ¿Alguien te ha hecho mal, Panayotaros?, ¿quién?, ¿qué te ha sucedido?

—Muchas cosas, ¡al diablo!, muchas cosas, y tú lo sabes muy bien. ¿Por qué, entonces, me lo preguntas? ¡Tú lo sabes muy bien!

—¿Acaso porque te eligieron para hacer de Judas? —preguntó tímidamente Michelis—; pero si es en juego, viejo, un juego santo, pero simplemente un juego, y no realidad... ¿Manolios es Cristo, por bueno? ¿Acaso yo mismo soy Juan el discípulo amado? ¿Cómo has podido fraguar esa idea en tu cabeza? ¡Eso sí que es un verdadero pecado! ¡Sólo se ha visto que tenías simplemente la barba rojiza!...

—¡Me la voy a afeitar! —gritó Panayotaros furibundo—. ¡Me la voy a afeitar, la muy perra!

Michelis se echó a reír:

—Entonces, ven, que el barbero lo tenemos en casa... Vamos, él te la afeitará y eso te tranquilizará.

—¡Me la quemaré yo mismo con un tizón! ¡Y las cenizas se las regalaré al mismísimo demonio! —exclamó Panayotaros, levantándose de un salto, como si acabase de tomar una resolución—; ¡Y ahora mismo lo voy a hacer!

—Ven con nosotros —le suplicó nuevamente Michelis con voz suave—, ven con nosotros, ya verás como todos te reciben con los brazos abiertos. Faltas tú solamente para que todos nos sintamos felices.

Pero ya Panayotaros había brincado del peñasco y tomaba el sendero cuesta abajo. Por un instante se volvió y vio a Michelis que lo miraba desde arriba tristemente.

—¡Idos todos al diablo! —le gritó—, ¡vosotros y los otros! —Y con su gruesa mano señalaba de un lado el Sarakina y del otro Licovrisí.

Aquella noche, Michelis tuvo un mal sueño. Dormía en la misma gruta que Manolios y, aunque había llevado de casa de su padre todo lo que había podido de colchones, mantas y ropa, como lo había distribuido entre aquellos que no tenían nada, no conservó para sí sino bien poca cosa, pues le había declarado al pope Fotis:

—Padre mío, a partir de hoy abandono Licovrisí y me refugio bajo tu techo. Yo también trabajaré y lucharé; venceré o seré vencido con vosotros. El aire de la llanura no me conviene.

—Bienvenido seas a nuestro ejército, hijo mío —respondió el pope—, juntos subiremos la cuesta y en la cúspide encontraremos a Dios. Estás acostumbrado a pasarlo bien, pero tu alma es esforzada y posees un gran corazón.

En el combate, serás el mejor entre nosotros. ¡Bienvenido seas!

—Ven, Michelis, vas a compartir conmigo mi morada, la gruta al lado de la iglesia; allí encontrarás la Crucifixión de las golondrinas, aquella que tú me regalaste.

Michelis llevó a la gruta su escaso equipaje y el gran evangeliario de plata. Y esa misma noche se durmió y tuvo un sueño que lo aterró: veía a Mariori prisionera en una torre altísima guardada por enormes perros negros que le impedían huir. Michelis se hallaba al pie de la torre y cantaba para que al oír su voz ella se asomara. Cuando he aquí que se abren los portones de hierro de la torre y sale Mariori vestida con una túnica color verde mar, cuya larguísima cola arrastra por el suelo; por todo adorno, tres rosas: una sobre el corazón, otra en la cintura y la tercera a la altura de la rodilla. Silenciosos y con la lengua afuera, los perros negros corren delante y a los lados de la joven, quien con el pañuelo blanco se limpia la boca. Al pie de la torre, balanceado por las aguas se halla un

caique, largo y estrecho como un ataúd, y la tierra toda de los alrededores se ha súbitamente trocado en mar. Mariori sube al caique que en seguida zarpa. En el instante en que se aleja, la muchacha se vuelve y ve a Michelis; agita su pañuelito cubierto de manchas rojas y lanza un grito desgarrador. Al oír este grito, Michelis se despertó sobresaltado.

—¿Qué tienes, Michelis? —preguntó Manolios, bruscamente despabilado.

—Acabo de tener una pesadilla, Manolios; he visto perros negros, una nave y a Mariori yéndose en ella.

Manolios se estremeció, mas no dijo nada; creyó oír en los aires el aleteo del arcángel Miguel.

Una débil luz que entraba por la gruta acariciaba suavemente los dos rostros y, allá en un rincón, también el evangeliario de plata.

—Tenemos hoy mucho trabajo —dijo Manolios saltando del jergón—. Se ha avisado a una veintena de camaradas que trabajaban fuera que vuelvan a fin de que vayan a vendimiar las viñas donadas por ti a la comunidad. Bendito seas, Michelis. Has salvado muchas almas.

—No me ha costado lo más mínimo dar lo que poseía, por lo que pienso que eso no es suficiente para salvar mi alma, Manolios. Solamente el sacrificio vale algo, y yo no he hecho ningún sacrificio. El de Yannakos ha sido mayor, al donar su borriquillo.

Manolios ponderó por un instante en su espíritu las palabras del amigo.

—Creo que tienes razón, Michelis —contestó al cabo de un momento.

Una decena de camaradas y otras tantas mujeres jóvenes habían llegado y platicaban ante la gruta de Michelis. Al ver salir a éste, todos se le acercaron para estrecharle la mano.

—Nos has convertido de nuevo en propietarios a nosotros, pobres. ¡Dios santifique los restos de tu padre!

Por un momento el rostro fresco y sonrosado de su padre de los días buenos se le apareció a Michelis, con los ojos preñados de lágrimas y mirándolo con aire de reproche. La boca torcida se le movía como si quisiera hablar, como si quisiera decir: «¿Por qué me has matado?» Pero el padre sintió compasión y se calló.

—Lo he hecho por la salvación de su alma —murmuró Michelis bajando la cabeza—, por su alma. Dios le conceda la paz...

Vaciló un momento, pero añadió:

—Además, ésa fue su última voluntad, pues él me encomendó distribuir su patrimonio entre los pobres...

Manolios se volvió, miró a su amigo, se acercó a él y le estrechó la mano. Michelis agachó la cabeza y se volvió para ocultar las lágrimas.

Llegó el pope.

—Hijos míos —les dijo—, haced la señal de la cruz e id con la bendición de Dios a vendimiar nuestras viñas; Manolios será vuestro guía. Comenzamos, hijos míos, a poseer tierra y a echar sólidamente en ella raíces. Aquello que hasta el presente no era sino un sueño, empieza a convertirse en carne, en realidad. Ahora tenemos tierra y plantaciones que juntos trabajaremos y juntos disfrutaremos. Ninguno entre nosotros se hará rico y ninguno entre nosotros será pobre. Formaremos una familia muy unida. Dios quiera que mostremos al mundo cómo los hombres deben vivir entre sí y como la justicia puede reinar sobre la tierra. ¡Dios y la Virgen os colmen de gracias y que tengáis éxito desde el comienzo! Manolios os acompaña para mostraros el camino, pues tú sabes, Manolios, dónde están todas las viñas. Yo iré con Michelis a la ciudad para llenar los papeles necesarios a fin de que oficialmente seamos propietarios de los bienes del arconte Patriarqueas.

Los compañeros se santiguaron, Manolios se puso al frente del pequeño ejército de trabajadores y echaron a andar, alegres, y cantando de antemano las canciones propias de la vendimia, no sospechando en absoluto lo que les esperaba en Licovrisí.

La víspera, en cuanto llegó del Sarakina, Panayotaros corrió a casa del pope Grigoris, para anunciarle:

—Esos tipos en cuestión vendrán a vendimiar mañana; toma tus medidas.

El pope se hallaba a la mesa y, al oír la noticia, dejó caer el tenedor: tanta fue su cólera.

—¡No los dejaré entrar en la aldea! —gritó—. ¡no vendimiarán, no! Yo no lo permitiré. ¡Voy a ver al agá!

Se vistió la sotana de las grandes solemnidades, se colgó del cuello la pesada cruz de plata, tomó su largo bastón con puño, de marfil y se dirigió con paso lento y solemne a casa del agá.

Éste acababa de levantarse de siesta y tomaba café. Cerca de él, vuelto de espaldas, Brahimaki liaba un cigarrillo. Se habían ciertamente disputado una vez más, pues el pobre agá al sorber el café hacía ascos como si se tratase de un veneno.

El pope desde el hueco de la puerta se deshizo en reverencias.

—Te saludo, agá mío.

El agá ni se tomó la molestia de volver la cabeza.

—Por tu voz, me doy cuenta de que eres el pope —contestó con tono amoscado—. ¿Qué nuevos engorros te traen? Ven acá delante para que te vea. Coge un taburete y siéntate.

Palmeó, y la vieja jorobada acudió:

—Un café para el pope venerable —ordenó, y después dirigiéndose al pope—: Habla.

—Agá —comenzó el otro—, como tu señoría lo sabe muy bien el mundo está suspendido de un pelo. Si éste se corta, el mundo se precipita y se hace añicos.

—Hasta Marta la chepuda sabe eso —dijo el agá fastidiado— continúa.

—Pues bien, agá, ese pelo hay uno que quiere cortarlo.

El agá instintivamente echó mano a la empuñadura del yatagán y se medio levantó, dispuesto a abalanzarse, gritando:

—¿Quién es ése y le corto la cabeza? ¡Sí, por Mahoma, declara quién es, pope, y ya verás!

—El moscovita —respondió el pope.

El agá dejó caer el yatagán.

—¿Cómo quieres que me vaya de Licovrisí, deje a Brahimaki, abandone todas mis comodidades y me dirija al quinto infierno, en busca del moscovita entre todo nevado para degollarlo? El pope se echó al coleto de un sorbo la taza de café y suspiró.

—Está muy lejos, ese bribón, bendito pope; no hablemos más de eso, está lejísimos, ¡cómo quieres que vaya hasta allá! No tienes más que hacerte el idiota, el que no te enteras, pope, créeme a mí, por lo mucho que te quiero; yo de mi parte haré lo mismo por el tiempo justamente, y ni un minuto más, que nos quede de vida, para que sea tranquila; después de nosotros, que se hunda el mundo.

—Pero, agá mío, no tienes necesidad de moverte de Licovrisí. El moscovita ya ha enviado sus emisarios a nuestra aldea. Por Licovrisí es por donde ellos van a comenzar a cortar el pelo. Yo ya cumplí con mi obligación esta mañana en la iglesia, tú no tienes más que cumplir con la tuya a tu vez; ¡esto es todo!

—Sí, verdaderamente, la chepuda me dijo algo entre dientes respecto a eso, pero no le entendí nada.

—He excomulgado a Manolios, al pastor de Patriarqueas; lo he arrojado del redil de Cristo.

—¿Y por qué, pope? Es un buen muchacho, el infeliz, solamente un poco chiflado. ¿Acaso no quiso echarse toda la culpa, y se dejaba ahorcar por salvar a la aldea? ¡No es fácil hacer eso, pope, no es fácil!

—¡Todo hipocresía, agá, todo mentiras! ¡Todo eso lo hacía, sábelo bien, para engañar al pueblo!

El agá se rascaba la cabeza y comenzaban los nervios a ponérsele de punta, hasta que al fin gritó:

—¡Estoy harto! ¡Cierra esa boca, pope! ¡Vosotros los griegos queréis hacer de nada una montaña! ¿Cómo quieres tú que un hombre equilibrado llegue a comprender lo que queréis? Obráis de una manera, la relatáis al revés ¡y todavía una tercera tenéis en la sesera! Vete, pope, no me pongas furioso, líbrame de tu presencia. No estoy en mis casillas, esta mañana. Y por si fuera poco tengo a este demonio de Brahimaki... —añadió señalando al muchachuelo.

Brahimaki fumaba sin decir palabra; lanzaba bocanadas de humo hacia el techo, mostrando unos dientes blancos y afilados como los de un perro. No obstante, al oír su nombre, se volvió furioso hacia el agá:

—Di lo que sabes al pope; si no, me largo; me vuelvo a Esmirna. ¡Aquí voy a reventar!

E hizo además de levantarse, pero el agá lo asió del hombro.

—Siéntate, demonio, siéntate. Ya se lo diré. Y dirigiéndose al pope:

—Venerable pope, ¿qué quieres de mí? Tú has venido a pedirme un favor. ¿Cuál? Habla, negociaremos. Pero claramente, ¿eh?, sé breve para que solamente comprenda una cosa. No me embarulles, ¿oyes? Mi cerebro no es un hormiguero. Es sencillo y honrado.

Vamos, ¡al grano! Te escucho.

—Agá —repitió el pope acercando su taburete—, ese hijo bobalicón del difunto Patriarqueas ha donado toda su fortuna a los miserables del Sarakina.

—Y bien, está en su derecho —le interrumpió el agá—, es de él, ¿no es verdad? Ha hecho lo que le ha dado la gana.

—Sí, pero todos esos miserables, óyelo bien, son hombres del moscovita enviado acá para cortar aquel pelo.

—¿Eh? ¿Qué historias son ésas? Habla claro, pope. ¿Todos?

—Todos y tienen por jefe al pope Fotis y a Manolios. Dicen que mañana van a bajar a vendimiar lo suyo... ¿Comprendes lo que eso significa? Una vez que hayan puesto la planta en nuestra aldea, en la tuya, agá, poco a poco nos echarán fuera a todos, ¡Y eso será haber cortado el cabello!

—¿Entonces? ¿Qué es lo que me pides?

—Mañana, cuando los moscovitas lleguen, será necesario que vayas a apostarte a la entrada de la aldea para rechazarlos.

—Pero ¿por qué quieres que los rechace, pope? ¿Acaso las viñas no son suyas?

—¡No!

—¿Como que no? Me va a estallar la cabeza. ¿No se las ha regalado Michelis? ¿Ahora ya no son de ellos?

—¡Te digo que no, agá! Vamos a probar que Michelis es un desequilibrado...

—¿Desequilibrado? Y ésas tenemos ahora. Explícate de una vez, claramente, ¡te lo exijo!

—Pues mira, que no está en su juicio, que no sabe lo que hace, que la donación no es válida.

—Pero ¿está verdaderamente loco? A fe mía, yo creo que está en sus cabales.

—Locura y buen sentido son cosas que se tocan, agá, nadie sabe dónde acaba una y empieza el otro. Ya se encontrará el medio de probar que Michelis está loco.

El agá se aferró la cabeza entre las manos, y de pronto se echó a reír.

—¡Ya comprendo —exclamó—, ya comprendo! ¡Malditos griegos, qué extraños demonios sois! ¡Día llegará en que hagáis del mundo una pelotita y os la traguéis!

—¿Entonces, agá?

—Escúchame bien, pope Grigoris, pongamos las cartas sobre el tapete; mano a mano. Yo iré a la entrada de la aldea y rechazaré a esos desgraciados tipos del Sarakina; pero tú, por tu parte... toma y daca; ¡está dicho! El pope, que había comprendido, palideció.

—¿Comprendes? Yo haré lo que me pides, pope; pero tú también harás lo que te pido.

—Habla, agá —sifló el pope sin casi mover los labios—, y si puedo...

—Es la cosa más fácil, no te envenenes la sangre. Brahimaki, aquí presente, quiere a toda costa que las doncellas de la aldea bailen un día para él poder elegir.

—Eso es grave, agá.

—Grave o no, no hay manera de evitarlo. ¿No lo ves? Es un mozo de quince años. ¿Quién podría calmarlo? ¿Tú? ¿Yo? Tú mucho hablas, pero él nos traería al traste a los dos. Solamente una mujer puede domarlo. Así, pues, no hay más remedio que encontrarle una hembra cualquiera que lo amansará. Por el momento es como el potrillo que no ha tascado el freno, y si quieres montarle te lanza a tierra, mas, en cuanto se lo dome, lo montas fácilmente y además mueve la cola.

Brahimaki, al oír esto, empezó a culebrear como si le hiciesen cosquillas.

—Lástima que la viuda haya muerto… —murmuró el pope.

—Encontraremos otra, pope...

Pero Brahimaki saltó:

—¡Quiero que sea joven, gordita y no chepuda! —gritó—; blanca como el pan y que además se

oponga, para que yo luche y pueda revolcarla, en tanto llore y grite y se mese los cabellos; eso me divertirá... ¿Has elegido ya, pope?

El pope reflexionaba.

—Será preciso encontrar una huérfana, que no tenga tutor en la aldea, para que no haya escándalo —dijo el pope—; temo al escándalo, agá, sólo al escándalo... Dame un plazo, agá...

—¿Qué? ¿Qué quiere? —intervino Brahimaki irritado.

—Algunos días de plazo, a fin de poderte encontrar la mujer que deseas, ¡bastardo! La sotana tiene razón. ¿Te crees que las tiene en su gallinero, te figuras que son gallinas que no tiene más que echar la mano y atrapar la que a ti te guste? Y después no comiences a poner la cara larga, ¡hem!, porque, ¡por Mahoma, que te convierto en capón! ¡Con esto quedarás en paz y nosotros tranquilos! ¿Oyes lo que te digo? ¡Cállate! Y si estás muy apurado, ahí tienes a Marta.

—¡Puf! —exclamó Brahimaki escupiendo a la pared—, ¡a ésa no la quiero!

—Bien, ya está, pope, no te ocupes de ése; te concedo un plazo de algunos días... Ya has oído cómo la desea, joven, llenita, blanca y honrada.

El pope suspiró.

—De acuerdo, agá, —concedió, levantándose—, y mañana en cuanto los moscovitas aparezcan...

—Bien, de acuerdo, y tú de tu parte...

—Trataré de encontrar... que Dios me perdone...

—No te preocupes, pope, seguramente que él te perdonará, ¡bah! tiene buenas espaldas, ¡ha visto tantas cosas! —dijo el agá echándose a reír.

El pope salió de casa del agá, perplejo. Ese asunto no le auguraba nada bueno, pero había que pasar por él. Todo antes que la aldea fuera arruinada y cayera en manos del pope Fotis... La religión, la patria, el honor y la propiedad privada estaban en peligro...

Mandó llamar a los principales del lugar y les habló en estos términos:

—Mañana, los piojosos van a venir para vendimiar las viñas de ese pobre loco de Michelis... Pero todos aquí podemos testificar —y aun jurar si es necesario— que Michelis, desde su más tierna infancia, no ha sido nunca normal, ¿comprendéis? que es un iluminado, un chiflado, ¿qué? un desequilibrado. Un tipo audaz —supongamos el pope Fotis—, podría muy bien engatusarlo y hacerle firmar todo lo que quiera... Por consiguiente, la donación no es válida, las viñas no pertenecen a los vagabundos del Sarakina, ni tampoco los campos, las huertas ni las casas... Patriarqueas no tenía otros hijos, así que todos sus bienes pasarán a la comunidad, a nosotros, ¿estáis de acuerdo?

—¡De acuerdo!, respondieron los cabecillas de la aldea, admirados de la astucia de su pope.

—Acabo de llegar de casa del agá, con quien ya me he entendido. Después de un cúmulo de historias, y de dimes y diretes, he obtenido que se presente armado de pies a cabeza, y a caballo, cuando pretendan entrar en la aldea. No dejará pasar a los piojosos, a los bolcheviques. Y vosotros, reuníos todos con vuestros criados, vuestros perros, vuestros garrotes, para envalentonar al agá... Solamente tened cuidado de no derramar sangre; no quiero ni una nariz arañada. No olvidéis que nosotros somos cristianos y que debemos amar a nuestros enemigos.

En seguida hizo llamar a Panayotaros. Éste se presentó al anochecer, hecho un adefesio. Se había prendido fuego a la barba con un carbón y se había chamuscado las mejillas tanto que las tenía cubiertas de ampollas; además se había podado los cabellos con unas grandes tijeras, de esas que se usan para esquilar los corderos.

Pese a todos sus disgustos, el pope no pudo aguantar la risa.

—Dime, so animal, ¿no te das cuenta del estado en que te has puesto?

—¡Eso es cuenta mía! —gruñó Panayotaros—. No hagas muchas preguntas, pope, si no me las piro y te dejo sin árbol donde ahorcarte, y sé muy bien que tú me necesitas.

—No te enfades, Panayotaros, ¡no te he tratado de jorobeta! Óyeme bien; mañana te necesitaré. Ármate con tu garrote y si Manolios viene con ellos, échate sobre él. Está excomulgado y no tendrás que rendir cuentas a nadie; hasta puedes matarlo. Ve y que Dios te acompañe.

—Deja a Dios tranquilo, pope; no lo mezcles en nuestras combinaciones. A ti te da pánico el pope Fotis, yo detesto a Manolios; eso es todo. Mezclar a los Dioses y a las Santas Vírgenes, eso no

va con mi manera de ser. Eres lo suficiente malvado para comprender lo que quiero decir. ¡Adiós!
Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo un momento en el umbral:
—¡Los dos somos viejos tunos, vamos! —dijo, reventando de risa.

Los sarakineses bajaban de la montaña cantando. Manolios, pensativo, abría la marcha. «Dios haga, se decía, que no encontremos resistencia y que no haya derramamiento de sangre.»
Pero, cuando iban aproximándose a la aldea, vieron a muchos hombres reunidos alrededor del pozo de San Basilio; unos estaban sentados por tierra, otros iban y venían, pero todos estaban armados con garrotes y hasta se oían sus gritos y juramentos.
Manolios se detuvo y se volvió hacia sus compañeros:
—Creo, amigos míos, que va a haber resistencia... Las mujeres, mejor es que se queden aquí, a la espera; nosotros, los hombres, continuemos y que Dios nos asista. Iremos adelante, tened confianza, estamos en nuestro derecho. Pero si quieren pendencia a toda costa, nosotros no llegaremos a las manos, pues son nuestros hermanos a pesar de todo; lo que haremos es recurrir al agá, que como gobierna la aldea, él juzgará. No hay la menor duda posible: las viñas son ahora de nosotros, y él nos dará la razón... Así pues, ¡adelante, hermanos, en nombre de Cristo!
Las mujeres se sentaron en círculo entre las rocas; los hombres continuaron su marcha. No habían andado cien pasos cuando una piedra silbó por encima de la cabeza de Manolios. Siguió otra, y muchas otras más; se había desencadenado el ataque. Un grupo de hombres abandonaron el pozo y se dirigieron a su encuentro; a la cabeza se veía a Panayotaros, con la barba y los cabellos quemados, y que avanzaba con pesados pasos de oso.
—¿Qué vamos a hacer? —mugió Lukas el gigantón portaestandarte—; ¿vamos a dejarnos ser blanco de sus pedradas sin contestarles? ¡Recoged piedras, amigos míos, a ellos! ¡Al gran panzón!
Pero Manolios se interpuso:
—¡Deteneos, hermanos, no seais causa de que corra la sangre!
Desde el pozo de San Basilio estallaron gritos furiosos:
—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Piojosos! ¡No pasaréis! ¡Atrás! Manolios avanzó con los brazos en alto, en señal de que quería parlamentar.
—¡Hermanos, hermanos, escuchadme!
—¡Excomulgado! ¡Bandido! ¡Asesino! ¡Bolchevique!
Echando espumarajos de rabia, los licovrisenses se precipitaron sobre él, pero Panayotaros se interpuso con los brazos abiertos, mugiendo y echándose sobre Manolios:
—¡Que nadie lo toque! ¡Me pertenece! ¡Yo daré cuenta de su pellejo!
Mas los sarakineses ya habían rodeado a su jefe.
—¡El que toque a Manolios —gritó Lukas, recogiendo una gruesa piedra le saltaré el cráneo como una sandía! El macero, a quien el pope Grigoris había aleccionado, iba de un grupo a otro chillando y diciendo a Panayotaros:
—Está excomulgado, dale fuerte, Panayotaros, ¡santificaremos tu mano!
El maestro llegó sin aliento:
—En nombre de Cristo, amigos ¿qué pasa? ¡Deteneos!
—Quieren invadir nuestra aldea y ocuparla —clamó el macero.
—¡Queremos vendimiar nuestras viñas! —gritaron los sarakineses.
—¡Son nuestras, Michelis nos las ha donado!
—¡Michelis ha sido declarado loco; la donación no es válida! —lanzó la voz estridente del tío Ladas, escudado detrás del maestro.
—¡La donación no es válida! ¡Fuera, fuera, bolcheviques, bandidos, pillastres!
En el mismo instante, Panayotaros, cual un toro, arremetió con la cabeza baja contra Manolios, pero Lukas que tenía una gruesa piedra en la mano, se la lanzó con todas sus fuerzas, alcanzándole en las rodillas. Panayotaros se tambaleó, Lukas se echó sobre él, lo revolcó y, teniéndole las espaldas en tierra, le golpeaba con furia. Panayotaros logró zafarse y agarrando a Lukas por la cintura, cayeron los dos, luchando, mugiendo, unas veces Lukas encima, otras, el «tragayeso»...

El macero cogió una piedra y apuntó a Manolios.

—¡Excomulgado! —aulló—, ¡bolchevique!

La piedra hirió a Manolios en el entrecejo, y la sangre brotó e inundó su rostro.

—¡Matan a nuestro Manolios, a ellos! —gritaron los amigos abalanzándose.

Sarakineses y licovrisenses se acometieron. El tío Ladas puso pies en polvorosa. El maestro, queriendo interponerse, sufrió los golpes feroces de los dos bandos. Un muchachillo echó a correr a la aldea, clamando a voz en cuello y alegremente:

—¡Han matado a Manolios, el excomulgado! ¡El bolchevique ha muerto! ¡Alegraos!

Al oírlo, Kostandis se precipitó fuera de su café, empuñando un enorme garrote y partió volando.

—¿Dónde fue? ¿Dónde? —preguntaba a gritos a los muchachuelos que pasaban.

—En el pozo de San Basilio.

Kostandis corría a más no poder. En el trayecto se encontró con Yannakos, y solamente con mirarse, sin decirse una palabra, se entendieron y siguieron los dos corriendo.

En torno al pozo, sarakineses y licovrisenses formaban un montón enmarañado que rodaba rugiendo entre las piedras. Las mujeres del Sarakina habían llegado en auxilio como locas; aguerridas, y endurecidos los brazos por el trabajo del campo, descargaban y propinaban golpes al par de los hombres.

—¡Manolios, Manolios! —gritaron dos voces enronquecidas por la angustia.

Y Manolios, que se había sentado en un peñasco para curarse la herida, reconoció las voces y levantó la cabeza:

—¡Aquí estoy, hermanos, tranquilizaos!

Al mismo tiempo, el tío Ladas, subido en una roca, chillaba con fruición:

—Mirad, el agá, ¡ya viene el agá!

Se oyó el relincho de una yegua, los guijarros del camino despedían chispas y el agá apareció con sus pistolas, el largo yatagán, un gran fez

rojo y completamente borracho. Tiró tan bruscamente de las riendas para frenar que la yegua se encabritó, y solamente aferrándose fuertemente a las crines logró el agá mantenerse en la silla. Parado en seco, desenfundó una pistola, tiró al aire y su voz tonante retumbó:

—¡Infieles!

Como por ensalmo aquella refriega se deshizo; a un lado se alinearon los sarakineses, de otro, los licovrisenses, pero todos ellos, rotas las ropas, cubiertos de polvo y sangre. Solamente quedó tendido en el centro el maestro haciendo vanos esfuerzos por levantarse y saludar al agá.

—¡Infieles! —aulló de nuevo el agá mirando a los sarakineses con los ojos inyectados en sangre—. ¿Qué venís a buscar a nuestra aldea, eh? ¡Atrás, atrás, vagabundos!

Manolios avanzó y en nombre de todos habló:

—Agá, tenemos viñas en Licovrisí y hemos venido a vendimiarlas, pues ¡son nuestras!

—¡Que te cuelguen! ¿Desde cuándo son vuestras, eh? ¿Dónde las habéis encontrado, piojosos?

Subido en la roca, el tío Ladas alargaba el cuello riéndose burlonamente.

—¡Michelis nos las ha donado! —respondió Manolios.

—Eso no vale nada, infelices, su firma no vale nada, no tiene la edad del uso de razón —dijo el agá.

—No es que no haya llegado a la edad del uso de la razón —corrigió el tío Ladas desde su atalaya—, sino ¡que no tiene razón!

—¡Es lo mismo, viejo logrero! ¡Cállate!

Y apuntó con la pistola al tío Ladas.

—¡Piedad! ¡Piedad! —imploró el viejo derrumbándose detrás del peñasco—. Tienes razón, agá, tienes razón, ¡no tiene la edad!

El agá volvió a enfundar la pistola en el cinto riéndose; luego, dirigiéndose a los sarakineses:

—¿Cuál de vosotros es Manolios? El cielo está cubierto, no veo bien. ¡Que se adelante!

—Soy yo —dijo Manolios acercándose a la yegua del agá.

—¿Cómo? ¡Pero si tú eres lo que se dice un buen muchacho! Vamos, dime con toda franqueza lo que se entiende por bolchevique. Me calientan sin cesar las orejas. Dime, ¿bolchevique es un

hombre, un animal, una enfermedad de la familia del cólera? Yo no sé nada... ¿Lo sabes tú?

—Sí, agá —respondió Manolios—, yo lo sé.

—Entonces, por tu Dios, habla, para que yo me entere.

—Los primeros cristianos, agá...

—Deja a los primeros cristianos; ¿dónde están ya? infiel, me aturdes con eso; ha corrido mucho *raki* desde entonces. ¿Que tienen que ver los primeros cristianos?... Yo te pregunto lo que significa bolchevique.

—Yo te lo voy a explicar, agá —gangueó el tío Ladas—; los bolcheviques no quieren que haya más ricos y pobres; solamente pobres. Que no haya amos y raias; sino solamente raias. Eso es. ¡Que no exista más mujer tuya o mía, sino todas para todos!

—¿Que no haya más agás y raias? —rugió el agá—. ¿Eso es querer invertir el orden establecido por Dios? ¡Toma, para tu hocico! Y separando los dedos, hizo un gesto burlón a Manolios.

—Abre tus entendederas y mira: ¿Acaso todos los dedos son iguales? Hay pequeños y grandes, así Dios los ha hecho. Y del mismo modo ha creado a los hombres; a unos, pequeños, a otros, grandes. A unos, amos, a otros, esclavos. Así Dios ha creado los peces: el pez grande se come al chico. De la misma manera, ha colocado los corderos al lado de los lobos: para que los lobos se coman a los corderos. Ése es el orden de Dios, y vosotros venís ahora, vosotros los bolcheviques... ¡Al diablo!

Y diciendo estas palabras, soltó el yatagán, espoleó a la yegua y se abalanzó sobre los sarakineses. Las mujeres lanzaron gritos angustiosos, los hombres, desconcertados, recularon. Sólo Manolios permaneció inmóvil.

—¡Tú, infiel, —le gritó el agá—, vete o te corto la cabeza! ¿Tú no tienes miedo?

—Sí, tengo miedo —respondió Manolios—, pero sólo de Dios; de los hombres, no.

—¡Por mi fe, eres un loco de atar! —confirmó el agá riendo a carcajadas—. Eres un ser extraño, ven a mi casa para hacerme pasar el tiempo. En nuestra religión, los locos y los santos son una misma cosa, no hay distinción. Tú eres loco y santo; eres un maldito extravagante como te digo. Vamos, ven, te llevo conmigo y te daré de comer y de beber, te vestiré y haré de ti un hombre feliz... ¿No quieres? Que te ahorquen, ¡idiota! Vamos, vete; he cambiado de intención, no te mato.

Y volviéndose a los licovrisenses que estupefactos escuchaban al agá tomar la defensa de Manolios:

—Vosotros, infieles, no sois ni locos ni santos; ¡idos al diablo! ¡Panzas repletas, holgazanes, que os zurzan!

Los licovrisenses se largaron presa de terror; Yannakos y Kostandis ayudaron a levantarse al maestro para conducirlo a su casa; el desgraciado cojeaba y sufría atrozmente.

—Bien merecido lo tengo —confesaba—. No soy ni cordero ni lobo, soy un ser híbrido; los lobos me muerden, los corderos me vomitan. Amigos míos, sé muy bien lo que es justo, pero no tengo fuerzas para hacerlo. Sé muy bien dónde reside la verdad, pero me callo. Tengo miedo. ¿Cómo, pobre e infeliz de mí, me atrevería a levantar la cabeza? Tengo miedo... Licovrisenses y sarakineses me han zurrado sin compasión. ¡Tienen razón! ¡Tienen toda la razón, a fe mía; me está bien empleado!

Miró a los dos compañeros que le ayudaban a caminar, y les preguntó, admirado:

—¿Y vosotros, no tenéis miedo?

—Sí, nosotros también: se siente miedo, pero se obra como valientes —respondió Yannakos—, ¡así es! ¿Cómo quieres que te explique esto cuando tengo todo revuelto en mi caletre? Mira, me hago el valeroso, pero mi corazón se acoquina. Sin embargo, poco a poco, ¡cosa curiosa! a fuerza de hacerme el intrépido, ¡llego a serlo! ¿Comprendes lo que digo, viejo? ¿Qué dicen de todo esto tus libracos? Yo, a decirte la verdad, no lo comprendo muy bien. ¡Soy un burro! El maestro a pesar de sus dolores sonrió:

—Yo daría todo lo que sé por parecerme a ti, Yannakos... ¿Y tú, Kostandis?

—Yo soy peor que Yannakos; sí, te lo aseguro, peor. Siento miedo, temblequeo, mi corazón late hasta estallar, pero tengo vergüenza. Si algún día echo todo a rodar por seguir el camino de Cristo, no será por virtud, ni por bravura, sino por amor propio. Temblaré y tendré miedo, pero no me

volveré atrás. ¿Has comprendido?

—Manolios es mejor que todos nosotros —completó Yannakos—. Él no tiene que hacerse el valiente, lo es.

CAPÍTULO XVI

AL DÍA SIGUIENTE, a primera hora Michelis descendía de la montaña ardiendo en cólera. «Voy a ir a casa del pope, se decía, y le arrancaré la barba, iré luego a los notables y les contaré lo que hice, y mandaré tocar a arrebato para que toda la aldea venga y me escuche.»

Enardeciéndose y calmándose por momentos, buscaba las palabras más duras. No había podido conciliar el sueño en toda la noche. De madrugada, lo había vuelto a ver, y esta vez con los ojos bien abiertos; el muerto se le había aparecido de nuevo. Se había detenido cerca de su lecho, mirándole con aire de reproche y meneando la cabeza... Sus labios se movieron, y hasta había podido oír su voz, una voz débil, casi imperceptible, como venida del otro mundo: «¿Por qué? ¿Por qué?...» Y nada más.

Michelis dio un salto, cogió el bastón y se dirigió trémulo a grandes pasos a la aldea. Directamente fue a casa del pope, empujó la puerta y entró. Atravesó el patio y encontró a aquél sentado cerca de la ventana, inclinado sobre una carta que leía, en tanto que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

En cuanto vio a Michelis escondió apresuradamente la carta en la sotana; pero Michelis tuvo tiempo de reconocer la escritura. Comprendió; se le desvaneció la cólera. Sintió la muerte flotar en el aire, y su corazón se atenazó. El pope se repuso, se secó los ojos y miró a Michelis.

—¿Qué te trae por acá, joven? —preguntó burlón—. ¿Te cansaste del Sarakina? La vida de monje es dura; vuelve a tu casa, retorna a la aldea, goza, pobre mozo, de tus riquezas... Por casualidad, ¿has firmado ya los papeles? —añadió inquieto.

—Ya no tengo nada, nada; soy libre.

—¿Has firmado los documentos? —repitió el pope, ansioso.

—Sí.

—Tú estás loco, loco, ¡loco! —rugió el pope dando puñetazos en el marco de la ventana—. Sin remisión estás perdido, desgraciado. ¡Ahora has caído esclavo del pope tunante! ¡Lástima de toda esa riqueza!

—Ahora soy libre —replicó Michelis que sintió que la cólera se le iba acumulando en su pecho—. Tú eres el esclavo, padre. ¡Lástima por el hábito sagrado que vistes!

—Por tu bien y por el de mi hija me he preocupado tanto —dijo el pope con voz clara plena de rencor—... pero ahora ¡todo ha terminado!

—¿Qué te ha escrito Mariori?

—Toma, lee —contestóle dándole la carta.

Michelis la tomó. La carta estaba cubierta de lágrimas, ¿serían del padre?, ¿serían de la hija? ¿Cómo saberlo? Michelis leía con dificultad pues el llanto empañaba su vista.

«... No voy nada bien, padre, perdóname, pero, nada bien... Cada día me debilito más, me voy consumiendo. Ahora ya los médicos pasan por delante de mi cama sin detenerse. Ni aun vuelven la vista para mirarme. Me han borrado de su lista. Y yo, acostada, miro fijamente al techo como si fuera el cielo; no me queda otro cielo que ése. Me quedaré tranquila, y tal vez dichosa, cuando muera si tú no te hallas aquí, padre; tú que quedas sin mí completamente solo, no teniendo ni una persona que te lleve ni siquiera un vaso de agua... Por tu causa estoy triste y también por mi antiguo novio. Quizás él no sienta pena de verme partir para el otro mundo, pero yo lloro sin consuelo cuando pienso en él... ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué he hecho yo? Mis únicas ilusiones eran una casita y un hijito... y ahora...» Michelis no pudo leer más. Dejó la carta en el alféizar de la ventana y se dirigió a la puerta.

—Bien —dijo—, me voy.

—¿Qué querías? ¿Para qué has venido?

—Para nada. No quería nada. ¿Qué querías que tuviera yo que pedirte? ¡Que te vaya bien! —Dios es cruel, golpea a los hombres sin cesar... ¿Qué le he hecho yo? Michelis había llegado ya a la puerta y se volvió indignado:

—¡A ti te debía haber golpeado, pope, que estás lleno de pasiones, y no a tu hija!

—Dios sabía dónde y en qué debía herirme, y lo ha hecho... —refunfuñó el pope cuyos ojos se cuajaron otra vez de lágrimas.

De repente, presa de un ataque de rabia, de un salto se lanzó a la mitad del patio, y descalzo, gimió:

—¡Todos vosotros tenéis la culpa: Manolios, ese barba de chivo del Sarakina y tú! ¡Vosotros sois los que habéis provocado todos estos males con vuestras maquinaciones y traiciones! Antes, aquí se estaba bien, todo marchaba por los caminos del Señor, mi hija habría sanado, tú no habrías podido matar a tu padre por tu mala conducta, y yo al año habría tenido un nieto en mis brazos... Por desgracia ese bribón de Manolios, ese tuno, te ha trastornado. Después llegó ese barba de chivo, ese viejo zorro maldito. Luego, tu padre ha muerto de pena, y ahora tú has dilapidado tu fortuna y yo te he arrojado al rostro el anillo de compromiso. Cuando lo supo mi hija ha empeorado. Hoy todo se ha terminado, ella está perdida... ¡Tú eres responsable también de su muerte, miserable! Tú eres quien la ha matado, como también mataste a tu padre; antes ella tenía fuerzas y ánimo para luchar contra su mal, pero ahora, la pobre...

Recorría el patio a grandes pasos en un ir y venir continuo. Inmediatamente, en un nuevo ataque de furor, prosiguió:

—He tenido razón en gritar a voz en cuello y difundirlo a los cuatro vientos que eres un desequilibrado, un loco y que tu firma no vale nada. Todo lo que tienes lo tomaré para distribuirlo entre nuestra comunidad. ¡Los del Sarakina, los malditos, no comerán ni una sola uva! Ni una aceituna, ni un grano de trigo... No, no, esto no sucederá como tú lo planeabas y querías. Te aplastaré, te lo juro, como tú has destrozado a tu padre, como tú has aniquilado a mi hija... Ya verás, ya verás, no lo tomes a broma.

Iré a ver al obispo y le referiré todo. Cuento con todos los aldeanos como testigos; aun el mismo agá está conmigo. ¡Os tendré en mi mano a todos!

—Tienes a todo el mundo contigo —dijo Michelis, cuyo corazón se desgarraba al advertir el dolor y el odio del pope—. Tienes a todo el mundo contigo, excepto a Dios. ¿Tienes corazón para dejar morir de hambre a tanta gente como los del Sarakina? ¿No temes a Dios?

—Si Mariori muere seré en adelante una fiera; ¡no sentiré compasión ya por nadie! Colgaré los hábitos, empuñaré el fusil y asesinaré. ¿Por qué Dios tiene que matar a mi Mariori? ¿Qué le ha hecho ella? ¿Ha habido alguna vez en la tierra una criatura mejor, más inocente, más afable? Y, primero mataré a Manolios. Ese perro, causa de todo; si el agá no lo ha ahorcado, seré yo quien lo cuelgue. ¡Quiere hacerse pasar por santo, por mártir y por héroe y está entregado y vendido al moscovita, el muy traidor, el renegado, el bolchevique!

Loco de rabia, con los puños amenazantes sobre la cabeza de Michelis, rugió:

—¡Vete, que no te vuelva a ver más! ¡Vete, porque si no me vuelvo loco!

Y se derrumbó sobre el pavimento del patio con la enorme boca abierta.

No había nadie en la casa. Michelis se agachó y aunando todas sus fuerzas, levantó al pesado anciano, lo entró en la casa y lo colocó en un canapé. Fue a la cocina, llenó un vaso de agua y se lo ofreció. El pope asió el vaso, bebió unos sorbos y abrió los ojos, murmurando:

—Michelis, soy un hombre acabado, perdido. Dios me ha herido en pleno corazón, pero no puedo arrepentirme, no, no puedo... ¡No puedo perdonar a nadie, a nadie! ¡Vete, no quiero volverte a ver!

Se reanimó, se levantó, atravesó el patio y abrió la puerta.

—¡Sal, y no vuelvas a poner los pies en esta casa!

Dicho esto, cerró brutalmente la puerta detrás de Michelis.

Michelis recorrió las callejas de la aldea como si hubiera caído del cielo en un lugar desconocido,

como si se pasease sonámbulo y viese por primera vez esas casas, esas tiendas, el plátano. Cuando pasó por delante de la casa paterna, se detuvo un buen rato a contemplarla; se diría que estaba haciendo un gran esfuerzo para acordarse... Deseó franquear el umbral y penetrar en ella, pero le acometió un temor inaudito al sospechar pudiese ver en el patio un muerto de elevada estatura, cubierto de hierbas arrancadas de la tierra, y con los brazos extendidos para impedirle entrar... Se estremeció y se alejó precipitadamente; le parecía que las palabras acusadoras del pope: «Eres tú quien lo ha matado, tú...», provenían de infinidad de muertos, de una larguísima procesión de muertos que lo perseguían.

Se detuvo a la salida de la aldea. «¿Por qué he venido?», se preguntaba, «sí, ¿por qué? Vine furioso, y mi cólera se ha esfumado, ¿por qué?» Bruscamente la imagen de Mariori tomó cuerpo en su espíritu: la vio, la oyó, delante de él, pálida, con los ojos abiertos, apretando un pañuelito rojo contra los labios... «Esta aldea está colmada de muertos —murmuró la doncella—, saturada de fantasmas. Es necesario que me vaya».

El cielo se cubrió de nubarrones, el sol se oscureció, un viento súbito se desencadenó; los árboles se estremecieron y las hojas secas se cayeron, salpicando el suelo de manchas amarillentas.

Dos o tres lugareños pasaron por el camino y, haciendo como que no lo veían, apretaron el paso y desaparecieron. Un niñito al verlo se echó a llorar. Una vieja se asomó a una puerta, lo miró, se santiguó y volvió a cerrar en seguida, dirigiéndose hacia su marido que buscaba en el patio apareciese un rayo de sol con que templar sus fríos y viejos huesos:

—Afuera —le dijo la viejecilla en voz baja—, está el hijo de nuestro antiguo arconte, Michelis. ¡Si lo vieras! Está hecho una lástima... ¡En qué estado está, Dios mío! delgado, pálido, con la mirada apagada, muerta…

El anciano meneó la cabeza y dijo con maldad:

—Bien merecido se lo tiene; el idiota ha distribuido sus bienes, y ahora vagabundea por las callejuelas... ¿Va descalzo?

—No, todavía va con unos zapatos viejísimos... ¡Infeliz! Razón tienen cuando dicen que no está en sus cabales...

—¡Se acabó la raza de los Patriarqueas! —aseveró el viejo riendo maliciosamente—. ¡Todo se lo han tragado, todo se lo han echado al coleto, todo se lo han gastado en mujeres y mira a qué extremo han llegado hoy día! ¡A fe mía, Dios es justo, aunque digan lo que quieran! Oye, mujer, cuando venga uno de estos días a llamar a nuestra puerta, dale un pedazo de pan, para que se pueda decir que nosotros también hemos dado una limosna ¡a un Patriarqueas!

Y santiguándose, subrayó satisfecho:

—¡Bendito sea Dios!

Los truenos retumbaban en lontananza. El viento, ya más fresco, traía olor a lluvia, a tierra mojada. Michelis se sacudió.

—Quiero ir en busca de Yannakos —decidió súbitamente, y entró de nuevo en la aldea.

Empezaban a caer ya gruesas gotas. Las callejas estaban desiertas. Al pasar ante la casa de la viuda, se detuvo y empujó la puerta: el patio estaba vacío, los claveles ajados. Entró. Habían robado la ropa de cama, los taburetes y el arca. El armazón de la cama aparecía distorsionado y los postigos de las ventanas habían sido arrancados, no quedando más que uno colgando de los goznes, el cual al ser sacudido por el viento palmeaba contra el muro, rechinando lúgubremente. Habían entrado transeúntes que habían ensuciado los rincones y paredes...

—Pobre Katerina... —murmuró Michelis—. ¡Cuántos goces has proporcionado y recibido! Cuántas cosas ha debido ver y oír esta habitación hoy día destartalada y desolada. ¡Uf, qué miseria es ese mundo!

Se oyó roer a un ratón. Anidado en el techo de cañas, trabajaba sin descanso, como si Dios le hubiese puesto a jornal para devorar el techo de la viuda.

Michelis al salir cerró la puerta tras sí y se dirigió a casa de Yannakos.

«¡Pese a todas sus locuras, Katerina entrará con más seguridad al paraíso que el pope Grigoris con todas sus sotanas, y hasta puede ser que ya se encuentre sentada al lado de María Magdalena!», pensaba mientras iba de camino.

Con el corazón un tanto más aliviado, llegó a la casa, y llamó.

Yannakos se hallaba desde el amanecer en el establo. Se estaba despidiendo de su borriquillo. Había prometido donarlo a los del Sarakina, pero la víspera al anochecer, había recibido un mensaje del tío Ladas: o me devuelves las tres libras o me apropiaré de tu asno; reflexiona, pues, si no quieres ir a la cárcel.

Rodeando con sus brazos el pescuezo áspero y caliente de su compañero querido, le hablaba entre sollozos, y ¡qué palabras tan afectuosas le venían a la boca! «Yusufaki mío, la gente es mala; nos tienen envidia y quieren separarnos... ¿Quién va a venir todas las mañanas a hablarte, a acariciarte, a llenar el cubo de agua fresca y reponer el forraje? ¿Quién saldrá al campo a buscar hierba tierna para que te refresques, Yusufaki mío? Yo no tenía a nadie sino a ti en el mundo, todo lo que la gente me podía hacer o decir, me importaba un comino; los escuchaba sonriendo porque sabía que al volver a casa te encontraría a ti esperándome, que al oírme volverías tus buenazos ojos verdes y moverías la cola... Y cuando íbamos los dos juntos, tú delante, yo detrás, a recorrer las aldeas para vender y comprar a fin de ganar nuestro pan honradamente con el sudor de nuestras dos frentes... ¿Qué será de ti ahora, en manos de ese viejo cicatero que se encarniza por separarnos? ¿Y qué será de mí, solo en el mundo? Estamos perdidos, mi Yusufaqui. Maldita sea la gente perversa y sus piezas de oro, maldito el destino injusto que nos ha hecho pobres... Adiós, adiós, Yusufaki mío...»

Y se inclinaba para abrazar el velludo cuello y le pasaba lenta y cariñosamente la mano por la suave y blanca panza y al llegar a la cola se la tiraba con mimo y lloraba...

Yusufaki encantado de las caricias de su amo, sacudió la cabeza, enderezó el cuello, levantó la cola y se puso a rebuznar suavemente.

Llamaron a la puerta; Yannakos se sobresaltó, pero cuando vio a Michelis, se le desvaneció todo temor.

—Salud, Michelis —díjole tranquilizado, rojos los ojos de llorar.

—¿Qué te ocurre, Yannakos, lloras?

Yannakos, avergonzado, se enjugó las lágrimas con el reverso de la mano.

—Creo que me voy volviendo niño —dijo—. Me despedía de mi borriquillo. El tío Ladas me lo reclama, ¡que se lo lleve el diablo!

—¿Tienes algo de comer? —preguntó Michelis—. Tengo hambre. He salido de la montaña al amanecer y ya es cerca de mediodía. Y además, oye, Yannakos, voy a ir inmediatamente a ver al tío Ladas. El burro pertenece al Sarakina, ¡no se lo apropiará!

Yannakos meneó la cabeza; se había enterado que el pope se había entendido con el agá, que había escrito al Obispo y no dejaría que Michelis tocase la herencia hasta tanto que en juicio se decidiera acerca de la validez de su firma. Toda la aldea estaba presta a declarar, levantando falso testimonio, que el hijo de Patriarqueas no estaba en su sano juicio.

—Si me lo quita —dijo de repente—, juro por mi fe, le prenderé fuego a lo suyo.

Entró en la casa, preparó unos huevos al plato, sacó pan, queso y unos racimos de uvas. Dado que la lluvia había cesado, se acomodaron en el patio para comer, delante del establo;
así, a su lado, el borriquillo comió también muy contento.

—¡Qué bien se está así, los tres juntos! —suspiró Yannakos—. ¡Y ese viejo roñoso quiere separarnos....!

—Voy allá al instante —se despidió Michelis, levantándose y limpiándose la boca—. Te aseguro que no lo tendrá.

El tío Ladas y su mujer, con las piernas cruzadas ante la mesa baja, se hallaban almorzando. La vieja Penélope había colocado cerca de sí, en un taburete, el calcetín que estaba confeccionando, y se echaba en la boca, como en un agujero, pedacitos de comida que masticaba lentamente, con aspecto melancólico y en silencio. El viejo, por el contrario, estaba de buen humor y monologaba sin cesar:

—Todo va bien, viejecita, ¡bendito sea Dios! El pope es verdaderamente un diablo con sotana.

Ha llegado a un acuerdo con el agá y ha escrito al Obispo. Ya verás que sin tardanza, las propiedades del viejo Patriarqueas van a parar a mis manos. Se dice que la comunidad las disfrutará. No lo creas, tía Penélope. Yo lo he arreglado todo con el pope. Se las sacará a subasta, el pope tendrá su parte —el muy cochino quería todo para sí, pero te imaginarás que yo no lo he permitido. Hemos llegado a un compromiso. Además, dentro de algunos días tendremos el borrico de Yannakos el excomulgado. Será para ti, Penélope mía, irás montada en él cuando quieras pasearte por nuestras fincas. Es muy dócil, está bien enseñado, y también tiene una albarda toda de plumón que es digna de verse; ya verás, montada así irás como una reina. Como somos solos —no tenemos chicos, ni perros—, Penélope querida, tampoco tenemos gastos, ¡somos como reyes! ¡Ah, qué bien! si viviese cien o doscientos años más, todo Licovrisí vendría a mi poder. ¿Y no sabes por qué? Porque todos los demás son presumidos e imbéciles, todos los años se compran ropa nueva, zapatos, y además se dedican a hacer hijos. Todo esto supone grandes gastos y como el dinero es redondo, rueda... Mientras que nosotros... ¡A tu salud, Penélope!

Llenó un tazón de agua fresca, se lo bebió, chasqueó la lengua de satisfacción y añadió:

—¡Qué tiene que ver el vino en comparación con el agua que hizo Dios!

Michelis empujó la puerta sin llamar y entró. Al verlo, el rostro del tío Ladas se inmutó: «Éste viene en busca de camorra, se dijo. Tiene una cara que no me gusta. Me haré el idiota».

—¡Bienvenido seas, señor Michelis! —díjole—. Siéntate. Seguramente que ya has comido.

La tía Penélope se levantó, quitó la mesa, tomó el calcetín y, sentándose en un rincón, se puso de nuevo a hacer calceta.

—Viejo tragaldabas —dijo Michelis— ¿qué vas a hacer con todos esos campos, viñas, olivares, casas y arcas repletas que has amontonado? ¿Te lo llevarás a la tumba? Tienes ya un pie en la sepultura y todavía no estás satisfecho. Parece que aun ahora quieres echar el guante al borriquillo del pobre Yannakos... ¿Así que no temes a Dios? ¿No te da vergüenza de los hombres?

«A fe mía, se dijo el viejo rascándose la cabeza alargada en forma de cucurucho, creo verdaderamente que ha perdido la chaveta. ¡Mira que mezclar a Dios con mis asuntos! Voy a hablarle con suavidad, no vaya a ser que le dé uno de sus ataques y me gane un puñetazo...».

—Mi querido Michelis —respondió con voz melosa—. ¿Qué le vamos a hacer? Lo que es justo, es justo. El buhonero me debe tres libras turcas de oro, ¿qué hacer? Yo también tengo mis necesidades.

—¿Y si yo te firmara un papel diciendo que te las debo? El viejo tosió.

—Joven arconte, malas lenguas pretenden, salvo tu parecer, que por el momento tu firma... No te enfades, ¡por Cristo! yo no creo nada de todo eso, pero somos hombres, máquinas delicadas y si un tornillo se afloja...

Michelis se levantó de un salto, agarró el taburete en el que estaba sentado y lo arrojó al suelo. «Como van las cosas, se dijo, van a volverme completamente loco...» Se acercó al viejo, fijos en él los ojos echando chispas.

El tío Ladas se agazapó en un rincón, se asomó un poco por la ventana, miró al patio... «Bendito sea Dios, se dijo, la puerta de la calle está abierta, si esto se pone mal, echaré a correr».

—Si tuvieses algo en especie que ofrecerme... —lloriqueó.

—Voy a mi casa y buscaré lo que sea, ¡viejo bribón! —gritó Michelis amenazando al viejo cada vez más cerca—. ¡Avaro, usurero, asqueroso! —El agá ha mandado clausurar y sellar la casa de tu padre, hoy mismo —silabeó el viejo. Se mordió la lengua, ya era tarde. «He dicho una tontería, no había por qué enterarle... ¡se va a poner furioso! Ya está hecho, ¡se terminó!».

Michelis se agarró la cabeza con las manos: le iba a estallar.

—¡Por Cristo! —gritó—, ¡me estás volviendo loco! Habla de una vez y claramente, tío Ladas ¿me echan de casa de mi padre? Palabra, voy a coger una lata de petróleo, y ¡prenderé fuego a toda la aldea! No te vayas, avariento, ¿adónde vas? ¡Ven acá, indecente!

Se precipitó para detenerlo, pero ya el viejo de un salto había ganado la puerta. Michelis se abalanzó y tuvo tiempo de atenazarle el cuello. El viejo cayó a sus pies de rodillas, chillando.

—¿Quién ha hecho eso? ¿El pope? ¿El agá? ¿Tú?

—No, yo no, yo no he sido, Michelis. Pregúntaselo a la tía Penélope. Yo estaba enfermo en

casa... me lo han dicho... pregunta a la tía Penélope... Parece que el agá ha ido esta mañana con el pope Grigoris. Se dice que el Obispo va a venir de la ciudad y que traerá médicos.

—¿Médicos? —gritó Michelis con los pelos de punta—, ¿médicos?

—Déjame, Michelis, que me ahogas... te diré todo. No me estrangules.

Michelis lo levantó del cuello y lo puso en pie.

—Habla, viejo asqueroso, dime todo, ¡todo!

—Penélope, dame un tazón de agua, me ahogo...

Pero la tía Penélope, seguía haciendo calceta sin oír nada; ni se movió. Seguía trabajando sonriendo, tranquila, inmóvil, muerta.

—Voy a cerrar la puerta, para que los vecinos no nos oigan —dijo el viejo dando un salto y se lanzó a la calle echando a correr a lo que daban sus piernas, gritando:

—¡Socorro! ¡aldeanos, socorro! ¡Michelis quiere estrangularme!

Los vecinos aterrados echaron el cerrojo a las puertas. El tío Ladas continuaba corriendo y gritando. La aldea en un momento fue trastornada. El usurero llegó por fin a casa del pope Grigoris, quien apareció en el escalón de la puerta.

—¡Socorro, padre mío, le ha dado un ataque; Michelis quiere ahogarme! Déjame entrar.

Pero el pope cerrando la entrada con los brazos abiertos le impidió pasar, diciéndole:

—¡Corre, llama a todo el mundo, alarma a toda la aldea! Vamos, vete, tío Ladas, que todo el mundo te oiga, así te creerán... ¡Vamos, lárgate, corre!

Y le dio con la puerta en las narices.

Volvía a llover. El tío Ladas, a quien la intención aviesa y bribona del pope no se le había escapado, seguía corriendo por toda la aldea, gritando estridentemente y enseñando un pedazo de soga que había encontrado:

—Michelis ha venido a mi casa para ahorcarme, ¡mirad la cuerda! ¡Socorro, hermanos! ¡Abridme una puerta para que pueda entrar! ¡Michelis me sigue, trae una lata de petróleo!

En cuanto se abría una puerta, salía corriendo para ir a gritar más lejos.

—¡Lleva una lata de petróleo para incendiar todo! ¡Socorro, socorro!

Pronto la aldea fue un hervidero humano. Unos con el viejo fusil detrás de la puerta esperaban. El agá salió al balcón:

—¡Que dos hombres corajudos vayan a arrestarlo! ¿Dónde está Panayotaros?

Panayotaros se apresuró a presentarse:

—¡A tus órdenes agá! El agá le tiró una soga.

—¡Toma, ve y sujétalo bien y tráemelo! Y ahora, escucha: a partir de hoy te tomo a mi servicio, Panayotaros. Eres pelirrojo, rechoncho, huraño como un dogo. Todo lo que a mí me hace falta. Espera, voy a alcanzarte el fez de mi antiguo guarda, ¡el maldito! Lo llevarás en adelante. ¡Vete, y buena suerte!

Se volvió y descolgó el fez de un clavo y se lo echó:

—Toma, viejo, ¡que te traiga suerte!

Después dirigiéndose a Brahimaki, que fumaba perezosamente echando el humo por las narices:

—Querido Brahimaki, creo que lo han vuelto loco de verdad, de tanto decírselo, ¡pobre desgraciado!

—¿Cuándo me traen la mujer? —preguntó el potrillo, acalorado—. Por Mahoma, yo tampoco estoy lejos de perder la chaveta.

Panayotaros asió al vuelo la cuerda y el fez y se dirigió a casa del tío Ladas.

Pero Michelis ya se había ido hacía tiempo, corriendo a través de las callejuelas menos frecuentadas, temiendo ser visto por los lugareños. Las puertas se cerraban en cuanto lo atisbaban, y las mujeres al verlo pasar, daban alaridos de miedo.

Una vez que llegó al sendero de la montaña, acortó un poco el paso, jadeante. La lluvia seguía cayendo fina y serena. La montaña estaba cubierta de una bruma ligera, y la llanura, de agua. Michelis se metió en el hueco de una roca en espera de que escampase. Tenía la boca reseca.

Contemplaba caer la lluvia y oía cómo se deslizaba murmurando, y también en forma de cascadas de roca en roca. Su imaginación, poco a poco, corrió también con el agua y descendió a la

llanura, rodando, agrandándose e hinchándose, recibiendo afluentes de todas partes, hasta convertirse en catarata e inundando la aldea. A Michelis se le dilataba el pecho. Vivos y muertos surgían de la tierra bajo la lluvia, cubiertos de barro salían de la aldea y de la llanura para dirigirse con paso solemne hacia él. A la cabeza caminaba un muerto de elevada estatura y muy grueso, de hinchado vientre, como una bota de vino, de color azulado tirando a verde: era el arconte. Se trataba de algo así como un Juicio Final. Los ángeles habían tocado las trompetas; los hombres abatidos y humildes como gusanillos emergían del fango...

Hacía algunos días que Michelis había leído el Apocalipsis y tenía la imaginación poblada de ángeles, de trompetas, de prostitutas bogando sobre las olas hacia las playas espumosas, de caballeros cabalgando animales negros, verdes, rojos y blancos, nadando en sangre... Michelis contemplaba la lluvia, oía el agua; le latían las sienes; le parecía que la tierra se derrumbaba. Comenzaba a anochecer; la lluvia continuaba, triste y regularmente, obstinándose en ahogar al mundo y en carcomer la tierra.

—Dios mío, solamente tú eres inmutable —murmuró Michelis cuyos ojos estaban cubiertos de lágrimas—. Si tú no existieses ¿a quién recurriría el hombre, de dónde se aferraría, siendo así que todo desaparece, se disuelve y se derrumba? ¿A la mujer que ama? ¿Al padre que lo ha engendrado? ¿A los hombres? Todo se marchita, todo se desmenuza, se desmorona. Tú solo, Dios mío, permaneces estable. ¡Déjame que me apoye en ti! ¡Sostenedme bien, Dios mío, que mi razón vacila!

El pope Fotis y Manolios, en la gruta, esperaban inquietos a Michelis
desde hacía muchas horas.

—Será menester luchar duramente para ganar el pleito, padre mío, —decía Manolios—. ¿Y vale la pena desperdiciar tanto tiempo en las cosas de la vida de aquí abajo?

—¡Vale la pena, vale la pena, Manolios! —respondía el pope con decisión en la mirada—. Hubo un tiempo en que yo mismo me preguntaba: ¿Para qué luchar por la vida de esta tierra? ¿Qué me importa este mundo? Soy un exilado del cielo y siento premura por volver a mi patria. Pero, con el tiempo, he comprendido y variado de pensar. Nadie puede entrar al cielo si anteriormente no ha vencido en la tierra y nadie puede vencer aquí si no lucha contra el mundo con ímpetu, con paciencia y sin descanso. El hombre no posee otro trampolín que la tierra si quiere lanzarse al cielo. Todos los popes Grigoris, los Ladas, los agás, los grandes terratenientes son las fuerzas del mal que en el reparto nos han tocado para combatir contra ellas. Si deponemos las armas, estamos perdidos, aquí abajo en la tierra, y allá arriba, en el cielo.

—Michelis es muy delicado, demasiado habituado a la vida fácil; no podrá...

—Pero nosotros, sí, podremos. Esperemos las novedades que nos traiga, esta noche. Si son malas, iré mañana a ver al Obispo, y le pediré que se nos haga justicia. Mira cómo se acerca el invierno, es preciso que no nos encuentre desnudos, famélicos y sin refugio.

—Si yo pudiera dar mi sangre a fin de salvar las almas en peligro... —susurró Manolios.

—Es más fácil darla una vez por todas que gota a gota en la lucha cotidiana. Si se me preguntase cuál es la vía que conduce al cielo, yo respondería, la más difícil. ¡Tomémosla, pues, Manolios, valor! Manolios no respondió. Sentía que el pope tenía razón, pero estaba impaciente. No podía olvidar la alegría sobrenatural que había experimentado al ir, aquel día, a ofrecer su vida. En su corazón no se había extinguido esa llama, siempre iluminaba allí, en lo más profundo, como un paraíso perdido. La lucha diaria le parecía lenta y sin esplendor.

Silenciosos los dos oían ahora desgranarse la lluvia. Un relámpago desgarraba por un instante la oscuridad, penetrando en la gruta, donde iluminaba dos rostros pálidos, un cuello, una mano; luego, todo volvía a ser tinieblas.

De pronto oyeron pasos presurosos por las piedras.

—¡Es Michelis! —gritó Manolios lanzándose a su encuentro. Los dos amigos se abrazaron en la oscuridad y penetraron en la gruta.

—Bienvenido seas, Michelis querido —dijo el pope Fotis—; ¿qué novedades nos traes de Licovrisí?

—Que mi firma no vale nada, que el agá ha precintado la casa de mi padre, que van a venir médicos para comprobar que estoy loco... En fin que Mariori se está muriendo... ¡Esto es todo lo

bueno que traigo! ¡No os podréis quejar! ¡Os lo tenéis bien merecido, bendito sea Dios!

Y se dejó caer al suelo, apoyándose en la roca. Después de un breve silencio, volvió a decir, esforzándose por ser gracioso:

—No os podréis quejar; llego con las manos llenas.

—No nos quejemos —respondió el pope levantándose—. La vida es esto: sufrir, padecer injusticias, ¡y luchar sin ceder terreno! Nosotros no retrocederemos, Michelis. Mañana iré a la ciudad y lucharé.

Michelis meneó la cabeza.

—Haz lo que Dios te inspire, padre mío, yo no puedo más... Allá abajo, por un momento la rabia me ha dominado. He sentido deseos de estrangular al tío Ladas, de inundar la aldea de petróleo y prenderle fuego. Pero, en seguida, como si ya lo hubiese hecho, me sentí fatigado, descorazonado. He sentido miedo y huí.

—Déjanos luchar a nosotros, Michelis —dijo Manolios estrechando en la penumbra la mano de su amigo que estaba ardiendo.

—Buenas noches. Voy a retirarme para preparar el trabajo de mañana. Saldremos temprano, Manolios.

Y desapareció en medio de la noche.

—Cuán dura es la vida —suspiró Michelis—. Hazme un favor Manolios. Mañana, ya que vais a la ciudad, acércate a ver a Mariori y trasmítele mis saludos. Eso es todo.

Y se echó en su jergón y cerró los ojos, esperando, una vez más, ver aparecer a su padre.

Al día siguiente, durante todo el trayecto, el pope Fotis y Manolios no cambiaron entre sí más que unas cuantas palabras. El cielo estaba cubierto, mas ya no llovía. No obstante, después del diluvio de la víspera, caminaban entre el barro, descalzos, y penosamente avanzaban uno detrás del otro.

Atravesaban tierras fértiles, cubiertas de árboles y de viñas; que se extendían en una ancha llanura o ascendían por las laderas de las montañas. Al fin, las nubes se deshilacharon; emergió de nuevo el sol: un trozo de cielo apareció de un azul celeste suave, resplandeciente de frescor. En una altura, brillaban blanquísimas dos antiguas columnas de mármol.

—Todas estas tierras fueron nuestras, de los helenos, en otros tiempos... —suspiró Manolios.

El pope se detuvo un momento, contempló las dos columnas rotas y se santiguó como si pasase delante de las ruinas de una iglesia; su espíritu estaba inflamado, pero no dijo nada.

Caminaban en silencio con sus pobres petates al hombro; el pope con la sotana remendada, Manolios con ropas de burdo paño.

Siempre que cruzaban alguna aldea, los perros les ladraban, las puertas se abrían a su paso, asomaban algunas cabezas, algunos ojos se fijaban en ellos, otros les dirigían alguna palabra amable, un «sed bienvenidos» o «¿adónde vais? Buen viaje». Las puertas volvían a cerrarse en seguida y los dos emisarios de la miseria se encontraban de nuevo solos en medio del desierto camino.

A mediodía se detuvieron al pie de un álamo, para comer un poco y reparar las fuerzas. Acercaron dos piedras, y se sentaron. Las plantas aromáticas, ajedrea, tomillo, menta, hierbabuena, poleo, salvia, zarandeadas por las fuertes lluvias de la víspera embalsamaban el ambiente Se hizo un claro en el firmamento y un enorme arco iris apareció.

El pope Fotis contemplaba el esplendor de la tierra y el cielo después de la lluvia vivificante, y una ancha sonrisa se dibujó en su semblante pálido y grave.

—Un día —dijo—, en la Santa Montaña, pregunté a un asceta, al padre Sofronios, que vivía lejos del Monasterio, en una ermita, en la cumbre de un precipicio: —¿De qué modo has encontrado el camino de la salvación, padre Sofronios? —¿Acaso lo sé yo, hijo mío? —me respondió—; ha venido así, sin que me diera cuenta... Una mañana me levanté; había llovido durante la noche; miré por la ventana. Eso es todo. —¿Nada más que eso, padre Sofronios? —¿Qué más hace falta, hijo mío? Vi a Dios por la ventana... Desde entonces, siempre que al levantarme muy de mañana veo la tierra después de haber llovido, me acuerdo, conmovido, del viejo asceta. Ha debido entregar su

espíritu a Dios, desde hace mucho y debe estarse paseando por el paraíso, Dios, quizá, para darle gusto, puede ser que haga que llueva, durante la noche, en el paraíso...

Manolios se estremeció; esas palabras del pope prestaban a la tierra húmeda el sentido más elevado que pudiera poseer; y Manolios sintió que el corazón se le refrescaba.

—Muchas gracias, padre mío —díjole, pasados unos segundos de profundo silencio—. Yo busco a Dios en los instantes grandes y difíciles; tú me lo muestras en cada minuto que transcurre. Yo lo busco en la muerte violenta; tú me lo haces vislumbrar en la humilde lucha de todos los días. Acabo de comprender por que vamos a la ciudad y con quién vamos a luchar allá abajo.

—Nunca se encuentra sino lo que se busca, hijo mío; nosotros, allá adonde vamos, encontraremos a Dios. Y lo hallaremos, no tal como nos lo representan aquellos que no lo han visto nunca —anciano de mejillas sonrosadas, sentado beatíficamente entre nubes aborregadas—, sino bajo la forma de una voz que brota del fondo de nuestras entrañas, para declarar la guerra: ayer al pope Grigoris y a Ladas, hoy al Obispo, mañana, ya se verá... Mas siempre la guerra, la guerra santa, hijo mío.

Reanudaron la marcha y llegaron a la ciudad al crepúsculo. De lejos vislumbraron cúpulas, mezquitas y dos alminares que como flechas apuntaban al cielo, plenos de fuerza y de gracia. En cuanto franquearon la puerta de la muralla, oyeron la voz del almuecín imperiosa y a la vez suave que llamaba a los fieles a la oración.

La ciudad musulmana se desplegaba ante ellos en toda su variedad; narguiles; beys acurrucados en cuclillas sobre esteras; muchachitos mofletudos de voz atiplada tocando tamboriles y cantando amanes; mujeres cubiertas por largos velos; gordos turcos descalzos, ensalzando a gritos las mercaderías; pastelitos fritos con aceite y maíz tostado...

Nuestros dos viajeros se hospedaron en un albergue del mercado cristiano que estaba de bote en bote. En el piso bajo, los burros y las mulas; en el piso alto, una gran habitación, donde se alineaban en dos filas contra las paredes las numerosas camas. El pope Fotis conocía al posadero, el tío Yerásimos, gritón y tunante como el diablo; había sido antiguo patrón de barco, y hacía tiempo había echado el ancla en esa ciudad, en plena tierra firme, donde se había casado ya muy maduro con una buena moza del Asia Menor de la que tenía varios hijos, y, en fin, había abierto ese albergue. La mujer se dedicaba a la cocina; él se entendía con los hombres y los animales, pegando duro aquí, bromeando allá, pero siempre jovial. Era calvo y tenía un vientre tan enorme que le impedía inclinarse y comprobar si era hombre o mujer...

En cuanto divisó al pope Fotis, salió del mostrador y corrió a su encuentro.

—¿Qué buenos vientos te traen? —le gritó radiante de alegría—; justamente te necesitaba, pope. Todavía sigo pecando gravemente; ya verás: vino por acá un buhonero que se dejó olvidada el otro día la bolsa repleta de monedas de oro; yo se la devolví. Y desde ese día tengo el alma trastornada, esto quiere decir que obré mal, y ¡la pobrecita alma revienta de despecho!

Pero el ánimo del pope Fotis no estaba para bromas:

—Nos quedaremos aquí dos días, tío Yerásimos. Danos de comer y señála nos dos camas limpias para dormir... No tenemos dinero; anota los gastos que hagamos, porque algún día te pagaré, capitán; confía en mí.

—¿Quién te habla de dinero, padre mío? —dijo el antiguo marino echándose a reír—. Si tú no lo tienes, los grandes comerciantes que pasan por aquí, sí que lo tienen y en abundancia. Les cobraré el doble y de este modo seré pagado y con creces. Y además si encuentro otra bolsa no la devolveré... ¡Sed bienvenidos! Esta noche comeremos juntos. Vosotros no sois mis clientes, sino mis huéspedes... ¡Eh, Krustalenia!

Una robusta oriental de enormes ojazos circundados de profundas y azuladas ojeras salió de la cocina con una cacerola en la mano.

—Besa la mano al pope —le ordenó el tío Yerásimos—; como con él y con su compañero esta noche. Comprendes lo que esto quiere decir ¿eh? ¡Costillas de cerdo!

La señora Krustalenia se acercó pavoneándose, besó la mano al pope y se volvió a la cocina.

Al día siguiente de mañana, el pope Fotis, descalzo, después de haberse armado con la señal de la cruz, se dirigió hacia el obispado. Una joven regordeta le abrió la puerta y, al ver que traía las manos vacías, puso mala cara.

—No se viene tan temprano —dijo—, monseñor todavía no se ha despertado.

El pope se sentó en un banco del patio y esperó.

Poco a poco otros visitantes se fueron presentando, hombres y mujeres, cada uno trayendo sus presentes: un cesto de huevos, un conejo, un queso de bola, un gallo... La joven paisana los tomaba sonriendo y se los llevaba dentro de la casa; después, ofrecía una silla o un taburete según la importancia del regalo.

—Es su sobrina... —cuchicheó un viejecito, sentado al lado del pope.

Al cabo de una hora, corrió la noticia de boca en boca, por el patio, que el Obispo se había despertado. Uno lo había oído toser, a aquel otro le pareció adivinar el gluglú del gar garismo matinal...

—Sorbe todas las mañanas un huevo para aclarar la voz... —comentó de nuevo el ancianito.

Todos dirigieron miradas furtivas hacia la ventana de persianas cerradas. Retumbó una tos vigorosa; luego, fue el ruido de impresionantes abluciones; después gemidos apagados; en fin, el agua que se vierte a una jofaina...

—Ahora se lava... —dijo el anciano. Y todos se callaron para escuchar lavarse a la fiera sagrada.

Un cuarto de hora más tarde se produjo un choque de tazas, platos, tenedores, cuchillos y sillas que se movían.

—Ahora toma el café...

Pasó todavía una media hora más, luego resonaron gritos agudos, acompañados de sollozos.

—Ahora reprende a la sobrina.

Poco después se oyó chirriar los escalones y a alguien que se sonaba estrepitosamente.

—¡Ya baja! —dijo al fin el viejecito levantándose. Todos lo imitaron y miraron hacia la puerta. Una potente voz de bajo clamó:

—¡Angélika, que pase el primero! La puerta se abrió y la joven paisana apareció con los ojos enrojecidos. Hizo una seña al pope Fotis quien avanzó y penetró en la mansión.

La puerta volvió a cerrarse. El Obispo se hallaba sentado ante una mesa redonda. Era un hombre rechoncho, vigoroso, de corta barba gris delicadamente tratada, y con una verruga en la nariz, que le asemejaba a un rinoceronte.

—Te escucho —dijo—; sé breve. Creo que ya te he visto antes, ¿no eres el refugiado? Habla.

Por un momento el pope Fotis sintió deseos de irse, dando un portazo. ¿Era éste el representante de Cristo? ¿Este tipo era quien tenía que enseñar a los hombres justicia y amor? ¿Podría esperarse de él que reconociese sus derechos? Pero se contuvo, pensó en sus hijos del Sarakina y en el invierno que amenazaba y abrió la boca para hablar, pero el Obispo le detuvo en seco:

—Otra vez, cuando vengas al obispado, ponte zapatos.

—No tengo zapatos —respondió el pope Fotis—; los tuve en otros tiempos, pero ya no, dispénsame. Cristo, monseñor, también caminaba descalzo.

El Obispo frunció el entrecejo.

—El pope Grigoris me ha hablado de ti —gruñó meneando la cabeza con aire amenazador—. Parece que quieres hacerte el Cristo, establecer la igualdad y la justicia en el mundo... ¿No te da vergüenza? Que no haya ricos ni pobres, ni, seguramente, Obispos... ¡rebelde!

Al pope Fotis le palpitaban las sienes, apretó los puños, mas, nuevamente se acordó de los suyos: conservó la tranquilidad y permaneció mudo.

—¿Terminaste el Seminario de Constantinopla?

—No, monseñor.

—¡Entonces no tienes nada que decir! Yo no discuto contigo, pope... Has venido a pedirme un favor, ¿qué quieres? Despacha pronto; hay otros que esperan. Y mide tus palabras...

—No he venido a pedir ningún favor, monseñor, sino justicia.

—Tu mirada está preñada de insolencia. Baja los ojos al hablarme.

El pope Fotis miró a su alrededor y vio detrás del Obispo un icono de Cristo en la cruz y también

libros encuadernados en oro en una biblioteca. Un cuadro, mayor que el icono, representaba a monseñor con ropa episcopal, bordada en oro, con rutilante mitra en la cabeza y en la mano un báculo dorado. El Obispo se hallaba molesto por el silencio del pope.

—Pope, o hablas, o te vas. No tengo tiempo que perder.

—Yo tampoco, monseñor; me voy.

Tenía la intención de pedir justicia, pero ahora he comprendido que debo dirigirme ¡a Él! —dijo señalando con el dedo a Cristo crucificado.

—¿A quién? —preguntó el Obispo volviéndose.

—A Cristo crucificado.

Esta vez el Obispo perdió los estribos y dando un puñetazo en la mesa:

—¡Tiene razón el pope Grigoris, eres un bolchevique!

—Sí, ¡sí Él también lo es! —replicó el pope mostrando de nuevo el crucifijo.

—¡Angélika! —llamó el Obispo.

La sobrina apareció.

—Si este pope vuelve otra vez —míralo bien—, no lo dejes pasar.

—Dios nos juzgará, señor Obispo, tranquilízate. En aquel día los dos compareceremos ante Él, descalzos —dijo impasible el pope, y diciendo esto abrió la puerta y se fue sin añadir una palabra de despedida.

Durante dos horas erró por las calles; entró en el mercado cubierto de esteras; se detuvo en el patio de una mezquita; atravesó un puente a lomos de un asno, se entretuvo en los jardines, reanduvo lo recorrido y de nuevo se metió por las callejuelas estrechas. Miraba a su alrededor pero no veía nada, pues de su cerebro en ebullición emanaban vapores que le nublaban la vista: pensaba solamente en el Obispo, en sus hijitos del Sarakina y en el invierno que se aproximaba.

Sorpresivamente se encontró delante del albergue del tío Yerásimos. Entró, pero no encontró a Manolios.

—¡El pájaro ha volado! —le anunció el posadero—; ha salido temprano a pasear.

El pope se sentó, tan extenuado como si hubiese llegado del fin del mundo. Se apoyó en el muro, cerró los ojos y suspiró.

Manolios, fiel a su promesa, había ido a ver a Mariori. La miró y vio que estaba dormida; esperó inmóvil que se despertara... Cuanto más la miraba más se le angustiaba el corazón. Ya no era sino una sombra de lo que fue: dos grandes círculos morados circundaban sus párpados; la piel floja y apergaminada se pegaba a los huesos; se notaba que la muerte había empezado ya a imprimir su faz.

Mariori lanzó un suspiro, abrió los ojos y reconoció a Manolios.

—Buenos días, Manolios —díjole—; ¿te envía él?

—Sí, Mariori, es Michelis.

—¿Te ha dado algún encargo de su parte?

—Sí, Mariori, te envía sus saludos.

—¿Eso es todo?

—Es todo lo que me dijo.

Mariori dibujó una amarga sonrisa.

—¿Qué más podría querer ahora? —dijo—, saludos es suficiente para mí.

Volvió la cabeza al otro lado para ocultarle las lágrimas.

—Manolios, yo también tengo un encargo para él.

Palpó debajo de la almohada y encontró unas tijeras.

—Ayúdame a sentarme.

Manolios la levantó en brazos, acomodó la almohada para que se recostase sentada, ayudándola con suma precaución.

Mariori se quitó el pañuelo de la cabeza, desató el lazo de seda negra que sujetaba las largas trenzas castañas y se dispuso a cortarlas, pero le traicionaron las fuerzas y no pudo lograrlo.

—No puedo, Manolios, no puedo, ayúdame.

—¿Vas a cortarlas? —preguntó Manolios espantado.

—¡Córtala! —dijo ella con débil voz.

Manolios, temblando, tomó entre sus manos las trenzas tibias de la joven.

—¡Córtalas! —repitió Mariori.

Manolios cortó la primera trenza, después la otra, estremeciéndose como si operase en carne viva. Mariori cogió las largas trenzas y se quedó mirándolas largo tiempo: sus manos quedaron ocultas por el cálido cabello. Meneó con pena la cabeza ya desposeída de tan bello ornato, y no pudiendo aguantar más, estalló en sollozos, se inclinó sobre las trenzas y enjugó con ellas las lágrimas; después, las envolvió muy despacio en el pañuelo de seda, como si amortajase el cadáver de un hijito queridísimo, anudó los extremos y le tendió el envoltorio a Manolios, diciéndole:

—Toma, dáselo y dile: Mariori te envía sus saludos. Eso es todo.

CAPÍTULO XVII

—ESTO MARCHA MUY BIEN, pero muy bien —monologaba el pope Fotis de vuelta a la montaña, chapoteando en el barro—; todo sale perfectamente, ¡bendito sea Dios!

Seguíale detrás Manolios, encorvado bajo la carga de las dos trenzas que llevaba en el talego; lo mismo que si llevase a cuestas un muerto.

El cielo se oscureció; se oyeron fuertes truenos y empezaron a caer gotas muy gruesas.

—¡Todo va bien, no se puede pedir nada mejor! —seguía murmurando el pope apresurando el paso. No volvió a pronunciar una sola palabra. Con el rostro chorreando por la lluvia, y casi corriendo seguía adelante. Unas grullas pasaron volando por encima de su cabeza: ni levantó la vista para mirarlas; seguía corriendo.

Solamente cuando al anochecer vislumbró la cumbre del Sarakina, se volvió hacia Manolios:

—Seguiremos luchando, Manolios —díjole con decisión en la voz—. De un lado todos los hombres: obispos, popes, notables, pueblo ciego; del otro, dos o tres pordioseros desharrapados, y Cristo delante. Tenlo por seguro, Manolios, ¡venceremos!

Y siguió chapoteando en el barro, pero ya riéndose:

—¡Que por qué no me he puesto los zapatos! Apostaría a que Caifás preguntó lo mismo a Cristo.

Y comenzaron a subir la pendiente del Sarakina.

Michelis durante esos dos días erraba como alma en pena. No se atrevió ni a acostarse, pues apenas el sueño le rendía, se le aparecía su padre, completamente desnudo, preñada la mirada de reproches.

—Si me quedo aquí solo algunos días más, creo que entonces sí que perderé el juicio —se decía espantado.

Tomó el gran evangeliario y lo abrió con la esperanza de ahuyentar con la lectura la atroz visión: pero las letras danzaban y no podía detenerlas. Cerró el libro y empezó a recorrer de arriba abajo la gruta.

El último día, al atardecer, el maestro vino a visitarlo. Venía, díjole, para hacerle compañía. Le habló de su padre, de su novia, del invierno que se aproximaba, de los infortunados del Sarakina, preguntándose cómo soportarían tan cruda estación. Después abordó temas más complejos y filosóficos: qué era la vida, qué la muerte, cuáles eran los deberes del hombre sobre la tierra... Michelis le respondía a todo de mala gana, distraído, impaciente, deseoso de encontrarse solo. El maestro le miraba a los ojos. Bruscamente Michelis comprendió y, furioso, se levantó de un salto.

—Maestro, ¿tú has venido a comprobar si estoy loco?

—¿Por qué dices eso, Michelis? —protestó el maestro enrojeciendo.

—Me doy cuenta: tú eres un hombre honrado cuya conciencia no te deja descansar. Has venido esta tarde a verificar si tu hermano el pope es mentiroso y un criminal. ¿Que conclusiones has sacado tú solo, Hadji Nikolis, el hombre honrado?

El maestro se callaba.

—Honradamente, alma cobarde —murmuró Michelis mirando al maestro con compasión—; honradamente, no te atreves a responder, alma débil.

—No, no —dijo en voz baja el maestro—, no me atrevo...

—Si te lo exigieran, ¿dirías la verdad?

—Sí, creo que sí; pero no me preguntarán nada seguramente.

—Y si no te preguntan, ¿tú no te levantarás, movido por tu propio impulso para decir la verdad?

El maestro tosió, pero permaneció silencioso.

—No —acabó por decir avergonzado.

Michelis se compadeció de él, pero todavía le dominaba la cólera.

—¿Esto es lo que enseñas a los niños? —le gritó—. ¿No se ha encontrado otro mejor para

formar la nueva generación? El maestro se levantó; parecía un hombre sin fuerzas.

—El espíritu quisiera —contestó—, pero la carne.

—Si el espíritu quisiese realmente, no se inquietaría por la carne, ¿no hace de ella todo lo que quiere?

Michelis sentía en el fondo de su conciencia que si estaba tan furioso era sencillamente porque él se parecía mucho al maestro en su manera de ser. El hablarle de aquella manera tan dura no era sino para fustigar a su propia alma y avergonzarse a sí mismo.

—¿Por que los malos son los más fuertes en este mundo? —continuó Michelis—, ¿por qué los buenos son tan débiles? ¿Puedes tú, hombre sabio, explicarme esto?

—No, no puedo.

Y al cabo de un momento, añadió:

—Me has avergonzado, Michelis, y tienes derecho a hacerlo. Pero mi hermano, el pope, es más fuerte que yo. Siempre lo ha sido, me zurraba cuando éramos pequeños. Aun ahora, no tengo valor para enfrentarme con él... Si no estuviese él aquí, tal vez...

Michelis vaciló un momento, pero le preguntó con voz sorda:

—Óyeme, ¿no te ha pasado jamás por la mente, Hadji Nikolis, la horrible tentación de matarlo? El maestro se sobresaltó, espantado.

—Alguna vez... alguna vez... —silabeó—, solamente en sueños...

Apenas pronunciadas estas palabras, sintió amargamente que se le hubiesen escapado, e irritado de haber sido descubierto se dirigió a la entrada de la gruta. Seguía lloviendo, estaba oscurísimo.

—Me voy, buenas noches —dijo.

—Está oscuro como boca de lobo, maestro de escuela —díjole Michelis sarcásticamente—, puedes irte, nadie te verá y no podrán ir con el cuento a tu hermano de que has venido al Sarakina. ¡Que te vaya bien!

Cuando llegaba a la falda de la montaña, el maestro creyó vislumbrar a dos hombres que ascendían, y se escondió de prisa detrás de un peñasco. Una vez que hubieron pasado, volvió a tomar el camino, tropezando.

«Michelis tenía razón —se decía exasperado consigo mismo—, sí, sí, mi hermano es un impostor; y yo no soy más que un pelele; honrado, eso sí, pero muy débil... Pero voy a hacer de tripas corazón e iré esta misma noche a ver al pope y le gritaré en su propia cara la verdad, y ¡que Dios me ayude!».

Delante de la gruta, Michelis, triste e inquieto, esperaba al pope Fotis y a Manolios. En cuanto los divisó, se animó; ya no estaba solo en el mundo, éste se había apaciguado y la muerte había desaparecido.

—¡Bienvenidos! —díjoles—, la soledad se me hacía cuesta arriba.

—El viaje también ha sido cuesta arriba, hijo mío —dijo el pope—, pero Dios estaba con nosotros y nos ha provisto de alas.

De pie y en pocas palabras le contó cómo había visto al Obispo y lo que se habían dicho.

—Entonces, ¿la guerra? —aseveró Michelis atemorizado.

—¡La guerra! —reafirmó el pope—; la guerra santa. Primeramente fue contra los turcos y los agás; ahora es contra los nuestros, los ricos y los notables. Éstos son peores, más malvados. Pero Cristo, el divino desharrapado, está con nosotros.

Y volviéndose a Manolios, continuó:

—Porque, créeme, querido Manolios, Cristo no es siempre aquel que tú has tallado en cierta ocasión; benigno, acomodaticio, pacífico, presentando la otra mejilla para que lo abofeteasen. No. También es un guerrero, resuelto, que avanza y al que siguen todos los desheredados de la tierra. «¿Creéis que he venido a traer la paz al mundo? He venido a prenderle fuego; ¡tengo una espada!» ¿De quién son estas palabras? De Cristo. De aquí en adelante, ¡ése es el rostro de nuestro Cristo, Manolios!

Semejante a dos carbones encendidos, así brillaban los ojos del pope en el fondo de la gruta.

Después de una pausa, continuó:

—Me siento feliz, hijos míos, felicísimo en tener un tal jefe. Está bien el ser corderos, pero cuando se está cercado de lobos, es mejor ser leones.

Alguien llamó a la entrada de la gruta, se vislumbró un rostro entre las sombras y unas manos extendidas.

—¿Quién está ahí? —gritó Michelis presa de terror.

En medio de la lluvia y de aquella noche oscura, la voz de Yannakos se elevó, preñada de rabia y de dolor.

—¡Soy yo, hermanos! Abandoné esa asquerosa aldea, y vengo a buscar refugio en vuestra montaña.

—¡Bienvenido seas, Yannakos! —gritaron todos recibiéndole con los brazos abiertos.

—¿Qué te ha sucedido, Yannakos? —preguntó Manolios—, ¿qué te ha hecho salir a esta hora y bajo la lluvia torrencial?

Yannakos estrechó la mano al pope y se la besó cariñosamente, al tiempo que decía:

—Padre mío, he oído tus últimas palabras y ¡estoy de acuerdo! «Está bien ser cordero, pero cuando se está rodeado de lobos, es mejor ser león».

Y estrujó sus cabellos que chorreaban, colocó la mochila en el suelo, se sentó encima y dijo al fin, pues todos callando esperaban:

—Esta noche, Panayotaros, el nuevo guarda del agá, vino a mi casa con un papel con el sello del agá, se ha llevado mi borriquillo, so pretexto de que yo debía algo a ese cochino de Ladas...

No pudo contener las lágrimas, pero inmediatamente se rehízo y levantándose gritó:

—Una noche bajaré y prenderé fuego a su casa, ¡por Cristo, que sí!

—No, no irás solo; paciencia, Yannakos —dijo el pope—. ¡Bajaremos todos juntos!

—¿Ha llegado la hora? —preguntó Yannakos, impaciente.

—No está muy lejos; se va acercando. Por esto propongo que desde mañana las mujeres y los niños aprendan a tirar con honda. Debemos estar preparados.

Dicho esto, se dirigió a la entrada, y se despidió, diciéndoles:

—Basta por esta noche, hijos míos. Hoy los hombres nos han emponzoñado con venenos de los más diversos. Estamos saturados. Es hora de ir a dormir, y el sueño cicatrizará nuestras heridas a fin de que estemos dispuestos a recibir otras, mañana... Ven, Yannakos, compartirás conmigo mi pobre celda; ¡estoy muy contento de tenerte entre nosotros!

Yannakos alzó la mochila y siguió al pope.

Los dos amigos se quedaron solos. Michelis se volvió hacia Manolios y le tomó la mano, preguntándole en voz baja:

—¿Y? Manolios sacó del talego el envoltorio de la joven.

—Con saludos de Mariori.

Michelis contempló el triste presente, lo palpó con mano temblorosa y comprendió. Desató las dos largas trenzas, enterró el rostro entre ellas y se echó a llorar a lágrima viva, cubriéndolas de besos.

Permaneció así mucho tiempo; luego, levantando la cabeza, interrogó:

—¿Se muere?

Manolios no respondió.

A la misma hora en que los compañeros platicaban de esa forma en el Sarakina, el maestro, haciendo de tripas corazón se había ido a casa de su hermano. Las palabras de Michelis habían acrecentado su vergüenza y puesto a flote su valor. Por primera vez en su vida estaba decidido a hacer frente a su hermano.

El pope estaba todavía a la mesa; acababa de cenar, le había gustado la comida, el vino fue excelente y, encendido un cigarrillo, fumaba beatíficamente. La víspera el agá le había mandado decir que su pedido había sido satisfecho: había echado a los sarakineses y clausurado y puesto sellos a la casa de Patriarqueas; justo y razonable era que el a su vez procurase satisfacer los deseos

de Brahimaki. Ahora bien, desde hacía varios días estaba dando vueltas día y noche a fin de encontrar alguna joven que proponer al agá, sin provocar escándalo. Y, precisamente, esta noche, fumando ese cigarrillo acababa de encontrar la solución.

—¡Negocio hecho! —murmuró sirviéndose un dedo de vino—. ¡Es inspiración divina! La joven, a fe mía, está muy bien, él no pedirá nada mejor, nadie dirá nada, el agá quedará contento y estará de nuestra parte. ¡Bendito sea Dios!

En ese momento, el maestro entró.

—Buenas noches, Nikolis —saludóle el pope sin levantarse—. ¿De dónde vienes? Llegas todo lleno de barro.

—¡Del Sarakina! —respondió audazmente el maestro.

El pope se agitó en la silla.

—¿Que has ido a hacer a ese vergonzoso nido de avispas? ¿No sabes que Sarakina y Licovrisí están de uñas?

«¡Valor, maestro!, se dijo en su interior Hadji Nikolis, ¡ha llegado el momento! ¡Demuestra que eres un digno hijo de Alejandro Magno!».

—He ido a ver a Michelis. Quería asegurarme si está verdaderamente loco.

—¡Ah! Con que querías asegurarte —gruñó el pope—, ¿y ahora?

—He hablado una hora con él sobre diversas materias trascendentales y simples...

—¿Y qué?

—Pues que está en su sano juicio.

Al oír estas palabras, el pope saltó, y le gritó a su hermano:

—¡Ocúpate de tus asuntos y no te metas en camisas de once varas! ¿Acaso te mandé yo que fueras? ¿Que bicho te ha picado?

—Tenía un peso sobre mi conciencia... —murmuró el maestro—, dudaba, es injusto que...

—¡Vean ustedes esto! ¿Vas tú a enseñarme a mí lo que es justo o injusto, imbécil? Michelis está loco, ¡eso es lo justo!

—Pero no lo está... —aventuró el maestro.

—¡Está loco, te digo que lo está! No ves más allá que la punta de tus narices, y ni más allá de los simples individuos; a mí no me importan los individuos en sí, está a mi cuidado la comunidad, el pueblo, soy el jefe de él, ¿Has comprendido, pedazo de burro? El maestro se calló.

—Cuando un individuo sufre una injusticia y esa injusticia es provechosa para la comunidad, entonces es justo que aquél la sufra. ¡Pero tu cerebro de mosquito es muy pequeño para entender esto!

Se detuvo ante su hermano que lo escuchaba con la cabeza gacha, y prosiguió:

—Si te preguntan, eso es lo que debes responder. Si no puedes, ¡te callas!

—Me callaré —dijo el maestro levantándose—, pero en el fondo de mi conciencia...

El pope se rió sardónicamente:

—En el fondo de tu conciencia, todo lo que quieras; me importa un bledo completamente; dentro de ti libertad absoluta. Pero por fuera, ¡cuidado!

Y con voz ya más suave, continuó:

—Eres mi hermano menor, somos hermanos, Nikolis; acuérdate que delante de la gente debemos de tener el mismo parecer; el mío, por supuesto, ¿me oyes? El maestro hubiese querido gritar: «¿Hasta cuándo? Yo también tengo un alma; no puedo estar de acuerdo contigo, no puedo suscribir una injusticia, iré a la plaza y a voz en cuello ¡gritaré!»; pero en vez de todo esto se dirigió a la puerta y dijo solamente:

—¡Buenas noches!

—¡Qué osadía! —gruñó el pope vaciando el vaso de vino—; oigan ustedes esto: él también tiene su propio parecer, ¡el mocoso!

Dobló la servilleta, se santiguó, dio gracias a Dios por dar a los hombres tan abundantemente de comer y de beber; después, se fue a acostar, diciendo:

—Mañana tempranito llamaré a Marta.

A hora muy temprana, al día siguiente, Marta llegó a casa del pope, más encorvada que nunca, y echando pestes.

«¿Qué me querrá desde el amanecer este barba de chivo, y precisamente en la hora en que aquel bastardo maldito va a despertarse gritando: quiero esto, deseo aquello, sin saber a punto fijo qué apetece, lo mismito que una mujer encinta... Fíjate y recuerda todo lo que te diga el barba de chivo, desgraciada, porque tiene el diablo en el cuerpo y ¡no debes tú caer en la trampa!».

Cuando ella entró, el pope se hallaba sentado en un pequeño canapé, con las piernas cruzadas, saboreando una taza de café. El sueño todavía hinchaba sus párpados. Marta hizo una reverencia hasta el suelo, besó la mano del pope y, retirándose a un rincón, esperó con los brazos cruzados.

El pope daba vueltas en la cabeza acerca de lo que quería decirle, no sabiendo cómo empezar.

—Tía Marta, tú —dijo al fin— entrarás algún día en el paraíso, enderezado el cuerpo, tan perfectamente modelado como un cirio. Aunque llevas muchos años sirviendo al turco, no has olvidado, sin embargo, a la cristiandad y, cuando nos encontramos en un grave aprieto, a ti acudimos. Por este motivo te he llamado hoy, mi buena Marta.

«¡Diablo de papel, se decía la jorobada, mira cómo prepara la trampa. Ya ha puesto el queso y ha colocado la trampa en el suelo... ¡Abre bien el ojo, pobre Marta, no te vaya a atrapar!».

—Padre, tus palabras son palabras de Dios —dijo—, ordena lo que quieras.

—Sabes que Brahimaki exige una mujer; desea que las doncellas de la aldea bailen ante él para elegir una, ¡el muy perro! Es una gran vergüenza; preferible es la muerte. ¿No es verdad, tía Marta?

—¡Preferible es la muerte! —confirmó la vieja chepuda.

—Sin embargo, no conviene, por otra parte, enfrentarnos con el agá —siguió el pope—; por interés de la comunidad es mejor tenerlo como amigo. Ahora bien, el agá ha declarado netamente: si no me encontráis una mujer para Brahimaki, ¡declararé la guerra a la comunidad! ¿Comprendes lo que esto significa, tía Marta? ¡Sería nuestra perdición! Entonces ¿qué hacer? ¿Encontrar una mujer para Brahimaki o bien que se pierda la comunidad? ¿Qué piensas tú, Marta, acerca de esto?

—¡Que se pierda la comunidad! —respondió la vieja, de antemano segura que éste era el parecer del pope.

—¿Que se pierda la comunidad? ¿Qué es lo que dices, Marta? ¿Que la cristiandad perezca? ¡Señor, tened piedad de nosotros! ¡No, no, mi buena Marta, vamos, reflexiona un poco más!

—He reflexionado mejor —rectificó en seguida Marta—. ¡Es preciso encontrarle una mujer!

—Bravo, mira, eso es lo que esperaba de ti, hija. ¿Sabes cómo la desea? Gordita, blanca como el pan y honrada...

—Regordeta, blanca como el pan, honesta... ¡Hum! ¿qué quieres que te diga, padre? No conozco ninguna.

—Vamos, reflexiona un poco más, hija mía, me obligarás a...

—Qué quieres, padre, he pasado revista a todas; una es regordeta y honesta, pero no blanca...; otra es blanca y honesta, pero no es gordita...

—¿Sabes en quien pienso yo? En Pelagia, la hija mayor de Panayotaros, y voy a decirte por qué...

—Pero ésa no es blanca, padre mío, y si quieres saber cómo la llaman te diré que la conocen por la morocha o mejor la negrita...

—Eso no tiene importancia, buena mujer. Eso puede arreglarse. Te daré una caja de polvos con los que se frotará el rostro por la mañana y por la noche y al cabo de poco aparecerá más blanca que el pan.

—En ese caso, padre, todo saldrá como a pedir de boca.

—Pero, ¿crees tú que ella querrá?

—¿Ella? Pero, padre, ¡si es el mismísimo demonio! Es un Brahimaki en hembra; con la sola diferencia de que Brahimaki por ser hombre muestra y declara su deseo, en tanto que Pelagia, por ser hembra, los oculta... ¿Qué va a ocurrir cuando esas dos fieras salvajes se encuentren juntos en la cama? ¡Van a derribar la casa!

Y la vieja jorobada se reía, limpiándose con el revés de la mano las narices que moqueaban.

—¡Basta! Está bien —dijo severa mente el pope—; no pienses en seguida mal. Más bien, reflexionemos los dos seriamente en la mejor manera de arreglar las cosas. Panayotaros es ahora el guarda del agá. Luego a nadie le chocará que Pelagia vaya a casa del agá, bajo el pretexto de ver a su padre. Después, tú sabrás arreglarte bien, tía Marta; eres ducha en esta clase de asuntos. Será menester que en ese momento la vea Brahimaki, pero antes tienes que haberle dado los polvos...

Se levantó y abrió un armarito de donde sacó una caja de polvos.

—Aquí está —dijo entregándosela a Marta—. Dile que puede mezclarlos con un poco de harina, para economizar.

La vieja meneó la cabeza, pues veía adónde el pope la empujaba, y vacilaba. Al fin se decidió y objetó:

—Todo está muy bien, padre, pero se nos ha olvidado una cosa, la más importante...

—¿Cuál, tía Marta?

—¿Y si Panayotaros llega a enterarse? Por empezar me matará a mí; en seguida a Brahimaki; después a tu santidad. Y finalmente prenderá fuego a toda la aldea... ¡no lo olvides! El pope se rascó la cabeza, y al cabo de un momento dijo:

—Tienes razón. Podría matarme a mí también... Mas, puesto que es necesario, ¿qué hacer? ¡Ah, tengo una idea! Pediré al agá que envíe a Panayotaros de recorrida.

—Bueno, pero ¿y si la chica queda encinta?

—¿Quién?

—¿Quién quieres que sea, padre mío? La Pelagia...

—¡Basta! no me hablas más que de desgracias, ¡vieja asquerosa! —gritó el pope exasperado—. No quedará.

—¿Cómo lo puedes saber?

—Dios es grande —respondió el pope que no sabía cómo salir del paso.

—Hum... —replicó la vieja jorobada—, ¿crees que Dios se ocupa también de estos asquerosos asuntos, padre?

—Está bien; si eso ocurre, entonces te entenderás con Mandalenia, pues conoce ciertas plantas...

«Atrás, Satanás —se dijo la vieja para sí—, ¿este maldito pope es el representante de Dios o del diablo?».

—¿En qué piensas, hija mía?

—En que tú eres el representante de Dios, padre; eso es cuanto tengo que decir. Haz lo que creas que debas hacer.

—Lucho por el bien de la cristiandad, tía Marta. Dios lo sabe. Él nos ayudará y todo irá bien... Vamos, valor, hija, tus penas y servicios no quedarán sin recompensa...

La viejuca abrió desmesuradamente los ojitos redondos y pensó: «Barba de chivo, por ahí deberías haber comenzado...»

—Está bien —concluyó Marta—, me juego la cabeza, pero haré todo lo que esté de mi mano. Por tu parte, tu santidad, haz también lo que puedas. Soy una pobre mujer muy desgraciada, sola…

—No te preocupes, tía, no perderás con ello... Vete ahora y buena suerte. Volveremos a hablar. Yo estoy aquí, ¡ten confianza! La vieja se inclinó y besó la mano al pope.

—Dame tu bendición, padre mío —dijo—. He comprendido lo que quieres; tú también has comprendido lo que yo deseo. Hoy mismo iré en busca de Pelagia. Va a saltar de alegría, esa maldita hembra.

—Dios te acompañe, ve y tráeme pronto buenas noticias.

Y diciendo esto la dio unos golpecitos en la espalda y añadió con tono protector:

—Y también ¡por tus bodas! tía Marta. Yo te buscaré un buen muchacho, pero por el camino recto, ¡eh!, con miras a que te cases, para que puedas escapar de las manos del turco. ¡Vete!

—Haz todo lo que puedas, padre mío, ten compasión de mí, estoy sola... —dijo la vieja enternecida—; hazlo, padre y que Dios te lo pague.

Y se retiró, limpiándose de nuevo las narices.

«¡Qué vieja loca» —murmuró el pope no bien hubo cerrado la puerta—. ¡Y se lo ha creído! ¡Qué misterio es la mujer! ¡Dios nos libre!».

El pope esperó un día, dos: estaba en ascuas. Al tercer día, se abrió la puerta y apareció Panayotaros, tocado con el nuevo fez escarlata. Al verlo, el pope se sobresaltó, inquieto.

—¿Qué pasa, Panayotaros? —le preguntó levantándose.

—Me envía el agá, padre.

—¿Qué encargo te ha dado?

—¿Acaso lo sé? No lo comprendo; te envía sus saludos y que te diga que Brahimaki está más suave que un guante.

CAPÍTULO XVIII

EL INVIERNO SE PRESENTÓ BRUSCAMENTE. La naturaleza adoptó un aspecto hostil. Comenzó a llover, las hojas de los árboles ya amarillas se amontonaron por el suelo. Bajo tierra, las semillas bañadas por la benéfica lluvia se hinchaban, acumulaban jugo, disponiéndose para brotar en primavera. Los lagartos se cobijaron en los agujeros, las abejas se encerraron en las colmenas, los murciélagos, arracimados, se suspendieron del techo en las grutas; en fin, toda la creación, en espera del tiempo propicio, se recogía.

Los licovrisenses volvían a sus casas a hora temprana, para calentarse al cobijo del hogar. Subían de la cueva el trigo, el aceite y el vino que habían cosechado y que les permitiría tener abundantemente qué comer y beber durante el crudo invierno. Las lámparas de aceite prestaban claridad a las mujeres que hilaban o hacían calceta en tanto que, para matar el tiempo, se entretenían contándose antiguas leyendas, tan viejas como el mundo, o cuentos picantes o desvergüenzas acaecidas.

Nikolio había recogido el rebaño en el redil y permanecía todo el tiempo cerca de la chimenea, pegadito a su Lenio, que ya había hilado un montón de lana y se daba prisa ahora en confeccionar bragas y gorritos de nene; su vientre por días se redondeaba cada vez más y Nikolio la miraba como los campesinos contemplan, cuando llueve, su tierra bien trabajada y sembrada.

—Lo llamaremos Jorge —decía Lenio—; Jorge, el nombre de su abuelo, el viejo Patriarqueas.

—No, lo llamaremos Haridimos, el nombre de mi padre —insistía Nikolio.

—¡No, ya te he dicho que lo llamaremos Jorge!

—El marido es quien manda, lo llamaremos Haridimos.

Y de aquí se peleaban en broma, para caer en la cama, cerca del fuego, y besarse y abrazarse locos de alegría.

En cuanto aclaraba un poco, el pope Grigoris aparejaba la mula y se iba a la ciudad a ver a Mariori. Cada vez volvía más taciturno y más descorazonado, con el rostro más sombrío y con el corazón más duro que las piedras. Un día, al volver de la ciudad, se encontró con Pelagia descalza chapoteando en el barro; las gruesas mejillas de la muchacha estaban tan frescas como las rosas abrileñas. El pope no pudo más y se quejó a Dios.

«¿Por qué eres tan duro conmigo, Señor? —exclamó—. ¿Dónde está tu justicia? Mientras mi Mariori se consume como una candela, prestas mejillas de rosa a esta perdida».

Brahimaki también se calentaba al lado del fuego; un Brahimaki flaco y más juicioso, que encendía dócilmente el chibuquí al agá y le llenaba la copa de *raki* sin replicar... El agá lo miraba con el rabillo del ojo y se sonreía maliciosamente.

—¿Como te encuentras ahora aquí, Brahimaki? ¿Deseas volverte a Es mirna?

—Me encuentro bien en Licovrisí; no me voy.

—La mujer te ha dominado, pobre diablo. Ya te lo decía yo muchas veces: ¡cuidado con las mujeres! Pero tú, no había nada que hacer: quiero una mujer ¡la quiero en seguida! Mira en qué estado te encuentras ahora; ¡te está bien empleado!

El tío Ladas, cuya avaricia le iba desecando cada día más, se paseaba descalzo por sus viñas, cuando hacía sol, precedido por su vieja compañera, montada en el borriquillo de Yannakos.

—Ya ves, mi buena Penélope, —le decía—, Dios es justo, es tan buen prestamista como yo; comprende los negocios. No se han perdido las tres libras como tú temías; tenemos ahora nuestro asno y tú puedes contemplar el mundo desde lo alto... ¡Ah! tengo razón cuando digo que si yo viviese todavía doscientos años más, ¡te haría reina!

En el café de Kostandis, los lugareños bebían infusión de salvia, fumaban el narguile, jugaban a las damas y los más jóvenes al ajedrez. Se olía a tisana y a tabaco. Todos los sábados por la noche, venía el maestro; se le hacía lugar en el centro y allí relataba las hazañas de los antepasados. A

medida que iba hablando, se inflamaba, agitaba los brazos y elevaba la voz. De un lado ponía las sillas con los narguiles y, de otro, las mesas con los juegos.

—Aquí, a la derecha —gritaba—, los persas están alineados en orden de batalla; a la izquierda, los griegos... Supongamos que yo soy Milcíades. ¿Cuantos persas hay? Un millón. ¿Cuántos griegos somos? Diez mil; uno contra cien ¡Atención! comienza el asalto.

El maestro se lanzaba contra las sillas, volcándolas y poniendo en gran peligro a los narguiles. En medio de la batalla, Kostandis intervenía y arreglaba otra vez las sillas.

—¡Han sido derrotados por completo! —exclamaba el maestro, sudando a mares—. En Maratón se les ha echado al mar. ¡Viva Grecia!

Al comenzar el juego, los aldeanos se reían y lo tomaban en broma, pero, poco a poco, se iban enardeciendo, y llegaban al extremo de que nadie quería ponerse al lado derecho, es decir, con los persas, sino que todos corrían a colocarse detrás de Hadji Nikolis, el Milcíades.

—¡Bravo, Milcíades! —gritaban una vez que la batalla se ganaba; y pedían un infusión caliente para el héroe victorioso.

Un día Yannakos bajó de la montaña y penetró en la aldea. Nevaba, las calles estaban desiertas. Miró las chimeneas coronadas de humo, husmeó el olor de los alimentos que preparaban las amas de casa, reconociendo cada plato por el humo: aquí están haciendo patatas fritas, allí chorizos a la parrilla, por allá están echando manteca derretida al pilaf... «No se privan de nada, los muy indecentes —murmuró—, se atiborran bien la tripa, ¡que el diablo se los lleve!». Más lejos, el olor del pan caliente recién sacado del horno le cosquilleó las narices. Sentía hambre. «Pan... pan...» suspiró, haciéndosele la boca agua.

Apresuró el paso y llegó a casa del tío Ladas. Rodeó la casa una vez, después otra, estudiando con cuidado la disposición de los muros, de las ventanas y del jardincillo de la parte trasera. «Por aquí —murmuró—, el muro es más bajo; está bien...». De pronto se detuvo, el corazón parecía saltársele del pecho: acababa de oír, del lado del jardincillo, rebuznar a Yusufaki, a su queridísimo Yusufaki. Hubiérase dicho que había olfateado el olor de su amo.

Yannakos se apoyó en el muro, aplicó la oreja y escuchó turbado. Nunca había oído voz más suave, jamás Yusufaki había lanzado rebuznos más cariñosos. Recordaba que él siendo joven había cantado serenatas debajo de la ventana de la jovenzuela de sus amores, de su difunta mujer; pero lo que él oía ahora, era otra forma de amor y pasión ¡preñado de dolor!

—No te apures, Yusufaki mío, ¡yo te libertaré!

Ya era de noche cuando volvió a la montaña, muerto de frío y de hambre. Dio una vuelta por las grutas donde las mujeres reunidas apretaban contra sus pechos a sus hijitos para calentarlos. Yannakos entraba en cada gruta, tenía para cada uno alguna palabra de aliento. «Esto pasará, amigos, apretad los dientes, ¡ánimo!» Los hombres gruñían algo sin responder, y las mujeres sacudían la cabeza suspirando.

—¡Tened confianza en Dios, buenas mujeres!

—¿Hasta cuándo, Yannakos? No sabiendo qué responder, se iba más lejos a ver a otros.

—¿Qué hacen allá abajo, en Licovrisí? Porque ¿vienes de allí, Yannakos?

—Las chimeneas no cesan de echar humo. ¡Los malditos se atiborran! Han vendimiado nuestras viñas y se están bebiendo nuestro vino. Han cosechado nuestras aceitunas y engordan con nuestro aceite. Pero Dios tiene ojos y todo lo ve.

—¿Y cuándo volverá un poco los ojos hacia este lado para vernos a nosotros también, Yannakos?

Y Yannakos se iba más lejos.

Tres hombres sentados en una gruta, pegados uno contra el otro para darse calor, platicaban en la oscuridad. En el centro se hallaba el gigantón del portaestandarte, Lukas.

—Habéis visto —dijo uno—, los niños comienzan a hincharse, de hambre.

El mío no puede ya sostenerse sobre sus piernecitas.

—Hasta ahora habíamos colocado nuestra esperanza en Dios, pero...

—Ayúdate y Dios te ayudará; si tú no te mueves, Dios tampoco —dijo Lukas—. Ya es tiempo de que pongamos nuestra esperanza en nosotros mismos. No hay más que bajar a la aldea y arramblar con lo que se pueda... ¿Quién entra?

—Soy yo, muchachos, Yannakos.

—Salud, hermano. Apriétate contra nosotros para calentarte.

—Estoy que hiervo, ardo —respondió Yannakos—. No tengo frío, acabo de llegar de Licovrisí.

—¿Qué hay de lo dicho? —preguntó Lukas.

—Tal vez esta noche —respondió Yannakos—; ¿de acuerdo, muchachos?

—¡Estamos preparados! —gritaron los tres a una—. Hay que golpear el hierro mientras está caliente.

—Bien, entonces, esta noche se hará. La noche es oscura como boca de lobo, cae una maldita lluvia fría, así que la gente permanecerá en sus casas al amor de la lumbre. Además como tendrán la panza llena dormirán como lirones. No se encontrará ni un alma en pena por las calles...

—¡Estamos listos! —repitieron los tres—. Te esperaremos aquí. Pasa por nosotros.

—Bien. Preparad los serones y los talegos; y tú, Lukas, la linterna sorda.

—Todo está aquí, Yannakos. Despacha pronto.

Yannakos salió y se dirigió a la gruta de Manolios. Yendo de camino divisó a Michelis que tenía en sus brazos algo que miraba al resplandor de un fueguito que había prendido. Yannakos se acercó de puntillas. Aquellos últimos días Michelis aparecía taciturno, sumido en profunda meditación. Andaba errabundo, solo, de gruta en gruta, mirando a la gente sin hablar.

Yannakos se inclinó por encima de la espalda de su amigo y vio que éste tenía un chiquito de unos tres años, esquelético, de vientre hinchado, y cuyas extremidades parecían tan delgadas como cañas. Largos pelos asomaban en aquel montoncito de niño...

—Michelis... —díjole Yannakos muy bajito para no asustar a su amigo—, no mires eso.

Michelis se volvió.

—Mira, Yannakos —murmuró—, el hambre le ha hecho brotar la barba, y no tiene más que tres años. Le he encontrado tendido en el camino.

—No mires eso —repitió Yannakos.

—Lo he encontrado tendido en el camino —repitió Michelis—. No puedo más, no puedo más, Yannakos, ¿Y tú?

—Vamos —dijo Yannakos tomándole del brazo.

—Espera... ¿No ves? Va a morir.

El pequeño quiso gritar, pero no tuvo fuerzas; abría y cerraba la boquita, como los peces arrojados a la playa; agitó sus bracitos y, bruscamente, se quedó tieso en brazos de Michelis.

—Vamos —dijo nuevamente Yannakos—. Déjalo ahí, mañana cavaremos una fosa.

—No puedo más, Yannakos... ¿Y tú?

Pero Yannakos lo había cogido con fuerza del brazo y lo arrastró.

Encontraron a Manolios sentado en un rincón de la gruta, con la cabeza gacha.

—¿Que noticias, Manolios? —inquirió Yannakos.

—Malas, Yannakos. Los camaradas que trabajan en los alrededores han traído un poco de pan, pero ni con mucho el suficiente. Hemos enviado unos hombres a Licovrisí y el tío Ladas ha respondido que reventemos.

La respuesta del pope Grigoris ha sido ésta: ¡Que vuestro pope Fotis haga un milagro! Solamente Dimitros el carnicero nos ha enviado un poco de carne y Kostandis ha vaciado su modesta bodega. Pero no ha dado ni para un bocado por niño.

—¿Dónde está el pope?

—Aquí.

El pope entró en aquel momento y se sentó en el suelo sin decir palabra.

Venía de enterrar dos hermanitos, muertos de hambre juntos, en brazos uno del otro. El pope los había llevado en una cubeta, cubiertos con hierbas, pues ya no había ni tela para amortajarlos. El pope los había levantado con mucho cuidado para no separarlos, los había colocado en la tierra y había recitado las oraciones de los difuntos. Durante las oraciones, el padre de las criaturitas, a

algunos pasos de allí, cavaba la fosa...

Todos se callaron. Fue el pope quien tomó la palabra.

—Desgraciado el hombre que quiere medir a Dios a medida de su corazón —dijo—. Está perdido. Puede llegar a perder la razón a blasfemar, a renegar de Dios...

De nuevo se calló, asustado él mismo de las palabras que le venían a la punta de la lengua, pero no pudo contenerse.

—¿Qué Dios es éste que deja morir a los niños? —gritó levantándose.

—Padre mío, yo no mido a Dios —dijo Yannakos—, sino a los hombres.

He medido a los licovrisenses; los he juzgado y los he condenado y voy a bajar esta noche a tomar lo que se han negado a darnos.

El pope reflexionó un instante. Los dos pequeños cadáveres abrazados revivieron en su espíritu.

—Yo os bendigo —murmuró al fin—; que ese pecado caiga sobre mí.

—Que caiga sobre mí, padre mío —protestó Yannakos—; no te lo cedo.

Y después de esto, se levantó, diciendo a la vez:

—Los muchachos me esperan; me voy.

—¡Dios te bendiga! Dentro de poco bajaremos todos juntos.

—¡Voy con vosotros! —dijo Michelis que hasta entonces no había abierto la boca.

—Ven, Michelis, eso te desentorpecerá.

Y le tomó de la mano, pues no se veía a tres pasos; caminaban a tientas. Yannakos estaba ahora de buen humor.

—Es un buen comienzo, Michelis, ¡es necesario que nos desenmohezcamos un poco! Hasta ahora nos contentábamos con nada; «¡Eh! galleta, acércate un poco para que pueda comerte!» Pero has de pensar que la galleta no está loca; ella no se moverá, ¡tendrás tú que avanzar la mano y cogerla! No es menester contar con Dios para todo; es bueno, no digo que no; ¡pero Dios también tiene tantos engorros que no puede estar en todo! ¡Tenemos nosotros que movernos también un poco: «A Dios rogando, y con el mazo dando»! Por eso vamos nosotros esta noche a dar con el mazo... ¡Eh, compañeros, nos vamos!

Había divisado en el fondo de la gruta a los tres compañeros que esperaban alrededor de un pequeño fuego. De un bote se pusieron en pie.

—¡Marchemos, en nombre de Cristo! —dijo Yannakos—. Hasta tenemos la bendición del pope. ¡Vamos allá! ¡No os pongáis vuestros zapatones ni las botas de lujo, eso meterá mucho barullo y nos delataría! Todos se echaron a reír: ¿dónde se encontrarían tales lujos? ¡zapatos, botas! Lo que habían hecho era enfundarse los pies con trapos.

—¿Llevas la linterna sorda, Lukas?

—Tranquilízate, aquí está, ¡es nuestra compañera! Yannakos lo miró, riéndose.

—Fue el pobre capitán Furtunas quien nos la regaló —dijo—. Debe de estar viéndola ahora desde el infierno y se desternillará de risa.

Yannakos y Lukas abrieron la marcha, seguidos por los otros dos compañeros. Michelis se fue por su lado.

—No os ocupéis de mí, muchachos —les dijo—. Haced lo que tengáis que hacer; yo voy a dar una vuelta por la aldea.

No se veía a dos pasos. No cesaba de llover. Hilos de agua se deslizaban, se unían y en forma de cascada se precipitaban entre las rocas. Allá a lo lejos, y de vez en cuando, en la concavidad de la montaña retumbaba el chillido quejumbroso de un ave nocturna. En la cumbre del profeta Elías, de pronto, se dejó oír un lejano y prolongado aullido; los cuatro hombres se detuvieron.

—Un lobo —dijo Yannakos—; ése también tiene hambre.

—Tal vez el mismo San Elías —dijo Lukas— también tenga hambre.

—¡Que el Santo Lobo nos proteja! —dijo Yannakos—. ¡Vamos, muchachos, los corderos nos aguardan!

Reanudaron la marcha. Lukas tomó a Yannakos de la mano.

—¿Has decidido dónde vamos a dar el primer golpe?

—¡Claro que sí! En casa del más acaudalado, del más roñoso, del más miserable y avaro, del tío

Ladas. Allí llenaremos los talegos y los serones hasta los topes. Para que el pobre Sarakina tenga qué comer y no aúlle.

Pasado un momento, añadió:

—Una noche bajaremos también a robar petróleo.

—¡Pan y petróleo! Tienes razón, Yannakos. De estas dos cosas tiene necesidad el hombre hoy, para vivir y para vengarse. Porque no es suficiente vivir.

Una vez que llegaron a las inmediaciones de la aldea, Yannakos se detuvo y, volviéndose a sus compañeros, les dijo:

—Voy a ir delante, pues conozco el camino y los lugares. Seguidme en fila india. Quiero ser el primero en escalar la casa.

Y se metieron por las callejuelas. Estaban desiertas. No era mucho más de medianoche y toda la aldea estaba en el primer sueño.

«Con tal que mi Yusufaki no me huela y se ponga a rebuznar como la otra vez... —se dijo Yannakos, en el momento en que llegaba a la casa del tío Ladas—. Dios quiera que duerma...».

Se pegó contra el muro esperando oír a sus compañeros, que llegaron uno a uno.

—Pasemos detrás del jardincillo —dijo muy bajo Yannakos—. Por ese lado el muro es más bajo. Dame la linterna, Lukas... ¡Vamos, venid, tened cuidado!

—¿Tiene perro? —preguntó uno.

—¡Qué va a tener perro este viejo miserable! ¡El perro come! —respondió Yannakos. Y dirigiéndose a Lukas:

—Tú, larguirucho, te quedas fuera; nos servirás de escalera. Subiremos sobre tus espaldas y saltaremos al interior. Si adviertes algún peligro no tienes más que ulular como una lechuza... ¿Estáis preparados, muchachos?

—¡Preparados!

El rodrigón se apoyó al muro y ayudó a Yannakos a que se subiese sobre sus hombros, diciendo:

—En nombre del Santo Lobo, ¡salta!

Yannakos se aferró bien, dio un brinco y se puso a caballo en el muro para después saltar al interior, donde esperó a que saltaran sus compañeros, con los serones, talegos y botas de vino vacías a las espaldas.

—Seguidme, conozco el camino... Cuidado.

Atravesaron el jardincillo, encontraron la puertecilla auxiliar abierta, y entraron en la casa. Percibieron, viniendo de la habitación de arriba, los ronquidos del amo de la casa.

—Duerme —dijo Yannakos—, tenemos suerte.

Alumbró con la linterna, descubrió la puerta de la despensa, la empujó y entraron. Allí olía a aceite, a vino, a higos secos, a membrillo. Derramó la luz de la linterna en forma de abanico por la cámara, iluminando las hileras de tinajas panzudas, barricas y cubas de vino.

—Daos prisa, muchachos, tened la mano pronta —cuchicheó Yannakos—; ¡vamos, llenadlas!

Uno soltó la espita a una cuba de vino y llenó una bota, otro colmó un talego de trigo. Yannakos, de una tinaja de aceite, llenó otra bota; después hinchó un segundo talego de trigo.

Al echar una mirada a su alrededor, vio, adosada al muro, una escalera:

—Bendito sea Dios, aquí hay una escalera; si no ¿cómo hubiéramos podido subir todo esto? ¡El Dios de los ladrones está con nosotros, vamos, muchachos, disparemos!

Cargados como bandidos, atravesaron de vuelta el jardincillo, apoyaron la escalera al muro y subieron doblegados con el pesado y precioso botín. Lukas, del otro lado, recibió con los brazos extendidos talegos, botas de vino y aceite que apiló en tierra. Después cada uno, apoyándose en los hombros de Lukas, saltó a tierra. Yannakos era el último y permanecía a caballo en el muro, sin ganas de bajar, al parecer.

—Oíd, muchachos, un minuto, quiero ir a ver a mi borriquillo y vuelvo en seguida —dijo.

—Deja al borrico, Yannakos —protestó Lukas—, y baja. No se sabe lo que puede suceder...

—No puedo —murmuró Yannakos—, no puedo; nada más que un minuto, muchachos, y vuelvo.

Dicho esto, bajó de nuevo al jardín. Sus compañeros estaban preocupados y molestos, pero nada dijeron; con el oído atento para darse cuenta de si alguna persona venía por el camino o si acaso se

abría una puerta.

—Id delante, vosotros dos —dijo Lukas a sus camaradas—, es mejor volver diseminados. Yo lo esperaré.

Les ayudó a cargar los dos talegos, y partieron. Una vez solo, Lukas se acurrucó, resguardándose de la lluvia, y esperó. De pronto un rebuzno prolongado, alegre, triunfal como la trompeta del Juicio Final, retumbó.

«El diablo cargue con su borrico —gruñó Lukas—, va a despertar a todos los vecinos».

En la casa se abrió una ventana y una voz, la del tío Ladas, llamó:

—Penélope, ¿duermes? Eh, tía Penélope ¿Qué ha sucedido para que rebuzne así el asno?

Pero nadie respondió. Los rebuznos cesaron y, nuevamente sólo se oyó el chapotear de la lluvia en el patio. Lukas levantó la cabeza y vio una sombra a caballo en el muro. Se levantó y en puntillas dada su estatura atrapó por los pies a Yannakos.

—¡Larguémonos, Lukas, vamos! Creo que el viejo se ha despertado.

Se colocaron las botas de vino y aceite en los hombros, y dispararon a todo lo que les daban las piernas, aun yendo cargados.

—Te has salido con la tuya: has visto al borriquillo.

—Sí —dijo Yannakos suspirando—; si hubiese podido hacerle subir por la escalera, palabra que me lo habría traído... ¿Y Michelis? —añadió poco después, inquieto.

—Ha debido recorrer la aldea y volverse ¡Apresurémonos! El pope Fotis y Manolios no se habían acostado: esperaban. Empezaba a amanecer. El cielo se aclaraba débilmente por oriente, la lluvia había cesado, pero el tiempo permanecía amenazador. De golpe se dejaron oír silbidos y alegres voces.

—Ya están allí —dijo Manolios y salió corriendo.

Los cuatro rateros aparecieron, pesadamente cargados. Traían prendida la linterna para ver el camino y se les veía brillar los rostros.

Yannakos abría la marcha con el odre de vino a cuestas.

—Muchos saludos de parte del viejo Ladas, ¡ese buen hombre tan caritativo! Es poca cosa, según dice, ¡pero lo ha dado de buena gana! ¡Os envía este vino para que bebáis a su salud!

—Y también aceite para que lubrifiquéis vuestros enmohecidos miembros —dijo Lukas depositando el odre de aceite a los pies del pope—. Si queréis otro, no tenéis más que pedir, sus garrafas rebosan.

—¡Aquí tenéis también trigo a fin de que los pobres niños, de los que se compadece, tengan pan para comer! —dijeron los otros dos compañeros descargando los talegos que reventaban.

—¡Gracias le sean dadas —respondió riéndose el pope— y que Dios se lo pague con intereses y todo! Voy en seguida a escribirle una carta para decirle que cuatro ángeles han entrado esta noche en su casa, que han cogido estos preciosos regalos y transportándolos en las alas nos los han traído al Sarakina. Para que todo quede en regla, adjuntaré un pagaré a cobrar en la otra vida.

—Escríbele también, padre mío, —añadió Yannakos—, que uno de los ángeles quiso por un momento quebrar las jarras y las barricas para que el aceite y el vino se derramase, pero que a último momento le dio lástima no de él, ¡sino del vino y del aceite!

—Manolios —suplicó el pope—, trae un vaso para convidar ¡a los ángeles! ¡Entrad, sacudid las alas mojadas, señores míos!

—¡A la salud del tío Ladas, ese buen hombre! —anunció el pope vaciando la copa.

—¡A la salud de los ángeles! —brindó Manolios.

—¡A la salud del Santo Lobo! —aseguró Lukas—. Mirad, cuando salíamos le oímos aullar en la cumbre del Sarakina y eso nos infundió ánimos.

—¿Y Michelis? —preguntó Yannakos—; no lo volvimos a ver.

—Ha vuelto —respondió Manolios—, lleno de barro y no ha dicho nada. Está durmiendo.

Al día siguiente por la mañana, cuando el tío Ladas bajo al jardín, al ver la escalera adosada al muro le dio mala espina. Y volviéndose llamó a su mujer, quien, ya levantada, estaba sentada cerca de la

ventana mirando al infinito con ojos tiernos.

—Eh, tía Penélope, ¿quién ha puesto la escalera contra el muro? ¿Eres tú?

Pero ya la tía Penélope se había puesto a hacer calceta y no veía ni oía nada.

El viejo cargó con la escalera al hombro y la guardó en la despensa. Echó una mirada para ver si todo estaba en orden: las jarras, las barricas, los higos secos y membrillos.

—Bendito sea Dios —susurró—. Felizmente que no hay ladrones. La pobre ya no sabe lo que hace; tengo que estar con ojo avizor. La pobre mujer es capaz de prender fuego a la casa un día.

Seguidamente entró en el establo: el asno allí estaba.

—Di ¿qué tenías anoche que me has despertado con tus rebuznos? —díjole furioso, dándole un puntapié.

Pero el borriquillo ni se volvió siquiera. Tenía los enormes ojazos extrañamente perdidos en el vacío. Parecía tener la impresión de que había soñado esa noche que su verdadero amo había venido a acariciarlo cariñosamente, como tenía por costumbre, el pescuezo, la panza, el lomo. Entonces, él había levantado la cola contentísimo lanzando un rebuzno y su amo le había atrapado el hocico para hacerlo callar, abrazándolo por las orejas y el cuello. Después, había desaparecido por el pequeño tragaluz...

El borriquillo inclinó la cabeza, cerró los ojos y rogó a su dios —un dios con una enorme cola que parecía un matorral de espesa, una descomunal cabeza de asno ya toda blanca, con una albarda de terciopelo y oro y arneses rojos bordada con lentejuelas de plata, brillantes como estrellas:

—¡Dios mío, haz que mi sueño de esta noche sea una realidad! —le rogó.

Muy de mañana, la noticia del milagro se expandió por todo el Sarakina: ¡cuatro ángeles, durante la noche, habían traído trigo, aceite y vino a los hambrientos! Los más simples lo creyeron y se santiguaron, los más maliciosos miraban a Yannakos y a Lukas sonriéndose. Las mujeres se abalanzaron al trigo y se pusieron inmediatamente a limpiarlo, cantando a media voz, como si adormecieran un niño, como si acunaran al Niño Dios. ¿Se caía un grano al suelo? lo recogían en seguida; ¿acaso no era un precioso presente de Dios que no había que dejarlo ensuciar al contacto con la tierra? En un santiamén, machacaron una pequeña cantidad sobre las piedras, amasaron una galleta enorme con un poco de aceite para que fuera más sabrosa, la cocieron en las brasas y, después, dieron un pedacito a cada uno, como si distribuyeran pan bendito. Inmediatamente sintieron que los huesos y la carne agradecidos se reconfortaban; como si realmente ese pan fuese el cuerpo de Cristo.

Bebieron un trago de vino y las mujeres no pudieron contener las lágrimas.

—Dios mío —suspiraban—, un trozo de pan y un trago de vino, y no hace falta más para que al alma le parezca ¡que le han nacido alas!

Después de almorzar, dos hombres cargaron con el trigo a fin de llevarlo al molino. Las mujeres los escoltaron hasta el extremo del camino como si temiesen que la preciosa carga no volviese.

—¿Cuándo estará de vuelta? —les preguntaron a gritos a los portadores.

—Mañana por la mañana, ¡no temáis, mujeres! —respondieron riendo.

Yannakos se había convertido en el despensero del Sarakina. Era el encargado de guardar los víveres y distribuirlos a las mujeres, cada mañana, según las necesidades de cada familia para las comidas del día.

—Sed económicas, amigas —les gritaba—; hay que apretarse el cinto hasta que pase el invierno. Los ángeles tienen otras cosas que hacer y no pueden traernos regalos cotidianamente...

Un poco de pan y aceite basta para reanimar la llama próxima a extinguirse. Los niños comenzaron a deshincharse y sus mejillas a recobrar los colores. Las mujeres tenían leche suficiente y los recién nacidos no lloraban en toda la noche. Los hombres también se fortalecieron y sus brazos trabajaban con más fuerza, y podían volver a cargar con enormes piedras para terminar las casitas comenzadas. De vez en cuando aún se oía alguna risa, una broma y, en las grutas más apartadas, se podía ahora tropezar con una pareja que tenía fuerzas para estrecharse en fecundo abrazo.

—Todo este trigo, aceite y vino es preciso que se transforme en sangre y bríos que nos den fuerzas para intentar una suprema salida. —De esta manera hablaba ese día el pope a Manolios.—

No podemos robar para calmar nuestra hambre. Es menester bajar a la aldea y tomar posesión, de grado o por la fuerza, de las tierras que nos pertenecen. Solamente gracias al fruto de ellas podremos vivir en esta estéril montaña.

—Dentro de muy poco —añadió Manolios—, habrá que podar las vides, escamondar los olivos, quemar el rastrojo. ¿Acaso se va a dejar todo abandonado? Sería perder un año. ¿A qué esperas, padre mío?

—Espero la señal en mi propia alma, Manolios, ¡aguardo la voz que me lo ordene! Mira, nunca en mi vida he tomado decisión de importancia sin oír esa voz. Y esta decisión que has anunciado, Manolios, es grave: en ella y por ella se derramará sangre.

—Lo sé, padre mío. Pero en un mundo como éste, sin honor e injusto ¿crees que se puede hacer algo sin que corra sangre? Yo me decía: si los licovrisenses vieran el estado en que se hallan nuestros niños, hinchaditos los vientres, demacrados al extremo, las piernecitas como palillos de tambor, seguramente se compadecerán de ellos. Anteayer, envié, pues algunos niños a la aldea... ¿Sabes cómo los han recibido? Hubo unos que cogieron palos para alejarlos de las puertas de sus casas, otros les arrojaron, como a perros hambrientos, un pedazo de pan duro... Uno sólo tuvo compasión ¿Sabes quién? ¡El agá! Los vio desde el balcón escarbar la tierra en busca de algún grano, de cáscaras de patatas, de limones, y empezó a gritar: ¿Qué es esto? ¿Son monos pequeños? ¿Son enanitos? Bajó, les abrió la puerta y los hizo entrar. Luego, llamó a Marta: —Pon la mesa, Marta, tráeles algo para comer. Son monitos, dales algo de comer para que lleguen a ser hombres.

—Yo no lo sabía... ¡no me has dicho nada, Manolios! —exclamó el pope, brillándole los ojos a través de las lágrimas.

—No te lo confesé, padre mío, para no causarte mayor pena... Tu corazón está repleto de veneno que los hombres vierten en él; ¿a qué añadir todavía esto?

—Hubieras debido decírmelo, Manolios, ¡porque es menester que se desborde! Si el corazón humano no se desborda de amor o de cólera, nada se logra en el mundo, ¡tenlo muy presente! Se calló; repentinamente agotado, se sentó en una roca, la cabeza inclinada sobre el pecho, como si escuchase algo Manolios se sentó frente a él, mirando la llanura. Ya no llovía, pero la tierra estaba anegada por el agua caída. Soplaba un suave viento que hacía ondular los olivos tornándolos ya plateados ya verdosos oscuros. Los viñedos anegados también, aparecían como manchas negras. Un halcón levantó vuelo de la cumbre de San Elías y planeó por la llanura.

El pope Fotis se levantó.

—Mi corazón se ha desbordado —dijo—; me voy.

Manolios no le preguntó nada; presentía que el cuerpo del pope estaba tan tenso que iba a reventar: «Mejor será no hablarle —se dijo— eso será mejor...».

El pope escaló las rocas y se metió por el sendero que subía a la cima del monte. Allá arriba resplandecía blanquísimo San Elías. El pope seguía ascendiendo, el cuerpo derecho como una espada; de vez en cuando desaparecía detrás de alguna roca, para volver a aparecer más lejos, siempre subiendo. Se había quitado el bonete de monje, y sus cabellos flotaban al viento.

Pronto, Manolios divisó, delante de la capillita, recortarse sobre el blanco muro la silueta querida, pero no mayor que la de un halcón. En seguida, el pope desapareció por la puertecita negrísima que acababa de abrir.

Manolios inmediatamente se tornó a su gruta, buscó un grueso leño de encina y se puso a tallar el nuevo rostro de Cristo.

CAPÍTULO XIX

YA ERA DE NOCHE y el pope no había vuelto. Se había desencadenado un violento viento helado; el cielo se mostraba amenazador. Los aullidos del lobo retumbaron de nuevo, a lo lejos, en medio de la noche.

—Vamos a ver lo que ocurre, tal vez le haya sucedido algo... —dijo Michelis.

Después de muchos días, eran las primeras palabras que salían de su boca, pues estaba cada vez más sumergido en amargas reflexiones, ora suspirando, ora levantando la vista hacia la iglesita de la montaña y, al verla, sonreír apaciguado. Conservaba las trenzas de Mariori apretadas contra el pecho, a flor de piel, y a cada instante se estremecía y las palpaba como si hubiese temido haberlas perdido. Por la noche, se despertaba gritando y se levantaba de un salto, no pudiendo ya conciliar el sueño.

—Vamos a ver lo que ocurre, quizá le haya sucedido algo... —dijo a Manolios, sentado tranquilamente en la gruta. Podía ser ya muy bien medianoche.

—No puede haberle sucedido nada —respondió Manolios—. De la manera como lo he visto levantarse y tomar el sendero, Michelis, nada malo ha podido acaecerle. ¡Por un instante, lo he creído inmortal!

—Pero tarda... tarda... ¿qué puede hacer solo con el profeta? —susurró Michelis a quien las palabras de su amigo no le convencieron.

—Estarán deliberando, manteniendo los dos una conversación secreta; haciendo proyectos, Michelis, San Elías y él... Nadie debe interponerse entre los dos. Están tomando decisiones.

—Pero ¿qué habrá comido esta noche? ¿Cómo podrá dormir allí? Hiela.

—Ni comerá, ni dormirá, ni sentirá frío. Te aseguro que en el estado en que está ahora no tiene necesidad de nada. Está como muerto, como inmortal, no sé explicártelo... No necesita nada.

En ese momento apareció Yannakos, regañón, tiritando y echando pestes.

—Otra vez de mal humor, ¿qué te ocurre, Yannakos? —preguntó Manolios—. ¿Cómo van los asuntos, despensero del Sarakina?

—¿Y cómo van tus pequeñuelos? ¿No están cada día más escuálidos? —respondió Yannakos. Un instante después añadió—: Se está llegando al término de las existencias, eso es lo que tengo; dentro de poco se verá el fondo... ¿Qué hacer, pues? ¿Mandar otra vez a los compañeros, bajar todos a la llanura? Esta vez sí que le toca el turno al pope Grigoris.

—Le toca el turno a Licovrisí; ¡espera! —dijo Manolios.

Yannakos se estremeció y aplaudió loco de alegría.

—¿Ha llegado la hora? —gritó—. ¿Lo ha dicho el pope?

—Todavía no ha ordenado nada, pero creo que la hora se aproxima... Dice que su corazón se ha desbordado.

Y se puso a contar la conversación última que tuvo con el pope.

—Si, al menos, se pudiese esperar un poco... a que me prepare —susurró esta vez Yannakos—; no estoy todavía preparado.

Los dos amigos se volvieron hacia él intentando distinguir su rostro en la oscuridad.

—¿Te falta algo? —preguntó Manolios.

—¡Seguramente!

—¿Qué?

—El petróleo. He dado mi palabra de honor a Dios que prenderé fuego a la casa del tío Ladas.

—Eres feroz... —aseveró Michelis, decidiéndose a hablar.

—Soy justo —respondió Yannakos—. Si Cristo descendiese hoy a la tierra, a un mundo como éste, ¿que crees que llevaría sobre los hombros?, ¿una cruz? No, una lata de petróleo.

Manolios se sobresaltó y se apoyó en la pared de la gruta para escuchar.

—¿En qué piensas, Manolios? —preguntó Yannakos—. No dices nada.

—¿Cómo sabes eso que acabas de decir, Yannakos? —murmuró Manolios temblando.

—No lo sé, no lo he aprendido, ni nadie me lo ha dicho, pero estoy cierto de ello.

Después de un brevísimo silencio, Yannakos prosiguió:

—Nuestros niños dentro de algunos días van a volver a errar ahora con muletas por las callejuelas de Licovrisí, rebuscando en las latas de basuras con la esperanza de encontrar cáscaras y porquerías que comer, mientras que aquellos gordotes cerdos los contemplarán, riéndose. Bien, así como a nuestros niños, es como ellos ven a Cristo en sueños. Así es como ellos quieren que vuelva a bajar a la tierra. Pero a la mañana, cuando se despiertan, todo lo olvidan: ¿eran niños, no es verdad? y... los niños volverán a rebuscar entre las basuras.

Manolios escuchaba, anhelante, sin decir nada. Pero se le estallaba el corazón. La otra noche era idénticamente como él había visto a Cristo en sueños, pero no se había atrevido a revelarlo a nadie. Lo había visto bajar de una montaña desierta y silvestre, semejante en todo al Sarakina, descalzo y llevando en las espaldas no la cruz sino una lata de petróleo. Su faz dura, triste, arisca, estaba vuelta hacia Licovrisí.

Mirando a Yannakos, le dijo:

—Tienes razón, camarada; no una cruz; sino petróleo.

—Voy a buscar mis compinches: no hay tiempo que perder.

A la salida de la gruta, se detuvo riéndose:

—El pope Grigoris usa una lámpara de petróleo; debe, pues, tener una lata en la despensa. Y tal vez dos. Me llevaré a Lukas; es una buena escalera. ¡Hasta mañana!

Era ya pleno día cuando Manolios vio al pope Fotis descender de la cumbre de la montaña. Brincaba de piedra en piedra; con la sotana flotando al viento en forma de dos alas, los cabellos colgándole por los hombros, tenía ciertamente el aspecto del profeta Elías en persona; sobre todo, ya que, detrás de el, el cielo por oriente le servía de fondo con una coloración oro rojiza en forma de rayos tan manifiestos y tan poco comunes que hubiérase dicho que el pope descendía rodeado de llamas.

—¡Piedad, Dios mío! San Elías se ha escapado de la montaña; ya baja.

Los hombres salieron precipitadamente y, Manolios a la cabeza, se dirigieron a su encuentro; de repente todos habían presentido que el pope era portador de grandes noticias.

—¿Qué trae en las manos, muchachos? —preguntó Yannakos que, no habiendo podido dormir en toda la noche, tenía los párpados irritados. No se había lavado aún y sus manos apestaban todavía a petróleo.

—Es verdad ¿qué trae? —dijo Michelis, procurando distinguirlo.

—¡Un icono! ¡Un icono! —gritó Lukas que corría delante dejando tras sí también olor a petróleo. «¡Ha tomado a San Elías y nos lo trae!, se dijo Manolios para sus adentros, ¡es buena señal!».

Ya podían distinguir bien el rostro del pope, un semblante severo, sombrío. Parecía que no los veía, ni que oía las voces de sus fieles, como si su espíritu no hubiese abandonado todavía la llameante soledad del profeta.

—Me parece que esto huele a pólvora —dijo Yannakos a Lukas, el compañero de andanzas nocturnas—, ¡mira su rostro!

—¡Felizmente que hemos tenido tiempo! —contestó Lukas—. La mayor parte de las casas son de madera y con las dos latas tendremos suficiente.

Las mujeres habían subido la pendiente y llegaban charlando y chillando acerca de milagros, santos y sueños. Extasiadas miraban, con el cuello tendido, bajar al pope: una ya veía que tenía dos alas negras y volaba, otra aseguraba que no eran alas, sino la sotana, pero en cambio afirmaba que un cuervo, agarrado a los hombros del pope, llevaba en el pico un carbón encendido que aquél le obligaba a comérselo. De repente, todas se callaron: el pope llegó.

—¡Venid conmigo! —ordenó a los hombres, sin detenerse.

—Y vosotras también, mujeres —dijo al grupo de éstas; caminando a zancadas y sosteniendo al profeta muy tieso en los brazos.

Todos quedaron en suspenso, como si acabara de pasar un ave de rapiña que los hubiese rozado con las ásperas alas. Sobresaltados todos, los hombres delante, las mujeres detrás, lo siguieron en silencio.

A través de las nubes ligeras, el sol, ya bastante alto, aparecía como una bola de fuego blanco. Abajo, la llanura se hallaba todavía envuelta en una bruma espesa. Algunas ancianas, que no habían podido subir, salieron de las grutas y, colocándose la mano encima de las cejas a modo de visera, miraban atontadas a la muchedumbre que descendía.

En llegando a las grutas, el pope se detuvo; colocó el icono en un peñasco y todos, hombres y mujeres y niños, se agruparon en círculo a su alrededor.

Con los brazos extendidos, el pope empezó a hablar. Al principio la voz era bronca, la garganta estaba reseca; las palabras se precipitaban, se adelantaban, queriendo salir todas a la vez no logrando pronunciar bien ninguna. Pero, poco a poco, la garganta se le aflojó, la voz se afirmó y las palabras se ordenaron.

—¡Hombres! —exclamó—, ¡escuchad! ¡Mujeres, subid a los niños en brazos para que puedan también oír! Acabo de bajar de un carro de fuego. Yo os conduciré adonde él me condujo. ¡Lo que él me ha confiado, os lo revelaré! ¡La vida no es un agua estancada, la sumisión y la resignación no son las virtudes más viriles, ni las más agradables a Dios! ¡Un hombre decente no puede ver caer muertos a los niños delante de sí, sin saltar y pedir cuentas al mismo Dios!

»He subido a la cumbre a hablar con el amo de esta montaña, para que de nuestras decisiones surgiera el remedio a nuestros males. ¡Es que nuestros niños, son también suyos; por tanto él es responsable de sus vidas!

Con los brazos extendidos y dirigiéndose ahora al icono, continuó:

—Tú eres responsable de ellos, profeta del fuego, y por eso, para decírtelo, he subido hasta tus dominios. Y como el aparcero que al ir a rendir cuentas anuales a su patrón, va cargado con los presentes, frutos de las viñas y de los huertos, así yo recogí las penas y los infortunios del pueblo y los he depositado a tus pies.

»Toda la noche, hijos míos, he permanecido de pie ante este profeta, hablándole. Le he recordado quiénes somos, de dónde venimos y cómo llegamos a esta montaña, en busca de refugio bajo su amparo. Todo esto ya él lo sabía; yo mismo se lo había dicho anteriormente; pero era conveniente que lo oyera de nuevo. Lo escuchó sin decir nada.

»En seguida, le hablé de nuestros vecinos de allá abajo, de Licovrisí, explicándole cómo nos han tratado, cómo nos han arrojado todos, tanto el pope, como los notables y los mismos habitantes, cómo nos han despojado de lo nuestro, no permitiendo que trabajemos las tierras que Michelis, nuestro bienhechor, nos donó... Le he dicho todo; descargué toda mi bilis. Seguía escuchando sin decir nada.

»Inmediatamente le relaté el martirio que sufre su pueblo, de hambre, de frío, de enfermedades... La desvergüenza de los ricos sobrepasa todo límite, patrón —le grité—, y mientras el cogote de los hartos cada día engorda más, su opresión nos llega ya a los huesos ¿oyes lo que te he dicho, bravo cochero del carro de fuego? ¡Vamos, levántate, engancha los caballos, desciende conmigo! Continuaba escuchando sin decir nada.

»Yo, entonces, me enardecí y lo miré diciéndome: ¿no se le partirá el corazón? ¿Cómo puede contener tanto dolor, aceptar tanta injusticia, soportar tanta desvergüenza? ¿No va a saltar fuera del icono? ¿Ni va a enganchar las llamas, asirme por la nuca y sentarme a su lado para que descendamos a Licovrisí?

»En aquel momento me incliné y le dije al oído: «!Elías, eh, capitán Elías!, oye esto todavía: nuestros niños no pueden sostenerse en pie, debido al hambre; unos usan muletas, otros bastones, y así cojeando y brincando como cuervos han bajado a pedir limosna a Licovrisí... Tú lo sabes, seguramente; has debido enterarte; te has inclinado desde lo alto de esta cumbre, yo te he visto, —hasta tu barba barría los tejados de Licovrisí—, y has mirado a nuestros hijitos llorar ante aquellas

puertas...».

»Bajo mis ardientes miradas, sentí que el cuerpo del profeta se enardecía, entonces me animé más y le grité:

»—¡Sí, has consentido abandonar tu carro de fuego para mirar allá abajo cómo los licovrisenses los recibían! Oye ahora: hubo quienes a bastonazos los arrojaron de las puertas, otros los molieron a palos ¿no es verdad que tú lo has visto?

»Apenas pronunciadas estas últimas palabras, retrocedí aterrado. Me pareció que el icono me asestaba un puñetazo, que los cuatro caballos de fuego se animaban, que los labios del profeta se movían y que oía un gran grito: ¡Vamos!

»De golpe, el icono saltó a mis brazos.

Todos escuchaban jadeantes, trastornados. Las mujeres, gritando, cayeron de rodillas ante el icono milagroso; los hombres, exaltados por la palabra del pope, levantaron la cabeza y vieron al profeta, circundado de llamas, bajar de la cumbre.

—¡Bienvenido seas, profeta Elías! —lo saludaron las mujeres.

—A tus órdenes, pope, —gritó Yannakos—, mientras tengamos un trozo de pan que comer y fuerzas. ¡Pero los víveres se agotan!

Manolios se acercó al pope y besándole la mano le preguntó:

—Levanta el brazo, padre, ¿ha llegado la hora? Estamos dispuestos.

El pope Fotis tendió los brazos hacia su pueblo:

—Dentro de tres días —gritó—, dentro de tres días, hijos míos, el de diciembre, nace la luz, nace el profeta Elías. Ése será el gran día. ¡Preparaos, compañeras y compañeros, ese día bajaremos!

Todos desfilaron y se prosternaron delante del icono. A sus ojos el profeta se animaba, su manto aparecía como una hoguera crepitante al viento. Las mujeres vieron gotas de sudor en la frente de la imagen y los niños al besarla sintieron bajo sus labios que el profeta se movía.

Agotado, el pope fue a echarse en su gruta. Cerró los ojos para que le viniera sueño y que Dios le hablase mientras dormía. Manolios trasladó el icono del profeta del fuego y lo colocó en el fondo de la gruta, en la oscuridad, al lado de la Crucifixión de las golondrinas.

Desde ese momento, el Sarakina comenzó a zumbar como un campo de guerra. Aquellos que no tenían bastones ni garrotes, se fueron a la montaña en busca de una encina o carrasca de cuyas ramas fabricarlos. Los que sabían manejar la honda, enseñaban a las mujeres y a los muchachitos. El pope Fotis, que había distribuido a los más valientes las armas de que disponía, corría de un lado a otro, dando instrucciones.

Hacia el anochecer, Kostandis llegó de la aldea y se quedó estupefacto al oír tal barullo, al ver que los hombres enseñaban a las mujeres a lanzar piedras al blanco, al contemplar cómo talaban ramas para fabricar garrotes, cual si todos, hombres y mujeres, se prepararan para una guerra.

Encontró a Manolios tallando el nuevo rostro de Cristo; ésa era su arma, que se apresuraba por terminar, a fin de que todo estuviera dispuesto.

Kostandis se sentó cerca de su amigo, consternado.

—Manolios —le dijo—, si tienes tiempo, levanta un poco la cabeza y óyeme. Traigo malas noticias.

—Bienvenidas sean, Kostandis; las montañas están acostumbradas a las nevadas, no las temen; habla.

—Mariori ha muerto.

A Manolios se le cayó el leño que tallaba y abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Muerta? —susurró estupefacto, como si oyera por primera vez hablar de la muerte.

—La noticia llegó ayer al mediodía. Su anciano padre lanzó un grito que conmovió a la aldea. Inmediatamente montó en la mula y partió gimiendo. Cuando llegó a la ciudad, ya la habían enterrado; no ha podido ni cerrarle los ojos. Esta mañana ha vuelto. Está desconocido. El dolor le ha hecho perder la razón. Yo lo he visto llamar de puerta en puerta por la aldea y he sentido miedo. Me

daba pena. Iba descalzo, los cabellos largos flotando al viento; llamaba a las puertas, para que todos fueran a la iglesia. Quería hablarles. Mandó al macero que tocase la campana. Todos dejaron el trabajo y acudieron. Nos reunió en el patio de la iglesia y se subió en un banco de piedra. Le temblaba el mentón de forma que no podía comenzar; pero sus ojos inyectados en sangre lanzaban llamas. Al fin, logró aunar fuerzas y nos dijo con voz ronca:

»—Hijos míos, solamente dos palabras, no podría decir más, mi corazón se quebraría. El Sarakina acabará con todos nosotros. ¡El Sarakina acabará con todos!

»Se detuvo, respiró; después de un gran rato, continuó:

»—¡Sublevaos, armaos, yo seré vuestro jefe, abajo con ellos! ¡Hijos míos, es preciso echar a esos infames! Ésos son los que han echado mal de ojo a nuestra aldea antes tan próspera. Desde la maldita hora en que han puesto los pies aquí, la desgracia y la muerte se abaten y ciernen sobre nosotros sin tregua. El primer responsable es Manolios, ¡el excomulgado! Es quien ha trastornado a Michelis hasta volverlo loco. ¡Es quien ha sido la causa de la ruptura del compromiso con mi Mariori! ¡Y hasta es quien la ha matado, a mi hija!

»Quiso seguir hablando, pero le dio un vahído. Extendió los brazos para apoyarse en algún muro, pero no viéndolo, perdió el equilibrio y cayó redondo sobre las losas.

Kostandis se calló. Manolios tiró del extremo del pañuelo anudado a su cabeza en forma de turbante y lo mordió para no gritar. «Mariori, muerta..., muerta..., muerta...», se repetía sin poder encontrar sentido a estas palabras.

Se volvió hacia Kostandis.

—¿Entonces? —preguntó alucinado—, ¿entonces?

—He venido a contártelo Manolios, para que estéis en guardia. Los licovrisenses están fuera de sí, después de lo que les ha dicho el pope y se preparan para venir a atacaros. Buscaban un pretexto, ahora lo han encontrado... Los ricos os temen porque os creen bolcheviques; los pobres os odian por que los ricos los han enceguecido; así van a luchar porque sí. Son numerosos y tienen armas; además, el agá está de su parte; tened cuidado.

—Kostandis, busca al pobre Michelis y comunícale la noticia. Yo no puedo... Díselo con miramientos, porque en estos últimos días, nuestro joven arconte no es el mismo. Deambula silencioso; te mira, pero la cabeza está en otra parte; le hablas, no te responde... Llega la noche y le causa pavor acostarse, tiene miedo de dormirse. Un día le pregunté «¿De qué tienes miedo, Michelis?». Abrió la boca con dificultad y me respondió: «Del muerto..., del muerto...». Ánimo, pues, Kostandis, ve a buscarlo. Yo voy a hablar al pope.

—Ahora todo se acabó —susurró Michelis, cerrando el evangeliario de plata en que leía—. Ya no necesito nada, Kostandis. Dios con un cuchillo ha partido mi vida en dos. Ya había arrojado la mitad a tierra; acaba de tirar la otra. Ahora todo entero estoy bajo tierra.

A Kostandis le conmovió ver la tranquilidad con que recibía la terrible noticia; pero advirtió que detrás del rostro sereno de Michelis, el mundo se derrumbaba.

—Todo se acabó —dijo una vez más levantándose, aquel que un día fuera joven arconte. Tomó una cuerda con la que ató el evangeliario, como si abozalase a una fiera salvaje para impedirle que mordiese.

Miró a Kostandis meneando la cabeza:

—¿De qué lado me volveré, Kostandis? Del lado del hombre: es asqueroso y hiede. ¿De Dios? Deja que viva y prospere el tío Ladas y mata a Mariori. ¿De mí mismo? un gusanejo que se retuerce al sol y que una bota lo aplasta en el mismo momento en que se decía: «Estoy bien, estoy bien al sol, me caliento...». ¿Comprendes algo de esto, Kostandis? Pero Kostandis tenía hijos ¿cómo podría comprenderlo? Se levantó y dijo:

—Voy a ver a Yannakos.

Éste se encontraba en su gruta, trasformada en despensa midiendo lo que quedaba de aceite y de harina. Desde hacía días, faltaba el vino.

—Hay para dos días, a lo más para tres —comentaba para sí—. Tendremos lo justo. Después la guerra. Luego, ¡ya se verá! La vida es una enfermedad curable. Vamos, mientras vayamos tirando, y mientras me diga que viva y viva Yusufaki tendré ánimos. Algún día cambiarán las tornas.

Solamente la muerte no tiene cura.

—¡Salud, Yannakos! —gritó una vez detrás de él—. ¿Qué es de tu vida, viejo? ¿Ya no bajas a la aldea?

Yannakos se volvió y vio a Kostandis a quien saludó alegre:

—Salud, Kostandis; sí, sigo bajando a tu maldita aldea. ¿Pero cómo puedes verme? A la hora en que voy está muy oscuro.

Y le relató riendo, cómo, por dos veces, había bajado a la aldea como un lobo para hacer una correría en las dos casas.

—Mira por aquí —le dijo en conclusión—, las vituallas atrapadas están dando las últimas boqueadas, pero el petróleo, aquí está, en el rincón y sin que nadie lo toque. Espera el momento de hacer su milagro.

—¿Qué milagro? —preguntó Kostandis intrigado.

—Convertirse en fuego, Kostandis. ¿No es esa su misión? ¿Si no, para qué Dios lo ha enviado a la tierra?

Reflexionó un instante y se dio una palmada en la frente, diciendo:

—Has hecho perfectamente en venir. Es Dios quien te envía. ¿Quieres hacerme un favor? Hoy es domingo. Pasado mañana, martes, ¿podrás llevarte a tu casa mi borriquillo de casa de tío Ladas? Le dirás que lo necesitas. Si le pagas algo al viejo usurero, te lo dejará; lo guardarás todo el día, en tu casa. ¿Oyes? No quiero que se tueste ni uno solo de sus pelos. En tu casa estará en seguro.

—¿Se te ha metido en la cabeza prender fuego a la casa del tío Ladas? —exclamó Kostandis espantado.

—Pero bueno, ¿de qué venimos hablando desde que has llegado? ¿No es ése el papel del petróleo? Dios, justo y bueno, sabe lo que hace.

—Pondera bien el pro y el contra, Yannakos; eso podrá causarte, desgraciado, contratiempos serios.

—Pondero y repondero, Kostandis, y peso y repeso y veo que ha llegado al peso justo, como hecho sobre medida. Ya se lo he dicho al profeta Elías, al capitán Elías, como lo llama el pope, y está de acuerdo.

Kostandis se rascaba la cabeza, y por fin dijo:

—No lo comprendo.

—Tú no puedes comprenderlo, porque tienes un café, mujer e hijos. No sientes hambre, y lo pasas ni bien ni mal... ¿Como ibas a comprenderlo? Para qué molestarte, te haces el que nada sabe, el idiota, besas las asquerosas manos del agá, del pope Grigoris y ¡de toda la pandilla! Pero aquel que nada posee, Kostandis, no besa las manos; ahí está el secreto... No frunzas las cejas, viejo; ya te llegará tu hora, ya verás, ten paciencia.

—Estoy con vosotros, Yannakos, no me zarandees —dijo Kostandis, después de un momento y dando un profundo suspiro—. A menudo hablamos Antonis y el gordo Dimitros y nos preguntamos: ¿Qué podemos hacer nosotros?

—Ve a preguntárselo al pope Fotis, él te lo dirá. Yo solamente te pido una cosa: que el martes esté en tu casa mi Yusufaki, eso es todo. Y mucho cuidado; ni una palabra a nadie, ¿eh?

Pasó el domingo y llegó el lunes. Hacia mediodía empezó a caer una nevada cerrada; pronto la cumbre de la montaña quedó blanca. El profeta Elías se arropó con aquellas vestiduras blancas, y los cuervos hambrientos levantaron el vuelo hacia la llanura. El cielo aparecía de un rojo cobrizo.

Manolios, inclinado sobre el leño de encina desde primera hora de la mañana, había concentrado todas sus fuerzas en tallar aquella madera. Su alma se había convertido en un buril que tallaba, ahondaba y perfilaba, esforzándose por liberar el rostro de Cristo encarcelado en el leño. El rostro divino revivía en su alma, tal como lo había vislumbrado la otra noche en sueños: duro, triste, adusto. Una profunda cicatriz le surcaba la cara desde la sien derecha al mentón; los bigotes caídos y una maleza por cejas.

Desde la aurora, pugnaba por reproducir fielmente esa imagen austera; era preciso trabajar de

prisa; al acercarse la noche, la faz divina surgió al fin del leño: Manolios dio un salto, espantado.

En aquel momento, Michelis entró, abatido, desesperado; miró el leño tallado y retrocedió, gritando:

—¿Qué imagen es ésa, es la Guerra?

—No, es la de Cristo —respondió Manolios limpiándose el sudor de la frente.

—Pero, entonces ¿qué diferencia con la de la Guerra?

—Ninguna —respondió Manolios.

Era ya de noche. Los copos caían tupidos, silenciosos, cubriéndolo todo. Abajo, la llanura había desaparecido.

Manolios encendió la lámpara de aceite, descolgó el antiguo rostro de Cristo que había tallado anteriormente y lo colocó al lado del nuevo.

—¡Qué diferencia! —murmuró Michelis con terror—. ¿Es el mismo?

—El mismo. Entonces, era paciente, suave, todo serenidad; ahora se ha endurecido. ¿Puedes comprender esto, Michelis? Michelis se callaba, pero al cabo de un momento, respondió:

—En otro tiempo no hubiera podido comprenderlo; ahora, sí... —y volvió a guardar silencio.

Apenas amaneció el martes, ya los sarakineses estaban levantados. La cumbre de la montaña resplandecía por su blancura. El profeta estaba oculto bajo un espeso capuchón; pero en cuanto los primeros rayos del sol cayeron sobre él, se animó y se despertó en medio de una luminosidad rosada.

El pope Fotis reunió a su grey:

—Hijos míos —les dijo—, este día decidirá nuestra suerte. Hemos soportado pacientemente todo lo que hemos podido. Hemos llegado al borde del abismo. Si hubiésemos esperado un poco más, habríamos caído en la sima. Los niños los primeros, después los hombres y las mujeres. Teníamos que elegir entre morir o luchar para vivir. Hemos elegido la lucha. ¿Todo el mundo está conforme?

—Todos conformes, pope.

—He preguntado al vigía de allá arriba, al capitán Elías. Él también está de acuerdo. Después he preguntado a mi corazón. Conforme, igualmente. Todo lo que hoy vamos a emprender, lo emprenderemos no a ciegas, sino con los ojos bien abiertos, con el espíritu claro, como hombres libres. Iremos a pedir lo que nos es debido, no una caridad, ¡sino justicia! Tenemos, allá abajo, en la llanura, huertos, viñas, campos; tenemos olivares y casas. ¡Que nos las den! No intentaremos ocupar los campos de los demás; pedimos trabajar solamente en los nuestros, para poder vivir. No somos el ejército de la violencia, sino que somos el ejército de las víctimas de la injusticia que ya tiene bastante de injusticia.

»No seremos los primeros en atacar. Pero si se nos acomete, tenemos estas manos que Dios nos ha dado y golpearemos a nuestra vez. ¿Qué puede lograr la justicia, cómo puede imponerse en un mundo injusto y desvergonzado si no está armada? ¡Nosotros armaremos la justicia, puesto que ellos arman, y muy bien, su injusticia! Nosotros mostraremos hoy que la virtud también tiene manos, Cristo no es solamente un cordero, es también un león. Y como león es como vendrá hoy con nosotros.

»Manolios ha tallado en madera su rostro. ¡Helo aquí! ¡Éste es el Cristo que marchará a la cabeza y será nuestro jefe.

Al decir esto, levantó en alto la faz adusta, y en medio de aquel viento matinal, por encima de la muchedumbre, la imagen de Cristo se balanceaba, amenazadora. En el último momento, Manolios había pintado de rojo la herida que surcaba la cara, y de este modo Cristo aparecía al pueblo conmovido como un gran Combatiente herido en todas las guerras y que se lanzaba de nuevo al combate.

—¡He aquí nuestro Jefe! —gritó el pope— ¡Levantad la mano, saludadlo!

Luego, dirigiéndose a Lukas, el portaestandarte:

—¡Lukas, sujeta esta santa faz en lo más alto del estandarte, para que nos preceda y nos abra camino! Y ahora, cada uno a su puesto, el gran día del Señor comienza, ¡adelante! ¡Primeramente,

Lukas con el estandarte; en seguida, los hombres armados, después, cerrando la marcha, las mujeres y los niños, con las hondas!

La muchedumbre se alineó, todos se santiguaron, el pope Fotis cogió el icono del profeta Elías; Manolios se puso a la cabeza con los suyos; Yannakos se situó detrás de ellos, con la lata de petróleo bajo el brazo. Michelis, subido en una roca, los miraba cómo se ponían en marcha.

—No puedo ir con vosotros, padre mío —le había declarado al pope—, mis brazos, como ves, no tienen fuerza. ¡Buena suerte!

Y los vio partir. El viento agitaba los guiñapos; muchos iban descalzos, otros calzados con piel de cordero o con trapos. Todos iban demacrados, saliéndoseles y brillándoles los huesos de los pómulos y mentón, los ojos se asemejaban a negros agujeros. Iban hambrientos, ateridos de frío, y por eso se pusieron a correr para entrar en calor.

Yannakos dejó un momento la lata de petróleo en el suelo para frotarse las manos que se le quedaban heladas.

—¿Es que no se canta, muchachos? —les gritó—, ¿Acaso se va a una fiesta, mudos? ¡Vamos! ¡Una canción de caminantes, un emané, un salmo, lo que queráis; cantemos, muchachos, para que entremos en calor!

Y de repente, los pechos se hincharon, las bocas se abrieron y, al dar la señal el pope Fotis, todo el pueblo entonó triunfalmente el antiguo cántico guerrero que cantaran los antepasados al partir a la guerra contra los bárbaros:

¡Señor, salva a tu pueblo y bendice tu descendencia!
¡Señor, ayúdanos a aniquilar a los bárbaros!

CAPÍTULO XX

ERA LA HORA EN QUE Licovrisí solía estirarse y despertarse. Se helaban hasta las piedras. Las montañas de los alrededores amanecieron todas blancas, y los aldeanos permanecieron apelotonados en la cama bien calentitos, haciéndose los remolones todo lo que pudieron. La víspera habían hecho la matanza de los cerdos y, después de haberlos chamuscado y vaciado, los habían pasado, muy limpitos, a manos de las mujeres y de las hijas, quienes hoy se ocuparían de hacer la gelatina, de llenar las tripas para hacer las morcillas, de colocar en cazuelitas y jarritas el paté, el tocino, el pecho salado...

En ese día, pues, las amas de casa eran las primeras en levantarse y, arremangándose bien, colocaban los carbones al fuego y después se dedicaban desde el amanecer a machacar bien la pimienta y el comino para los chorizos, a estrujar bien las naranjas amargas y limones para la gelatina. Y allí en la cocina, suspendido con la cabeza abajo, el cerdo, gordo, rosado, fresco, bien lavado y pelado, esperaba su turno.

—¡Mucho cuidado, tía Marta, no vayas a meter en mi casa esa carne impura! —había declarado el agá a su sirvienta la noche anterior. Durante todo el día sin embargo había oído en los patios los chillidos de los cerdos al ser degollados. ¡Puf! ¡Infieles!, —decía en alta voz—, ¡os ensuciáis con carne de chancho y asáis chorizos que apestan todo el aire!

Pero en secreto el agá se volvía loco por los chorizos de cerdo; no conocía mejor entremés para acompañar al *raki*. La jorobada se los servía todos los años jurándole y perjurándole que eran de carne de camello. El agá sabía muy bien que no, pero se hacía el ignorante; de ese modo podía comerlos y chuparse los dedos, sin faltar a las leyes del Profeta. Aun en su fuero interno deseaba ignorar que aquella carne sabrosa que él paladeaba como buen comilón, era de cerdo. Cada año, pues, el día de matanza, interpelaba a la vieja chepuda:

—¡Cuidado, mucho cuidado, tía Marta, no vayas a meter en mi casa esa carne impura!

Lo que quería decir: ve y compra todos los chorizos que puedas, diciendo que son para ti. Y sírvemelos jurándome que son de camello.

—No te atormentes, agá —respondía la jorobada, sin atreverse ni a sonreír—, ya encontraré este año también una buena cantidad de chorizos de camello, no te atormentes. Habrá también para Brahimaki.

Mientras tanto, los hambrientos y andrajosos descendían corriendo por la montaña. En cierto momento, Yannakos dijo a sus vecinos:

—El pope ha elegido un magnífico día para marchar sobre la aldea, hermanos. Hoy los cerdos penden de los ganchos, preparaditos, en las cocinas. Las amas de casa han prendido el fuego y nos los están sazonando. ¡Al fin, es tiempo ya de engrasar las tripas de los pobres!

Pero los camaradas, inflamados por los cánticos guerreros, no lo oyeron.

La tropa había llegado al pie de la montaña y se adentró por la llanura. La aldea se extendía allá adelante con sus casas ennegrecidas; todas las chimeneas echaban humo. Las narices de los hambrientos husmearon el olor de los cerdos que ya estaban hirviendo para la gelatina. Las mujeres se acordaron de sus casas devastadas, de lo que ellas mismas hacían tal día como hoy, en la misma época, todos los años, y suspiraban.

Antes de llegar al pozo de San Basilio, el pope Fotis se detuvo e hizo señas de que iba a hablar.

—¡Hijos míos —gritó—, atended a lo que voy a deciros! Primeramente nos dirigiremos a la residencia del viejo Patriarqueas para allí atrincherarnos. Si la puerta está cerrada, la forzaremos; esa casa es nuestra y entraremos en ella. En seguida nos repartiremos por los huertos, quintas, viñas

y campos que también son nuestros y los ocuparemos... Dios quiera que no vengan a atacarnos. Pero si nos atacan, responderemos. Es la guerra. Nosotros reclamamos nuestro derecho, ¡que Dios nos perdone! La aldea ha dado la señal de alerta, veo a lo lejos que los hombres se reúnen, oigo la campana que toca a arrebato. ¡Cuidado y adelante en nombre de Cristo!

La campana, en efecto, sonaba, echada a vuelo. La aldea está conmovida. Panayotaros, que no había podido pegar los ojos en toda la noche, había husmeado algo y había salido al apuntar el alba a mirar desde el balcón del agá hacia la montaña. Y allá a lo lejos, en la penumbra de la tenue luz matinal, había visto descender todo el Sarakina... Bajando de cuatro en cuatro los escalones, salió a la plaza, corrió a la iglesia y, aferrándose a la cuerda del badajo, se había puesto a tocar con rabia a arrebato.

Al mismo tiempo, la vieja Mandalenia que había ido con el cántaro por agua al pozo de San Basilio, había visto, de lejos, la banda de desharrapados bajar de la montaña, bramando.

A todo lo que le daban las piernas, echó a correr de vuelta al pueblo, aullando:

—¡Ya vienen, los bolcheviques! ¡Los bolcheviques! ¡A las armas, vecinos!

Los lugareños que haraganeaban todavía, se sobresaltaron al oír la campana. Inmediatamente los gritos de la tía Mandalenia llegaron a sus oídos. Saltaron de la cama, abrieron la puerta y, envueltos en las mantas, se echaron a correr hacia la iglesia. Las amas de casa abandonaron la cocina, gritando desde el umbral o desde la ventana a los hombres que pasaban como locos:

—¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Por qué tocan?

Pero ellos, sin aliento, continuaban corriendo sin responder.

El pope Grigoris, que había ya llegado a la iglesia, se hallaba en pie en el pórtico, los cabellos en desorden, jadeante.

—¡A las armas, amigos! —gritaba—. Ya bajan los bolcheviques del Sarakina. ¡No les dejemos entrar en la aldea! Volved a vuestras casas, armaos, y ¡todos al pozo de San Basilio!

Y volviéndose hacia Panayotaros que seguía tirando de la cuerda del badajo como un loco:

—Panayotaros, ve a despertar al agá. Dile que monte en la yegua y vaya corriendo al pozo de San Basilio; ¡que bajan los bolcheviques! El maestro llegó, sin aliento.

Hasta se había olvidado las gafas y tropezaba con todos.

—¡No os arméis, hermanos —suplicaba—; yo iré a hablarles y los doblegaré con cariño! ¡Todos somos hermanos, no sumerjáis la aldea en un mar de sangre!

—¡Ocúpate de tus asuntos, idiota! —rugió el pope, furioso—. ¡Aquí, no hay componendas! Ha llegado la hora de exterminarlos. ¡A ellos, muchachos! ¡A las armas, hermanos! ¡Mueran los piojosos!

Las mentes se inflamaron; los aldeanos corrieron a las casas, se armaron de garrotes, pistolas, hoces; muchos se llevaron los grandes cuchillos con que la víspera habían degollado los cerdos. Todos, aullando, se lanzaron corriendo hacia el pozo de San Basilio.

Panayotaros llegó también echando el bofe, blandiendo la pistola y disparando al aire:

—¡Adelante, bravos muchachos, que el diablo se los lleve!

El agá oyó tiros entre sueños; dio un trallazo en el piso con el látigo; apareció Marta.

—Dime ¿qué significan esos tiros?

—¡Bajan los bolcheviques, agá!

—¿Cuáles bolcheviques, vieja chepuda? ¡Habla! ¿Los de Rusia?

—No, agá; los del Sarakina; ¡los cristianos te piden que montes en la yegua y vayas a socorrerlos!

El agá se echó a reír; tenía todavía ganas de dormir; se volvió del otro lado, hacia Brahimaki, y contestó:

—Despiértame cuando lleguen los de Rusia; por ahora, ¡lárgate!

El pope Fotis al ver que los licovrisenses se venían a ellos furiosos, se adelantó desarmado, llevando en alto el icono del profeta Elías.

—Hermanos —exclamó—, quiero deciros unas palabras, ¡deteneos! Por amor de Cristo, escuchadme; os pido que no se derrame ni una gota de sangre.

Al instante los dos ejércitos rivales se detuvieron y esperaron; el pope Fotis se adelantó unos

pasos más.

—A ti, pope Grigoris, a tu reverencia, quiero hablar; ¡acércate!

—¿Qué quieres, barba de chivo? —respondió el aludido precipitándose sobre él; ¡aquí estoy!

Los dos popes se enfrentaron entre los dos bandos; uno, alto, fornido, gordote, cual un toro; el otro, demacrado, piel y huesos, descalzo, con los pies ensangrentados, cual un matalón, cuajado de heridas.

—Padre mío —habló el pope Fotis elevando bien la voz para que todos lo oyesen—, padre mío, gran pecado es fomentar la guerra entre hermanos; la sangre que se derramare caería sobre nuestras cabezas... Quiero decirte una cosa, padre, ¡escuchadla también vosotros, hermanos! Deponed las armas, no lleguéis a las manos, esperad; nosotros, los dos jefes, el pope Grigoris y yo, cada uno representante de su pueblo, vamos a luchar aquí, ante vosotros, y vamos a jurar que si el pope Grigoris me derriba a mí e inmoviliza mi espalda contra el suelo, nosotros nos volveremos en paz al Sarakina sin nada y sin reclamar; si, por el contrario soy yo quien venzo al pope Grigoris y le hago tocar tierra, iremos a tomar posesión de los bienes que Michelis ha donado a nuestra comunidad; entre nosotros dos y por encima de nosotros, Dios juzgará.

Los licovrisenses saltaron de alegría al oír las palabras del pope Fotis y contemplar aquel rostro lívido, aquellos pies y manos de escuálido, y empezaron a animar al pope Grigoris:

—¡Sóplalo, pope Grigoris, sóplalo solamente y dará más vueltas que un trompo!

El pueblo del Sarakina fue presa de terror.

—No, no, padre mío —gritóle Lukas, a su pope—; quien debe luchar conmigo es el más valiente de ellos; Panayotaros ese bravucón que se pavonea con pistolas y con fez rojo, ese asqueroso renegado turco, ¡que se presente ante mí, si tiene agallas!

Y entregó el estandarte a un compañero y se arremangó las mangas.

—¡Ya voy, canalla, aquí estoy, bolchevique! —rugió Panayotaros lanzándose al medio—; voy a romperte el pescuezo, ¡puerco!

Se sacó la pistola del cinto y dio un salto, pero el pope Grigoris, levantando la mano, lo detuvo:

—¡Detente! ¡Dejadnos solos a los popes, pues nosotros somos los que debemos cumplir el juramento. Acepto tu desafío, sacerdote piojoso; lo juro delante de Dios: si me derribas a tierra, no me opondré a que toméis posesión de los bienes que os ha regalado Michelis, el loco; pero si resulto vencedor, idos de aquí y dejadnos en paz ¡Pido a Dios que sea testigo de esta lucha y nos juzgue!

—¡En el nombre de Cristo! —dijo el pope Fotis, santiguándose.

Se volvió, hizo señas a un anciano para que se acercase, le entregó el icono del profeta; en seguida, se quitó la raída sotana, la dobló cuidadosamente y la colocó sobre una piedra. Entonces todos pudieron ver la camisa negra hecha harapos y el pantalón gastado, así como los pies y piernas llenos de heridas.

Con las piernas separadas y los brazos cruzados, el pope Grigoris aguardaba, dando patadas contra el suelo, semejante a un caballo fogoso; tenía prisa por terminar. Mas, al ver de pronto delante de sí al pope Fotis, esquelético, en harapos, cuyos ojos profundos y negros asemejaban pozos, se estremeció, creyendo tener ante sí el fantasma espantable de la Muerte.

—Santíguate, padre —díjole el pope Fotis con voz tranquila—; yo estoy preparado.

El pope Grigoris se santiguó maquinalmente y, haciéndose el valentón, no se movió.

—¡Acércate, vil saltamontes! —vociferó—; ¡acércate, que te retuerzo el cuello!

—¿No puedes, padre, abrir la boca sin injuriar? ¿Con esos mismos labios cantas las alabanzas del Señor? ¿Ésas son las manos que elevan el cuerpo y sangre de Cristo?

—¡Estas manos son las que rompen los huesos a los cabrones! —aulló el pope Grigoris y se lanzó sobre su rival, con la cabeza gacha, como acomete un toro. Levantó el puño para golpear, pero el pope Fotis esquivó el golpe y el puñetazo se perdió en el vacío; poco faltó para que el pope Grigoris llevado por su impulso no rodase por tierra. Presa de rabia se abalanzó de nuevo contra el pope escuálido; éste a su vez, reuniendo todas sus fuerzas, asentó con el puño huesudo un golpe terrible en el vientre panzudo de su adversario; el anciano rugió de dolor, parpadeó, palideció; pero pronto se reanimó. La furia había duplicado sus fuerzas y, saltando sobre el pope Fotis, le empezó a morder el cuello, las narices, las orejas... No se oía más que los aullidos del pope graso, semejante a

una fiera que devora la presa.

Los sarakineses, espantados, contenían el aliento y, con el cuello tenso, miraban anhelantes a su pope en peligro.

—Nuestro pope está perdido —murmuró Yannakos desesperado—; este bruto va a estrangularlo.

—No tengas miedo, Yannakos querido —le respondió Manolios—; ¿no ves a Dios ahí, justamente encima de ellos? ¡Ten confianza!

No había acabado de hablar Manolios cuando el pope Fotis asió con mano férrea la barba hendida de su adversario y con la otra le propinó un poderoso directo a la mandíbula, el pope Grigoris, aullando de dolor, se dobló hacia adelante y escupió dientes y sangre; antes que tuviera tiempo de reponerse, el pope Fotis lo atenazó por la cintura, lo zarandeó a derecha e izquierda, se echó sobre él y con todo el peso de su cuerpo lo derribó a tierra.

Con las rodillas se disponía a inmovilizar al pope Grigoris, pero no tuvo tiempo; Panayotaros se había abalanzado sobre él golpeándolo, loco furioso. Entonces Lukas se lanzó, después Yannakos y Manolios, los dos campos se entremezclaron en ruda batalla, las hondas comenzaron a silbar y no se oía más que bastonazos, garrotazos, tiros, en tanto que los cuchillos se hundían en los cuerpos. Al principio gritaban y se injuriaban; pero poco a poco solamente se oía jadear y sordos gemidos.

Kostandis, Antonis el barbero y el gordo carnicero Dimitros acudieron armados de gruesos garrotes y se lanzaron al combate. Yannakos al ver a sus amigos, se separó de la contienda y gritó a Kostandis:

—¡Eh! Kostandis ¿has hecho lo que te pedí?

Kostandis lo miró boquiabierto; de nada se acordaba.

—Mi borriquillo...

—¡Quédate tranquilo, Yannakos; está en mi casa!

—Entonces ¡fuego! —exclamó Yannakos cargando al hombro con una de las dos latas de petróleo.

—¡Bríos, muchachos! —atronaba Lukas repartiendo a diestro y siniestro garrotazos a ciegas—; ¡coraje, los podemos, los tenemos en un puño a estos puercos!

Verdaderamente los licovrisenses retrocedían, perdiendo posiciones poco a poco, y se iban retirando para refugiarse en la aldea; muchos se habían atrincherado en sus casas. Mientras tanto, los sarakineses habían levantado y extendido al pope Fotis cerca del pozo y le lavaban las heridas, principalmente la de la frente de donde manaba bastante sangre.

—¡Valor, hermanos! —clamaba Manolios persiguiendo a los adversarios y lanzando tiros al aire con una de las pistolas que había podido arrebatar a Panayotaros.

La voz alarmada del maestro se pudo de nuevo oír:

—¡Deteneos, hermanos, no mataros! llegaremos a una componenda; yo me encargo de ello; ¡todos somos helenos, cristianos, hermanos!

Pero no pudo seguir: quedó emparedado entre los dos bandos; amigos y enemigos lo echaron por tierra y lo pisotearon furiosamente; uno le tiró una enorme piedra a la cabeza y el desgraciado pacificador cayó rodando a una fosa, descalabrado y sin conocimiento.

Para entonces todos los licovrisenses se batían en retirada hacia la aldea; al verlos, Lukas cogió la otra lata de petróleo y empezó a regar puertas, ventanas y muros de las casas próximas.

—Mujeres, seguidme; huid del fuego —les gritaba, avanzando.

En seguida las llamas comenzaron a incendiar las casas, las mujeres licovrisenses, encerradas en ellas, lanzaron gritos espantosos.

El pope Grigoris no había recobrado el conocimiento; le habían trasportado a la casa más próxima que era la de la vieja Mandalenia y lo habían tendido en medio del patio; la vieja trajo hierbas y ungüentos, lavó las heridas al pope y les puso pomada. El pobre pope, habiendo perdido toda dignidad, rugía de dolor.

Entre tanto, Manolios seguía adelante con los suyos hasta llegar a la gran residencia de Patriarqueas, cuya puerta cerrada forzaron y entraron en ella.

—Aquí, bravos amigos, vamos a atrincherarnos —declaró Manolios—; que dos compañeros traigan a nuestro pope, y todos vosotros entrad de prisa; ¡estamos en nuestra casa!

Antonis y Kostandis se encargaron de traer al pope. Los aldeanos con cubos de agua sacados a toda prisa del pozo procuraban extinguir el fuego de las casas vecinas; toda la aldea aullaba. De repente, se oyeron gritos de espanto:

—¡La casa del viejo Ladas arde!

—¡Han roto las tinajas, el aceite riega la calle; han abierto las espitas y el vino se vierte a torrentes!

En el tumulto, Panayotaros había perdido el fez. Cojeando, corría de un lado a otro, disparando al aire con la única pistola que le dejaron y conjurando a Manolios a presentarse. Pero Manolios se hallaba prodigando cuidados al pope Fotis que habían ya traído y colocado en la cama del viejo Patriarqueas: su salud le inspiraba suma inquietud. Las mujeres habían lavado y vendado las heridas y ahora el pope abrió los ojos, miró a sus compañeros y les sonrió.

—Son unos perjuros —susurró—, ¡Dios los castigará! He derribado al pope; estoy satisfecho.

—¿Sufres, padre mío? —preguntó Manolios.

—Y tanto que sí, Manolios querido, las heridas me producen mucho dolor; pero estoy contento, como he dicho, porque ¡Dios ha juzgado y hemos vencido! En el patio, resonaron aclamaciones jubilosas; es que, Lukas y sus compañeros, después de haber prendido fuego a algunas casas, entraron en ellas y se apropiaron de tres enormes cerdos fresquitos y cuidadosamente lavados y ahora los traían entre aclamaciones de los suyos a casa de Patriarqueas.

—Mujeres, encended una buena lumbre —exclamaron los portadores de tan grasos presentes—, tenemos leña en abundancia, abrid las despensas y bodegas, tomad harina, preparad pan, asad los cerdos, pues el combate nos ha abierto el apetito: ¡tenemos hambre!

—Es cuaresma, hay que guardar vigilia; hasta no se puede usar aceite —rezongó una viejecita—; ¿acaso vosotros tampoco tenéis temor de Dios?

—¡Consultemos al pope! —propuso Lukas.

—Recaiga ese pecado sobre mí; comed —respondió el pope Fotis.

Yannakos llegó con la barba chamuscada y apestando sus ropas a aceite y a vino.

—¡He hecho lo que quería, hermanos! —gritó triunfante—; mi alma está satisfecha; la casa del viejo usurero está en llamas; ¡bendito sea Dios!

Llamaron a la puerta; afuera se oyó la voz de Kostandis.

—¡Abrid, abrid, hermanos; el maestro está muerto!

Abrieron la puerta y entraron Kostandis, el barbero y el carnicero trayendo el cuerpo inanimado del maestro. Por el cráneo abierto se escapaban los sesos; los grandes ojos negros estaban ya vidriosos; la mandíbula inferior le colgaba.

—Lo hemos encontrado en una fosa —dijo Kostandis—; los dos bandos lo han pisoteado y pasado por encima de él.

Todos los hombres y las mujeres se inclinaron en silencio. Le dieron el último beso y le pusieron entre las manos algunas débiles e invernales flores que encontraron en el patio.

—Ha querido reconciliarnos y lo hemos matado entre todos —dijo Manolios, limpiándose las lágrimas.

El agá, echado en muelle colchón, oía los tiros fumando el chibuquí y acariciando a Brahimaki. Pero, al muchacho salvajote, al husmear la pólvora, le bullía la sangre; daba patadas al agá para zafarse de él y echar a correr a la calle para tomar parte en la refriega; pero aquél lo retuvo asiéndole un pie y no soltándolo.

—No seas idiota, Brahimaki mío, deja a los infieles que se rompan los huesos entre ellos; ¿nunca desaparecerán estos asquerosos gusanos? ¿No sabes cuántos años llevamos nosotros afanándonos por lograrlo? ¿Y cuál es el resultado? ¡Un agujero en el agua! Aplastas una cabeza de rumi, en su lugar se levantan diez. Te afirmo que si no se mataran entre ellos, nadie podría exterminarlos; por eso, les dejo pelearse; cuando todos estén vencidos, entonces montaré en la yegua e iré a poner orden... ¿Has comprendido, cabeza dura? Te digo todo esto, por si algún día tienes la suerte de llegar a ser agá de una aldea griega, sepas cómo comportarte con los infieles.

—Déjame por lo menos matar a uno —gritaba Brahimaki—; se me va la mano, ¡me lo pide la sangre!

—Ya te he dicho que no vale la pena tomarse ese trabajo; déjalos que se entiendan ellos solos, si nos mezclamos, tendremos contratiempos; las naves francesas anclarán otra vez delante de Esmirna y declararán el bloqueo y ¡entonces verás lo que es bueno! Estamos aquí a nuestro gusto, Brahimaki mío; afuera hace frío, no te dejaré salir. La vieja va a traernos miel y nueces, ¡vas a ver qué bien saben!

Palmeó, y la vieja Marta apareció.

—Vieja, ¿qué pasa fuera?

—Se retuercen el pescuezo, agá mío. Los dos popes se han arrancado las barbas, Panayotaros ha perdido el fez y le han roto una rodilla, han incendiado la casa del viejo Ladas y el aceite y el vino forman ríos por las calles...

El agá se rió a mandíbula batiente:

—¡Bravo, infieles, continuad, muchachos, que os mate la peste! Tráenos, viejita Marta, miel y nueces ¡de prisa!

Se volvió hacia Brahimaki que echaba sapos y culebras por la boca pues quería a toda costa salir.

—¡No seas idiota; te he dicho que no te mezcles en los asuntos de los rumis! ¡Maldita ralea! ¡Una verdadera plancha de Alá! Escucha lo que me contó mi difunto abuelo; sé todo oídos y procura comprenderlo, ¡cerril! Todo lo que había creado Alá era perfecto; pero un día se hallaba fuera de sus casillas, tomó fuego y barro y amasó y horneó al rumi... Inmediatamente que lo vio se arrepintió; tenía un ojo ese maldito canalla que te traspasaba como una barrena. «He metido la pata, murmuró Alá suspirando. ¿Cómo puedo ahora remediarlo? Arremanguémonos y manos a la obra: amasaré al turco, éste estrangulará al rumi y todo volverá a estar en orden». Tomó miel y pólvora de balas, lo amasó todo bien y moldeó al turco. Sin pérdida de tiempo, colocó en un platillo al turco y al rumi. Inmediatamente los dos se pusieron a luchar. Luchaban, se golpeaban, desde la mañana a la noche, pero ninguno de los dos lograba derribar al otro; pero cuando llegó la noche, el maldito rumi puso la zancadilla, aprovechando la oscuridad, y el turco rodó por el suelo. «Que el diablo se lo lleve!, murmuró Alá, ¡ahora sí que estoy en un atolladero! Estos rumis van a tragarse el mundo que he creado; ¿qué hacer?». No pudo pegar los ojos en toda la noche el pobre Alá; pero al día siguiente, saltó de la cama, contentísimo: «¡Encontré la solución!, ¡la encontré!», exclamó. Cogió nuevamente fuego y barro y moldeó otro rumi. Entonces colocó a este rumi frente al otro en el platillo y enseguida empezaron a luchar entre sí; zancadillas de uno, zancadillas del otro; cuchillazos de uno, cuchillazos del otro... Luchaban día y noche, se caían, se levantaban, se agarraban de nuevo, volvían a rodar, pero en seguida la batalla proseguía... ¡y todavía continúa! Mira, pues, Brahimaki mío, cómo el mundo ha encontrado la tranquilidad...

La vieja Marta volvió con la miel y las nueces.

—Abre la ventana y el balcón, Marta —ordenó el agá—; a fin de que podamos oír los gritos y los tiros y ¡se alegre mi corazón! ¡Llena de *raki* la botella! Está sobre aviso, y cuando se hayan matado todos ven a decírmelo! ¡entonces montaré en la yegua e iré a poner orden!

Hacia el anochecer, al fin, los tiros cesaron; los aldeanos se retiraron a las casas, donde lavaron sus heridas y las curaron con ungüentos; a otros se les aplicó ventosas y se les prepararon infusiones de hierbas. A la luz de las lámparas de aceite, inspeccionaban los estragos: una oreja que colgaba casi desgajada; algunas muelas de menos; un dedo cortado; dos o tres costillas rotas. Otros se dedicaron a recorrer la aldea para ver los destrozos: algunas ventanas quemadas, no pocas puertas forzadas; tres cerdos colgados de los ganchos habían desaparecido; la casa del viejo Ladas ardía todavía, el aceite y el vino seguían corriendo por la calle, y el trigo, desparramado por el patio, había quedado carbonizado.

—¿Y su pobre mujer, dime —preguntó la vieja Mandalenia—, esa verdadera santa, qué ha sido de ella?

—Dios bendiga a las vecinas; se lanzaron entre las llamas y la salvaron. Estaba sentada en el taburete, pobre vieja, paralizada y chillando. Ni se había levantado para huir solamente asía fuertemente contra el pecho la media que estaba tejiendo.

—Y ¿su asqueroso de marido no se metió entre las llamas para salvarla?

—¿Cómo puedes pensar eso? el muy avaro se lanzó a las llamas, pero no para salvar a su mujer, sino para poner en salvo el arca repleta de libras de oro; la sacó en brazos, se precipitó a la calle, la colocó en el suelo, se sentó sobre ella y se echó a lloriquear... Cuando, al poco rato, le trajeron salva a la tía Penélope, ésta se sentó en la tierra y —¡podrás creerlo!— se puso de nuevo a hacer calceta. Tienes razón, querida Mandalenia, ¡qué santa mujer, la pobre!

La tía Mandalenia ponía ventosas a uno y se iba a prestar sus servicios más lejos, de camino iba maldiciendo entre sí a los hombres, esos pícaros malditos... Se abrió una puerta y una mano la asió de la falda.

—¿Has visto a mi hombre, vieja hechicera? Se le ha metido de nuevo el demonio en el cuerpo, ha cogido las pistolas, y ha revuelto la aldea, según me dicen; ¿es verdad todo esto, querida Mandalenia?

—En absoluto he visto a tu hombre, tía Garufalia: solamente he visto su fez cerca del pozo de San Basilio. Seguramente, pobre mujer, su cabeza está por un lado y el fez por otro...¡Vamos, suelta la falda!

—¡Que lo mate la peste! —contestó la tía Garufalia, cerrando de un portazo.

La vieja curandera salió a todo correr hacia su casa adonde habían trasportado al pope Grigoris y donde era atendido por los vecinos que iban y venían llevándole café, limonadas, infusiones...

—No es nada, padre —cuchicheaba a su oído una viejecita harapienta, dejando caer los mocos que destilaban sus insensibles narices sobre la barba venerable—; no es nada, no te preocupes. Desde la mañana no has comido nada y tienes hambre; eso es todo lo que tienes, reverendo padre...

Y poco después, suspirando:

—Todas las enfermedades, créeme, provienen del hambre —añadió la viejecita que siempre había pasado de las suyas—; come y te curarás.

Le trajeron de comer, y como era cuaresma, los alimentos eran sin grasa y pescado. El pope se incorporó y empezó a masticar con mucho trabajo; el maldito pope Fotis le había roto los dientes de delante, por lo que tenía que tragarse los bocados casi sin mascar. La sangre le manaba de la cabeza abierta. Esperaba a la tía Mandalenia con las drogas, y, aunque los dolores se le habían calmado algo, el corazón rebosaba rabia.

—Dime, buena viejecita —cuchicheó a la vecina de la destilante nariz—; dime, y te juro que me digas la verdad, ¿me habrá visto alguno cuando ese maldito pope me hizo rodar por tierra? Aléjate un poco, tus narices chorrean.

—¿Quién dice eso, padre mío? ¿Acaso sería posible? ¿Semejante mosquito podría derribar a tu santidad? ¡Dios te ampare; no digas cosas semejantes! No, monseñor, nadie te ha visto, nadie, ¡te lo juro!

Pero el corazón ensombrecido del pope Grigoris permanecía inconsolable; apretó los puños y la ira nuevamente bulló en su pecho. ¡La causa de todo es ese bandido de Manolios, ese extraviado! Es él quien se ha puesto a la cabeza del Sarakina y ha invadido nuestra aldea; es él quien ha incendiado nuestras casas. ¡Es él, el traidor, el bolchevique, el réprobo! ¡Le arrancaré los ojos!

Hizo señas a los vecinos para que se acercasen, y les dijo suspirando:

—Lástima que sea cuaresma; no debo comer carne.

—Pero tú estás enfermo, padre mío —protestó la viejecita—; puesto que estás malo, te está permitido.

—Soy pope, representante de Dios, ¡no debo! —declaró el pope con voz sentenciosa—. Traedme pan, aceitunas, legumbres sin aceite; siento hambre.

Le trajeron una bandeja cargada de todo; llenaron el vaso de vino. El pope se puso de nuevo a comer glotonamente.

—Es preciso que coma mucho —se decía—, es menester que beba también mucho para reparar las fuerzas. Es necesario que mañana me levante muy temprano y vaya a ver al agá, para que envíe urgentemente un despacho al pachá de Esmirna, a fin de que los soldados turcos acudan con cañones y echen a los bolcheviques que han invadido Licovrisí. ¡Ya es tiempo que el orden y la justicia vuelvan a reinar sobre la tierra!

La puerta se abrió; el pope se volvió.
—Bienvenida seas, tía Mandelenia —la saludó suspirando—; acércate, quiero decirte algo al oído.
Mandalenia se acercó y se inclinó para oír.
—Echa afuera a los vecinos —le susurró—, y mátame una gallina.

CAPÍTULO XXI

AL DÍA SIGUIENTE, muy de mañana, se despertó el agá. En seguida aguzó el oído: ni gritos ni pistoletazos; todo estaba tranquilo. Eso le inquietó.

—Los infieles —gruñó— no se pelean más; ¿por qué han cesado de matarse?

Y llamó a Marta.

—Dime, maldita cristiana, ¿ya no lidian más? ¿Todo se terminó?

—Se terminó, agá mío; no luchan más. Pero los bolcheviques han ocupado la casa de Patriarqueas y no quieren abandonarla; es nuestra, dicen, y al pobre maestro lo han matado.

—¡Matado! —exclamó el agá gozoso— bravo, eso me agrada: uno de menos. ¿Y los popes?

—Esos viven todavía, agá mío.

—¿Los dos?

—Los dos. Tú sabes que los popes son como los gatos, tienen siete vidas. Solamente se han arañado la cara y medio arrancado las barbas; pero ya están bien; por ahora no mueren.

—Es una lástima —rezongó—, ¡es una lástima que vivan todavía! Paciencia, pero es seguro que dentro de poco tendremos nueva gresca. Ensilla la yegua.

La vieja jorobada se dirigió a la puerta, pero el agá la volvió a llamar:

—¿Dónde está Brahimaki? Ha desaparecido desde el amanecer.

—Esa puerca de Pelagia se lo habrá llevado antes de la aurora.

—¡Al diablo con él! ¿Es que no ha tenido suficiente? ¿Todavía no se ha cansado de ella? ¡Que reviente, el muy desvergonzado! ¡Vamos, ensilla la yegua!

El pope Fotis se había despertado también muy temprano. Sufría todavía, pero se mordía los labios; no lanzaba gritos, pues le hubiera dado vergüenza; en cambio, llamó a Manolios.

—Querido Manolios —le dijo—, démonos prisa y no perdamos tiempo. Envía pronto a nuestros hombres y mujeres a que tomen posesión de nuestros huertos, de nuestras viñas y olivares... Que levanten en esos terrenos cabañas y que se queden allí guardándolos, a fin de que nadie vaya a expulsarnos. Yo me quedaré aquí con algunos compañeros; vamos, vete, en nombre de Cristo.

—¿Sufres todavía, padre mío?

—¿Qué importancia tiene, querido Manolios, que sufra o no? Nuestra comunidad está en peligro ¿y piensas todavía en mí? Vamos, llama a los hombres, dispersaos por nuestros bienes; de un momento a otro el agá se mezclará en este asunto.

Manolios descendió al patio; allí, en el centro, yacía todavía el maestro sobre las losas; con los ojos abiertos y fijos en el cielo, pues no se los pudieron ya cerrar. Las mujeres habían cortado ramas de laurel y recubrieron con ellas el cadáver; algunas viejecitas acurrucadas alrededor lloraban quedamente; una madre había colocado entre las manos entrelazadas del muerto un ramito de albahaca, para que se la llevase a su hijito, muerto hacía poco de hambre, que había asistido a la escuela de Licovrisí durante los últimos meses y a quien Hadji Nikolis quería mucho.

Manolios llamó a sus compañeros y los repartió en tres grupos. Armados con palos y llevando vituallas sacadas de los sótanos de la casa, se pusieron en marcha; un grupo se encaminó a los huertos del viejo Patriarqueas, otro a las viñas, y el tercero a los olivares.

La aldea dormía todavía. Atravesaron de prisa las callejas desiertas. La casa del viejo Ladas seguía ardiendo; la nieve había cuajado en la llanura, el cielo estaba límpido; la cumbre del profeta Elías se reía, cubierta de nieve y bañada de luz.

El macero, como oyese pasos, abrió la ventana, vio a los sarakineses y comprendió en seguida de qué se trataba. Se vistió en un santiamén y se apresuró a llevar la mala noticia al pope Grigoris,

diciéndose alegrísimo:

—Voy a hacerle reventar. Yo debía haber sido obispo y él macero; pero el destino es ciego.

Y echó a correr cuesta arriba hacia la casa del pope. Algunas puertas se fueron abriendo tímidamente, y los gallos empezaron a cantar. Llegó, empujó la puerta y entró. El anciano, sentado en la cama, miraba por la ventana cómo amanecía. La noche anterior había cenado muy bien; la gallina había estado suculenta y se había atiborrado hasta no poder más; la vieja Mandalenia le había aplicado bálsamo en las heridas, le había vendado cuidadosamente la cabeza, y ya no sentía dolor alguno. Solamente la barba aparecía más rala y la mitad del bigote, la del lado derecho, se la habían arrancado. El pope ricacho había salido del combate en bastante mal estado: desdentado, hecho una lástima como gato escaldado.

Mas no sentía ya dolor ni vergüenza; no tenía más que una sola idea en la cabeza; un solo deseo; aplastar a Manolios. El anatema lanzado no era suficiente; el pope quería sacarle los ojos y comérselos, caer sobre él, morderle la nuez y ¡beber su sangre! El lobo que dormía desde el comienzo de los siglos en el fondo de su ser, había hecho saltar la corteza de su alma y miraba y ululaba a Manolios. Amor cristiano, bondad, temor de Dios, infierno, paraíso, todo había desaparecido del corazón del pope Grigoris; no le quedaba más, en la vorágine inhumana de sus entrañas, que el eterno lobo.

El macero se acercó, tragando saliva, no sabiendo como ordenar sus palabras, para que hirieran más cruelmente al pope. Al fin, comenzó, con fingida humildad:

—Padre mío, perdóname... Los buenos y grandes barcos aguantan las más bravas tempestades; las cumbres más altas son azotadas por el rayo; tú, padre mío, eres una gran nave y una altísima cima...

—¡Vamos, desembucha, viejo zorro, no te hagas el inocente! —gritó el pope exasperado—; te conozco muy bien, ¡hala! Has tenido el tupé de querer ser obispo, y como no lo has logrado, tus labios destilan veneno... Deja a un lado las insinuaciones de doble sentido y habla claro. ¿De qué se trata?

El macero se enfureció en su interior, pero se contuvo; en cambio empezó a verter el veneno gota a gota.

—El pope Fotis —dijo con voz lacrimosa— ha salido de la camorra sano y salvo; vive y triunfa...

—Deja eso, bribón, intentas decir otra cosa: ¡vamos, vomita tu bilis!

Los sarakineses, y esto lo he visto con mis propios ojos, se han dispersado muy de mañana por las propiedades del viejo Patriarqueas, y en este momento ya deben de haber tomado posesión de ellas; ¡estamos perdidos!

—¡La peste te mate, tunante! ¿Acabarás de una vez?

—Todavía tengo algo que decir, por desgracia; perdóname padre...

—¡Habla!

—La aldea toda se divierte contando cómo el pope Fotis te tiró al suelo y te puso la rodilla sobre tu venerable pecho...

El pope Grigoris se puso como la grana de cólera.

—¡Acércate, canalla, acércate!

Pero el macero tuvo miedo y dio un salto hacia un rincón.

—Y lo que es peor... —continuó.

—¿Peor aún? Habla, lengua viperina, vacía tu saco. ¿Sueñas con matarme?

—Lo que es peor, padre mío... Vamos, valor, tú sabes que somos mortales... pobres mortales... que todos hemos de morir...

El pope agarró la tabaquera de metal y se la lanzó a la cabeza; el macero, sin embargo, tuvo tiempo de esquivarla, agachándose, y la tabaquera atravesó un vidrio de la ventana que se hizo añicos.

—Habla, o me levanto, bellaco, y te hago rodar a golpes. ¿Lo peor?

—Pero ¿cómo? No lo sabes todavía, padre mío. Oh, ¿cómo me atreveré a decírtelo? Voy a desmayarme... Tu hermano...

El pope no aguantó más; tiró las mantas, saltó de la cama y se lanzó contra el macero; mas éste, interponiendo entre el pope y él una mesa y dos sillas a guisa de barricada. lloriqueando, terminó por decir:

—Tu hermano... lo han matado...

—¿Quién lo ha matado?, ¿quién? —rugió el pope con las venas de la frente hinchadas a punto de saltar—; ¿quién? ¿cuándo? ¿dónde?

—No lo sé, padre; ¿cómo quieres que lo sepa? ¡Pobre hombre! Lo han encontrado en una fosa con la cabeza rota... Ahora yace en el patio de Patriarqueas, rodeado de esos bandidos...

—¿No sospechas de nadie, maldito macero? Vamos, reflexiona y responde.

—¿Qué quieres que te responda, padre? De nadie. Pero... cuando pienso en ello... quién sabe... acaso sería...

—¿Quién sería? Reflexiona bien, mi buen amigo... Confiesa rotundamente, no tengas miedo... Eres un hombre de buen sentido, y debes saber... ¿Y bien? Separó a un lado la mesa y las sillas y apoyó la mano en el hombro del macero con aire protector.

—Debes seguramente saberlo... —le insinuó—. ¿Sería...?

—Hum... Estuve allí nada más que un momento y creí ver... Pero no estoy muy seguro... temo pecar, temo al infierno, padre...

—Tranquilízate, hijo, no temas al infierno; aquí estoy para protegerte, ¡habla con libertad! Yo también he sospechado inmediatamente de la misma persona... ¡El maldito, el bolchevique! Tú lo has visto con tus propios ojos, ¿no es verdad, amigo mío?

El pobre macero callaba; temía al infierno, pero también al pope; todo le daba vueltas.

El pope lo sacudió con rudeza.

—¿Puedo llevarte como testigo? Vamos, ayúdame a vestirme, tú sabes cuánto te quiero; voy a ir a ver al agá y ¡le pediré venganza! Así que ¿lo has visto, no es verdad? ¿Lo has visto con tus propios ojos, hijo mío?

—No sé lo que decir, padre. Me ha parecido ver... pero no puedo asegurar que lo he visto...

El pope alzó el brazo amenazante; el macero se acurrucó.

—Tú lo has visto, sí, lo has visto —le gritó—; ¿por qué lo ocultas? ¿Será que estás de acuerdo con él, con los bolcheviques, tú también, desgraciado? El macero levantó la vista y vio el puño del pope suspendido sobre su cabeza, y le imploró:

—Padre, dame tiempo para recoger mi espíritu, para poderme acordar...

—Bien, espero.

«He dicho que lo he visto, pensó el macero, pero ¿a quién? eso no lo he dicho, ni lo diré jamás... así no pecaré...»

Y se sintió aliviado y exclamó:

—¡Lo he visto, padre mío, lo he visto! Ahora me acuerdo. Lo vi en el momento en que el pope del Sarakina te había tirado al suelo y apoyaba la rodilla en tu pecho venerable...

—¡Cierra el pico! Ayúdame, como te he pedido, a vestirme. Estoy muy contento de que tú hayas visto al Anticristo y que puedas testimoniarlo. ¡Tú no sabes el servicio tan inmenso que prestas a la Cristiandad, amigo mío!

El macero buscó los calzones, los calcetines, la camisa y la sotana y se puso a vestir a esa masa sacerdotal; le ayudó a calzarse, a ponerse el cinto y el bonete de pope; después le acompañó hasta la puerta. Pero el pope le pidió:

—Dame el brazo, no te vayas, macero, ayúdame y acompáñame hasta casa del agá... Despacio, no andes de prisa. En seguida ocúpate de que lleven el cuerpo a la iglesia. Sobre todo, no te olvides de que lo has visto.

El agá se disponía a montar, mas viendo al pope entrar dando traspiés, renqueando y con la cabeza vendada, se echó a reír y exclamó:

—¿Quién te ha puesto en ese estado, pope? ¿Quién te ha estropeado la «fachada»?

—¡Justicia, agá! —gritó el pope extendiendo los brazos—; ¡justicia, venganza, ¿Quién? ¡Manolios! Él es quien ha sublevado el Sarakina, él quien ha lanzado los bolcheviques contra nuestro pueblo, quien ha prendido fuego a las casas, quien me ha roto la cabeza y quien ha matado a

mi hermano, el maestro. Tengo testigos.

Eres el representante turco en Licovrisí y, como a tal, vengo con los brazos extendidos a pedirte: ¡justicia y venganza, agá nuestro! ¡Entrégame a Manolios, a fin de que yo lo juzgue; la aldea toda te lo implora, uniéndose a mi voz!

—No grites de esa forma, maldito pope, vas a reventarme los tímpanos; siéntate; Marta te va a preparar una taza de café para reanimarte, pobre viejo. Eso no es nada, no te importe; como sois rumis, tenéis cabezas de rumis que, al chocar entre sí, se rompen; eso es todo; ¡no grites más!

—¡Entrégame a Manolios! —repitió el pope apoyándose en la pared para no caerse.

Marta acudió presurosa con una silla y lo ayudó a sentarse. Entre tanto el agá se sujetó lentamente el yatagán en la hebilla, metió las pistolas de plata en su ancha faja roja y se colgó del brazo el látigo.

La puerta se abrió dando paso a un viejecillo, descalzo, encorvado, con los cabellos y la barba chamuscados y quemaduras en las mejillas y en las manos; avanzó a saltitos por el patio y se echó a los pies del agá, chillando:

—¡Agá mío, piedad!

—¡Maldición! ¿Eres tú, viejo Ladas? —preguntó el pope dándole un puntapié. ¿Qué disfraz es ése? ¿De dónde lo has desenterrado?

—Han incendiado mi casa, agá mío. Han hecho añicos mis tinajas, mis barricas, han saqueado mis arcas, han destrozado mis muebles y mi corazón.

—¿Quiénes? ¿quiénes? ¿los has visto?

—¡Manolios! ¡Manolios! ¡el bolchevique!

—Tenemos testigos, agá mío —exclamó triunfante el pope—. Panayotaros lo ha visto, el macero lo ha visto... ¡yo también lo he visto!

—¡Quémalo, agá mío, quémalo como él me ha quemado a mí! —profirió con voz temblorosa el viejo Ladas—. Acumularemos madera en el centro de la plaza, la cubriremos de pez y ¡lo tostaremos!

El agá se rascaba la cabeza, y escupió, perplejo.

—¡Qué contrariedad! ¡Qué fastidio!... —gruñó—. ¡Que el diablo cargue con todos, rumis! Recorría nerviosamente el patio lanzando latigazos al aire, y cuanto más sonaba el látigo, más se iba enfureciendo.

—¡Por el Profeta Mahoma! —rugió—. ¡Yo os cogeré a todos, no me importa seáis popes, notables o bolcheviques y os colgaré en hilera del plátano!

Al oír que la puerta se abría, se volvió: Panayotaros entró cojeando, sin fez, con una sola pistola en el cinto, desgarrado el uniforme, salpicado de sangre, manchado de barro, y la cara amoratada e hinchada. Al verlo el agá no pudo contener la risa.

—¿Quién es ese pobre diablo, sin cuernos ni rabo? ¿Cómo tengo que llamarte ahora, eh? ¿oso pelado, camello sarnoso o Panayotaros?

Panayotaros se apoyó en la pared, gruñó por lo bajo, pero no respondió; le dolía la rodilla y, al no poder sostenerse en pie, se abajó lentamente y se desplomó sobre las losas del patio.

El agá paseó la mirada por los tres visitantes: el pope hecho un arco en la silla no hacía más que quejarse y, como le temblaban las manos, se había derramado la taza de café en la sotana; el viejo Ladas, todo estropeado a los pies del agá, removía lentamente la cabeza y abría y cerraba la boca atontado; Panayotaros no era sino un montón de harapos y de barro.

—¡Caramba! ¿Quiénes son estos náufragos? —exclamó con júbilo el agá—. ¡Qué de banderas desgarradas, qué almirantes que se han ensuciado en los calzones! Pero si es toda la cristiandad la que apesta mi patio. ¡Ven, vieja Marta, trae un trapo de piso y enjuágalos!

Al pope le dolió la injuria y alzó la cabeza, exclamando:

—¡Agá, sábete que has de rendir cuentas a tu augusto gobierno! Acá, a Licovrisí ha llegado un enviado de los moscovitas con la misión de saquear e incendiar la aldea; ¡de saquear e incendiar al Imperio turco! ¡no te burles, no te rías, levanta el puño y golpea! ¿Qué se hace cuando un lobo entra en el redil? ¡Se lo mata! Entréganos a Manolios... no te mezcles tú en esto... déjanos a nosotros los cristianos estas molestias... La aldea toda se presentará hoy ante tu puerta pidiendo y reclamando

justicia. ¡!Voz del pueblo, voz de Dios! Escucha, el pueblo clama; ¡Tú eres el agá de la aldea, haz justicia!

El agá reflexionó profundamente; la cabeza le daba vueltas y con ella el patio y hasta la aldea. Panayotaros alzó también la cabeza y se atrevió a decir:

—¿Por qué vacilas, agá mío? Decídete. Yo lo he visto, a Manolios, con mis propios ojos, aplastar la cabeza del maestro con una enorme piedra. Yo lo he visto con mis propios ojos entregar una lata de petróleo a Yannakos y le he oído decirle: «¡Incendia, primeramente, la casa del agá, abrásale vivo a él, a ese perro, para que nuestra aldea se vea libre del yugo turco!».

—¿Me lo juras, me lo juras Panayotaros? —rugió el agá inyectados los ojos en sangre.

—¡Te lo juro, agá! —Manolios es un peligroso bolchevique, agá mío —atizó leña al fuego el pope Grigoris, haciendo esfuerzos por levantarse de la silla—; no tiene más que un solo objetivo: derrocar al imperio otomano. Detrás de él se esconde el moscovita y lo empuja; ¡si lo dejamos con vida, nos dominará a todos!

—No exageres, maldito pope —replicó el agá rascándose la cabeza—. No, eso no es verdad... —susurró después de algunos instantes. No obstante, terminó por sentir que los dedos se le hacían huéspedes.

El pope había logrado levantarse y, aunando todas sus fuerzas, se acercó al agá, insinuante:

—¿Conque no es verdad? ¿Eso es lo que piensas, agá mío? Pero si el asunto es claro, ¡tan claro como la luz del día! Acuérdate de quién era Manolios al principio en nuestra aldea: un vil pastor, criado de Patriarqueas, sin un cordero propio, sin la más pequeña parcela de tierra, era un miserable, un piojoso... Al cabo de unos meses, con sus astucias y la ayuda del moscovita, mira a lo que ha llegado: ¡a ser un monstruo! Ha alzado su propia bandera, ha matado hombres, ha desunido familias, ha traído del fin del mundo a ese vagabundo de pope Fotis con sus haraposos, se ha posesionado del Sarakina y se ha puesto a edificar delante de nuestras propias narices una nueva aldea poblada de bolcheviques! Ha jurado prender fuego a tu casa y matarte, agá mío, saquear nuestra aldea y llamar al moscovita para tomar posesión de ella... Te estás jugando la cabeza, agá mío, ten cuidado. El lobo ha entrado en tu redil. ¡Mátalo!

—¡Mátalo! ¡Mátalo! —gritaron al unísono los otros dos compadres. El agá se rascó de nuevo la cabeza; hasta entonces había tomado las cosas a la ligera, son chifladuras de estos rumis, se decía, que se desembrollen ellos; yo, mientras tanto, fumo mi chibuquí, saboreo *raki*, ¡que se hunda el mundo! Pero ahora, las cosas han variado; está en danza el imperio otomano; el moscovita se halla aquí; ¡las cosas se complican! Sí, sí, si dejo con vida este aborto de Manolios, el imperio otomano está en peligro... ¡Mal negocio se me presenta! Este barba de chivo tiene razón; el lobo ha entrado en mi aprisco y, si yo no lo mato, ¡él me matará a mí!

Y exasperado, ordenó:

—Dejadme en paz todos, dejadme solo; el asunto es grave y quiero reflexionar... ¡Oxte! ¡iros al diablo!

Alzó el látigo y comenzó a trallazos con ellos, alcanzándoles en el rostro y espaldas. Espantados los tres, con las cabezas hundidas entre los hombros y apretados unos contra los otros, corrieron hacia la puerta, en tanto el látigo silbaba a sus espaldas. De un puntapié el agá cerró la puerta, y se quedó solo.

—Tráeme la botella de *raki* —gritó a Marta—, tengo que tomar una resolución.

El pope Grigoris y el tío Ladas se repartieron por la aldea, incitando a la gente. Ordenaron al macero que echase la campana al vuelo. Los aldeanos inmediatamente se reunieron en la plaza, todos a una gritando: ¡venganza!; no podían soportar la vergüenza de haber sido vencidos por esos «desharrapados». El pope, recobradas las fuerzas, en medio de ellos, clamó:

—Hijos míos, hemos sido cubiertos de oprobio; ¡tenemos que vengarnos! Acabo de hablar con el agá y estamos completamente de acuerdo. ¿Quién es el causante de todas nuestras desdichas? Uno solo, el excomulgado, ¡Manolios! Pero ya le ha llegado su hora; el agá nos lo entregará y nosotros lo juzgaremos, lo condenaremos y ¡beberemos su sangre! ¡A él! Levantaos, id todos a casa del agá, congregaos ante su puerta, levantad los brazos y clamad: «¡Manolios, Manolios! ¡Entréganos a Manolios!» nada más que eso; lo demás corre de mi cuenta.

Se dirigió a la iglesia, se inclinó ante el cuerpo de su hermano, le dio el último beso y le leyó las oraciones de difuntos de prisa, pues su espíritu estaba en Manolios. Los aldeanos tomaron el cadáver y lo condujeron al cementerio; allí, el pope, al ver descender a su hermano a la fosa, recordó sus años de infancia y los ojos se le llenaron de lágrimas. Cada uno de los lugareños echó sobre el muerto un puñado de tierra, el macero les sirvió un vaso de *raki* para beberlo a su memoria, les distribuyó un pedazo de pan y un puñadito de aceitunas; inmediatamente y apurados se volvieron a la aldea y se agruparon delante de la puerta del agá.

Hacia mediodía, el agá estaba completamente embriagado; pero había tomado una decisión: llamó a Panayotaros que se había quedado agazapado en el umbral y esperaba órdenes como perro apaleado.

—Ven acá, maldito fanfarrón, ¿puedes andar todavía, o estás totalmente estropeado, pobre tunante?

—Si es para buscar a Manolios, puedo caminar.

—Veo tu cabeza, pero no el fez; ¿qué has hecho del fez, infiel?

—Lo dejé olvidado ayer, agá mío, en el pozo de San Basilio; la vieja Mandalenia lo ha encontrado, según me han dicho; lo enviaré a buscar.

—Cúbrete con el fez, elige dos aldeanos corajudos, si no te atreves a ir solo, y tráeme a Manolios. ¡Oxte, galopando!

—¿Muerto o vivo?

—¡Vivo!

Panayotaros, loco de alegría, olvidándose de la herida de la rodilla, echó a correr como un gamo.

«¡Te ha llegado tu hora, te ha llegado tu hora, Manolios!» —susurraba frotándose las manos—. «¡Judas Panayotaros, sabrá dónde encontrarte!».

Manolios y los suyos habían levantado una cabaña en el huerto grande de Patriarqueas, fuera de la aldea, cerca del lago Voidomata. Ya había elegido Manolios a los que harían guardia mientras él volviera a la aldea, al caer la noche para enterarse de lo que le había pasado al pope Fotis y deliberar con él; como Manolios había oído el toque de la campana, estaba inquieto.

Poco después del mediodía, llegó Kostandis, portador de novedades:

—El pope Grigoris solivianta toda la aldea, recorre las calles con la cabeza vendada, excita a los lugareños, los empuja para que se reúnan delante de la puerta del agá y lancen estos gritos: «¡Entréganos a Manolios! ¡Muera Manolios!». Quieren arrestarte, Manolios querido, hacerte responsable de todos los crímenes y juzgarte como ladrón, incendiario, asesino y, sobre todo, como bolchevique... Escóndete, refúgiate en el Sarakina, lo más lejos posible; va en ello tu vida; ¡todos se encarnizan contra ti!

—¡Mi lugar es éste, con mis hermanos que peligran! —replicó Manolios—; el huir, querido Kostandis, sería desertar. ¿Qué hay de nuestros compañeros; los has visto?

—Yannakos ha encontrado su borrico en mi casa, y lo ha escondido en el olivar grande; allí se ha parapetado con sus compañeros; el pope Fotis va mejor; según afirma, mañana va a levantarse e irá a ver al agá; es un bruto, dice, pero no es malo en el fondo; reconocerá nuestro derecho y todo se arreglará; ¡Cristo está con nosotros! Sin embargo, tengo miedo, querido Manolios, tengo miedo por ti; todos han jurado perderte.

—Dios quiera que todos los crímenes recaigan sobre mí, Kostandis, y que me liquiden; entonces dejarán a nuestros compañeros tranquilos. A todas las acusaciones responderé: sí.

Soy yo quien ha robado, yo solo; soy yo quien ha matado, el que ha prendido fuego; sí, soy bolchevique. Todo, todo, con tal que la comunidad se salve... Iré de por mí a presentarme al agá y en seguida.

Kostandis abrió desmesuradamente los ojos; el rostro de Manolios, en cambio, resplandecía; parecía que repentinamente había crecido; allí en medio de los árboles del huerto se asemejaba a una columna de luz, tanto, que Kostandis parpadeó deslumbrado.

—Querido Manolios; no soy yo el llamado a darte consejos. Mi alma no ve más allá de mí

mismo y mi familia y, si acaso, de algunos pocos amigos; más lejos no ve nada. Tu alma, por el contrario, se expande a todo un pueblo. Por eso tú corres a su encuentro, y yo lo contemplo acercarse temblando. ¡Tú puedes seguir las huellas de Cristo; haz lo que Dios te inspire, querido Manolios!

—¡Vamos! —dijo Manolios dirigiéndose a la puerta del huerto.

Kostandis lo siguió con la cabeza gacha.

Salieron del huerto, rodearon el lago. El cielo estaba sin una nube en ese día de invierno; el aire era transparente. El lago, de un verde oscuro, fulguraba al sol; a su alrededor los cañaverales y algunos sauces se miraban en su espejo; una cigüeña, de pie en una sola pata, miraba, impasible; otras dos levantaron vuelo sin ruido; tenían hambre.

Manolios paseó largamente la mirada por todo lo que le rodeaba, se despidió del lago, de los árboles cuyas cortezas cambiaban, del Sarakina teñido de suave violeta, descendió a la llanura y acarició los olivos; los nísperos ya florecían; los limoneros brillaban entre las hojas umbrías, un almendro presentía ya la primavera y sus yemas estaban a punto de reventar.

—Qué hermoso es el mundo... —susurró Manolios en voz baja.

«El alma humana es más hermosa aún, algunas veces...», pensó Kostandis, pero no lo dijo.

Se encaminaron a la aldea. La campana seguía tocando; a lo lejos se oía un confuso ruido de voces y ladridos; un gallo cantó.

—Va a cambiar el tiempo —comentó Manolios—; oye cacarear el gallo...

Kostandis apretó los labios, para no estallar en sollozos, y siguió a Manolios, silencioso, y con la cabeza baja.

En el momento en que se acercaban al pozo de San Basilio, vieron abalanzarse desde un matorral a Panayotaros y a otros dos mozalbetes, blandiendo gruesos garrotes. Panayotaros llevaba ya su fez. Kostandis palideció y se echó hacia atrás.

«Vienen a apresar a Manolios» se dijo, y su primer impulso fue poner pies en polvorosa; pero tuvo vergüenza, y se quedó como petrificado de miedo.

Panayotaros seguido de los dos compañeros se adelantó con aire decidido.

—¿Adónde vas, maldito? —mugió—, extendiendo hacia Manolios un brazo amenazante.

—Voy a casa del agá, pobre Panayotaros; no te intranquilices; he sabido que me busca y voy a su encuentro.

Panayotaros le miró con la boca abierta.

—¿No tienes miedo del agá, del pope Grigoris, de toda la aldea? ¿No serás el diablo en persona?

—El que no teme la muerte, no teme a nadie. Panayotaros; ése es mi secreto. ¡Vamos!

—Marcha delante; no quiero que te me escapes.

Y volviéndose hacia los dos mozos, les ordenó:

—Largaos vosotros, me basto yo solo para este bribón. ¡Fuera de aquí, tú también, Kostandis, puerco bolchevique!

Kostandis vaciló, miró a Manolios; pero éste le dijo:

—Vete, querido Kostandis; vuélve te a tu casa, al lado de tus hijos; déjame solo.

Kostandis no se lo hizo repetir dos veces.

Manolios y Panayotaros se quedaron solos, y durante un buen rato anduvieron en silencio.

—Panayotaros —dijo al fin Manolios con voz tranquila—, ¿me odias al punto de desear mi muerte? ¿Por qué? ¿Qué te he hecho?

—No me hables con esa voz —gruñó Panayotaros—; sabes muy bien que has desgarrado mi corazón.

La imagen de la viuda se le volvió a aparecer con su reír fresco, la boca maquillada, los dientes limpísimos y relucientes, los cabellos tan rubios como la miel: Panayotaros sintió que sus entrañas se le destrozaban.

—Una vez que te haya suprimido, me mataré yo —mugió—; solamente vivo para matarte. Después, ¿qué necesidad tengo de vivir? Un tiro, ¡y al diablo!

Entraron en la aldea. La campana seguía tocando y un sordo rumor venía de la plaza del plátano, donde todos los aldeanos se habían reunido ante la puerta del agá, dando alaridos.

—¿Qué gritan? —preguntó Manolios, deteniéndose para escuchar.

—¡Ya lo sabrás, maldito! ¡Camina más de prisa! El rumor iba en aumento; las palabras se iban oyendo más claramente; Manolios adivinando el sentido, cobró ánimos, sonrió amargamente y apresuró el paso. «Ya llego... —murmuró—, no gritéis tanto; ya voy».

En cuanto Manolios apareció en la plaza, la muchedumbre desenfrenada se echó sobre él; mas Panayotaros se interpuso, rugiendo:

—¡Que nadie lo toque; me pertenece!

—¡Ladrón!, ¡asesino!, ¡bolchevique! —vociferaba el gentío presto a despedazarlo.

El pope Grigoris que lo había visto de lejos se lanzó hacia él, vomitando rabia:

—¡Matadlo, hijos míos! ¡Muera el excomulgado!

Pero en ese momento la puerta del agá se abrió y Panayotaros de un puntapié metió a Manolios en el patio, cerrando inmediatamente con llave.

El agá se hallaba en su habitación, sentado con las piernas cruzadas en un almohadón de terciopelo, embotado por la bebida y con los ojos fijos en los carbones encendidos del brasero. Reinaba en el aposento un suave calor, y se percibía en el ambiente el olor a *raki* y a chorizos de cerdo. El agá parpadeaba, sumido en profunda beatitud y oía a los aldeanos que, reunidos abajo frente a la puerta, clamaban a voz en cuello: «¡Manolios! ¡Manolios! ¡Entréganos a Manolios!». Los oía y sonreía satisfecho.

—¡Qué raza de todos los diablos son estos griegos! —pensaba—; ¡Qué zorros, qué bandidos, qué demonios! Los lobos no se comen entre sí; los griegos, sí. ¡Justamente ahora quieren con todas sus fuerzas despedazar a Manolios! ¿Por qué?, ¿qué ha hecho? El infeliz es inocente; un poco chalado, pero nunca ha hecho mal a nadie. No obstante, gritan: «¡Entréganos a Manolios; queremos devorarlo! ¿Quieres hacerte pasar por santo, vagabundo? ¡Que te crees tú eso!». Que se lo engullan, que hagan lo que quieran. A mí me es igual. ¿Defenderle? ¿Para qué? Me causaría disgustos; que me dejen en paz. Mirad, tomadlo, malditos rumis, y ¡buen provecho os haga! Yo me lavo las manos. Me dedico al *raki*, a estos suculentos chorizos de camello; además cuento con mi Brahimaki... Y también con el látigo... Nada me falta... ¡Alabado sea Alá!

Al oír pasos en el corredor, el agá alzó la cabeza.

La puerta se abrió; apareció Panayotaros, cerró la puerta, saludó al agá y se adelantó cojeando un poco, pero con el semblante despejado.

—Lo atrapé, agá mío, estaba parapetado en el huerto con los suyos, una veintena de hombres armados hasta los dientes. Al verlos, mis dos compañeros tuvieron miedo. —Largaos, ¡cobardes! —les dije, y avancé solo—; ¡arriba las manos, puercos! ¡Soy Panayotaros!—. Al oír mi nombre, desaparecieron todos como por ensalmo, dejando solo a Manolios. Para decir la verdad, ése no se movió. ¡Lo atenacé por la nuca y acá lo he traído!

—¡Bravo, bravucón! —le dijo el agá sonriendo de labios para afuera—; pienso que estás contando fanfarronadas, pero ¿a mí qué? Eres griego y con eso está dicho todo: eres mentiroso. Anda, tráeme a Manolios, ¡vamos a divertirnos!

Panayotaros salió, asió a Manolios por el brazo, y de un puñetazo lo metió en la habitación. Manolios con los brazos cruzados se quedó de pie muy tranquilo delante del agá, y esperó.

—¡Cierra la puerta, y quédate fuera! —ordenó el agá a Panayotaros.

Volvió a llenar la copa y la apuró de un trago. Después, dio un mordiscón a un chorizo y se puso a saborearlo lentamente, entornados los ojos, mientras contemplaba sonriendo a Manolios; se veía que el agá estaba contento.

—¡Pobre Manolios! —dijo al fin—; es la segunda vez que te cruzas en mi camino; pero esta vez te va a costar mucho salir de mis garras. Pesan sobre tus espaldas grandes crímenes, desgraciado; se te acusa de haber robado, matado, de haber incendiado la aldea... ¿Es verdad todo esto?

—Es verdad, agá.

El agá se contristó, pero también se encolerizó:

—Óyeme bien, ¡a otros con tus historias!; no pretendas hacer lo de la otra vez, aquí no se viene a

hacerse el santo ¿me entiendes? Si no que te lleve el diablo. ¿Comprendes? Con lo infeliz e inocente que eres, ¿pretendes haber robado, matado, incendiado? A otros embaucarás, pero a mí, hijito, ¡bah! ¡Aunque el mismo diablo se mezclase en ello, no lo creería!

—Soy yo, agá, soy yo ciertamente; he remedado a los santos, me he hecho el inocente, no me atrevo a levantar la mirada ni a mirar a los hombres cara a cara, pero por dentro soy un demonio.

En la plaza redoblaron los gritos:

—¡Manolios! ¡Manolios! ¡Muera Manolios!

—¿Lo oyes?, quieren que te entregue, y de sus garras no saldrás con vida; decídete.

—Ya me he decidido, agá mío; entrégame. Solamente te pido una cosa: que no se haga daño a ninguna otra persona; los sarakineses están en su derecho, pero eso no se arregla amigablemente; por esa causa he querido arreglarlo por la fuerza, haciendo lo que he hecho. Soy yo la causa de todas las desgracias y nadie más. Los sarakineses son buena gente, agá mío, honrados, tranquilos, trabajadores.

—Vamos, no sabes lo que dices. Yo te aseguro que son bolcheviques y que pretenden derribar al imperio otomano.

—No lo creas, agá mío; eso es lo que proclaman los maliciosos; por el contrario, son gente pobre que quiere vivir en paz, enraizarse en la tierra, y nada más.

El agá se agarró con las manos la cabeza, pues ésta le daba vueltas.

—¡Vosotros rumis me vais a hacer perder la chaveta! Oigo a éste, tiene razón; oigo a aquél, también tiene razón; ya no comprendo absolutamente nada. ¡Por Alá!, os voy a colgar un día a todos para quedarme tranquilo.

Una muchedumbre ya mucho más nutrida seguía vociferando en la puerta:

—¡Muera Manolios! ¡Muera Manolios!

—¿Que diablos hacer?... —gruñó el agá—. En el fondo te compadezco, pobre inocente; te repito que eres loco y santo a la vez; quieres cubrir con tus alas, como una gallina clueca, todas las porquerías de este mundo. Te compadezco, ¿pero qué quieres?, si no hago lo que me piden, tendré graves disgustos... Después de todo, ¿me consta ciertamente que no eres bolchevique? Ese diablo de pope que excita a la multitud y se desgañita delante de mi casa, será capaz de ir a quejarse al pachá de Esmirna. ¡Conque cuidado con mi pescuezo! ¿Comprendes esto, pobre Manolios? Ponte en mi lugar y verás ¿qué harías tú entonces? ¿No es acaso mejor que te entregue y que hagan de ti lo que quieran que no sentir yo día y noche la espada suspendida sobre mi nuca?

—Tienes razón, agá mío, ¡entrégame! —Pero, por todos los diablos juntos, ¡no me lo digas con esa voz, me vuelvo loco! Confiesa al fin que eres bolchevique para que yo me sulfure y te pueda entregar sin que se me parta el corazón. De otra manera, creeré que he entregado un cordero a los lobos; ¿acabarás por comprender lo que quiero? Quiero tranquilizarme, eso es todo. Para eso, es preciso que yo me desembarace de ellos y de ti... ¿Me entiendes? Si tú confiesas que eres bolchevique, todo se arregla.

—Pues bien, ¡soy bolchevique, agá! —declaró Manolios—. ¿ahora estás contento? Soy un peligro para el imperio otomano; si pudiese ¡lo derrumbaría! —Sigue, sigue hablando; confiesa, por tu fe, que has cometido todos los crímenes que se te imputan, ¡haz todo lo posible y lo imposible para que yo me encolerice! —Este mundo es injusto y perverso, agá; los mejores padecen hambre y sufren, los peores comen, beben y gobiernan, sin fe, sin vergüenza, sin amor. ¡Es preciso que un mundo semejante perezca! Me lanzaré a la calle, subiré a las azoteas y gritaré: ¡Venid conmigo los hambrientos y los perseguidos unámonos, incendiemos para que la tierra se purifique y se libre de obispos, notables y agás!

—¡Sigue, sigue hablando, maldito Manolios, esto va bien, ya empiezo a sublevarme!

—Quisiera, agá, proclamar la revolución en toda la tierra. Sublevar a todos los hombres, blancos, negros, amarillos; formar un ejército inmenso, todopoderoso, el ejército del hambre, y entrar en las grandes ciudades podridas, en los palacios en que reina la desvergüenza, en las mezquitas de Constantinopla y ¡prender fuego a todo!

—Sigue, sigue hablando más fuerte; ¡esto marcha!

—Mas yo soy un pobre diablo, un simple criado, sin poder, perdido en una aldehuela del

extremo de Anatolia, y mi voz no puede ser oída más allá de Licovrisí y del Sarakina. Me levanto, pues, entre Licovrisí y Sarakina, y clamo con todas las fuerzas de mi alma: «En pie, hermanos en el hambre y compañeros en las persecuciones! ¿hasta cuándo permaneceremos esclavos? ¿Hasta cuándo presentaremos la nuca al yatagán del agá? ¡Levantaos, ha llegado la hora, la libertad o la muerte! ¡Si no nos conceden nuestros derechos por la paz, nos los tomaremos por la guerra! ¡Armaos, hermanos humildes, bajemos a la aldea acaudalada, matad al que ofrezca resistencia, prended fuego a la casa del viejo Ladas, ese avaro miserable, la casa de Patriarqueas es vuestra, entrad en ella, atrincheraos dentro.

»Cuando hayáis acabado con los ricos y los notables, atacad al agá, que detenta nuestras tierras, para que se marche de aquí al infierno. Y entonces... »

Pero Manolios no pudo acabar; el agá se había enderezado de un brinco, echando espuma por la boca, agarró a Manolios por la nuca, lo sacudió con rabia, lo tiró al suelo, abrió la puerta y le dio de puntapiés hasta que le hizo rodar de cabeza la escalera. Bajó detrás, lo atenazó de nuevo por la nuca, lo arrastró al patio y de una patada abrió la puerta de entrada.

La muchedumbre retrocedió espantada; el agá, jadeante, furioso, sacudía a Manolios de la nuca; detrás apareció Panayotaros risueño, a pesar del rostro ensangrentado, haciendo señas al pueblo de que se acercase; el pope Grigoris se abalanzó el primero y se presentó en primera fila con los brazos abiertos, dispuesto a hacerse cargo de Manolios.

La voz bronca del agá retumbó, comprimida por la rabia:

—¡Tomadlo, matadlo, despezadlo en mil trozos, que el diablo cargue con todos vosotros!

Dicho esto, cerró la puerta con violencia.

El pope se abalanzó; estaba gozosísimo; asió a Manolios por un hombro, Panayotaros del otro; la muchedumbre aullando se echó sobre él, lo golpeó, le escupió al rostro y lo arrastró hacia la iglesia. Era ya de noche; en el firmamento ni una estrella, solamente gruesas nubes negras y, a lo lejos, por poniente, relámpagos sin truenos.

Cruzaron la plaza, pasaron por delante del plátano. La multitud jadeante palpaba a Manolios; ya no se oían gritos. El macero acudió presuroso, sacó la llave de la iglesia del cinto y abrió la puerta. El pueblo apelotonado penetró en ella detrás del pope y de Manolios. Las tres grandes lámparas de plata se hallaban prendidas, una delante del icono de Cristo, la otra delante de la Virgen María y la tercera delante de San Juan el Precursor. Los demás mártires y santos se hallaban sumidos en la oscuridad. Solamente, encima de la puertecita del coro, brillaban fosforescentes las alas desplegadas del arcángel Miguel, el raptador de almas. La iglesia olía a incienso y a cera.

El pope ahora sujetaba del cuello, con las dos manos, a Manolios y lo arrastró hasta el coro, lo tiró al suelo y le obligó a arrodillarse ante el arcángel de la muerte. Era tal el contento que sentía de tener a Manolios a su merced, su venganza era tan segura, tan agradable y tan próxima que ni podía abrir la boca para hablar: las palabras se le anudaban en la garganta y no emitía más que roncos aullidos.

Panayotaros dio una patada a Manolios, quien, con la cabeza muy tiesa miraba serenamente los pies del arcángel, calzados con borceguíes rojos. El tío Ladas separó a la gente, se acercó sin aliento y le escupió a Manolios. El pueblo, apretado alrededor de la víctima, esperaba estremecido el momento en que el pope Grigoris diera la señal, relamiéndose los labios de antemano, presa bruscamente de una sed ardiente.

El pope se puso la estola bordada en oro y se colocó delante del icono de Cristo. Por encima de su cabeza, las tres lámparas de plata proyectaban sus luces sobre el rostro sudoroso, cuya herida de la frente se había vuelto a abrir, y cuya barba aparecía roja de sangre.

Hizo una seña a Panayotaros, quien levantó a Manolios por los sobacos y lo arrastró hasta los pies del pope; la multitud dio un paso hacia adelante.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —clamó solemnemente el pope.

—¡Amén! —respondió la muchedumbre santiguándose.

—¡Hermanos —gritó el pope Grigoris—, arrodillaos y roguemos todos para que Dios descienda a nuestra iglesia y haga justicia! ¡Señor, vedle a tus pies, al excomulgado; tiembla y aguarda que tu espada se abata sobre él! ¡Ha robado, matado, incendiado, sembrado la discordia entre los

hermanos, atizado el odio entre padre e hijo; ha sublevado a los haraposos y a los fuera de la ley; los ha introducido en nuestra aldea y ha saqueado nuestros bienes!

»En tanto este hombre permanezca con vida, Señor, la religión y el honor peligrarán; en tanto este hombre viva, la cristiandad y la raza griega, esas dos esperanzas de la tierra, peligrarán. Está pagado por el moscovita, ese hijo de Satanás, para hacer que desaparezca sobre la faz de la tierra tu santo nombre, Señor. Nosotros nos hemos reunido esta noche en tu iglesia a fin de juzgar a este criminal, a este impío; desciende, Todopoderoso, desde la bóveda de la iglesia, júzgale; y guía nuestras manos ¡para que ejecuten tu juicio, Señor!

Holló con el pie la espalda de Manolios, y se puso de nuevo a gritar:

—He perdido a mi hija y a mi hermano, éste los ha matado; el Anticristo, el moscovita ha entrado en nuestra aldea; es éste que tengo a mis pies, quien les ha abierto las puertas. El Sarakina está acribillado de nidos de avispas, y es éste quien nos ha traído ese enjambre venenoso. ¡Hermanos en Cristo, la voz del pueblo es voz de Dios, juzgadle!

Al oír estas palabras la multitud enfurecida rugió; por debajo de las tres lámparas de plata no se veían más que ojos inyectados en sangre, dientes, manos y bocas crispadas. Panayotaros, acurrucado, miraba fijamente a Manolios en los ojos, como si temiera que se le escapase; si Manolios se movía un poco hacia la derecha, él también se inclinaba a la derecha; si Manolios se desplazaba hacia la izquierda, Panayotaros también, siempre pronto a saltar a su garganta. El tío Ladas, encogido sobre las losas de la iglesia, se acordaba de su casa incendiada, de su aceite y vino derramados, y se echó a llorar.

El pope Grigoris se inclinó sobre Manolios.

—¡Maldito —le gritó—, levántate! ¿Has oído las desgracias que has amontonado sobre nuestra aldea? ¿Has escuchado tus crímenes? ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

—Nada —respondió Manolios con voz tranquila.

—¿Confiesas que has robado, incendiado, matado?

—Confieso que soy el único culpable de todas las desgracias.

—¿Confiesas que eres bolchevique?

—Si bolchevique significa lo que
piensa mi mente, sí, entonces soy bolchevique, padre, Cristo y yo somos bolcheviques.

Toda la iglesia retumbó bajo los aullidos de la multitud. El tío Ladas se enderezó y se puso a dar gritos:

—¡Matémoslo, matémoslo! No tenemos necesidad de otros testigos; ha confesado. ¡Matémoslo!

La muchedumbre se enardeció; todos levantaron los puños cerrados.

—¡Muera! ¡Muera! —aullaban.

Manolios se soltó de manos de Panayotaros; el pueblo al verlo se echó hacia atrás; entonces él dio un paso adelante y abriendo los brazos, dijo:

—Matadme...

Con los brazos abiertos, sin defensa, sin resistencia, repetía:

—Matadme... —y seguía avanzando por entre el camino que la muchedumbre le abriera, sorprendida y enmudecida. El estupor de aquella masa humana era tal que si en aquel momento, Manolios hubiese abierto la puerta de la iglesia y se hubiese ido, nadie se habría interpuesto en el camino. Pero Manolios se detuvo en medio de la iglesia, justamente debajo del Pantocrator, del Todopoderoso adusto, pintado en la bóveda. Abrió de nuevo los brazos e imploró por tercera vez:

—Matadme.

El pope Grigoris avanzó e hizo señas a Panayotaros de que lo siguiera.

—¡Cerrad la puerta! —ordenó con voz quebrada—; cerrad la puerta; ¡Se nos va a escapar!

El macero se precipitó para echar la llave y, por si era poco, apoyó la espalda contra la puerta.

La voz del pope había despertado a la muchedumbre de su estupor; de repente, todos se sintieron sobrecogidos de terror sólo de pensar que la presa se les podía escapar; angustiados, cercaron más a Manolios hasta que le hicieron sentir en su rostro el aliento llameante de la multitud.

Por un instante Manolios desfalleció; se volvió hacia la puerta: estaba cerrada; miró las tres lámparas encendidas y, por debajo, los iconos cargados de exvotos: Cristo, sonrosado, peinado

cuidadosamente el cabello, sonreía; la Virgen María, inclinada sobre su Hijo no se interesaba nada por lo que pasaba allá abajo; San Juan el Precursor predicaba en el desierto... Levantó la mirada a la bóveda de la iglesia y distinguió en la penumbra la faz del Todopoderoso, despiadada, muy por sobre los mortales. Contempló a la muchedumbre que lo rodeaba y le pareció vislumbrar en la oscuridad puñales...

La voz estridente del tío Ladas se dejó oír de nuevo:

—¡Matémoslo! En aquel instante, golpes violentos aporrearon la puerta: todos enmudecieron y se volvieron hacia la entrada:

se oyeron distintamente voces corajudas:

—¡Abrid! ¡Abrid!

—Es la voz del pope Fotis —gritó uno.

—No, es Yannakos —dijo otro—; ¡los sarakineses vienen a quitárnoslo!

Sacudieron la puerta violentamente; los goznes rechinaron; se oía afuera un gran tumulto de hombres y mujeres.

—¡Abrid, asesinos! ¿No tenéis miedo de Dios? —anatematizaba la voz del pope Fotis.

El pope Grigoris levantó las manos.

—¡En el nombre de Cristo! —gritó—; ¡que caiga sobre mí este pecado! ¡A él, Panayotaros! Panayotaros sacó el puñal y, volviéndose hacia el pope Grigoris:

—¿Con tu bendición? —interrogó.

—Con mi bendición, ¡apuñala! Ya la multitud se había precipitado sobre Manolios; salpicó la sangre, roció las caras y algunas gotas calientes y saladas cayeron sobre los labios del pope Grigoris.

—Hermanos... —la voz de Manolios se dejó oír débil, suave, expirante; mas no pudo continuar; derrumbado sobre las losas de la iglesia, gemía mansamente.

La muchedumbre, ebria al olor de la sangre, se echó como bestia sobre el cuerpo jadeante; al incorporarse algunos tenían los labios ensangrentados; el viejo Ladas mordía con su boca desdentada la garganta de Manolios y se esforzaba por arrancarle un pedazo de carne. Panayotaros limpió el puñal en sus cabellos rojos y untó con sangre su jeta feroz, gritando:

—¡Tú me has desgarrado el corazón Manolios, yo te he matado; estoy vengado!

El pope Grigoris se inclinó, llenó el cuenco de la mano con sangre y asperjando con ella a la multitud, exclamó:

—¡Que su sangre caiga sobre todas nuestras cabezas!

Todos recibieron las gotas de sangre, estremecidos.

—¡Abrid, asesinos, abrid! —nuevamente retumbaron las voces de afuera.

El pope hizo señas al macero, quien se le acercó tambaleándose.

—Abre la puerta —le ordenó—, y vuelve pronto a limpiar las losas, no olvides que esta noche celebramos el nacimiento de Cristo.

Y dirigiéndose a su grey:

—Vamos, cristianos y hermanos míos —les dijo—; hemos cumplido con nuestro deber, ¡Dios está con nosotros! Que venga ahora el pope Fotis a enterrar a su compinche.

El macero abrió la puerta, y se pudo ver en la oscuridad fulgurar los rostros amenazadores de hombres y mujeres.

—¿Dónde está Manolios! —exclamó Yannakos con voz sin aliento.

—¡Buscadlo! —respondió el pope Grigoris—; dejadnos paso.

—Si lo habéis matado —mugió el pope Fotis—; ¡Que su sangre caiga sobre vuestras cabezas y las de vuestros hijos!

—¡Id y buscadlo! —repitió el pope Grigoris.

—¡Lo han matado! —rugió Yannakos, y se lanzó dentro de la iglesia.

Hacia medianoche, la campana de la iglesia tocó a misa, llamando a los fieles para que asistieran al nacimiento de Cristo. Una a una las puertas se fueron abriendo y los cristianos se apresuraron hacia

el templo, tiritando de frío. La noche estaba serena, glacial, sin estrellas. Solamente permanecía cerrada la casa de Patriarqueas, y se oía desde afuera un gran rumor de voces de hombres y lamentaciones desgarradoras de mujeres.

Manolios yacía en el gran lecho de Patriarqueas, fajado como un recién nacido con unas sedas provenientes del ajuar de la madre de Michelis. A su alrededor, sus compañeros, pálidos, silenciosos, lo velaban; Yannakos, con la cabeza apoyada sobre los pies de Manolios, lloraba como un niño; se había agotado gritando y golpeándose y ahora, con la frente apoyada en los pies del amigo, lloraba calladamente. Kostandis había salido hacia el Sarakina, en busca de Michelis; dos o tres mujeres, acurrucadas en un rincón, con la cabeza vuelta a la pared, se lamentaban dándose golpes de pecho.

Inclinado sobre su amigo, el pope Fotis miraba a la luz de la lámpara el rostro de Manolios, sereno ya, palidísimo; una cuchillada le surcaba el rostro, de la sien derecha al mentón. De vez en cuando el pope extendía la mano y arreglaba los cabellos de su compañero muerto; luego, recogiéndose de nuevo se sumergía en sus reflexiones; la vieja Marta acababa de prevenirle que el agá había ya enviado un mensaje a la ciudad, pidiendo urgentemente viniera en su ayuda un regimiento de infantería y otro de caballería: «Los bolcheviques han entrado en la aldea de Licovrisí —explicaba—, y tratan de matarme».

Mientras tanto el pope Fotis pensaba: «Van a venir con cañones, ¿cómo podremos resistir? Van a exterminarnos a todos. Es preciso que una vez más nos pongamos en camino, sin pérdida de tiempo. ¿Hasta cuándo, Señor? ¿Y tu bondad? ¿Y tu justicia? No lo comprendo...

Alargó la mano y acarició lenta y cariñosamente el rostro de Manolios.

—Querido Manolios, puede ser que hayas dado tu vida en vano —murmuró—; te han matado por haber tomado sobre ti todos nuestros pecados; tú te decías y clamabas: «Soy yo quien ha robado, soy yo quien ha matado y quien ha incendiado; ¡yo, y nadie más...!». Y todo para que se nos dejase a nosotros echar raíces en estas tierras... En vano, Manolios querido, en vano te habrás sacrificado...

El pope Fotis oyó la campana que alegremente repicaba, anunciando que Cristo bajaba a la tierra para salvar al mundo... Meneó la cabeza, y lanzó un suspiro: «En vano, Cristo amado, en vano —murmuró—; han pasado dos mil años y los hombres te siguen crucificando. ¿Cuándo nacerás, Cristo bendito, sin que seas crucificado, para vivir entre nosotros por toda la eternidad?»

Al despuntar el alba, el pope Fotis apoyó la cabeza en el borde del lecho, donde yacía Manolios, cerró los ojos y se adormiló un instante: tuvo un sueño. Se hallaba cazando al pie de un frondoso árbol un pajarito pichón, todo amarillo, era un canario. Él era todavía un niñito, así se veía, cuando la caza de ese pajarillo comenzó. Pasaron los años. Creció, se hizo muchacho, después hombre maduro de cabellos y bigotes negros; los años seguían huyendo y sus cabellos se tornaron grises, luego blancos. Ahora era un anciano y seguía cazando siempre y vanamente el pajarillo amarillo. Inalcanzable, el pequeño canario volaba de rama en rama, de flor en flor y cantaba locamente...

El pope Fotis no se había adormilado más que un instante, la duración de un relámpago y, sin embargo, al despertarse le pareció que había vivido miles y miles de años, que había estado cazando durante miles y miles de años un minúsculo canario, sin cansarse nunca, con un brío siempre renovado, infatigable... ¿Sería verdaderamente un canario? Allá en los últimos repliegues de su conciencia, el pope Fotis sentía que no era con todo un canario ese pajarillo pichón, que ora silbaba como si se burlase de él, ora, con la cabecilla tendida hacia el cielo, cantaba perdidamente...

—Sea lo que fuere, no me importa; le seguiré dando caza hasta la muerte —murmuró.

Se puso en pie y lanzó un grito; llamó a sus compañeros, hombres y mujeres, y los reunió en el gran patio de la casa de Patriarqueas, pues durante la noche habían ido llegando todos los que estaban diseminados por los huertos, viñas y olivares; así que el patio rebosaba gente.

—¡Hijos míos —les dijo—, armaos de valor! Es muy duro lo que voy a anunciaros, pero nosotros podemos soportarlo todo, y lo soportaremos. Ayer noche me dieron la noticia de que un ejército turco de infantería y caballería, con cañones, se encamina hacia aquí contra nosotros; ¡levantaos, hijos míos, y de prisa, no perdamos ni un minuto cargad a cuestas con todo lo que podáis y salgamos! ¡Abandonemos Licovrisí y el Sarakina! No somos más que un puñado de

griegos sobre la tierra, apretemos los dientes, sigamos adelante. ¡No, no nos aniquilarán; la raza griega no puede morir!

—No te preocupes, padre —gritó Lukas que ya había cogido el estandarte de San Jorge y abría la puerta—; ¡no nuestra raza no puede morir!

Todos se precipitaron a las colmadas despensas de Patriarqueas; Yannakos distribuyó la harina, el aceite y el vino; el pope Fotis, las ropas, las telas, las sábanas, las mantas; sacaron la puerta de los goznes y sobre ella colocaron el cuerpo de Manolios y cuatro muchachotes robustos la cargaron a hombros; los viejos llevaban los iconos; y, con el pope Fotis abriendo marcha, todos se dirigieron a paso rápido al Sarakina.

—Pasaremos primeramente por el Sarakina —les dijo el pope—, pues allí vamos a enterrar a Manolios; después desenterraremos los huesos de nuestros antepasados y nos pondremos en camino nuevamente ¡Ánimo hijos míos, no temáis nada, arriba corazones, somos inmortales!

Llegaron al pozo de San Basilio y el pope Fotis hizo alto un instante:

—Hijos míos —gritó—, hoy Cristo ha bajado a la tierra; llevémoslo con nosotros, entre nosotros hay madres que podrán darle el pecho. ¡Feliz Navidad, hijos e hijas mías!

Yannakos venía a la cola del cortejo; había cargado pesadamente su borriquillo y caminaba a su lado, silencioso. De tanto en tanto le parecía que el mundo se oscurecía, entonces Yannakos se limpiaba los ojos y el mundo nuevamente brillaba a la pálida claridad de esa mañana invernal. Tocaba ligeramente, pero con cariño, la grupa de su borriquillo y el queridísimo animal removía alegremente la cola, volvía la cabeza y miraba a su compañero de ruta; no podía comprender qué tenía el patrón, por qué no le hablaba, por qué no le había acariciado hoy la panza, el cuello y las largas orejas.

Echaron por el sendero escarpado del Sarakina; comenzaba la pendiente. Delante llevaban a Manolios yacente en la puerta; detrás sus compañeros y compañeras; nadie hablaba. El día era límpido, la iglesita del profeta Elías reverberaba a los primeros rayos del sol matinal; allá, lejísimos, las montañas relucían; unas rosadas, otras azuladas.

Kostandis los esperaba delante de las grutas. Se acercó al pope y le dijo:

—Padre, Michelis no quiere bajar de la cumbre del profeta Elías: se ha llevado la mochila, el evangeliario de plata y las trenzas de Mariori y se ha instalado en la celda del antiguo ermitaño: «Estoy bien aquí, me ha declarado, no quiero volver a ver hombres, ¡ni buenos ni malos; a nadie! ¡Viviré y moriré aquí!»

El pope sacudió la cabeza pensativo y, al fin, sentenció:

—Tal vez, mi querido Kostandis, tal vez tenga razón; no perturbemos su serenidad. Ése es su camino; tomemos nosotros el nuestro.

—Y mi camino ¿cuál es, padre mío? —preguntó Kostandis ansioso.

—Inmediatamente que hayamos enterrado a Manolios, vuelve a tu casa, querido Kostandis, —respondió el pope posando la mano sobre la cabeza de su compañero—, vuelve al lado de tu mujer y de tus hijos; ése es tu camino.

Depositaron a Manolios en tierra, delante de la gruta que les había servido de iglesia; el pope se echó la estola al cuello y se puso a salmodiar el oficio de difuntos; de vez en cuando estallaban sollozos entre los compañeros o la voz del pope se detenía, quebrada bruscamente, no pudiendo contener la congoja...

Todos se inclinaron sobre el muerto queridísimo y lo besaron largamente, llorando; cavaron la fosa y el pope avanzó al borde de la tumba; quiso pronunciar algunas palabras de despedida, pero su garganta estaba tan anudada que las palabras no pudieron salir y, de repente, el pope Fotis dio rienda suelta a su pena.

Una viejecita entonces se animó, desató sus cabellos blancos, lanzó un grito desgarrador y se despidió así de Manolios:

El nombre de este hermoso joven
estaba escrito en la nieve;
al salir el sol, la nieve se derritió

y arrastró el nombre sobre las aguas.

Algunos instantes después, el pope Fotis levantando la mano dio la señal de partida:
—En el nombre de Cristo —clamó—, reemprendemos la marcha: ¡ánimo, hijos míos!
Y de nuevo, reanudaron su éxodo interminable hacia Oriente.